UNA NOVELA DE
LOS AMOS DE LA NOCHE

ACECHANTE DEL VACÍO



AARON
DEMBSKI-BOWDEN

Los cazadores son ahora los cazados. Los Amos de la Noche huyen a las oscuras fronteras del Imperio para escapar de sus infatigables hostigadores, los eldars del mundo astronave Ultwhé. Sus esfuerzos los llevan al mundo carroña de Tsaguals, donde letales asesinos acecharán en las sombras y los Amos de la Noche se verán obligados a luchar en una batalla que están destinados a perder.



Aaron Dembski-Bowden

Acechante del vacío

Warhammer 40000 » Amos de la Noche - 3

ePub r2.1
diegoan 12.06.2018

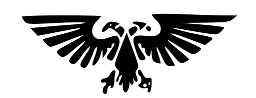
Título original: *Void Stalker*
Aaron Dembski-Bowden, 2012
Traducción: Sergio Núñez Cabrera

Editor digital: diegoan
Primer editor: Titivillus
ePub base r1.2





Para la nueva señora Dembski-Bowden.
Bueno, para ambas.



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

Sin embargo, incluso en su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta existente entre las lejanas estrellas.

Su ruta está señalada por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en su nombre en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mecanicus por mencionar tan sólo unos pocos.

Sin embargo, a pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y

carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

NOTA DEL AUTOR

A medida que se desarrollan más hechos de la Gran Herejía en *La Herejía de Horus*, saga superventas según las listas del *New York Times*, el trasfondo del universo de Warhammer 40 000 experimenta cambios sutiles en cuanto a su planteamiento. Así pues, en *Cazador de Almas* se afirma que, para la partida de guerra del Aquila Rota, la Herejía de Horus sucedió hace un siglo debido a las particularidades de la disformidad.

Con el propósito de ir a la par con las nuevas revelaciones y detalles concernientes a las Legiones Traidoras durante la Purga, he modificado un poco ese dato para conservar la coherencia. El presente libro contiene referencias al tiempo que ha transcurrido para Talos y la Primera Garra y zanja así el asunto de forma más sólida a la luz del nuevo trasfondo de aquellos tiempos pretéritos devastados por la guerra.

Se trata de un cambio de escasa importancia y sospecho que habría pasado inadvertido para la mayoría de los lectores, pero le doy importancia a la coherencia; de ahí la presente aclaración.

Tan sólo quería agradeceros vuestra indulgencia por adelantado.

He visto una era en la que el Imperio ya no puede respirar.

En la que el Imperio de la Humanidad se asfixia por su propia corrupción, Envenenado por el pecado y la inmundicia de quinientas generaciones engañadas.

Esa noche, cuando la locura se convierta en realidad La Puerta de Cadia se abrirá de par en par cual herida infecta.

Y las legiones de los condenados se extenderán por el reino que ellas mismas crearon.

En esta era, próxima al fin de todas las cosas.

Nacido de la sangre prohibida y del abyecto sentido del humor del destino, surgirá el profeta de la Octava Legión.

***La premonición del crisol*, grabación realizada por un hechicero desconocido de la VIII Legión (M32).**

PRÓLOGO
LLUVIA

El profeta y la asesina se encontraban en las almenas de la ciudadela muerta, armas en ristre. La lluvia, tan copiosa que dificultaba la visión, era un diluvio desdichado que desgarraba el aire, siseaba contra la piedra y corría por las fauces de unas pérfidas gárgolas hasta precipitarse por los lados del castillo. Aparte del aguacero, lo único que se oía eran los sonidos que producían ambas figuras: una de ellas humana, ataviada con una armadura rota que retumbaba con crepitares de estática; la otra, una doncella alienígena con blindaje de combate antigua y moldeada, desgastada a causa de una eternidad de cicatrices.

—Aquí es donde murió tu legión, ¿no es así? —Debido al yelmo que llevaba puesto, la voz de la mujer sonaba modulada y, además, emergía de la boca abierta de aquella máscara mortuoria con un curioso matiz sibilante que casi se fundía con la lluvia—. Nosotros llamamos a este mundo *Shithr Vejruhk*. ¿Cómo lo llamáis vosotros en vuestra lengua de sierpe? *Tsagualsa*, ¿cierto? Contéstame a lo siguiente, profeta: ¿cómo es que habéis regresado a este lugar?

El profeta no respondió. Escupió sangre ácida sobre el suelo de piedra negra y volvió a tomar aire con un sonido áspero. La espada que tenía en las manos era un estropicio resquebrajado, pues la hoja había quedado partida en dos a mitad de tramo. No sabía adonde había ido a parar su bólter y por sus labios rajados se arrastró una sonrisa en cuanto sintió una punzada de culpabilidad. Tenía la certeza casi plena de que perder semejante reliquia de la legión era un pecado.

La voz áspera que surgió esta vez de los altavoces era femenina:

—Talos…

—Corred. Corred lejos de aquí y de toda la muerte que ofrece este mundo. Huid hasta la última ciudad y embarcad en la siguiente nave que salga del planeta. El Imperio viene hacia aquí. Será vuestra salvación. Pero recordad lo que os he dicho: todos somos esclavos de la fatalidad. Si Variel escapa con vida de esta locura, una noche irá a por el niño, sin importar adonde huyáis.

—Puede que nunca nos encuentre.

La risa de Talos se desvaneció al fin, aunque seguía sonriendo.

—Rezad por que no lo haga.

Tomó una bocanada de aire que le atravesó como una cuchillada al tiempo que

caía de espaldas sobre las almenas, y los cortes de sus pulmones destrozados, sumados a sus costillas quebradas, le hicieron gruñir. En los lindes de su visión se iba abriendo paso el color gris y ya no sentía sus dedos. Una de las manos descansaba sobre su placa pectoral, sobre el aquila que había roto de forma ritual y al que la lluvia había limpiado. La otra descansaba a su lado, sobre su bólter, el arma de Malcharion, que estaba ahí donde lo había dejado caer en la batalla que había transcurrido antes. Con manos dormidas, el profeta lo recargó y tomó con lentitud otra bocanada de aire frío destinada a unos pulmones que ya no querían seguir respirando. La sangre de sus encías le confería a sus dientes una tonalidad rosácea.

—Voy tras ella.

—No seas necio.

Talos dejó que la lluvia le empapara el rostro mientras miraba al cielo sin concederle ni un mínimo de atención a la cañonera. Era extraño cómo un instante de piedad les había llevado a pensar que podían hablarle a él de aquella forma. Con gran esfuerzo, se puso en pie y echó a caminar sobre la piedra negra de las almenas. En una mano sujetaba una espada rota; en la otra, un bólter arcaico.

—Ha matado a mis hermanos —dijo—. Voy tras ella.

UNO
EL MUNDO CARROÑA



El sueño mas largo

Porque somos hermanos. Hemos visto a primarcas morir por el fuego y la espada, del mismo modo que hemos visto a nuestros actos envolver en llamas la galaxia. Hemos traicionado a otros mientras que otros nos han traicionado en respuesta. Sangramos en aras de un futuro incierto y luchamos en nombre de las mentiras que nos cuentan nuestros señores. ¿Qué otra cosa nos queda si no es la lealtad a la sangre? Si yo estoy aquí es porque tuestas aquí. Porque somos hermanos.

Jago Sevatarion, «Sevatar», Príncipe de los Cuervos
Según una cita de La senda tenebrosa, capítulo VI: Unidad.

Los ojos del profeta se abrieron de golpe y el rojo monocromo de su visualizador táctico le tiñó la visión. Lo conocido que le resultaba el entorno era un consuelo tras la locura de aquel sueño. Así había visto el mundo durante la mayor parte de su vida; las retículas de objetivo que bailaban en respuesta a su mirada constituían una prolongación de su vista natural a la que daba la bienvenida.

La pesadilla ya había comenzado a huir de él, esquiva y translúcida, y se deshilachaba conforme el profeta intentaba aferrarse a ella. Lluvia en las almenas. Una espadachina alienígena. Una cañonera que disparaba contra la piedra negra.

No. Se había ido. Quedaban sombras, imágenes y sensaciones; nada más.

Hacía poco que le había empezado a suceder con mayor frecuencia. Ahora las visiones se negaban a quedarse, carentes de todo tesón, cuando antaño se habrían entrelazado a su memoria. Parecía ser un efecto secundario derivado de la insistencia cada vez mayor con la que se daban, aunque, debido a que no llegaba a entender bien ni el origen ni el funcionamiento de su don, tampoco tenía forma de saber cuál era la verdad del asunto.

Talos se levantó del suelo de su modesta cámara de armas, sobre el cual se había desplomado, y permaneció en silencio a la vez que tensaba los músculos y giraba el cuello para restaurar la circulación, lo que también le serviría para comprobar los puertos de alimentación de la interfaz de su armadura.

Su coraza, compuesta de varias piezas superpuestas de ceramita, unas exclusivas y venerables y otras rapiñadas hacía mucho menos tiempo, zumbaba y gruñía en consonancia con sus movimientos.

Se movió con lentitud, con cautela, a la vez que sentía cómo se esforzaban sus músculos trémulos, durante tanto tiempo rígidos. Sus extremidades experimentaban calambres a excepción del brazo augmético, que respondía de forma torpe debido a que sus procesadores internos acababan de empezar a realinearse con los impulsos cerebrales de su mente recién despierta. El miembro biónico fue la primera parte de su cuerpo que respondió con diligencia a su voluntad a pesar de su renqueante margen de movimiento. Lo utilizó. Agarró la pared con la mano de hierro y se valió de ella para ponerse de pie con esfuerzo. Las juntas de la armadura se quejaron aún con movimientos tan simples.

El dolor le aguardaba a su regreso al mundo consciente. Le alcanzó como un golpe, la misma tortura que siempre le perforaba la sangre como una toxina. El guerrero masculló sílabas ahogadas e insolentes tras su blindaje facial, sin importarle que dichas palabras surgieran como gruñidos profundos de su comunicador en aquella cámara vacía.

El sueño. ¿Estaban destinados a que los embaucaran, o a ser los embaucadores? El destino les solía repartir la última de aquellas cartas. Como tantísimas veces había dicho el Elevado: «Traiciona antes de que te traicionen».

No importaba lo mucho que tratara de echarle mano al sueño, este se dispersaba incluso con mayor rapidez. El dolor no ayudaba. Le inundaba igual que si llenara las lagunas de su memoria. En un gran número de ocasiones previas, la agonía había sido tan severa que le había dejado ciego durante noches enteras. Esa noche, parecía estar a punto de infligirle la misma tortura.

Vaciló cuando fue a por la espada y el bólter que le pertenecían. Ambas armas descansaban donde debían: fijadas a la pared con resistentes correas de cuero. Esto, sin embargo, era extraño. Talos era muchas cosas, pero ser un obseso del orden no se contaba entre ellas. No recordaba la última vez que había vuelto a su cámara, colocado sus herramientas de oficio en perfecta armonía y procedido a desvanecerse de forma súbita en un aislamiento tan conveniente como aquel. De hecho, no

recordaba que hubiera sucedido antes. Ni siquiera una sola vez.

Alguien había estado aquí. Septimus, quizá, o puede que fueran sus hermanos los que le habían arrastrado hasta ahí desde dondequiera que hubiera caído víctima de la visión.

Aun con todo, ellos jamás se habían preocupado de algo tan mundano como volver a colocar sus armas en los soportes pertinentes. Debía de ser Septimus, entonces. Tenía sentido. Una conducta poco común, pero tenía sentido. Era incluso loable.

Talos arrancó sus armas de ahí antes de fijárselas a la armadura. Fijó el bólter al cierre magnético de la musiera y se envainó la espada dorada a la espalda, lista para cuando tuviera que desenvainarla por encima del hombro.

—Ven al puente.

Las palabras se abrieron paso por su visor como si lo mondasen, deletreadas en runas nostramanas bien definidas y de un blanco claro sobre un fondo tintado de rojo, igual que cualquier otra suerte de información táctica o biodatos. Se quedó mirando el cursor que parpadeaba, de forma casi expectante, al final de la última palabra.

Quintus, el quinto de sus esclavos, se había quedado mudo a resultas de una herida en el campo de batalla. Durante los años siguientes en los que dicho vasallo estuvo a su servicio, se comunicaron mediante lenguaje de signos o con mensajes de texto instantáneos a través de un auspex de mano sintonizado con los sistemas de la armadura de Talos, aunque en muchos casos lo hacían mediante ambos métodos a la vez. Quintus, de forma muy similar a Septimus, era un artificiero lo bastante bueno como para que un inconveniente tan nimio supusiera un precio muy pequeño.

—Profeta. Ven al puente.

No obstante, Quintus jamás se había comportado de un modo tan informal como aquel. Además, llevaba décadas muerto a manos del Elevado a consecuencia de uno de los muchos arranques de ira sin sentido de Vandred.

El visualizador retinal de Talos respondió a sus deseos y abrió un canal de voz con la Primera Garra:

—Hermanos.

Estos le respondieron, si bien con total incoherencia. Las carcajadas de Xarl acribillaron las ondas de frecuencia, seguidas de la misma proporción de maldiciones y gritos malsonantes de los demás. Talos distinguió los corteses improperios que Mercutian murmuró con dientes apretados, así como la cháchara gutural de los bólters al emitir sus redobles balísticos.

El canal de voz murió. Probó con otros muchos: el strategium, el Salón de la Reflexión de Deltrian, la armería de Septimus, la cámara de Octavia e incluso con el de Lucoryphus de los Ojos Sangrantes. Todos inactivos. Todos en silencio. No obstante, la nave no dejaba de vibrar; era evidente que estaba funcionando y que avanzaba con velocidad.

Se deleitó de un modo perverso con esos primeros pinchazos de intranquilidad. Hacía falta muchísimo para inquietar a cualquier miembro de la Octava Legión, aunque el estado repentinamente inhóspito de la nave era un misterio agradable. Le hacía gracia sentir que le estaban cazando, de modo que una sonrisa se arrastró por sus lívidos labios. Así debían de sentirse sus presas, aunque aún le quedaba bastante para perder el control de los músculos y farfullar oraciones a dioses falsos, tal y como solían hacer los humanos.

—Estoy esperando.

Talos desenvainó la espada y abandonó la cámara.

• • • • •

No encontrarse ni un alma en el puente de mando apenas le sorprendió. Los pasillos de servicio de la columna vertebral del *Eco de la Maldición* se encontraban en un estado de abandono similar cuando los había atravesado, pero de todas formas no se tardaba más de un minuto en llegar a la cubierta de más abajo desde su cámara.

El strategium era una vasta cámara oval de arquitectura gótica que estaba poblada de gárgolas malignas y seres grotescos aferrados a las paredes y al techo. Ahí, un ángel mutilado con los ojos envueltos en alambre de espino le dedicaba un rugido inaudible al trono central; allá, un demonio extendía sus alas de murciélago por la zona del techo que se encontraba sobre las plataformas de artillería secundarias. La maestría artística empleada en la construcción del *Eco* jamás dejaba de cautivarle: si bien los guerreros de la Octava Legión solían demostrar cierta falta de disciplina, los Amos de la Noche habían dado a luz a unos cuantos eruditos y artistas con las mismas dotes que los caballeros artesanos de los Hijos del Emperador y de los Ángeles Sangrientos. Daba igual en qué se hubieran especializado los artesanos de la Octava Legión, pues la mayoría de sus embarcaciones estaban decoradas con blasfemo regocijo; toda su arquitectura mostraba divinidades torturadas y demonios cautivos.

Por encima de todos aquellos elementos se alzaba un trono cuya inmensa mole apuntaba hacia la pantalla del occulus. Sobre el occulus pendía, por medio de cadenas, el esqueleto fracturado y crucificado de un legionario.

Los bancos de navegación y las estaciones de artillería y operaciones rodeaban esos restos en círculos concéntricos. No había herejes ataviados con túnicas que se pasearan entre las mesas de control mientras murmuraban para sí. No había tripulantes uniformados que se transmitieran órdenes ni ajustaran configuraciones. No había servidores marcados a fuego, ni unidos con cables a sus tronos de contención, que arrastraran sus voces mecánicas para informar de su estado por radio. Lo más seguro era que esto se tratase de un sueño, pues no se parecía a ninguna visión que hubiera tenido antes. No cabía otra explicación.

—Aquí estoy —proclamó Talos, en voz alta.

—Has soñado muchos sueños. Ahora estás a punto de despertar de nuevo. Siéntate, hermano.

El aludido no sonrió. Rara vez lo hacía, por mucho que algo le pareciera divertido; no obstante, no cabía duda alguna de que el hecho de que le ordenasen que se sentara en su propio trono de mando era, cuanto menos, gracioso. Talos obedeció, aunque fuera por ver qué iba a pasar a continuación.

—Estoy tan cerca que casi puedo tocarte.

Al profeta se le erizó la piel. Alzó la vista hacia los restos crucificados de Ruven.

—No eres el guerrero que debieras ser. Pero tú y yo tenemos que hablar. Ha de ser aquí y ahora. Nunca habrá otra oportunidad.

Talos se quedó sentado; la viva imagen de la estoica paciencia. Se negó a permitir que su rabia o sus dudas se hicieran evidentes. Las retículas de objetivo resbalaron por el esqueleto fragmentado de Ruven sin lograr asirse.

—Has hecho de mi cadáver una decoración de lo más elegante. Resulta casi gracioso.

Talos se reclinó en su trono de la misma forma en que lo hacía en el puente de mando auténtico.

—¿Es que ni la muerte va a lograr que te calles?

—Tu vida se mide en meses, profeta.

La calavera que colgaba de las cadenas le miraba, perversa, con las cuencas oculares vacías.

—¿De veras? —inquirió Talos—. ¿Y cómo es que has dado con tan preciada información?

—Finges que este momento no tiene trascendencia. ¿Acaso crees que no oigo cómo se aceleran los latidos de tu corazón?

Talos acarició el pomo de la espada reliquia que descansaba a su lado. El autocontrol que hizo falta para abstenerse de exigirle explicaciones a Ruven intensificó su dolor de cabeza hasta cotas cada vez más altas.

—Ve al grano —le invitó, para así proseguir con su farsa de condescendencia y aburrimiento. Tenía que poner sus ideas en orden. En el mejor de los casos, se trataba de una trampa. En el peor, de hechicería. Lo más probable era que se tratase de ambas.

No era buena señal.

—No recuerdas nada, ¿verdad? Has venido en busca de una guerra pura. Una guerra noble. Pero nunca debiste volver a la Franja Este. Otros han estado aguardando tu regreso con la venganza en sus corazones.

El profeta se quedó donde estaba y continuó acariciando las alas extendidas de la empuñadura de la espada. La Franja Este. No podía pensar en nada que pudiera hacerle volver allí.

—A mí me parece que estás mintiendo, cascarón.

—¿Por qué iba a hacerlo? Huyes del ojo. Huyes de los eldars. Huyes de tu sino a manos de brujas alienígenas. ¿Qué mejor lugar al que huir que el extremo opuesto de la galaxia?

Quizá hubiera parte de verdad en aquello, pero el profeta no se sentía inclinado a confesarlo. Guardó silencio.

—¿Cuánto hace que libras esta guerra, Talos?

El aludido sacudió la cabeza en un gesto negativo y de repente sintió la necesidad de tragar saliva.

—Mucho tiempo. La década más sangrienta fue la de la Herejía. Luego, los Años de Incursiones, cuando llamábamos hogar a Tsagualsa. Dos siglos de amarga gloria, antes de que el Imperio viniera a por nosotros.

—¿Y cuánto hace que abandonamos el mundo carroña?

—¿Para el Imperio? —Aquella pregunta provocó que entrecerrase los ojos—. Casi diez mil a…

—No. Cuánto hace para las legiones traidoras. Cuánto hace para ti, Talos.

Volvió a tragar con pesadez al presentir adonde conducía todo aquello. La disformidad despojaba al reino material de todo sentido y hasta eliminaba todo pretexto de estabilidad física o temporal. Para algunos traidores que moraban en el Ojo, la Gran Herejía había sucedido hacía días y, para otros, lo había hecho hacía cincuenta mil años. Todas y cada una de las almas que habían traicionado al Emperador durante aquella edad dorada podían aportar una escala temporal diferente.

—Un siglo después de abandonar Tsagualsa.

Eso suponía menos tiempo que para muchos, pero más que para otros.

—Un siglo para ti. Un siglo para la Primera Garra. Según eso, has vivido ya trescientos años, profeta.

Talos asintió mientras miraba a la calavera a las cuencas vacías.

—Por ahí andará.

—Aún eres joven, para ser un traidor. Aún eres ingenuo. Pero a estas alturas ya deberías haber aprendido ciertas lecciones. Sin embargo, no ha sido así.

El profeta le clavó la mirada a ese amasijo de huesos crucificados y las letras se superpusieron sobre este. Parpadearon en su visualizador retinal de forma casi impaciente, como si esperasen una respuesta.

—Si crees que vivo en la ignorancia, aparecido, entonces ilumíname, hazme el favor.

—¿Por qué libras esta guerra?

El profeta resopló.

—Por venganza.

—¿Venganza por qué?

—Para vengar los agravios que han cometido contra nosotros.

—¿De qué agravios estás hablando?

El legionario se levantó del asiento y sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Sabes bien a qué me refiero. Sabes bien por qué lucha la Octava Legión.

—Ni la Octava Legión sabe por qué lucha. Inventas excusas para justificar toda una vida de odio desperdiciado. La legión lucha sólo porque dominar almas más débiles es divertido y placentero.

—Pura fantasía. —Talos se rio, aunque jamás se había visto menos inclinado a hacerlo. Se planteó pegarle un tiro al esqueleto encadenado para bajarlo de su desgarbada crucifixión, si bien dudaba de que dicho acto fuese a lograr nada—. Nos rebelamos porque teníamos que hacerlo. El pacifismo que demostraba el Imperio estaba condenado al fracaso. El orden sólo puede preservarse si las almas que lo componen viven temerosas de recibir castigo. Control mediante el miedo. La paz mediante el miedo. Fuimos el arma que necesitaba la Humanidad. Y seguimos siéndolo.

—La legión nunca luchó por esos ideales. Esa falsa creencia tuya ni siquiera fue popular entre nuestras filas, y quedó diluida cuando la verdad se impuso. Ahora te aferras a tus ilusiones porque el odio es lo único que te queda.

—El odio es lo único que necesito. —Desenfundó el bólter y apuntó ambos cañones en dirección a la caja torácica fragmentada del cadáver—. Mi odio es puro. Merecemos vengarnos contra el imperio que nos abandonó. Hicimos lo correcto al castigar esos mundos por sus pecados y de amenazar a otros con la destrucción si alguna vez quebrantaban nuestras leyes. Control… mediante… el… miedo. Además, los sistemas que pacificamos…

—Los sistemas que pacificamos apenas eran humanos ya. Convertimos a sus pobladores en animales acobardados desprovistos de libre albedrio. Vivían aterrorizados ante la idea de quebrantar la ley. Como los rebaños de humanos sollozantes que viven ahora en las entrañas de nuestras naves.

—Me atengo a lo que hice. —El profeta era consciente de lo vehemente que resultaba su postura; no iba a poder apuntar a Ruven durante mucho más tiempo sin cumplir su amenaza de disparar, pero tampoco quería atacar llevado por una ira estéril—. Me atengo a lo que hicimos todos nosotros.

—A muchos de nuestros hermanos no les importaron nunca esos ideales. No es un secreto. Es el motivo por el que Curze destruyó Nostramo: para cortar de raíz el veneno de la Octava Legión. Y también es el motivo por el que nos castigó el Imperio.

—La lección de la legión. —Talos bajó el arma—. El primarca dijo esas palabras muchas veces.

—Nos convertimos justo en aquello de lo que advertimos a tantos mundos enteros. Éramos los verdugos y asesinos que les decíamos que nunca fueran, libres para matar a voluntad y libres de todo castigo.

Se hizo una larga pausa. Talos sintió que la nave se estremecía en consonancia con algún tormento externo.

—Hubo mucha sangre fría en aquella era antes de que la galaxia ardiese. Y corrió

a raudales tanto de las venas de los culpables como de los inocentes. Porque nosotros éramos fuertes, y ellos débiles.

—Él nos odiaba, lo sé con certeza. Curze nos amaba y nos odiaba en igual medida.

Talos regresó al trono con la voz suave debido al estado meditabundo en el que se encontraba. Las ideas bailaban y morían tras sus ojos, ocultas tras el rojo monocromo de las lentes oculares del yelmo.

Gran parte de aquello era cierto y no constituía ningún misterio para el profeta. Presa de la melancolía, Curze había decretado la aniquilación de su mundo natal con el objetivo de poner fin al reclutamiento de violadores y asesinos, pero por aquel entonces ya era demasiado tarde. Una gran parte de la legión había cedido terreno a la mismísima escoria criminal que pretendía purgar de la Humanidad. No era ningún secreto, ninguna revelación. No se trataba sino de una verdad bochornosa.

Pero aun así, habían hecho lo correcto al luchar. Pacificar mediante el uso desmedido de la fuerza y gobernar, después y para siempre, mediante el miedo. Había dado resultado, al menos durante un tiempo. La paz resultante a lo largo de decenas de sistemas había sido una bella imagen que contemplar. Cualquier población se atrevía a rebelarse cuando le quitaban la bota de la garganta. En casos semejantes, era fallo del opresor por haber mostrado debilidad, no del oprimido por haberse sublevado. La naturaleza humana consistía en resistirse. No se podía odiar a la especie por ello.

—Nuestro camino no era el camino del Imperio —Talos citó el antiguo adagio—, pero teníamos razón. Si la legión hubiera permanecido pura…

—Pero no lo hizo. El pecado deshonró a la legión en el preciso instante en que el primer guerrero nacido en Nostramo prestó su juramento de servicio. Y merecimos el odio de nuestro primarca, pues no fuimos los hijos que él quería que fuéramos.

Se produjo otra pausa. Otro temblor reverberó por los huesos de la nave.

—¿Qué ocurre?

—La realidad ya está empezando a colarse. El *Eco de la Maldición* llega a su destino. Pero nunca debiste haber vuelto a la Franja Este.

Talos volvió a alzar la vista. El cadáver no se había movido.

—Eso ya lo has dicho antes. Sigo sin recordar haber ordenado tal cosa.

—Lo ordenaste con el objetivo de hallar una guerra pura con la que enaltecer a la partida de guerra, de buscar respuestas para las dudas que te corroen, al caminar de nuevo sobre Tsagualsa. Nada de cuanto digo es una revelación. No son sino aquellas verdades que tu orgullo no te permite enunciar en voz alta. Hace mucho que te sientes vacío, hermano.

—¿Por qué estoy viendo esto? —Hizo un ademán que abarcó la cámara, al difunto y a sí mismo—. ¿Qué… Qué es todo esto? ¿Una visión? ¿Un sueño? ¿Un encantamiento? ¿Las trampas que me tiende mi propia mente, o algo externo que se arrastra dentro de mis pensamientos?

—Todo y nada de eso a la vez. Quizá se trate de una manifestación de tus dudas y

miedos. En el mundo consciente has perdido el conocimiento durante cincuenta y cinco noches. Falta poco para que te levantes.

Talos estaba de nuevo en pie mientras la nave comenzaba a sacudirse con profética intensidad. Oyó que el casco gemía con la sinceridad de un soldado al que hubieran volado las tripas. Las grietas comenzaron a entretejer su recorrido por el occulus conforme rociaban la cubierta con fragmentos de cristal.

—¿Cincuenta y cinco noches? No puede ser. ¿Cómo ha podido suceder?

—Ya sabes el motivo. Siempre lo has sabido. Algunos niños humanos no son aptos para portar la semilla genética. Los desgarra a nivel biológico. Algunos mueren de prisa. Otros mueren lentamente. Pero al cabo de tres siglos de fluctuaciones biológicas, tus incompatibilidades genéticas por fin empiezan a alcanzarte.

—Mientes. —Talos observó que la nave se desmoronaba a su alrededor—. Lo único que decías en vida eran mentiras y desvarios, Ruven. Lo mismo que en la muerte.

—Variel sabe la verdad. Has sufrido siglos de lesiones. Siglos de soportar el dolor. Siglos de visiones nacidas de la sangre venenosa de un primarca. Tu cuerpo ya no es capaz de soportar más castigos. Disfruta del tiempo que te queda, hermano. El deber te aguarda en el mundo consciente y apenas recordarás nada de nuestra charla. Despierta, Talos. Despierta y compruébalo tú mismo.



DESPERTAR

La luz, atenuada y teñida de rojo debido a su visor, se filtró a sus ojos. Lo primero que vio fue lo último que esperaba ver. Sus hermanos. Su tripulación. El strategium, con sus doscientas almas enfrascadas en sus quehaceres.

—No… —intentó hablar, pero su voz sonó como un ruido áspero deshidratado y distorsionado por el comunicador.

Talos se desplomó del trono, pero un grillete que le rodeaba la garganta evitó que cayera demasiado hacia delante. A su alrededor, unas voces murmuraban entre ellas y acompañaban el gruñido de unas articulaciones blindadas que se le acercaba.

—No estoy en mi cámara de meditación —dijo. Jamás se había despertado de una visión en otro sitio que no fueran sus aposentos, por no hablar de que se encontraba ni más ni menos que en el puente de mando de la nave de guerra. Hallarse en aquel entorno consternaba al profeta, quien se preguntaba si habría permanecido ahí sentado con la armadura puesta durante toda la visión, inconsciente mientras aullaba sus salmodias delirantes por la red de comunicaciones.

En cuanto intentó liberarse, las cadenas que le rodeaban la garganta, las muñecas y los pies se hicieron oír. Sus hermanos lo habían atado al trono.

Iban a tener que darle muchas explicaciones.

Susurros como «ya vuelve en sí» y «ha despertado» se abrieron paso entre los tripulantes mortales hasta llegar a él. Talos, sentado en su puesto de honor sobre el estrado que había situado en el centro del puente de mando, vio cómo dejaban de desempeñar sus tareas y, uno por uno, giraban el rostro para mirarle. La sorpresa y la reverencia que sentían a partes iguales les iluminaban la mirada.

—El profeta acaba de despertar —seguían diciendo los mortales con sus pálidos labios.

Talos supuso, con un escalofrío incómodo recorriéndole la espalda, que eso era lo que debía de sentirse cuando le rendían culto a uno.

Sus hermanos se encontraban apiñados en derredor del trono, con los cascos cubriéndoles el rostro: la placa facial de Uzas estaba pintada con una huella sangrienta; las alas arqueadas de un murciélago decoraban el yelmo de Xarl; los ojos de Cyrion estaban pintados con abruptos rayos a modo de lágrimas y el casco de Mercutian estaba rematado por dos cuernos brutales y curvos, decorados con anillos de bronce.

Variel hincó la rodilla ante Talos y su pierna biónica se agarrotó y rechinó, lo que privó de gracia al movimiento. Era el único que no llevaba el casco puesto; sus ojos gélidos miraban a los del profeta con atención.

—Has vuelto en ti justo a tiempo —dijo. Su voz, que era de una suavidad curiosa, no mostraba ni pizca de diversión.

—Ya hemos llegado, Talos —informó Cyrion. Su voz, al menos, sí albergaba una sonrisa.

—Cincuenta y cinco noches —comentó Mercutian—. Jamás habíamos visto algo semejante. ¿Con qué has soñado?

—No me acuerdo de casi nada. —Talos miró más allá de todos ellos al mundo que giraba con lentitud dentro del marco elíptico de la pantalla del occulus—. Apenas recuerdo algún detalle. ¿Dónde estamos?

Variel atravesó a los demás con sus ojos desvaídos. Eso bastó para que los otros guerreros retrocediesen un poco y dejasen de apelotonarse alrededor del profeta, recién despierto. El apotecario consultó su voluminoso guantelete nartecium mientras hablaba. Talos oyó cómo crepitaba el escáner del auspex y cómo timbraba al mostrar resultados.

—Te administré narcóticos y fluidos suplementarios para que te mantuvieras sano sin tener que usar tu membrana an-sus durante estos dos últimos meses. No obstante, vas a estar extremadamente débil durante algunos días. Apenas has perdido masa muscular, pero sí la suficiente como para que lo notes.

Talos forcejeó con las cadenas otra vez, como si quisiera comprobarlo.

—Ah, sí —dijo Variel—. Por supuesto.

Introdujo un comando en su avambrazo, lo que desplegó una sierra circular del nartecium. La sierra besó las cadenas con un lamento agudo e irritante. Uno a uno, los eslabones metálicos cayeron al suelo.

—¿Por qué se me ha encadenado?

—Para evitar que hicieras daño a los demás o a ti mismo —le explicó Variel.

—No. —Talos se concentró en activar un enlace de voz en su visualizador retinal para hablar a sus hermanos más próximos—. Me refiero a por qué se me ha encadenado aquí, en el puente.

Los miembros de la Primera Garra intercambiaron miradas encarando los yelmos entre sí con una emoción indescifrable.

—Te llevamos a tus aposentos en cuanto perdiste el conocimiento —le informó Cyrion—. Pero…

—¿Pero?

—Te fugaste de la celda. Mataste a los dos hermanos que montaban guardia a las puertas de tu cámara y te perdimos la pista en las cubiertas inferiores durante casi una semana.

Talos intentó levantarse. Variel le lanzó la misma mirada torva que le había dedicado al resto de miembros de la Primera Garra, pero el profeta no le hizo ningún caso. Eso sí, el apotecario había estado en lo cierto; Talos se sentía tan débil como si fúera humano.

Los músculos le ardían con calambres a medida que la sangre volvía a ellos.

—No entiendo nada —confesó Talos, por fin.

—Nosotros tampoco —le contestó Cyrion—. Jamás te habías comportado de esa forma cuando sufrías visiones.

Xarl retomó la puesta al corriente:

—Adivina quién te encontró.

El profeta se encogió de hombros sin saber ni por dónde empezar a conjeturar.

—Dime.

Uzas asintió con la cabeza.

—Fui yo.

«Debe de haber todo un relato detrás de eso», supuso Talos. Volvió a mirar a Cyrion.

—¿Y luego?

—Tras varios días, la tripulación y las demás Garras empezaron a sentirse intranquilas. La moral, si es que una escoria tan feliz y leal como nosotros tiene algo parecido, empezaba a resentirse. Se rumoreaba que habías muerto o que estabas enfermo. Te trajimos hasta aquí para demostrarle a la tripulación que seguías entre nosotros, de un modo u otro.

Talos resopló.

—¿Dio resultado?

—Compruébalo tú mismo. —Cyrion señaló con un gesto a los humanos de todo el puente de mando, que miraban a Talos con atención y ensimismamiento. Ninguno de ellos le quitaba la vista de encima.

Talos tragó saliva, quedándole un regusto amargo.

—Habéis hecho de mí un icono. De ahí al paganismo sólo hay un paso.

La Primera Garra compartió por lo bajo una risa entre dientes. Talos era el único al que no le hacía gracia.

—¿Cincuenta y cinco días de silencio y todo lo que nos dedicas son reproches? —comentó Cyrion.

—¿Cómo que silencio? —El profeta les miró de uno en uno—. ¿Es que no he gritado ni vociferado mis profecías ni una sola vez?

—En esta ocasión no ha sido así —Mercutian se encogió de hombros—. No has dicho nada desde que perdiste el conocimiento.

—Ni siquiera recuerdo haber perdido el conocimiento. —Talos echó a caminar entre ellos, apoyándose en la barandilla que rodeaba el estrado central como un anillo. Luego observó el mundo gris que había suspendido en el vacío rodeado de un denso campo de asteroides.

—¿Dónde estamos?

La Primera Garra se puso a su lado y formó una línea compuesta de articulaciones que zumbaban y de placas faciales tétricas e impasibles.

—¿Es que no te acuerdas de las órdenes que nos diste? —le preguntó Xarl.

Talos intentó disimular la impaciencia que sentía.

—Tan sólo decidme dónde nos encontramos. Me parece que sé qué planeta es este, pero, aun así, me cuesta creer que de verdad lo tengamos delante de nosotros.

—Sí que lo es y sí que lo tenemos delante. Nos encontramos en la Franja Este: más allá de la luz del Astronomicón y en la órbita del mundo al que nos ordenaste una y otra vez que pusiéramos rumbo —respondió Xarl.

Talos miró con fijeza al astro en cuestión, que giraba con una lentitud indescriptible. Él sabía de qué planeta se trataba a pesar de que no recordaba nada de los hechos que sus hermanos le aseguraban que habían tenido lugar. Le costó mucho más de lo esperado resistirse a decir la frase «no puede ser». Lo más inaudito de todo eran las manchas grises que formaban las ciudades: heridas abiertas en aquellos continentes polvorientos.

—Ha cambiado —subrayó—. No entiendo cómo ha podido ocurrir. El Imperio jamás construiría nada aquí pero, a pesar de ello, distingo ciudades. Veo que la mácula de la civilización humana ha dejado sus cicatrices sobre unas tierras que deberían ser baldías.

Cyrion asintió con la cabeza.

—A nosotros nos ha sorprendido tanto como a ti, hermano.

Talos desvió la vista al resto del puente de mando.

—Todos vosotros, a vuestros puestos.

—A la orden, señor —murmuraron los humanos, que saludaron y se dispusieron a acatar los designios del amo de la noche.

Mercutian fue el que rompió el silencio que siguió.

—Henos aquí, Talos. ¿Qué hacemos ahora?

El profeta clavó la vista sobre un mundo que debería de haber muerto hacía mucho tiempo, al que hacía diez mil años se había purgado de toda vida y al que todos aquellos que lo habían llamado «hogar» habían abandonado. El Imperio de la Humanidad nunca volvería a sembrar de vida un mundo maldito, en especial uno situado más allá del sagrado haz de luz del Emperador. Llegar hasta este mundo con medios de propulsión convencionales llevaría meses incluso desde el planeta más cercano.

—Que todas las Garras se preparen para descender a la superficie.

Cyrion se aclaró la garganta. Sorprendido por ese gesto tan humano, Talos se giró para mirarle.

—Te has perdido mucho, hermano. Hay un asunto que has de atender antes de que nos concentremos en el descenso. Se trata de una cuestión que concierne a Septimus y a Octavia. No teníamos claro cómo resolverla en tu ausencia.

—Os escucho —replicó el profeta. No pensaba admitir lo helada que se le había quedado la sangre cuando le mencionaron esos dos nombres.

—Ve a verla. Compruébalo tú mismo.

«Compruébalo tú mismo». La frase reverberó en su mente y se aferró a ella con un tesón enervante que le dejó con una sensación que era mitad profecía y mitad recuerdo.

—¿Vais a venir conmigo? —preguntó a sus hermanos.

Mercutian apartó la vista. Xarl soltó una carcajada ronca.

—No —le respondió Cyrion—. Es mejor que vayas tú solo.

• • • • •

Llegó hasta la cámara de la chica, apabullado por la debilidad de sus propias extremidades. Esas cincuenta y cinco noches, casi dos meses enteros sin los ritos diarios, no le habían tratado bien. Los sirvientes de Octavia permanecían en las sombras que se extendían cerca de su puerta, corcovados cuales cortesanos en aquellas alcobas umbrías.

—Señor —sisearon a través de unas ranuras que antaño habían sido labios. Sus vendajes manchados de sangre susurraron mientras bajaban las armas y se apartaban a un lado.

—Quitaos de en medio —les ordenó Talos. Los sirvientes huyeron como las cucarachas al encenderse la luz. Uno de ellos permaneció donde estaba. Durante un momento, el amo de la noche creyó que se trataba de Fiera, el ayudante favorito de Octavia, pero era demasiado delgado. Además, hacía meses que Fiera había muerto; apenas a veinte metros de donde se encontraba Talos en aquel momento, durante la captura de la nave.

—La señora está agotada —declaró la figura. Parecía que su voz forcejeaba para salir, como si tuviera los dientes apretados. Además, se trataba de una voz suave, demasiado fina como para pertenecer a un hombre.

Levantó una de sus manos cubiertas de apósitos como si de verdad creyera que podía restringirle el paso al guerrero con sólo exigírselo o como si creyera que lo intimidaba con su complexión. El rostro envuelto con telas de la mujer no daba ninguna pista de su apariencia, pero a juzgar por su estatura estaba menos

involucionada que la mayoría de sus semejantes, al menos desde un punto de vista físico. Unas voluminosas gafas antibrillo le cubrían los ojos con unos óvalos que resultaban graciosos por lo insectoides que eran; parecían mutaciones, aunque a primera vista no hubiera signo de corrupción alguna. El marco de la lente izquierda proyectaba un delgado rayo de color rojo que seguía la mirada de la ayudante: había instalado una mirilla láser en su accesorio facial, aunque Talos era incapaz de suponer el porqué.

—Entonces tu señora y yo tenemos mucho en común —replicó el profeta—. Aparta.

—Ella no quiere que la moleste nadie —insistió con su ajada voz y una actitud aún menos amistosa. Llegados a ese punto, los demás ayudantes comenzaron a acercarse.

—Que sientas tanta lealtad hacia tu señora como para desafiarme es loable, pero doy por zanjada esta tediosa disputa. —Talos, quien miraba a la mujer desde arriba, inclinó la cabeza hacia un lado. No tenía ganas de matarla sin más—. ¿Sabes quién soy?

—Alguien que desafía la voluntad de mi ama al pretender entrar.

—Cierto. Como también es cierto que soy el señor de esta embarcación y que tu ama es mi esclava.

Los demás ayudantes se escabulleron de regreso a las sombras a la vez que susurraban el nombre del profeta: «Talos, Talos, Talos…», como serpientes que sisean en las rocas.

—No se encuentra bien —aclaró la mujer cubierta de vendas. En su voz se arrastraba el miedo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Talos.

—Vularai —le contestó ella.

El guerrero sonrió de forma muy leve tras su placa facial. *Vularai* significaba «mentirosa» en nostramano.

—Qué curioso. Me caes bien. Y ahora aparta, antes de que empieces a caerme peor.

La ayudante se retiró y Talos percibió un destello de metal bajo los harapos de la mujer.

—¿Eso que veo es un gladio?

La mujer se quedó petrificada.

—¿Mi señor?

—¿Tienes un gladio de la legión?

Ella se desenvainó el arma de la cadera. Para un amo de la noche, el gladio tradicional consistía en una espada corta, tan larga como el antebrazo de un guerrero, que se empleaba para apuñalar. En las manos de un humano se convertía en una espada larga y estilizada. Las curvilíneas runas nostramanas grabadas en el hierro oscuro no daban lugar a dudas sobre su origen.

—Esa es una arma de la legión —declaró Talos.

—Fue un regalo, señor.

—¿De quién?

—De lord Cyrion de la Primera Garra. Me dijo que necesitaba una arma.

—¿Sabes esgrimirla con un mínimo de destreza?

La mujer cubierta de vendas se encogió de hombros y se quedó callada.

—¿Y si me hubiera limitado a pegarte un empujón para entrar, Vularai? ¿Qué habrías hecho entonces?

Talos captó una sonrisa en la tensa voz de la mujer.

—Os habría arrancado el corazón, mi señor.

• • • • •

La cámara de la navegante apenas ofrecía más iluminación que el resto de las estancias y pasillos de la nave pues sólo contaba con la granulosa e insalubre penumbra de los casi treinta monitores conectados a los pictoalimentadores externos. Las pantallas proyectaban sus destellos grisáceos en el resto de aquella sala espaciosa y desteñían la superficie de la piscina circular situada en el centro. El aire estaba saturado del hedor carnoso de los fluidos amnióticos.

La muchacha no estaba en el agua. Meses después de que se hubiesen apoderado del *Eco de la Maldición* e incluso tras haber purgado media nave con lanzallamas, Octavia había jurado que sólo iba a meterse en la piscina amniótica para volar por la disformidad, ya que era cuando necesitaba conectarse de manera más profunda con el espíritu máquina de la embarcación. A la vista del aspecto de Ezmarellda, anterior prisionera de la cámara, Talos entendía a la perfección los motivos de la navegante para negarse a pasar demasiado tiempo dentro del agua rica en nutrientes. Los olores que caracterizaban el espacio personal de Octavia se mezclaban con la peste química de aquella mucosidad espesa: el hedor a sudor humano, el matiz a moho de sus libros y pergaminos, así como la ligera, no así desagradable fragancia del aceite natural de sus cabellos, que perduraba incluso cuando se los acababa de lavar.

Y había algo más. Algo muy parecido al aroma propio del ciclo menstrual de una mujer y que contaba con el mismo regusto dulzón. Parecido, pero no igual.

Talos avanzó por el borde de la piscina para aproximarse al trono que miraba hacia la masa de monitores. Cada pantalla mostraba una perspectiva diferente del casco exterior de la nave y del frío vacío más allá de ella.

Algunas capturaban la cara gris del mundo en torno al cual orbitaban y el contraste que producía su luna de rocas blancas.

—Octavia.

La aludida abrió los ojos y alzó la vista hacia él con la expresión aletargada que sigue al sueño pero que precede a la vigilia. Se había hecho la coleta a la que

acostumbraba y sus oscuros cabellos colgaban de la cinta de seda.

—Estáis despierto —señaló ella.

—Como tú.

—Sí —admitió la chica—, aunque preferiría no estarlo. —Sus labios se curvaron hasta adoptar una media sonrisa—. ¿Qué habéis soñado?

—Apenas lo recuerdo. —El guerrero hizo un gesto hacia el planeta que mostraban las pantallas de delante de Octavia—. ¿Sabes cómo se llama este mundo?

Ella asintió.

—Septimus me lo dijo. No sé por qué podríais querer volver a este lugar.

Talos meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Ni yo. Llevo con la memoria hecha añicos incluso desde antes de haber sucumbido a la visión. —Lanzó un profundo suspiro—. Es nuestra casa. Nuestra segunda casa, al menos. Después de Nostramo nos fuimos a Tsagualsa, el Mundo Carroña.

—Lo han colonizado; una población pequeña, así que debe de haber sido un suceso reciente.

—Lo sé —respondió él.

—¿Qué pensáis hacer, entonces?

—No lo sé.

Octavia cambió de postura en el trono, todavía envuelta en su manto de tela fina.

—En esta cámara siempre hace frío. —Alzó la vista hacia él a la espera de una respuesta. Cuando esta no llegó, fue ella misma quien rompió el silencio—. Ha sido difícil navegar por aquí. El Astronomicón no brilla a tanta distancia de Terra y las corrientes eran más negras que la noche.

—¿Te importa si te pregunto por su aspecto?

La navegante jugueteó con un insurrecto mechón de pelo mientras hablaba.

—Aquí la disformidad es oscura. De una oscuridad tremenda. Todos los colores son negros. ¿Os imagináis un millar de tonos de negro, cada uno de ellos más oscuro que el anterior?

Él realizó un gesto negativo con la cabeza.

—Me pides que visualice un concepto ajeno al universo material.

—Son gélidos —prosiguió a la vez que rompía el contacto visual—. ¿Cómo es posible que un color sea gélido? En esa negrura sentía las típicas presencias desagradables: las almas aullantes que chocan contra el casco y los cánceres remotos que nadan solitarios en las profundidades.

—¿Cánceres, dices?

—Es la única forma que tengo de describirlos. Grandes e innominadas entidades de veneno y dolor. Inteligencias malignas.

Talos asintió.

—Quizá se trate de las almas de falsos dioses.

—¿Son falsos aunque sean reales?

—No lo sé —confesó él.

La chica se estremeció.

—En los lugares por los que hemos navegado antes, por muy lejos que estuvieran del Astronomicón… la luz del Emperador seguía llegando hasta ellos, aunque fuera de forma tenue. Se podía ver cómo las sombras y siluetas se deslizaban por las corrientes: demonios sin forma que nadan en un tormento líquido. Aquí no se ve nada. No se trataba de encontrar una senda en mitad de la tormenta, cosa para la cual me formaron. Era cuestión de adentrarme a tientas en la ceguera, en pos de las rutas más tranquilas a la vez que los vientos aullantes disminuían de intensidad aunque fuera un momento.

Durante un instante, Talos quedó apabullado por la similitud que existía entre las experiencias de Octavia y la sensación que tenía él al caer en sus visiones.

—Hemos llegado —subrayó él—. Lo has hecho bien.

—Pero sentí algo más. Era apenas perceptible. Unas presencias más cálidas que la disformidad que las rodeaba. Iguales a ojos que me miraban a medida que me acercaba con la nave.

—¿Debería preocuparnos?

Octavia se encogió de hombros.

—No lo sé. Se trataba de otro matiz de locura más entre un millar.

—Hemos llegado; eso es lo que importa. —Otro silencio les amenazó con prolongarse. Esta vez, fue Talos quien lo rompió—: Hace mucho tiempo tuvimos una fortaleza aquí. Un castillo de piedra negra y de agujas intrincadas. El primarca soñó con él una noche y puso a cientos de miles de esclavos a trabajar en él. Tardaron casi veinte años.

Talos dejó de hablar y Octavia no apartó la vista del cráneo carente de emociones de su placa facial, esperando a que prosiguiera. Talos suspiró lo que pareció un gruñido por el comunicador.

—El sanctasanctórum se llamaba la Galería de los Gritos. ¿Alguno de mis hermanos te ha hablado de ella alguna vez?

Octavia negó con la cabeza.

—No, nunca.

—La Galería de los Gritos era una metáfora, por así decirlo. Se trataba del tormento de un dios expresado con sangre y dolor. El primarca quiso adaptar la forma de su entorno para que se asemejara a los pecados que moraban en su mente. Las paredes eran de carne: humanos moldeados y adosados a la arquitectura por obra tanto de la hechicería como de la tecnología. El suelo estaba alfombrado con caras vivientes cuya subsistencia recaía en los servidores que las alimentaban.

El amo de la noche negó con la cabeza; el recuerdo era demasiado intenso como para desvanecerse jamás.

—Los gritos, Octavia… Seguro que nunca has oído nada parecido. Los alaridos no cesaban jamás: la gente fusionada con las paredes alargaba las extremidades y aullaba;

los rostros del suelo lloraban y chillaban.

Octavia se obligó a mostrar una sonrisa privada de toda alegría.

—Me recuerda a la disformidad.

Él le lanzó una mirada y gruñó en señal de asentimiento.

—Te pido disculpas. Sabes exactamente cómo suenan.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza, aunque no se pronunció al respecto.

—Lo más despreciable era la forma en que uno se inmunizaba a aquel coro lastimero. Aquellos de nosotros que servimos al primarca a lo largo del período de desvarios que fueron sus últimas décadas pasamos mucho tiempo en la Galería de los Gritos. Empezamos a tolerar el sonido que surgía de todo aquel dolor. Poco después, uno acababa dándose cuenta de que lo disfrutaba. Era más fácil pensar si el pecado te rodeaba. En un primer momento la tortura pasó a ser una nimiedad, pero después se transformó en música.

El profeta se quedó callado durante un instante.

—Eso era lo que él quería, por supuesto. Él quería que comprendiésemos la lección de la legión, tal y como él la concebía.

Octavia volvió a apartarse un poco en cuanto Talos se arrodilló junto a su trono.

—No veo qué lección puede extraerse de la brutalidad sin sentido —lo reprobó.

Él desbloqueó los cierres de su gorguera, acción a la que acompañó el siseo del aire presurizado, y se quitó el casco. Una vez más, a Octavia le asaltó la idea de que Talos habría sido guapo de no ser por sus gélidos ojos y su piel blanca como la de un cadáver: se erguía como una estatua, un semidiós cicatrizado de mármol puro, de mirada inexpresiva y de una esterilidad hermosa pero que, aun con todo, resultaba desagradable a la vista.

—No era brutalidad sin sentido —replicó él—. Es ahí donde yacía la lección. El primarca sabía que la ley y el orden, los dos cimientos sobre los que se construyó la civilización, se preservan sólo mediante el miedo al castigo. El hombre no es un animal pacífico. Es una criatura de guerra y conflicto. Si se quiere obligar a las bestias a que sean civilizadas, uno ha de recordarles que la tortura aguarda a aquellos que infligen dolor al rebaño. Durante un tiempo, los Amos de la Noche pensamos que esto era lo que el Emperador quería de nosotros: que fuéramos sus Ángeles de la Muerte. Y, durante un tiempo, lo fuimos.

La chica pestañeó por primera vez desde hacía casi un minuto. Talos nunca había hablado de aquello con tanto detalle en la multitud de largas discusiones y reflexiones que habían mantenido.

—Seguid —le instó.

—Algunos dicen que nos traicionó; que el Emperador se volvió contra nosotros una vez que dejamos de serle útiles. Otros aseguran que todo se reduce a que llevamos demasiado lejos el papel que nos habíamos autoimpuesto y que debíamos ser sacrificados como animales por habernos soltado de la correa.

Vio la mirada de confusión de la chica y la rechazó con un gesto de la mano.

—Nada de eso es relevante. Lo que importa es cómo empezó y cómo terminó.

—¿Cómo empezó?

—La legión había sufrido bajas inmensas durante la Gran Cruzada al servicio del Emperador. La mayoría de las bajas eran terranas. Habían combatido en las guerras con las que el Emperador había envuelto el planeta natal de la humanidad. Sin embargo, todos nuestros refuerzos provenían de nuestro mundo natal, Nostramo. Habían pasado décadas desde la última vez que el primarca había pisado la superficie del planeta, por lo que las lecciones que había impartido habían muerto hacía tiempo. La sociedad había degenerado de forma paulatina hacia una anarquía desprovista de toda ley, sin miedo al castigo por parte de un Imperio distante. ¿Entiendes cómo nos estábamos envenenando a nosotros mismos? Estábamos repoblando la legión con violadores y homicidas, con niños que ya eran los asesinos más despiadados antes de haber llegado siquiera a la edad adulta. Las lecciones del primarca no significaban nada para ellos y, en última instancia, tampoco significaban nada para la mayoría de la Octava Legión. Se trataba de asesinos criados para convertirse en semidioses y que disponían de la galaxia para hacer de ella un botín que saquear. Presa de una ira producto de la desesperación, el primarca inmoló nuestro mundo natal. Lo destruyó desde la órbita con la potencia de fuego de la flota de la legión al completo.

Talos respiró profunda y acompasadamente.

—Aquello nos llevó horas y horas, Octavia. Mientras tanto, los Amos de la Noche nos quedamos en nuestras naves y escuchamos los gritos y las súplicas que los de la superficie nos enviaban por el comunicador a los que estábamos en los cielos. No contestamos. Ni una sola vez. Permanecimos en el espacio y observamos cómo ardían nuestras propias ciudades. Al final, contemplamos cómo el planeta se resquebrajaba y se hacía pedazos bajo la furia de la flota. Sólo entonces nos marchamos. Nostramo se desintegró en el vacío. Jamás he vuelto a ver nada parecido, y sé, en lo más profundo de mi corazón, que jamás lo veré.

Durante un instante, en un lapsus de insensatez, Octavia estuvo a punto de alargar la mano para tocarle la mejilla. Ella sabía a la perfección que era mejor no dejarse llevar por aquel instinto. A pesar de todo, la forma en la que Talos había hablado, la expresión que mostraban sus ojos totalmente negros… Era un niño que había crecido en el cuerpo de un dios, pero sin la comprensión que poseería un mortal acerca de la humanidad. No era de extrañar que estas criaturas fuesen tan peligrosas. Sus psiques atrofiadas funcionaban de acuerdo a unos parámetros que ningún humano era capaz de comprender del todo: si bien en un momento dado se mostraban apasionados y simples, al siguiente se volvían complejos e inhumanos.

—Sin embargo, no funcionó —prosiguió el amo de la noche—. La legión ya estaba envenenada por aquel entonces. Ya sabes que Xarl y yo crecimos juntos y que a pesar de ser niños éramos unos asesinos. Nos unimos a la legión tarde, cuando sus venas estaban saturadas del veneno de Nostramo. Y créeme cuando te digo que la región en la que nos criamos, en medio de las guerras callejeras y las bajezas de la vida humana,

era una de las zonas más civilizadas de las ciudades interiores de Nostramo. Una gran parte del planeta se encontraba sumida en la senda de la involución, perdida a manos de los yermos urbanos y de los ejércitos de saqueadores. Al ser los candidatos más fuertes, eran ellos a los que solían escoger y elevar a las filas de la Octava Legión. Fueron ellos los que se convirtieron en legionarios.

Talos finalizó el relato con una sonrisa que no le alcanzó los ojos.

—Por aquel entonces ya era demasiado tarde. El mismo primarca, Curze, estaba sumido en un proceso degenerativo. Se odiaba a sí mismo, odiaba su vida y odiaba su legión. Todo lo que ansiaba era una última oportunidad de estar en lo cierto, de demostrar que no había echado a perder toda su existencia. La rebelión contra el Emperador, esa guerra legendaria que tú llamas «la Herejía de Horus», había terminado. Nos habíamos vuelto en contra del imperio que ansiaba castigarnos y habíamos perdido. Así que huimos. Fuimos hasta Tsagualsa, un mundo más allá de los confines del Imperio y del Faro de Terra, el cual aún irritaba los ojos de mi padre, según él.

Talos hizo un ademán hacia el mundo gris.

—Fue aquí adonde huimos y fue aquí donde todo acabó.

El aliento abandonó los labios de Octavia en forma de vaho.

—Huisteis de una guerra que perdisteis y levantasteis un castillo de cámaras de tortura. Qué noble por vuestra parte, Talos. Sigo sin ver ninguna lección en todo esto.

Él asintió en actitud concesiva.

—Tienes que entender que, al final, al primarca lo corroía la locura. La Larga Guerra no le importaba lo más mínimo; no quería otra cosa que no fuera verter la sangre del Imperio y darle sentido a la senda que había tomado en su vida. Él sabía que iba a morir, Octavia. Quería tener la razón cuando le llegara la hora.

—Septimus ya me había hablado de eso —contestó la chica—. Pero atacar las fronteras del Imperio durante un par de siglos según los designios de un loco y arrasar mundos enteros no es que sea una lección de nobles ideales, la verdad.

Talos la observó con una mirada férrea y carente de alma.

—Visto así, quizá no. Pero la humanidad ha de conocer el miedo, navegante. Es lo único que garantiza la obediencia. Con tal fin, cuando la Galería de los Gritos constituía tanto la sala de guerra de los Amos de la Noche como su cámara de reuniones, la degeneración que sufría el primarca lo había devorado desde dentro. Lo había vaciado. Aún recuerdo cuán regio nos parecía, cuán majestoso le veíamos sus hijos, con ojos embelesados. Pero mirarle era como acostumbrarse a un olor desagradable. Se podía olvidar lo nauseabundo que era de igual modo que se puede hacer caso omiso del olor, pero en cuanto algo despierta su recuerdo, se percibe con una fuerza aún mayor. Al final su alma se había podrido, y había noches en las que podía apreciarse en los destellos de sus ojos moribundos o en el brillo funesto de sus dientes. Algunos de mis hermanos se preguntaban si algún poder externo lo había contaminado, pero a la mayoría ya no nos importaba. ¿Qué podía importar aquello?

El resultado habría sido el mismo.

Las luces escogieron ese momento para titilar y apagarse. El guerrero y la mutante permanecieron en las tinieblas durante varios latidos de corazón, iluminados tan sólo por las lentes rojas del casco de Talos y el brillo gris de las pantallas.

—Esto pasa cada vez con más y más frecuencia —comentó la muchacha—. El *Pacto* me odiaba a mí sola, pero parece que el *Eco* nos odia a todos nosotros.

—Una superstición de lo más intrigante —le contestó él.

La luz, si es que podía llamarse de esa forma dado lo tenue que era, volvió. A pesar de ello, Talos no continuó con la exposición.

—¿Y el asesinato? —inquirió ella de repente.

—El asesinato vino poco después, cuando el primarca se hallaba en el punto álgido de su lucidez enajenada. Nunca he visto a una criatura que abrazara de forma tan plácida la idea de su propia destrucción. Una vez muriera, se le daría la razón: aquellos que quebrantan la ley han de someterse al castigo más violento y letal como ejemplo para todo aquel que esté pensando en rebelarse. De modo que nos envió a masacrar por toda la galaxia, en contra de toda ley y sin orden ni concierto, a sabiendas de que el Emperador iba a corroborar pero que muy bien su punto de vista. La asesina vino para acabar con Curze, el gran Quebrantador de la Ley Imperial, y fue justo lo que logró. Yo vi cómo murió: siendo poseedor de la razón, satisfecho por lo que quizá había sido la primera vez desde hacía siglos.

—Qué grotesco —replicó Octavia, a quien se le aceleró el pulso al pensar que lo que acababa de decir iba a ofender a Talos, aunque se trataba de un miedo infundado.

—Quizá —volvió a concederle Talos con un gesto acorde de la cabeza—. El universo jamás ha visto a un ser que aborreciera tanto estar vivo como mi padre. Destrozó su vida para probar que se podía controlar a la humanidad, y su muerte fue un sacrificio para demostrar que la especie estaba podrida de forma irrevocable.

Talos sacó un orbe hololítico del compartimento de su cinturón y pulsó la runa que lo activaba. Ante ellos se manifestó una imagen de luz azul parpadeante a tamaño real. Una silueta se alzó de un trono invisible y, de algún modo, su postura encorvada y feroz no llegaba a disimular del todo la belleza de su físico musculado ni la nobleza salvaje de sus movimientos.

La distorsión le restaba claridad a la imagen, pero el rostro de esa persona, una faz espectral de ojos negros, mejillas macilentas y dientes afilados, mostraba una vil sonrisa que denotaba un sincero regocijo.

La imagen murió cuando Talos desactivó el orbe. Ninguno de los dos dijo nada más durante un largo rato.

—¿No teníais quien os guiara tras su muerte?

—La legión se desbandó en compañías y partidas de guerra que seguían cada una a un líder distinto. La presencia del primarca era lo que nos inspiraba unidad. Sin él, los destacamentos de asalto partieron más lejos de Tsagualsa y se ausentaron durante períodos más largos. Con el paso de los años, muchos ya ni regresaron. Varios

capitanes y líderes afirmaban ser el heredero del Acechante Nocturno, pero cada vez que uno de ellos expresaba declaraciones semejantes, otros las refutaban. No hay ni una sola alma que pueda reunificar una legión traidora. Las cosas simplemente funcionan así. Por mucho que le deteste, Abaddon destaca muy por encima de los demás debido a su éxito. Es su nombre el que susurran por todo el Imperio. Abaddon. El Saqueador. El Elegido. Abaddon; no Horus.

Octavia se estremeció. Ella conocía ese nombre; los salones de las altas esferas terranas lo murmuraban. Abaddon. El Gran Enemigo. La Muerte del Imperio. Las profecías sobre su triunfo en el último siglo de la humanidad corrían como la pólvora entre los psíquicamente dotados al servicio del trono del Emperador.

—Sólo había uno que podría haber portado un título semejante sin que sus hermanos lo traicionasen —declaró Talos—. O al menos, sólo había uno que podría haber sobrevivido a las traiciones de sus hermanos; pero incluso a él le habría costado mantener a los Amos de la Noche unidos. Demasiadas ideologías. Demasiados conflictos de intereses y propósitos.

—¿Cómo se llamaba?

—Sevatar —contestó el profeta en tono pensativo—. Le llamábamos «el Príncipe de los Cuervos»; le mataron durante la Herejía, mucho antes que a nuestro padre.

Ella vaciló antes de responder:

—Mercutian me ha hablado de él.

—¿Mercutian viene aquí a hablar contigo?

La navegante mostró una amplia sonrisa. Tenía los dientes más blancos de toda la tripulación debido al ínfimo número de años que había pasado en la miseria que era la esclavitud.

—Por si no lo sabéis, no sois el único que tiene relatos que compartir.

—¿Y qué te ha contado?

—Es vuestro hermano, no el mío. Además, es uno de los pocos a los que no intentáis matar. Deberíais ser capaz de suponer qué es lo que me cuenta.

Los ojos negros del profeta relucieron con emoción reprimida. La chica no era capaz de dilucidar si se trataba de diversión o fastidio.

—Todavía no conozco bien a Mercutian.

—Me habla sobre todo de la Herejía. Me cuenta historias de hermanos que murieron en el Asedio al Palacio del Emperador o sobre la Cruzada de Thramas contra los Ángeles, así como de los siglos que la siguieron. Le gusta escribir sobre ellos, sobre sus gestas y muertes. ¿Lo sabíais?

Talos negó con la cabeza. No tenía ni idea.

—¿Qué te contó del Príncipe de los Cuervos? —le preguntó.

—Dijo que a Sevatar no lo asesinaron.

Esas palabras invocaron al fantasma de una sonrisa en los labios del profeta.

—Es una habladuría muy interesante. Todas las legiones cuentan con sus propios mitos y conspiraciones. Los Devoradores de Mundos aseguran que uno de sus

capitanes es el elegido de un dios sediento de sangre.

A Octavia no le hizo gracia.

—¿Cuándo pensáis descender al planeta?

—Mis hermanos quisieron que viniera a verte primero.

Ella enarcó una ceja a la vez que sonreía y agarraba su manto con más fuerza.

—¿Para darme clases de historia?

—No. No sé qué pretendían con esto. Mencionaron algo de un problema, de un fallo.

—No sé qué querrían decir con eso. Estoy cansada, pero es que el vuelo hasta aquí ha sido infernal. Creo que me he ganado un respiro.

—Me comentaron que también concernía a Septimus.

Ella se volvió a encoger de hombros.

—Sigo sin tener ni idea. No ha dejado de lado sus quehaceres, al igual que yo.

Talos se quedó pensativo durante un momento.

—¿Os habéis visto mucho últimamente?

Octavia apartó la vista. Puede que fuera diestra en muchas lides, pero mentir bien no se contaba entre ellas.

—Lo cierto es que estas noches no le veo demasiado. ¿Cuándo vais a descender al planeta?

—Pronto.

—He estado pensando en lo que viene a continuación.

Él se la quedó mirando con una expresión de curiosidad en el rostro; una que Octavia jamás había visto antes y que no se trataba del todo de sorpresa, ni tampoco de interés ni suspicacia exactamente. Parecía reflejar las tres a la vez.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Pensaba que íbamos a huir al Ojo del Terror.

Talos se rio entre dientes.

—No lo llames así. Los únicos que lo llaman así son los viajeros estelares mortales que se asustan hasta de su propia sombra. Nosotros nos limitamos a llamarlo «el Ojo», «la Herida» o… «casa». ¿Es que tanto te interesa surcar sus olas contaminadas? Muchos navegantes pierden la cordura, ¿o es que no lo sabes? Es uno de los motivos por los que tantas de nuestras embarcaciones dependen de hechiceros que las guíen por el Mar de las Almas.

—Es el último sitio de la galaxia al que quiero ir. —Octavia sonrió con los ojos entrecerrados—. Estáis evitando la pregunta. Hacéis lo mismo cada vez que os la formulo.

—No podemos volver al Ojo —respondió Talos—. Y no evito la pregunta. Ya sabes por qué soy tan reacio a poner rumbo allí.

Y la chica lo sabía. Al menos, podía suponerlo sin temor a equivocarse demasiado.

—Por vuestros sueños con los eldars —contestó sin que sonara del todo como una pregunta.

—Así es. Mis sueños con los eldars, peores que nunca. No pienso volver ahí sólo para morir.

Octavia no dijo nada durante un rato.

—Me alegro de que os hayáis vuelto a despertar.

Talos no contestó. No entendía el motivo por el que lo habían enviado a aquel sitio. Durante varios instantes se conformó con observar los alrededores de la cámara a la vez que oía el rumor del agua, el vibrante ritmo del casco de la nave y…

… Y los dos corazones que latían.

Uno de ellos consistía en el húmedo tronar sordo y de ritmo constante del de Octavia. El otro consistía en un tartamudeo amortiguado cuya velocidad lo convertía casi en un zumbido. Ambos provenían del cuerpo de la chica.

—Soy un necio —exclamó el amo de la noche, quien se puso en pie acompañado del gruñido proveniente de las articulaciones de su armadura.

—¿Talos?

Él tomó aliento con el propósito de acallar la oleada de cólera que lo embargaba. Le temblaban los dedos; los microservos de sus nudillos emitieron un sonido hidráulico cuando las manos se le transformaron en puños. De no haberse encontrado tan débil y con los sentidos tan aletargados, habría captado los dos corazones al instante.

—¿Talos? —insistió en preguntar Octavia—. ¿Talos?

El guerrero abandonó la cámara de la navegante sin mediar palabra.



Vuelta a casa

En cuanto la puerta se abrió, Septimus se dio cuenta de que era posible que estuviera a punto de morir.

Dispuso de medio segundo para tomar aire antes de que la mano le alcanzara la garganta y de otro medio segundo para graznar con desconcierto. El guantelete se cerró en torno a su cuello con fuerza suficiente como para impedirle respirar, por no mencionar hablar, y forcejeó mientras le levantaban del suelo.

—Te lo advertí —afirmó el intruso.

Septimus intentó tragar, pero lo único que logró fue atragantarse. El amo de la noche le respondió lanzándole al otro lado de la cámara. El humano se golpeó con fuerza; se estrelló contra la pared y se desplomó hecho una pila de miembros temblorosos y atontados. La sangre marcaba el lugar donde se había golpeado la cabeza contra el hierro negro.

—Te lo advertí —repitió el guerrero, que llenó la habitación con el ruido de las juntas de armadura y los pasos de botas—. ¿O es que no me expliqué con suficiente claridad? ¿Hiciste caso omiso de mi advertencia sólo porque estuve inconsciente cincuenta y cinco noches?

Levantó a Septimus agarrándolo del pelo y lo lanzó contra la pared opuesta. El esclavo volvió a caer laxo al suelo, pero esta vez no hizo sonido alguno. El guerrero continuó avanzando y hablando con la voz impávida de una máquina debido a la rejilla vocalizadora del casco:

—A lo mejor es que no fui capaz de expresar lo que quería decir de forma lo bastante taxativa. ¿Crees que puede ser eso? ¿Es esa la causa de que tengamos este problema de comunicación tan atroz?

Septimus trató de levantarse. Y por primera vez en su vida, apuntó a su amo con

una arma. O lo intentó, al menos. El colosal guerrero le pegó una patada a su esclavo en el costado, pero no fue como la que le habría propinado a un enemigo en el campo de batalla, sino más bien como la que habría empleado para quitarse la mugre de las botas, un golpe que acompañó de un resoplido que podría haber pasado por una risa, o tal vez no. A pesar de la suavidad de la patada, el crujido similar al de unas ramitas al partirse que emitieron las costillas de Septimus reverberó por la cámara modesta y desordenada. Este maldijo con los dientes apretados a la vez que alargaba la mano hacia la pistola que se le había caído.

—Serás hijo de… —empezó a decir, pero su señor le interrumpió.

—No agraves tu desobediencia faltándome al respeto.

El amo de la noche avanzó dos pasos: el primero aplastó la pistola láser y arrastró los pedazos retorcidos de metal en los que se había transformado por la cubierta; el segundo cayó sobre la espalda de Septimus, lo que le estampó la cara contra el suelo y le arrebató el aire de los pulmones.

—Dame un motivo para no matarte —le exhortó Talos con el labio fruncido—. Y más te vale que sea uno excepcional.

El aire serraba los pulmones del humano de dentro hacia fuera a través de los irregulares obstáculos que eran sus costillas rotas. Notaba el sabor de la sangre al final de la garganta. En todos sus años de cautiverio, en todos los años en los que los Amos de la Noche le habían obligado a que les sirviera y les ayudase en su guerra de herejes, Septimus jamás había rogado piedad.

Y no pensaba empezar ahora.

—*Tshiva keln* —consiguió gruñir en mitad del dolor. La saliva rosácea le salpicaba los labios mientras trataba de respirar.

Aquella era una noche proclive a las primeras veces. Septimus jamás había apuntado una arma contra su amo, y Talos jamás había tenido un esclavo que le mandara a «comerse una mierda».

El profeta vaciló. De repente, se encontró con que una ráfaga de sus propias carcajadas le desconcentraba de su cruel actitud. El eco sordo que provocó su risa llenó la cámara de reducido tamaño.

—Septimus, hazte la siguiente pregunta: ¿a ti te parece que es inteligente enfadarme todavía más?

Agarró al humano sanguinolento por la nuca, lo arrastró hasta ponerlo de pie y lo lanzó una tercera vez contra la pared de hierro inclinada. Esta vez, cuando Septimus cayó al suelo, no maldijo ni se resistió; de hecho, no hizo nada.

—Eso está mejor.

Con paso firme, Talos se acercó a su esclavo, que apenas respiraba, e hincó una rodilla a su lado. Los implantes faciales de Septimus estaban dañados y la lente estaba rota con una grieta bastante fea. Sufría espasmos que le recorrían todo el cuerpo y, a juzgar por el ángulo que adoptaba su brazo izquierdo, estaba claro que se lo había dislocado. Tenía los labios hinchados y la sangre formaba burbujas a las que no siguió

ninguna palabra. Era probable que eso último fuera lo mejor para él.

—Te lo advertí.

Septimus giró la cabeza con lentitud hacia la fuente de la voz. O bien fue incapaz de decir nada, o bien fúe inteligente y decidió no hacerlo. La bota de su amo le aplastaba la espalda con el auténtico peso de una amenaza absoluta. Al guerrero no le supondría ningún esfuerzo dar un pisotón y reducir el torso del humano a una papilla de carne y hueso desastrosa.

—Ella es el bien más preciado de esta nave. No podemos navegar por el Mar de la Locura si su salud se resiente. Te lo advertí. Tienes suerte de que no te despelleje y cuelgue tus huesos del techo de Mercadonegro.

Talos levantó la bota de la espalda del esclavo. Septimus suspiró con lentitud mientras se daba la vuelta hasta ponerse de costado.

—Amo…

—Ahórrame tus falsas disculpas. —Talos realizó un gesto negativo con la cabeza, aunque las lentes oculares rojas encajadas en la placa facial pintada con un cráneo no mostraron pasión alguna—. Te he roto entre catorce y diecisiete huesos y tus implantes biónicos craneales precisan reparación. Además, la lente retinal focalizadora tiene una grieta longitudinal. Puedes darte por castigado. —Entonces vaciló, a la vez que miraba al humano tendido—. También tienes suerte de que no haya ordenado que te capen. Te juro que lo que te voy a decir ahora va en serio, Septimus: si vuelves a tocarla, aunque sea el roce más leve de tu piel contra la suya, dejaré que Variel te despelleje. Entonces, cuando seas un cascarón sollozante sin piel, te desmembraré con mis propias manos mientras sigues con vida y dejaré que veas cómo los Ojos Sangrantes devoran tus extremidades.

Talos no se molestó en blandir sus armas para reafirmar aquella amenaza. Se limitó a clavarle la mirada al humano:

—Me perteneces, Septimus. Te he permitido muchas libertades en el pasado debido a tu utilidad, pero siempre puedo entrenar a otros esclavos. No eres más que un humano. Vuelve a desafiarme y vivirás lo justo para rogar que te mate.

Dichas esas palabras, abandonó la estancia con el zumbido hidráulico de las articulaciones de su armadura. En aquel silencio repentino, Septimus tomó aire con un esfuerzo agónico y comenzó a arrastrarse por la cubierta. Tan sólo había una cosa que podría haber provocado que su amo montase en una cólera semejante. Había sucedido justo aquello que él y Octavia habían temido que ocurriera: los amos de la noche habían percibido los cambios que había sufrido la biología de la chica. El mar de dolor producto de la paliza recibida no había conseguido ahogar esa revelación.

Septimus escupió dos muelas y, tras ello, el hombre que pronto se convertiría en padre perdió el conocimiento.

• • • • •

Talos se reunió con las Garras en la sala de guerra, alrededor de la larga mesa hololítica del consejo.

Conformaban un total de ochenta y un guerreros, todos y cada uno revestidos de medianoche. Muchos de ellos estaban cubiertos de sangre o mostraban las cicatrices que se habían ganado sus armaduras durante las tareas de purga que aún tenían lugar en las entrañas del *Eco de la Maldición*. Robarles la nave a los Corsarios Rojos había sido tan sólo el primer paso. Los equipos de lanzallamas iban a tardar años en limpiar un navio de guerra de tamaño semejante, sobre todo ahí donde la corrupción del Caos era más perniciosa y la inmundicia corroía el fuselaje o, peor aún, donde el metal había mutado hasta transformarse en tejido vivo. El *Eco de la Maldición*, de forma muy similar al *Pacto de Sangre* antes que él, era en esencia una ciudad en mitad del espacio capaz de albergar a una tripulación de cincuenta mil almas. Se trataba, a todas luces, de una fiera más grandiosa y bella que los cruceros y barcazas del Adeptus Astartes que patrullaban los cielos del Imperio moderno y que habían sido fabricados mediante las plantillas de construcción estándar. El *Eco* había catado el vacío por primera vez durante la Gran Cruzada, acaecida diez mil años antes, cuando los guerreros de las Legiones Astartes habían tomado para sí las mejores embarcaciones y habían navegado a la cabeza de las flotas expansionistas. Los cruceros de ataque de antaño no siempre eran los iguales de sus contrapartidas imperiales, y el *Eco* demostraba cómo eclipsaban con frecuencia a sus primos más jóvenes tanto en tamaño como en potencia de fuego.

Cincuenta mil almas. Talos nunca se había acostumbrado a esa cifra, a pesar de que dicha cantidad de tripulantes llevaba décadas afanándose bajo sus botas. La vida del amo de la noche se desarrollaba entre la élite, que no hacía sino menguar, y los esclavos predilectos.

Aquellas raras ocasiones en las que descendía al interior de los confines fríos y húmedos de la embarcación tenían como propósito purgar cualquier mácula maligna que atentase contra el funcionamiento óptimo de la nave o bien satisfacer un apetito más profano: el de matar. La mayoría de los miembros de la casta de esclavos moraba en los confines más profundos y en las cubiertas ventrales más recónditas de la inmensa nave de guerra, sus vidas dedicadas a trabajar a destajo en la oscuridad como parte de los equipos técnicos y de otras labores de baja categoría adecuadas para el ganado humano. Ir de caza en pos de los cráneos y los gritos de esa mano de obra mortal no era más que uno de los métodos tradicionales de entrenamiento. Tampoco se podía negar que se trataba del más placentero.

Talos miró con atención a sus hermanos, los ochenta y un guerreros sacados de los restos de la Décima y Undécima Compañías de los Amos de la Noche a los que el destino había llevado a una frágil alianza. Fuera cual fuera la forma en la que pensaba

comenzar el concilio de guerra, quedó descartada una vez los vio a todos reunidos. Al haber quedado algunas escuadras reducidas a dos o tres miembros, había una prioridad que estaba clara:

—Tenemos que reestructurar las Garras —les informó.

Los guerreros intercambiaron miradas. Las servojuntas cervicales zumbaron a medida que se miraban entre ellos.

—Se acabaron las luchas intestinas, hermanos. La Primera Garra seguirá con seis integrantes. Las demás Garras se reformarán hasta acercarse en la medida de lo posible a sus capacidades máximas.

Xeverine, un guerrero que jamás se separaba de su ornamentada alabarda sierra, alzó la voz para pronunciarse:

—¿Y quiénes van a ser los líderes de estas nuevas garras, Cazador de Almas?

—Duelos de honor —le respondió Faroven, quien llevaba un yelmo ceremonial parecido al de Xarl. La cresta alada se inclinó con el gesto afirmativo—. Deberíamos resolverlo mediante duelos de honor. Los vencedores liderarán a las siete nuevas Garras.

—Los duelos de honor son para los débiles y temerosos —replicó uno de los veteranos llenos de cicatrices de las proximidades—. El liderazgo debe zanjarse con duelos a muerte.

—No contamos con los efectivos suficientes como para sufrir las bajas que conllevan los duelos a muerte —le rebatió a su vez Carahd, líder de la Garra de Faroven.

Entre las escuadras reunidas se formó una algarabía de discusiones, pues buscaban alzar la voz por encima de las demás.

—Nadie se está llevando las manos a las armas aún —declaró Xarl con tranquilidad—, pero dale tiempo, y tendremos que vadear un baño de sangre.

Talos se mostró de acuerdo con un gesto de la cabeza. Esto ya se había prolongado bastante.

—Hermanos —interpeló. El único matiz que transmitía su voz era de paciencia. Como cabía esperar, se fueron callando uno a uno. Ochenta yelmos decorados de forma variopinta con cráneos pintados, runas nostramanas, altas crestas aladas o bien ennegrecidos a causa de los daños derivados de los combates se le quedaron mirando. A la izquierda de la Primera Garra, los cinco supervivientes de los Ojos Sangrantes zumbaban por los comunicadores y siseaban entre ellos, aunque Lucoryphus le brindaba toda su atención al profeta. El señor de los Rapaces observaba a Talos tras su máscara demoníaca inclinada e incluso se hallaba de pie, aunque las garras de sus pies no resultaban adecuadas para una postura semejante.

—Hermanos —repitió Talos—. Contamos con once líderes de escuadra, con suficientes guerreros como para formar siete Garras al completo. Todo aquel que desee llevar a cabo un duelo de honor para optar al liderazgo es libre de hacerlo.

—¿Y los duelos a muerte? —preguntó Ulris.

—Se llevarán a cabo contra Xarl. Cualquiera que desee matar a un hermano por el honor de liderar a una de las Garras es libre para desafiarle. Le daré una Garra entera a cualquiera que acabe con él.

Varias de las Garras bulleron con refunfuños.

—Ya —dijo Talos—, eso es justo lo que suponía que diríais. Dejemos esto de una vez, nos hemos reunido por un motivo.

—¿Por qué nos has traído de vuelta a Tsagualsa? —quiso saber, en voz alta, uno de los guerreros.

—Porque en el fondo soy un sentimental. —Un estallido de risas amargas y poco sentidas fue la respuesta que recibió—. Para aquellos de vosotros que no se hayan enterado, los barridos planetarios han detectado ciudades capaces de albergar una población de alrededor de veinticinco millones que se extiende, sobre todo, a lo largo de seis ciudades principales.

Talos le hizo un ademán a un tecnoadepto y este dio un paso al frente hacia la mesa. Deltrian, cuya silueta esquelética estaba como siempre envuelta en una túnica, desplegó una plétora de microherramientas desde las puntas de los dedos. Una de ellas, una interfaz neurálgica con cabeza de tridente, chasqueó en el interior del conector manual de la consola acoplada a la mesa. Una voluminosa imagen hololítica del mundo gris apareció en el aire por encima del proyector, con el contorno erizado de una serie de destellos que dañaban la vista.

—Parto de la premisa de que los legionarios de la Octava Legión no requieren ninguna explicación sobre el pasado de este mundo.

—Ve al grano —murmuró uno de los amos de la noche.

«Qué falta de respeto». Pensar que los antiguos vínculos de alianza entre el Mechanicum de Marte y las Legiones Astartes se habían degradado hasta tal punto sacaba a Deltrian de sus casillas. Todos los juramentos que se habían prestado y los rituales de deferencia… reducidos a cenizas.

—Honorable adepto, por favor, continuad —le interpeló Talos.

Deltrian titubeó y miró a Talos con unas lentes oculares que se dilataban. Sin darse cuenta de que todavía poseía un hábito curiosamente humano, el adepto se llevó las manos a la capucha para ajustársela y con ello hundió aún más sus rasgos faciales en las sombras.

—Procederé a vocalizar los factores principales de la matriz defensiva. En primer lugar, la…

Los amos de la noche ya habían empezado a hablar entre ellos. Varios legionarios rebatían los argumentos a viva voz.

—No podemos atacar Tsagualsa —declaró Carahd—. No podemos poner el pie en ese mundo. Está maldito. —Un coro de murmullos simpatizantes creció en intensidad.

Talos ladró una breve risotada intencionadamente burlona.

—¿De verdad tenemos tiempo para supersticiones estúpidas?

—Te digo que está maldito, Cazador de Almas —protestó Carahd—. Todos lo saben. —Esta vez, los murmullos simpatizantes resultaron ser más tenues.

Talos apoyó las manos sobre la mesa y fijó la mirada sobre los guerreros congregados.

—Estoy dispuesto a dejar que este mundo se pudra en los confines del espacio. A lo que no estoy dispuesto es a irme por otro lado cuando el mundo al que durante tantas décadas llamamos hogar está infestado de escoria imperial. Puedes huir si quieres, Carahd. Puedes ponerte a llorar por culpa de una maldición que data de hace diez mil años y que lleva muerta mucho tiempo. Pero yo pienso llevar a la Primera Garra hasta la superficie del planeta. Les enseñaré a esos intrusos la naturaleza inmisericorde de la Octava Legión. Son veinticinco millones de almas, Carahd. Veinticinco millones de bocas que hacer gritar y veinticinco millones de corazones que reventar con nuestras manos. ¿De verdad quieres permanecer en órbita mientras los demás ponemos a este mundo de rodillas?

Carahd sonrió ante aquel prospecto.

—Veinticinco millones de almas… —El profeta ya podía ver destellos de avaricia en los ojos del guerrero.

—¿Acaso está maldito un planeta sólo por el hecho de que lo abandonáramos en un momento falto de dignidad? ¿O es la maldición una farsa que nos resulta muy oportuna para disfrazar la vergüenza que sentimos por haber huido de nuestro segundo mundo natal?

Carahd no contestó, si bien sus ojos, desprovistos de todo color que no fuera el negro, reflejaban la respuesta con claridad.

—Me alegra ver que nos entendemos unos a otros —sentenció Talos—. Ahora, Deltrian, continuad si sois tan amable.

Deltrian reactivó la imagen hololítica, que generó un fulgor fantasmagórico sobre las placas de blindaje oscuras de los guerreros.

—Las defensas de Tsagualsa son tan precarias como las de cualquier otro mundo fronterizo del Imperio. No poseemos datos relativos a la frecuencia o tamaño de las patrullas navales del subsector, pero dada la localización en que nos hallamos, las predicciones viables indican una presencia mínima, a la par que irregular, de efectivos imperiales. Se sabe de tres capítulos del Adeptus Astartes que cuentan con protectorados en las regiones próximas. Todos ellos dicen ser descendientes genéticos de la Decimotercera Legión. Todos ellos también estuvieron presentes en el año…

Talos se aclaró la garganta.

—Id a los detalles esenciales, por favor, honorable adepto.

Deltrian reprimió un chorro de binario para expresar lo irritado que se sentía.

—Como es costumbre entre los mundos fronterizos, la órbita del planeta está desprotegida excepto por todas aquellas patrullas imperiales dispuestas a correr el riesgo de aventurarse tan lejos del Astronomicón. Sin la presencia de la baliza disforme del Emperador para guiar a sus navegantes, la amenaza de ser destruidos en

el Mar de las Almas es considerable. Me cuesta procesar las razones por las que el Imperio llegaría siquiera a establecer colonias a tanta profundidad dentro de la Franja Este. Es muy probable que las ciudades de la superficie sean sociedades estado autosuficientes, casi seguro adaptadas para depender más de los recursos globales que de las poco frecuentes importaciones que el Imperio les suministra desde sus regiones más céntricas.

—¿Qué hay de las maniobras militares sobre la superficie? —preguntó uno de los amos de la noche.

—Analizando… —dijo Deltrian. Giró la mano como si hubiera metido una llave en una cerradura. El enlace de interfaz neuronal chasqueó dentro de la consola y el hololito tartamudeó, tras lo cual un gran número de secciones del planeta pasaron a emitir destellos rojos—. Hemos detectado tráfico de comunicaciones por satélite durante las últimas dieciséis horas desde nuestra llegada y lo hemos monitorizado. Lo que nos sorprendió en un primer momento fue que esta comunicación sea tan escasa. El mundo se halla sumido en un silencio casi absoluto, lo que indica involución o conocimientos tecnológicos primitivos. O ambas cosas.

—Una presa fácil… —comentó con una ancha sonrisa otro legionario que se encontraba a cierta distancia.

«Dejad ya de interrumpirme», pensó Deltrian, quien continuó:

—El tres coma uno por ciento de las comunicaciones planetarias era de naturaleza militar o podría interpretarse como tal en relación a la seguridad de las ciudades estado y de los refuerzos civiles, lo que sugiere dos cosas: la primera, que este mundo mantiene un destacamento poco importante, quizá infinitesimal, de reclutas que participan en las fuerzas de defensa planetarias. La segunda, que a pesar de que su tasa demográfica es razonable según la media de los mundos fronterizos de grado máximo, no tributa regimientos para que presten servicio en la Guardia Imperial.

—¿Es eso anómalo? —inquirió Xarl.

Cyrion soltó una risa entre dientes.

—¿Le ves pinta de reclutador imperial o qué?

Deltrian no hizo caso de ese intento fallido de parecer locuaz.

—Veinticinco millones de almas podrían mantener una fundación de la Guardia Imperial, pero parece que los mundos fronterizos tienen otras obligaciones tributarias. La distancia tan remota a la que se encuentra Tsagualsa hace del planeta un enclave en absoluto adecuado ni probable para el reclutamiento de guardias imperiales. Ha de tenerse en cuenta que las condiciones del entorno lo convierten en perjudicial, casi podría decirse hostil, para la vida humana. Las lecturas del auspex dan indicios de asentamientos capaces de sustentar las cifras estimadas, si bien es muy probable que las densidades de población correctas sean más pequeñas.

—¿Cómo de pequeñas? —preguntó otro guerrero.

—Conjeturar es inútil. Pronto lo veremos por nosotros mismos. El mundo está indefenso.

—En resumen —concluyó Talos—: este planeta es nuestro, hermanos. Lo único que necesitamos es alargar las garras y cogerlo. Nos dividiremos antes de descender sobre él. Cada una de las Garras tomará una sección de la ciudad para hacer con ella lo que quiera.

—¿Por qué?

Todos los ojos se posaron sobre Deltrian.

—¿Tenéis algo que decir al respecto? —le preguntó Talos a su vez.

El tecnoadepto empleó una fracción de segundo para enmarcar sus pensamientos en una locución y un tono calculados para ser lo menos ofensivo posible:

—Me gustaría preguntaros, mi señor, cómo es que queréis descender a este mundo indefenso. ¿Qué nos ofrece?

Talos no le quitó la vista de encima. Sus ojos negros taladraron el interior de la capucha del tecnoadepto y quedaron fijados en las relucientes lentes que moraban en su interior.

—Este ataque no es distinto de otros, honorable adepto. Somos asaltantes. Por lo tanto, asaltamos. A eso nos dedicamos, ¿no?

—Entonces y con vuestro permiso, os formularé otra pregunta: ¿por qué hemos cruzado un cuarto de la galaxia para llegar hasta este lugar? Supongo que no tengo que procesar la cifra de mundos imperiales y calcular el porcentaje de los que suponen objetivos potenciales. Así pues, reformularé la pregunta: ¿por qué hemos vuelto a Tsagualsa?

Los amos de la noche volvieron a quedarse en silencio. Por una vez, esperaron atentos a que el profeta contestara.

—Busco respuestas —aclaró Talos—. Creo que las encontraré aquí.

—¿Respuestas a qué, Cazador de Almas? —inquirió uno de los presentes. El profeta podía ver la misma duda reflejada en muchos otros ojos.

—A por qué seguimos librando esta guerra.

Como cabía esperar, esa contestación se encontró con carcajadas cuya diversión se mezclaba con respuestas del tipo «pues para ganarla» y «para sobrevivir». A Talos le resultó muy conveniente. Era mejor que creyeran que se trataba de una broma de complicidad entre veteranos.

• • • • •

Xarl tardó tres horas en decir lo que Talos se había estado esperando:

—No debiste decir eso.

La cámara de armas era un hervidero de industria en el que Septimus y varios servidores fijaban piezas de blindaje a los cuerpos de los miembros de la Primera Garra.

Cyrion le echó un vistazo al vasallo humano que ayudaba a los servidores a atornillarle la greba hasta quedar sujeta.

—Pareces un muerto —apostilló sin más. Septimus le mostró una sonrisa forzada, pero no hizo ningún comentario. Tenía la cara hecha una paleta de moratones hinchados.

—Talos, no debiste decir eso en el concilio de guerra —le reprobó Xarl.

El profeta abrió y cerró el puño para comprobar los mecanismos de su guantelete, que susurró como una orquesta apagada de gráciles servojuntas.

—¿Qué es lo que no debería haber dicho exactamente? —preguntó, a pesar de que ya conocía la respuesta.

Xarl encogió el hombro izquierdo mientras un servidor le atornillaba la hombrera en su sitio.

—Nadie respeta a un líder sensiblero. Eres demasiado pensativo, demasiado introspectivo. Se tomaron a broma lo que dijiste, lo cual fue un golpe de suerte. Pero hermano, créeme cuando te digo que ninguna de las Garras querría descender a ese mundo maldito sólo para satisfacer tus dudas existenciales.

Talos asintió, mostrándose de acuerdo con actitud tranquila mientras comprobaba su bólter.

—Cierto. Su única razón para descender a la superficie es extender el terror entre la población, ¿verdad? En esas mentes tan superficiales y despreciables no hay cabida para la sutileza ni las emociones profundas.

La Primera Garra se quedó mirando a su líder en silencio durante varios segundos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Xarl—. ¿Por qué estás tan amargado estas últimas noches? Hablabas así antes de caer en el largo sueño y desde que te has despertado estás dos veces peor. No puedes seguir encarándote a la legión a gritos. Somos lo que somos.

El profeta se acopló el bólter a la banda magnética de la musiera.

—Estoy cansado de limitarme a sobrevivir en esta guerra. Quiero ganarla. Quiero que tenga sentido librarla.

—Somos lo que somos, Talos.

—Pues entonces tenemos que ser mejores. Tenemos que cambiar y evolucionar, porque estamos estancados y eso no sirve de nada.

—Te pareces a Ruven antes de que nos dejara.

El profeta dibujó en sus labios una sonrisa despectiva y socarrona.

—Hace mucho tiempo que me siento así de amargado, Xarl. La única diferencia es que ahora quiero hablar de ello. Y no me arrepiento. Denunciar estos fallos es como reventar un grano; noto cómo el veneno rezuma y me abandona. Vivir una vida que tenga sentido no es pecado. Se supone que debemos librar una guerra e instigar el miedo en nombre de nuestro padre. Juramos ser los portadores de su venganza.

Xarl no disfrazó la confusión que tomaba posesión de sus rasgos desvaídos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cuántos de la legión crees que escuchan de verdad los desvarios que un primarca demente enunció hace tanto tiempo?

—No digo que la legión haya obrado en consecuencia a su mensaje. —Talos entrecerró los ojos—. Lo que digo es que deberíamos hacerlo. De esa forma nuestras vidas tendrían mayor significado.

—La lección de la legión ya se ha impartido. Se impartió cuando el primarca murió. Lo que nos queda es sobrevivir como podamos y esperar a que caiga el Imperio.

—¿Y qué pasará cuando lo haga? Entonces, ¿qué?

Xarl se quedó mirando a Talos un instante.

—¿A quién le importa?

—No. Eso no basta. Para mí no basta. —Los músculos se le tensaron mientras apretaba los dientes.

—Tranquilízate, hermano.

Talos avanzó un paso y, de inmediato, Mercutian y Cyrion le agarraron y forcejearon para sujetarle.

—¡No basta, Xarl!

—Talos… —gruñó Cyrion, que intentaba arrastrar al profeta con ambos brazos.

Xarl lo observaba todo con los ojos abiertos de par en par, sin tener claro si llevarse la mano al arma o no. Talos seguía intentando tirar a sus hermanos para soltarse. Un fuego danzaba en sus ojos oscuros.

—No basta. Estamos enterrados bajo el polvo que siglos de pecado sin sentido y fracaso sin fin han dejado tras de sí. La legión estaba envenenada y sacrificamos un mundo entero para limpiarla. Fracasamos. Somos los hijos del único primarca que odiaba a su propia legión. De nuevo, fracasamos. Juramos vengarnos del Imperio y aun así huimos de toda batalla en la que no contamos con superioridad numérica sobre un enemigo débil. Fracasamos una y otra y otra vez. ¿Alguna vez has librado una batalla que costaría ganar y sin posibilidad de huida, tú o cualquiera de nosotros? ¿Alguna vez desde el propio Asedio de Terra has blandido una arma a sabiendas de que podías morir?

—Hermano… —comenzó a decir Xarl conforme se alejaba de Talos, quien logró avanzar otro paso a pesar de los denodados esfuerzos de Cyrion y Mercutian.

—No pienso prostituir mi vida sin motivo, ¿me oyes? ¿Entiendes lo que te digo, soberano cobarde? Quiero vengarme de una galaxia que nos odia. Quiero que los mundos imperiales se estremezcan cuando nos acerquemos a ellos. Quiero que el llanto de las almas imperiales llegue hasta la Sagrada Terra y que su sufrimiento ahogue al dios cadáver en su trono de oro.

Variel se sumó a sus hermanos y les ayudó a retener a Talos para que no se acercase más a Xarl. El único que se mantuvo al margen fue Uzas, que lo observaba todo con inexpresivo interés. El profeta forcejeó bajo la presa de sus hermanos y consiguió derribar a Cyrion de una patada.

—Voy a proyectar mi sombra sobre este mundo y a quemar vivo a todo hombre, mujer y niño hasta que el humo de las piras funerarias ahogue el sol. Con las pavesas resultantes, llevaré el *Eco de la Maldición* hasta los cielos sagrados de Terra y haré que las cenizas de veinte millones de mortales lluevan sobre el palacio del Emperador. Será entonces cuando nos recuerden. Será entonces cuando recuerden a la legión a la que antes temían.

Talos estrelló el codo contra la placa facial de su hermano Mercutian y el golpe hizo crujir la ceramita. Le pegó un puñetazo a Variel en la garganta que alejó trastabillando al apotecario y que no dejó a nadie entre Xarl y el profeta. Talos apuntó la hoja dorada de *Aurum* directa al ojo izquierdo de su compañero de escuadra.

—Ya basta de huir. Ya basta de atacar para sobrevivir. Cuando veamos un mundo imperial ya no nos preguntaremos si merece la pena saquearlo; nos preguntaremos cuánto daño le haría su destrucción al Imperio. Y cuando el Señor de la Guerra nos llame para participar en la Decimotercera Cruzada, responderemos a su llamada. Noche tras noche pondremos al Imperio de rodillas. Pienso arrojar a un lado aquello en lo que se ha convertido esta legión para reconstruirla hasta que sea lo que debería ser. ¿Me he expresado con claridad?

Xarl asintió, con los ojos trabados en los del profeta.

—Meridiana, hermano.

Talos no bajó la espada. Respiró el aire estancado y reciclado de los conductos de ventilación de la nave, teñido con el almizcle del aceite para armas y del sudor que Septimus exudaba debido al miedo que sentía.

—¿Qué? —le preguntó al esclavo.

Septimus llevaba puesta su chaqueta curtida y el pelo suelto le enmarcaba la cara, aunque no lograba esconder del todo la lente óptica dañada. Tenía el casco de su amo en las manos.

—Os sangra el oído, señor.

Talos se llevó la mano ahí para comprobarlo. La sangre le manchaba los dedos del guantelete.

—Me arde el cráneo —admitió—. Jamás había pensado con tanta claridad, pero el dolor que hay que pagar por ello es de lo más desagradable.

—¿Talos? —le llamó uno de sus hermanos. No estaba seguro de quién se trataba. Con la visión tan borrosa, todos le parecían iguales.

—No es nada —le dijo a la multitud sin rostro.

—¿Talos? —le llamó otra voz. Le costó comprender que no entendían lo que les estaba diciendo. La lengua se le había vuelto espesa. ¿Era posible que estuviera arrastrando las palabras?

El profeta inspiró profundamente y se tranquilizó.

—Estoy bien —declaró.

Todos le miraron dubitativos. La gélida mirada de Variel era la que mostraba mayor interés.

—Tenemos que hablar en el apotecarion en seguida, Talos. Hay que hacerte pruebas y espero que mis sospechas no se confirmen.

—Como quieras —concedió—. Cuando regresemos de Tsagualsa.



LA AMENAZA DEL INVIERNO

La ciudad de Santuario apenas merecía que la consideraran como tal, y menos aún recibir ese nombre. El asentamiento más extenso, con diferencia, del lejano mundo fronterizo de Darcharna era una mezcolanza de paisajes urbanísticos que estaba compuesta de naves exploradoras posadas en tierra, cruceros colonizadores semienterrados y estructuras prefabricadas de corte simple que se habían levantado para hacer frente a las tormentas de arena aullantes que cubrían la faz del planeta con un manto que suplantaba a todo clima real.

Unas paredes de rococemento barato y hierro corrugado rodeaban los límites de la ciudad, y sus habitantes las habían mantenido de forma provisional con delgadas tablas antibalas y planchas de blindaje sacadas a tirones de las naves espaciales embarrancadas.

El amo y señor de aquel asentamiento, que parecía estar apuntalado con escupitajos y cinta de embalar, contemplaba sus dominios desde la tranquilidad relativa que le reportaba su oficina. Antaño, la estancia había sido el pináculo de observación a bordo del transporte de peregrinos de la Eclesiarquía, el *Propagación del Consuelo*. En cambio, ahora estaba desprovisto de todo banco y plataforma de observación y albergaba tan sólo los bienes personales del archiregente. Él lo llamaba su despacho, pero en realidad era su hogar, como había sido el de todos los archiregentes de las últimas cinco generaciones desde el Día de la Debacle.

La cúpula que hacía las veces de ventana era lo bastante gruesa como para silenciar los vientos arenosos sin importar lo mucho que sacudieran y azotaran la colonia de más abajo. En aquel momento se encontraba con la vista perdida en la sombra de aquellos vendavales, incapaz de verlos mientras aullaban, pero más que capaz de constatar sus efectos en las banderas raídas que se agitaban y en los

estrépitos de las ventanas blindadas que se cerraban de golpe.

«¿Vendrá la oscuridad?», se preguntó. «¿Vendrá la oscuridad a nosotros de nuevo? ¿Será esta la primera tormenta de otro Invierno Gris más?».

El archiregente presionó la mano contra el denso cristal como si tratara de sentir el vendaval que azotaba los huesos del vertedero que tenía por ciudad. Alzó la vista con lentitud hacia la fina capa de nubes y a las estrellas de más allá.

Darcharna, la Darcharna auténtica, seguía ahí fuera, en alguna parte. Tal vez el Imperio había despachado otra flota de colonos para reemplazar la que se había extraviado con todas sus almas en las profundidades más insondables de la disformidad sólo para que esta terminara por vomitarlos de nuevo al espacio real en la Franja Este. El escaso contacto existente entre esta Darcharna, a la que llamaban su hogar, y el distante Imperio era limitado, por decirlo suavemente. Tampoco se trataba de un asunto que atañera a la población. Había cuestiones que debían mantenerse en secreto.

El último contacto establecido había tenido lugar muchos años atrás: otro mensaje de voz entrecortado proveniente de un mundo lejano que a su vez retransmitía la señal desde otro punto aún más remoto. Sabe el Trono cómo había llegado hasta ellos. La respuesta automatizada que habían recibido para los varios siglos de peticiones de suministros y solicitudes para que los evacuaran de allí fue de una rotundidad rayana en la crudeza:

«Estáis protegidos incluso en las tinieblas. Recordad siempre que el Emperador todo lo sabe y todo lo ve. Perdurad. Prosperad».

El archiregente respiró con lentitud mientras aquel recuerdo cuajaba en sus pensamientos. Estaba claro lo que quería decir:

«Permaneced en vuestro mundo muerto. Vivid como vuestros padres. Morid como vuestros padres. Estáis solos».

En todo su mandato, sólo había hablado en persona con dos extraplanetarios. El primero era el magos capitán de una nave exploradora del espacio profundo que no tenía mayor interés que el de catalogar la utilidad de aquel planeta y pasar de largo. Tras haber visto el poco valor de Darcharna, abandonó la órbita a las pocas horas. La segunda se encontraba en las filas del sagrado Adeptus Astartes y le había informado de que esta región del espacio se encontraba bajo el protectorado de sus guerreros, el Capítulo Génesis. Iban en pos de una flota xenos que huía al margen de la luz del Emperador y, si bien el señor de los marines espaciales había profesado su simpatía hacia los colonos involuntarios de Darcharna, su navio no era lugar para lo que él mismo describió como «las pisadas de diez millones de botas mortales».

El archiregente le había contestado que lo entendía, claro está. Uno no discutía con guerreros de la mitología heroica. Por supuesto que no, y menos aún cuando demostraban poseer unas reservas tan pobres de paciencia:

—¿Acaso no tenéis astrópatas? —había insistido el señor de los marines espaciales —. ¿No contáis con psíquicos capaces de hacerse oír en el vacío?

Ah, por supuesto que sí. Los incidentes de naturaleza psíquica eran, quizá, demasiado habituales en Darcharna: un hecho que el archiregente había considerado que era de sabios ocultarle al oficial superior del Adeptus Astartes. La mitad de los hombres y mujeres con aptitudes psíquicas nacidos en las ciudades coloniales sufrían mutaciones o desviaciones más allá de lo tolerable. En cuanto a la otra mitad, a un gran número de ellos se les quitaba de en medio para acabar con su sufrimiento al haber mostrado indicios de que su entrenamiento había resultado ser infructuoso. Así pues, lo que decía ser el gremio de astrópatas era en realidad una congregación de chamanes e intérpretes de sueños que susurraban continuamente a unos espíritus ancestrales que sólo ellos eran capaces de ver y que además insistían en que el sol era una manifestación distante del Emperador.

Aquellos de los líderes que habían recibido la investidura como eclesiarcas, entre los que se encontraban el archiregente y su colaborador, simpatizaban con la reverencia al sol que se profesaba en aquel mundo, oscuro como el que más. A pesar de que la población de la mayoría de ciudades tenía acceso a los viejos archivos, un inmenso número se contaba entre los devotos.

Aun así, había que trazar unos límites. En el mejor de los casos, el Culto Astropático era un antro de desviación a punto de estallar que en realidad contaba con escasa o ninguna capacidad para comunicarse de manera extraplanetaria. En el peor, sus miembros ya eran herejes a los que se debía purgar de inmediato siguiendo el ejemplo de las matanzas selectivas que los archiregentes de generaciones pasadas habían llevado a cabo contra ellos. ¿Cuántas veces habían clamado al vacío para no recibir respuesta, sin saber siquiera si sus gritos poseían la fuerza y el volumen necesarios para llegar hasta otras mentes?

El archiregente se quedó al lado de la ventana durante un rato observando cómo las estrellas decoraban el cielo. Ensimismado como estaba, ni siquiera había oído el ruido apagado de la puerta al abrirse con unos mecanismos que recibían poca energía.

—¿Señor archiregente? —dijo una voz trémula.

El aludido se dio la vuelta y se encontró con la mirada pensativa y el ceño perpetuamente fruncido del colaborador Muvo. El hombre de menor edad era de una delgadez casi enfermiza y tanto sus ojos inyectados en sangre como su piel amarillenta delataban un escaso rendimiento por parte de su organismo. A este respecto, no destacaba entre cualquier ciudadano de Santuario ni de ningún otro asentamiento de Darcharna, pues a pesar de que los cruceros estelares encallados albergaban en sus umbrías entrañas cultivos hidropónicos rudimentarios que daban sustento a los supervivientes que descendían de los primeros colonos, apenas bastaban para aportarles nutrientes. Tal y como el archiregente había constatado hacía tiempo, existía una diferencia evidente entre vivir y estar vivo sin más.

—Hola, Muvo —el hombre de edad avanzada le saludó con una sonrisa que acentuó la profundidad de las líneas de su rostro enjuto—. ¿A qué debo el placer de su compañía?

—Los escrutatormentas traen noticias de las colinas orientales. Pensé que le interesaría saberlo.

—Le doy las gracias por su diligencia. Entonces, ¿quiere decir eso que el Invierno Gris vuelve a caer una vez más sobre nosotros? Parece que este año se ha adelantado. —Pero claro, todos los años parecía adelantarse. Pensó que se trataba de uno de los males de hacerse viejo.

El gesto ceñudo del colaborador se relajó durante un momento, algo raro en él.

—¿Me creería si le dijera que tenemos un enlace de comunicación comprobado?

El archiregente no se molestó en disimular su sorpresa. Las comunicaciones de voz y pictogramas eran tan poco fiables más allá de los muros de Santuario, y a menudo dentro de estos, que aquella tecnología estaba a punto de dejarse de lado. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había hablado por un comunicador durante los últimos dos años, e incluso así, esas tres veces habían tenido lugar dentro de los límites de la ciudad.

—Me entusiasma la idea —contestó—. ¿Tenemos imagen?

El colaborador gruñó de forma abrupta y no dijo nada.

—Vaya —el archiregente asintió con conformismo—. Lo suponía.

Los dos fueron hasta el escritorio estropeado del archiregente y observaron la pantalla carente de imagen que estaba encajada en el mueble de madera. Hubo que resintonizar varios diales antes de que pudiera oírse con claridad cualquier sonido mínimamente similar a una voz.

● ● ● ● ●

Rivall Meyd, hijo de Dannicen Meyd, trabajaba de técnico al igual que su padre. Ostentaba el cargo oficial de escrutatormentas, lo que le reportaba no poco orgullo, si bien viajar hasta lo alto de las colinas y predecir patrones climáticos no era más que una pequeña parte de sus tareas. La mayoría de la gente que vivía tras los muros de Santuario y en otros campamentos apenas sabía nada de su trabajo.

Dicha ignorancia no le molestaba en absoluto. Mencionar que empleaba los auspex meteorológicos que había heredado resultaba más glamuroso de cara al pueblo llano que la verdad, que consistía en pasar la mayor parte del tiempo ataviado con unas gafas protectoras y con el cuerpo cubierto de vendas para protegerse de las tormentas de arena mientas escrutaba las llanuras en busca de cosas inexistentes o perdía el tiempo con objetos que no se podían reparar.

Necesitaban metales. Los ciudadanos de Santuario precisaban de metal casi tanto como de comida, pero se trataba de un bien escaso en extremo. Todas las vetas que se encontraba a lo largo de sus viajes estaban vacías o no eran útiles. Todos los restos de metal de las naves que se habían estrellado el Día de la Debacle habían terminado

siendo el botín de sus ávidos predecesores hacía décadas.

Las torres de comunicación y los fortines almacén eran otra cosa, si bien hacían gala del mismo fracaso. A todas luces, la primera generación de colonos recién salida del Día de la Debacle había sido optimista y emprendedora. Habían construido redes de difusión compuestas de torres de comunicación a lo largo de las llanuras, lo que había unido a cada una de las ciudades gracias al dudoso alivio que suponía el contacto por voz. Los fortines estaban construidos bajo el nivel del suelo para abastecer de combustible y suministros a los viajeros que recorrían las rutas terrestres entre las ciudades y los asentamientos de comunicación por satélite. Desde el momento en que aterrizaron por primera vez, a los colonos no les supuso demasiadas dificultades elaborar y refinar promethium para los vehículos con ruedas, aunque los vehículos voladores y las embarcaciones capaces de surcar el vacío permanecían en el suelo, pues su sed de combustible resultaba insaciable y, de todos modos, eran incapaces de volar con tanto viento.

Rivall permaneció de pie al borde del acantilado mientras sacudía el polvo de las lentes de los macrobinoculares y echaba la vista lejos, hacia la mota en el horizonte que era Santuario. La mayor parte de la ciudad se encontraba desierta. La flota había llegado a Darcharna con casi treinta millones de almas apretujadas en los confines de los transportes de peregrinos, así como en las naves transportadoras de tropas que se habían reutilizado a modo de embarcaciones coloniales. Los censos a escala planetaria estimaban que ahora sumaban menos de un tercio de esa cifra transcurridos cuatrocientos setenta años desde el Día de la Debacle.

—Meyd, ven aquí.

—¿Qué pasa?

Bajó los macrobinoculares y se dirigió a las rocas en las que se encontraba su compañero. Eruko estaba momificado igual que él; no exponía ni un centímetro de piel al viento erosivo. Se hallaba en cuclillas al lado de una mochila transmisora mientras sintonizaba los diales.

—No es más que el maldito archiregente —informó su amigo—. Por si no estás demasiado ocupado contemplando el horizonte.

Meyd se acuclilló a su lado y afinó el oído para escuchar la voz que les llegaba:

—… buen trabajo, escrutatormentas —decía entre crepitares—. ¿Invierno?

El que respondió fue Meyd:

—Los escáneres registran un descenso de temperaturas, así como un incremento de los vientos durante la última semana. Se avecinan las primeras tormentas, pero el Invierno Gris tardará unas pocas semanas en llegar, mi señor.

—Repita, por favor —respondió la voz.

Meyd inspiró con fuerza y se bajó las vendas que le cubrían la boca, ahora a merced de la aspereza del viento. Repitió lo dicho, palabra por palabra.

—Esas son buenas noticias, caballeros —contestó el archiregente.

—Anda, ¿ahora somos caballeros? —preguntó Eruko con voz queda. Meyd le

devolvió la sonrisa.

—¿Señor? —dijo Meyd con el comunicador de mano—. ¿Hay noticias de Takis y Coruda?

—¿Quiénes? Me temo que esos nombres no me suenan.

—El… —Meyd se vio obligado a hacer una pausa para toser un polvillo cristalino —. El equipo encargado de la siguiente frontera oriental. Fueron a buscar hierro al asteroide que cayó ayer por la noche.

—Sí, por supuesto. No tenemos noticias todavía —respondió el archiregente—. Les pido disculpas, caballeros.

A Rivall Meyd le gustaba la voz del anciano. Sonaba amable, cargada de paciencia; como si de verdad le importase aquello.

—Supongo que este contacto sólo ha sido posible porque ustedes han sido capaces de reparar los daños que la erosión había causado en la torre oriental número doce.

Meyd sonrió a pesar de la grava que le azotaba los labios.

—Así es, señor. —Aunque omitió que para lograrlo habían tenido que desguazar un viejo todoterreno ligero para el desierto.

—Un logro poco común. Ambos cuentan con mi agradecimiento y mi admiración. Acudan a mi despacho cuando acabe su rotación. Les ofreceré un vaso de cualquier brebaje mínimamente espiritoso que guarde en mi bodega, la cual admito que es limitada.

Ni Meyd ni Eruko le contestaron.

—¿Caballeros? —les llamó la voz del archiregente—. ¿Vaya, es que hemos perdido la conexión?

Eruko fue el primero en estrellarse contra el suelo y se partió un pómulo contra la piedra. No dijo nada. No hizo nada, excepto desangrarse en silencio. La espada que le había atravesado el corazón lo había fulminado al instante.

Meyd no estaba muerto cuando cayó. Alargó una mano ensangrentada hacia el botón de emergencia de la mochila transmisora, pero las fuerzas le fallaron a la hora de pulsarlo. Sus dedos ensangrentados dieron brochazos aleatorios sobre la superficie de plástek del botón.

—¿Caballeros? —volvió a preguntar el archiregente.

Meyd tomó aire por última vez en su vida y lo utilizó para chillar.

• • • • •

El archiregente miró al colaborador. El hombre, más joven, jugueteaba con el dobladillo de las mangas de su túnica marrón.

—Me gustaría que me dijera que eso no ha sido más que una interferencia —dijo el archiregente.

El colaborador resopló:

—¿Y qué podría ser si no?

—A mí me pareció que era alguien gritando, Muvo.

El colaborador hizo un amago de sonrisa forzada. No tuvo demasiado éxito. A pesar del respeto que sentía hacia el hombre de avanzada edad, lo cierto era que su oído había gozado de tiempos mejores. Ambos eran conscientes de la frecuencia con la que Muvo tenía que repetirle al archiregente todo lo que decía.

—Creo que ha sido una interferencia —repitió el colaborador.

—Puede que así sea. —El archiregente se peinó con las manos el cabello, blanco y escaso, y suspiró—. En caso de que no restablezcamos el contacto con esos señores en menos de una hora, me sentiría más cómodo si enviásemos un equipo de rescate. Ya ha comprobado que el viento es muy fuerte, Muvo. Si los dos se han despeñado por el acantilado…

—Entonces ya están muertos, mi señor.

—O requieren auxilio. Pero los sacaremos de allí, ya sea vivos o muertos.

Se sintió con energías renovadas durante un momento, por extraño que fuera. Las llanuras desérticas se habían llevado a muchos de ellos con el paso de los años, y Eruko y Meyd estaban lo bastante cerca como para sacarlos de allí en unos pocos días en caso de que las tormentas de arena de verdad fueran a retrasarse un poco más.

El canal de voz volvió a crepitar, como si estuvieran resintonizando los canales. El colaborador mostró una media sonrisa apocada en señal de triunfo. El archiregente le sonrió a modo de respuesta.

—Pues sí que era una interferencia. Le proclamo vencedor de este asalto —concedió el anciano, pero sus dedos se detuvieron en seco antes de llegar a tocar el dial. La voz áspera que oyeron por los altavoces no pertenecía a un humano. Era demasiado grave, demasiado gutural, demasiado gélida:

—Nunca debisteis asentaros en este mundo. Nuestra vergüenza es un secreto que hemos de guardar. Una vez más, vamos a arrancar toda vida de la faz de Tsagualsa. Escondeos en vuestras ciudades, mortales. Tapiad las puertas, id a por vuestras armas y esperad a oírnos aullar. Esta noche vamos a por vosotros.



UNA GUERRA PURA

Dannicen Meyd había cumplido cincuenta y ocho años un mes antes, y tratándose de Darcharna, eso prácticamente le otorgaba el estatus de venerable. Las trazas de arena que tenía incrustadas en los huesos a raíz de haberse pasado la vida en las llanuras desérticas se traducían en que estar tumbado le dolía tanto como moverse, y a día de hoy practicaba lo primero con mayor frecuencia que lo segundo.

Las llanuras le pegaban una gran paliza a uno a lo largo de los años. Por ejemplo, había que lidiar con las abrasiones cutáneas que poco después se infectaban. Luego se contraía un pulmón negro del que preocuparse, producto de las trazas de arena que se metían por la boca y la nariz, y al final se acababa perdiendo tejido pulmonar debido a la necrosis o la infección, por lo que uno pasaba la mayor parte del tiempo escupiendo flemas sanguinolentas.

Tener los ojos irritados suponía una penuria constante: siempre lacrimosos y de algún modo siempre resecos, por no mencionar que a lo largo de los años se le habían ido formando cataratas a consecuencia de las partículas que le empañaban la vista. Tampoco oía demasiado bien. Sabe el Emperador lo que las décadas de polvo ceniciento le habían hecho a sus canales auditivos, pero cuando el corazón le latía con fuerza y la sangre le hervía, todo se tornaba sordo y tenue como si lo oyera bajo el agua.

Lo que más le dolía era el corazón. Ahora, cada vez que caminaba durante unos pocos minutos, este se le reviraba y le amenazaba.

En resumen, se trataba de un hombre con pleno derecho a quejarse, por poco que lo ejerciera. Dannicen Meyd no era dado a regodearse en sus penas. Eso sí, había intentado advertirle a Rivall lo que conllevaba la vida en las llanuras. No había surtido demasiado efecto. Dannicen había obtenido casi el mismo resultado que cuando su

padre había intentado advertírselo a él, hace mucho tiempo en una vida previa a todos estos dolores y achaques.

Se estaba sumergiendo en aquel recuerdo, que tan a menudo solía repasar, cuando las sirenas de la ciudad comenzaron sus lamentos discordantes.

—Será una broma —exclamó. La temporada de tormentas se iba a adelantar este año. Por su última conversación con Rivall, se suponía que iba a tardar aún unas pocas semanas en llegar, quizá incluso un mes.

Dannicen se levantó con esfuerzo del sofá que le hacía las veces de cama y sorbió entre dientes al tiempo que sus rodillas emitían un coro de crujidos. Ambas articulaciones despertaron en compañía de los pinchazos agudos que sentía bajo el hueso.

«Cada vez peor. Que nadie me diga que hacerse viejo no es una putada».

Una sombra cruzó por su ventana. Miró con un sobresalto el tablón antibalas que tenía por puerta en cuanto unos puños comenzaron a aporrearla.

—Por el Trono del puñetero Emperador —rezongó al tiempo que sus rodillas volvían a quejarse, pero él ya estaba de pie y en marcha sin importar lo que estas tuvieran que decir al respecto.

Romu Chayzek estaba al otro lado de la puerta. Y no sólo eso; Romu Chayzek también estaba armado: su rifle láser reglamentario de la Guardia Imperial, tan mal cuidado, no era una novedad de finales de milenio, pero como el vigilante de la calle Sur 43 y del cruce Norte-Sur 55 que era, tenía derecho a llevar armas durante las patrullas.

—Qué, ¿a cazar liebres del desierto? —preguntó Dannicen, casi entre risas, a la vez que señalaba con un gesto hacia el arma—. Es un poco pronto para pegarle tiros a los saqueadores, chaval.

—Es por las sirenas —contestó Romu, sin aliento. Resultaba evidente que había llegado hasta allí corriendo, a través de la callejuela enlodada que hacía las veces de calle entre los edificios prefabricados similares a fortines.

—Las tormentas se han adelantado.

Dannicen se asomó por la puerta, pero el contorno parecido a dientes rotos de Santuario impedía toda vista del horizonte. Las familias salían poco a poco de sus casas y pululaban por las calles en todas direcciones.

Romu negó con la cabeza.

—Venga, vejestorio duro de oído. Vamos a los subrefugios.

—Ni en broma.

El hogar de los Meyd había soportado todos los Inviernos Grises hasta el momento, al igual que la mayoría de casas de esta sección de la ciudad. El sector sur, del número 20 al 50, se había llevado la mejor parte de los transportes de tropas en el Día de la Debacle. Todo aquel blindaje cumplía las expectativas cuando se trataba de mantener a raya la peor parte de las tormentas de arena.

—Escúchame, no son las tormentas. El archiregente está siendo atacado.

Durante un instante, Dannicen no supo si echarse a reír o volverse a la cama.

—… ¿Que está qué?

—No estoy de broma. Puede que ya esté muerto o… o yo qué sé. ¡Venga! ¡Mira al cielo, maldito hijo de perra!

Dannicen ya había visto el pánico en los ojos de Romu anteriormente, en los rostros de aquellos que habían servido junto a él más allá de los muros de la ciudad. Ese miedo animal de perderse en las llanuras, confuso y desorientado por completo cuando las ventiscas de polvo se cernían sobre ellos… El desamparo, el más sincero y absoluto desamparo, quedaba impreso en los rasgos de los hombres y les daba un aspecto enfermizo y feo.

Miró al oeste, hacia la remota torre del archiregente, donde un tenue fulgor naranja iluminaba el cielo nocturno discernible tras las filas de las torcidas estalagmitas urbanas que delineaban, lo mejor que podían, el horizonte de la ciudad.

—¿Quién? —quiso saber—. ¿Quién iba a atacarnos? ¿Quién sabe siquiera que estamos aquí? ¿A quién puede importarle?

Romu ya había echado a correr y se había mezclado con la multitud. Dannicen le vio alargar uno de sus brazos recubiertos de tela ceñida para ayudar a un joven a levantarse, al que luego empujó dentro de la masa de cuerpos.

El señor Meyd aguardó un momento antes de devolver sus rodillas doloridas y sus manos artríticas de vuelta al interior de su casa. Cuando volvió a salir llevaba su propio rife láser, del que estaba harto de repetir a todos que funcionaba perfectamente. Lo había usado en sus días como vigilante voluntario para disparar contra los saqueadores durante los Inviernos Grises después de haberse retirado de su oficio de escrutatormentas.

Se mantuvo al borde de la muchedumbre y echó andar en dirección oeste mientras que esas personas corrían de forma atropellada hacia el este. Si estaban atacando al archiregente, a la mierda con huir y esconderse. Que no se dijera que Dannicen Meyd no sabía cumplir con su maldito deber.

Bajó la vista tan sólo un instante para comprobar el rifle láser. Fue en ese momento cuando oyó al dragón.

Hasta el último miembro de la multitud gritó y se agachó cubriéndose la cabeza mientras la bestia rugía por encima de ellos. Alzaron la vista con ojos aterrorizados mientras el bramido les hería los oídos. Tan sólo Dannicen permaneció como estaba, con sus irritados ojos abiertos por completo, presa del asombro.

El dragón era de un tono negro que contrastaba con el cielo gris y rugía por encima de ellos por medio de aullantes… motores. No se trataba de un dragón en absoluto. Era una aeronave. Una cañonera. Sin embargo, hacía siglos que nada volaba sobre Darcharna. Al mismo tiempo, la multitud gritaba; los padres, muy delgados, abrazaban a sus hijos todavía más delgados que ellos y les tapaban los ojos.

La cañonera se ladeó por encima de ellos emanando chorros de fuego de los propulsores mientras el viento azotaba con gravilla las planchas de blindaje que la

cubrían. Su propia inercia hizo que se deslizara por el aire a la vez que capeaba el vendaval que se estrellaba contra el fuselaje oscuro. La proa pareció contemplar con una sonrisa malvada cómo la gente de más abajo corría despavorida, tras lo cual la cañonera viró con lentitud para marcharse. Los edificios se estremecieron y crujieron en cuanto los propulsores soltaron un atronador estallido, lo que impulsó la aeronave por los cielos como una centella en el tiempo que Dannicen tardó en pestañear.

Echó a correr sin poder hacer caso omiso del dolor de sus rodillas.

—Dejadme pasar —decía siempre que lo necesitaba, a pesar de que la muchedumbre se apartaba y corría en dirección opuesta sin que él tuviera que insistir demasiado. Les había bastado con ver la cañonera.

Recorrió tres calles antes de que las rodillas abandonasen la lucha. Se apoyó contra la pared de una barraca y maldijo las punzadas que le hostigaban las articulaciones. Del corazón tampoco iba mejor, pues le palpitaba hasta rozar el sobresfuerzo y le comprimía el pecho con zarcillos de tirantez. Dannicen se golpeó las costillas con el puño, como si la frustración pudiera extinguir el fuego que se propagaba por su interior.

Ahora se apreciaban más fulgores naranja recortados contra las nubes. Había más incendios en la ciudad.

Recuperó el aliento y obligó a sus rodillas a obedecerle. Se estremecieron, pero cumplieron la orden y permitieron que Dannicen avanzara dando tumbos con pasos trémulos. Consiguió llegar dos calles más allá antes de no tener más remedio que volver a detenerse para recuperar el aliento.

—Ya estoy viejo para estas tonterías —dijo en voz alta, entre toses, mientras se desplomaba contra la pared de una lanzadera industrial clase Arvus que ahora constituía la vivienda de una familia.

La servoarmadura de las Legiones Astartes emite un ruido característico: el zumbido sonoro y violento de cantidades inmensas de energía a la espera de ser liberada. Las articulaciones, si bien no están revestidas con capas de ceramita, están acorazadas y rellenas con servos y un cableado de haces de fibras que emulan los músculos de un ser vivo. Estos gruñen y se quejan al más leve movimiento, desde una inclinación de cabeza hasta el cierre de un puño.

Mientras resollaba, Dannicen Meyd no oyó nada de esto, a pesar de que sucedía a meros metros de donde se encontraba. Le hervía la sangre y sus oídos estaban sordos a todo aquello que no fuera el tamborileo febril de su propio corazón.

Vio que la calle se vaciaba de vida conforme la gente huía. Muchos le devolvieron la mirada con los ojos y las bocas abiertos de par en par mientras proferían gritos que no llegaba a oír del todo. Se notaba los dientes dormidos y le dolían las encías. Sentía una vibración en el fondo gelatinoso de sus ojos, como si un sonido agresivo y subsónico latiera en las proximidades. Se trataba de algo que era incapaz de ver pero que sentía como una caricia desagradable.

Pestañeó para aliviar el picor que notaba en los ojos, ya de por sí llorosos, y acabó

por alzar la cabeza. Lo que vio acuclillado en el tejado de la lanzadera bastó para terminar de rasgar las finas paredes de su corazón.

La figura llevaba puesta una antigua coraza de batalla fabricada con ceramita contorneada del color de la medianoche. Las placas de blindaje lucían patrones irregulares de rayos. Unas lentes oculares rojas le miraban desde arriba, atentas y encajadas en un yelmo con semblante de cráneo. De la voluminosa armadura surgían espinas y pinchos acerados que relucían, húmedos, bajo la luz de la luna. Aquel ser estaba empapado en sangre, desde los pies, cubiertos con pesadas botas, hasta la cabeza.

Tres cabezas arrancadas, cuyos cuellos no cesaban de derramar sangre, estaban atadas por el pelo a una de sus hombreras.

Dannicen ya estaba de rodillas y su corazón perdía todo sentido del ritmo mientras parecía estar a punto de estallar. En vez de sangre, bombeaba dolor. Por extraño que fuera, volvió a ser capaz de oír.

—Estás padeciendo un ataque al corazón —le informó la figura acuclillada con el retumbar profundo y desprovisto de toda emoción que tenía por voz—. Lo percibo en la constricción que te atenaza tanto el pecho como la garganta, así como en el aire que jamás te llegará. Todo esto sería más divertido si me temieras, pero ese no es el caso, ¿verdad? Qué raro.

A pesar del dolor que sentía, Dannicen alzó el rifle láser. La figura alargó una mano para arrebatárselo igual que si le quitara a un niño su juguete. Sin mirar, el guerrero aplastó el cañón del arma con el puño y la tiró a un lado.

—Considérate afortunado. —La figura volvió a alargar el brazo para levantar al hombre por su pelo cano—. En meros momentos, tu vida tocará a su fin. Nunca comprobarás lo que se siente al ser lanzado a las fosas de despellej amiento.

Dannicen soltó un ruido ahogado e inarticulado. Se estaba orinando encima sin notarlo siquiera; sin darse cuenta de que había perdido el control de su cuerpo, que ya se encontraba al borde de la muerte.

—Este es nuestro mundo —le dijo Mercutian al moribundo—. Nunca debisteis haber venido.

• • • • •

Tora Seech tenía siete años. Su madre trabajaba en un sótano hidropónico; su padre enseñaba a los niños del sector a leer, escribir y rezar. Llevaba varios minutos sin verles, desde que habían echado a correr a las calles tras decirle que se quedase esperando en la única habitación que constituía el hogar de toda la familia.

Fuera, la niña podía oír los gritos y las carreras. Las sirenas de la ciudad estaban aullando muy alto, pero no les habían advertido que hubiera tormenta antes de eso.

Lo normal era que sus padres le dieran unos pocos días para hacer las maletas y prepararse para ir a los refugios antes de que las sirenas comenzaran a sonar.

Ellos no la habrían abandonado allí. Ellos no habrían huido con los demás ni la habrían dejado allí sola.

El gruñido comenzó desde muy lejos y se acercaba a cada latido de su corazón. Sonaba como el de un perro, uno enfadado y harto de que le pegasen patadas. Luego lo siguieron los pasos de botas. Algo bloqueó la luz pálida que entraba por su ventana y la niña agarró la sábana con más fuerza. Odiaba aquella sábana; tenía pulgas que le dejaban ronchas, pero hacía demasiado frío sin ella. Ahora la necesitaba para esconderse.

—Sé que estás ahí debajo —le aseguró una voz dentro de la habitación. Una voz grave y áspera acompañada de crepitares, a semejanza de un espíritu máquina vuelto a la vida—. Veo el calor de tus pequeños miembros. Oigo las pulsaciones de tu diminuto corazón. También saboreo el miedo que sientes, y es muy dulce…

Los pasos de botas se acercaron a ella con ruidos sordos e hicieron temblar la cama. Tora apretó con fuerza los ojos. La sábana se transformó en un susurro mientras se la quitaban de encima y se deslizaba contra su piel, tras lo cual volvió a sentir frío.

Gritó para llamar a sus padres cuando la mano helada de metal la agarró del tobillo. La sombra la levantó de la cama y Tora quedó suspendida en el aire boca abajo. Captó el breve destello de un largo cuchillo de plata.

—Esto te va a doler —le advirtió Cyrion. Sus ojos rojos la perforaron sin emoción, sin vida—. Pero terminará en seguida.

• • • • •

Gerrick Colwen vio a uno de ellos cuando volvió a por su pistola. Al principio pensó que su calle estaba vacía. Se equivocaba.

La primera imagen clara que tuvo fue la de una figura que sobrepasaba en casi un metro la altura de un hombre corriente y que llevaba puesta una armadura con pinchos sacada de las profundidades de la mitología. Llevaba un cuerpo sanguinolento y despellejado colgado a cada hombro, y ambos le rociaban las placas de blindaje de color oscuro con un fluido igual de oscuro. Tres cadáveres más se arrastraban por el suelo polvoriento que dejaba tras de sí, enganchados al guerrero errante mediante cadenas de bronce rematadas con los garfios que tenían incrustados en la espalda. A todos los habían desollado con la misma celeridad tosca, pues de sus cuerpos pendían tiras de piel hecha jirones. El polvo imprimaba los cadáveres como si de una piel falsa se tratara y pintaba la musculatura descubierta con cenizas.

Gerrick alzó la pistola en el mayor alarde de valentía de su vida.

Variel se dio la vuelta para mirarle; en una mano llevaba una sierra para carne y en la otra una pistola bólter de decoración profusa. Entre ambos retumbó un trueno proveniente de ninguna parte.

Algo golpeó a Gerrick en el estómago con la fuerza propia del choque de dos camiones. No fue capaz ni de gritar debido a la rapidez con que el aire le abandonó los pulmones, ni tampoco tuvo tiempo de caer antes de que los proyectiles alojados en el interior de su vientre detonasen y lo desgajaran con un estallido de luz.

No sintió ningún dolor. Vio las estrellas girar y los edificios caer de lado para luego descender a la negrura a la vez que su torso sin piernas se estrellaba contra la carretera enlodada. La vida ya había partido de sus ojos antes de que se le abriera el cráneo contra el suelo y derramase sus contenidos, por lo que ya llevaba mucho tiempo muerto antes de que Variel comenzara a arrancarle la piel a tiras.

● ● ● ● ●

Amar Medrien golpeó la puerta cerrada con ambos puños.

—¡Dejadnos entrar!

La entrada al refugio para tres de las calles de este subsector se hallaba en el sótano del *Molinillo*, un antro localizado donde dichas vías se cruzaban. Él nunca acudía allí para beber, y la única vez que había permanecido en el local durante más de cinco minutos fue durante el Invierno Gris de hacía cuatro años, en el que la mayoría de ciudadanos de ese distrito había pasado tres semanas bajo tierra mientras las tormentas de arena fustigaban sus hogares.

Ahora se encontraba por fuera de la puerta blindada junto a toda una marea de personas que no podían acceder al refugio de emergencia que les habían asignado.

—¡Lo han cerrado demasiado pronto! —se decían los civiles, unos a otros.

—¡No es una tormenta!

—¿Habéis visto los incendios?

—¿Pero por qué han cerrado las puertas?

—¡Echadlas abajo!

—¡Han matado al archiregente!

Amar Medrien recorrió los resquicios de las puertas con los dedos a sabiendas de que no iba a encontrar ningún punto débil, aunque tampoco tenía demasiado que hacer en la masa de cuerpos que le presionaba desde atrás. Si seguían apretujándose contra el sótano, lo cual era probable ya que la marea humana no mostraba signos de detenerse, más pronto que tarde acabaría aplastado contra las viejas puertas de hierro.

—No las van a abrir…

—Ya está lleno.

Negó con la cabeza, lleno de frustración, cuando oyó aquello último. ¿Cómo va a

estar lleno? En el fortín cabían alrededor de cuatrocientas personas. Aquí fuera había sesenta, incluyéndolo a él. Alguien le hundió el codo en el costado.

—¡Dejad de empujar! —vociferó alguien—. No podemos abrirla.

Medrien gruñó cuando alguien le dio un empujón desde atrás. Se chocó la cara contra el hierro frío, y por la falta de espacio no pudo ni devolver el codazo para hacerse hueco.

El gemido que emitió el cierre de la puerta al abrirse fue la melodía más dulce que jamás hubiera oído. La gente que le rodeaba lanzó vítores y lloró de la emoción mientras se apartaba al fin. Con las manos sudorosas, agarraron los resquicios de la puerta y tiraron para abrirlas sobre unas bisagras que necesitaban cuanto antes que las lubricaran.

—Por la gracia del Dios Emperador… —susurró Medrien al ver la escena que transcurría en el interior. El suelo del fortín estaba sembrado de cuerpos mutilados en absoluto reconocibles. La sangre, un río tranquilo de fluido espeso y apestoso, le bañó las botas y cubrió los tobillos de aquellos que esperaban tras él. Aquellos incapaces de ver lo que él veía ya estaban empujando con impaciencia a los de las filas frontales para entrar en su falso refúgio.

Medrien vio miembros cercenados desperdigados en todas direcciones y dedos manchados de sangre que se hundían, laxos, en las piscinas de sangre diseminadas por el suelo. Cuerpos, cuerpos y más cuerpos, unos encima de otros; muchos de ellos desparramados allí donde habían caído, otros amontonados en pilas. Unos toscos brochazos de color rojo salpicaban la piedra negra de las paredes.

—Esperad —les advirtió con la voz tan queda que ni siquiera pudo oírse a sí mismo. Los empujones que le llegaban desde detrás no cesaron—. Esperad…

La presión lo empujó y Medrien dio tumbos hacia el interior de la cámara. Tan pronto como cruzó el umbral, oyó el chirrido de una hoja sierra al ponerse en marcha.

Con todo el cuerpo manchado de sangre, si bien el patrón que más destacaba era la palma de la mano impresa en la placa facial del casco, Uzas se levantó de debajo del montículo de cadáveres que había utilizado como escondite.

—Sangre para el Dios de la Sangre —declaró con los labios salpicados de hilillos de saliva—. Cráneos para la Octava Legión.

• • • • •

El archiregente bajó la vista hacia los incendios y se preguntó cómo era posible que una nave de metal pudiera prenderse fuego. Sabía que no se trataba del fuselaje en sí, sino de los contenidos inflamables del interior. A pesar de eso, le parecía extraño ver el humo y las llamas que surgían de las brechas de su nave transformada en edificio.

El viento no podía copar con tanto humo, pues ahogaba el aire con grandes columnas que rodeaban el pináculo de observación y le impedían ver más allá de los edificios más cercanos.

—¿Sabemos hasta qué punto arde la ciudad? —le preguntó al guardia que se encontraba al lado de su escritorio.

—Los pocos informes que nos han llegado indican que la mayoría de ciudadanos está ocupando los refugios que se les han asignado.

—Bien —asintió el archiregente—. Muy bien. —«Si es que sirve de algo», pensó. Si sus atacantes pretendían matarlos a todos, esconderse en los fortines subterráneos no iba a lograr gran cosa aparte de agruparlos como un rebaño de animales camino del matadero. Aunque eso sí, limitaba el caos en las calles, lo que suponía una especie de logro.

—Aquí tiene el registro de bloqueos, mi señor —le informó un guardia. Llevaba el mismo uniforme que el primero y portaba una placa de datos en una de sus manos enguantadas. El archiregente le echó un vistazo y se fijó en la cantidad de luces verdes que se traducían en refugios sellados con éxito.

—Muy bien —repitió—. Si los atacantes nos transmiten sus exigencias, quiero que lleguen a mis oídos antes de que terminen de abandonar sus labios. ¿Dónde está el colaborador Muvo?

Fue la providencia la que contestó, pues Muvo entró antes de que los guardias tuvieran tiempo para responder.

—Señor, los graneros occidentales están ardiendo.

El archiregente cerró los ojos. No dijo nada.

—Unas sondas están aterrizando en los distritos occidentales a la vez que despliegan servidores, mutantes, maquinaria y… el Trono sabe qué más. Excavan fosas y tiran los cuerpos de nuestra gente en ellas.

—¿Hemos sido capaces de comunicarnos con los demás asentamientos?

El colaborador asintió.

—Alivio y Sagrario han dado acuse de recibo de nuestras advertencias. —Hizo una pausa momentánea y sus ojos inyectados en sangre brillaron con la escena que transcurría tras las paredes de cristal de la cúpula—. Ninguno de ellos va a ser más capaz de defenderse que nosotros.

El archiregente tomó aliento.

—¿Qué hay de la milicia?

—Algunos grupos se están congregando todavía, otros se dirigen hacia los refugios con sus familias. Los vigilantes están organizando las retiradas a los refugios. ¿Damos orden de que cancelen el protocolo para tormentas?

—Aún no. Asegúrese de que en las calles corre la voz de que todos los vigilantes y la milicia han de reunirse en los bastiones que se les han asignado tan pronto como todos los refugios estén sellados. Debemos responder al ataque, Muvo.

Miró a sus dos guardias y se aclaró la garganta:

—Teniendo eso en cuenta, ¿podría usted dejarme una arma, joven?

El guardia pestañeó, desconcertado.

—¿Cómo…, señor?

—Con esa pistola me vale, gracias.

—¿Sabe cómo dispararla, mi señor?

El archiregente le dedicó una sonrisa forzada.

—Ya lo creo que sí. Bueno, Muvo, le necesito para… ¿Muvo?

El colaborador apuntó por encima del hombro del archiregente con una mano temblorosa. Todo el mundo dentro la cámara se dio la vuelta y se topó con la silueta de un buitre inmenso recortada contra el humo. La cúpula era lo bastante densa como para ahogar todo sonido, pero el fulgor ámbar que emitían los motores de la cañonera proyectó una miríada de reflejos a lo largo de la superficie de cristal reforzado. Vieron cómo ascendía, igual que un ave espectral en mitad de la bruma, hasta que la nave quedó suspendida sobre el punto más elevado de la cúpula. El fuego se derramó sobre ella como si fuera un líquido; un espectáculo que resultaba precioso contemplar desde abajo.

El archiregente vio que las mandíbulas de la cañonera se abrían para dar paso a una rampa que descendía en el aire y que dos figuras caían del cielo. Una de ellas lanzó de la mano un destello dorado que cayó como una jabalina sobre la cúpula, la empaló, y de ese punto surgieron unas grietas brutales que la resquebrajaron.

Ambas figuras aterrizaron sobre las grietas con las botas por delante, lo que hizo añicos aquella estructura con una tormenta de cristales. Sobre el centro de la cámara llovieron diamantes afilados como navajas acompañados del bramido gutural de los motores de la cañonera, que la barrera transparente ya no era capaz de acallar.

Las figuras cayeron veinte metros antes de estrellarse contra la cubierta con la fuerza suficiente como para hacer vibrar la estancia. Durante un instante, permanecieron con la rodilla hincada y la cabeza gacha sobre el cráter de impacto que habían creado. Una granizada de cristales se precipitó contra sus armaduras de un modo casi musical.

Entonces se irguieron. Uno de ellos portaba una espada sierra sobredimensionada; el otro, una espada dorada. Avanzaron hacia el escritorio con la sincronía propia de unos depredadores, bestiales sin tratar de parecerlo. Cada uno de sus pasos era un golpe sordo de ceramita sobre hierro.

Los dos guardias del archiregente abrieron fuego. En ese preciso instante, ambos guerreros acorazados lanzaron sus armas. El primer humano murió en cuanto la espada áurea le atravesó el pecho al instante y lo derribó al suelo entre estertores. El segundo corrió la misma suerte cuando la espada sierra se estrelló contra su rostro y torso; los dientes llenos de vida del arma devoraron su carne. La sangre y los restos triturados cruzaron el aire y empaparon al colaborador y al archiregente con su calor. Ninguno de los dos se había movido del sitio.

El archiregente tragó con dificultad sin apartar la vista de las dos figuras blindadas

que se le acercaban.

—¿Por qué? —les preguntó—. ¿Por qué habéis venido aquí?

—Esa no es la pregunta correcta —contestó Xarl, sonriente.

—Y tampoco te debemos explicaciones —añadió Talos.

El archiregente alzó el arma que le habían prestado y apuntó. Los guerreros continuaron su avance. Al lado del anciano, el colaborador Muvo entrelazó los dedos para tratar de apaciguar sus temblores.

—El Emperador protege —declaró el archiregente.

—Si así fuera, jamás te habría enviado a este mundo —replicó Talos.

Xarl titubeó.

—Hermano —transmitió por el comunicador, haciendo caso omiso del hombre armado—. Recibo una señal desde la órbita. Algo anda mal.

Talos se giró hacia el otro amo de la noche que iba detrás de él.

—Yo también lo oigo. Septimus, vuela con *Negrura* hasta el borde oriental del pináculo. Tenemos que regresar al vacío de inmediato.

—Como ordenéis, señor —le contestó la voz crepitante de su vasallo. En cuestión de segundos, la cañonera descendió a medida que se deslizaba al lado del borde de la cúpula mientras bajaba la rampa de desembarco como si del pico curvado de un águila se tratase.

—El Emperador protege —volvió a susurrar el archiregente, que se había puesto a temblar.

Talos le dio la espalda al mortal.

—Parece que, en muy raras ocasiones, sí que lo hace.

Los dos amos de la noche echaron a correr, sacaron de un tirón las espadas de los cadáveres sin detenerse y a mitad de tramo alzaron los bolters, con los que abrieron fuego contra el cristal reforzado. Atravesaron la barrera ya debilitada con sus cuerpos blindados y desaparecieron de la vista en mitad del humo. El archiregente, a quien todavía le resultaba imposible pestañear, miró con atención cómo sus siluetas se desvanecían en la oscuridad que llenaba las entrañas de la nave.

—El Emperador protege —musitó por tercera vez, asombrado al comprobar que lo hacía de un modo tan absolutamente tangible.

• • • • •

Talos se agarró la cabeza con las manos. El dolor era un aguijoneo constante que le perforaba la parte de atrás de los ojos. A su alrededor y aferrada a los pasamanos, la Primera Garra preparaba las armas mientras la cañonera ascendía de vuelta a los cielos.

—¿Es una nave de la Armada? —preguntó Cyrion.

—Creen que se trata de un crucero del Adeptus Astartes —Xarl se llevó una mano al lateral del casco, como si eso le ayudase a oír mejor—. Los informes que me llegan por el comunicador son excitantes, cuanto menos. Le están pegando una paliza al *Eco*.

—Nuestra capacidad ofensiva es mayor que la de cualquiera de sus cruceros. —Mercutian se encontraba de rodillas mientras se reequipaba con el bólter pesado sin mirar a los demás.

—Nuestra capacidad ofensiva es mayor que la suya siempre y cuando no irrumpan en el sistema y nos apuñalen por la espalda mediante una emboscada impecable —apostilló Cyrion.

Talos tomó aire para hablar, pero de sus labios no surgieron palabras. Cerró los ojos al sentir que se le llenaban de lágrimas y esperó que no fueran de sangre otra vez. Sabía que sí iban a serlo, pero aferrarse a la esperanza evitaba que perdiese el control.

—Los Hijos de la Decimotercera Legión —manifestó—. Armadura escarlata y bronce.

—¿De qué está hablando?

—Yo… —comenzó a decir Talos, pero el resto de la frase rehuyó de él. Lo primero que golpeó la cubierta fue la espada. El profeta cayó sobre las manos y las rodillas un momento después. Tras sus ojos, la oscuridad regresaba a él con el rugido de un maremoto, hambriento de su consciencia.

—¿Otra vez? —Xarl parecía estar enfadado—. ¿Se puede saber qué demonios le pasa?

—Tengo mis sospechas —le contestó Variel, quien hincó la rodilla al lado del guerrero tendido boca abajo—. Tenemos que llevarle al apotecarion.

—Lo primero que tenemos que hacer es defender la puñetera nave en cuanto lleguemos —objetó Cyrion.

—Oigo sirenas —anunció Talos, quien una vez más cayó de bruces en las fauces abiertas de la nada.



ASALTO

Se despertó entre risas por culpa de Malcharion. En su dolorida cabeza resonó la declaración profunda y atronadora que el sabio guerrero había hecho hacía poco más de un año, cuando el dreadnought se había despertado con las palabras «oí disparos de bólter».

Él también oía disparos de bólter. Ahí estaba, ese tamborileo tan característico: la cháchara trepidante y ruidosa de los bólters cuando abren fuego los unos contra los otros. Los ruidos sordos propios de los proyectiles y el estrépito reverberante que emiten cuando detonan contra las paredes y armaduras orquestaban una cacofonía que le resultaba muy familiar.

El profeta se puso de pie con pesadez y se dio una bofetada en uno de los lados del casco para obligar al visualizador retinal a resintonizarse. Miró con atención a su alrededor: el compartimento cerrado para transporte de tropas de su propia cañonera Thunderhawk.

—Cincuenta y tres minutos, amo —dijo Septimus informándole de la duración exacta de su pérdida de conocimiento. Talos giró la cabeza para mirar a su vasallo, ataviado como de costumbre con su chaqueta de vuelo raída y sus pistolas enfundadas por debajo de la línea de las caderas.

—Cuéntamelo todo —le ordenó el guerrero. Septimus ya le estaba dando sus armas una tras otra. El humano necesitaba ambas manos para cargar con cada una.

—No sé demasiado. Se llamó de vuelta a todas las Garras antes de que diese comienzo una breve batalla orbital. El enemigo nos ha abordado. No tengo ni idea de si seguimos con los escudos desconectados, pero el crucero enemigo no va a dispararnos teniendo a sus propios hombres a bordo. Hemos acudido al hangar cortical bajo órdenes de lord Cyrion, pues quería que estuviéramos cerca del puente

de mando para defenderlo.

—¿Quién nos ha abordado?

—Marines espaciales imperiales. No sé nada más. ¿No soñasteis con ellos?

—No recuerdo qué he soñado. Tan sólo el dolor. Quédate aquí —ordenó Talos—. Te doy las gracias por haber velado por mí.

—Como siempre, amo.

El profeta descendió por la rampa de desembarco y salió al hangar. Unos servidores y servocráneos lo miraron impasibles, como expectantes ante la posibilidad de que les impartiera órdenes.

—¿Talos? —lo llamó uno de sus hermanos por el comunicador.

—¿Eso era la risa de Talos? —le llegó otra voz.

—¡Retroceded! —Ese era Lucoryphus. Sin ninguna duda, era Lucoryphus; distinguía su voz áspera de tono grave—. ¡Retroceded hasta el segundo bloque!

—¡Mantened la posición! —¿Cyrion? Sí… se trataba de Cyrion. El comunicador no permitía distinguirlo con seguridad—. ¡Mantened la posición, malditos carroñeros! ¡Nos vais a dejar sin unidades de apoyo!

A partir de ahí, la red de comunicaciones degeneró hasta una pelea de voces enfrentadas.

—¿Era Talos el que se reía?

—Aquí Xan Kurus de la Segunda Garra…

—¿Dónde está ese condenado apotecario?

—Aquí la Cuarta Garra solicitando respuesta a la Primera, necesitamos a Variel de inmediato.

—Nos retiramos del corredor espinal terciario. Repito: hemos perdido el spinal tertius.

—¿Quién era el que se reía?

—¿Eres tú, Talos?

El profeta aspiró con fuerza mediante una garganta que sentía atrofiada por la falta de uso.

—Estoy despierto. Primera Garra, informe de estado. A todas las Garras, informe de situación.

No obtuvo respuesta. El comunicador se deshizo en un nuevo vendaval de fuego de bólter.

Talos salió a trompicones de su pequeño hangar mientras sujetaba las armas sin apenas fuerza en los puños, que todavía sufrían espasmos a causa del dolor residual. Siguió los sonidos de disparos y no recorrió ni quinientos metros cuando encontró su fuente más cercana. De hecho, sus miembros fatigados le hicieron trastabillar en medio de un tiroteo y, de repente, un proyectil le impactó en la sien.

• • • • •

Lo dejó ciego durante un momento. El proyectil que explotó contra el lateral de su casco lo hizo de tal modo que su propio ángulo lo desvió, si bien se estrelló con la fuerza suficiente como para distorsionar los componentes electrónicos, sumamente delicados, durante unos pocos segundos de lo más irritantes. Recuperó la visión acompañada de un torrente de estática teñido de rojo y de imágenes rúnicas parpadeantes.

—No te levantes —le advirtió una voz. Mercutian estaba de pie, encima de él, al tiempo que el retroceso de su cañón le sacudía las manos. El armamento bólter no alardeaba demasiado en lo que a fogonazos se refería, pero la ignición de cada proyectil autopropulsado rociaba con luz ámbar la armadura de medianoche de Mercutian.

—Aquí Mercutian de la Primera Garra —transmitió—. Los Ojos Sangrantes han roto filas. Estamos aislados en el bloque principal, en la cubierta del strategium. Solicito refuerzos de inmediato.

Una voz crepitante le contestó:

—Estáis solos, Primera Garra. Buena caza.

Talos se giró justo a tiempo para ver a Cyrion aparecer. Su hermano portaba un gladio empapado de sangre en una de las manos y un bólter con bayoneta en la otra. Cyrion disparó tres veces con una sola mano y sin apenas apuntar.

—Qué amable has sido al despertarte —comentó con una tranquilidad encomiable, sin mirar a Talos ni por un segundo. Cyrion lanzó el gladio al aire, recargó con una precisión elegantísima y recuperó el arma al vuelo mientras caía. A varias docenas de metros pasillo abajo, las siluetas poco definidas de sus enemigos no salían de su cobertura. La razón de esa aversión táctica al campo abierto era Mercutian. O, mejor dicho, el atronador bólter pesado de Mercutian.

—Vamos a morir aquí —gruñó Mercutian por encima de la cacofonía que emitía el violento retroceso de su arma. No dejaba de disparar ráfagas estentóreas de tres proyectiles que le bañaban con destellos nítidos de color ámbar.

—Ah, de eso no hay duda —convino Cyrion en actitud afable.

—Serán *kalshiel* esos Ojos Sangrantes… —maldijo Mercutian conforme hincaba una rodilla y recargaba lo más rápido que podía. Cyrion tomó el relevo de los disparos y los proyectiles de bólter detonaron a lo largo del pasillo.

—Van a cargar contra nosotros en cualquier momento, Talos —le advirtió—. ¿Sabes? No estaría mal que le dieras uso a ese bólter tan bonito que tienes. No creo que haya una ocasión mejor para hacerlo.

Talos se arrastró hasta ponerse a cubierto tras el arco de una pared. Tanto la espada como el bólter que le pertenecían descansaban sobre la cubierta, a sus pies. Los recogió con un gruñido motivado tanto por su visión borrosa como por el dolor que

le recorría la columna vertebral. Le llevó dos intentos alzar el inmenso bólter antes de poder aportar proyectiles al coro de disparos.

A lo largo de la amplia garganta del pasillo ladraron riadas de cartuchos explosivos. Aquella melodía tartamuda y atronadora se prolongó treinta segundos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el profeta—. ¿Quiénes nos han abordado? ¿A qué capítulo pertenecen?

Cyrion soltó una carcajada.

—¿Acaso no lo sabes? Tú soñaste con esto, ¿no es verdad? Dijiste «armadura de escarlata y bronce» antes de perder el conocimiento.

—No recuerdo nada de eso —confesó Talos.

—Voy a recargar —informó Mercutian en voz alta. Volvió a hincar la rodilla con los ojos aún fijos en el túnel y los brazos transformados en borrones oscuros. Un crujido, un chasquido y el bólter pesado volvió a entonar su gutural canción una vez más.

—¿Qué ha pasado? —repitió Talos—. Por la sangre del Falso Emperador, que alguien me diga qué ocurre.

Cyrion estuvo a punto de explicárselo, pero Uzas se estrelló desde el techo a mitad de pasillo. Se había caído por el hueco de una escalerilla de servicio para los tripulantes con las manos en torno al cuello de un marine espacial que llevaba una armadura roja. Ambos guerreros dieron vueltas por la línea de fuego, lo que obligó a las dos escuadras enfrentadas a cesar de disparar, aunque fuera durante un instante.

—Será inepto —suspiró Mercutian, cuyo dedo aguardaba al lado del gatillo.

El guerrero imperial le pegó un puñetazo a Uzas en plena placa facial, lo que le sacudió la cabeza al amo de la noche con el eco del crujido de huesos. En cuanto su hermano trastabilló hacia atrás, el resto de la Primera Garra acribilló al marine espacial con una lluvia abrasadora de proyectiles.

El marine espacial cayó profiriendo un grito. Libre de trabas, la unidad enemiga al otro lado del pasillo avanzó con los bólters en alto y soltó los mismos bramidos que las armas de la Primera Garra. Los proyectiles explotaron alrededor de la cobertura de Talos y lo rociaron con escombros.

Uzas emprendió una carrera y por primera vez tuvo el suficiente sentido común como para hacerlo en la dirección que más le convenía; de vuelta a sus hermanos. Talos vio que un proyectil lo alcanzaba en lo alto de la columna vertebral y que otro le arrancaba parte de la cara trasera del muslo. Uzas chocó de bruces contra la pared que Mercutian tenía al lado y la ceramita que lo cubría rebotó contra el acero con un crujido agudo y desagradable. Cuando se desplomó, se golpeó la cabeza contra el suelo con la ominosa rotundidad de una campana funeraria.

—Será inepto —repitió Mercutian entre los bramidos de su bólter pesado. La escuadra enemiga llegó hasta la mitad del corredor y dejó atrás a sus muertos y moribundos, tendidos en la cubierta. No obstante, seguían aprovechando la cobertura que les ofrecían los arcos góticos de las paredes.

El visualizador retinal de Talos indicaba que los signos vitales de la Primera Garra continuaban latiendo con fuerza. Con mayor dificultad de la que le gustaría admitir, fue al lado de Uzas para arrastrar y poner a aquel inútil tembloroso a cubierto. La armadura de su hermano estaba chamuscada y su manto de piel desollada estaba hecho cenizas. Habían bañado a Uzas con el promethium de los lanzallamas varias veces en el pasado más reciente. La fetidez química emanaba de su coraza de combate ennegrecida con un hedor desapacible.

—Hijo de… —murmuró Uzas, pero le acometió un golpe de tos. Sonaba con una humedad repugnante.

—¿Dónde está Variel? —les preguntó Talos—. ¿Dónde está Xarl? Si no me contestáis de una vez os mato yo mismo.

—Xarl y Variel están defendiendo los túneles traseros. —Cyrion recargaba otra vez—. Estos miserables ya habían entablado combate contra el *Eco* en la órbita antes de que atracásemos. De un modo u otro, el Imperio nos estaba esperando.

Mercutian retrocedió un par de pasos debido a que un proyectil afortunado detonó contra su hombrera, lo que roció a los tres con fragmentos de ceramita.

—Pertenecen al Capítulo Génesis —informó con voz ronca—. Nos abordaron hace una hora. Esa escoria es prima de los Ultramarines; comparten la misma sangre.

—Quizá abandonamos la disformidad demasiado cerca de Nuevohallazgo antes de entrar en el sistema de Tsagualsa —admitió Cyrion—. Aunque lo dudo. Lo más probable es que nos hayan seguido el rastro mediante balizas de disformidad dispuestas por su Librarium. Qué astutos, estos sangreflojas.

—Muy astutos, sí —refunfuñó Mercutian.

—Por supuesto, puedes echarle la culpa a tu navegante —observó Cyrion. La sección de pared que tenía al lado de la cabeza explotó y proyectó una lluvia de fragmentos afilados—. Debería haber captado las balizas que estos perros tan tenaces habían dejado en la disformidad.

Talos volvió a ponerse a cubierto de golpe mientras recargaba.

—Ella me dijo que había sentido algo, pero no tenía ni idea de qué podía ser —le aclaró Talos—. Tenemos que replegarnos. Hemos perdido este pasillo.

—No podemos retirarnos de aquí; somos los únicos defensores de esta sección. Si llegan al puente, perdemos la nave. Los escudos de vacío siguen desconectados, por si fuera poco. Deltrian está sudando sangre y aceite para reparar el generador principal.

—Y no podemos correr —murmuró Mercutian—. Los Ojos Sangrantes eran los encargados de defender las pasarelas que hay al sur. Ahora los imperiales estrechan el cerco también desde atrás. —Mercutian maldijo y retrocedió unos pocos pasos más —: Maldita sea… Ese sí que parece peligroso.

El profeta dejó a Uzas encorvado y sangrando contra la pared, se unió a sus hermanos y apuntó al pasillo que estos acribillaban abundantemente con proyectiles explosivos. Su visión se había resintonizado por fin, por lo que las mirillas de objetivo parpadearon y se fijaron sobre cada uno de los enemigos. Pudo distinguir las cadenas

y los tabardos ornamentados sobre sus armaduras así como los emblemas escritos que lucían con el orgullo propio de los justos. Uno de los guerreros destacaba por encima de todos los demás mientras se acercaba a ellos con inexorable determinación.

—Vaya… —dijo Talos. A continuación profirió varios improperios polisílabos en nostramano de imposible traducción literal a la lengua gótica. No eran aptas para una conversación civilizada; ni siquiera lo eran para los momentos menos decadentes de una conversación descortés.

Cyrion disparó con el bólter junto a la mejilla y contestó entre risas:

—Al menos nos va a matar un héroe.

• • • • •

Los escudos de vacío no estaban desconectados. Ahí no radicaba el problema.

—Analizando… —anunció en voz alta el tecnoadepto—. Analizando… Analizando… —No apartó la vista de las resmas y resmas de cifras rúnicas que le descendían por la mente. El enlace al cogitador del generador era fluido y estable, pero tardaba una cantidad de tiempo inaceptable en filtrar toda esa cantidad de información.

El problema no era que los escudos de vacío estuvieran desconectados. El problema consistía en que se habían encontrado en ese estado durante un lapso de tres minutos y nueve segundos, tiempo durante el cual la nave había sufrido un grado de infestación a escala aún por determinar hacía ya cuarenta y ocho minutos con doce segundos. Al enemigo le había bastado con esos segundos tan valiosos de indefensión para abordarles con cantidades ingentes de efectivos en medio del combate espacial.

Pensar que en ese momento todos aquellos marines espaciales leales al imperio destrozaban el *Eco* desde dentro le habría puesto a Deltrian los pelos de punta, en caso de haber tenido pelo.

Los escudos habían vuelto a la vida, pero el generador en sí estaba sobrecargado hasta el punto de dañarse a sí mismo, lo cual conducía a otro problema: que, a menos que se las arreglara para darle al generador un mínimo de estabilidad, este podría sufrir fluctuaciones si la flota enemiga disparaba otra andanada. Cierto que no resultaba probable que ocurriera al tener tantas tropas a bordo, pero Deltrian no había logrado acercarse tanto a la inmortalidad fiándose de suposiciones y conjeturas. Él no confiaba en posibilidades. Las ponía de su parte.

Continuando con su extrapolación, un segundo fallo del generador podría costarles potencialmente la nave si los escudos no revivían con la celeridad suficiente. Peor aún, podría dar pie a un fallo definitivo que no sólo les costaría la nave, sino también sus almas.

Deltrian no tenía ninguna intención de morir, y mucho menos habiendo

invertido tanto tiempo y meticuloso cuidado en reesculpir en tal medida su forma mortal para dar lugar a un artificio de perfección mecánica semejante. Tampoco deseaba que su alma inmortal se derramase en el éter transmutador para quedar a merced de las atenciones malignas de los demonios y sus dioses enajenados.

Eso, como solía decir él, no sería óptimo.

—Analizando… —repitió.

Y ahí estaba. El moratón de código defectuoso, entremezclado con las cogitaciones cifradas del generador, oculto y hallado entre miles y miles de pensamientos por segundo. El daño era insignificante y se concentraba, sobre todo, alrededor de varias de las baterías de proyectores externas montadas en el casco de estribor de la nave. Podían arreglarse, pero no de forma remota. Iba a tener que enviar a los servidores o ir él mismo en persona.

Deltrian no suspiró. Dejó registrada la frustración que sentía con un chorro inarticulado de código máquina, como si eructase en binario. Haciendo alarde de una paciencia desmedida que no poseía, el tecnovidente emuló el acto de tragar saliva para activar el comunicador epiglótico:

—Aquí Deltrian.

La red de comunicaciones le contestó con un miasma arrollador de gritos y disparos. «Cierto, la defensa de la nave». Deltrian casi lo había olvidado. Se desconectó del terminal y se resintonizó con su entorno.

Imaginó la situación durante un momento. El generatorum de vacío era una de las cámaras más grandes de la nave cuyas paredes estaban repletas de facilitadores de energía traqueteantes, forjados en bronce y acero sagrado. Todos aquellos nodulos secundarios alimentaban la columna central, un pilar de hierro negro y plasma vibrante con gárgolas esculpidas a los lados tras cuyos ojos y bocas abiertas podía verse la energía del interior de la torre, líquida y convulsa.

Sólo entonces, una vez que su concentración hubo regresado al mundo exterior, vio que la locura había cesado. La cámara que lo rodeaba, que hasta hacía escasos momentos bullía de vida con los tiroteos y los gritos distorsionados por los comunicadores, estaba ahora en perfecto silencio.

Los asaltantes enemigos, o más bien los cuerpos despedazados que hasta hace unos segundos habían sido los asaltantes enemigos, yacían en una alfombra de trozos de ceramita empapados de sangre a lo largo de toda la cámara. Los sensores olfativos de Deltrian registraron niveles importantes de aromas vasculares y excretorios en el aire lo bastante intensos como para provocar actos de protesta en los tractos digestivos de un mortal. A Deltrian no le importaba nada el olor de los muertos, no obstante grabó aquel hedor a matadero en aras de completar las notas de referencia que planeaba compilar esa noche.

Sus atacantes no habían sido ni capaces de acercársele. Aquello se debía a que Deltrian, al igual que muchos adeptos del Culto a la Máquina, creía por encima de todo en la preparación para cubrir todas las contingencias y, en segundo lugar, a que

era un practicante devoto del empleo de la fuerza desmedida. Tan pronto como los escudos de vacío fallaron esos pocos segundos, supo que los Amos de la Noche iban a diseminarse a lo largo y ancho de la nave para defender todas las cubiertas frente a aquel brote anómalo. Por lo tanto, decidió hacerse cargo por su cuenta de su propia seguridad.

Tenía que admitir, sin embargo, que tres cuartas partes de sus servidores no habían sobrevivido. Recorrió la cámara y llevó a cabo un recuento de las varianzas estadísticas respecto a los niveles de masacre. Los que seguían en pie eran autómatas de expresión flácida en el rostro a los que la lobotomía había desprovisto de toda personalidad y a los que les habían amputado el brazo izquierdo en pro de un armamento pesado y voluminoso. Los implantes biónicos recubrían al menos la mitad de su piel y reemplazaban un porcentaje todavía mayor de órganos internos. Hasta el último de ellos suponía una labor de fe, si no de amor, que requería de una atención inquebrantable a los detalles.

No les dio las gracias ni la enhorabuena por su victoria. No la iban a registrar de todos modos. A pesar de ello, matar diez marines espaciales imperiales tenía su mérito aun a costa de treinta y nueve servidores mejorados y doce servozánganos armados, según un recuento que le llevó un abrir y cerrar de ojos. Una pérdida semejante le iba a importunar durante algún tiempo.

Deltrian se detuvo un momento para observar el emblema que lucía una hombrera arrancada. Un triángulo blanco invertido con un signo negro encima. El blindaje era de un rojo orgulloso, desafiante.

—Guardado: Capítulo Génesis. Descendientes genéticos de la Decimotercera Legión. —«Qué encantador. Una reunión, por así decirlo». La última vez que se había topado con aquellos guerreros, o al menos con sus antepasados genéticos, había tenido lugar en la Masacre de Tsagualsa.

—Fase uno concluida —declaró en voz alta conforme transmitía el código pertinente a las mentes expectantes de los servidores—. Da comienzo la fase dos.

Los cíborgs se activaron y echaron a andar para proseguir con la rotación ordenada que se les había encomendado previamente. De la docena que quedaba, la primera mitad recorrería la nave en grupo para llevar a cabo subrutinas de búsqueda y destrucción. La segunda mitad acompañaría a Deltrian de vuelta al Salón de la Reflexión.

La nave se estremeció con tanta intensidad que uno de sus servidores perdió el equilibrio y emitió un mensaje de error proveniente de su mandíbula cibernética. Deltrian no le hizo ningún caso y volvió a conectar el comunicador a la frecuencia previa:

—Aquí Deltrian para Talos de la Primera Garra.

La respuesta que obtuvo fueron disparos de bólter que sonaban lejanos y crepitantes por el comunicador.

—Ha muerto.

Deltrian vaciló:

—Confírmelo.

—No ha muerto —intervino otra voz—. Le he oído reírse. ¿Qué quiere, tecnoadepto?

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Deltrian, sin molestarse a imprimirle a su tono de voz ningún indicador audible que denotase educación.

—Con Carahd de la Sexta Garra. —El guerrero se interrumpió, reemplazando momentáneamente la conversación con la cháchara de su bólter—. Estamos defendiendo la plataforma de aterrizaje de babor.

Los procesadores internos de Deltrian precisaron de una fracción de segundo para recordar los rasgos faciales de Carahd, su registro de legionario y todas las modificaciones que le había hecho a su servoarmadura a lo largo de los tres últimos siglos.

—Sí, vuestro informe de situación es fascinante —comentó—. ¿Dónde se encuentra Talos de la Primera Garra?

—Están combatiendo en el bloque principal. ¿Qué ocurre?

—He descubierto y analizado el fallo en el funcionamiento de los escudos de vacío. Necesito la orden directa de nuestro líder, así como de una escolta, para…

El enlace con Carahd se deterioró y acabó por romperse con un bramido furioso.

—¿Carahd? ¿Carahd de la Sexta Garra?

Fue otra voz la que retomó el diálogo:

—Al habla Faroven de la Sexta Garra, nos estamos replegando de los muelles de atraque. Quienquiera que siga respirando en los bloques de popa, que se una a nosotros en Nuevo Mercadonegro.

—Aquí Deltrian; solicito una escolta para…

—Por el amor de todo lo que es sagrado, cierre el pico, tecnosacerdote. La Sexta Garra se retira. Carahd e Iatus han caído.

Otra voz le contestó con un chasquido:

—Faroven, aquí Xan Kurus. Confirma que Carahd ha caído.

—Confirmado a nivel visual: uno de esos portadores del aquila le ha arrancado la cabeza.

Deltrian escuchó a los legionarios mientras defendían la nave. Quizá su falta de respeto fuera excusable, dadas las circunstancias.

Mientras caminaba por el vertedero orgánico que antaño habían sido soldados leales al Trono Dorado y la morgue de cuerpos modificados en la que se habían convertido sus propias huestes armadas, Deltrian decidió arreglárselas por su cuenta una vez más.

• • • • •

A Lucoryphus de los Ojos Sangrantes no lo limitaba la cubierta de la misma forma que a sus hermanos de menor categoría. Aunque tampoco podía correr; al menos, no como lo podría haber hecho antaño. En aquel momento se retiraba con una agilidad pasmosa y sin duda bestial al ir a cuatro patas: sus garras traseras y delanteras chocaban contra las ranuras de la cubierta metálica con un ritmo animal. Corría igual que haría un mono, un lobo o lo que era él en realidad: un guerrero que no había sido del todo humano desde hacía ya muchos años gracias, en un primer momento, al rediseño genético del Imperio y, ya en uno posterior, a las transfiguradoras mareas de la disformidad.

Lucoryphus, quizá de forma más intensa que sus hermanos, deseaba vivir. Se negaba a morir por la causa, del mismo modo que se negaba a aguantar la posición en una batalla que no tenía esperanzas de ganar, y mucho menos en una que desde el principio no se ajustaba a él. Sus hermanos eran muy dueños de abrazar la inútil gloria de presentar batalla por última vez si así lo deseaban, pero él vivía su vida, por retorcida que fuera, bajo un código de lógica infame. De ahí que, mientras huía, no sintiera nada remotamente parecido a la vergüenza.

En respuesta a aquella necesidad febril de autoconservación, que no podía llamarse «miedo» y menos cuando estaba tan próxima a la ira, los retrorreactores que tenía en la espalda exhalaban finas columnas de humo de color claro. Ansiaban escupir llamas y aullar a gran volumen mientras le hacían ascender por los cielos. Estaba impaciente por ceder a aquel impulso. Todo lo que necesitaba era un lugar donde remontar el vuelo. Atrapado a bordo del moribundo *Eco* como estaba, no era probable que lo encontrara.

Por el comunicador oía a la Primera Garra, que aún amonestaba a los Ojos Sangrantes por haberse retirado.

—¡Llorones! —se mofó Vorasha con una risa entre dientes que emitió como un siseo entrecortado. Ambos escalaban por el techo mientras huían. Los demás Ojos Sangrantes, reducidos durante los últimos meses a los guerreros más brutales y tozudos, hincaban las garras por las paredes y el suelo.

La nave volvió a estremecerse. Lucoryphus tuvo que aferrarse al metal unos segundos con las garras de pies y manos para evitar que las sacudidas le hiciesen caer.

—No —le respondió con un siseo—. Esperad.

Los Ojos Sangrantes se detuvieron con inhumana sincronía, cada uno de ellos inmóvil donde estaba, aferrado a las paredes en torno a su líder: parecían una jauría reunida en tres dimensiones. Vorasha observaba mientras ladeaba el casco y observaba como lo haría un pájaro. Todos los rapaces miraron atentos a su campeón con los mismos regueros de lágrimas pintados en sus máscaras de hierro demoníacas.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Id vosotros. —Lucoryphus puntualizó la orden con un grito estridente que transmitía enojo—. Retroceded hasta el bloque secundario. Reforzad la Cuarta Garra.

Los músculos de sus subordinados se tensaron en cuanto el instinto de obedecerle

les recorrió todo el cuerpo.

—¿Y tú? —le respondió Vorasha con un siseo.

Lucoryphus le soltó un chillido inarticulado parecido al graznido de un cuervo carroñero conforme se daba la vuelta y se marchaba por donde el grupo había venido.

Los demás Ojos Sangrantes se miraron los unos a los otros a la vez que su líder se alejaba por el corredor clavando las garras en el techo. El instinto les podía: o la jauría cazaba unida, o no cazaba.

—¡Venga! —les repitió Lucoryphus por el comunicador.

Sin mediar palabra, le obedecieron a regañadientes.

• • • • •

Desde el día de su nacimiento en un mundo feudal diligente y respetado, situado en las fronteras del Segmentum Ultima, el guerrero había ascendido de entre las filas de su capítulo mediante cantidades ingentes de disciplina, determinación y pericia así como de una agudeza táctica sin parangón. Ninguno de sus hermanos le había superado en un duelo de honor desde hacía casi cuatro décadas. Le habían ofrecido capitanear una compañía en tres ocasiones, lo que conllevaba asumir el manto señorial por encima de un centenar de los guerreros predilectos del Emperador, pero había rechazado dichas ofertas con humildad y elegancia en cada una de las ocasiones.

Una de sus hombreras le había cedido todo el terreno a una majestuosa Crux Terminatus de piedra blanca; la otra lucía el emblema de su capítulo grabado en mármol de vetas azules y hierro negro.

Sus hermanos le llamaban sencillamente Tolemion. En los archivos del Capítulo Génesis era Tolemion Saralen, Campeón de la Tercera Compañía de Batalla. Para los enemigos del Trono de Terra, era la encarnación de la venganza revestida de ceramita cornalina.

Su armadura era un traje ablativo de metales compuestos, dispuestos en capas y reforzados por medio de centenares de horas de artesanía consumada. Su yelmo con cresta, con su ornamentada placa facial y su rejilla de bronce, era una reliquia imponente de tiempos pretéritos que se había forjado en el punto culminante de la era interestelar humana. En uno de sus guanteletes carmesíes agarraba con fuerza un martillo de trueno vibrante cuyo campo de energía estaba tan cargado que emitía un lamento que causaba dentera. En el otro sostenía, por delante de él, un inmenso escudo alargado con el perfil de un aquila imperial que cubría al portador con su ala dorada.

La orden que le impuso a sus compañeros consistió en tres palabras:

—Armas de abordaje.

Los tres hermanos que le quedaban a aquel guerrero avanzaron junto a él,

enfundaron los bólters, desenfundaron las pistolas y blandieron las espadas cortas.

Los miembros de la Primera Garra miraron atentos aquel avance implacable conforme rociaban con disparos el pasillo que se extendía por delante de ellos; a pesar de aquello, vieron que todo lo que lanzaban al escudo del campeón quedaba reducido a fragmentos inofensivos.

Mercutian tiró el bólter pesado a un lado, lleno de rabia.

—Me he quedado seco. —Emuló a los marines espaciales que se acercaban a ellos y se armó con la pistola bólter y el gladio que tenía envainado en la greba—. Nunca pensé que echaría de menos a Xarl —añadió.

Talos y Cyrion desenvainaron las espadas un momento después. El profeta ayudó a Uzas a levantarse sin esperar que le diera las gracias, pero se quedó atónito cuando, de hecho, su hermano le dedicó un gruñido de agradecimiento.

En el momento previo a que las escuadras se trabaran en combate, el portador del escudo declaró con voz rotunda y a través de su rejilla amplificadora lo siguiente:

—Soy el Fin de los Herejes. Soy la Perdición de los Traidores. Soy Tolemion del Capítulo Génesis, Custodio del Protectorado Occidental, Destructor de…

La Primera Garra no esperó a que cargaran contra ella. Sus miembros ya se habían lanzado hacia el enemigo.

—¡Muerte a los lacayos del Falso Emperador! —bramó Uzas—. ¡Sangre para la Octava Legión!



Punto muerto

La Primera Garra tenía una única posibilidad de sobrevivir a los siguientes minutos, por lo que sus integrantes se lanzaron a por ella con todo lo que les quedaba. Los cuatro miembros de la escuadra efectuaron una embestida con el hombro por delante, como si fueran una masa compacta de blindaje color medianoche. Talos y Mercutian eran responsables de la vanguardia y ambos estrellaron sus hombreras claveteadas con pinchos contra el escudo con perfil de aquila al tiempo que compartían un grito de rabia.

Tolemion forcejeó contra ellos y sus botas escupieron chispas sobre la cubierta conforme le empujaban y arrastraban hacia atrás. Dispuso de una fracción de segundo para girar el martillo en el aire e incrustarlo en el generador dorsal de Mercutian, sobre el que desencadenó la tormenta de energía que había acumulado y provocó una explosión de rayos fulgúreos.

La detonación del generador de Mercutian lanzó fragmentos en todas direcciones. La fuerza inconmensurable del martillo le hizo estrellarse contra el suelo con un estrépito metálico y le desactivó la armadura, lo que le dejó a merced de las pesadas botas de ambas escuadras. Talos vio que los signos vitales de Mercutian desaparecían de su visualizador retinal, desconectados incluso antes de llegar siquiera a registrar el pitido sostenido y fúnebre de rigor.

Mercutian no había terminado de caer derribado cuando Uzas ocupó su puesto contra el escudo, lo que mandó al campeón del Capítulo Génesis dando tumbos hacia atrás. Cyrion se tiró contra las espaldas de sus hermanos para sumar su fuerza y peso a la falange improvisada.

Aquello inclinó la balanza a favor de la Primera Garra. Los amos de la noche y su majestuosa víctima cayeron en una algarabía de golpes, maldiciones y escupitajos.

Cyrion fue el primero en levantarse, el primero en enfrentarse a las hojas del Capítulo Génesis. Su gladio penetró en el abdomen del marine espacial que tenía más cerca y obtuvo un gorgoteo dolorido y furibundo como respuesta. Los otros marines espaciales le asestaron tajos certeros en la armadura y se la marcaron con rasguños plateados allí donde hendieron la pintura de la ceramita, así como la ceramita misma de las capas subdérmicas.

Uzas ni se molestó en erguirse. Trazó mandobles con el hacha sierra y desjarretó a uno de sus enemigos. Sus esfuerzos se vieron recompensados con la espada corta de otro de ellos apuñalándole por la espalda.

Talos, bien sujeto en lo alto del escudo de Tolemion, era incapaz de golpear al campeón con aquella barrera aquilina interponiéndose entre ellos. Interceptó una espada que se precipitó hacia él con su mano augmética y tiró para desestabilizar a su atacante. El guerrero imperial cayó de bruces y su orgullosa placa pectoral repujada en bronce quedó empalada en la hoja rampante de los Ángeles Sangrientos de Talos. Un crujido. Un chirrido. Un rechinar de metal contra metal. El sisear de la sangre que chisporrotea sobre el hierro energizado.

El profeta giró sobre sí mismo hacia los pies del guerrero imperial moribundo y le propinó una patada de barrido que lo tiró al suelo.

Dos menos. Los sentidos automáticos de Talos retumbaron en respuesta a los reflejos y conexiones sinápticas incrementados del profeta, en tanto que se erguía de forma apresurada y se abalanzaba contra el último guerrero del Capítulo Génesis al mismo tiempo que Cyrion. El dúo de amos de la noche aplastó al marine espacial contra la cubierta y ambos saciaron la sed de sus espadas con cada estocada que ejecutaron.

«No somos soldados. Ante todo, siempre hemos sido, y siempre seremos, asesinos».

¿Quién había escrito o recitado aquellas palabras? ¿Había sido Malcharion? ¿Sevatar, quizá? Ambos eran proclives a esa clase de aforismos.

Se sentía mareado. La visión se le nubló mientras tiraba de la espada para desenvainarla de la chirriante funda en que se había convertido la gorguera del marine espacial. Nunca antes había tenido que luchar tan poco después de haber sufrido uno de sus sueños proféticos. Tolemion se levantó con el rechinar de las articulaciones de su armadura al tiempo que quitaba a Uzas de en medio con un golpe tremendo con el borde del escudo. El legionario trastabilló junto a sus hermanos con el casco abollado e irreconocible.

Mercutian yacía inerte a los pies del campeón. Los tres guerreros del Capítulo Génesis estaban tumbados e igual de muertos. Talos, Uzas y Cyrion, cuya bravuconería se había extinguido a pesar de que ya había sido escasa desde el comienzo del combate, se hallaban frente a Tolemion. Uzas y Talos apenas eran capaces de tenerse en pie. En toda la historia de la Primera Garra, más infame que ilustre, pocas batallas habían parecido tan descompensadas.

—Venid, pues —declamó el marine espacial. Los tres hermanos pudieron percibir el deleite glacial de su voz, distorsionada a causa del zumbido cáustico del comunicador.

A pesar de haber lanzado él el desafío, Tolemion no se quedó esperando a que cargaran contra él ni tampoco estaba dispuesto a arriesgarse a que intentasen huir. Su yelmo empenachado adoptó una posición baja y determinada mientras avanzaba, al mismo tiempo que su martillo emitía un lamento constante que causaba migraña, listo para descender.

Aurum, la Espada de los Ángeles, interceptó el primer golpe. El oro chirrió contra el gris metalizado en cuanto el profeta trabó el arma contra el campeón. Tolemion puso fin al punto muerto con apenas un esfuerzo insignificante y dirigió un segundo martillazo contra la cruz de la espada. Talos desvió el golpe lo suficiente como para evitar un impacto directo, pero la descarga atronadora del arma golpeó ambas muñecas del profeta. Talos soltó la espada y Tolemion le propinó una patada que lo empujó contra la pared arqueada para luego fulminarlo con un martillazo de revés directo al pecho. El aquila rota de la placa pectoral de Talos se ennegreció por la combustión a la vez que unas grietas abismales resquebrajaban su superficie y formaban una estrella fortuita.

—Estás acabado, hereje.

En el momento en que Talos se derrumbaba y se unía a Mercutian, Cyrion y Uzas descendieron sobre Tolemion al unísono. El primero se abalanzó sobre el pesado escudo y se agarró a los bordes. Si pudiera arrancárselo a Tolemion de las manos, o incluso bajarlo lo suficiente, Uzas podría darle el golpe de gracia.

Se dio cuenta del error que acababa de cometer en cuanto aterrizó en la égida ornamentada. Incluso en su mejor momento, Uzas era torpe más allá de lo concebible en lo que a tácticas de grupo se trataba. La desesperación no agudizaba su capacidad de atención como sí ocurría con sus hermanos. Y Tolemion tampoco era un necio: reconoció el peligro tan pronto como se cernió sobre él, conque aplastó a Cyrion contra la pared en el preciso instante en que el amo de la noche logró asirse al pavés.

La presión a la que el legionario se vio sometido era muy similar a caer bajo las orugas de un Land Raider. Cyrion no transmitió por el comunicador más sonido que una serie de jadeos entrecortados mientras sentía que le aplastaban lentamente contra la pared. Consiguió colar la pistola por un lado del escudo y eso le permitió pegarle un tiro al campeón en la rodilla, lo que no tuvo mayor efecto que dejar una muesca en su ceramita.

Tolemion empleó un golpe de revés para rematar los daños que ya le había empezado a infligir a Uzas. El guerrero armado con el hacha intentó asestarle un segundo tajo pero se topó de bruces con el martillo de trueno. Uzas se cubrió, pero el arma deshizo sin esfuerzo aquel gesto y, medio segundo después, le dio un mazazo en la placa pectoral. Por toda la armadura de Uzas surgieron rayos de una hermosura funesta a medida que el guerrero caía derribado hacia atrás junto a sus hermanos, con

los miembros laxos.

Al haber acabado con los demás, Tolemion liberó a Cyrion. El legionario trastabilló hacia delante y sus manos dormidas dejaron caer las armas. Una tercera y última arremetida con el escudo lo sacudió y lo lanzó hacia un lado a lo largo de la cubierta hasta que quedó inmóvil.

—Vuestra falta de pureza me revuelve el estómago. —El zumbido furibundo de la armadura de Tolemion acompañaba el tono despectivo de su portador como una percusión retumbante. Se acercó a Cyrion hasta alzarse por encima de él y le pisó la placa pectoral con la bota—. ¿Os ha valido la pena repudiar la gracia del Emperador? ¿Es que vuestros viperinos logros compensan de algún modo vuestra cancerígena existencia ahora que vuestra vida toca a su fin?

Cyrion soltó una carcajada entre toses, pero no dejaba de ser una carcajada:

—La Decimotercera Legión… siempre ha dado… los mejores sermones.

Tolemion enarboló el martillo con una expresión que quedó oculta tras su densa placa facial.

—Detrás de ti —le advirtió Cyrion sin dejar de reírse.

Tolemion no era tonto. Aquel truco barato no engañaría ni a un iniciado. Aquello, sumado al ruido incesante de los comunicadores de las escuadras de asalto, fue la razón de que la llegada de Xarl desde su retaguardia lo cogiera tan desprevenido.

Cyrion fue el único miembro de la Primera Garra que presenció el duelo que tuvo lugar a continuación. Lo que vio se le quedaría grabado en la memoria hasta la noche de su muerte.

No se trabaron en combate de inmediato. Xarl y Tolemion se miraron el uno al otro durante varios segundos mientras reparaban en los trofeos y en las marcas de honor de la coraza de batalla de su adversario. Tolemion era un exponente perfecto de los atavíos imperiales, pues los ornamentos de su armadura consistían en sellos de pureza fabricados con cera, pergaminos de honor y aquilas. Xarl se alzaba como un reflejo retorcido del primero, dado que su armadura estaba adornada con cadenas oxidadas de las que pendían cráneos y cascos de marines espaciales, mientras que los retazos de piel desollada hacían las veces de pergaminos.

—Soy Tolemion del Capítulo Génesis, Custodio del Protectorado Occidental. Soy el Fin de los Herejes, la Perdición de los Traidores y un hijo leal de lord Guilliman.

—Vaya —contestó Xarl con una risa entre dientes a través de su transpondedor vocal—. Debes de sentirte muy orgulloso. —Tiró algo redondo y pesado hacia la sección de cubierta que les separaba. El objeto rodó hasta que chocó contra una de las botas de Tolemion con delicadeza. Un casco. El casco de un marine espacial del Capítulo Génesis, con la máscara facial embadurnada de sangre y las lentes oculares arrancadas.

—Vas a gritar igual que él —le aseguró Xarl con una sonrisa.

El campeón no mostró ninguna reacción. Ni siquiera se movió.

—Conocía a ese guerrero —aseveró con tono solemne y tranquilo—. Se llamaba

Caleus, hijo de Nuevohallazgo, y sé que murió igual que vivió: con coraje, honor y sin conocer el miedo.

Xarl describió un arco con la espada sierra que abarcó a todos los miembros inertes de la Primera Garra:

—Yo conozco a todos estos guerreros. Son la Primera Garra, y sé que morirán igual que han vivido: tratando de huir.

La risotada que soltó fue el detonante. Que se mofara de la conducta del campeón no era excusa suficiente para suscitar la cólera de aquel perro imperial, pero aquella carcajada fue la gota que colmó el vaso.

Tolemion avanzó con el escudo en alto y el martillo listo.

—Ve haciendo las paces con tus dioses malignos, hereje. Esta noche conocerás la…

Xarl profirió un bufido que denotaba grandes dosis de hartazgo.

—Ya había olvidado lo que os gusta a los héroes: el sonido de vuestra propia voz. —Conforme Tolemion se acercaba a él, el amo de la noche agarró la espada sierra a dos manos con una sola de ellas. Con la que le quedaba libre, Xarl interceptó el hacha sierra estropeada de Uzas tras haberla levantado del suelo con un toque grácil de empeine.

Las dos armas con filo de sierra comenzaron a rugir conforme sus dientes masticaban el aire. Xarl había combatido contra siete marines espaciales para llegar hasta allí, por lo que los dientes chirriantes de su espada sierra rociaron los alrededores con la sangre de sus víctimas. Bajo la armadura, el sudor le bañaba el cuerpo como una pátina grasienta a la vez que la diversión bailaba con el dolor y la furia que destilaban sus ojos. El escozor de las heridas que ya había sufrido le asestó puñaladas a través de las grietas de su coraza de batalla.

—Acabemos con esto —propuso el amo de la noche sin dejar de sonreír—. Estoy ansioso por dejar que nuestros esclavos usen tu casco de cagadero.

• • • • •

Deltrian no necesitaba respirar, al menos no en el sentido convencional; por el contrario, los órganos internos que le quedaban necesitaban que el sistema se oxigenase para seguir funcionando y, además, el tecnoadepto sólo podía aletargarlos durante un período de tiempo limitado. El equivalente augmético a aguantar la respiración consistía en manipular su cronometría interna para obligarla a funcionar a una fracción de la velocidad óptima. Eso conllevaba una mayor lentitud de sus movimientos hasta rozar la torpeza, pero también se traducía en la posibilidad de operar en el vacío sideral durante tres horas, según sus cálculos más aproximados.

Sus ropajes flotaban a su alrededor mientras caminaba. Bajo sus pies rematados en

garras, la cadena de elevaciones sobre el casco kilométrico del *Eco de la Maldición* se perdía en la lejanía, tanto por delante como por detrás de él. Mirar en cualquier otra dirección equivalía a otear los confines más remotos del espacio y ver las estrellas rutilar a una distancia infinita. La embarcación enemiga giraba en torno al *Eco de la Maldición* con la paciencia de un ave rapaz al tiempo que proyectaba sombras que se extendían por el fuselaje de la nave de mayor tamaño conforme el navio imperial eclipsaba el sol distante. La nave era un buque surcavacíos almenado, un crucero de ataque con el nombre *Regia Presea* estarcido a lo largo de la proa. Casi en contra de su voluntad, el tecnoadepto consideró que se trataba de un nombre de una belleza inusitada para una nave de guerra.

Deltrian avanzó otro paso para abrirse camino con cautela por el casco exterior a la cabeza de una falange de aquellos que tenía a sus órdenes. La mayoría llevaba trajes ambientales y respiradores pesados. Muchos vestían túnicas porque eran tan resistentes al vacío como Deltrian. La expedición recorrió el pellejo de la nave hecho jirones abriéndose camino a través de cráteres y zarzales de hierros retorcidos. Un navio como aquel era capaz de copar con una eternidad de daños en el fuselaje sin tener nada de lo que preocuparse, pero si unos pocos disparos afortunados acertaban en ciertas secciones importantes, el resultado era el caos.

—Por favor, su ilustrísima… —comenzó a decir uno de los adeptos subalternos de Deltrian por el comunicador. Al carecer del léxico humano necesario para continuar la queja formal, el sacerdote con hábito monástico emitió una onda de código por el enlace para hacerle llegar su hastío. Deltrian, cuya capucha roja enmarcaba sus rasgos esqueléticos, se giró para mirar al adepto y le clavó la mirada con sus lentes oculares relucientes. Por mucho que la apariencia de Deltrian constituyese un artificio calculado al milímetro para inspirar incomodidad en los seres biológicos, sus semejantes del Mechanicum eran capaces de leer el fastidio que transmitían la sutil cinética de sus movimientos faciales e incluso la refulgencia que destilaban sus lentes de enfoque, reguladas mediante obturadores.

El adepto ya estaba preparando sus disculpas cuando Deltrian se pronunció:

—Lacuna Absolutus, si me vuelve a distraer con más objeciones, ordenaré que le reduzcan a sus piezas componentes. Transmítame una onda que confirme que ha comprendido el mensaje.

Lacuna Absolutus transmitió un chorro de código afirmativo.

—Bien. —Deltrian volvió a atender su tarea—. Ahora no es momento de enumerar los detalles operacionales óptimos.

La partida de reparaciones del Mechanicum tardó exactamente doce minutos y dos segundos en llegar a la primera aguja generadora de escudos. El daño resultaba ostensible: el pináculo, seis veces más alto que un hombre sin mejoras augméticas, había quedado reducido a una torre de hierros retorcidos en medio de un cráter que parecía un mordisco en la carne metálica del fuselaje.

—Analizando… —manifestó mientras prestaba toda su atención a los estropicios

que contemplaba. ¿Qué daños debían repararse de inmediato? ¿Cuáles eran superficiales y podían esperar a que los repararan en un varadero?

—Dieciséis vigas de metales compuestos para reparar la zona más dañada del pináculo. —Cuatro servidores emprendieron una marcha de pasos desgarbados para obedecerle. Sus botas magnetoancladas propagaron vibraciones diminutas por el fuselaje. Las lentes oculares de Deltrian zumbaron con un tono agudo mientras trataba de percibir más allá de las capas exteriores del casco. Apoyó una de las manos en el metal retorcido del suelo y emitió una onda de ultrasonidos que lo atravesó—. Los daños no se extienden a demasiada profundidad. Equipo interno, adelante.

—Recibido —le contestaron con tono fúnebre, a más de una docena de metros bajo sus pies.

—Su ilustrísima —le transmitió uno de sus adeptos.

Deltrian no se dio la vuelta. Ya había emprendido la caminata al interior del cráter, directo a la siguiente aguja.

—Vocalice, Lacuna Absolutus.

—¿Habéis determinado la probabilidad de que la embarcación enemiga detecte las reparaciones que intentamos efectuar con barridos de auspex de banda estrecha?

—Que nos detecten es irrelevante. Los escudos de vacío están activados. Nuestra intención es asegurarnos de que sigan así. No había reparado en que la situación actual escapaba a su cognición, adepto.

—Su ilustrísima, los escudos de vacío ya están activados. Si vuelven a caer antes de que hayamos terminado las reparaciones, seguro que el enemigo tratará de interferir en nuestros avances, ¿no es así?

Deltrian reprimió las ganas de emitir un improperio.

—Guarde silencio, Lacuna Absolutus.

—Como ordenéis, su ilustrísima.

• • • • •

Xarl detuvo otro martillazo con las dos armas cruzadas entre sí. Su espada, que recibía el nombre tan poco imaginativo de *Verdugo*, ya estaba destrozada. Intercalados entre las paradas y los mandobles que llevaba a cabo, en su mente destellaban fogonazos de perspicacia en los que tenía serias dudas de que Septimus fuera capaz de arreglarla por completo.

Si es que Septimus seguía vivo, claro. La nave estaba sufriendo una paliza tremenda, y la tripulación junto a ella.

Iba a echar de menos aquella espada, no cabía duda. Eso siempre y cuando sobreviviera. Confiaba en su destreza marcial más que en la de cualquier miembro de la Primera Garra; y que en la de cualquiera de los Amos de la Noche, sin contar a

Malek de los Atramentar, para ser del todo sincero. Ahora bien, batirse en duelo con el campeón de una compañía del Adeptus Astartes no era algo que tomarse a risa, y menos con uno tan bien equipado como aquel.

Xarl se valió del hacha estropeada de Uzas para desviar con violencia el martillo de trueno y arremetió con otro ataque infructuoso de la espada contra la densa armadura de Tolemion. La espada sierra, que ahora estaba casi desdentada, derrapó por la ceramita laminada y no dejó más que arañazos a su paso. Con un número tan reducido de dientes apenas podía engancharse. No existía arma con filo de sierra a motor que pudiera hacer frente a un duelo prolongado contra un martillo de trueno. Xarl la arrojó a un lado con un improperio.

El amo de la noche asestó tres golpes tremendos contra el escudo de Tolemion que hicieron retroceder al guerrero tanto como su atacante quería. Repitió el golpe de empeine para levantar la espada robada de Talos de la cubierta y la cogió al vuelo con la mano que le quedaba libre. Le bastó con agarrar el mango con fuerza para activarla. La hoja de los Ángeles Sangrientos siseó mientras escupía una danza de rayos letales que recorrió todo el tramo del arma y la descarga de energía crepitó al entrar en contacto con el aire.

Todo cambió en el preciso instante en que sostuvo la espada, pues ahora contaba con una arma con la que podría detener sin problemas aquel martillo devastador. Xarl estrelló ambas armas contra el mango del martillo y desvió hacia un lado su trayectoria descendente. Los campos de energía en conflicto soltaron chispas estentóreas y furibundas. Cuando Tolemion alzó el escudo para propinarle un mazazo destructor, Xarl lo enganchó por el borde superior valiéndose del hacha. El amo de la noche tiró de su arma y le arrancó al marine espacial el pavés de las manos.

Ambos volvieron a retroceder. Xarl dejó activadas sus dos armas mientras descansaba una bota sobre el perfil del aquila que lucía el escudo de abordaje. Tolemion agarró el martillo con ambas manos.

—Lo has hecho bien, traidor. Pero pienso acabar con esto ya.

—Pues yo creo que voy ganando. —El amo de la noche sonreía tras la placa facial —. ¿Tú qué opinas?

• • • • •

Deltrian llegó hasta la tercera torre del generador dañada. Situada a medio kilómetro de distancia respecto a la primera, había quedado transformada en un amasijo de metales derretidos. El muñón cercenado apenas sobresalía de la piel de la nave, que había quedado renegrida. El fuselaje que tenía bajo sus pies era un desierto disuelto y acribillado de acero retorcido a resultas de los graves daños que había causado la última salva de cañonazos.

Por primera vez desde hacía décadas, Deltrian sintió algo similar a la desesperación. La emoción fue sencillamente demasiado poderosa, demasiado repentina como para contenerla en favor de la censura tradicional que practicaba el Mechanicum sobre lo mortal, lo falible, lo orgánico.

—Lacuna Absolutus.

—¿Si, su ilustrísima?

—Dirija al último equipo hasta el último pináculo derruido. Yo me ocuparé de este en persona.

Lacuna Absolutus se quedó al lado de su maestro y su capucha color bermellón flotó de forma apacible en el vacío desprovisto de aire. Su rostro era una réplica metalizada de una antiquísima máscara funeraria terrana que carecía de toda expresividad, que no de juicio. Su voz brotaba de la tableta vocalizadora del tamaño de una moneda que tenía cosida a la garganta.

—Entendido. Pero ¿cómo lidiaréis con esto, ilustrísima?

Deltrian sonrió, pues siempre sonreía. Sus rasgos faciales no le daban capacidad de elegir sobre esa cuestión.

—Le he dado una orden. Márchese.

Un escalofrío se abrió camino cual lombriz por su columna vertebral en cuanto recibió la información proveniente de su enlace con la nave.

—No —negó en voz alta.

—¿Su ilustrísima?

—No, no, no. El generador se había estabilizado.

«Escudos de vacío… —anunció la voz de su conexión vía satélite— fallando».



INCLINANDO LA BALANZA

Xarl asestó mandobles pesados con la hoja y salpicó de sangre el interior de su casco con cada uno de sus ásperos jadeos. El duelo no había durado sino unos pocos minutos durante el transcurso de los cuales ambos oponentes se habían transformado en borrones de movimiento que efectuaban golpes y paradas con febril desesperación. Toda elegancia había desaparecido y había quedado reducida a dos guerreros que no deseaban otra cosa que matar a su adversario. A Xarl le dolía reconocerlo, pero ya estaba exhausto. Ser arrollado por un martillo de trueno que podía destrozar tanques no difería demasiado de ser arrollado por un tanque en sí. Su brazo izquierdo pendía laxo e inservible y la hombrera, así como el hombro que se encontraba debajo, estaba rota. Cada jadeo suponía un esfuerzo que a su vez se transformaba en un martirio punzante debido a que le habían destruido la placa pectoral y a que los fragmentos se le habían clavado en varias zonas del pecho.

—¡Muérete de una vez! —jadeó y volvió a emprenderla a espadazos pesados una vez más. Esta vez el arma llegó a su destino y salió del estómago de Tolemion junto a una lluvia de fragmentos de armadura manchados de sangre.

El campeón se encorvó con la armadura reducida a una ruina similar a la de su enemigo y no pudo sino arrastrar el martillo de hierro por la cubierta.

—Hereje… —acusó el marine espacial con tono despectivo—. Por tu… carencia de pureza, te…

La bofetada de revés que le propinó Xarl dio por finalizada aquella amenaza reprobatoria y le giró el casco de golpe.

—Lo sé, lo sé… Ya me lo has dicho antes.

El amo de la noche trastabilló hacia atrás y tiró la espada para poder llevarse la mano sana a los cierres de la gorguera. Tenía que desbloquear los cierres del casco.

Tenía que quitarse el yelmo de modo que pudiera ver, de modo que pudiera respirar.

Se lo quitó con el súbito siseo del aire despresurizado. Tan pronto como sus ojos quedaron libres de las lentes manchadas de sangre, Xarl alzó la espada de Talos una vez más. La nave se estremeció a su alrededor.

—Vuestros escudos han caído. —Tolemion ladró una risa áspera—. Más hermanos míos están a punto de abordaros.

Xarl no le contestó. Cargó hacia delante con toda la fuerza que fue capaz de reunir en sus músculos, gracias tanto a la furia que sintió como al pinchazo de adrenalina que le insuflaron las drogas de combate. La espada se encontró con el martillo una y otra vez, con destellos y restallidos a la vez que los campos de energía antagónicos lanzaban protestas tras cada impacto. Los ataques eran borrones que tenían lugar mientras los guerreros maltrechos escupían y maldecían, empleando las pocas fuerzas que les quedaban en los últimos momentos de aquel duelo.

Tolemion no cedió terreno. La retirada era un planteamiento que le resultaba sencillamente impensable. La espada de Xarl crepitó contra su armadura y le practicó varios tajos profundos que le restaron valiosísimas fracciones de las pocas fuerzas que le quedaban. Por su parte, su martillo era un utensilio lento y torpe con el que rara vez impactaba a su oponente, pero que cuando por fin lo logró, reverberó con una fatalidad implacable al estrellar al amo de la noche contra la pared.

Xarl se puso de pie de un salto y sintió que algunos fragmentos de la capa externa de su armadura caían al suelo. Se estremeció al pensar lo mucho que tardaría el artificiero de la Primera Garra en reparar los daños. De repente, tropezó y estuvo a punto de volver a caerse debido a que había pisado el cuerpo de Cyrion. El otro amo de la noche trataba de levantarse sin éxito.

—Xarl… Ayúdame —le pidió Cyrion con la voz ronca por el efecto del casco.

—No te levantes —resolló Xarl. Con un único vistazo a su hermano tirado boca abajo en el suelo supo todo lo que necesitaba saber: Cyrion estaba demasiado debilitado como para contribuir un mínimo en el combate—. Acabaré en seguida.

El martillo y la espada descendieron a la vez, se encontraron a mitad de camino y se interpusieron entre aquellos dos guerreros que sangraban y maldecían. El fogonazo derivado del entrechocar de las armas bastó para dejar un moratón retinal en los ojos de Xarl, cuya visión bailó con imágenes residuales destellantes.

No iba a ganar el duelo si seguían jugando limpio, pero sus opciones para hacer trampas se esfumaban a cada gota de sangre que brotaba de su cuerpo. La armadura de aquel cabrón era demasiado densa, por no mencionar que si recibía otro martillazo más, el tiempo que tardaría en recuperarse sería suficiente para permitirle a Tolemion darle el golpe de gracia.

El marine espacial del Capítulo Génesis tomó aire para lanzarle otro mensaje reprobatorio. Xarl escogió aquel momento para darle un cabezazo.

Una vida de batallas y derramamiento de sangre habían familiarizado a Xarl con el dolor, pero que el amo de la noche estrellase la frente desnuda contra el yelmo

sólido y ribeteado de un campeón de compañía del Adeptus Astartes ocupó, de inmediato, uno de los puestos más altos en la clasificación de los momentos más agónicos de toda su existencia. El golpe le echó a Tolemion la cabeza hacia atrás, pero Xarl no le iba a dejar escapar. Se acercó a él, rodeado del zumbido furioso de las armas, y volvió a lanzar la cabeza contra la placa facial del marine espacial una segunda vez. Luego una tercera. Los impactos reverberaron por el corredor como en una forja y se rompió la nariz con un chasquido húmedo a la cuarta. Al quinto, algo crujió en la parte frontal de su cráneo. A aquel le siguieron otros dos más. Se estaba haciendo la cara pedazos, y la sensación al hacerlo era tan distante e imposible de describir como dolorosa más allá de la razón.

La sangre le cubrió los ojos. Ya no podía ver, pero sí sentir que los músculos de Tolemion se relajaban y oír las arcadas propias de una lesión en la garganta. Entonces escupió. Una gota pegajosa de saliva ácida diluida en sangre cayó contra la lente izquierda de Tolemion y se abrió paso disolviéndola hasta llegar a la carne de debajo.

Un octavo cabezazo bastó para dejar a ambos tambaleándose: Tolemion trastabilló hacia atrás y se golpeó contra la pared; Xarl perdió el equilibrio, cayó de rodillas y permaneció así varios instantes. La espada de Talos se le cayó de la mano. La buscó a tientas por el suelo.

Entonces sintió que una sombra se cernía sobre él y oyó el rugido tenso de una servoarmadura dañada. Supo que su oponente estaba enarbolando el martillo, pues el zumbido característico que emitía no dejaba lugar a dudas. Los dedos de Xarl se enroscaron en torno a la empuñadura de la espada energizada de Talos. Con un bramido de esfuerzo, arremetió con ella en un ángulo rampante.

La hoja penetró, y lo hizo profundamente. Xarl no se anduvo con rodeos: empezó a retorcerla tan pronto como se hundió. Hurgó con el arma de forma tosca a la par que brutal y cortó armadura, carne y huesos con el mismo entusiasmo. Sobre él llovió un torrente de sangre poblado con las lombrices convulsas en que se habían transformado los intestinos de Tolemion. El amo de la noche sintió que chapoteaban contra sus hombros y le rodeaban el cuello como si de serpientes ungidas con aceite se tratara. Aquel espectáculo tan repugnante le habría hecho gracia en cualquier otra ocasión.

Xarl tiró de la espada para liberarla y volvió a ponerse de pie a la vez que lo invadía un torrente de energías renovadas. El siguiente tajo que efectuó le rebanó al campeón la mano con la que sujetaba el martillo, de modo que el arma cayó al suelo por fin.

—Pienso quedarme con tu casco —resolló Xarl—, como trofeo. Creo que me lo he ganado.

Tolemion se tambaleaba de pie, demasiado fuerte y tozudo como para derrumbarse.

—Por… Por el… Emp…

Xarl retrocedió un paso, giró sobre sí mismo con toda la fuerza de la que fue capaz

y le cercenó la cabeza a su enemigo con la espada dorada. *Aurum* no cedió en su trayectoria, como si no cortara más que el aire. La cabeza cayó hacia un lado y el cuerpo hacia otro.

—Al abismo con tu Emperador —suspiró Xarl.

• • • • •

Deltrian nunca antes había trabajado con mayor celeridad, a pesar incluso de las relativas limitaciones que le imponía el letargo al que había sometido su cronometría interna. Había desplegado sus cuatro brazos auxiliares, que al activarse se habían desenroscado de sus respectivos huecos alojados en su espalda reesculpida. Cada una de las réplicas de sus esqueléticos brazos principales sujetaba un dispositivo signum voluminoso que parecía una varilla envuelta con cables incrustados. El adepto no podía confiar en que sus servidores obraran con la rapidez y precisión que la situación requería, de modo que su tarea era esclavizarlos para que su propio rendimiento fuese más eficiente.

Los cuatro servidores que le atendían respondieron incluso a los más leves movimientos de los controles signum que usaba para ejercer plena potestad sobre ellos; el tecnoadepto manejaba hasta la respiración y los tics nerviosos de sus ayudantes. Con un *ballet* mórbido de sincronía lobotomizada, los esclavos biónicos elevaban vigas, las colocaban en su sitio, las sellaban con tiras de fusión y trabajaban para reconstruir el pináculo de enfoque externo de la torre de energía.

Conectar los cimientos del pináculo a la instalación eléctrica que había quedado frita a raíz del bombardeo y que, en aquel momento, estaban reemplazando en el casco mismo, era una labor mucho más complicada. Con tal fin, Deltrian multiseccionó sus receptores visuales de tal modo que adoptó la visión segmentada de una mosca: veía a través de los ojos de los cuatro servidores que le acompañaban en el exterior del casco, a través de su propia perspectiva de supervisor en el borde del cráter, y de los ojos de dos de los servidores a bordo de la nave, que se encontraban a varios metros por debajo de sus pies. Estos últimos, confinados en túneles de entresuelo, se afanaban en volver a sellar y cablear los daños con sus microherramientas dactilares a la vez que sus pieles cadavéricas rezumaban sudor aceitoso.

Deltrian era un hombre (en el sentido más amplio del término) que solía disfrutar de su trabajo. Los desafíos le motivaban, lo que daba pie a algo similar a una respuesta emocional placentera así como a un incremento en la productividad. Una criatura de naturaleza más cárnica quizá lo habría llamado «inspiración». Era, sin embargo, un ejercicio de manipulación y celeridad que iba más allá de los parámetros operacionales preferibles. Había luchado en guerras que le habían exigido menos

esfuerzo.

Los escudos de vacío habían vuelto a sufrir fluctuaciones y habían desaparecido de un plumazo durante dos minutos y cuarenta y un segundos. En el transcurso de ese período, a la vez que Deltrian multiseccionaba su atención entre seis servidores, también había oteado el vacío para mirar aquella mancha roja y remota que era la nave enemiga que orbitaba en torno al herido *Eco de la Maldición*. Utilizar el teleobjetivo de sus lentes oculares le había restado aún más de su valiosísima atención, pero necesitaba saber si el crucero enemigo se iba a arriesgar a intentar desplegar más guerreros mientras los escudos del *Eco* estaban desconectados.

Daba por sentado que la tripulación del crucero de batalla del Capítulo Génesis estaba tentada de disparar, pero que jamás lo haría con tantos de sus leales guerreros a bordo. En su lugar, lanzó otras dos cápsulas más de abordaje, lo que seguro representaba la totalidad de las reservas de los marines espaciales imperiales que quedaban.

Deltrian había observado las cápsulas zozobrar en su dirección a medida que quemaban el vacío a su paso. Las baterías de babor principales del *Eco* no albergaban ninguna esperanza de acabar con unos objetivos tan minúsculos como aquellos, pero los servidores que manejaban las torretas defensivas comenzaron a disparar fuego trazador pesado en el preciso instante en que las cápsulas entraron en su alcance. Una había estallado en silencio al caer víctima de la andanada y derramó su carga orgánica en el espacio. Deltrian no había sido capaz de ver cómo los marines espaciales y los restos retorcidos de la cápsula, todos ellos sujetos a una inercia letal, impactaban contra el casco, pero se permitió imaginarse la catástrofe que un impacto semejante debía de haber ocasionado con toda probabilidad.

La segunda cápsula había acertado de pleno en el vientre de la nave, lejos del campo visual del tecnoadepto. Este emitió una onda informativa por el comunicador que detallaba la localización en la que, según estimaba, la cápsula había perforado el casco, y esperó que al menos una de las Garras que defendía la nave se ocupara de ella.

Siete minutos y treinta y siete segundos después, cuando los escudos de vacío ya estaban conectados otra vez y la labor de reconstrucción que el tecnoadepto llevaba a cabo se aproximaba al cuarenta por ciento de quedar terminada, una sombra se cernió sobre él desde atrás. Deltrian había comenzado a darse la vuelta para dedicarle, no sin reticencia, una fracción de su atención, cuando algo con la fuerza propia de la patada de un Titán se estrelló contra su costado y detonó con un fogonazo demasiado rápido como para que el ojo humano pudiera seguirlo. Sus implantes oculares eran capaces, técnicamente, de registrar la detonación esférica que se propagó por el vacío sin resistencia que la frenara a una velocidad imposible de seguir de cualquier otro modo. Sin embargo, no llegó a ver nada. La explosión que le acertó en la caja torácica le separó de su asidero en el casco y le arrastró a lo largo del pellejo de la nave.

Conforme se alejaba dando vueltas y su multitud de manos trataba de asirle al

casco con el fin de evitar la caída, su cogitador realizó los procesos siguientes: primero, catalogó una imagen instantánea del daño que había sufrido su forma física; segundo, sintió que la totalidad de sus seis servidores se quedaba en estado de muerte mental y pasaba a reanudar sus conductas predeterminadas, más lentas y simples; tercero, empleó el tiempo de ejecución necesario para enviar una onda de advertencia al resto de equipos de reparaciones apostados sobre el exterior de la nave y, por último, se permitió un instante para preguntarse cómo era posible, por los infiernos infinitos, que cualquiera de aquellos marines espaciales hubiera sobrevivido a la desintegración de su cápsula y se las hubiera ingeniado para caminar por el fuselaje con la intención de pegarle un tiro por la espalda. Tal grado de resistencia resultaba irritante cuando uno lo hallaba en sus enemigos.

Todos aquellos procesos tardaron menos de un segundo en tener lugar. Deltrian dejó de deslizarse entre tumbos e intentos de agarrarse al casco tres segundos después de haber cogitado aquello, momento en el cual se alejó a la deriva de la nave conforme giraba y daba vueltas en el vacío. Las estrellas se alargaban y desenfocaban con el movimiento rotatorio que se había adueñado de su visión.

Al no contar con ningún mecanismo de propulsión o de fuerza inercial, tenía casi plena certeza de que iba a vagar hasta que muriera. Aquello… aquello no era lo óptimo.

Algo le agarró de la túnica y detuvo su trayectoria de un tirón. Deltrian bajó la vista en medio de la nada, ingrávida e irrespirable, y vio el guantelete que le agarraba justo del borde de la túnica así como el guerrero a quien pertenecía.

El amo de la noche le miraba tras sus lentes oculares curvilíneas. Unas lágrimas, pintadas con regueros rojos y plateados, corrían por su máscara demoníaca.

—Te oí por el comunicador —le informó Lucoryphus de los Ojos Sangrantes.

—Alabada sea la benevolencia del Dios Máquina —le contestó Deltrian por el enlace de comunicaciones.

El líder de los Rapaces tiró del tecnoadepto de regreso al casco y lo posó sobre su superficie, sin molestarse en hacerlo con suavidad.

—Si tú lo dices —respondió Lucoryphus con voz áspera—. Quédate aquí. Voy a rajarle la garganta al que te emboscó. Luego, retoma tus reparaciones.

Los motores que tenía acoplados a la espalda se pusieron en marcha en silencio, ya que el vacío carente de aire se tragaba sus rugidos. El amo de la noche despegó de la piel de la nave y maniobró con los propulsores para dirigirse a la torre estropeada.

Deltrian le observó partir tan lleno de alivio que decidió no hacer constar la falta de respeto del guerrero de los Rapaces en su posterior archivo.

Por esta vez.

● ● ● ● ●

Xarl tiró la espada al suelo y, haciendo gala de una paciencia casi demencial, se dirigió a la pared arqueada para apoyarse contra ella. Permaneció allí durante un lapso de tiempo infinito y catalogó sus heridas a la vez que recuperaba el aliento. La sangre que se derramaba de su placa pectoral olía demasiado fuerte, demasiado limpia. Sangre cardíaca, estaba seguro. No era buena señal. Si le habían rajado uno de los corazones, tendría que pasar semanas en cama para adaptarse a un reemplazo augmético. Era incapaz de mover uno de los brazos y el otro lo tenía dormido por debajo del codo; los dedos comenzaban a paralizársele. Una de sus rodillas se negaba a doblarse y el dolor que sentía en el pecho se enfriaba y se extendía cada vez más.

Volvió a gruñir, pero todavía no era capaz de separarse de la pared. «A lo mejor dentro de otro minuto». Que sus tejidos regenerativos coparan con los daños. Con aquello bastaría. Era todo cuanto necesitaba.

Cyrion fue el primero en levantarse asiéndose a la pared opuesta. Su armadura mostraba un aspecto casi tan ruinoso como la de Xarl, y en vez de ayudar a los demás, levantó el martillo, ya inerte.

—Sus células de energía están gastadas en un ochenta por ciento. Quizá nos golpeaba con más fuerza a nosotros que a ti.

Xarl no le contestó. Siguió reclinado contra la pared.

—Nunca había visto un duelo semejante —añadió Cyrion. Avanzó hasta donde se encontraba su hermano.

—Aléjate de mí. Necesito un momento para recuperar el aire.

—Como gustes.

Cyrion se acercó a Talos, que yacía paralizado sobre la cubierta. La ampolla de estimulantes químicos que le inyectó al profeta en el cuello le causó a este espasmos musculares y un momento después se levantó entre toses.

—Nunca me habían golpeado con un martillo de trueno. Variel nos va a aburrir a detalles con sus efectos sobre el sistema nervioso, pero no quiero volver a sentirlo jamás.

—Alégrate de que el martillazo fuera de refilón.

—Lo que yo noté no era de refilón.

—Si sigues vivo es que fue de refilón.

Uno a uno, la Primera Garra se puso en pie.

—Xarl —dijo Talos—. No me puedo creer que le hayas matado.

El otro guerrero miró a sus hermanos con una mueca desdeñosa y al mismo tiempo divertida:

—No ha sido nada.

Talos le tiró su casco y su hermano lo cogió al vuelo. Durante un momento, Xarl pasó los dedos por las alas, la decoración ceremonial de la legión, a la vez que contemplaba el amargo semblante que le mostraba a la galaxia.

Sus ojos no estaban manchados de sangre pero su cráneo era una masa resquebrajada de carne y hueso. Sentía tanto dolor que hasta mover los ojos bastaba

para hacerle caer de rodillas, pero no pensaba dejar que nadie notara una debilidad semejante. Pestañear le suponía una agonía tal que le faltaban las palabras para describírsela a nadie, incluso a sí mismo. Ni siquiera quería saber lo que le quedaba de rostro. Los demás le miraban con expresiones preocupadas, lo cual sólo servía para acrecentar su enfado.

—¿Aún puedes luchar? —le preguntó Talos.

—He estado mejor —contestó Xarl—. Pero sí, puedo.

—Tenemos que movernos —les apremió Mercutian. Era el que estaba más débil. Sin energía, su armadura resultaba casi inservible, pues no aportaba nada a su fuerza ni a sus reflejos. Ni las articulaciones susurraban ni el generador zumbaba—. Debemos unirnos a otra Garra si van a volver a abordarnos.

—Xarl —repitió Talos.

El aludido alzó la vista.

—¿Qué?

—Toma el martillo. Te lo has ganado.

Xarl volvió a ponerse el casco. El yelmo emitió un chasquido cuando los cierres de la gorguera se cerraron y su voz salió por el vocalizador como el gruñido despectivo y distorsionado de costumbre:

—Talos —dijo—. Hermano.

—¿Qué ocurre?

—Me arrepiento de haber discutido contigo antes. No es pecado anhelar una vida que tenga significado, ni lo es encontrar una forma de ganar esta guerra.

—Ya hablaremos de eso luego, hermano —le respondió Talos.

—Sí —contestó Xarl a su vez—. Luego.

Xarl dio un único paso al frente. Su cabeza se inclinó hacia adelante, como si asintiera con lentitud, tras lo cual su cuerpo perdió el equilibrio y la siguió, laxo. Se derrumbó en brazos del profeta, del todo inerte, a la vez que su armadura transmitía el lamento sostenido de un cardiograma plano.



Repulsa

He roto un centenar de juramentos. Algunos a propósito, otros por casualidad y otros por mala suerte. Uno de los pocos al que deseo seguir haciendo honor es nuestro compromiso con el Mechanicum. No existe legión que pueda tenerse en pie sin los cimientos que brindan los exiliados de Marte.

Konrad Curze, el Acechante Nocturno,
Primarca de la Octava Legión

Talos arrastraba el cuerpo de camino al puente de mando. La armadura de Xarl gruñía a su paso por la cubierta; la ceramita chirriaba a cada paso que daba el profeta.

—Déjale —aconsejó Mercutian. Ahora estaba a cabeza descubierta, pues su armadura desconectada no lo conectaba al enlace—. Talos, déjale. Tenemos una batalla que librar.

El profeta arrastró el cuerpo de Xarl hasta un extremo de la cámara y dejó a su hermano tirado al lado de las puertas occidentales. Cuando se irguió, abarcó la imagen que tenía ante él con ojos impasibles. El puente de mando estaba sumido de lleno en el bullicio de ruido y caos organizado al que tanto acostumbraba, con oficiales y servidores que se llamaban los unos a los otros y que corrían entre sus puestos. La Primera Garra, o lo que quedaba de ella, se dirigió hacia las puertas orientales y sus miembros comprobaron las armas mientras cubrían la distancia. Los humanos se dispersaban al paso de sus señores, que hacían caso omiso de sus muestras de respeto.

El único que permaneció cerca del trono de mando fue Talos.

—¿Cómo es que aún no estamos atacando la nave enemiga?

—¿No quieres saquearla después de haber mandado a esos perros a sus tumbas? —le transmitió Cyrion por el comunicador.

Talos se giró hacia el occulus y contempló cómo la nave escarlata surcaba el vacío con una parsimonia frustrante.

—No —le contestó—. Deberías haber sabido que no.

—Pero no podemos abordarles si tenemos a todas las escuadras trabadas en combate.

—¿Es que te has vuelto loco? No quiero abordarles —le aclaró el profeta—. Lo que quiero es verles arder.

—Están a medio sistema de distancia, fuera del alcance de nuestras armas. Se alejaron tan pronto como lanzaron las cápsulas de abordaje.

Talos miró a sus hermanos y luego a los tripulantes como si estuvieran demostrando una bisoñez sin parangón.

—Pues habrá que perseguirles.

A medida que la nave calentaba motores en torno a ellos, Cyrion se aclaró la garganta.

—¿Quieres destruir esa nave? ¿En serio?

El profeta sacudió la cabeza con un gesto, no de negación sino de confusión:

—¿Por qué os cuesta tanto entenderlo?

—Porque los piratas no suelen dedicarse a aniquilar sus botines potenciales. —Cyrion miró a la nave distante—. Piensa en todas las reservas de munición que puede haber en ese crucero. Piensa en los miles de tripulantes, los recursos y las armas que podríamos saquear…

—Tenemos todo lo que necesitamos a bordo del *Eco*. No quiero botines. Quiero venganza.

—Pero… —Cyrion se quedó sin saber qué más decir en cuanto Talos le clavó la mirada durante un instante y sin expresión alguna en el rostro.

—No —sentenció el profeta—. Van a arder. Y a morir.

Las puertas orientales se abrieron con un ruido hidráulico estentóreo. Variel entró cojeando; la rodilla de su pierna augmética soltaba chispas al haberse quedado bloqueada. La sangre embadurnaba los retazos de piel desollada que le decoraban varias zonas de la armadura. El símbolo del Puño de los Corsarios Rojos había sido víctima de martillazos en una de sus hombreras mientras que la otra mostraba con orgullo el Cráneo Alado de la Octava Legión salpicado de sangre.

—La Quinta Garra ha purgado las cubiertas residenciales principales —informó—. Los guerreros del Capítulo Génesis nos están desgastando, pero la balanza comienza a inclinarse a nuestro favor.

Talos no se pronunció.

—¿Y Xarl? —le preguntó Variel.

—Muerto. —Talos no miró al cuerpo. El profeta se hallaba sentado en su trono de mando a la vez que el dolor de las heridas le hacía gruñir. Los estimulantes de combate lo ayudaban a aguantar la peor parte, pero pronto iba a necesitar quitarse la armadura—. Cosecha su semilla genética luego.

—Debería empezar cuanto antes —replicó Variel.

—He dicho que luego. Es una orden. —Bajó la vista hacia sus hermanos, todos reunidos—. Las demás Garras necesitan a Variel. Id al Salón de la Reflexión y defended a Deltrian a toda costa. Me aseguraré de que todas las escuadras se replieguen con vosotros tan pronto como acaben con el enemigo.

Cyrion dio un paso al frente, como si fuera a protestar:

—¿Qué hay de ti?

Talos señaló el occulus con la cabeza.

—Me uniré a vosotros tan pronto como acabe con esto.

• • • • •

El guerrero de los Rapaces se encontraba a la espera en el borde del cráter. Deltrian prestaba poca atención al amo de la noche, pues estaba más concentrado en las dificultades propias de haber multiseccionado su visión. Estaban instalando el orbe conductor encima de la torre de reemplazo mientras que los tripulantes de cubierta se ocupaban de fusionar los sistemas electrónicos de la torre a los sistemas principales de la nave.

A pesar de la ausencia de nervios y de la falta de dolor implícita, la herida de Deltrian era bastante problemática. Había perdido cantidades preciosas del hemolubricante que sustituía a su sangre y los ínfimos compuestos orgánicos que le quedaban hacían saltar las alarmas internas que se mostraban en su visualizador retinal. Y lo que era peor, la fatiga de sus órganos aplicaba una presión cada vez mayor sobre sus sistemas augméticos, que ahora debían encargarse de mantenerle en funcionamiento.

El tiempo era un factor que había de tenerse en cuenta más que nunca. Menos mal que ya casi había terminado.

Los cristales de sangre tintineaban con dulzura contra sus brazos desplegados a la vez que proseguía con su labor. El destino del marine espacial que le había tendido la emboscada parecía haber sido de lo más desagradable. El cuerpo se encontraba ausente, pero la prueba cristalina permanecía ahí, congelada en el vacío.

Oyó que Lucoryphus se había vuelto a enzarzar en un combate gracias a los gruñidos y golpes sordos que emitía por el comunicador, aunque el tecnoadepto le dedicó al guerrero rapaz muy poca atención.

En aquel instante, la nave retembló de un modo colosal bajo sus pies. Las estrellas

comenzaron a girar en el cielo nocturno y Deltrian malgastó un buen número de segundos preciosos en observar la danza que representaba el vacío ante sus ojos.

La nave se movía. En rumbo de ataque, sin duda. No era capaz de vislumbrar un escenario en el que fuese posible que los amos de la noche huyeran de una embarcación más pequeña, sobre todo si pretendía proteger el mundo que deseaban tomar para sí.

—Aquí Deltrian para el strategium. Los escudos se reforzarán en menos de cuatro minutos, según los cálculos estimados.

—Aquí Talos —le contestó con el crepitar del comunicador—. Los escudos ya están conectados.

—Me consta. Pero no están reforzados debido a daños externos en las torres. Podrían volver a fallar, probabilidad que se convertirá en certeza en caso de que la fuerza cinética sea un factor. No entabléis combate a menos que los generadores de vacío cuenten con una capacidad operacional segura. Cuatro minutos. Hacedme saber que habéis entendido esta salvedad crítica con la aportación de una respuesta inmediata.

—Entendido, adepto. Daos prisa.

● ● ● ● ●

La nave se estremeció en torno a ella. Octavia se quedó sentada en el trono a la vez que observaba la deriva que emprendían las estrellas en su muro de monitores pictográficos.

—Están huyendo —comentó—. El buque de guerra del Capítulo Génesis intenta mantener las distancias.

Septimus se hallaba al lado del trono con las heridas todavía vendadas y el rostro manchado de hematomas parecidos a frutas maduras.

—¿Crees que deberías estar aquí? —le preguntó Octavia, que sin pretenderlo sonó, más que nunca, como una aristócrata terrana.

Él no le hizo ningún caso.

—No veo cómo puedes estar tan segura de que están alejándose —admitió con la garganta dolorida y la voz rasposa—. No es más que una mota roja en la oscuridad.

Ella no apartó la vista de las pantallas.

—Puedo y ya está.

Un gran número de los ayudantes de Octavia se afanaba en montar guardia cerca de la puerta blindada al otro lado de la piscina llena de fluidos. Una de ellos se les acercó; sus pasos transmitían un eco que rebotaba por toda la cámara llena de humedad.

—Ama.

Octavia se giró para mirar a la figura ataviada con una túnica y vendajes.

—¿Qué pasa?

—La puerta está sellada. La Cuarta Garra nos ha dado su palabra de que esta cubierta está a salvo de intrusiones.

—Gracias, Vularai.

La figura efectuó una reverencia y regresó junto a sus hermanos.

—Últimamente los tratas mejor —apostilló Septimus. Sabía que echaba de menos a Fiera.

La chica sonrió con un esfuerzo patente y devolvió la vista a las pantallas.

—Los estamos alcanzando, pero vamos demasiado despacio. Los motores están tardando mucho en calentarse del todo. Casi puedo imaginarme que el capitán enemigo nos observa igual que nosotros a él, con la esperanza de que sus equipos de abordaje tomen nuestro puente de mando antes de que lleguemos hasta ellos. Y puede que así sea, porque esta persecución nos va a llevar horas. Varios días, quizá.

—Octavia —la llamó una voz de barítono desde las gárgolas labradas en las paredes de la cámara. Los emisores de voz estaban instalados en sus fauces abiertas de par en par.

Alargó una mano hasta la palanca de arranque del reposabrazos de su trono y la accionó para fijarlo en su sitio con un chasquido sordo.

—Aquí estoy. ¿Cómo va la batalla?

—La victoria nos va a salir cara. Necesito que prepares la nave para entrar en la disformidad de inmediato.

Ella pestañeó un par de veces.

—¿Que quieres… qué?

—Los escudos de vacío estarán reforzados en dos minutos. Realizarás el salto con la nave justo después. ¿Entendido?

—Pero si estamos en órbita.

—Vamos a abandonarla. Creo que es evidente.

—Pero estamos demasiado cerca del planeta. Además, el enemigo ni siquiera se dirige a las balizas de disformidad del sistema. No van a sumergirse en el Mar de las Almas.

—No dispongo de tiempo que perder en debates, Octavia. Te estoy ordenando que enciendas los motores de disformidad tan pronto como los escudos de vacío estén reforzados.

—Lo haré. Pero ¿cuál es el punto de destino?

—Ninguno. —En ese momento la voz de Talos sonaba impaciente y Octavia se extrañó de ese cambio tan extraño—. Salta para acercarte al enemigo. Quiero… desviar el *Eco* a través de la disformidad para emboscar al crucero de ataque imperial. No pienso perder el tiempo persiguiendo a estos imbéciles por las estrellas durante días.

Octavia no pudo sino volver a pestañear.

—Me estáis diciendo que rasgue el espacio para saltar a través de una fracción extremadamente fina del empíreo. Los motores apenas estarán encendidos antes de que tengamos que cortarles la energía. Será un salto de menos de un segundo, e incluso así, puede que nos pasemos de largo de modo considerable.

—No he dicho que me importara cómo lo fueras a hacer.

—Talos, no estoy segura de que pueda hacerse siquiera.

—Eso tampoco te lo he preguntado. Lo único que quiero es que lo hagas.

—Como gustéis —accedió la navegante. Una vez que hubo bajado la palanca para cortar la conexión con el puente de mando, Octavia respiró hondo—. Esto va a ser interesante…

• • • • •

—Construcción finalizada.

Deltrian comenzó a retraer sus brazos cibernéticos a la vez que los servidores regresaban a su alrededor y volvían a la rutina de escuchar y obedecer.

—¿Órdenes? —le transmitió uno de ellos por el comunicador.

—Seguidme. —Deltrian ya se había puesto en marcha y sus botas transmitían vibraciones insonoras por el casco de la nave—. ¿Lucoryphus?

El rapaz lo esperaba en el borde del cráter con tres cascos rojos apresados en sus garras.

—¿Por fin has acabado? Tenemos que entrar en la nave de inmediato, adepto.

Lucoryphus se elevó por encima de la cubierta con una suave ignición de sus retrorreactores. Atrás había quedado la criatura que reptaba de forma desgarbada: ahí fuera, la libertad lo transformaba en un ser mucho más letal. Los propulsores de dirección expulsaban pequeños chorros de presión insonora y lo mantenían suspendido en el mismo sitio.

—¿Por qué?

—Porque Talos tiene intención de saltar al empíreo.

—Esa terminología es incorrecta.

Lucoryphus se limitó a resoplar:

—De todos modos va a ocurrir. ¿Podrías calcular cuándo?

Deltrian no se detuvo. Adelantó a Lucoryphus a zancadas, directo y sin quitarle las lentes de encima a la puerta blindada instalada en el interior del pellejo de la nave.

—¿De verdad he de responderos a esa pregunta con una cadena de sucesos detallada? Su intención será encender los motores de disformidad tan pronto como los escudos de vacío estén reforzados. He reparado la última torre. Por lo tanto, están reforzados. Por lo tanto, y para explicarlo de forma más clara, su intención es realizar un salto con la nave en estos precisos momentos. ¿Alguna vez habéis sido testigos de

un organismo vivo al que hayan dejado a merced de la disformidad?

Deltrian acertó a oír algo húmedo por el comunicador. Sospechó que se trataba de la sonrisa de Lucoryphus.

—Ya lo creo, tecnosacerdote. De primerísima mano.

La nave se estremeció bajo las botas del adepto, lo que significaba que reunía fuerzas e inercia del mismo modo en que una bestia tomaría aire para rugir.

Deltrian pasó de un interruptor epiglótico de comunicación a otro hasta que dio con el que quería:

—¿Lacuna Absolutus?

—¿Si, su ilustrísima?

—Infórmeme de su localización de inmediato.

Recibió un chorro de código que denotaba diversión por el enlace.

—¿Detecto trazas de inquietud en vuestra consulta, eminencia?

—Responda, si me hace usted el favor.

—Mi equipo se halla entre dieciséis y veinte segundos de viaje hasta la puerta de mantenimiento más cercana y próximo a seiscientos metros, en dirección circundante hacia a la proa, con respecto vuestra posición. Creo que la… —Sus palabras se deshicieron en un torrente de ruido blanco.

—Finalice su vocalización, Lacuna Absolutus.

La estática persistió como única respuesta.

—Alto —ordenó Deltrian. Los servidores le obedecieron. Lucoryphus no; él ya estaba casi en la puerta blindada mientras se aferraba al casco con las garras e introducía la cifra de acceso.

—¿Lacuna Absolutus? —El tecnoadepto volvió a intentar obtener una respuesta. El ruido blanco seguía igual de constante hasta que Deltrian aplicó los filtros de sonido del canal de voz a la vez que desentrañaba aquel caos. Pudo distinguir un sonido por encima de todos los demás.

—Lucoryphus —lo llamó Deltrian.

El guerrero de los Rapaces vaciló, a medio camino de girar por completo el cierre de válvula de la puerta.

—¿Qué pasa?

—Mi subordinado, Lacuna Absolutus, ha caído en una emboscada. He descodificado el sonido de muerte del servidor por el enlace de voz.

—¿Y? —El amo de la noche abrió la puerta de par en par, como si mondase la cáscara de la superficie de acero para dejar al descubierto el túnel de servicio angosto que había detrás. Bajo sus botas, la nave transmitió un temblor premonitorio cuando sus motores ganaron potencia—. Constrúyete otro ayudante o lo que quiera que hagas para fabricar a tus esclavos.

—Él… —Deltrian no acabó la frase, pues sintió la vibración a través de los huesos de la nave. Faltaba menos de un minuto para que entrasen en la disformidad.

—Él ya está muerto —razonó Lucoryphus—. Entra.

—Su ilustrísima… —crepitó la voz de Lacuna Absolutus al reconectarse el enlace —. Astartes…

La lógica y la emoción entraron en conflicto en el interior del anciano adepto. Contaba con muchos ayudantes y subordinados, pero pocos demostraban poseer las dotes de Lacuna Absolutus. Además, pocos de ellos conservaban el mismo grado de personalidad y motivación, aspectos laudables siempre y cuando los acompañara la ambición y la eficiencia para así forjar esa valiosísima amalgama de perfecta armonía. Más que las molestias intrínsecas de entrenar a un sustituto y más que el incremento desproporcionado de la carga de trabajo con la que tendría que lidiar, lo que le iba a doler a Deltrian sería, a nivel personal y en un grado reducido y sutil, perder a su ayudante predilecto.

La verdad resultaba incómoda. El afecto traía consigo un malestar frío y del todo ajeno al núcleo del tecnoadepto. Una entidad poseedora de más carne con la que sentir habría llamado a esa sensación «un escalofrío».

—No le voy a abandonar.

Deltrian se giró en redondo y recorrió siete pasos antes de oír el suspiro asqueado que soltó Lucoryphus:

—Entra. —El guerrero de los Rapaces lo sobrevoló con el fuego fantasmal de sus toberas mientras sobrevolaba el casco a toda velocidad—. Yo me ocupo de tu amigo perdido.

• • • • •

Lucoryphus de los Ojos Sangrantes cubrió la distancia en cuestión de pocos instantes. El fuselaje pasaba por debajo de él centelleando como un borrón del mismo color que su armadura, mientras que su objetivo destacaba en la luz intensa de las alarmas externas.

Un guerrero solitario y de blindaje rojo vigilaba la escotilla de mantenimiento; resultaba evidente que se había dispuesto a entrar cuando había visto que la manada de servidores del adepto se acercaba a su posición. Repugnantes adoradores del Trono… Ya era toda una afrenta que se arrastran como sabandijas por los huesos de la nave como para tener que aguantar, encima, que trepasen por la piel del *Eco*.

El casco viró bajo él con urgencia serena y parsimoniosa. Ya basta. No pensaba quedarse atrapado ahí fuera cuando el *Eco* entrase en la disformidad. Esa no era forma de morir para un líder de los Ojos Sangrantes.

Lucoryphus modificó el ángulo de la parábola que describiría para cernirse sobre el marine espacial del Capítulo Génesis. El guerrero imperial retrocedió sólo para que los pies rematados en garras del rapaz se le clavaran de lleno en el pecho. El amo de la noche le agarró con fuerza el casco a la vez que daba patadas con las garras traseras

para desgarrarle la placa pectoral de ceramita, el cableado muscular subdérmico y la carne blanda que había debajo. Con un giro de tuerca atroz, el guerrero de los Rapaces le rompió el cuello al marine espacial y sintió, a pesar de toda la armadura que le separaba de su presa, cómo las vértebras chasqueaban al ceder sin emitir sonido alguno.

El guerrero del Capítulo Génesis quedó laxo, aún de pie y erguido debido a que las botas lo fijaban magnéticamente al fuselaje. La sangre le abandonaba por los desgarrones del pecho como una cascada cristalizada.

Lucoryphus salió propulsado hacia arriba e hizo una pirueta hacia atrás para aterrizar a varios metros con la pistola desenfundada. Un único proyectil de bólter impactó como un martillo contra el peto del marine espacial, lo que arrancó el cadáver de su asidero magnético y lo lanzó dando vueltas rumbo a la nada.

Sólo entonces intentó buscar a Lacuna Absolutus. El adepto estaba encogido tras una elevación con rebordes en el blindaje del casco con una pistola láser en la mano. Los mecanismos de ajuste de seguridad en uno de los lados del arma seguían activos, aunque tampoco podía esperarse que una arma tan insignificante gozase de la más mínima suerte contra un marine espacial ni en el mejor de los casos.

—¿Es que nunca se te ha ocurrido modificarte para el combate? —inquirió Lucoryphus, mientras agarraba la garganta del adepto y lo levantaba para sacarlo de su escondite.

—Nunca. —El adepto quedó suspendido bajo la presa del guerrero—. Pero tras los sucesos de esta noche, planeo rectificar ese defecto.

—Métete dentro de una vez —gruñó el rapaz.

• • • • •

—Decidme que ha dado resultado —le dijo Talos a su tripulación.

A medida que Octavia forzaba las tripas tras el salto a la disformidad y purgaba los contenidos licuados de su estómago, y mientras las Garras de la partida de guerra se habían reagrupado, al fin, para aislar y matar al último remanente de los equipos de abordaje enemigos, el *Eco de la Maldición* retembló bajo la presión característica del regreso al espacio real. El navio irrumpió en la realidad y sus almenas espinales dejaron tras de sí estelas del pseudohumo color migraña del éter profundo, tras el que fue, con toda seguridad, el salto a la disformidad más corto en la historia de los Amos de la Noche.

Los motores habían titilado al encenderse durante menos de un segundo y habían rasgado una brecha en el vacío ante la proa de la nave. En el mismo instante en que la brecha de entrada del *Eco* comenzaba a sellarse, otra se abrió a decenas de miles de kilómetros de distancia y vomitó la nave de vuelta al espacio.

No existía tránsito disforme que no impusiera algún coste, pero las leyes de la lógica no tenían vigor cuando se surcaba a toda velocidad el infierno más allá del velo. Que el vuelo fuera de corta duración no garantizaba la seguridad, y aquella salida, efectuada un instante después de haber entrado, había provocado temblores a lo largo del *Eco* que aún perduraban. El campo Geller era visible a causa de las neblinas pegajosas y contaminantes.

Los temblores que sacudían el puente de mando añadían la melodía tintineante de las cadenas que pendían del techo al chocar entre sí. Los Amos de la Noche las usaban a veces para colgar cuerpos de ellas: Ruven no era la única decoración de la estancia.

—Respondedme —ordenó Talos.

—Los sistemas se están recuperando —le contestó en voz alta uno de los oficiales del puente—. Auspex en línea. Ha… ha funcionado, mi señor. Estamos a mil trescientos kiló…

—Virad por avante en dirección a ellos —le interrumpió el profeta—. Los quiero muertos.

—Virando por avante, señor —vociferó la contramaestre de los timoneles.

Los generadores gravíticos se lamentaron a medida que se esforzaban por inclinar la nave hacia un lado con brusquedad y el occulus se reactivó con un estallido de estática que se resolvió en una imagen del buque rojo distante.

Talos se molestó en mirar la imagen hololítica aún distorsionada, aunque todavía no mostraba nada digno de mención. Se habían adelantado demasiado con respecto al enemigo como para que este se encontrase dentro del rango de disparo; aunque era mucho mejor que haber quedado atrás. Él tenía otra idea; una que iba a poner en marcha ahora.

—Avante toda.

—Avante toda, a la orden. —El maestre de propulsión alargó la mano hacia su comunicador manual y pulsó el código de acceso rápido que lo conectaba a sus subordinados de la cubierta de control del maquinarium—. Avante toda —ordenó el veterano oficial por el cuerno de locución—. Que todos los reactores ardan como el núcleo de un sol. No reparéis en esclavos.

Al mensaje se solaparon siete respuestas que formaban una amalgama de afirmaciones. No todas las voces eran humanas.

El *Eco de la Maldición* salió disparado hacia delante y rasgó el espacio en pos de su presa.

Talos sabía que él no era un guerrero del vacío. Carecía de la paciencia que había demostrado el Elevado y, además, era un esclavo confeso de las sensaciones: hacía la guerra con la espada en la mano y sangre en el rostro; captar el hedor salado del sudor que rezumaba un enemigo presa del miedo hacía que se concentrara y se sintiera espoleado. La guerra en el vacío exigía un grado de templanza que jamás había adquirido. Era consciente de ello, y no se condenaba por aquella carencia. Uno no podía ser experto en todo.

Por ello, Talos no perdió el tiempo tras hacerse con el *Eco* e invirtió, casi de inmediato, cantidades ingentes de confianza en su tripulación mortal. Algunos de sus miembros eran supervivientes del *Pacto de Sangre*, mientras que otros eran veteranos de la flota de los Corsarios Rojos. Cuando ellos hablaban, él escuchaba. Cuando ellos le daban consejos, él los tenía en cuenta. Cuando él actuaba, lo hacía tras consultarles.

Pero la paciencia tenía un límite. Hoy ya había muerto un hermano.

Otro vistazo al hololito, que ganaba en resolución, le hizo saber que la distancia que separaba las runas que representaban ambas naves se acortaba.

—Los alcanzaremos —declaró Talos.

—Huyen en dirección al punto de salto del sistema —le informó el maestre de auspex en voz alta.

Talos se giró para mirar al jorobado, antiguo esclavo de los Corsarios Rojos. La estrella de ocho puntas le marcaba el rostro con una quemadura atroz.

—No creo que ese sea el caso. Corren para esconderse, no para huir.

• • • • •

—Le ordenó al occulus que recorriese el vasto espacio con su atenta mirada hasta enfocar una luna distante.

—Ahí —aseveró Talos—. Intentan ganar tiempo, por eso se distancian más de nosotros, para poder esconderse tras la otra cara de esa roca. Lo único que necesitan es esperar lo suficiente como para que sus partidas de abordaje tomen el control de nuestra nave, o bien para recibir la confirmación de que el asalto ha sido infructuoso. Llegados a ese punto, volverán o huirán; lo que crean más conveniente.

El maestre de auspex pulsaba las teclas de bronce de la consola con sus dedos multiarticulados. Cada uno de los botones chasqueaba como si de una máquina de escribir antigua se tratara.

—Puede ser que estéis en lo cierto, mi señor. Antes de que hubiéramos realizado el salto disforme, tal maniobra les habría regalado siete horas, aproximadamente.

Talos sintió que la vista se le iba hacia Xarl otra vez. Se resistió, a sabiendas de que su hermano seguiría reclinado contra la pared. No iba a ganar nada con quedarse mirando hacia su cadáver.

—¿Y ahora? —preguntó.

El oficial ataviado con una túnica se rascó las úlceras supurantes que le marcaban las comisuras de los labios.

—Los atraparemos en dos horas, quizá.

Eso estaba mejor. No era satisfactorio, pero al menos estaba mejor. Sin embargo, un pensamiento desazonador lo reconcomió por dentro. Talos se preguntó en voz alta lo siguiente:

—¿Qué ocurriría en caso de que se dieran cuenta de que su abordaje ha fracasado sin remedio?

El hombre con hábito monástico tomó aire con un sonido pegajoso.

—Entonces no los atraparíamos. El salto a la disformidad nos dio la oportunidad de un enfrentamiento honesto. Ni más ni menos, señor.

Talos miró con fijeza la nave que corría a la búsqueda de tregua con los motores a toda potencia a la vez que se dirigía al santuario temporal que le auspiciaba el planetoide estéril y rocoso. No importaba. Su idea iba a dar resultado.

—Nostramo —susurró. Tanto sus recuerdos como su imaginación avivaron unas brasas en sus ojos negros, aunque aquello resultase imperceptible tras la máscara similar a un cráneo y las lentes oculares rasgadas del yelmo.

—¿Mi señor?

Talos le hizo un ademán a la maestre de comunicaciones:

—Encuentre a Deltrian, hágame el favor.

La oficial, cuya gran cantidad de implantes biónicos sólo dejaban pocos reductos de carne marcada con ácido, se puso a la tarea en su consola y, un momento después, asintió con la cabeza:

—Listo, señor.

—Talos a Deltrian. Disponéis de diez minutos para activar el Alarido. Ya es hora de ganar este combate.

Cuando recibió la respuesta del tecnoadepto, el ronco arrastrar de palabras de Lucoryphus se interpuso:

—Estamos en el arco terminus de estribor. Diez minutos es lo que vamos a tardar en alcanzar las cámaras del tecnoadepto.

—Entonces daos prisa. —Talos le hizo un gesto a la maestre de comunicaciones para que cortase el enlace y luego dejó escapar un suspiro profundo—. Maestre de armas.

El oficial, ataviado con un uniforme pulcro y elegante que estaba desgastado por el paso del tiempo, apartó la vista de la consola.

—¿Sí, mi señor?

—Prepare los torpedos ciclónicos —le ordenó el amo de la noche.

—¿Mi señor? —le respondió el humano, atónito.

—Prepare los torpedos ciclónicos —le repitió Talos con el mismo tono de voz.

—Pero, señor, tan sólo disponemos de cinco ojivas.

Talos tragó con pesadez con los dientes apretados y los ojos cerrados, como si pudiera contener la cólera que sentía cerrando los portales de su rostro.

—Prepare los torpedos ciclónicos.

—Señor, creo que deberíamos reservarlos para…

El hombre no dijo nada más. El rostro se le separó de la cabeza con un crujido repugnante, y tanto la carne como los bordes de hueso irregulares explotaron dentro del puño del amo de la noche. Talos hizo caso omiso del cuerpo mientras este caía

derrumbado y derramaba los contenidos de su cráneo, ahora partido en dos, sobre la cubierta.

Nadie lo había visto moverse siquiera; tal fue la velocidad del profeta que cubrió diez metros y volcó una mesa de consola en el tiempo que tardó el corazón del hombre en latir una vez.

—Intento ser razonable —declaró a los centenares de miembros de la tripulación que le miraban atentos. Su voz resonó distorsionada por la cámara como un susurro maligno y gutural—: Intento acabar esta batalla de modo que podamos volver a nuestras vidas insignificantes y conservar, al mismo tiempo, la piel alrededor de nuestras almas. Mi naturaleza no es proclive a la cólera. Os permito hablar, dar consejo… Pero no veáis en mi indulgencia una debilidad. Cuando os imponga una orden, la obedeceréis. Por favor, no pongáis a prueba mi paciencia esta noche. Lo lamentaréis, tal y como demuestra el maestre de armas Sujev de forma tan eficiente.

El cuerpo que se hallaba a los pies de Talos todavía se convulsionaba y derramaba fluidos. El profeta le cedió el puñado de escombros faciales sanguinolentos al servidor más cercano.

—Deshazte de esto.

El servidor lo miró con devoción inexpresiva.

—¿Cómo, mi señor? —le preguntó con un murmullo monocorde.

—Por mí te lo puedes comer.

El profeta regresó a su trono con paso firme y pisó los desperdicios orgánicos que manaban del cadáver de Sujev. Todo ello mientras suprimía las ansias de acunarse la cabeza en las manos debido a lo mucho que le dolía. Algo dentro de su mente amenazaba con salir y ejercía una tensión que le resquebrajaba el cráneo.

«La semilla genética te está matando. Algunos humanos no son aptos para sobrevivir a su implantación».

Talos alzó la vista hacia los restos de Ruven, que colgaban de cadenas oxidadas.

—Yo te maté —le dijo a los huesos.

—¿Cómo dice, señor? —le preguntó un oficial cercano.

Talos miró al hombre. La mutación lo había destrozado, dejando de los lados de su cuerpo agarrotado y confiriéndole a su rostro la sonrisa perpetua y característica de la víctima de un infarto cerebral. Se limpió la baba que caía de sus labios estirados con el dorso de la mano, que estaba paralizada y formaba una semigarra.

«¿A esto hemos llegado?», se preguntó el profeta.

—Nada —dijo Talos—. A todos los puestos: prepárense para el despliegue de los torpedos ciclónicos. Cuando el Alarido esté encendido y el enemigo no pueda ni interceptarlos ni rastrearlos, destruyan la luna.



X

VENGANZA

—Xarl está muerto —compartió Mercutian con las tinieblas—. Apenas alcanzo a creerlo. Era imposible matarle.

Cyrion rio para sí.

—Es evidente que no.

Las luces que los rodeaban parpadearon con un chasquido de circuitería sobrecargada y la nave se quejó con un sonido extraño bajo sus botas. El aire mismo pareció pegarse a ellos durante un instante mientras tiraba de sus miembros y los volvía a empujar.

—¿Qué ha sido esa sensación? —preguntó Variel. El foco que tenía acoplado al hombro destelló y cortó la oscuridad con un haz de luz que respondió frente a la intensidad decreciente de las luces. El foco recorrió el túnel de hierro que se extendía, vacío, más allá de ellos.

A pesar de que sus visualizadores retínales filtraron el fuerte brillo para regularlo, los otros amos de la noche apartaron la vista de manera instintiva.

—Desactiva eso —le pidió Cyrion con voz queda.

Variel obedeció con expresión traviesa, pese a que carecía de la facultad de llegar a sonreír del todo.

—Responded a mi pregunta, por favor —les dijo—. ¿Qué ha provocado ese ruido y el temblor de la nave?

Cyrion dirigía a los miembros restantes de la Primera Garra por los túneles que se adentraban en la nave.

—Ha sido el ajuste inercial de la nave tras lanzar los torpedos ciclónicos. Talos está llevando a cabo algo que, o bien es muy inteligente, o bien es muy, pero que muy estúpido.

—Está furioso —terció Mercutian, a la cola. Sus hermanos, que aún llevaban los cascos puestos, no se detuvieron para mirarle. Ellos iban en cabeza con las armas en ristre—. Talos no se va a tomar bien la muerte de Xarl —prosiguió—. Lo vi en la forma en la que se movía. Esa pérdida le va a dejar secuelas. Creedme.

Uzas, a través de su rejilla bucal, inquirió con un jadeo:

—¿Xarl está muerto?

Los demás no le hicieron caso, excepto Mercutian.

—Hace una hora que murió, Uzas.

—Vaya. ¿Cómo?

—Estabas presente —le recordó Mercutian con voz queda.

—Ah. —Los demás casi podían sentir cómo su atención luchaba por agarrarse a la superficie de la conversación y fracasaba en el intento.

Cyrion guio a la Garra diezmada por otra esquina y descendieron por una pasarela en espiral que daba a la siguiente cubierta. Los miembros de la tripulación corrían despavoridos a su paso, justo como huyen las cucarachas de una luz repentina. Tan sólo unos pocos indigentes y tripulantes con túnicas permanecieron donde estaban para arrodillarse y sollozar a los pies de sus amos a la vez que les rogaban una explicación acerca de lo que estaba ocurriendo.

Cyrion apartó a uno de una patada. La Primera Garra se abrió paso entre los demás.

—Esta nave es del tamaño de una ciudad pequeña —le explicó a sus hermanos—. Si esas alimañas del Capítulo Génesis se han escondido en las profundidades, puede que nunca las desenterremos. Justo cuando acabábamos de purgar la peor parte de la corrupción que habían dejado esos malnacidos de los Corsarios Rojos.

—¿Has oído lo que han encontrado en la cubierta número treinta? —le preguntó Mercutian.

Cyrion negó con la cabeza.

—Ilumíname.

—Los Ojos Sangrantes informaron de ello unas pocas noches antes de haber llegado a Tsagualsa. Dijeron que las paredes de ahí abajo están vivas. El metal tiene venas, pulso y derrama sangre al cortarlo.

Cyrion miró por encima del hombro a Variel con una risa sardónica y reprobatoria oculta tras el rostro impertérrito de su casco.

—¿Qué le hicisteis a nuestra nave antes de que os la volviéramos a robar, insensatos corruptos?

El apotecario siguió avanzando con los pisotones que daba su pierna potenciada a la vez que la prótesis imitaba lo mejor que podía la estructura articular humana con los pistones y siseos de sus servos.

—He visto embarcaciones de los Amos de la Noche infinitamente más corruptas de lo que das a entender. No se me puede contar entre los más creyentes, Cyrion. Jamás he pronunciado una palabra de reverencia hacia los Poderes Ruinosos. La

disformidad corrompe lo que toca; no lo niego. Pero ¿de verdad intentas hacerme creer que no había cubiertas corruptas en vuestro precioso *Pacto de Sangre*?

—Ni una.

—¿De verdad? ¿O es que te limitaste a pulular por las cubiertas menos concurridas, donde el toque de los Dioses Ocultos era menor? ¿Caminaste entre los miles de esclavos que trabajaban hasta la muerte en las entrañas motoras de la nave? ¿Estaba todo tan pulcro y puro como aseguras, a pesar de todas las décadas que pasasteis en el Gran Ojo?

Cyrion apartó la mirada mientras sacudía la cabeza en actitud desdeñosa, pero Variel no pensaba dejarlo estar:

—Aborrezco la hipocresía por encima de todo, Cyrion de Nostramo.

—Cállate un rato y ahórrame tus quejas. Nunca comprenderé por qué Talos te salvó en Fryga ni tampoco cómo es que te permitió venir con nosotros cuando abandonamos el Iris Infernal.

Variel no le respondió. No se trataba de un alma inclinada a las discusiones largas ni sentía la necesidad imperiosa de tener la última palabra en una disputa. Tales cuestiones no le importaban demasiado.

Mientras descendían hacia otra cubierta, Mercutian rompió el silencio y su voz acompañó los ruidos metálicos que transmitían los pasos del grupo. Más esclavos, todos ellos seres retorcidos y harapientos, corrieron despavoridos a su paso.

—Él está con nosotros porque es uno de los nuestros —declaró Mercutian.

—Si tú lo dices —respondió Cyrion.

—¿Crees que no es uno de los nuestros sólo porque la luz del sol no le hiere los ojos?

Cyrion meneó la cabeza en actitud de rechazo.

—No tengo ganas de discutir, hermano.

—Lo digo en serio —insistió Mercutian—. Talos también lo cree. Ser uno de la Octava Legión implica poseer cierto enfoque, un enfoque… desapasionado que ningún otro de nuestros semejantes comparte. No tienes que haber nacido en el Mundo sin Sol para ser uno de los nuestros. Tan sólo necesitas comprender el miedo. Sentir placer al inspirarlo. Saborear su olor a orina cuando emana de la carne mortal. Sólo tienes que pensar como nosotros. Y Variel reúne esas condiciones. —Inclinó la cabeza para señalar al apotecario.

Al tiempo que continuaban la marcha, Cyrion les lanzó una mirada torva por encima del hombro; los regueros de rayos pintados le dividían las mejillas del casco con lo que parecía ser un frenesí irregular.

—No es nostramano.

Mercutian, poco dado a las risas, llegó incluso a sonreír:

—Casi la mitad de los elegidos del primarca eran terranos, Cyrion. ¿Recuerdas cuando cayó el primer capitán Sevatar? ¿Recuerdas a los Atramentar desbandarse en jaurías dispersas porque se negaban a servir a Sahaal? Ahí yace una lección. Piensa en

ella.

—Sahaal me caía bien —intervino Uzas, sin venir a colación—. Le respetaba.

—Igual que yo —concedió Mercutian—. No le tenía ningún afecto, pero le respetaba. E incluso cuando los Atramentar se separaron tras la muerte de Sevatar, sabíamos que su rechazo a Sahaal se debía a algo más que a los simples prejuicios. Algunos miembros de la Primera Compañía eran terranos; los guerreros más viejos de la legión. Hasta Malek era terrano. Además, había otras razones aparte del mundo en el que había nacido Sahaal: ser terrano, nostramano o natural de cualquier otro planeta nunca nos ha importado a la mayoría, porque la semilla genética nos ennegrece los ojos a todos por igual sin importar el rincón de la galaxia que nos ha visto nacer. Nos dividimos porque, con el tiempo, ese es el destino de toda legión cuyo primarca ha muerto. Somos partidas de guerra que comparten una misma causa, un mismo legado e ideología.

—No es tan sencillo. —Cyrion no pensaba ceder—. Variel no tiene los ojos negros, porta la semilla de los Corsarios Rojos en su garganta y pecho.

Mercutian negó con la cabeza.

—Me sorprende que te aferres tanto a los antiguos prejuicios, hermano. Piensa lo que quieras, yo no tengo ganas de seguir discutiendo.

Pero Cyrion aún no había acabado. Saltó por encima de un pasamanos y cayó diez metros hasta la plataforma que había más abajo. Sus hermanos lo siguieron.

—Contéstame a esto —le retó, con voz más neutral—: ¿Por qué la Primera Compañía se negó a seguir a Sahaal?

Mercutian apretó los dientes y sorbió aire entre ellos.

—Apenas tuve oportunidad de hablar con alguno de ellos. No pareció deberse a que hubiera algo malo en que Sahaal fuese el sustituto de Sevatar, sino más bien al hecho de que nadie iba a poder estar a la altura del verdadero primer capitán. No había nadie capaz de estarlo. Los Atramentar no servirían a otro líder tras la muerte de Sevatar: fue él quien los convirtió en lo que eran, una hermandad que no podía romperse de otro modo que no fuera aquel. De igual modo, los Amos de la Noche no volveríamos a servir a una única persona tras la muerte del primarca. Nosotros no actuamos de esa forma. Hasta dudo de que siguiéramos ahora al primarca. Han sido diez mil años de cambio, de guerras, de caos, de dolor y supervivencia.

Uzas recorría la pared de hierro con el filo apagado de su hacha sierra, lo que transmitía un áspero chirrido de metal contra metal.

—Sevatar… —intervino—. ¿De verdad murió?

Los demás compartieron bufidos y risas entre dientes, a la vez que todo lo que quedaba de la maltrecha Primera Garra continuaba la travesía y se adentraba aún más en la oscuridad que llenaba su hogar.

• • • • •

Talos contempló cómo se desgajaba la luna. En tiempos pasados, podría haberse maravillado ante el poder que manejaba en sus manos. Ahora, en cambio, observaba en silencio e intentaba no superponer la imagen de la luna que se desintegraba con el recuerdo de Nostramo pereciendo del mismo modo.

Los torpedos ciclónicos de clase Rubicón no bastaban para aniquilar un planeta entero, pero devoraron la pequeña luna con veloz voracidad.

—Quiero oír el Alarido —declaró, con la mirada fija.

—A la orden, señor. —La maestre de comunicaciones sintonizó los altavoces del puente de modo que proyectasen la faceta auditiva del campo de interferencias de Deltrian.

Resultaba obvio que el sonido hacía honor a su nombre. El aire se llenó de gritos ululantes de resonancia sónica, odiosos y de algún modo orgánicos. Por debajo de los chillidos, por debajo de los aullidos de rabia y de tormento que distorsionaban los comunicadores, la voz de un único hombre ponía todo aquello en marcha.

El tecnoadepto había sentido un orgullo sin par tras haber diseñado el proyector de interferencias, lo que le había hecho ganarse el agradecimiento de Talos, como no podía ser de otro modo. El Alarido facilitaba la caza en gran medida, pues el auspex de los navios enemigos se quedaba ciego y estos, al no poder contar con sus escáneres, pasaban a surcar la gelidez del vacío a tientas. Ahora bien, el consumo de energía era considerable. El Alarido los camuflaba en la ceguera de su presa, pero al mismo tiempo absorbía potencia de cada uno de los generadores de la nave. No podían disparar sus armas de energía. No podían moverse a una rapidez mayor que la de arrastrarse a media velocidad. Por supuesto, tampoco podían alzar los escudos de vacío, pues las pantallas deflectoras operaban con una frecuencia similar a la del Alarido y succionaban energía de las mismas fuentes.

Talos se preguntó qué pasaría en el puente de mando enemigo una vez que el Alarido acariciase sus sistemas. Mientras se encontraban a cubierto bajo la sombra de la luna, ¿entrarían en pánico los siervos del capítulo cuando perdiesen el contacto con sus amos destinados a las partidas de abordaje? Puede que sí, o puede que no, pero no existía nave del Adeptus Astartes cuya tripulación estuviese formada por pusilánimes. Esos oficiales y siervos debían de ser el súmmum de las capacidades humanas no potenciadas, entrenados en academias bélicas reminiscentes de aquellas de los mundos de Ultramar.

Habían llevado a cabo todos los aspectos de aquella operación de forma impecable y acorde con su condenado Codex Astartes, desde la precisión del primer ataque hasta la retirada del crucero para hacerles ganar tiempo a sus guerreros, pasando por la meticulosidad y la violencia de los combates cubierta tras cubierta.

La victoria vendría tras cambiar la naturaleza del juego. Talos lo sabía y nunca

vacilaba en hacer trampas. Algunas armas de clase ciclónica prendían la atmósfera de los planetas cuando se usaban en combinación con otros tipos de bombardeo orbital. Aquella luna no tenía atmósfera ni una población a la que abrasar, por lo que ese tipo de armas habrían sido inservibles aunque el *Eco* las hubiese tenido en su arsenal.

Otras armas ciclónicas enterraban cargas de fusión o de plasma en el núcleo de los planetas, lo que desencadenaba actividades tectónicas cataclísmicas o el nacimiento de un sol en el corazón del mundo en cuestión. En cualquier caso, ningún planeta sobrevivía a aquello. La mayoría moría en el lapso de pocos minutos y se llevaba a sus poblaciones con ellos.

Los torpedos de clase Rubicón pertenecían a una casta menor de estos últimos. Talos no necesitaba más. Estaba casi seguro de que con uno bastaría, pero dos garantizaban que se alcanzara el objetivo.

Lo primero que había hecho era utilizar el Alarido para cegar a su oponente. Así, no tendrían forma de rastrear los torpedos que cortaban el espacio hasta ellos ni modo alguno de sentir que habían impactado en la luna hasta que fuese demasiado tarde. En cuestión de minutos, los misiles de penetración habían realizado su función. Talos no había visto necesidad alguna en dirigir los proyectiles justo al núcleo de la luna para destruirla por completo mediante una detonación esférica. En lugar de eso, las cargas ciclónicas habían impactado en el hemisferio norte y habían taladrado las llanuras salinas de las inhóspitas capas polares. Así pues, en vez de detonar en el núcleo del planetoide, habían horadado la cabellera de la luna, así como inspirado la inestabilidad tectónica mientras explotaban en una serie de reacciones en cadena calculadas y cercanas a la cara opuesta del astro, justo enfrente de la nave enemiga.

La luna se rompió en pedazos de un modo en absoluto armonioso. Un cuarto de la superficie quedó fragmentada y explotó hacia el vacío a tal velocidad que hasta la imagen hololítica del *Eco* sufrió desfases en la transmisión de los cambios que tenían lugar. No habían pasado más de tres minutos tras el choque de los torpedos contra la superficie lunar cuando unos inmensos trozos de escombros salieron despedidos. Unas grietas de profundidad abismal entretejieron la superficie del satélite y vomitaron una atmósfera de polvo en el espacio más cercano al cuerpo celeste.

—Desconecten el Alarido —ordenó Talos—. Alcen los escudos y preparen las armas. Avante a toda potencia.

El *Eco* se estremeció en cuanto volvió a la vida y procedió a surcar el espacio, hambriento como un tiburón.

La cubierta del strategium regresó a su caos organizado de costumbre mientras los oficiales y los servidores atendían a sus tareas. El traqueteo y el repiqueteo de las palancas se mezclaron con los murmullos de las voces y el ruido de los dedos pulsando teclas.

—¿Hay algún rastro del crucero enemigo? —preguntó Talos desde su trono central. En el occulus, la luna descabezada mostraba un aspecto de lo más desolador y su recién creado círculo de asteroides la rodeaba a medias.

—Lo veo, mi señor. —El maestre de auspex tomó aire mediante su respirador, gesto que sonó muy húmedo—. El hololito se está procesando.

Al principio, Talos no fue capaz de distinguir la nave de los escombros. El hololito parpadeó con su imprecisión habitual y ofreció una escena con cientos de objetivos. El borde roto de la luna parecía una curva irregular a uno de los lados de la imagen. Rocas de todas las formas y tamaños decoraban el espacio que se encontraba por encima, junto a la nube de polvo confusa que representaba las partículas de escombros en suspensión, demasiado pequeñas como para fijarlas como objetivos definidos.

Ahí estaban. La inconfundible proa con forma de tridente de una nave de guerra del Adeptus Astartes, así como los indicadores rúnicos de sus armas al disparar en el vacío. Talos observaba la embarcación hololítica conforme esta maniobraba: de repente se encontraba en mitad de un campo de asteroides y disparaba sus armas sobre las rocas que la rodeaban para poder huir.

El profeta estaba casi decepcionado por no haberla destruido con la salva inicial, pero ahora al menos podría verlo con sus propios ojos.

—No puedo evitar sentir una pizca de orgullo —dijo Talos a su tripulación—. Lo habéis hecho muy bien, todos vosotros.

Las rocas a la deriva se estrellaban entre sí y generaban más escombros todavía. Talos no apartaba la mirada de la imagen hololítica mientras varios pedazos de roca inmensos chocaban contra la nave titilante. El primitivo programa de representación gráfica no hacía justicia al enorme daño que unos impactos semejantes tendrían que estar provocando.

—Acérquennos para obtener confirmación visual. —Talos sabía que acortar la distancia que separaba ambas naves conllevaría una demora de varias horas, de ahí que en su mente echase raíces una idea que tenía el doble propósito de pasar el tiempo e inclinar la balanza todavía más en contra de los guerreros del Capítulo Génesis que quedaban a bordo del *Eco*.

—Saluden a la nave enemiga y filtren la transmisión para que cualquier aparato emisor de la nave divulgue nuestras palabras.

La maestre de comunicaciones Auri hizo lo que se le ordenó. El puente había caído en silencio después de que hubieran desactivado el Alarido. En ese momento retumbó otra vez con las voces que les llegaban del crucero enemigo. Las voces monocordes de los servidores formaban un coro de fondo para los crujidos de las rocas que impactaban contra el casco, así como para la voz resonante que, sin aliento, se pronunció:

—Soy el capitán Aeneas del *Regia Presea*. Voy a hacer oídos sordos a vuestras burlas, herejes, así como a vuestras tentaciones. —Una explosión interrumpió las palabras del marine espacial durante un segundo salpicado de gritos lejanos.

—Aquí Talos, desde la nave de guerra *Eco de la Maldición*. No enunciaré burlas, tan sólo verdades. Vuestro abordaje ha fracasado, al igual que vuestra huida para

evitar nuestra venganza. Os vemos morir en nuestro auspex hololídco a medida que hablamos. Si queréis hacernos llegar vuestras últimas palabras, enunciadlas para la posteridad. Las recordaremos. Somos la Octava Legión, y nuestra memoria es vasta.

—Malditos traidores asquerosos —fue la respuesta crepitante.

—Me parece que alguien está enojado —bromeó un oficial cercano. Talos lo silenció con una mirada intensa, sin mediar palabra.

—¿Talos? —volvió a sonar la voz del capitán.

—Dime, Aeneas.

—Ojalá ardas en el infierno que se reserve a los perdidos y a los condenados.

Talos asintió con un gesto de la cabeza, aunque su contrapartida imperial no pudiera verlo:

—Estoy seguro de que así será. Pero tú vas a llegar allí antes que yo. Muere, capitán. Arde, y que te lloren por haber desperdiciado tu vida.

—No temo ningún sacrificio. La sangre de los mártires es la semilla del Imperio. ¡En el nombre de Guilliman! ¡Coraje y hon…!

El enlace se desconectó. En la imagen hololítica, el símbolo rúnico que representaba el crucero de ataque y que se hallaba en el núcleo de la brutal tormenta de asteroides parpadeó y dejó de existir.

—El *Regia Presea*; perdido con toda su dotación —anunció la maestre de comunicaciones.

—Aproxímennos al campo de asteroides y aniquilen todo rastro de la nave con una salva de nuestras armas de proa.

—Recibido, señor.

Talos se levantó del trono, cansado y dolorido.

—¿Retransmitieron la conversación por toda la nave? —preguntó.

—Afirmativo, señor.

—Bien. Espero que el haber oído la muerte de su capitán y la explosión de la nave deje sin moral a los cabrones imperiales que tenemos aún con vida a bordo.

—Mi señor —comenzó a decir el maestre de auspex—. El uso de los torpedos… ha sido un plan brillante. Ha funcionado sin fisuras.

Talos apenas le prestó atención.

—Lo que usted diga, Nallen. —Le hizo un ademán al oficial más cercano—. Kothis, el puente es suyo.

El aludido no saludó. Los amos no observaban esa clase de formalidades. Aun así, sabía lo que le esperaba si se sentaba en el trono del amo. En vez de eso, se quedó de pie junto a este y tomó el control de aquellos que se encorvaban sobre sus puestos por debajo de él.

Talos se dirigió a los confines del strategium, levantó del suelo el cadáver de Xarl y se lo cargó a los hombros.

—Voy a enterrar a mi hermano. Llámenme sólo en caso de que sea estrictamente necesario.

• • • • •

A la Primera Garra le llevó casi una hora alcanzar a cualquiera de las otras escuadras. Su viaje a través de las cubiertas laberínticas del *Eco* les llevó de una cámara a otra y de un túnel a otro. A veces pasaban al lado de grupos de esclavos escondidos en la oscuridad, mientras que los sirvientes de la legión llenaban otras cámaras con el ajetreo típico de las tareas que se llevan a cabo con eficiencia. La mayoría estaba compuesta de técnicos de reparaciones subalternos y de esclavos de baja categoría. Una gran cantidad de ellos mostraba lesiones derivadas de encuentros con el Capítulo Génesis y Cyrion tenía la sensación desagradable de que el recuento final de bajas entre la tripulación se contaría por miles.

Resultaba evidente que Mercutian estaba pensando lo mismo:

—Nos han golpeado incluso más fuerte que cuando los Ángeles Sangrientos atacaron el *Pacto*.

Cyrion se mostró de acuerdo con un gesto de la cabeza. Teniendo en cuenta el número de tripulantes que habían perdido en Crythe, a él no le había entusiasmado ser testigo de otro abordaje. A pesar de ello, el *Eco* contaba con los recursos y la mano de obra necesaria para compensar una paliza semejante, al contrario que el *Pacto*.

A medida que andaban, todos los miembros de la Primera Garra repararon en un sonido tenue que crepitaba por el comunicador con humedad. Uzas se estaba pasando la lengua por los dientes otra vez.

—Deja de hacer eso —le advirtió Cyrion.

O bien Uzas no le oyó o bien no le hizo caso. Ni siquiera giró el casco, impreso con una mano sangrienta, para mirar a los demás.

—Uzas. —Cyrion resistió las ansias de suspirar—. Hermano, lo estás haciendo otra vez.

—¿Mmm?

A pesar de que Mercutian le acababa de dar un sermón sobre prejuicios, Cyrion no se consideraba a sí mismo como alguien intolerante. No obstante, el rumor incesante de la lengua de Uzas deslizándose por sus dientes bastaba para que él apretase los suyos.

—Te estás lamiendo los dientes otra vez.

Variel se aclaró la garganta con una educación exquisita.

—¿Por qué te molesta tanto?

—El primarca también lo hacía. Después de haberle sacado punta a sus propios dientes, no dejaba de pasarse la lengua por ellos ni por sus labios mientras pensaba, como si de un animal se tratase. A menudo, se cortaba la lengua mientras lo hacía, y la sangre que le corría por los labios despedía un aroma que nos ponía de los nervios.

—Resulta intrigante que la sangre de un primarca ejerciera tal efecto —comentó el apotecario—. Nunca he envidiado vuestra existencia a la sombra de los primarcas,

pero eso parece fascinante.

Los otros no respondieron, lo que demostraba cuánto les interesaba discutir otra vez sobre ese tema.

—Huele a intestinos —gruñó Uzas mientras entraban en otra cámara.

—Más bien a los Ojos Sangrantes —apostilló Cyrion.

—Salve, Primera Garra —graznó una voz proveniente de arriba.

La escuadra alzó los bólters al unísono para apuntar al tejado de la cámara abovedada. La habían vaciado por completo y habían hecho de ella un desastre que evidenciaba signos de abandono en todas las direcciones. Cyrion supuso que se trataba de una sala de abastecimiento o de unos barracones para la tripulación. Cuatro siluetas se encontraban agazapadas en las vigas, apenas visibles en mitad de las cadenas que pendían del techo como un bosque de tentáculos.

Seis guerreros del Capítulo Génesis colgaban mediante garfios de aquellas cadenas sucias y se mecían laxos, como si fueran marionetas rotas. Unas garras les habían arrancado y desgarrado la armadura que les cubría el estómago, aparte de haberles cortado los cables de energía. La carne de debajo revelaba unas mutilaciones similares, pues las entrañas llovían de ella y caían sobre el suelo metálico. Tres de ellos aún derramaban gotas de sangre.

Cyrion bajó el bólter contra todos sus instintos. Esos miserables apenas eran sus hermanos, pero eran auténticos asesinos en combate y la partida de guerra era afortunada al disponer de ellos. El problema radicaba en evitar que se fueran de los combates que entablaban. «Los primeros en llegar», exclamaban siempre, lo cual era muy cierto. Pero un hecho igual de cierto estribaba en que también eran «los primeros en salir».

—Veo que habéis estado ocupados —señaló Cyrion. A pesar de la distancia, alcanzó a vislumbrar a uno de ellos sin el casco puesto. La sangre le bañaba las manos y lo poco que podía ver de su rostro, pues se estaba alimentando con los órganos de los guerreros que colgaban del techo. No se demoró ni un segundo en cubrirse la frente, formada por venas negras y huesos desalineados, con el tradicional yelmo de rostro demoníaco.

—Por el Trono de las Mentiras… —maldijo Cyrion.

—¿Qué? —le preguntó Mercutian, que trató de mantener la voz baja.

—La disformidad late en su sangre más de lo que imaginaba.

Los Rapaces compartieron una serie de gorjeos y gruñidos, lo que hacía las veces de diálogo entre la jauría. Uno de ellos siseó a los amos de la noche de más abajo, pero el sonido surgió distorsionado del casco como un graznido áspero.

—Esta cubierta está limpia, Primera Garra. Limpia de latidos enemigos. —La cabeza del rapaz dio dos sacudidas sobre un cuello que se retorcía—. ¿Buscáis a Lucoryphus?

Cyrion negó con la cabeza.

—No. Nos dirigimos al Salón de la Reflexión. A quien buscamos es a Deltrian.

—Entonces buscáis a Lucoryphus. Está con el que le habla a las máquinas.

—Muy bien. Os quedamos agradecidos. —Cyrion le indicó a sus hermanos que reanudasen la marcha con un gesto. La Primera Garra rodeó en un amplio margen los cuerpos que pendían de las cadenas. Los Ojos Sangrantes nunca reaccionaban bien frente a la intromisión de otros en sus asesinatos o en los festines subsiguientes.

Mientras la Primera Garra atravesaba la estancia, uno de los guerreros de Lucoryphus puso en marcha los retrorreactores de su espalda, efectuó un picado desde el techo con el destello humeante de sus propulsores y hundió las garras en la carne expuesta del torso de uno de los cadáveres. La Primera Garra hizo caso omiso y siguió su camino en completo silencio.

El hombre lo era tan sólo en el sentido más amplio y fisiológico. Que antaño hubiese poseído un nombre o que fuese capaz de llegar a sentir algo más aparte de la misma emoción agónica, una y otra vez, eran hechos que escapaban a su entendimiento. Su existencia estaba dividida en dos planos de experiencia que su mente estrangulada interpretaba como «Torpor» y «Azote».

En los momentos de Torpor, que duraban océanos de tiempo entre Azote y Azote, vagaba en una bruma lechosa de percepciones aletargadas en la que no hacía, veía ni conocía nada a excepción de una eternidad de ingravidez y del regusto salado de las sustancias químicas que le llenaban los pulmones y la garganta. Lo único que podía interpretarse como pensamiento, si se era generoso, eran ecos de ira tenues y remotos. Él no sentía la furia en sí, sino más bien su memoria: un recuerdo de haber conocido antaño la rabia, aunque desconocía el motivo.

Cuando el Azote llegaba, lo hacía acompañado de una tormenta de dolor. La cólera resurgía a la vez que liberaba chispas por las venas de su cabeza como si de cables cortocircuitados se tratara. Había notado que se le abrían los maxilares; su boca sin lengua gritaba en silencio, en medio de la vacuidad gélida que lo rodeaba como una crisálida.

Al cabo de un rato, el dolor acabaría por apaciguarse y la falsa rabia que lo acompañaba se iría a la deriva con él. Le estaba sucediendo en aquel mismo momento. El hombre que antaño había sido conocido como el princeps Arjuran, al mando del Titán *Cazador Gris*, respiraba el líquido frío de su útero químico, inhalaba fluido y excretaba porquería mientras se le concedía descanso a su cuerpo mutilado.

Lucoryphus de los Ojos Sangrantes se hallaba ante el tanque de cristal que contenía al preso torturado. Al guerrero de los Rapaces no le gustaba ponerse de pie, pero merecía la pena a fin de investigar más a fondo ciertas cosas. Le dio unos toquecitos al cristal con uno de sus dedos rematados en garras:

—Hola, pequeñín —susurró con voz áspera y pérfida.

El cuerpo dentro del tanque de suspensión había sido mutilado, dado que sus piernas acababan por debajo de la rodilla y le habían amputado las manos a la altura de las muñecas. Lucoryphus contempló cómo el cuerpo lisiado se retorcía dentro del líquido, perdido en fueran cuales fueran los tormentos internos que nadaban sin

rumbo en su mente drogada.

—No toquéis el cristal —la voz de Deltrian, por átona que resultase, transmitía su actitud reprobatoria.

Lucoryphus se sacudió dos veces y su cabeza protegida con casco se retorció sobre sus hombros.

—No voy a romper nada.

—No os he pedido que no rompáis nada. Os he pedido que os abstengáis de tocar el cristal.

El rapaz emitió un breve graznido en actitud quejumbrosa y volvió a dejarse caer sobre sus cuatro patas. Observó las agujas mortificadoras mientras retrocedían de las sienes del cautivo y devolvió su atención al tecnoadepto.

—¿Así es como se hace el Alarido?

—Así es. —Deltrian redujo el flujo de energía de los artefactos de dolor que se encontraban dentro del tanque de suspensión mientras su rostro cromado permanecía oculto en el interior de su capucha—. Este prisionero fue un regalo de la Primera Garra. Lo arrancaron de su trono a bordo de la mnemocámara de un Titán.

Lucoryphus no había oído aquel relato, pero podía hacerse una idea bastante clara de los detalles. Lo cierto era que el Alarido le fascinaba. Dejar inertes e inservibles los escáneres de una nave enemiga, ahogarlos con una transmisión inacabable de código corrupto tortuoso… Se trataba de una tecnología muy rara, pero podía llevarse a cabo de cien modos diferentes si uno contaba con el ingenio y los materiales adecuados para ello. Ahora bien, crear interferencias electrónicas con el dolor de un alma humana, filtrar esa mortificación orgánica por los sistemas de la nave y usarla como herramienta ofensiva… era poesía que el líder de los Ojos Sangrantes podía apreciar desde lo más profundo de su ser.

Volvió a darle un toquecito al cristal mientras emitía un gruñido desde el fondo de la garganta que no llegaba a ser una risa.

—¿Cuánta de tu carne cerebral sigue siendo humana? —preguntó.

Deltrian se detuvo y sus dedos multiarticulados quedaron suspendidos sobre las teclas de la consola.

—Ese es un asunto sobre el que no siento ni deseos ni ganas de discutir. ¿Por qué lo preguntáis?

Lucoryphus inclinó su casco demoníaco e inclinado hacia el tanque amniótico.

—Por esto. No es una creación ni lógica ni fría. Es la obra de una mente que comprende el dolor y el miedo.

Deltrian volvió a titubear sin estar seguro de si debía procesar las palabras del guerrero de los Rapaces como un cumplido. Con los Ojos Sangrantes uno nunca podía estar seguro. Se le perdonó la obligación de responder debido a que la puerta se abrió con el chirrido de sus mecanismos hidráulicos. Cuatro siluetas quedaron recortadas en las luces rojas de emergencia que tenían detrás.

—Salve —saludó Cyrion.

• • • • •

El Salón de la Reflexión era más un museo que un taller, y Deltrian era el monarca de todo cuanto veía entre esas paredes. Cyrion lo observó durante un rato mientras enunciaba órdenes en binario a sus trabajadores para dirigir sus esfuerzos en la consecución de proyectos ignotos.

El amo de la noche se paseó por la cámara sin prestar atención al ajetreo de los adeptos ataviados con túnicas y de los servidores que no cesaban en sus murmullos. Su vista se posó sobre las armas que reparaban y en los grandes sarcófagos dreadnought que albergaban a los héroes difuntos de la legión, siempre a la espera de que los despertaran mientras seguían encadenados a las paredes.

El último de aquellos ataúdes blindados representaba la imagen triunfal de Malcharion labrada en oro bruñido, igual a como había sido en vida. Se alzaba sobre las almenas más sagradas de Terra con los cascos de dos campeones imperiales en las manos, bañado en los rayos de la Luna recién surgida.

—Tú —llamó Cyrion a un adepto cercano.

El operario del Mechanicus asintió con la capucha puesta.

—Me llamo Lacuna Absolutus, señor.

—¿El proceso de resurrección del sabio guerrero sigue en marcha?

—La batalla interrumpió nuestros rituales, mi señor.

—Claro —concedió Cyrion—. Disculpa. —Cruzó la cámara hasta donde se encontraba Deltrian.

—Talos nos ha ordenado venir aquí para protegeros.

Deltrian no alzó la vista de la consola. Sus dedos cromados tamborileaban y tableteaban sobre el teclado.

—No necesito protección. Es más, los informes de todas las Garras indican que la resistencia enemiga ha terminado.

Cyrion había oído los mismos informes por el comunicador. Eso no era exactamente lo que habían dicho.

—No es propio de vos ser tan impreciso, honorable tecnoadepto.

—Las hostilidades ya casi han tocado a su fin, entonces.

Cyrion le contestó mostrándole una sonrisa:

—Estáis molesto e intentáis evitar que se os note. Decidme el motivo.

Deltrian emitió un chorro de código que expresaba enojo.

—Retiraos, guerrero. Una cantidad considerable de exigencias ejerce presión sobre mi tiempo y la dimensión de mi atención se encuentra limitada.

Cyrion soltó una carcajada.

—¿Todo esto viene porque no atendimos vuestras peticiones de ayuda? Estábamos enzarzados en un combate, honorable adepto. Si hubiéramos tenido tiempo de caminar por el casco de la nave con vos, os aseguro que os habríamos

acompañado.

—Mi trabajo era de una importancia crítica. Tenía que llevar a cabo esas reparaciones. De haber entablado una batalla en el vacío con el crucero enemigo…

—Pero no fue así —le interrumpió Cyrion—, ¿cierto? En vez de eso, Talos despedazó la luna. Qué bello empleo de fuerza excesiva… El primarca se habría reído sin parar; habría disfrutado de cada instante.

Deltrian desactivó el vocabulador de su máscara para evitar una respuesta muy próxima al exabrupto. Se limitó a asentir para indicar que había oído las palabras del guerrero y prosiguió con su labor.

El que contestó fue Lucoryphus desde su puesto de vigilancia junto al tanque de tortura:

—No importa. Yo respondí a su llamada.

Cyrion y el resto de la Primera Garra se giró hacia el líder de los Rapaces.

—Ya, después de haber huido en desbandada con tus guerreros asilvestrados y dejarnos solos ante el peligro.

—Deja de lloriquear. —La cabeza de Lucoryphus se sacudió acompañada del sonido de los servos cervicales—. Sobrevivisteis, ¿no?

—No —le respondió Cyrion—. No todos lo hicimos.

• • • • •

La sangre de su hermano le manchaba las manos mientras trabajaba a solas.

—Talos —le llamó una voz por el comunicador. Él no hizo caso; ni siquiera se molestó en averiguar a quién pertenecía.

Extraer la semilla genética no era un proceso complicado, aunque sí requería cierto grado de delicadeza y eficiencia que había que combinar con el uso de las herramientas adecuadas a fin de facilitar la tarea. En más de una ocasión durante los últimos años, Talos había destrozado dichos órganos en el fragor de la batalla, tras haberlos cortado del cadáver con el gladio y arrancado con sus manos desnudas. Las situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas.

Esta ocasión era diferente. No estaba abriendo en canal a uno de sus hermanos lejanos bajo el fuego enemigo.

—Siempre fuiste un insensato —le dijo al cuerpo sin vida—. Te advertí que eso te mataría una noche.

Trabajaba en la quietud de su cámara de meditación, en silencio salvo por el rumor de las articulaciones de su armadura y de los sonidos viscosos del filo que cortaba la carne. Habían pasado décadas desde que había perdido el nartecium en combate, pero no pensaba permitir que Variel hiciese aquello en su lugar.

Cortar el esternón debajo del caparazón negro suponía el mayor obstáculo. Las

mejoras biológicas que fortalecían los huesos de un legionario por encima de los de un humano también conllevaban una pesadilla para la cirugía. Consideró durante un instante ensanchar la herida cercana al corazón primario de Xarl, pero supondría extirpar y arrancar más carne.

Talos levantó el gladio y lo sopesó unas cuantas veces. Usó el orbe que remataba el pomo del arma contra el plexo solar de Xarl como si fuera un martillo una vez, dos veces y una tercera; un golpe sordo acompañó a cada impacto. A la cuarta vez, golpeó con más fuerza y creó una grieta irregular en el esternón. Varios martillazos más ensancharon la fractura lo suficiente como para que Talos colase los dedos en las costillas y abriese el cuerpo de su hermano con el rechinar de un manuscrito de cuero curtido. El hedor de la carne quemada y de los órganos expuestos densificó el aire de la reducida estancia. Introdujo una de sus manos blindadas dentro de la cavidad torácica de Xarl y tiró del primer nodulo globular para sacárselo. Al principio se resistió, aferrado como estaba al sistema nervioso; era el corazón de una mezcolanza de venas y músculo.

Con delicadeza, metió el puñado de carne repleta de hilillos pegajosos y de sangre fría en un cilindro médico. De haber ocurrido esto en tiempos mejores, habría enunciado discursos y recitado juramentos. Ahora mismo, no le parecían adecuados. Talos cogió a Xarl de su laxa cabeza y se la giró hacia un lado. Mover el cuerpo causó que de la boca abierta del cadáver, así como de sus pulmones expuestos, surgiera un hálito entrecortado. A pesar de su entrenamiento, a pesar de todo lo que había visto a lo largo de sus siglos de vida, aquel sonido le paralizó las manos de golpe. Había situaciones que inspiraban respuestas instintivas poseedoras de una naturaleza demasiado humana, demasiado unida a la esencia de un guerrero como para que este se sobrepusiera. Que los cadáveres respirasen constituía una de ellas. Sintió que se le helaba la sangre, sólo por un instante.

El órgano progenoide alojado en la garganta de Xarl fue mucho más fácil de extirpar. Talos empleó la punta del gladio para practicar una incisión amplia en la piel y el músculo nervudo, ya muertos. De ahí sacó otro puñado de tejido sanguinolento mezclado con carne venosa y lo alojó dentro del cilindro junto al órgano que ya había extraído.

Tras enroscarlo y bloquearlo, el cilindro médico quedó bien sellado. En uno de sus lados se activó una runa verde.

Mientras respiraba largo y tendido, Talos se arrodilló al lado del cuerpo de su hermano sin decir nada, sin pensar en nada. Los restos mutilados de Xarl apenas recordaban al guerrero que Talos había conocido: era un despojo derrotado de carne hecha jirones y de ceramita desguazada. Al amo de la noche se le pasó por la mente el vil pensamiento de rapiñar la armadura de su hermano, pero suprimió las ansias del buitre. A Xarl no. A decir verdad, tampoco había demasiado que mereciera la pena saquear.

—Talos —insistió el comunicador. Él siguió sin hacerle caso, aunque la voz logró

sacarle de su marchita ensoñación.

—Hermano —le dijo a Xarl—. El funeral del héroe va a comenzar.

Talos se irguió y fue hasta su soporte para armas. Ahí, un antiguo lanzallamas descansaba del mismo modo en que lo había hecho desde hacía años, libre de todo óxido o corrosión, con una boquilla que emergía de las mandíbulas abiertas de par en par de un demonio repujado en cobre. A él nunca le había gustado esa arma; apenas la había utilizado desde que la arrancase de las manos muertas de un guerrero de los Hijos del Emperador hacía cinco décadas.

Activó la llama piloto con un golpe del pulgar. Esta siseó dentro de la cámara como si fuera un candelabro furioso que iluminase con intensidad las tinieblas. Con lentitud, apuntó el arma hacia el cuerpo de Xarl y respiró el aroma de la carne rasgada de su hermano, así como la peste química del aceite de promethium añejo.

Xarl había estado presente cuando Talos arrebató una vida por primera vez: un chico que mataba a un tendero en la lobreguez de la noche nostramana. Había estado a su lado mientras las guerras de bandas barrían las ciudades. Siempre era el primero en lanzar improperios de los bajos fondos; siempre era el primero en disparar y el último en hacer las preguntas; siempre mostraba confianza, nunca se arrepentía de nada.

«Él era nuestra arma», pensó Talos. Xarl había sido el espadachín más diestro de la Primera Garra, así como la fuerza controlada que constituía la columna vertebral de la escuadra durante la batalla. Él era la razón por la que el resto de Garras evitaban siempre enfrentarse a ellos. Cuando Xarl estaba vivo, Talos nunca había temido que la Primera Garra pudiera perder un combate. Tampoco se habían caído bien el uno al otro. La hermandad no precisaba amistad, tan sólo lealtad. Habían permanecido juntos, espalda con espalda mientras ardía la galaxia; siempre como hermanos, nunca como amigos: traidores unidos hasta el final.

Pero no parecía adecuado decir nada de aquello. El lanzallamas siseó en el silencio que se propagaba.

—Si existe el infierno —declaró Talos—, ahora caminas por él. —Volvió a apuntarle con el arma—. Creo que pronto nos veremos allí, hermano.

Apretó el gatillo. El fuego químico emitió un rugido repentino y roció el cuerpo con llamaradas cortas. La ceramita se oscureció. Las articulaciones se derritieron. La carne se disolvió. Acertó a ver por última vez el cráneo de Xarl mientras se tornaba negro a la vez que mostraba una carcajada silenciosa y desprovista de ojos. Acabó por perderse en el humo que ahogaba el aire.

El fuego se extendió con rapidez por el catre y los pergaminos colgados de las paredes de la cámara. El hedor a podrido que desprende la carne humana al quemarse empeoró, aún más si cabe, el aire empalagoso.

Talos roció el cuerpo con un último chorro de fuego líquido. Se llevó el lanzallamas a la espalda, aseguró el cilindro médico a su musiera y, por último, recogió sus armas. En una de sus manos cogió el yelmo de Xarl y en la otra su propio

bólter. Sin mirar atrás, atravesó el humo con paso firme y activó el mecanismo de apertura de la puerta. Un humo espeso que formaba volutas se derramó sobre el pasillo acompañado de su hedor. Talos salió de la cámara y selló la puerta tras de sí. El incendio del interior de la estancia pronto se extinguiría, muerto de inanición por la falta de oxígeno y combustible.

Que alguien le esperase fuera le cogió por sorpresa. La pareja de humanos se encontraba de pie, en silencio, a la vez que los dos se tapaban la nariz y la boca con las manos debido al humo que se dispersaba por el corredor.

Septimus y Octavia. El séptimo y la octava. Ambos de estatura elevada, ambos ataviados con uniformes oscuros de la legión y ambos haciendo uso del privilegio, muy escaso entre esclavos, de portar armas. Los implantes faciales del primero seguían dañados y chasqueaban cada vez que pestañeaba o movía los ojos. El pelo largo le enmarcaba el rostro y Talos, que no era muy ducho en interpretar las expresiones mortales que no fuesen la furia o el terror, no le encontró ningún sentido a la emoción que transmitían los ojos de Septimus. Octavia se había atado el pelo por medio de su habitual coleta y la cinta le cubría la frente. Estaba adelgazando y lucía una palidez malsana. Esta vida no la trataba bien y lo mismo podía decirse de su propia biología, pues sus fuerzas se desvanecían en aras de nutrir al vástago que crecía en su interior.

Talos recordó que les había ordenado a esos dos humanos que se mantuvieran separados el uno del otro, así como la otra orden, más reciente, de que Septimus permaneciese en el hangar. En aquel momento, ninguna de ellas parecía tener importancia.

—¿Qué queréis? —les preguntó Talos—. No hay nada que puedas recuperar del equipo de Xarl, Septimus. Ni lo preguntes.

—Variel me ordenó que diera con vos, amo. Os pide que os personéis en el apotecarion con la mayor celeridad posible.

—¿Y era necesario venir en pareja para entregar el mensaje?

—No. —Octavia se aclaró la garganta y bajó las manos—. Me he enterado de lo de Xarl. Lo siento. Para tratarse de vosotros… Según los ideales de la legión, quiero decir… era un buen hombre.

La exhalación de Talos se transformó en un resoplido que a su vez se convirtió en una risa entre dientes.

—Sí —respondió—. Xarl era un buen hombre.

Octavia sacudió la cabeza con un gesto negativo debido al sarcasmo del guerrero.

—Ya sabéis lo que quiero decir. Él y Uzas me salvaron una vez, igual que vos.

La risa entre dientes se tornó en una carcajada.

—Claro que sí. Un buen hombre. Un hereje. Un traidor. Un asesino. Un necio. ¡Mi hermano, el «buen hombre»!

Los dos humanos se quedaron en silencio a la vez que, por primera vez desde hacía muchos años, Talos se rio hasta que sus ojos negros derramaron lágrimas.



XI

PORVENIR

El caos reinaba en el apotecarion principal. En el *Pacto de Sangre*, el santuario médico de la legión había sido más una morgue que una consulta, lo que lo había transformado en un lugar de silencio y quietud, una cámara de frías estanterías, mesas de metal manchadas de sangre vieja y recuerdos que flotaban a la deriva en el aire aséptico.

En el *Eco de la Maldición* sucedía justo lo contrario. Variel iba de camilla en camilla conforme vadeaba aquel mar de humanidad herida sin emociones que ocultar en su rostro descubierto. Tanto los tripulantes humanos como los legionarios lo llamaban a gritos y alargaban las manos hacia él, lo que llenaba el aire del tufo a sudor, del calor de las vidas que escapaban de los cuerpos y de la peste a sangre rica en compuestos químicos.

Centenares de camillas formaban filas dentro de la estancia y casi todas estaban ocupadas. Unos servidores de carga monotarea levantaban los cadáveres de las mesas de operaciones y arrastraban a los heridos aún vivos hasta ellas para sustituirlos. Unos desagües en el suelo se tragaban la sangre que corría por las losas sucias. Los servidores médicos y los miembros de la tripulación con conocimientos de cirugía sudaban mientras trabajaban. Variel atravesó la escena con paso firme, como un director embadurnado de sangre que supervisara una orquesta de lamentos.

Se detuvo al lado de una camilla y le echó un vistazo al cadáver enmarañado del tripulante que yacía sobre ella.

—Tú —llamó a un servidor médico cercano—. Este está muerto. Antes de incinerar sus restos, extráele los dientes y los ojos para su posterior reutilización.

—A la orden —murmuró el esclavo manchado de sangre.

Una mano agarró a Variel por el avambrazo.

—Variel… —El amo de la noche de la camilla de al lado tragó sangre antes de continuar. Su presa se afianzó cuando lo hizo—. Variel, injértame las nuevas piernas en los muñones y acabemos ya. No me puedo quedar aquí cuando tenemos un mundo que conquistar.

—Necesitas mucho más que unas piernas nuevas —le replicó Variel—. Y ahora, suéltame.

El guerrero le agarró con más fuerza.

—Tengo que estar en Tsagualsa. No me dejes aquí.

El apotecario recorrió con la vista al legionario herido. El rostro del guerrero estaba semideshecho en un barullo de sangre y tejido quemado que le dejaba el cráneo al descubierto. Uno de sus brazos acababa en el bíceps y ambas piernas eran tallos carnosos que derramaban fluido por la ceramita hecha pedazos ahí donde había tenido las rodillas. El Capítulo Génesis casi había acabado con él, no había lugar a dudas.

—Aparta la mano —repitió Variel—. Ya hemos hablado de esto antes, Murilash. No me gusta que me toquen.

Lo único que logró fue que el amo de la noche le apretase más fuerte.

—Escucha…

Variel atenazó la mano del guerrero con la suya propia, con lo que separó los dedos de Murilash de su avambrazo, y los agarró con fuerza. Sin mediar palabra, desplegó los escalpelos láser y la sierra de huesos de su guantelete nartecium. La sierra mordió.

El guerrero profirió un alarido.

—¿Qué acabas de aprender? —preguntó Variel.

—¡Maldito cabrón!

Variel le lanzó la mano cercenada a otro servidor.

—Incinera esto. Añade una mano izquierda biónica al resto de implantes augméticos previstos para él.

—A la orden.

Apoyado contra la pared de una de las esquinas del apotecarion, Cyrion se rio para sí y le transmitió a Mercutian:

—Tenías razón —admitió—. Variel es de verdad uno de los nuestros.

—Lo que yo le habría arrancado a Murilash es el corazón —respondió Mercutian —. Siempre le he detestado.

Los dos guerreros permanecieron en silencio durante un rato.

—Deltrian nos ha informado de que han reanudado las operaciones para despertar a Malcharion.

Mercutian contestó con un suspiro. Por el comunicador sonó como una respiración crepitante.

—¿Qué? —preguntó Cyrion.

—No nos va a agradecer que lo despertemos una segunda vez. Daría mucho por

saber el motivo de que Malek de los Atramentar le perdonara la vida al sabio guerrero.

—Yo daría mucho por saber dónde diablos están los Atramentar. ¿Crees que cayeron junto al *Pacto*?

Mercutian negó con la cabeza.

—De ninguna manera.

—Ni yo —convino Cyrion—. No los evacuaron junto a los mortales ni tampoco en una de nuestras cañoneras. Sin embargo, nunca llegaron al *Eco de la Maldición*, lo que nos deja con una única posibilidad: abordaron una embarcación enemiga. Se teleportaron al interior de una nave de los Corsarios Rojos.

—Quizá —concedió Mercutian. Su tono caminaba por la línea que separa la cavilación y la duda—. Pero nunca serían capaces de capturar una nave de los Corsarios Rojos ellos solos.

—¿De verdad eres tan ingenuo? —Cyrion mostró una ancha sonrisa tras su placa facial, que lloraba rayos pintados—. Mira cómo trata el Cosechador de Sangre a su élite de exterminadores. Son sus elegidos. No digo que los Atramentar hayan organizado un asalto contra los Corsarios Rojos, idiota. Nos traicionaron. Lo que hicieron fue unirse a ellos.

Mercutian resopló.

—Jamás.

—¿No? ¿Cuántos guerreros han dejado de lado los vínculos con las Primeras Legiones? ¿Cuántos los encuentran irrelevantes a medida que los años se transforman en décadas y las décadas en siglos? ¿Cuántos legionarios lo son sólo de nombre tras haber hallado una senda más satisfactoria y con un mayor propósito que gimotear eternamente por una venganza final que jamás llegará? Cada uno de nosotros elige su propio camino. El poder resulta una tentación mayor que una sarta de ideales anticuados y pomposos. Hay cosas que importan más que los vínculos, por viejos que sean.

—Para mí no —acabó por responder Mercutian.

—Ni para la mayoría de nosotros. Lo que digo…

—Ya sé lo que dices. Y lo que digo yo es que no quiero seguir hablando de eso.

—Como quieras. Pero te aseguro que hay todo un relato tras la desaparición de los Atramentar, hermano. Uno que puede que nunca conozcamos.

—Habrá quienes lo conozcan.

—Por supuesto. Y me encantaría torturarles para sonsacarles la verdad.

Mercutian no le contestó y Cyrion dejó que la discusión se marchitase hasta acabar en un paréntesis incómodo. Uzas, de pie a sólo unos pocos metros de ellos, se miraba los guanteletes pintados de rojo.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —preguntó Cyrion.

—Tengo las manos rojas —contestó Uzas—. Los penitentes tienen las manos rojas. Es la ley del primarca. —Alzó la cabeza para mirar a Cyrion con el rostro

magullado y ensangrentado—. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué tengo las manos pintadas del escarlata de los pecadores?

Mercutian y Cyrion intercambiaron una mirada. Su hermano descarriado les había cogido por sorpresa de nuevo con uno de sus arranques de lucidez.

—Mataste a varios tripulantes del *Pacto*, hermano —le explicó Mercutian—. Sucedió hace meses. Uno de ellos fue el padre de la Nacida en el Vacío.

—Yo no fui —Uzas se había mordido la lengua y la sangre le manaba de los labios hasta caer con lentitud por su blanca barbilla—. Yo no lo maté.

—Lo que tú digas, hermano —respondió Mercutian.

—¿Dónde está Talos? ¿Sabe Talos que soy inocente?

—Tranquilo, Uzas —Cyrion posó la mano en la hombrera del otro guerrero—. Calma. No dejes que esto te importune.

—¿Dónde está Talos? —repitió Uzas, que ahora arrastraba las palabras.

—Vendrá pronto —respondió Mercutian—. El Desollador le ha pedido que venga.

Los párpados de Uzas cubrieron casi la mitad de sus ojos negros al tiempo que babeaba saliva y sangre a partes iguales.

—¿A quién?

—A Talos. Acabas… acabas de preguntarnos dónde estaba.

Uzas permaneció con la boca entreabierta. Las comisuras de sus labios burbujeaban sangre. Incluso sin las modificaciones de legionario, incluso si le hubieran dejado ser un niño humano y no le hubieran hinchado hasta convertirle en aquella arma viviente, demencial y atávica, remendada tras el paso por cientos de campos de batalla, Uzas habría sido una criatura fea y desagradable. Todo lo acaecido en los años que siguieron a su transformación sólo sirvió para que mirarle resultase todavía más incómodo.

—¿Uzas? —insistió Mercutian.

—¿Mmmm?

—Nada, hermano. —Compartió otra mirada con Cyrion—. No es nada.

Los tres guerreros permanecieron en silencio mientras los minutos transcurrían. Una vez tras otra, las puertas septentrionales se abrían con los chirridos de sus raíles. Cada minuto llegaban más rebaños de tripulantes que llevaban en brazos a sus heridos o los arrastraban.

—Me sorprende ver a tantos humanos ansiosos de entrar aquí —meditó Mercutian en voz alta.

La tripulación sabía que el apotecarion principal constituía el cubil del Desollador, por lo que pocos se someterían a su gélida mirada y al toque acerado de sus cuchillas por propia iniciativa si, en su lugar, podían acudir a las numerosas estaciones médicas repartidas entre varias cubiertas.

—Son conscientes de lo prescindibles que resultan —afirmó Cyrion—. Si vienen aquí se debe sólo a lo desesperados que están.

Talos entró junto a la última tanda. El profeta no hizo caso de los humanos que pululaban alrededor de sus botas y se dirigió a Variel directamente. Septimus y Octavia lo seguían. De inmediato, el primero de ellos se desvió hacia una de las camillas para asistir al ayudante médico que la atendía.

—Septimus —le saludó el cirujano con un gruñido—. Empieza a coserle la herida del estómago.

Octavia se contentó con observarle trabajar, pues sabía que era mejor eso que ofrecerse a ayudarles. Los tripulantes mortales se apartaban de ella con vehemencia a todas horas, sin importar qué intenciones tuviera. Su tercer ojo acarreaba una maldición hasta cuando estaba oculto tras su cinta mugrosa. Todos sabían lo que era, lo que desempeñaba y lo que llevaba a cabo para sus amos y señores. Ninguno quería mirar en su dirección y mucho menos tocarla, por lo que ella se limitaba a seguir a Talos a una distancia que consideraba respetuosa.

El amo de la noche avanzó hasta Variel; la luz del apotecarion, más inmisericorde que en el resto de la nave, evidenciaba los daños que había recibido la armadura del profeta.

—¿Dónde está el cadáver de Xarl? —le preguntó el apotecario.

Talos le entregó el criocilindro sellado.

—Esto es todo lo que necesitas —afirmó.

Variel lo cogió con los dedos presa de un temblor muy sutil. Que otros hiciesen una labor inexperta, cuando él podía haberla efectuado a la perfección, le desagradaba.

—Muy bien.

—¿Estáis preparados? —Talos miró a Cyrion, Uzas y Mercutian con atención, listo para unirse a ellos.

—No. Tenemos una discusión pendiente desde hace tiempo, profeta.

—Tenemos un mundo al que poner de rodillas —le recordó Talos.

Los ojos de Variel, de un color azul hielo que contrastaba con el negro azabache nostramano, seguían revoloteando por la cámara a la vez que absorbían todos sus detalles. Talos consideraba que eso era lo único que diferenciaba a Variel de los amos de la noche nativos de Nostramo. Ya fuera debido al legado genético o a la mera costumbre, un número más que considerable de los guerreros de la Octava Legión miraba con fijeza y en un silencio autista a aquellos con los que hablaba. Variel hacía gala de una atención muchísimo más dispersa.

—También tenemos a la mitad de nuestros guerreros muertos o moribundos —intervino el apotecario—, lo que se suma a cientos de tripulantes mortales. Hay muchas semillas genéticas que cosechar y muchos injertos biónicos que llevar a cabo.

Talos se masajeó las sienes con los dedos.

—Entonces haz lo que sea preciso. Me llevaré a los demás a la superficie.

Variel no se pronunció durante un instante, pues estaba asimilando la respuesta.

—¿Por qué? —preguntó al fin. A su alrededor, los hombres y las mujeres

continuaban con sus sollozos, sus gemidos y sus alaridos. A Talos le recordó a la Galería de los Gritos del primarca, cuyas paredes alargaban sus manos temblorosas debido a su fructífero tormento. Sintió ganas de sonreír, de sonreír de veras, sin saber el motivo.

—¿Por qué, qué? —inquirió Talos a su vez.

—¿Por qué atacar Tsagualsa? ¿Por qué molestarse siquiera? ¿Por qué tenemos tanta prisa por descender ahí abajo y acabar ya con la operación? Has sido más que parco en respuestas sobre ese asunto.

Las venas azules visibles tras las mejillas de Talos se retorcieron como si de rayos se tratara a lo largo del contorno de su gesto ceñudo.

—Para dejar que los mastines se liberen de la correa y satisfagan sus deseos de tortura. Para permitir que la Octava Legión sea ella misma. Y, ante todo, por el simbolismo. Este era nuestro mundo y lo abandonamos carente de toda vida. Así es como debería seguir.

Variel respiró con lentitud y sus ojos se posaron sobre Talos durante un momento prolongado a la par que infrecuente.

—La población de Tsagualsa, si es que podemos llamarla así, se encuentra escondida en sus refugios antitormentas, temerosa de la furia innominada que asaltó su ciudad capital. Sus habitantes saben que regresará, y sí, sospecho que estás en lo cierto, una vez que la legión se suelte de la correa y juguetee con las vidas de esas personas, todos y cada uno de los guerreros se sentirán renovados por haber inspirado miedo y haber sido partícipes de la subsiguiente e inevitable violencia sin sentido. Pero esa no me parece una respuesta del todo satisfactoria. Sueñas sin acordarte de lo que ves. Actúas según unas visiones que apenas recuerdas o entiendes siquiera.

Talos rememoró lo primero que vivió tras haberse vuelto a despertar; se había encontrado con que lo habían encadenado al trono de mando y que el occulus, desde la quietud y seguridad de la órbita, mostraba la faz gris de Tsagualsa.

—¿Dónde estamos? —había preguntado Talos.

La Primera Garra se había puesto a su lado y había formado una línea compuesta de articulaciones que zumbaban y de placas faciales tétricas e impasibles.

—¿Es que no te acuerdas de las órdenes que nos diste? —le había preguntado Xarl.

—Tan sólo decidme dónde nos encontramos —les había exigido Talos.

—Nos encontramos en la Franja Este: más allá de la luz del Astronomicón y en la órbita del mundo al que nos ordenaste una y otra vez que pusiéramos rumbo —le había respondido Xarl.

Variel irrumpió en la ensoñación del profeta con un murmullo que denotaba descontento:

—No has sido el mismo desde que capturamos el *Eco de la Maldición*. ¿Eres consciente de eso?

Podían haber discutido sobre esos temas a solas, en la quietud de una cámara de

meditación en vez de en el matadero en el que se había transformado el apotecarion principal.

—No lo sé —confesó Talos—. Mi memoria es un conjunto irregular de mesetas y desfiladeros sombríos que en un determinado momento es fecundo y al siguiente se torna estéril. Ya ni siquiera estoy seguro de poder ver el futuro. Lo poco que recuerdo está enmarañado, como si las madejas del destino se hubiesen enredado entre ellas. Ya no son profecías, o al menos, no como yo las entiendo.

Si algo de lo que explicó Talos sorprendió a Variel, este no lo demostró.

—Hace meses me confesaste el motivo de nuestro viaje hasta aquí, hermano. Me confesaste que habías soñado con que Tsagualsa volvía a estar poblada de vida humana y que deseabas verlo con tus propios ojos.

Talos se apartó a un lado cuando dos miembros de la Tercera Garra arrastraron a un hermano muerto hasta una camilla.

—Cazador de Almas —le saludó uno de ellos. Talos le respondió con una mirada fulminante y se alejó de ellos llevándose a Variel consigo.

—No recuerdo ese sueño —le explicó al apotecario.

—Sucedió hace meses. Hace tiempo que vas cuesta abajo, pero tu índice de deterioro muestra que se acelera. Céntrate en el quid de la cuestión, Talos: tú querías que volviéramos a navegar estos cielos. Y aquí nos encontramos ahora. En estos momentos, esos mismos humanos con los que soñaste se arrastran por la tierra, débiles y desarmados, a la vez que lamentan nuestro regreso. Sin embargo, a pesar de haber llevado a cabo tu voluntad, sigues vacío, desprovisto de memoria. Te desmoronas, Talos. Te desmoronas, por así decirlo. ¿Por qué estamos aquí, hermano? Concéntrate. Piensa. Dímelo. ¿Por qué?

—No me acuerdo.

Variel le contestó con un guantazo. El golpe pareció salir de la nada: el dorso del guantelete del apotecario acertó de lleno en la mejilla de Talos.

—No te he pedido que recuerdes. Lo que yo te he pedido es que pongas esa mente tuya en funcionamiento de una condenada vez, Talos; que pienses. Si no puedes recordarlo, busca la respuesta según lo que sabes de ti mismo. Tú nos trajiste hasta aquí. ¿Por qué? ¿Qué ventaja nos puede reportar? ¿En qué nos beneficia?

El profeta escupió saliva cáustica sobre el suelo. Cuando se volvió para volver a mirar a Variel, en sus labios, lívidos y manchados de sangre, se arrastró una sonrisa viperina. No le devolvió el golpe. Se limitó a sonreír mientras le sangraban las encías.

—Gracias —le dijo, llegado el momento—. Me ha quedado claro.

Variel asintió.

—Albergaba esa esperanza. —Miró al profeta a sus ojos, del todo negros—. Mis disculpas por haberte golpeado.

—Me lo merecía.

—Así es, pero te pido disculpas.

—Te he dicho que no pasa nada, hermano. Tus disculpas no son necesarias.

Variel volvió a asentir.

—En tal caso, ¿les ordenarías a los demás que dejen de apuntarme con sus armas?

Talos paseó la vista por la cámara. Ambos miembros de la Tercera Garra alzaban los bólters. La Primera Garra era un fiel reflejo de esa imagen y apuntaba también, con las armas en alto. Incluso un gran número de los amos de la noche que se postraban en las camillas sostenía las pistolas sin que les temblase el pulso, listas para disparar.

—*Ivalastisha* —enunció Talos—. Haya paz.

Los guerreros bajaron las armas al unísono con parsimonia.

Variel le hizo un ademán a una de las cámaras contiguas:

—Ven. Hay una serie de pruebas sanguíneas que he de…

—Las pruebas pueden esperar, Variel.

Los ojos fríos de Variel relucieron con cierta clase de emoción incognoscible a la que nunca se le concedió la gracia de mostrarse por completo en sus facciones.

—Creo que te estás muriendo. —Bajó la voz—. Ya te he salvado antes. Deja que te analice y veremos si puedo salvarte una segunda vez.

—Eso es un poco melodramático —replicó Talos, aunque se le había helado la sangre y la sentía como un torrente de drogas de combate que anulaban los nervios.

—Tu cuerpo rechaza las modificaciones que trajo consigo la semilla genética de tu primarca. A medida que envejeces, a medida que te infligen más y más heridas, tus procesos regenerativos se desmoronan. Ya no puedes subsanar los daños que la sangre de Curze le hace a tu cuerpo. Algunos humanos no son aptos para que les implanten la semilla genética; así de sencillo. Tú eres uno de ellos.

Talos permaneció callado durante un instante. Las palabras que Ruven le había dicho en aquel estado onírico volvieron a resonar con frenesí por toda su mente, a coro con las de Variel. El semblante marmóreo del profeta se giró hacia el resto de la cámara.

—No son más que conjeturas —argüyó.

—Lo son —admitió Variel—. No tengo mucha experiencia en lidiar con la fisiología de un legionario astartes de primera generación. Ahora bien, fui capaz de preservar la vida de mi señor Corazón Negro durante siglos por medio de una combinación de ingenio, ciencia antigua y de haber trabajado con insensatos que practicaban una sanguinomancia muy poderosa. Domino mi oficio, Talos. Te mueres. Tu cuerpo ha dejado de funcionar como debería.

Talos le siguió mientras hablaba. En la cámara contigua, el apotecario señaló con un ademán una mesa de torturas repleta de cadenas. Una máquina arácnida de infinitos miembros había invadido gran parte del techo de la estancia y contaba con varios escáneres, herramientas de corte y sondas que remataban cada extremidad de hierro acoplada.

—No hace falta que te tumbes al principio. Las pruebas más detalladas llegarán tras las preliminares, pero de momento me conformo con sacarte sangre de las venas

de la garganta. Luego te escanearemos el cráneo. Sólo entonces profundizaremos más.

Talos accedió en silencio.

• • • • •

Otro más murió bajo las manos de Septimus entre maldiciones proferidas en nostramano.

El cirujano con el que trabajaba se limpió la sangre de las manos en su propio rostro, como si eso fuese a borrar las manchas que ya había en él en vez de sumarse a ellas.

—Siguiente —le indicó el hombre a los servidores más cercanos. Estos arrastraron a una mujer ataviada con un uniforme de tripulante y la tendieron sobre la camilla mientras se retorcía de dolor. El proyectil de un bólter le había arrancado una pierna, pero el torniquete que le habían practicado en el muslo le había ahorrado una muerte fría, en medio de estertores, debido a la hemorragia. Septimus miró horrorizado lo que quedaba de la pierna de la chica: una ruina biológica por debajo de la rodilla. La tripulante tenía los ojos abiertos de par en par y las pupilas contraídas. Inspiraba y expiraba de forma sonora con los dientes apretados.

—¿Quién eres? —le preguntó Septimus con amabilidad justo en el mismo momento en que el médico le espetó a la chica:

—Nombre y rango.

—Marlonah —le contestó a Septimus—. Soy operaria de carga en la cubierta terciaria de municiones de estribor. —Apretó los ojos con fuerza durante un instante —. No me transforméis en servidor. Por favor.

—No lo hará —la tranquilizó Septimus.

—Gracias. ¿Eres Septimus?

Él asintió.

—He oído hablar de ti —le hizo saber, y volvió a tumbarse en la camilla a la vez que se cubría los ojos del fulgor de las luces que tenían encima.

El médico volvió a limpiarse la cara, un gesto que delató que en ese momento sopesaba el valor de las reservas augméticas de baja categoría que tenía a su disposición con el esfuerzo requerido para injertarlas. Tan sólo los oficiales optaban a los miembros o extremidades biónicos, pero ella no tenía en absoluto apariencia de ser escoria proveniente de las infracubiertas.

—No va a poder realizar sus tareas con una pierna sola —comentó Septimus, quien notaba que aquel empezaba a ser un caso perdido.

—Cualquier otro podría desempeñar las tareas de un maquinillero con la misma facilidad —le respondió el médico—. No es difícil encontrar sustitutos para los esclavos de baja categoría.

—Primaris —intervino Marlonah con un susurro que logró atravesar el dolor que sentía. El sudor le bañaba con gotas febriles—. Categoría primaris. No… no sólo remolco. También conduzco carros. Cargo cañones.

El cirujano le apretó más el torniquete, con lo que obtuvo un gruñido a modo de respuesta.

—Si me entero de que me has mentido, informaré de ello a la legión —la amenazó.

—No miento. Categoría primaris. Lo juro. —Su voz sonaba más débil y la mirada comenzaba a perdérsele.

—Regístrala en las potenciaciones de grado omega cuando acabe esta crisis —le encargó el cirujano a su servidor ayudante—. Hasta entonces, estabilízala y barnízale el muñón.

Marlonah ya estaba inconsciente. Ahora bien, Septimus tenía la sospecha de que cuando le aplicaran trementina caliente en el muñón para prevenir más hemorragias la iban a despertar de golpe. El artificiero dejó escapar un suspiro y maldijo al Capítulo Génesis por el fanatismo de sus ataques. Por el Trono en llamas, le habían dado una paliza tremenda a la nave.

El médico se alejó a la búsqueda de otro paciente sobre otra camilla en medio de aquel suministro inagotable de sujetos. Septimus posó la vista sobre Octavia mientras seguía al cirujano. La chica estaba en el corazón de las secuelas que había dejado la matanza tras de sí; su pálida piel parecía mancillarse en medio de la sangre que empapaba a los muertos y moribundos que la rodeaban.

Miró, embelesado, cómo Octavia se volvía a recoger el pelo en una coleta y también se percató de cómo los dedos de la chica titubeaban conforme se desplazaba de una camilla a otra, con cuidado de no tocar a nadie. Sólo se detenía al lado de los que estaban inconscientes, sobre cuya piel apoyaba los dedos para dedicarles unas pocas palabras de apoyo o para comprobar sus pulsaciones.

En mitad de aquel antro fétido de herejes moribundos, Septimus sonrió.

• • • • •

Variel giró el monitor y superpuso en la pantalla las gráficas hololíticas.

—¿Ves la correlación?

Talos miraba con atención el hololito distorsionado de gráficas en conflicto y de centenares de filas de símbolos rúnicos que representaban cifras.

No tuvo más remedio que negar con la cabeza.

—No, no la veo.

—Cuesta creer que antes fueras apotecario —le replicó Variel con inquina, actitud en absoluto frecuente en él.

Talos señaló con un gesto las lecturas superpuestas.

—Veo las deficiencias y defectos de la cinética de mi cuerpo. Veo el empeoramiento y los picos injustificados de actividad cortical. —Qué fácil le resultaba comentar su propio deterioro de forma tan imparcial. Aquel pensamiento casi le produjo una sonrisa tan ancha que Uzas se habría sentido orgulloso de él—. No digo que no entienda lo que veo, Variel. Lo que digo es que no sé por qué tú lo encuentras tan especial.

Variel vaciló e intentó hacerse entender con otro enfoque.

—¿Ves al menos los picos de la actividad límbica y los otros síntomas que figuran como potencialmente terminales?

—Reconozco que existe esa posibilidad —concedió Talos—. Pero tampoco resulta definitiva. Lo que las gráficas sugieren es que sentiré dolor durante el resto de mi vida, no que me vaya a morir de improviso.

La exhalación que soltó Variel amenazó con transformarse en un suspiro.

—No está mal. Pero mira aquí.

Talos observó los resultados que serpenteaban, parpadeaban y se reiniciaban una y otra vez. Las cifras rotaban y las gráficas flotaban en una especie de danza hololítica desprovista de todo ritmo.

—Lo veo —informó por fin—. Mis glándulas progenoides están… no sé cómo describirlo. Demasiado activas. Parece que aún absorben y procesan los marcadores genéticos. —Se tocó uno de los lados de la garganta y recordó la extracción de la semilla genética de Xarl, acaecida apenas unas pocas horas antes.

Variel asintió y se permitió mostrar la más leve de las sonrisas.

—Las glándulas progenoides maduras siempre actuarán con un nivel subsistente de actividad; un nivel base de material genético que se procesa y que a su vez recopila un registro biológico de las experiencias y traumas del guerrero al que sirven.

—Ya sé cómo funcionan las glándulas progenoides, hermano.

Variel alzó una mano para aplacar al profeta.

—Es lo que trato de decirte. Las tuyas siempre han sido hiperactivas, como ya sabíamos. Demasiado eficientes. Desequilibraron tu fisiología y fueron, quizá, la causa de tus visiones proféticas. Ahora, sin embargo, se rebelan. En un momento dado, te mejoraron de humano a miembro de las Legiones Astartes, pero ese desarrollo constituía un callejón sin salida. Ya no podías mejorar más. Ya eras uno de los nuestros. Su exceso de eficiencia ha sobrepasado un límite crítico. En otros muchos casos, los órganos implantados se marchitarían y perecerían dentro del cuerpo. Las tuyas son demasiado fuertes. A quien marchitan es al huésped, más que a sí mismas.

—Pues es lo que he dicho: me dolerá mientras respire, pero no se trata de algo terminal.

Variel concedió esa interpretación con un destello de pensamiento en sus ojos desvaídos.

—Quizá. En cualquier caso, extraerte las progenoides ha dejado de ser una

opción. No supondría diferencia alguna, pues tus órganos ya están…

Talos le interrumpió con un gesto airado de la mano, como si diera la orden de disparar.

—Ya está bien. Sé leer el condenado hololito. Venga, Variel. Ocúpate de los heridos y déjanos reconquistar Tsagualsa.

El Desollador dejó escapar un lento suspiro. La luz tenue de aquella cámara contigua tintaba las caras despellejadas que reposaban en sus hombreras con un tono grasiento y lívido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Talos.

—En el caso de que murieras y hubiéramos encontrado un huésped adecuado para tu semilla genética, existe la posibilidad de que el nuevo anfitrión contrajese la misma maldición que tú… pero con la habilidad de controlarla. Tu simiente genética no está corrupta, lo que sucede es que no es adecuada para ti. Si la introdujera en un huésped mejor con quien pudieran establecer una simbiosis verdadera, entonces sería…

—¿Qué? Dime. —La oscuridad de sus ojos destelló con las posibilidades que se barajaban en sus profundidades.

Variel tenía la vista clavada en las gráficas.

—Poderosa. Imagina tu don profético sin las visiones falsas que se incrementan a medida que pasa el tiempo; sin los dolores de cabeza que te postran de rodillas, sin las pérdidas de consciencia que duran semanas o meses. Imagínatela sin las lagunas que te inundan la memoria o sin la plaga del resto de síntomas que te debilitan. Cuando mueras, hermano, transmitirás un poderoso legado al futuro.

—El futuro… —repitió Talos, cuya mirada comenzaba a divagar. Estuvo a punto de sonreír—. Pues claro.

Variel le dio la espalda al hololito para mirar a su hermano.

—¿Qué sucede?

—Es por lo que estamos aquí. —Talos se pasó la lengua por los labios y saboreó su propia sangre en un leve reflejo de Uzas y su difunto primarca—. Ya sé lo que quiero de este mundo.

—Me alegra oírlo. Esperaba que esta discusión tuviera ese efecto sobre ti. Así pues, imagino que has cambiado de perspectiva. ¿O acaso sigues empecinado en permitir que la legión se libere de la correa y masacre a todos los habitantes de ahí abajo?

—No. La guerra pura no resulta suficiente. Esto es Tsagualsa, Variel. El Mundo Carroña… a cuya superficie cuarteada se agarra ahora la vida con tanta tenacidad. Podemos extraer algo más que la satisfacción más sórdida y pendenciera de todo esto.

El apotecario desconectó el escáner manual y el aparato se apagó poco a poco.

—¿Y qué es, Talos?

El profeta clavó la mirada más allá de Variel, más allá de las paredes de la cámara, sobre algo que únicamente él era capaz de ver.

—Podemos restaurar la legión. Podemos asentar un ejemplo que nuestros hermanos puedan seguir. Podemos tirar a un lado el odio entre partidas de guerra con estos primeros pasos, por dolorosos que resulten. ¿Es que no lo ves, Variel?

Al final miró a su hermano con los ojos relucientes.

—Podemos hacer que esta vez sea glorioso. Podemos comenzar de nuevo.

El apotecario giró las manijas para colocar los escáneres de cuerpo entero en su sitio. Pulsó los botones y diales de su guantelete nartecium para activar los brazos articulados de modo que descendieran del techo. Los compuestos químicos rellenaron los viales de cristal.

—Túmbate —le pidió.

Talos, con la mirada todavía perdida, obedeció.

—¿Voy a quedarme inconsciente?

—Sin duda —le respondió Variel—. Dime, ¿crees que Tsagualsa es el lugar adecuado para dar comienzo a esa restauración que mencionabas antes?

—Sí, lo creo. Para que sirva de ejemplo, de… símbolo. ¿Alguno de los otros te ha contado lo que ocurrió cuando abandonamos ese planeta?

—He oído hablar de la Represalia Tsagualsana, sí.

Talos había empezado a mirar más allá de él otra vez, pero ahora oteaba sus propios recuerdos en vez de las sendas de lo posible.

—Ese término lo hace parecer un hecho tan plácido… No, Variel, fue mucho peor de lo que suena. Tras la desaparición del primarca, los Amos de la Noche entramos en una espiral de decadencia que ya duraba años: nos habíamos dispersado por las estrellas y defendíamos nuestras reservas de las garras de nuestros hermanos con la misma frecuencia que de las manos ansiosas de nuestros enemigos. Pero cuando todo acabó, cuando el cielo gris estalló en llamas con las estelas de diez mil cápsulas de desembarco… Aquel fue el día en el que murió una legión.

Variel sintió que se le erizaba el vello. Aborrecía estar casi a punto de expresar cualquier emoción, aunque fuera la amargura que traen consigo los viejos recuerdos. No obstante, la curiosidad le azuzó la lengua:

—¿Quién fue a por vosotros? —preguntó—. ¿Cuáles eran las dimensiones de la fuerza que osó atacar a toda una legión?

—Los Ultramarines. —Talos inclinó la cabeza hacia abajo mientras se dejaba someter por la memoria.

—¿Mil guerreros? —Los ojos del apotecario se abrieron—. ¿Nada más?

—Piensas en términos tan reducidos… —se rio Talos—. Los Ultramarines. Sus hijos. Sus hermanos. Sus primos. La legión al completo, renacida tras la Herejía, fue a por nosotros mostrando cientos de iconos que proclamaban sus nuevas adhesiones. Se llamaban a sí mismos «los Primogenitores». Creo que sus descendientes aún lo hacen.

—¿Te refieres a los capítulos sucesores de los Ultramarines? —Variel ya casi podía imaginárselo—. ¿Cuántos de ellos?

—Todos, Variel —respondió Talos con voz queda al mismo tiempo que veía, de nuevo, el cielo de aquel lejano día—. Todos.

DOS
EL ÚLTIMO DÍA



LA IRA DE LOS PRIMOGENITORES

Sabía que estaba soñando.

Aquello no le consolaba. No le ayudaba a restarle realidad a las sensaciones. Los olores no eran más débiles ni el dolor era más tenue.

—Id a las naves —ordenó en voz alta. Sentía que Variel se desplazaba por la cámara, aunque ni él mismo era capaz de ver nada que no fueran las imágenes que pintaba su mente. Las pruebas que le hacían a su sangre, a su cerebro, a su corazón… ninguna tenía significado, pues él no sentía nada en absoluto.

—Id a las naves.

—Tranquilo, Talos —le llegó la voz de Variel desde una gran distancia—. Paz.

No era capaz de recordar un tiempo de paz. Jamás había habido paz en el purgatorio de Tsagualsa.

Su primer recuerdo del último día era el amanecer.

Buscaron venganza mientras el sol enclenque ascendía.

La estrella de Tsagualsa era un corazón endeble en el núcleo del sistema, una fuente de luz tenue y anémica que apenas iluminaba el mundo solitario al que guarecía. Su fulgor pálido se extendía por la superficie estéril del planeta hasta lograr alcanzar, con desleída luminosidad, las almenas de una fortaleza erigida en piedra negra. En las llanuras se formaba una tormenta de polvo. Se estrellaría contra la fortaleza en menos de una hora.

Antes de Mercutian, Variel y Uzas, estaban Sar Zell, Ruven, Xarl y Cyrion.

El que llegó hasta ellos corriendo fue Sar Zell. Sus botas resonaban por las almenas a la vez que los cielos se prendían fuego.

—Ya están aquí —le comunicó a Talos por el enlace—. Al final han venido.

Y, justo en aquel instante de poesía atmosférica divina, comenzó a llover de un cielo ámbar.

En los años posteriores a la muerte del primarca, cada vez más partidas de guerra se alejaron de los cielos de Tsagualsa y llevaron sus operaciones de ataque a mayor profundidad dentro del Imperio. Muchas ya estaban levantando refugios en el Gran Ojo junto a las demás legiones conforme llevaban la guerra a sus antiguos camaradas con la misma frecuencia que a las huestes del Falso Emperador.

Una flota de combate de un tamaño escalofriante reposaba sobre la cara muerta del mundo gris; cada una de las naves de guerra estaba marcada con el Cráneo Alado de la Octava Legión. Se trataba de una flota que podía devastar sistemas solares enteros. Lo había hecho antes, muchas veces.

A lo largo del sistema tsagualsano, las rasgaduras en la realidad se abrían, silenciosas, en el vacío. Sangraban materia repugnante a la par que demoníaca en la limpia quietud del espacio real. Como ocurría con casi todos los vuelos disformes, había poca cohesión, el alineamiento de vectores de llegada brillaba por su ausencia y las formaciones se mantenían mediante la rabia propia del vuelo por el empíreo. En vez de eso, uno a uno, los invasores irrumpieron desde la disformidad y pusieron avante toda, rumbo al mundo gris.

Al principio, su número equivalía al de los Amos de la Noche. Pronto, les hicieron sombra. En cuanto la batalla dio comienzo, al tiempo que los cielos de Tsagualsa comenzaban a arder, eclipsaron por completo la flota de la Octava Legión. Más naves de guerra llegaron a cada minuto que transcurría y dejaron a su paso estelas gaseosas de niebla venenosa a medida que la disformidad las vomitaba.

No necesitaban formación. No necesitaban planes de asalto estratégicos. Tamaña cantidad de naves de guerra no necesitaba nada más para ganar una guerra. Los Capítulos Primogenitores, la Decimotercera Legión en todo menos en el nombre, había venido a erradicar el cáncer de la herejía de una vez por todas.

Los capitanes y los comandantes saturaban la red de comunicaciones con recriminaciones, con órdenes que nadie más estaba siguiendo, con tácticas que pocos estaban dispuestos a escuchar.

Talos se quedó en las almenas mientras escuchaba el millar de voces que gritaba. En el pasado, los gritos siempre habían venido por parte de sus presas. Ahora, los chillidos los proferían las bocas de sus hermanos, hermanos que habían sobrevivido a la Herejía, así como a los dos siglos de conflictos que la habían seguido.

Una de las órdenes parecía una maldición debido a la frecuencia con que se repetía. La oía una y otra vez en forma de grito, chillido y aullido: «Id a las naves», «Id a las naves», «Id a las naves».

—Tenemos que defender la fortaleza —contestó Talos a su comandante por el comunicador.

El Elevado hablaba arrastrando las palabras en un tono grave y áspero que sonaba húmedo a causa de la distorsión del enlace.

—Es evidente que no estás presenciando la locura que tiene lugar aquí arriba, profeta. La Decimotercera Legión nos crucificará si nos quedamos.

—Vandred, no podemos abandonar todos los recursos de la fortaleza…

—No nos queda tiempo, Talos. Nuestras naves han empezado a huir por decenas. Estamos más que superados en número; corremos el riesgo de que nos arrasen. Regresad a la nave.

El profeta activó su guantelete nartecium y rastreó los indicadores rúnicos de las armaduras de la Primera Garra. Xarl y Cyrion estaban cerca, quizá en una de las armerías cercanas. Sar Zell lo esperaba a sólo unos metros de distancia mientras escuchaba las conversaciones por el comunicador. Ruven estaba a gran profundidad dentro de la fortaleza, haciendo lo que los dioses sabrían.

—Vandred —recalcó Talos—. Las cápsulas de desembarco ya están descendiendo. El cielo está en llamas con tanto propulsor.

—Es evidente. Superan a nuestras naves en una proporción de cinco a uno. Si apenas podemos evitar que efectúen un bombardeo orbital, ¿acaso crees que tenemos alguna posibilidad de impedir que desciendan a la superficie?

Talos observó la lluvia de cápsulas que dejaba estelas de fuego por todo el cielo.

—Aquí Talos a todas las Garras de la Décima Compañía. —Su voz no era más que una de tantas, estrangulada en el miasma de tráfico de conexiones superpuestas—. A todas las Garras, id a las cañoneras. Tenemos que llegar al *Pacto*.

—A tus órdenes, Cazador de Almas —le respondieron varios líderes de escuadra.

«Cazador de Almas», pensó, con el labio torcido en un gesto de asco. Se trataba del nombre que le había otorgado su padre por haber matado a una única alma y vengado así la muerte del primarca. Talos esperaba de veras que ese título, tan ridículo por lo teatral que resultaba, cayera en desuso en los años venideros.

● ● ● ● ●

La fortaleza no estaba desprovista de defensas. Por mucho que las cañoneras enemigas bramasen por encima de las almenas, por mucho que las cápsulas de desembarco se sumergiesen en la atmósfera incandescente e impactasen en los desiertos de ceniza, por las paredes y en los patios, la fortaleza en sí resistió el asalto.

Las torretas antiaéreas escupían proyectiles sólidos hacia el cielo y derribaban las cañoneras, que se precipitaban al suelo como bolas ígneas. Los servidores que manejaban las plataformas de artillería apuntaban contra las sondas que trataban de aterrizar en los yermos de ceniza a medida que disparaban misiles y rayos láser deslumbrantes contra los vehículos terrestres que, con el rugido de sus motores, se acercaban a los muros.

Talos corrió por el adarve de las almenas con Sar Zell a un paso por detrás de él. A

medida que pasaban por las plataformas de las torretas, los sensores auditivos de sus cascos amortiguaban el estrépito entrecortado del fuego de los cañones automáticos así como los gritos extrañamente monocordes de los servidores de armas, que informaban de sus vectores de adquisición en voz alta. La piedra negra que pisaban las botas de los legionarios se estremeció ante la rabia del contraataque por parte de la fortaleza.

—La cañonera se halla en el cuadrante occidental, en el hangar secundario —transmitió Sar Zell por el comunicador—. Eso, siempre y cuando otra compañía no nos la haya robado antes de llegar hasta ella.

—Yo…

La explosión inesperada los lanzó por los aires. Talos trastabilló hacia delante y se estrelló de bruces contra la pared del muro defensivo. Sar Zell tropezó y cayó por el borde de las almenas.

Trozos de servidores y de baterías de artillería llovieron sobre Talos y rebotaron contra su armadura mientras se volvía a poner de pie con esfuerzo. Por encima de ellos, la cañonera enemiga, cuyo fuselaje estaba pintado de azul regio y de pulcro blanco imperial, escoró y se alejó conforme recargaba los lanzacohetes. Un estallido atronador de sus propulsores la alejó a toda velocidad por los cielos a la búsqueda de más plataformas de artillería que destruir.

—Sar Zell —transmitió al tiempo que pestañeaba para aclararse los sentidos. Su visualizador retinal se resintonizó para penetrar el humo pero la desorientación que sentía, mundana y más contundente, le nubló la vista durante un instante.

Lo único que recibió como respuesta por el enlace fue un gruñido de esfuerzo. Talos vio las manos que se agarraban al borde de uno de los huecos de las almenas. Ofreció la suya a su hermano, que colgaba a doscientos metros sobre las tierras yermas que se extendían más abajo. El peso del inmenso cañón láser que Sar Zell tenía encadenado a la espalda impedía que el guerrero subiera por sí solo con facilidad.

—Te lo agradezco —le dijo Sar Zell por el comunicador mientras sus botas volvían a pisar de forma sonora la fría piedra—. Habría sido una muerte de lo más patética.

—Quizá deberías dejar el cañón atrás —le sugirió Talos.

—Quizá deberías dejar de decir memeces.

El profeta asintió. Razón no le faltaba.

• • • • •

Se encontraron con Xarl y Cyrion dentro de la armería que estaba localizada en uno de los pisos del pináculo más cercano. Los muros se estremecieron a su alrededor mientras las filas de cañones automáticos disparaban con estentóreo frenesí, lo que

saturaba el aire de ruido. Por encima de sus cabezas, las cañoneras emitían sus gritos quejumbrosos; varios de ellos concluían con el lamento sostenido de sus motores al precipitarse en espiral contra el suelo.

Xarl llevaba puesto su yelmo ceremonial, coronado por unas alas mientras saqueaba la armería. Se valía de la cadera para sujetar un contenedor lleno de cadenas dentadas de recambio para espadas sierra.

—No encuentro las cargas de fusión por ningún lado —le hizo saber a Cyrion sin molestarse en apartar la vista del botín.

Cyrion saludó con un gesto de la cabeza a Talos y a Sar Zell.

—Decidme que tenéis un plan. —La cámara retembló con una sacudida horrenda, al compás del trueno tectónico que tenía lugar en las almenas cercanas—. Y de ser así, decidme que no implica abrirnos paso luchando por media fortaleza para llegar hasta la *Elegía*. Esos perros imperiales están dentro de los muros; no sobreviviríamos a un trayecto largo.

Talos desenvainó la espada sierra.

—En ese caso, mejor me callo. ¿Dónde está Ruven?

Por fin, Xarl le dio la espalda al pillaje.

—¿A quién le importa?

«Id a las naves». Las conversaciones por el comunicador eran una tormenta de voces que se repetía de manera constante. «Id a las naves». «Id a las naves».

—La Legión se ha dispersado; la fortaleza va a caer —aseguró Sar Zell—. Fuimos unos imbéciles al no permanecer unidos.

Talos negó con la cabeza.

—La fortaleza iba a caer una noche de todas formas. Permanecer unidos dejó de ser una opción tras la desaparición del primarca. Somos unos imbéciles, sí, pero sólo por habernos quedado aquí cuando tantos de nuestros hermanos han partido ya a las estrellas.

• • • • •

Hallaron resistencia tres pisos más abajo, al mismo tiempo que sus botas daban martillazos contra el suelo de piedra negra de uno de los pasillos principales. Los esclavos muertos yacían alineados contra las paredes; algunos vestían los uniformes azules de la legión mientras que otros llevaban los harapos que constituían sus únicas posesiones. Todos los cuerpos reposaban ahí tirados, reventados a causa de los proyectiles de bólter. La sangre manchaba las paredes igual que una capa de pintura grasienta y apestosa.

Talos levantó el puño y abrió los dedos para indicarle al resto que se dispersara. Tan pronto como los sistemas cinéticos de su armadura reconocieron el gesto, las

runas pertinentes destellaron en los visualizadores retínales de la Primera Garra a fin de transmitir la orden.

—Los invasores comparten nuestros gustos decorativos —apostilló Cyrion, quien le echaba un vistazo a los cuerpos mientras la escuadra se separaba.

—Céntrate —le gruñó Xarl como respuesta. Cyrion bajó el bólter y sacó el auspex, que chasqueaba conforme se adaptaba al entorno.

—Contacto —anunció—. Justo enfrente; regresan hacia nuestra posición. O bien también tienen escáneres o bien nos han oído llegar.

Talos comprobó el bólter mientras se agachaba al lado de una pared embadurnada de sangre.

—Sar Zell —dijo.

Sin mediar palabra, el guerrero se preparó para cargar el peso de su cañón láser y lo levantó para apuntar pasillo abajo.

—¿Vamos a resolver el combate a tiros? —preguntó Xarl.

—No. —El profeta prestó atención a los pasos de botas que se aproximaban—. Cargad tras la ráfaga inicial.

Talos notó que se le dormían los dientes a la vez que sentía dolor en la lengua y las encías, sensación que delataba que el cañón láser absorbía energía para disparar. La vibración ronca y constante le erizó el vello de la nuca, a pesar de la protección que le ofrecía su armadura.

Sus adversarios eran veteranos disciplinados, demasiado capaces como para caer víctimas de trampas tan simples. Se dispersaron en el cruce del corredor y se pusieron a cubierto donde el pasillo se unía a una gran cámara situada más atrás.

Ambas escuadras dieron comienzo, de inmediato, al intercambio explosivo de fuego de bólter. Los fragmentos de piedra atravesaron el humo cargado de polvo de los proyectiles al impactar.

—Tienen un bólter pesado —transmitió Cyrion, cuyos sentidos automáticos filtraban el humo—. Se ha puesto a cubierto tras la pared de la izquierda.

—Sar Zell —repitió Talos.

El cañón láser succionó un último sorbo de energía antes de rugir pasillo abajo con el zumbido discordante de la energía blanquiazul que acababa de desencadenar. Aquella lanza solar de fuerza incandescente perforó una de las paredes de piedra, lo que atravesó por completo al guerrero que había detrás, que ahora mostraba un agujero en el torso allí donde se lo habían desintegrado.

—Ya no tienen un bólter pesado —comentó Cyrion.

—Hasta que otro lo recoja —replicó Talos—. Otra ráfaga más y luego cargad.

El cañón láser volvió a sacudirse y a vibrar en las manos de Sar Zell y soltó vapor mientras expulsaba energía. A lo lejos, otro de los enemigos repicó contra el suelo en la forma de un montoncito de miembros revestidos de ceramita.

La Primera Garra desenvainó sus armas de combate cuerpo a cuerpo y se abalanzó sobre ellos.

• • • • •

No habían pasado ni tres minutos cuando casi se dieron de bruces contra otra escuadra enemiga. Otra Garra estaba arrinconada en el extremo opuesto de una cámara que se utilizaba para practicar técnicas de combate mientras les devolvía cada vez menos disparos a los marines espaciales imperiales en tanto que estos la acribillaban.

Talos se agachó y se inclinó para asomarse por la pared a la vez que alzaba el bólter. Mientras que los hijos de Guilliman actuaban y luchaban con una eficiencia absoluta, la Primera Garra obraba de forma desaliñada, con la sombra de una disciplina que había dejado atrás. Esta vez, Talos no dio la orden de disparar. No hizo falta. Los bólters de los amos de la noche abrieron fuego con ladridos guturales, desprovistos de toda cohesión, a la vez que elegían sus blancos con total impunidad. De los siete adversarios que quedaban, tres cayeron abatidos bajo la lluvia de fuego.

Los cuatro marines espaciales imperiales se giraron en redondo para hacer frente a este nuevo ataque y la mitad de la escuadra se desplazó a fin de dividir sus disparos con precisión inhumana. Su armadura era una mezcla en conflicto de gris y verde cuyas hombreras lucían águilas de plata.

Sar Zell se asomó por la esquina lo suficiente como para desencadenar un único disparo, una estela de láser que habría destruido un tanque, a través de la cadera y los muslos del sargento de la escuadra, que iba equipado con su casco gris, y lo aniquiló por debajo de la cintura.

Quedaban tres.

—Me acuerdo de estos cabrones. —Sar Zell bajó el cañón a la vez que limpiaba de escombros los cables alimentadores mediante un movimiento de cepillo con la mano. El voluminoso generador del arma despidió una nube sibilante de aire presurizado que hervía lo bastante como para derretir la piel.

Talos también los recordaba. Los Águilas Plateadas y el Capítulo Aurora habían acabado con efectivos de la Octava Legión al haberlos asignado como objetivo principal en una serie de ataques espaciales transcurridos hacía sólo unos pocos años.

—Tenemos que acabar con esto pronto —transmitió Xarl mientras enfundaba su pistola bólter vacía y ponía en marcha la espada sierra—. ¿Quién está conmigo?

Sar Zell realizó un gesto negativo con la cabeza.

—Un segundo.

Volvió a prepararse para levantar el cañón y, una vez lo hizo, se asomó por la esquina mientras la Primera Garra le brindaba fuego de cobertura. El cañón láser reculó con violencia y gritó con un rayo de luz salvaje. El torrente le desintegró la cabeza, los hombros y el pecho a uno de los guerreros imperiales restantes.

Quedaban dos.

—Listo —informó tras bajar el láser, que había empezado a sobrecalentarse y

cuyas turbinas de enfriado protestaban a ambos lados del arma. Pronto habría que reemplazarle el cañón.

La Primera Garra cargó al unísono; las espadas sierra royeron la ceramita y las pistolas bólter recularon a bocajarro. Xarl y Talos se anotaron las muertes: el primero decapitó a su enemigo y el segundo le arrancó el casco a su oponente y le hizo comerse la boca de la pistola.

El sargento al que el cañón láser había partido en dos seguía vivo. Se arrastraba por el suelo como nada más que un torso sin piernas.

Cyrion y Xarl dieron vueltas a su alrededor, con la cabeza gacha y mostrando sonrisas despectivas.

—No hay tiempo para andarse con juegos —les advirtió Talos.

—Pero…

La pistola bólter de Talos resonó una vez. El proyectil le reventó la cabeza y el casco al sargento. Los pedazos repiquetearon contra las botas y rodilleras de los amos de la noche que tenía al lado.

—He dicho que no hay tiempo para andarse con juegos.

La Primera Garra se desplazó por la cámara y sorteó los metales retorcidos del equipamiento para los combates de prácticas hasta llegar a la escuadra a la que habían salvado. Tan sólo quedaba un superviviente. Estaba de cuclillas al lado de los cuerpos de sus hermanos mientras saqueaba sus armas, munición y abalorios.

—Sargento —le saludó Talos.

El legionario absorbió aire entre los dientes mientras alzaba el hacha sierra de los dedos sin vida de un guerrero. Lanzó a un lado su bólter estropeado y robó otro de un segundo cadáver.

—Sargento —repitió Talos—. El tiempo apremia.

—Ya no soy sargento. —El amo de la noche descansó una bota en la espalda de uno de los guerreros asesinados. Con el hacha, le cercenó la cabeza al cadáver y tiró del casco para vaciarlo.

—Perdí un duelo con Zal Haran.

Se puso el yelmo y bloqueó los cierres de la gorguera.

—Ahora yo tengo el casco de Zal Haran y él no es más que carroña. Las vueltas que da la vida. —El guerrero los miró durante varios segundos mientras la fortaleza se estremecía hasta sus mismos cimientos—. Primera Garra —saludó—. Cazador de Almas.

—Uzas —le saludó Talos—. Tenemos que irnos.

—Mmm —gruñó, sin hacer caso de los hilos de baba que le colgaban de los labios —. Muy bien.



El legado de la decimotercera legión

Pese a todo, soñaba.

No pensaba en los análisis de sangre que le practicaban en aquel preciso instante, ni en los taladros que le abrían la cabeza para dejarle el cerebro expuesto al frío aire, ni tampoco en el toque de las cuchillas movidas por la curiosidad.

En lo único que pensaba era en tiempos pretéritos, cuando el enemigo había acudido a Tsagualsa hacía diez mil años para administrar castigo a tantísimos pecados.

Cuando hubo pasado una hora desde que el cielo se incendiara por primera vez, Talos tuvo que admitir que empezaba a fatigarse. El comunicador estaba a rebosar de informes escabrosos que aludían a muros que caían ante la artillería enemiga; a tanques que entraban en tromba dentro de la fortaleza a través de los agujeros que practicaban en las barricadas; a cápsulas de desembarco que atravesaban con violencia los parapetos para luego vomitar centenares de escuadras enemigas dentro de los distritos exteriores del castillo.

Había perdido todo contacto con la flota excepto por las erupciones, fragmentadas e ininteligibles, de maldiciones y gritos. Ni siquiera estaba seguro ya de que el *Pacto* siguiera en la órbita.

La Primera Garra no había tardado en abandonar su lucha vertiginosa a través de la fortaleza para pasar a desplazarse por los corredores subsidiarios, los conductos de ventilación, los túneles de esclavos y los pasadizos de mantenimiento con el objetivo de evitar a los enemigos que entraban en su refugio en un flujo constante.

El enlace, o lo poco que aún podía entenderse de él, describía una imagen funesta. Las bajas eran más que elevadas: los Amos de la Noche que seguían sobre la superficie estaban siendo aniquilados. Las escuadras de marines espaciales incursores demostraban poseer una eficiencia en combate que no tenía cabida en una batalla de

una escala tan vasta como aquella. Las Garras de la legión aseguraban a voces que los soldados enemigos interceptaban a sus hermanos con una frecuencia atroz y en formaciones de una superioridad numérica abrumadora conforme irrumpían por las cámaras principales, lo que a su vez sumía a los defensores en un estado cada vez más pronunciado de desorden y retirada. Todos y cada uno de los contraataques de los Amos de la Noche se topaban con oleadas de refuerzos enemigos dado que los imperiales se retiraban de forma organizada y retrocedían hasta las zonas conquistadas que seguían consolidando sus hermanos en cuanto aterrizaban.

La escuadra se detuvo en un conducto de mantenimiento tan angosto que para cruzarlo tuvieron que agacharse o ir a gatas en las zonas más estrechas. El auspex de Cyrion titubeaba una y otra vez entre ofrecer una resolución legible o no.

—Nos hemos perdido —refunfuñó Xarl—. Malditos túneles para servidores. Deberíamos habernos quedado en los pasillos principales.

—¿Y morir igual que los demás? —quiso saber Sar Zell, desde la retaguardia. Arrastraba su venerable arma láser tras de sí con el mayor cuidado del que era capaz —. Los planes suicidas no me interesan demasiado, gracias. Quiero vivir para luchar otro día en una guerra que podamos ganar.

—Esto es como combatir contra un virus —suspiró Talos por el enlace—. Igual que enfrentarse a una enfermedad terminal. Están por todas partes. Saben la mejor forma de contrarrestar nuestras tácticas en cuanto las ponemos en marcha. Nos han estudiado antes de emprender esta ofensiva. Lo han planeado todo hasta el último detalle.

—¿Quiénes eran los que matamos primero? —preguntó Sar Zell.

—¿Antes de los Águilas Plateadas? Los que llevaban la armadura del mismo verde que el cielo de Rodara eran miembros del Capítulo Aurora. Luchamos contra ellos en Spansreach. Hay muchos otros capítulos que desconozco —confesó Talos—. La red está repleta de nombres que nunca había oído. Los Novamarines, los Cónsules Negros. El Capítulo Génesis. Son los títulos de los capítulos cuyos protectorados hemos atacado y castigado desde hace décadas. Esto es lo que sintió nuestro padre antes de morir. Nuestros pecados han regresado a casa para hacérnoslo pagar, justo como ocurrió en su caso.

—A mí me da lo mismo —interrumpió Xarl—. Todos son Ultramarines. Sangraron en la Gran Guerra. Y ahora también van a sangrar.

—Tiene razón —se mostró de acuerdo Sar Zell—. Mejor la Decimotercera que los malditos Ángeles Sangrientos y toda su parentela de gritones.

—¿De verdad os parece apropiado discutir eso ahora? —preguntó Talos con voz tranquila. Los demás se quedaron callados.

—Por aquí —indicó Cyrion—. El hangar no está lejos.

La Primera Garra emergió a una calma relativa. La cacofonía de los disparos de bólter y el rugido de los motores no se había desvanecido del todo, pero al menos aquí los vestíbulos se habían librado de los alaridos de los esclavos, de los pasos de botas y

de los tiroteos de las escuadras en conflicto.

—Nos hemos perdido esta batalla —transmitió Talos a sus hermanos. Los cuerpos pavimentaban el suelo; algunos portaban la ceramita de la Octava Legión mientras que otros llevaban los colores de los Capítulos Primogenitores.

—Pretores de Orfeo —les informó—. Reconozco sus colores.

No les resultó difícil distinguir los detalles de aquella escena. En lugar de arriesgarse a lanzarse a la carrera justo delante de las descomunales baterías de defensa del hangar, los invasores habían abierto una brecha en la fortaleza así como en incontables sitios más de las cercanías. Desde aquellos puntos de intrusión, habían concentrado sus ataques hacia el interior de modo que pudieran dividir sus fuerzas terrestres para que unas penetrasen a mayor profundidad dentro del bastión y otras masacrasen a todo aquel que huyera a la seguridad del hangar localizado en ese piso.

El profeta entrecerró los ojos mientras se imaginaba, con tanta facilidad como visualizaba las brechas en cada una de las paredes, que la misma escena transcurría en todas las plantas del castillo y en todos los hangares que rodeaban la fortaleza.

—Seguro que han dejado un destacamento de retaguardia —les advirtió—. Son demasiado meticulosos como para olvidarse de algo así.

—No capto signos vitales —respondió Cyrion.

—Lo mismo da.

Talos se atrevió a desafiar la quietud al arrancar una rejilla de ventilación de una patada y dejarse caer a la cubierta que había más abajo. A pesar de que el auspex de Cyrion mostraba resultados negativos, él recorrió la estancia con el bólter.

—Nada —les hizo saber—. No hay nadie. Este lugar es una tumba.

Una sonrisa coloreó la voz de Cyrion por el comunicador:

—La cobardía jamás había resultado tan provechosa.

—Aún no estamos a salvo —le recordó el profeta.

• • • • •

El hangar se extendía en la lejanía por delante de ellos. A pesar de que constituía una de las plataformas de lanzamiento más modestas de la legión, el hangar secundario del cuadrante occidental todavía albergaba más de dos docenas de cañoneras y de lanzaderas de suministros. Al máximo de su capacidad, la fuerza de trabajo se habría contado en más de dos centenares de efectivos: servidores y esclavos enfrascados en labores de mantenimiento, repostaje, rearmado y reparación.

Talos suspiró con lentitud y maldijo entre dientes. El suelo estaba sembrado de restos mortales. La mitad de las cañoneras y lanzaderas se encontraban desguazadas debido a que habían disparado contra ellas de forma sostenida. Un gran número de aquellas aeronaves había pasado a ser poco más que fuselajes humeantes, mientras

que a otras les habían arrancado los trenes de aterrizaje y ahora yacían caídas sobre la cubierta.

—De nada sirve un destacamento de retaguardia si han llegado a estos extremos de minuciosidad —adujo Sar Zell—. Prosigamos.

La cañonera *Elegía* reposaba en el extremo opuesto del hangar, aún colgada de las abrazaderas de atraque situadas a diez metros por encima del suelo. Unas motas originadas por el fuego trazador agujereaban su blindaje, pero el daño más importante no afectaba al vehículo en sí.

—Oh, no —se quejó Sar Zell—. No, no, no…

Los demás permanecieron en silencio y se limitaron a observar el escenario un momento.

—Concentraos —les ordenó Talos—. Seguid alerta.

La Primera Garra, aún en compañía de Uzas, se desplegó por el hangar con los bólters en alto. Talos permaneció junto a Sar Zell y señaló hacia la cañonera:

—Tenemos que salir de este mundo, hermano.

—En eso no podemos irnos —le replicó Sar Zell.

La cañonera se había librado de la mayoría de los daños que afectaban al resto del muelle, pero el sabotaje seguía siendo definitivo. Las abrazaderas de atraque que sustentaban al vehículo estaban hechas pedazos; el hecho de que la siguieran manteniendo en el aire constituía todo un milagro de por sí.

—Podemos destruir las abrazaderas —sugirió Talos—. La *Elegía* sobrevivirá a una caída de diez metros.

Sar Zell asintió, aunque se trató de un gesto vago y casi desprovisto de verdadera avenencia.

—Las plataformas rotatorias que recorren la cubierta están desconectadas y la cámara de control está reducida a ruinas.

Le hizo un gesto a una cubierta elevada que supervisaba las operaciones que transcurrían en la parte baja del hangar. Entre aquellas consolas yacían más cuerpos, muchos de los cuales se reducían a cascarones de carne carbonizada, y todas las máquinas que había a la vista mostraban cortes o marcas de quemado a causa de las espadas y de los lanzallamas.

—Podemos despegar con los carruseles de posición —sugirió Talos, tranquilo.

Sar Zell volvió a señalar con el brazo, pero esta vez lo hizo con un ademán que abarcó los restos de metal esparcidos por el suelo del hangar; muchos de los cascos estaban a medio camino de llegar hasta el techo.

—¿Y qué planeas hacer con todos estos restos? ¿Apartarlos a un lado con disparos de cohete a una distancia suicida? No puedo pilotar la cañonera por aquí. Necesitamos que los sistemas del hangar estén operativos para despejarnos el camino. Sin ellos, nos llevaría días.

Talos contuvo su respuesta mientras examinaba los fuselajes y las naves heridas.

—Ahí. Esa. Esa puede volar.

Sar Zell analizó con detenimiento el fuselaje quemado durante varios segundos y sus ojos repararon en la condición del casco. La cañonera se hallaba cerca de las compuertas del hangar y su fuselaje mostraba las costuras despiadadas de los proyectiles de alto calibre que habían perforado, de forma clara y limpia, las planchas de blindaje superpuestas. La pintura de medianoche había quedado transformada en el gris negruzco de la carbonilla: los lanzallamas habían ennegrecido por completo el casco semejante a un cuervo. Hasta las ventanillas reforzadas se habían derretido, lo que dejaba la cabina desprotegida. Además, el humo que respiraban las lunas sin cristales demostraba que se habían producido detonaciones de granadas en el interior.

—Quizá —acabó por responder Sar Zell—. Pero habrá que despegar en mitad de la tormenta de arena y de las columnas de humo que despiden los incendios de la fortaleza. Puede que los motores se ahoguen con la ceniza.

—Sigue siendo mejor que morir aquí —alegó el profeta—. Ponte manos a la obra.

Portando el lastre que suponía su cañón láser, Sar Zell se abrió paso por el hangar y se dispuso a comprobar si la cañonera sería capaz de volar de un modo u otro.

• • • • •

La serenidad fúnebre del hangar duró pocos minutos antes de que la rompieran unos soldados imperiales ataviados con libreas blancas.

Por aquel entonces, Sar Zell ya estaba en el trono del piloto con la sensación de alivio que le inspiraba el sonido de los motores al ponerse en marcha. La cañonera había sufrido una paliza, pero volaría.

Ahora bien, era consciente de que cuando atravesaran la atmósfera no estarían aislados contra el calor, lo que podía solucionarse si se encerraban tras la puerta blindada que daba a la cabina y dejaban que el espíritu máquina de la nave tomase el control. Del mismo modo, sabía que quedarían expuestos al vacío en cuanto alcanzaran el espacio, aunque tampoco era una amenaza real si podían sellar sus armaduras. Pero de eso ya se preocuparían más tarde: al menos la Thunderhawk iba a despegar.

—Más pretores de Orfeo —transmitió Sar Zell.

El resto de la Primera Garra acudió a la carrera. Cinco enemigos hacían de aquel un combate casi igualado; las dos escuadras se pusieron a cubierto y aprovecharon las infinitas oportunidades que les ofrecían todos aquellos restos. Talos se agachó junto a Cyrion a la vez que comprobaba sus reservas de munición.

—Debemos de estar malditos —se lamentó—. No le deseo nuestra suerte a nadie.

—¿No? —Cyrion disparó a ciegas por encima de los escombros tras los que se escondían—. Si hay alguien que merece morir por sus crímenes, hermano, somos nosotros.

Talos alzó el bólter para sumar su fuego al de Cyrion. En ese preciso instante, el enemigo cesó por completo de disparar.

Los dos amos de la noche intercambiaron miradas. Ambos asomaron la cabeza por encima de la barricada con lentitud, no sin antes cederle primero el paso a los bólters.

Los cinco pretores de Orfeo habían abandonado la seguridad que les proporcionaba su cobertura. Se encontraban al descubierto con los miembros agarrotados a la vez que sus cuerpos se retorcían, presas de los espasmos. Al mismo tiempo que la Primera Garra observaba con atención, dos de los imperiales dejaron caer las armas al suelo. Sus dedos, ahora libres de la carga de llevar los bólters, se estremecían y enroscaban sin control alguno.

Una figura hizo acto de presencia tras ellos. De su yelmo con rostro de cráneo surgían dos cuernos curvados que formaban una silueta elegante y su visor con forma de «T» contempló la escena con un silencio del todo inexpresivo. En uno de sus puños blindados portaba un bólter arcaico; en el otro, un báculo de hierro negro con filigranas de mercurio rematado en un racimo de calaveras humanas.

Los cascos de los pretores de Orfeo no dejaron de sacudirse y chasquearon con señales erróneas del comunicador debido a que trataban de vocalizar el tormento que sufrían. El humo siseaba de las articulaciones de sus blindajes mientras se derretían y, entonces, sus escalofríos epilépticos se redoblaron. Unos agujeros se propagaron por sus corazas de batalla y los gritos quedaron por fin libres de aquella descomposición incandescente.

Uno a uno, se derrumbaron sobre la cubierta metálica del hangar y sus armaduras rezumaron borbotones densos de desperdicios orgánicos licuados.

La figura bajó su báculo y caminó con tranquilidad hacia la Primera Garra.

—No estaríais pensando en marcharos sin mí, ¿verdad? —quiso saber Ruven. Su voz no demostraba ni un ápice de emoción.

—No —mintió Talos—. Jamás se nos habría pasado por la cabeza.

• • • • •

El viento rugía a través de la ventanilla destrozada de la cabina. El manto de piel desollada de Uzas se agitó con aquel vendaval enfurecido y las calaveras que colgaban de las cadenas de la armadura de Xarl cascabelearon formando un coro huesudo. Sar Zell se encontraba sentado en el trono del piloto, recostado con la comodidad de un alma que había nacido para eso.

Desde el aire, la fortaleza era una mancha que se extendía por el paisaje, un castillo que sufría los primeros estertores antes de convertirse en la encarnación de la devastación. Las columnas de humo se elevaban de las almenas hechas pedazos que

albergaban filas de baterías de defensa incendiadas, lo que se sumaba a la desolación de los niveles exteriores. Las cicatrices de los muros de piedra señalaban los cráteres de impacto de las cápsulas de desembarco mientras que un enjambre insectil de cañoneras y aerodeslizadores que gemían y rugían cubría los cielos envueltos en llamas.

La cañonera que había robado la Primera Garra se sacudió mientras ascendía; sus válvulas de toma de aire respiraban humo y sus motores exhalaban fuego crudo. No tardaron más de unos pocos instantes en propulsarse dentro de la humareda que pendía sobre la fortaleza. El fuego trazador tintineaba a su lado y golpeó el casco cuando acertó a arañarlo.

—Vamos bien —transmitió Sar Zell mediante el enlace común de la escuadra.

—A mí no me ha sonado nada bien —aventuró Talos, sentado en un trono de contención que no dejaba de agitarse.

—Estamos dentro del humo, así que vamos bien; al menos hasta que la ceniza asesine los motores.

Talos señaló en dirección a algo más allá de la trayectoria de la nave.

—¿Qué es eso? —preguntó el profeta.

Un borrón luminoso, tan fiero como un segundo sol, floreció por encima de ellos en las nubes de humo negro. Unas vetas de luz incandescente se dispersaron en todas direcciones desde aquel núcleo de color blanco.

—Es una… —Sar Zell no llegó a terminar la frase. Retorció las columnas de control para escorar la nave, que se ladeó con una violencia tal que todos los remaches y planchas de blindaje agonizaron bajo aquella tortura.

El segundo sol descendió de forma vertiginosa, los pasó de largo como una centella mientras profería el rugido de un carnodonte y dejó tras de sí una estela de fuego atmosférico.

Talos dejó escapar el aliento que, ni siquiera se había dado cuenta, se había estado conteniendo. La cápsula de desembarco cayó en picado y desapareció de la vista.

—Ha faltado muy poco —admitió Sar Zell.

—Hermano… —Talos volvió a señalar en el mismo momento en que las alarmas de proximidad se dieron por enteradas y empezaron a entonar sus ruidos intermitentes tan poco melodiosos—. Hay algo más ahí.

—Ya lo veo, ya lo veo.

Fuera lo que fuera, ascendió junto a ellos a la vez que los ametrallaba, como un reflejo cuyos motores dejaban tras de sí las mismas estelas de fuego. La sombra parecida a un ave irrumpió de las columnas de humo el tiempo justo como para revelar el emblema estarcido a lo largo del fuselaje; resultaba visible incluso a través de las manchas de hollín.

—Una cañonera de los Ultramarines —advirtió Talos.

—Te he dicho que ya la he visto.

—¡Pues dispara!

—¿Con qué? ¿Con maldiciones y plegarias? ¿O es que has tenido tiempo de cargar las torretas antes de despegar y te ha dado por no decírmelo?

El casco con rostro de cráneo de Talos giró para lanzarle una mirada impaciente al piloto.

—¡Cierra el pico y sácanos de la atmósfera de una vez!

—Los motores se ahogan con las cenizas. Te dije que iba a pasar. No vamos a llegar a la órbita.

—Inténtalo —le exhortó el profeta con los dientes apretados.

En aquel preciso instante, más disparos trazadores recorrieron a toda velocidad la proa con martillazos enlatados y llegaron hasta el morro de la cañonera. La mitad de la consola de control quedó chamuscada.

—Sujetaos —murmuró Sar Zell, como si de un oasis de tranquilidad incongruente se tratara.

La cañonera se escoró con un balanceo acusado cuya inercia los empujó contra los tronos de sujeción. Los temblores, que ya de por sí eran brutales, se habían elevado a la décima potencia. En el exterior del casco, algo explotó con un traqueteo metálico.

—Acabamos de perder los motores principales —informó Sar Zell.

—No hay… peor piloto… en toda… la Décima Compañía —acertó a reprochar Cyrion en medio de aquellas fuerzas gravitacionales aplastantes.

Talos observó cómo la nube de humo giraba en todas direcciones y sintió que la cañonera volvía a balancearse otra vez bajo sus pies. El crac amortiguado de una segunda detonación llegó a las fronteras de su capacidad auditiva.

—Acabamos de perder los motores secundarios —anunció Sar Zell con monotonía.

No hubo un solo momento de serenidad en el que la Thunderhawk quedase suspendida en el punto álgido del ascenso antes de comenzar a caer lentamente en picado. Se bambolearon y sacudieron en una caída libre sin motor al tiempo que oían el penoso grito mecánico de los motores ahogados por la ceniza. Cada uno de ellos gritaba por el comunicador para hacerse oír debido a que sus audioreceptores eran incapaces de filtrar la tormenta de ruido.

—¡Estamos en caída libre! —vociferó Sar Zell, que seguía tirando de las palancas en un intento de volver a darle algo de estabilidad a ese picado en punto muerto.

—¡Retrorreactores! —gritó Talos por encima de aquel caos.

La Primera Garra ancló las botas a la cubierta y se levantó de los tronos de contención. Paso a paso, sus integrantes llegaron con los golpes sordos de sus botas magnéticas hasta el compartimento de la tripulación. Fragmentos de metal chocaban contra su blindaje de batalla. El contenedor con las sierras de recambio de Xarl se estrelló contra el yelmo de Ruven, lo que provocó un refunfuño malsonante por parte de este último por el comunicador.

Talos fue el primero en llegar hasta los retrorreactores colocados en fila. Se abrochó el arnés por encima de las hombreras, aseguró los cierres de la armadura y se

dispuso a golpear con el puño el mecanismo de apertura de la compuerta de desembarco.

—¡De esta no salimos! —exclamó Cyrion por el comunicador; sonaba más alegre que otra cosa.

Talos golpeó el mecanismo de apertura y contempló el exterior, donde el viento rugía, el humo ahogaba y el horizonte daba vueltas a toda velocidad, sin orden ni concierto.

—¡Tengo una idea! —respondió el profeta a voces—. ¡Pero debemos tener cuidado! ¡Seguidme!

—¡Las cenizas van a ahogar los motores de los retrorreactores! —replicó Sar Zell a viva voz—. ¡Duraremos un minuto, quizá dos! ¡Habrá que aprovecharlos al máximo!

Talos no le respondió. Desmagnetizó las botas de la cubierta, echó a correr y se tiró al cielo en llamas.



El pacto de sangre

La Primera Garra se había reunido.

—¿Cuándo va a despertarse? —quiso saber uno de ellos—. Los habitantes del planeta continúan en sus refugios, pero deberíamos darnos prisa.

—Estará despierto en menos de una hora. Ya está cerca de la superficie.

—Tiene los ojos abiertos.

—Lleva horas así; sin embargo, no puede vernos. Su mente no responde a la mayoría de los estímulos externos. Es posible que nos esté oyendo. Los análisis al respecto no son concluyentes.

—Dijiste que iba a morir. Él, que iba a vivir, pero que sufriría dolor. ¿Quién de los dos está en lo cierto?

—Creo que él. Su fisiología se halla en un flujo constante, con que puede que no sea terminal. Sin embargo, el dolor lo va a destruir con el tiempo, de un modo u otro. Además, su don profético ya no es de fiar. Ya no hay patrones cerebrales que distingan sus pesadillas naturales de sus visiones. Sea cual sea el milagro biológico o la mezcla de código genético que le ha otorgado su don, está empezando a desaparecer de su sangre.

Talos sonrió sin sonreír. No iba a derramar ni una lágrima en caso de perder su precognición. Tal vez mereciese la pena pagar la libertad con dolor.

—Llevamos cierto tiempo percatándonos de eso, Desollador. Se equivocó en cuanto a Faroven en Crythe. Desde entonces, se ha equivocado con una frecuencia cada vez mayor. También se equivocó en que Uzas me mataría a la sombra de un Titán. Y se equivocó en lo que respecta a nuestras muertes a manos de los eldars. Xarl ya está muerto.

Durante un rato, el soñador no oyó más voces. El silencio parecía significativo en cierto modo; estaba cargado de tensión.

—A pesar de eso, su semilla genética continúa manipulando su cuerpo de un modo más agresivo del que debería. Además, ingurgita mayores cantidades de memoria genética y singularidades biológicas.

—¿… Ingurgita?

—Las absorbe, si lo prefieres. Sus glándulas progenoides son receptoras de los defectos únicos de su código genético. En otro huésped, dichos defectos podrían no ser defectos en absoluto. Podrían producir un legionario de cualidades muy muy sobrecogedoras.

—No me gusta nada la mirada que se te ha puesto, Variel.

—A ti no te gusta nada de mí, Cyrion. Lo que pienses al respecto me trae sin cuidado.

Una vez más, reinó un silencio expectante.

—La legión siempre ha afirmado que Tsagualsa está maldito. Lo noto en la sangre. Vamos a morir aquí.

—Ahora hablas igual que Mercutian. ¿No vas a hacer chascarrillos, nostramano? ¿Dónde está la sonrisa dentuda con la que ocultas tus pecados e inestabilidades a tus hermanos?

—Vigila lo que dices.

—No me intimidas, Cyrion. Quizá este mundo sí esté maldito, pero una maldición puede traer consigo una revelación. Antes de caer dormido, Talos me aseguró que sabía qué hacer con el mundo que tenemos bajo nuestros pies. Nos vamos a quedar lo justo para conseguir nuestros objetivos.

—Espero que tengas razón. Ya no murmura ni grita en sueños.

—Eso ocurría con las profecías. Esto es un recuerdo, no una visión. Lo que fue, no lo que será. Está soñando con el pasado y el papel que jugó en él.

• • • • •

La Thunderhawk de los Ultramarines se estremecía sobre sus reactores y sobrevolaba las almenas de la fortaleza con una serenidad letal. Sus cápsulas para cohetes estaban vacías, sus escuadras estaban desplegadas y el vehículo en sí se encontraba suspendido en el aire de forma estacionaria conforme su proa recorría las plataformas de defensa de la fortaleza y las rociaba sin piedad con el fuego de sus bólters pesados. Cada treinta segundos, el turboláser dorsal de la cañonera descargaba un rayo de energía que aniquilaba otra más de las plataformas de artillería con un haz de luz azul.

El hermano Tyrus de la academia Demes inspeccionaba las pictopantallas mientras la cañonera voluminosa emprendía otra pasada. Sus guanteletes, que rodeaban las palancas de control, obligaron a los cañones bólter a carcomer una de las últimas dotaciones de servidores que seguían con vida en los parapetos del castillo.

—Baja confirmada —le transmitió al piloto—. Plataforma defensiva Sable, dotación de dos servidores.

El hermano Gedean de la academia Arteus no apartó la vista del panorama que se extendía ante él a través del mamparo antibalas de la cañonera.

—¿Cuál es el estado de las reservas de munición? —respondió por el comunicador.

—Permanezca en la misma posición para otras seis pasadas de ametrallamiento —indicó Tyrus—. Después solicite el rearme.

—Entendido —respondió el piloto.

De repente, un estrépito de metal contra metal de lo más inconfundible sonó por encima de sus cabezas. El piloto, el copiloto, el artificiero y el navegante, todos ellos ultramarines seleccionados de academias de entrenamiento separadas y repartidas a lo largo del lejano Ultramar, alzaron la vista al mismo tiempo.

Sonó otro estruendo proveniente del mismo sitio. Luego otro y, a continuación, otro más.

El hermano Constantinus, entronado en el asiento del navegante, desenfundó la pistola bólter.

—Algo está… —comenzó a decir, pero otros dos martillazos en el techo le interrumpieron. Los estampidos recorrieron el casco hasta bajar a uno de los lados de la cañonera con un tamborileo primitivo y apresurado.

Constantinus y Remar, el copiloto, desconectaron las barras de contención de sus tronos al mismo tiempo y avanzaron por la cubierta de vuelo hasta la escalerilla de servicio para descender a la bodega de carga.

El recibimiento que obtuvieron tan pronto como entraron consistió en ver cómo arrancaban de los goznes la compuerta blindada externa con un lamento desgarrador propio del metal torturado. El aire del exterior vertió dentro de la bodega los sonidos de los disparos y explosiones del asedio y, con ellos, al enemigo.

—Protocolo de emergencia para abordaje —le transmitió el hermano Remar a Gedean, que se encontraba más arriba, en la cabina.

De inmediato, la Thunderhawk comenzó a ascender a mayor velocidad con la cólera de sus motores. Remar y Constantinus mantuvieron las espaldas pegadas a la escalera de servicio con las armas en alto.

Lo primero que entró fue un hacha sierra estropeada cuyos dientes de adamantio habían quedado destrozados al haber masticado los goznes de la compuerta. El arma cayó de forma estrepitosa cuando la arrojaron a la cubierta con actitud desconsiderada e indiferente. Lo segundo que entró fue un guerrero de la Octava Legión cuyo casco de cráneo sonreía con perfidia a través del humo mientras su portador se introducía en la bodega con una desesperación casi serpentina. Las inmensas turbinas del retrorreactor que llevaba a la espalda le confirieron a su entrada una falta de gracia absoluta.

Constantinus y Remar abrieron fuego con sus pistolas bólter y abatieron al

guerrero aunque se hubiera girado para poner su hombrera reforzada por delante con el fin de protegerse la cabeza.

Antes de que el primer asaltante hubiera llegado siquiera a estrellarse contra el suelo, otros lo siguieron en tromba por el hueco. Estaban armados con bólters y su contraataque originó una tormenta de fuego de mayor tamaño.

Ambos ultramarines cayeron derribados: Remar había muerto; su armadura y su carne formaban una pulpa que embadurnaba la escalerilla que tenía detrás; Constantinus se desangraba debido a las heridas fatales que sufría en el pecho, la garganta y el estómago.

—¡Vamos, vamos! —transmitió Xarl. Dirigió a Uzas y a Ruven escaleras arriba. Cyrion titubeó y se dio la vuelta para ir junto a Talos, que se encontraba acuclillado al lado de su hermano caído. La sangre y los restos de armadura yacían desparramados ahí donde habían abatido a Sar Zell.

—Está muerto —declaró el profeta. Ni desplegó el reductor para cosechar la semilla genética de Sar Zell ni movió un músculo para seguir a los otros hasta la cabina. Permaneció donde estaba con el casco estropeado de Sar Zell en las manos. La sangre empapaba lo que quedaba del rostro del guerrero.

Cyrion acertó a oír los gritos y el entrechocar de armas que tenían lugar más arriba. Se lo estaba perdiendo por culpa de Talos y casi se sentía molesto hacia él al respecto.

—Déjale —le sugirió—. Xarl sabe pilotar la cañonera.

—Ya lo sé. —Talos cargó con el cuerpo hasta un lado de la bodega y lo aseguró con unas correas. Cyrion le ayudó, aunque un poco tarde. La cañonera se sacudió mientras ascendía a mayor altura.

—Fue un imbécil al querer entrar el primero —prosiguió Cyrion—. Teníamos que haber mandado a Uzas después de que Sar Zell hubiese abierto la puerta con el hacha. Entonces…

Tres proyectiles de bólter impactaron como martillazos en uno de sus costados y desperdigaron fragmentos de armadura contra las paredes de la bodega con repiques resonantes. El guerrero trastabilló hacia atrás profiriendo un grito de dolor por el enlace y chocó contra el borde de la compuerta blindada antes de caerse de la cañonera.

El moribundo hermano Constantinus todavía sujetaba la pistola bólter con mano trémula. Apuntó al amo de la noche que quedaba y apretó el gatillo tres veces más. Como respuesta, Talos le incrustó la espada sierra en la espina dorsal y dejó que los dientes triturasen todo lo que pudieran morder. Por poco que le sirviera, Constantinus murió en un silencio que denotaba amargura y enojo; no aulló de dolor ni una sola vez.

—Cyrion —transmitió mientras sacaba la espada de un tirón—. ¿Cyrion?

—No puedo… Me ha dado en el retrorreactor —le contestó con un susurro.

Talos corrió hasta el hueco de la compuerta, se agarró de los bordes y se lanzó al

cielo una vez más.

La voz de Xarl crepitó en el micro de su casco:

—¿Acabas de…?

—Sí. —El visualizador retinal de Talos parpadeaba a medida que el amo de la noche caía y las runas cambiaban conforme registraban la altitud, que decrecía por momentos. En respuesta a sus ansias de encontrar a su hermano, la retícula de objetivo localizó la posición exacta de la diminuta figura de Cyrion y detalló un sinfín de biodatos relativos a sus signos vitales en escritura rúnica nostramana. Talos hizo caso omiso de ellos y encendió las toberas de su espalda. Ya no sólo caía, sino que se precipitaba raudo hacia el suelo. La fortaleza, enturbiada tras un velo de humo denso, se le acercó mientras los propulsores administraban mayor impulso. No le hizo caso a los aerodeslizadores ni a las cañoneras que fustigaban las almenas.

Ahora que se encontraba más cerca de Cyrion, era capaz de ver las chispas y los destellos que despedía su retrorreactor al fracasar en sus intentos de encenderse. Una Thunderhawk del Capítulo Aurora efectuó una pasada de ametrallamiento sobre las almenas con lentitud, sin prestarle atención a unos blancos tan insignificantes como aquellos dos amos de la noche.

Y Cyrion siguió cayendo mientras daba vueltas sobre sí mismo. El suelo ascendía, ansioso por reunirse con ellos… con una rapidez excesiva, muy pero que muy excesiva.

—Te agradezco… —gruñó Cyrion—… que al menos lo hayas intentado.

—Prepárate —le advirtió Talos, cuyos motores, ya de por sí al límite, volvieron a toser otra explosión propulsora para lanzarle aún más rápido hacia abajo. Tres segundos después, colisionaron en mitad del aire provocando un chirrido cuando las armaduras de ceramita chocaron entre sí.

El contacto careció por completo de la menor elegancia. Talos se estrelló contra su hermano a la vez que sus dedos acorazados manoteaban para asirse hasta que al final lograron agarrar a Cyrion por una de las hombreras. El otro amo de la noche alargó un brazo y ambos agarraron la muñeca del otro con firmeza.

Talos se concentró en cambiar el flujo de los propulsores para obligar a los suspensores gravíticos del retrorreactor a funcionar de forma conjunta con las turbinas. Aquello no supuso una gran diferencia. Ambos dieron vueltas juntos por el cielo con algo más de lentitud gracias a los reactores de Talos. El dispositivo propulsor, a pesar de que su diseño arcaico estaba más adaptado para realizar vuelos sostenidos con mayor eficiencia, ya estaba a punto de fallar del todo debido a los viajes por la tormenta de cenizas y las nubes de humo. Talos sintió un instante ínfimo de pánico egoísta: podría darse por vencido y salvarse de morir convertido en una plasta sobre los desiertos de polvo tsagualsanos. Los demás nunca se enterarían.

—Suéltame —le transmitió Cyrion, cuyo yelmo lo miraba desde abajo tras las lágrimas de rayos que lo decoraban.

—Cállate —le transmitió Talos en respuesta.

—Vamos a morir los dos.

—Que te calles, Cy.

—Talos…

Irrumpieron dentro de otra columna de humo; las cifras rúnicas del visualizador retinal del profeta se habían tornado rojas y repicaban en señal de alarma. En el mismo momento, Cyrion se soltó. Talos lo agarró con más fuerza a la vez que maldecía, presa de un enojo sin aliento.

—Suéltame —repitió Cyrion.

—Quítate… el… retrorreactor…

Cyrion volvió a agarrarse con una maldición que reflejaba la que había proferido su hermano momentos antes. Con la mano que le quedaba libre desconectó los cierres que unían los propulsores a su generador dorsal. En cuanto las turbinas cayeron, la reducción de peso los elevó e interrumpió su caída libre.

Con lentitud, con demasiada lentitud, comenzaron a ascender.

—Nos van a volar en pedazos aunque tus motores no se ahoguen con las cenizas —transmitió Cyrion.

El profeta luchó por mantener la estabilidad de ambos conforme ganaban altura; su mirada alternaba entre el cielo que ardía por encima de ellos y la barra indicadora de propulsión en uno de los bordes de su visualizador. Las cañoneras y los aerodeslizadores rasgaban el aire a su lado igual que centellas, algunos a cientos de metros de distancia; otros rugían a distancias mucho menores.

Una turbulencia del rebufo zarandeó a los hermanos en cuanto un aerodeslizador acorazado pasó de largo a tan poca distancia que casi los llegó a tocar.

—Van a volver —transmitió Cyrion.

Talos se permitió echar un vistazo por encima del hombro. Cyrion estaba en lo cierto: el aerodeslizador escoró con un viraje brusco para acelerar en rumbo de ataque hacia ellos.

—No le deseo nuestra suerte a nadie —repitió Talos por segunda vez en lo que iba de hora. Disparó contra el aerodeslizador que se abatía sobre ellos a pesar de la gran distancia que los separaba, de modo que los proyectiles de bólter se perdieron en el viento. La nave efectuó un picado contra ellos con el rugido de sus turbinas a la vez que los múltiples cilindros del cañón de asalto inferior comenzaban a girar sobre su eje para disparar.

El fuego trazador rasgó el aire por encima del aerodeslizador con una granizada flamígera. El vehículo volador trató de esquivar el ataque con un bandazo, pero aquella cascada de disparos acribilló el fuselaje con su fuerza explosiva.

Al tiempo que dejaba una estela de llamas tras de sí, el aerodeslizador desguazado pasó al lado de los amos de la noche indefensos a toda velocidad conforme aullaba camino de las llanuras de ceniza que lo aguardaban más abajo.

Una Thunderhawk de los Ultramarines oscureció el cielo por encima de ellos; sus turbinas voluminosas provocaban que el mismo aire rielase. Con lentitud, la rampa de

desembarco frontal comenzó a descender como el pico de un buitre a punto de graznar.

—¿Habéis acabado ya? —transmitió Xarl—. ¿Podemos largarnos de aquí de una maldita vez?

• • • • •

Una vez dejaron atrás la capa de cenizas, la auténtica escala de la fuerza invasora se hizo patente de un modo truculento. Talos, sentado en el trono del copiloto, se inclinó hacia delante para observar cómo el cielo dejaba de ser unas nubes de fuego y se tornaba en un oasis de estrellas y acero. Xarl maldijo con suavidad a su lado.

El vacío que cubría Tsagualsa estaba mancillado de embarcaciones enemigas, cruceros y barcazas de clases estándar en punto muerto frente a lo que quedaba de la flota de los Amos de la Noche. La armada de marines espaciales imperiales empequeñecía a la de la Octava Legión tanto en efectivos como en alcance, pero las embarcaciones principales de la legión eclipsaban en envergadura a las leales al Imperio por un amplio margen. Los cruceros de menor tamaño rodeaban como un anillo las naves de guerra de los Amos de la Noche y repartían disparos contra sus escudos de vacío, rielantes e iridiscentes.

—El Codex Astartes en acción —apostilló Ruven con una media sonrisa—. Han cedido sus navios más excelsos e imponentes a la recién nacida Armada Imperial. Rezo por que la Decimotercera Legión aprenda hoy a no prostituir su mayor baza bélica a hombres de menor valía.

Talos no apartó la vista del combate entre flotas que abarcaba los cielos.

—El Codex Astartes ha sido el responsable de que nuestra fortaleza haya caído víctima del asalto más eficiente y brutal que se haya visto desde el Asedio de Terra —reflexionó con voz tranquila—. Si yo fuera tú, tendría cuidado con lo que digo hasta tener plena certeza de que voy a sobrevivir a esta batalla, hermano. La Armada Imperial va a llevar a cabo un bloqueo en los confines exteriores del sistema, de un modo u otro.

—Lo que tú digas —concedió Ruven con una sonrisa desagradable—. Localiza el *Pacto*, Xarl.

Xarl ya estaba observando la imagen del auspex hololítico primitivo con el que contaba la cañonera. Cientos de runas se batían en duelo a lo largo de su superficie.

—Me parece que ya se ha ido. El Elevado debe de haber huido del combate.

—Un hecho que no debería sorprendernos a ninguno de nosotros —señaló Cyrion, que se sentaba en el asiento del navegante. Los cuerpos del piloto y del artificiero yacían a sus pies, justo donde Xarl, Uzas y Ruven los habían dejado tirados. Uzas miraba a los demás sin decir nada mientras sus dedos apretaban el gatillo del

hacha sierra de vez en cuando, lo que impulsaba a los dientes a masticar aire.

—Esa es el hacha de Sar Zell —le indicó Talos.

—Sar Zell está muerto —argüyó Uzas—. Ahora es mi hacha.

Talos le dio la espalda para mirar la escena que tenía lugar tras el parabrisas de la cabina de mando. Xarl había abandonado por completo las pocas esperanzas que tenía de mantenerse al margen de la batalla, así que había llevado la cañonera a través de los cascos a la deriva e intentaba virar lo mejor que podía alrededor de las lluvias de fuego de batería.

—Aquí la Primera Garra de la Décima Compañía. Solicitamos asilo por parte de cualquier nave de la legión que busque supervivientes.

De inmediato les respondieron docenas de voces crepitantes que preguntaban por Talos. Algunas mostraban su preocupación sobre su seguridad, mientras que otras rogaban, no sin gran interés, que yaciera muerto en la fortaleza de ahí debajo.

—Vaya —Ruven se rio entre dientes sin ni una pizca de alegría—, cuánto envidio a los elegidos del Acechante Nocturno…

—Podrías haber cazado tú a la asesina de nuestro padre —le hizo frente Talos—. Estoy harto de tus quejas, hechicero. No me odies porque fui el único que vengó el asesinato del primarca.

—Una venganza que contravenía los propios deseos de nuestro padre —bufó Ruven.

—Pero que no dejó de ser una venganza. A mí me valió con eso. ¿Por qué te empeñas en despotricar por ello?

—Porque ganas renombre e infamia a partes iguales tan sólo porque desobedeciste la última voluntad de nuestro primarca. Debes de sentirte de maravilla. No ha habido falta de disciplina que haya obtenido tanta gloria.

—Te… —Talos se quedó en blanco, cansado de aquella vieja discusión—. Te quejas como un niño privado de la leche de su madre. Déjate de gimoteos, Ruven.

El hechicero no le respondió. El disfrute tan rastrero que lo embargaba resultaba tan tangible en la cabina de reducido tamaño como lo era la condensación de las paredes.

Talos no respondió al mensaje del comunicador. Era consciente de que no gozaba, ni mucho menos, de la admiración unánime de sus hermanos ajenos a la Décima Compañía; es más, suponía que el número de ellos que lo querían muerto era bastante similar al de aquellos que le profesaban estima, aunque vengar el asesinato del Acechante Nocturno le había hecho ganar una fama tremenda. Sospechaba que el rechazo que sus hermanos mostraban hacia él se cimentaba, más bien, en la vergüenza que sentían por no haber sido ellos quienes hubieran cazado a la asesina del primarca. Resultaba evidente que ese era el caso de Ruven.

El que les contestó fue Xarl.

—Sí, sí, vuestro amuleto de la suerte continúa respirando, hermanos. Necesito una lista de naves que estén en situación de recoger supervivientes.

Casi treinta códigos de transpondedor descendieron por el monitor de retransmisión durante los sesenta segundos siguientes.

—Ese es el código del *Pacto*. —Talos hizo girar la pantalla—. Aún están ahí…

Otearon la panorámica orbital mientras las moles inmensas de las naves de batalla se cruzaban las unas con las otras. Por delante de ellos, por encima de ellos y por todas las demás direcciones con respecto a ellos, ambas flotas se enfrentaban en silencio con la furia, sedada y siniestra, de una guerra en el vacío.

—… en alguna parte —terminó de decir Talos, poco convencido.

Xarl cambió de los propulsores atmosféricos a los reactores orbitales, lo que impulsó la cañonera hacia delante. Algo en las entrañas de la Thunderhawk retembló de un modo en absoluto agradable.

—Y por este motivo Sar Zell era nuestro piloto —comentó Cyrion.

—No pienso pilotar para la Garra en el futuro —aseveró Xarl—. ¿Creéis que podéis dejarme atrás mientras vosotros atacáis y os lo pasáis bien? Entrenaremos a un esclavo para que haga esto. A Quintus, quizá.

—Tal vez —concedió Talos.

Al ser lo bastante pequeña como para pasar inadvertida, la cañonera continuó su camino. Ante ellos se representaba el *ballet* estelar de la batalla orbital. Allí, el casco oscuro e inmenso de la *Premonición del Cazador* escoraba de forma alternativa, como si la vieran en una agónica cámara lenta, mientras los escudos de vacío de la nave formaban ondas de contusiones multicolores; y allá, dos cruceros de ataque de los Primogenitores se daban gran prisa por huir del inutilizado *Lamento de la Lealtad* para evitar la posible explosión de la nave de mayor tamaño a la vez que apartaban restos de otras embarcaciones con disparos fortuitos.

Un enjambre de escuadrones de cazas pertenecientes a la Octava Legión, tripulados por servidores y esclavos navales, rodeó los cruceros de los Primogenitores; sus armas minúsculas soltaron chispas contra los escudos de aquellas naves de guerra. Tanto los transportes de tropas y suministros como los navios, todos ellos esplendorosamente revestidos de medianoche, sufrieron las represalias por parte del enemigo. A cada minuto que pasaba dejaban de existir embarcaciones que habían prestado servicio durante siglos; se derrumbaban sobre sí mismas antes de que sus restos desguazados se desperdigasen por el espacio a lomos de anillos de fuerza concéntrica, nacidos de los núcleos de energía al desestabilizarse. Otros caían en la gelidez y el silencio al haber quedado reducidos a meros armatostes a la deriva mientras las llamas que ansiaban lamer sus fuselajes eran incapaces de sobrevivir a aquel vacío sin aire.

Xarl escoró la cañonera para acercarse al casco de la *Premonición* y recorrió su superestructura a toda velocidad en tanto que esquivaba las almenas dorsales. Una cacofonía de luz estalló en todas direcciones cuando la nave de guerra disparó las armas de su lomo contra las naves de menor categoría que pululaban sobre ella. Xarl maldijo toda aquella claridad mientras pilotaba con los dientes apretados.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Si es así, vamos a morir —replicó Talos.

Xarl se mostró de acuerdo con un gruñido, aunque de un modo esquivo.

—Tuerce a la izquierda —exclamó Cyrion sin apartar la mirada de la imagen hololítica—. Vas directo a…

—¡Ya lo veo, ya lo veo!

—A la izquierda, Xarl —le urgió Talos—. Vira a la izquierda…

—¿Queréis cambiarme el sitio, imbéciles? ¡Callaos de una vez!

Hasta Uzas se había puesto en pie para mirar atentamente por el parabrisas.

—Me parece que deberíamos…

—A mí me parece que deberías callarte.

La cañonera se propulsó a mayor velocidad y se alejó de las murallas dorsales de la *Premonición*, lo que la aproximó a dos cruceros inmensos que se acercaban con placidez el uno hacia el otro. A babor tenían la nave de guerra de los Amos de la Noche, el *Tercer Eclipse*, a estribor, la barcaza de batalla del Capítulo Aurora, la *Reverencia Lívida*. Ambas embarcaciones intercambiaron haces de fuego abrasador tan pronto como se dispusieron a cruzarse.

La Thunderhawk atravesó el espacio que había entre ambas naves como un rayo mientras sus motores gritaban y sacudían la cabina.

—Ahí está… —declaró Xarl sin aliento, mientras devolvía la vista al frente.

Y allí estaba. El espléndido crucero de ataque ardía y giraba en el espacio rodeado de cruceros de menor categoría que lo azotaban con disparos dirigidos a su casco desprotegido. Las estructuras dorsales y las baterías costales del crucero de los Amos de la Noche contraatacaban para obligar a los invasores a alejarse, pero estos se reagrupaban para efectuar un nuevo asalto tras otro. A lo largo de su casco nocturno se leía, con letras inmensas de bronce bruñido en escritura nostramana, «Pacto de Sangre».

—Talos llamando al *Pacto*.

—Así que sigues vivo —respondió el Elevado, arrastrando las palabras—. Hoy es un día de muchas sorpresas.

—Nos encontramos dentro de una Thunderhawk de la Decimotercera Legión y nos acercamos a la proa. No nos derribéis.

El guerrero al otro lado del enlace de voz regurgitó algo similar a una carcajada.

—Veré que puedo hacer.

—Vandred está cada vez peor —meditó Uzas en voz alta, con tono monocorde—. Ya no pestañea. Me he dado cuenta. —Y luego, sin que viniera a colación, empleó el mismo tono para dirigirse al profeta—: Talos, cuando saltaste de la cañonera para salvar a Cyrion, Ruven nos dijo que no volviéramos a por vosotros.

—De eso no me cabe duda.

El profeta estuvo a punto de sonreír.

• • • • •

Talos abrió los ojos. Las luces del apotecarion proyectaron su resplandor sobre él y el profeta se vio obligado a girar la cabeza y cubrirse los ojos.

—Entonces, ¿voy a morir? —preguntó.

Variel negó con la cabeza.

—Hoy no.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Dos horas y nueve minutos exactamente. Lo cierto es que no es demasiado.

Talos se incorporó y el dolor de sus articulaciones le hizo torcer el gesto.

—Pues entonces, tengo un mundo del que hacer un ejemplo. ¿Hemos acabado ya?

—De momento, hermano.

—Ven. Tú y yo vamos a regresar a Tsagualsa. Tengo algo que mostrarte.

TRES
EL CANTO DE LAS TINIEBLAS



UN FARO EN LA NOCHE

La gente permaneció donde estaba, acobardada en sus refugios subterráneos antitormentas. Los pocos que se habían quedado en la superficie se encogían para esconderse o levantaban barricadas al final de las calles, listos para defender su territorio con barras de hierro, herramientas, lanzas de alta tensión y un reducido número de armas de fuego de pequeño calibre. Fueron los primeros en morir cuando los Amos de la Noche regresaron. Sus cuerpos fueron los primeros en ser arrojados a las fosas de despelleje.

Los equipos de excavación compuestos de servidores habían levantado secciones enteras de calles y no dejaron de ampliar los agujeros que habían cavado para apilar a los muertos desollados. Tanto los servocráneos flotantes como los propios receptores visuales instalados en los yelmos de los Amos de la Noche grabaron la masacre y la archivaron para su uso posterior.

El archiregente no abandonó su escritorio en ningún momento. El amanecer, por pálido que resultase en aquel mundo, sólo iba a tardar una hora más en llegar. Ahora que los bárbaros habían regresado, pensaba obtener respuestas de un modo u otro. Si había de morir hoy, no se iría siendo un ignorante.

El colaborador Muvo entró con prisa en la sala mientras sus manos trémulas sujetaban informes impresos y su túnica siseaba a lo largo del suelo cubierto de hollín. Ya no quedaban sirvientes en la superficie para barrer los resquicios.

—Prácticamente hemos perdido a la milicia —informó—. El comunicador está… No hay razón para seguir escuchándolo. Lo único que se oye son gritos, señor.

El archiregente asintió con la cabeza.

—Quédese a mi lado, Muvo. Todo saldrá bien.

—¿Cómo puede usted decir eso?

—Una mala costumbre —confesó el hombre de mayor edad—. Nada saldrá bien. Sin embargo, podemos enfrentarnos a ello con dignidad. Creo que oigo disparos en las cubiertas inferiores.

Muvo avanzó hasta el escritorio.

—Yo… yo también los oigo. ¿Dónde se encuentran sus guardias?

El archiregente se sentó mientras tamborileaba las yemas de los dedos de ambas manos.

—Los envié al refugio más cercano hace horas, aunque me pareció que querían quedarse en aras del deseo insensato, si bien admirable, de cumplir con su deber. A lo mejor son ellos los que hacen ese ruido en las profundidades de la nave, a costa de vender caras sus vidas con tal de retrasar la reunión durante un par de segundos. Espero que no se trate de ellos, eso sí. Sería una pena.

El colaborador lo miró de soslayo.

—Si usted lo dice, señor.

—Enderécese, Muvo. Estamos a punto de recibir invitados.

• • • • •

La Primera Garra entró en la cámara; sus armaduras seguían decoradas con la sangre de los defensores de la torre. Talos iba a la cabeza y de inmediato lanzó un casco rojo contra el escritorio del archiregente. El yelmo se estrelló contra la madera y la astilló.

—Este escritorio me lo legaron en herencia —declaró el archiregente con una serenidad admirable. Sus manos ni siquiera temblaron cuando se recostó en la silla. A Talos le cayó bien en seguida, aunque eso no fuese a alterar en lo más mínimo las intenciones de la legión—. Deduzco —continuó el estadista—, que se trata del yelmo de un marine espacial imperial perteneciente al Capítulo Génesis, ¿no es así?

—Buena suposición —le respondió el guerrero, cuya voz sonaba como si un comunicador gruñera de forma despectiva y brutal—. Vuestros defensores intentaron interferir en los planes que tenemos reservados para este mundo. Fue su último error.

El guerrero le dio la espalda y caminó por la cúpula de observación a la vez que contemplaba la panorámica de la ciudad, que se extendía en todas direcciones por la lejanía. Llegado un momento, devolvió la vista al archiregente y su casco fúnebre le clavó la mirada al humano, pero no con remordimientos, sino con una curiosidad desprovista de la febril y sanguinaria sombra de la maldad; era un semblante frío e inexpresivo que no delataba ni uno solo de los pensamientos de la criatura que lo llevaba puesto.

El archiregente adoptó una pose más recta en su asiento y se aclaró la garganta.

—Me llamo Jirus Urumal, Archiregente de Darcharna.

Talos inclinó la cabeza a un lado.

—Darcharna —repitió sin un tono en particular.

—Este planeta no contaba con una designación imperial. La primera nave de nuestra flota en aterrizar se llamaba *Darcharna* y…

—Este mundo se llama Tsagualsa. Usted, anciano, no es más que el regente de una mentira. Tsagualsa contó con un rey antaño. Su trono permanece vacío en el corazón de una fortaleza olvidada y no necesita ningún monarca que lo ocupe.

El profeta volvió a mirar la ciudad y escuchó las musicales pulsaciones que el dúo de mortales albergaba en su interior. Ambas comenzaban a acelerarse en ese momento; el compás de tambores húmedos iba *in crescendo* y el hedor salado del sudor típico del miedo empezaba a llegar a sus sentidos. Los humanos desprendían más ranciedad cuando sentían pavor.

—Voy a decirle el motivo de que el Imperio jamás haya venido a por ustedes —comenzó a exponer Talos con detenimiento—. Es la misma razón por la que no han registrado este mundo bajo ningún nombre en los archivos imperiales. Tiempo atrás, en los años posteriores a una guerra ahora convertida en leyenda, Tsagualsa acogió a una legión de archiherejes. Lo único que quiere este Imperio es olvidarse de este planeta, así como de todos los que caminaron por su superficie alguna vez.

Volvió a darse la vuelta para mirar al archiregente.

—Eso le incluye a usted, Jirus. Está corrupto por asociación.

El archiregente los miró de uno en uno: los cráneos que tenían por trofeos y las armas ornamentadas; las lentes oculares rojas y las armaduras de batalla rugientes que recibían su energía de unos generadores dorsales voluminosos.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó, sorprendido de que su voz no quedase estrangulada a causa del nudo que tenía en la garganta.

—Talos —respondió con voz gutural el imponente guerrero—. Me llamo Talos de la Octava Legión, señor de la nave de guerra *Eco de la Maldición*.

—¿Y qué espera conseguir aquí, Talos?

—Atraer al Imperio hasta este mundo. Lo arrastraré de vuelta al planeta que con tanto fervor desea olvidar.

—Llevamos esperando cuatro siglos a que nos rescaten. El Imperio no nos oye.

El amo de la noche negó con la cabeza, gesto que provocó el zumbido de los servos de su coraza estropeada.

—Por supuesto que les oye. Es sólo que se niega a responder.

—Nos encontramos demasiado lejos del Astronomicón como para que se arriesguen a venir.

—Basta de excusas. Ya le he dicho por qué les han abandonado aquí. —Talos respiró con lentitud a la vez que sopesaba con cuidado sus siguientes palabras—. Pero esta vez os van a responder. Yo mismo me aseguraré de ello. ¿El cadáver reseco que tenéis por sociedad cuenta con un consorcio astropático?

—¿Un… gremio? Sí, claro.

—¿Y otros sujetos que posean dotes psíquicas?

—Sólo entre los miembros del gremio.

—No puede mentirme. Cuando lo hace, su cuerpo le traiciona de mil formas distintas y sutiles. Percibo esas señales con tanta facilidad como las sirenas de una alarma. ¿Qué pretende ocultarme?

—Entre los psíquicos hay casos de mutaciones de vez en cuando. El gremio se ocupa de ellos.

—Muy bien. Traiga al gremio ante mí. Ahora.

El archiregente no movió ni un músculo.

—¿Nos dejará vivir? —quiso saber el anciano.

—Eso depende. ¿Cuántas almas respiran en este mundo?

—Nuestro último censo estima diez millones, repartidos entre siete asentamientos. La vida es hostil aquí.

—La vida es hostil en todas partes. La galaxia no siente amor hacia ninguno de nosotros. Os permitiré vivir a algunos para que llevéis una vida de miserias en las ruinas mientras esperáis al Imperio. Si no sobreviviera nadie, no habría quien relatara lo que ha visto aquí. Quizá deje vivo a uno de cada mil para que pueda darle la bienvenida al Imperio cuando regrese. No es que sea necesario, pero es de una teatralidad de lo más estimulante.

—¿Cómo… cómo es usted capaz de hablar de una destru…?

Talos carraspeó. A través del vocalizador del casco, sonaba como si un tanque cambiase de marchas.

—Esta conversación me aburre, archiregente. Cumpla mi voluntad, y puede que tenga oportunidad de ser uno de los que sobreviva a esta noche.

El hombre de avanzada edad se puso de pie.

—No.

—Resulta agradable ver que quedan hombres con agallas. Lo admiro. Lo respeto. Pero los amagos de coraje no tienen cabida ni aquí ni ahora, en la situación que nos ocupa. Voy a ilustrarle al respecto.

Cyrion dio un paso al frente y cerró la mano en torno a un puñado del pelo lacio del colaborador. El hombre chilló mientras sus botas partían del suelo.

—Por favor… —tartamudeó el hombre. Cyrion desenvainó el gladio y le rajó el vientre al colaborador con gran eficiencia. De ahí brotó un torrente de sangre y las visceras apelmazadas amenazaron con desparramarse, pues lo único que las mantenía en el interior del cuerpo eran los propios dedos del hombre. De inmediato, sus súplicas se retorcieron hasta pasar a ser alaridos incoherentes.

—Esto es precisamente lo que sucede ahora en ese desguace al que usted llama ciudad —le aseguró el profeta al archiregente—. Esto es lo que le estamos haciendo a su gente.

Cyrion agitó al hombre por encima del suelo sin soltarle el pelo. Hubo más gritos, ahora acompañados de golpetazos húmedos cada vez que los intestinos azotaban el suelo metálico con su hediondez.

—¿Lo ve? —Talos no le quitó la vista de encima al archiregente ni por un segundo —. Huisteis a los refugios y os quedasteis atrapados sin otro sitio al que huir. Ahora, mis hermanos y yo os encontraremos a todos y procederemos de la misma forma que con las presas que huyen como ratas.

Alargó un brazo para cerrar la mano férreamente en torno a la garganta del hombre, aún vivo y convulso, que Cyrion tenía sujeto. Sin más preámbulos, arrojó el cuerpo embadurnado de sangre contra el escritorio del archiregente.

—Cumpla mis deseos y uno de cada mil habitantes evitará este porvenir. Usted será uno de ellos. Desafíame, y no sólo no le perdonaré la vida a nadie, sino que a usted lo mataré en el acto. Mis hermanos y yo le desollaremos mientras sigue vivo. Somos expertos en prolongar esa experiencia hasta el punto en que la presa muere horas después de que la hayamos operado. Una vez, una mujer permaneció viva durante seis noches de agonía atroz en las que no cesó de lamentarse, sólo para acabar muerta, por suerte para ella, a raíz de una infección que contrajo en su celda mugrienta.

—Tu mejor obra —meditó Cyrion en voz alta.

El anciano, que ya estaba temblando, tragó con pesadez.

—Sus amenazas no son nada para mí.

El amo de la noche presionó la cara del archiregente con sus dedos acorazados de fría ceramita, que siguieron los contornos de la ajada piel así como del frágil hueso subyacente.

—¿No? El cuerpo humano resulta maravilloso cuando su mente experimenta miedo. Se transforma en un avatar de la presión, cautivo en una única dicotomía: luchar, o huir. Archiregente, su aliento tiene un olor agrio debido a la química que actúa en su sistema. La contracción de la musculatura interna afecta a la digestión, a los reflejos y a la capacidad de concentrarse en otro elemento que no sea la fuente de peligro. Mientras tanto, el ritmo líquido del corazón se transforma en un tambor de guerra que insufla sangre a los músculos de modo que se pueda huir del daño. El sudor adopta un olor distinto, es más almizclado, como un animal que tiembla de terror y que emprende el gesto inútil de marcar el territorio por última vez. El contorno de los globos oculares se estremece en respuesta a las señales ocultas que le llegan del cerebro, pues este se ve en la encrucijada de, por un lado, no querer apartar los ojos de la amenaza y, por el otro, de cerrarlos fuertemente con tal de ahorrarse la imagen de aquello que hace peligrar su vida.

Talos agarró al archiregente por la nuca y plantó su placa facial de tenebroso semblante a sólo unos centímetros del rostro del anciano.

—Soy capaz de percibir todo eso en usted. Lo veo en cada espasmo de esa piel suya, tan tan suave. Lo huelo mientras se desprende de su cuerpo y deja tras de sí un hedor empalagoso. No me mienta, humano. Mis amenazas lo son todo para usted.

—¿Qué…? —El archiregente se vio obligado a tragar saliva otra vez—. ¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho. Tráigame a sus astrópatas.

• • • • •

Mientras esperaban, el archiregente fue testigo de cómo moría su ciudad.

El señor de los incursores, el que se hacía llamar Talos, se encontraba de pie al borde de la cúpula de observación mientras se comunicaba de manera incesante con sus hermanos repartidos por todo Santuario. Su voz era un rumor grave y salvaje que informaba a sus escuadras de las posiciones que ocupaban las unas respecto a las otras y que monitorizaba sus avances. Cada pocos minutos tendía a quedarse callado y se limitaba a contemplar cómo se propagaban los incendios.

Uno de los otros guerreros, el que cargaba con un voluminoso bólter pesado en la espalda, tenía activado un emisor hololítico manual. Alteraba la escena que transmitía el aparato cada vez que Talos le ordenaba que captase las pictotransmisiones de una escuadra diferente.

El colaborador Muvo ya no gritaba. El archiregente le había cerrado los ojos a su amigo a la vez que sufría arcadas debido al olor del cadáver destripado.

—Al final te acostumbras —le había comentado uno de los guerreros, frase que remató con una negra carcajada.

El archiregente miró la retransmisión hololítica y, a pesar de la distorsión visual, la nitidez era suficiente como para ver la muerte de Santuario. Los guerreros blindados que proyectaba el aparato ante él, silenciosos en su encarnación holográfica, arrancaban las puertas blindadas de los refugios y segaban a las masas apretujadas del interior. Fue testigo de cómo arrastraban por el pelo a hombres, mujeres y niños hasta la calle para después desollarlos y dárselos a unos servidores para que cargasen con ellos y se los llevaran o cómo los crucificaban en las paredes de los edificios para indicar que ya habían atacado el refugio más cercano y lo habían purgado de toda vida. Vio cómo arrojaban los cuerpos en las fosas de despelleje; grandes túmulos de cuerpos excoriados que se apilaban y alcanzaban una altura cada vez más y más alta: monumentos de carne cruda cuyos únicos objetos de enaltecimiento eran el sufrimiento y la agonía.

Fue testigo de cómo uno de los legionarios agarraba a un niño pequeño de la pierna y lo estampaba contra el muro de un edificio. Unos guerreros encorvados que cargaban con unos retrorreactores y que estaban provistos de garras se disputaron los restos rotos, aunque la imagen se cortó y pasó a otra escuadra justo cuando el vencedor comenzaba a devorar su premio.

—¿Por qué? —susurró el anciano, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Talos no se dio la vuelta ni dejó de contemplar cómo ardía la ciudad.

—Algunos lo hacemos porque disfrutamos con ello. Otros lo hacemos simplemente porque podemos. Otros, en cambio, lo hacemos porque este es nuestro imperio y no merecéis vivir en él por ser esclavos de una mentira.

La matanza no cesó ante la aparición del sol. El archiregente había albergado la esperanza, en algún lugar primitivo e ingenuo de su romboencéfalo, de que aquellas criaturas se desvanecerían con la llegada de la luz.

—¿Os comunicáis con las demás ciudades? —quiso saber Talos.

El hombre de avanzada edad asintió con un gesto débil de la cabeza.

—Pero con muy poca frecuencia, por decirlo así. A veces los astrópatas son capaces de comunicarse con otros miembros del gremio que residen en las otras ciudades. Pero hasta eso es esporádico.

—Lo es porque no se concentran. Yo me ocuparé de eso. Contamos con adeptos del Mechanicum entre nuestras filas; aterrizarán para atender a vuestros equipos defectuosos. Entonces, retransmitiremos estas imágenes a las demás ciudades para que vean lo que les espera.

Jirus Urumal tenía la boca seca.

—¿Les vais a dar tiempo para que organicen una resistencia? —inquirió sin disimular la esperanza que sentía.

—No hay nada en este planeta capaz de hacernos frente —respondió Talos—. Son libres de prepararse como gusten.

—¿Qué es el Mechanicum?

—Quizá lo conozcas por su nombre de esclavo: el Adeptus Mechanicus. —Talos bien podía haber escupido el título imperial de aquel culto—. ¿Cy?

Cyrion se acercó sin apartar la vista ni un segundo de la ciudad que ardía. Ansiaba estar ahí abajo; todos lo ansiaban, y se notaba en los movimientos de todos sus músculos.

—Estás disfrutando con esto —afirmó, consciente de que no había necesidad alguna de formularlo como una pregunta.

El gesto afirmativo que Talos efectuó con la cabeza fue tan sutil que casi resultó imperceptible.

—Me recuerda a los días previos a la Gran Traición.

Lo cual era muy cierto. En aquella época, en los confines más alejados y umbríos de la Luz del Emperador, la Octava Legión había masacrado ciudades enteras para «inspirar» a los demás asentamientos de un mundo determinado para que obedecieran la Ley Imperial.

—La paz mediante la justicia —manifestó Talos—. Y la justicia mediante el miedo al castigo.

—Cierto. A mí me recuerda a lo mismo. Pero la mayoría de nuestros hermanos de ahí abajo lo hacen por la emoción de la caza y el placer de matar con salvajismo a los mortales aterrorizados. Tenlo en cuenta, no sea que imprimas por error una capa de ideales elevados sobre lo que estamos haciendo aquí.

—Ya no soy tan ingenuo —admitió Talos—. Sé lo que somos. Pero para que mi plan funcione no es preciso que nuestros hermanos compartan mis ideales.

—¿Crees que va a dar resultado? —preguntó Cyrion—. Nos encontramos en la otra punta del Imperio. Puede que nunca se enteren de los actos que hemos llevado a cabo en este planeta.

—Lo sabrán —aseveró Talos—. Créeme, lo oirán y vendrán corriendo.

—En tal caso, el consejo que te doy es este: no deberíamos estar aquí cuando lleguen. Nos hemos visto reducidos a cuatro Garras, hermano. Cuando acabemos, tenemos que volver al Ojo y unirnos a las fuerzas de la legión con las que podamos aliarnos allí.

Talos volvió a asentir con la cabeza, pero no se pronunció.

—¿Me estás escuchando siquiera? —quiso saber Cyrion.

—Tú limítate a traerme a los astrópatas.

• • • • •

Eran un total de ciento treinta y ocho. La muchedumbre de astrópatas avanzaba con desorden y sus miembros iban ataviados con los ropajes raídos tan típicos de los ciudadanos de Santuario y de la casta detrítica que era la humanidad que moraba en los mundos fronterizos más remotos del Imperio.

Yuris, de la recién reorganizada Segunda Garra, iba al frente de ellos. Su armadura estaba manchada con salpicaduras resecas de sangre.

—Hubo algo de resistencia —admitió—. Irrumpimos en el refugio de su gremio y murieron siete de ellos. El resto nos acompañó sin rechistar.

—Un cónclave de lo más andrajoso —señaló Talos mientras caminaba en torno a los prisioneros, que se componían de una mezcla equitativa de hombres y mujeres; la mayoría de ellos mugrientos. Varios eran niños. Y lo más interesante de todo: ni uno solo de ellos era ciego.

—Todavía conservan los ojos —contribuyó Yuris al percatarse de que Talos no dejaba de mirarlos con fijeza—. ¿Seguirán siéndonos de ayuda si aún no han fusionado sus almas con el Trono del Falso Emperador?

—Eso creo. No son un coro de verdad y el Trono Dorado no ha esclavizado sus poderes, por lo que sus capacidades no se han refinado. Lo cierto es que apenas son dignos de llamarse astrópatas. Son más bien telépatas, diletantes, brujas y wyrds. Pero sigo siendo capaz de lograr que sus poderes funcionen como precisamos.

—Nosotros volvemos a la ciudad —le hizo saber Yuris.

—Como quieras. Te doy las gracias, hermano.

—Que la fortuna te sonría, Talos. *Ave dominus nox.*

La Segunda Garra abandonó la cámara en formación dispersa, no más organizada

que los prisioneros que le había cedido a al profeta.

Talos miró a las alimañas humanas a medida que su retícula de fijación de blancos parpadeaba de un rostro a otro.

—¿Quién es vuestro líder? —preguntó.

Una mujer, cuya túnica raída parecía no diferir de las demás, avanzó un paso.

—Yo.

—Soy Talos de la Octava Legión.

La confusión apareció por un breve instante en la mirada apática de la mujer.

—¿Qué es la Octava Legión?

Los ojos negros de Talos se tornaron ascuas. Inclinó la cabeza, como si la mujer hubiera demostrado cierta postura sin darse cuenta.

—No gozo del humor necesario para impartir una lección de historia y mitología; baste decir que soy uno de los arquitectos originales del Imperio —respondió Talos—. Me atengo a su ideal fundamental: que la especie humana ha de conocer la paz mediante la obediencia. Mi objetivo es traer al Imperio de vuelta a estos cielos. Hace tiempo se impartió una lección en este mundo. Me estimula lo poético que resulta utilizar este mismo planeta para responder a ella con otra lección.

—¿Qué lección? —preguntó. A diferencia de muchos de aquellos astrópatas, ella no manifestaba su miedo de forma muy evidente. Se encontraba en los años de plenitud de la mediana edad, conque era probable que se hallara en la cima de sus poderes y que estos no la hubieran resecado todavía. Quizá esa era la razón por la que lideraba al resto. A Talos no le importaba, en cualquier caso.

—Sellad las puertas —le transmitió a la Primera Garra. Cyrion, Uzas, Mercutian y Variel se dirigieron a las dos entradas de la cámara para montar guardia con las armas agarradas con fuerza.

—¿Sabes algo de la disformidad? —le preguntó a la líder.

—Contamos con historias y los archivos de la ciudad.

—Déjame adivinarlo: para ti, la disformidad es el más allá, un inframundo subterráneo donde se castiga a aquellos que han sido desleales al Emperador por su descreimiento.

—Eso es lo que creemos. Todos los archivos afirman que…

—No me interesa saber cómo habéis malinterpretado vuestros registros. Eres la más fuerte del gremio, ¿no es así?

—Lo soy.

—Bien.

La cabeza de la mujer explotó con una deflagración de sangre y huesos. Talos bajó el bólter.

—Cerrad los ojos —les ordenó al resto—. Todos vosotros.

No le obedecieron. Los niños se abrazaron a sus padres y tanto unos murmullos llenos de pánico como unos sollozos intermitentes se propagaron por el gremio. El cadáver de la señora del gremio se estrelló contra el suelo metálico con el estrépito de

sus huesos.

—Cerrad los ojos —repitió Talos—. Entrad en comunión con vuestro poder como mejor sepáis. Extended vuestra mente y sentid el alma de vuestra líder. Que dé un paso al frente todo aquel que aún sea capaz de oír los chillidos que su espíritu profiere a nuestro alrededor.

Tres de los astrópatas avanzaron con ojos inseguros y miembros trémulos.

—¿Sólo tres? —preguntó Talos—. Qué decepción. Detestaría tener que empezar a disparar otra vez.

Otra docena avanzó un paso y otro puñado más la siguió.

—Eso está mejor. Avisadme cuando se calle.

Aguardó en silencio mientras observaba los rostros de aquellos que decían poder oír a su líder difunta. Una mujer hacía muecas de dolor y se encogía como si sufriera espasmos. Cuando los demás aseguraron que ya no podían oír al espíritu, ella no se relajó hasta pasado un minuto.

—Ya se ha ido —afirmó, a la vez que se rascaba sus lacios y finos cabellos—. Gracias al Trono.

Talos desenvainó el gladio y lo lanzó y recogió en el aire tres veces, como si tanteara el peso. Cuando el arma le golpeó la palma de la mano por última vez, se dio la vuelta y lo arrojó al otro lado de la cámara. Uno de los hombres que se habían adelantado con respecto a los demás cayó derribado de golpe con un grito ahogado sobre la cubierta, donde boqueó como un pez privado de aire y con los ojos abiertos de par en par. La espada que lo empalaba raspaba la cubierta con un suave sonido de hojalata que acompañaba a cada estertor. Por fin, el hombre quedó inerte.

—Me mintió —le aclaró Talos al resto—. Se lo vi en la mirada. No era capaz de oírla, y no me gusta que me mientan.

El aire entorno a los miembros del gremio quedó recubierto con capas y capas de tensión insoportable.

—La disformidad no es un concepto tan mundano. Más allá de aquello que vemos del universo se encuentra justo lo que no vemos: el Mar de las Almas, una capa oculta en la que nada una infinidad de demonios. Ahora mismo están digiriendo los espíritus de vuestros congéneres asesinados. La disformidad ni está viva ni es malvada. Sencillamente es, y no hace sino responder a las emociones humanas; sobre todo si se trata del sufrimiento, del miedo y del odio, pues son sentimientos así los que elevan a la Humanidad hasta su punto más álgido y sincero. El sufrimiento otorga color a la disformidad, y el que proviene de las almas psíquicas es como un faro. Vuestro Emperador emplea dicha emoción para insuflar energía a su Trono Dorado, para proyectar el Astronomicón.

Talos pudo observar que pocos de ellos entendían sus palabras. La ignorancia les atrofiaba el intelecto y el miedo les ocultaba los matices de su exposición. A medida que sus lentes oculares rojas vagaban de un rostro a otro, aquello también le pareció, en un sentido de lo más siniestro, exquisito.

—Pienso emplear vuestro sufrimiento para crear mi propio faro. La carnicería y las torturas que padecen los habitantes de la ciudad no son más que el principio. Seguro que ya podéis sentir cómo el dolor y la muerte intentan penetrar en vuestras mentes. Sé que lo percibís. No os resistáis. Dejad que os saturen. Escuchad los chillidos de las almas mientras se disuelven entre este mundo y el siguiente. Dejad que su tormento madure en vuestro interior. Llevadlo como un honor, pues juntos os convertiréis en un instrumento que no difiere de vuestro amado y distante Emperador. Vosotros, al igual que él, os convertiréis en faros que perforan la noche eterna, nacidos de la agonía.

»Con tal fin, pienso destrozaros uno a uno. De un modo tan tan lento, que el dolor que os voy a causar va a propiciar que la locura florezca en vuestro interior. Os llevaré a nuestra nave de guerra y, durante el transcurso de las próximas semanas, os lisiaré, os despellejaré, os torturaré y os mortificaré. Encomendaré vuestros cuerpos maltrechos y destrozados, a los que mantendremos con vida gracias a nuestra gran maestría, a las prisiones laboratorio, donde vuestra única compañía será la de los restos desollados de vuestros hijos y padres y los cadáveres de otros habitantes de vuestro mundo muerto.

»Con el dolor que os voy a infligir, con la agonía que os voy a prolongar, ahogaré la disformidad que se halla en la frontera del Imperio. Las flotas vendrán para investigar, presa del temor de que los mundos cercanos hayan podido sucumbir a las intrusiones demoníacas. El Imperio de la Humanidad no seguirá ignorando a Tsagualsa y todos aprenderemos una lección: no basta con obligar a los criminales y a los pecadores a exiliarse; se ha de hacer ejemplo de ellos y aplastarlos por completo. La clemencia, la piedad, la confianza… todas ellas son debilidades por las que el Imperio debe pagar, pues debió habernos destruido cuando tuvo la oportunidad. Ahora volveremos a impartirle esa lección.

»Vuestras vidas tocan a su fin, pero en la muerte lograréis algo casi divino. Habéis rogado largo tiempo por abandonar este mundo. Alegraos, pues os voy a conceder ese deseo.

En cuanto cesó de hablar, contempló los albores de la incredulidad nacida del horror en sus rostros. Apenas eran capaces de imaginar lo que decía, pero no importaba. Muy pronto lo entenderían.

—No lo haga —le pidió una voz desde atrás.

Talos se dio la vuelta para mirar al archiregente a la cara.

—¿Que no lo haga? ¿Y por qué no debería hacerlo?

—Es… eh… —el anciano se quedó sin palabras.

—Qué raro. —Talos sacudió la cabeza con un gesto negativo—. Los vuestros nunca tienen respuesta para esa pregunta.



Gritos

Septimus se abrió camino por los corredores a oscuras sin esfuerzo aparente. Llevaba las pistolas enfundadas en ambas caderas y le habían reparado los implantes biónicos faciales, de modo que ya no chasqueaban cada vez que pestañeaba, sonreía o hablaba. Era capaz de perforar las tinieblas lo suficiente gracias al ojo biónico y a la lentilla de fotocontacto que llevaba en el otro: otra ventaja más de ser uno de los esclavos más valiosos de a bordo.

Las manos le dolían hasta los nudillos, eso sí. Era lo que conllevaba pasarse nueve horas arreglando armaduras. En las tres semanas siguientes a que Talos hubiera vuelto de Tsagualsa, se las había ingeniado para reparar la mayor parte de los daños que habían sufrido las corazas de sus señores. Un filón de piezas y partes sobrantes, proveniente tanto de los marines del Capítulo Génesis como de los amos de la noche asesinados, había brindado tantas opciones al artificiero que apenas había podido decidirse sobre qué escoger. Comerciar con sus colegas de profesión que servían a las demás Garras nunca había resultado tan sencillo ni tan fructífero.

Hacía una hora, Iruk, uno de los esclavos de la Segunda Garra, había escupido una sustancia marrón a través de sus dientes renegridos mientras ambos vasallos comerciaban con cables abdominales.

—La partida de guerra se muere, Septimus. ¿No lo notas? Es el viento del cambio, chico.

Septimus había tratado de evitar aquella discusión, pero Iruk no iba a ceder en su empeño. La cámara de armas de la Segunda Garra se encontraba en la misma cubierta que la de la Primera, y la gran cantidad de armaduras desguazadas y partes de armas desperdigadas por todos lados también las equiparaba en cuanto al desorden.

—Siguen bajo las órdenes de Talos —acabó por contestar Septimus para tratar de

eludir la discusión.

Iruk había vuelto a escupir.

—Tu amo los vuelve locos. Deberías oír lo que opinan lord Yuris y los demás de él. Lord Talos es… Bueno, ellos saben que no es un líder, pero le siguen. Saben que está perdiendo el juicio, pero prestan atención a cuanto dice. Piensan lo mismo de él que del primarca: demente, con defectos, pero… inspirador. Les hace recordar tiempos mejores.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —se despidió Septimus—. Tengo asuntos que atender.

—Eso no lo dudo.

No le gustó nada la diversión que brillaba en el ojo de Iruk.

—¿Tienes algo que decir?

—Nada que deba ser dicho en voz alta.

—Entonces te dejo trabajar —respondió Septimus—. Estoy seguro de que tienes tantas obligaciones pendientes como yo.

—Pues sí —contestó Iruk—. Pero mis «obligaciones» tienen poco que ver con acariciar el culo paliducho de una bruja con tres ojos.

Septimus le miró a los ojos por primera vez desde hacía varios minutos. La bolsa llena de piezas sueltas que llevaba al hombro se volvió más pesada de repente; tanto como una arma.

—No es una bruja.

—Te aconsejo que tengas cuidado —sonrió Iruk con los dientes ennegrecidos que le quedaban—. La saliva de navegante es venenosa, se supone. Aunque está claro que eso es mentira, ¿eh? Aún respiras.

Septimus le dio la espalda a los siervos de la Segunda Garra, se alejó y golpeó con fuerza el mecanismo de apertura de la puerta.

—No te lo tomes tan a pecho, chico. Para ser una mutante, es muy guapa. ¿Te ha dado permiso tu amo para que le sigas olisqueando los talones?

Septimus se había planteado muy seriamente abrirle la cabeza a Iruk con el saco, desenfundar las pistolas y acribillar al viejo cuando estuviera tirado en el suelo. Peor aún, sintió que era la respuesta más fácil y satisfactoria para las pullas estúpidas del hombre.

Con los dientes apretados, se marchó de la cámara al mismo tiempo que se preguntaba en qué punto de su vida matar a alguien se había convertido en la solución más fácil para hacer frente a un instante de incomodidad.

—Llevo demasiado tiempo junto a la legión —musitó en las sombras.

Una hora después, tras dejar que los servidores se encargasen de los últimos retoques de la placa pectoral de lord Mercutian, Septimus se acercó a lo que Octavia llamaba, sin sonrisas de por medio, sus «aposentos». El artificiero acertaba a oír gritos en la distancia sin llegar a determinar su origen. El *Eco de la Maldición* hacía honor a su nombre: los gritos distantes que proferían las gargantas mortales reverberaban en

otras cubiertas y pasillos según los designios del aire frío y de los huesos de acero de la nave.

Se estremeció al oírlos, pues todavía no se había acostumbrado a que su volumen subiera de forma tan repentina y poco frecuente. No sentía deseos de que le iluminaran al respecto de lo que la legión le estaba haciendo a aquellos astrópatas, ni tampoco de las torturas que le infligía al incontable número de personas que se habían llevado de las ciudades.

Unas ratas, o bien unos seres que se le parecían y que Septimus no tuvo ganas de examinar más de cerca, corretearon por delante de él en aquella oscuridad para colarse dentro de los pasadizos laterales y los conductos de mantenimiento de forma apresurada.

—Tú otra vez —se dirigió a él una voz desde más adelante, cerca de la puerta blindada principal que daba a las cámaras de Octavia.

—Vularai —la saludó Septimus—. Herac, Lylaras —hizo lo mismo con los otros dos que la acompañaban. El trío estaba cubierto de vendas roñosas y portaba sus armas con gesto firme. Vularai apoyaba su gladio de la legión encima de uno de sus hombros cubiertos con un manto.

—Se supone que ya no puedes venir aquí —le espetó el más bajito de ellos.

—Pues ya ves que estoy aquí, Herac. Quítate de en medio.

• • • • •

Octavia se había dormido en el trono, acurrucada en el asiento de grandes dimensiones y cubierta con una manta para protegerse del frío. El sonido de unos pasos que se acercaban la despertó y de forma instintiva se llevó la mano a la cinta para asegurarse de que no se le había caído.

Sí se le había caído. Se la ajustó con rapidez.

—No deberías estar aquí —le reprochó a su visitante.

Septimus no se dio prisa en contestar. La miró y vio que llevaba puesta la cinta sobre el tercer ojo y que se reclinaba en el trono fabricado para navegar por el Mar de las Almas. Sus ropas estaban sucias, su lívida piel desaseada y había envejecido un año por cada mes que había pasado a bordo del *Eco* y, antes de este, del *Pacto*. Los cercos oscuros derivados de la falta de sueño le decoraban los ojos, y su pelo, antaño una cascada de seda negra, estaba atado en una coleta tan desgreñada como el rabo de una rata.

Pero sonrió, y era preciosa.

—Tenemos que salir de esta nave —le dijo Septimus.

Octavia tardó bastante en reírse. Cuando lo hizo, denotaba más sorpresa que diversión.

—¿Tenemos que… qué?

Él no había pretendido decirlo en voz alta. Apenas se había dado cuenta de que lo había estado pensando.

—Me duelen las manos —prosiguió—. Me duelen todas las noches. Lo único que oigo son disparos, gritos y voces inhumanas que me escupen órdenes.

La muchacha se inclinó sobre el reposabrazos del trono.

—Vivías con ello antes de que me uniera a la tripulación.

—Pero ahora tengo algo por lo que vivir. —La miró a los ojos—. Tengo algo que perder.

—Qué raro. —Ella no parecía haberse conmovido demasiado, pero él se lo notaba en la lucecita que escondían sus ojos—. Hasta con ese acento tuyo tan atroz, lo que acabas de decir ha sido casi romántico. ¿Es que nuestro amo te ha vuelto a abrir la cabeza para que ahora hables de forma tan extraña?

Septimus no apartó la vista como solía hacer en esas situaciones.

—Escúchame. A Talos lo mueve algo que no alcanzo a comprender. Está preparando… algo. Algún acto grandioso. Va a demostrar algo.

—Como su padre —señaló Octavia.

—Exacto. Y mira lo que le ocurrió al primarca. Su historia acaba con la muerte mediante el sacrificio.

Octavia se irguió y tiró la manta a un lado. Aún no se le notaba la barriga, aunque Septimus tenía demasiada poca experiencia para saber si su vientre debería empezar a abombarse o no. A ella parecía no importarle, de todas maneras. Él se sintió agradecido, de un modo fugaz y culpable, porque ella fuera lo bastante fuerte como para tirar de ambos a veces.

—¿Crees que nos lleva directos a una especie de batalla final? —inquirió la navegante—. No me parece muy probable.

—No de forma intencionada. Pero no quiere ser el líder de estos guerreros ni regresar al Ojo del Terror.

—Sólo son suposiciones tuyas.

—Puede. Para el caso es lo mismo. Dime que quieres que nuestro hijo nazca en esta nave y viva esta existencia. Dime que quieres que los Amos de la Noche se lo lleven y lo transformen en uno de ellos, o que crezca en la oscuridad de estas cubiertas y no vea la luz del sol en toda su vida. No. Octavia, tenemos que fugarnos del *Eco de la Maldición*.

—Yo soy navegante —replicó ella, aunque ya no había traza alguna de diversión en su mirada—. Nací para surcar las estrellas. La luz del sol está sobrevalorada.

—¿Por qué te lo tomas a broma?

No debió haber dicho aquellas palabras. Lo supo tan pronto como las hubo enunciado. Los ojos de la chica relucieron al tiempo que la sonrisa se le tornaba cristal.

—No me lo tomo a broma. Lo que ocurre es que no me ha sentado bien el tono

condescendiente de tus elucubraciones. —Durante todo el tiempo que había pasado a bordo de la nave, sus palabras jamás habían recordado tanto a la aristócrata que había sido antaño—. No soy tan débil como para necesitar que me salves, Septimus.

—No he querido decir eso. —Pero ahí radicaba el problema: no tenía claro qué había querido decir. De hecho, tampoco había querido decirlo en voz alta.

—Si quisiera abandonar la nave —planteó ella con la voz más baja—, ¿cómo lo lograríamos?

—Hay formas de hacerlo —respondió Septimus—. Ya pensaríamos en algo en tal caso.

—Qué respuesta tan vaga. —Ella observó al artificiero, que se desplazaba por la cámara y apartaba, con actitud ausente, contenedores viejos de raciones y placas de datos que los ayudantes le habían traído a su ama para que se entretuviera. Octavia, con los brazos cruzados por debajo de los pechos, fue testigo de aquel ritual doméstico tan extravagante.

—Sigues estando hecha un asco —comentó Septimus, con aire distraído.

—Lo que tú digas. ¿En qué piensas?

Septimus se detuvo un momento.

—¿Qué ocurriría si Talos supiera más de lo que le cuenta a sus hermanos? ¿Qué pasaría si ha visto cómo acaba todo esto y actúa según sus propios planes? Quizá él ya sepa que todos vamos a morir aquí.

—Eso es demasiado traicionero incluso para un amo de la noche.

Él sacudió la cabeza en un gesto negativo y se quedó mirándola con sus ojos desparejados.

—A veces juraría que te olvidas de dónde estás.

A ella no se le pasó por alto lo cambiado que estaba Septimus aquella noche. Atrás quedaba su ternura cautelosa y atractiva, como si sintiera miedo de romperla con una caricia o de que ella lo matara por accidente con su tercer ojo. Atrás quedaba su vulnerabilidad. En lugar de sus virtudes de carácter comedido, la frustración le confería una crudeza y una desnudez que a la navegante le resultaban curiosas.

—¿Ha hablado contigo recientemente? —quiso saber Septimus—. ¿Te parece que su discurso haya cambiado en algo?

La chica se acercó a su banco de monitores y cogió varias herramientas de un contenedor cercano.

—Siempre se ha expresado como alguien que espera morir más pronto que tarde —aventuró la navegante—. Cada vez que habla es como si se confesara de manera compungida. Siempre lo he visto en él: nunca ha sido lo que quería ser y, en su lugar, odia aquello en lo que se ha convertido. Los otros… lo llevan mejor. La Primera Garra y los demás disfrutan de esta vida. Pero a Talos no le queda nada sino el odio, y hasta eso comienza a marchitarse.

Septimus se sentó a su lado en el trono y cerró su ojo humano en actitud pensativa. Su ojo biónico respondió como la lente de un pictógrafo al retraerse con un

zumbido. Unos chillidos desgarradores llenaban el silencio: lejanos, si bien resonantes; anónimos pero del todo humanos. No era la primera vez que oía los sonidos de una embarcación de la Octava Legión, pero el artificiero había cambiado mucho su modo de ver la vida en el transcurso de los últimos meses. Ya no era capaz de aislarse de ellos con la facilidad de antaño. Ahora, por el contrario, era capaz de oír el dolor de aquellos gritos sin importar dónde estuviera trabajando ni en qué.

—Esos pobres desgraciados a los que están desollando vivos… ¿se lo merecen?

—Pues claro que no —respondió ella—. ¿A qué viene esa pregunta tan tonta?

—A que es la clase de pregunta que dejé de plantearme hace años. —Se giró para mirar a Octavia a la cara y le sostuvo la mirada durante un largo instante—. Esto es culpa tuya —le recriminó—. Maruc también lo entendía, pero traté de no hacerle caso. Esto me lo has hecho tú. Viniste aquí y me volviste humano otra vez. La culpa, el miedo, el deseo de vivir y sentir y… —Se quedó pensativo—. Me lo has devuelto todo. Debería odiarte por ello.

—Eres muy dueño —contestó mientras se ocupaba de reconfigurar el cableado de uno de sus monitores localizadores externos. A Octavia no le resultaba en absoluto amena aquella labor, pero las pequeñas tareas de mantenimiento le ayudaban a pasar el rato—. Pero si me odias, será porque te he devuelto algo que consideras valioso.

Septimus gruñó con desapego.

—A la aristocracia terrana ni se le refunfuña ni se le rechista —reprobó la chica al artificiero—. No seas infantil.

—Y tú deja de… No sé decirlo en gótico. *Yrosia se naur tay helshival* —enunció en nostramano—. Burlarte de mí con sonrisas.

—La expresión que buscas es «provocar». Y no te estoy provocando. Di lo que tengas que decir y ya está.

—Tenemos que salir de esta nave —repitió mientras miraba cómo trabajaba, sentada con una herramienta para pelar cables entre los dientes.

Octavia la escupió y la usó con una de sus manos sucias.

—Puede que tengas razón. Lo que no quiere decir que seamos capaces de hacerlo. La nave no puede ir a ningún sitio sin mí. No creo que lleguemos muy lejos antes de que se percaten de nuestra ausencia.

—Ya pensaré en algo —Septimus se acercó a ella y la abrazó desde atrás—. Te amo —le dijo al oído.

—*Veljaesha lai* —le respondió la chica.

● ● ● ● ●

Una hora después, Octavia iba a la cabeza del corrillo andrajoso que formaban sus ayudantes mientras se abrían paso por los túneles del *Eco*. Los gritos se habían vuelto

omnipresentes; reverberaban por el aire y rebotaban contra las paredes con la insistencia propia de un viento natural.

Las cámaras de tortura se encontraban varias cubiertas más abajo, por lo que no era un paseo corto precisamente. En lo que a la división de territorios de la nave se refería, la navegante era consciente de que se adentraban en los sectores más peligrosos, donde la tripulación no era tan preciada y la vida, por consiguiente, tenía menos valor.

—Iremos con nuestra señora —había afirmado uno de sus asistentes.

—Todos —había añadido Vularai mientras descansaba la mano en el pomo de la valiosa espada de la legión que llevaba envainada en la cadera.

—Haced lo que os parezca —había contestado Octavia, aunque se alegraba en secreto de la devoción que le profesaban.

Un grupo de moradores de cubierta con un aspecto igual de andrajoso huyó cuando la navegante y su séquito se aproximaron: era la tercera cuadrilla que prefería correr antes que quedarse. Un conjunto de tripulantes se había interpuesto entre ellos y les había exigido el pago de un tributo para dejarlos pasar.

—Me llamo Octavia —le dijo al desaseado líder que portaba una pistola láser.

—Lo cierto es que eso no me dice nada en absoluto, chiquilla.

—Lo que dice es que soy la navegante de la nave. —Mostró una sonrisa forzada.

—Eso me dice tanto como tu nombre.

Octavia tomó aliento mientras le echaba una mirada a Vularai. Quizá las masas apretujadas de gente ignorante que conformaban la mayoría de la Humanidad eran ajenas a la existencia de los navegantes, pero a Octavia no le apetecía en aquel momento explicar su linaje o, peor aún, demostrarlo.

Fue entonces cuando el líder cometió su error. La pistola que llevaba en la mano en actitud ausente era algo digno de tener en cuenta, aunque no suponía una amenaza seria. Cuando la apuntó en su dirección, sin embargo, sus ayudantes se pusieron rígidos. Sus susurros se solaparon en un rumor serpentino: «Señora, señora, señora…».

El líder de la banda no pudo ocultar la intranquilidad que se había apoderado de él tan bien como habría deseado. Lo superaban en número y, tal y como supo al ver que los ayudantes de la chica sacaban sus escopetas de los pliegues de sus ropajes roñosos, también lo superaban en potencia de fuego. De repente, las barras de hierro y cadenas que portaba la mayoría de sus compañeros le parecieron menos impresionantes.

—No sois alimañas de cubierta —admitió—. Me he dado cuenta, ¿vale? No lo sabía.

—Ahora ya lo sabes —Vularai apoyó el gladio sobredimensionado sobre su hombro, donde reflejó la poca luz que existía.

—Marchaos de una vez —les instó Octavia. Se le fue la mano al estómago sin ser consciente de ello—. Ya hay bastante muerte en esta nave.

A pesar de que sus ayudantes prosiguieron su camino sin mayores problemas, ahora les hervía la sangre. No se molestaron en ocultar las armas mientras se adentraban cada vez más en las entrañas de la embarcación.

Nadie les volvió a desafiar.

• • • • •

Octavia encontró a Talos en una de las cámaras de tortura, tal como esperaba. Antes de entrar, apoyó la mano en la puerta sellada, dispuesta a entrar.

—Deja de mirarme así —reprendió a Vularai—. Los navegantes escondemos cientos de secretos, Vularai. Sea lo que sea lo que aguarde tras esta puerta, no es nada en comparación con los secretos que encierran los subniveles de los pináculos de la Navis Nobilite.

—Como vos digáis, ama.

La puerta se abrió con el chirrido de sus mecanismos hidráulicos. La chica vio a Talos durante menos de un segundo y luego pasó a no ver nada. El olor la había atizado con tanta fuerza que parecía haber adquirido una corporeidad obscena: podía decirse sin exagerar que la había golpeado como un martillo en el momento en que la compuerta se había abierto. Cerró los párpados al instante y comenzó a llorar como si le hubieran espolvoreado sal en una herida abierta. La fetidez se le filtró en el tejido blando de los ojos, le atenazó la garganta, le constriñó los pulmones y le azotó la piel con un calor repugnante y húmedo. Hasta la maldición que se le escapó fue un error, pues desde el preciso instante en que la peste la agarró de la lengua, pasó también a convertirse en un sabor.

Octavia cayó de pies y manos y vomitó en la cubierta. Tenía que salir de la estancia, pero le resultaba imposible abrir los ojos, y además, entre los espasmos que sufría en los pulmones y en su estómago revuelto, no iba a ser capaz de recuperar el aliento.

Talos observó el espectáculo desde la mesa de operaciones. No dejaba de prestarle toda su atención a la chica mientras esta vomitaba una segunda vez.

—Tengo entendido que es habitual en las mujeres que experimentan tu… estado… regurgitar como parte del proceso natural.

—No es eso… —respondió la chica sin aliento antes de que las tripas volvieran a contraérsele y la obligasen a expulsar otro buche de papilla agria diluida.

—Apenas tengo experiencia con este tipo de situaciones —admitió él—. No estudiamos con demasiada profundidad la naturaleza humana en lo que a la gestación de su prole se refiere.

—¡No es eso! —resolló. Necio inhumano… No tenía ni idea. Un buen número de sus ayudantes se encontraba igual de incapacitado y sufría arcadas a causa de lo que

veía y olía.

La chica se alejó a gatas de la cámara; Vularai y otro más la llevaron casi a rastras. Tan sólo cuando salieron al exterior, fue capaz Octavia de erguirse y de recuperar el aliento con lágrimas en los ojos.

—Cerrad la compuerta… —jadeó.

—Pero ama… —intervino uno de sus ayudantes, confuso—. Pensaba que queríais venir aquí.

—¡Que cerréis la compuerta! —siseó conforme sentía que el estómago volvía a constreñírsele. Otros tres ayudantes tampoco se habían recuperado del todo, pero lograron salir de la estancia.

La que acató la orden fue Vularai. La compuerta que daba a la cámara de torturas se cerró de manera ruidosa. A pesar de su máscara de apósitos, ella también sufría arcadas y tosía, casi incapaz de hablar.

—Esa gente que había encima de las mesas… —comenzó a decir—. ¿Cómo es que sigue viva?

Octavia escupió los últimos resquicios de bilis y se llevó las manos al pelo para volver a atarse la coleta.

—Que alguien me dé un filtro respirador. Voy a entrar de nuevo.

—Tenemos que hablar —declaró la chica.

El cuerpo que yacía en la mesa de operaciones gimió, demasiado destrozado y débil como para gritar más. Quedaba tan poco de él que Octavia no era capaz de distinguir a qué sexo pertenecía.

Talos la miró. Las cuchillas que el guerrero tenía en las manos estaban húmedas y rojas. Cuatro cuerpos desollados pendían de cadenas sucias dispuestas alrededor de la mesa central y no paraban de gotear. El amo de la noche notó que a la chica se le desviaba de vez en cuando la vista a los cuerpos y decidió explicarle su presencia con un tono sereno desprovisto de toda humanidad:

—Continúan con vida. Su dolor se derrama en la mente de este otro. —El legionario acarició el rostro excoriado del prisionero con uno de los cuchillos manchados de sangre—. Y ese sufrimiento túrgido de agonía comienza a madurar en su interior. Ya no emplean la garganta, la lengua ni los pulmones para pedirme que los mate… pero acierto a oír sus susurros mientras me acarician la mente. Pero no por mucho tiempo. Estamos ya tan cerca del final… En fin, ¿de qué querías hablar, navegante?

Octavia inspiró profundamente a través del respirador que se había puesto sobre la nariz y la boca.

—Quiero que me digáis la verdad.

Talos volvió a mirarla con atención mientras los cuerpos goteaban, goteaban y seguían goteando.

—Nunca te he mentido, Octavia.

—Jamás alcanzaré a comprender cómo pretendéis aparentar virtud en medio de

un matadero, Talos. —Se limpió los ojos; el calor repugnante que rezumaba de los cuerpos profanados la hacía llorar.

—Soy lo que soy —replicó él—. Me distraes, así que te ruego que seas breve.

—Y además contáis con los modales de un aristócrata —apostilló con voz queda al mismo tiempo que trataba de no mirar aquella exposición de casquería. La sangre corría en riachuelos hasta un sumidero situado bajo la mesa. La muchacha no quería plantearse adonde conduciría. Sospechaba que algo, en alguna parte de las cubiertas inferiores de ahí debajo, se alimentaba gracias a ella.

—Octavia… —le advirtió el legionario.

—He de saber algo —declaró ella—. Necesito saber la verdad acerca de todo esto.

—Ya te he contado la verdad, incluido lo que espero de ti.

—No. Se os metió en la cabeza que debíamos venir aquí. Y ahora cometéis esta… carnicería. Vos sabéis más de lo que decís. Sabéis que el Imperio va a venir para responder a estas atrocidades, y que lo hará en gran número.

Él asintió.

—Me parece probable.

—Y puede que no logremos escapar.

—Eso también me parece probable.

El respirador de Octavia chasqueaba cuando cada una de sus acompasadas respiraciones llegaba a su cénit.

—Os habéis propuesto seguir sus pasos, ¿no es así? Vuestro primarca murió para demostrar sus argumentos.

—Morir aquí no entra en mis planes, terrana.

—¿Ah, no? ¿No «planeáis» morir aquí? Vuestros planes no valen para nada, Talos. Nunca han valido para nada.

—A mí me parece que el ataque contra la estación Ganges fue bastante bien —contravino el amo de la noche—. E hicimos huir a los Salamandras en el enclave Vykon.

Su jocosa condescendencia no logró más que darle alas a la impaciencia de la chica.

—Se supone que sois nuestro líder. Comandáis miles de almas, no sólo vuestro puñado de guerreros.

Él soltó una risotada gutural.

—Por el Trono en llamas, ¿de verdad crees que me intereso por cada una de las criaturas que puebla esta nave? ¿Es que estás delirando, muchacha? Soy un legionario de la Octava. Ni más, ni menos.

—Pudisteis haber matado a Septimus.

—Y lo haré si vuelve a desafiarme. En el momento en que su utilidad pese menos que sus desaires, morirá desollado y sin ojos en esta misma mesa.

—Estáis mintiendo. Sois malvado en cuerpo y alma, pero no sois el monstruo que fingís ser.

—Y tú estás poniendo a prueba mi paciencia, terrana. Quítate de mi vista antes de que esa ética tuya tan irritante y afectada me haga perder los últimos vestigios de tolerancia que me quedan.

Pero ella no pensaba irse a ningún sitio. Octavia volvió a tomar aire para calmarse y tratar de controlar su enojo, tan obstinado en acompañarla.

—Talos, nos vais a matar a todos a menos que vayáis con cuidado. ¿Qué ocurrirá si el Imperio no responde con una nave de salvamento que rescate a los supervivientes para que cuenten sus horribles testimonios sino con una flota de combate de la Armada Imperial? Lo más probable es que sean ambas cosas. No cabe duda de que estaremos muertos si nos encuentran por las cercanías. —Señaló al despojo tembloroso que yacía encima de la mesa—. Queréis envenenar la disformidad con su dolor y dar al traste con toda posibilidad de volar de forma segura por el Mar de las Almas, pero eso también me va a plantear serios problemas a mí. No soy capaz de gobernar la nave por un maremoto.

Talos no se pronunció durante varios segundos.

—Lo sé —contestó al fin.

—¿Y a pesar de eso queréis continuar con esto?

—Esta es una de las rarísimas veces, desde la Gran Traición, en que mis hermanos y yo nos hemos vuelto a sentir como hijos de nuestro padre. Basta de incursiones, basta de contentarse con sobrevivir: una vez más, volvemos a hacer aquello para lo que nacimos. Merece la pena correr el riesgo.

—La mitad de ellos se limita a matar porque sí.

—Cierto. También esa es la naturaleza de la Octava Legión. Nostramo era un mundo natal muy pernicioso.

—No me estáis escuchando.

—Lo hago, pero hablas desde la ignorancia. No nos entiendes, Octavia. No somos lo que tú crees que somos porque siempre nos has malinterpretado. Nos juzgas de acuerdo a la moral humana, como si alguna vez hubiéramos estado encadenados a esos ideales. El significado de la vida es muy distinto para la Octava Legión.

Ella cerró los ojos durante largos instantes.

—Odio esta nave. Odio esta vida. Y te odio a ti, Talos.

—Eso es lo más inteligente que me has dicho nunca.

—Vamos a morir aquí —declaró por fin. Sus manos formaron puños impotentes.

—Todo el mundo muere, Octavia. Pero la muerte no se compara en absoluto a tener la razón.



TRETAS

Cyrion estaba a solas ahora que su última víctima yacía muerta.

Se sentó de espaldas a la pared y dejó escapar aire de entre sus dientes salpicados de saliva. El gladio que llevaba en la mano repicó contra el suelo metálico lleno de manchas. Los escalofríos no dejaban de vibrar por su cuerpo; repercusiones de placer que lo recorrían mientras su mente volvía a representar la muerte de aquel hombre. Miedo auténtico. Terror auténtico. No la bruma de dolor insípido que era todo lo que podía obtenerse ahora entre los astrópatas y el resto de víctimas. Este había sido un hombre vital, fuerte, que no deseaba en absoluto morir. Cyrion había atesorado la expresión de sus ojos mientras el gladio cortaba y hendía. Su presa había sentido miedo al aciago final: una muerte sucia e injustificada, repleta de súplicas, transcurrida en las profundidades de las cubiertas inferiores de la nave.

Con toda aquella imposición fría y estéril de dolor sobre los presos de Darcharna, el amo de la noche había necesitado aquello del mismo modo que un hombre muerto de sed necesita agua. Los últimos momentos del tripulante, mientras sus débiles dedos arañaban la placa facial de Cyrion en vano, habían sido el toque perfecto, definitivo. Qué deliciosa futilidad. El legionario había saboreado aquel miedo desesperado, la dulzura táctil y fáctica de aquel gesto, igual que si degustara néctar.

Se le escapó un gemido por los labios a medida que sentía el torrente de frenesí de los compuestos químicos que le hormigueaban por la sangre y el cerebro. Ser el hijo de un dios tenía sus ventajas, incluso si se estaba maldito. Incluso si los dioses mismos le observaban de cerca a uno un poco en demasía.

Alguien, en alguna parte, pronunciaba su nombre. Cyrion no le dio importancia. No se sentía inclinado a regresar a las cubiertas superiores y reanudar las incisiones quirúrgicas que habían de llevarse a cabo. Aquello podía esperar. El torrente

comenzaba a mitigarse y, con él, el temblor de dedos.

Extraño nombre aquel: «el torrente». No era capaz de recordar cuándo había empezado a conocer su don bajo esa denominación, pero era muy acertada. Los poderes psíquicos latentes no suponían ningún milagro entre los miembros de la Octava Legión y tampoco resultaban raros entre las demás legiones, pero él lo conservaba como una fuente secreta de orgullo. Cyrion no había nacido con dones psíquicos, aunque también cabía la posibilidad de que su contacto con el sexto sentido fuese lo bastante débil como para haber pasado inadvertido durante las exhaustivas pruebas de adoctrinamiento de la legión. Sencillamente, había ocurrido con el transcurso del tiempo, durante los años que habían pasado en el Ojo del Terror. Sus dotes perceptivas habían alcanzado su apogeo como una flor que se abre bajo la luz del sol.

Noche tras noche, empezó a captar susurros inarticulados en el límite de su capacidad auditiva. Muy pronto fue capaz de desentrañar significados de aquellas frases sibilantes cada vez que distinguía una palabra ahí o una frase allá. Cada una de ellas compartía el mismo vínculo: todas eran frases que expresaban miedo y que, a pesar de no haber sido pronunciadas, seguían siendo audibles dado que surgían de sus víctimas como si fueran ondas.

Al principio había encontrado chocante, sin más, el poder oír las últimas palabras llenas de pavor de aquellos a quienes masacraba.

—No entiendo por qué te parece tan gracioso —lo había reprendido Talos—. El Ojo te está afectando.

—Los hay que sufren maldiciones peores que la mía —había rebatido Cyrion.

Talos lo había dejado pasar y no había vuelto a mencionarlo. Xarl no había sido tan comedido. Conforme el don ganaba fuerza, Cyrion se sentía menos inclinado a ocultarlo y, por lo tanto, más repugnante encontraba Xarl su presencia. «Corrupción», lo llamaba Xarl. Jamás había confiado en los psíquicos; no importaba cuán benevolentes fueran sus poderes.

—Cyrion.

Su nombre le trajo de vuelta al presente, de regreso a las paredes de metal que apestaban a aceite y a los cuerpos recién fallecidos.

—¿Qué sucede? —respondió por el comunicador.

—Se trata de Malcharion —le contestaron—. Ha… Ha despertado.

—¿Estás de broma? —Cyrion gruñó al ponerse en pie con dificultad—. Deltrian aseguraba que no había habido avances.

—Limítate a volver aquí arriba. Talos te advirtió que no fueses de caza a las entrañas de la nave cuando hay trabajo que hacer.

—A veces eres tan pesado como él. ¿Ha dicho algo el sabio guerrero?

—No exactamente —Mercutian cortó el enlace.

Cyrion echó a andar y dejó los cuerpos atrás. Nadie iba a echar de menos a esa basura de las cubiertas inferiores reducida ahora a pedazos sanguinolentos

abandonados. Cazar en los niveles inferiores del *Eco* constituía un pecado que podía perdonarse, al contrario que los asesinatos que Uzas llevaba a cabo de vez en cuando en el Mercadonegro y en las cubiertas de los oficiales cuando enloquecía, en las que destripaba a los miembros más valiosos de la tripulación.

—Hola —le saludó una voz suave y tranquila en las cercanías, demasiado grave como para ser humana pero que resultaba irreconocible a causa de la distorsión del comunicador.

Cyrion alzó la cabeza. Ahí, en las vigas de hierro de la cámara, uno de los Ojos Sangrantes lo miraba acuclillado con la paciencia de una gárgola. Cyrion sintió que se le erizaba el vello; una sensación de lo más extraña.

—Lucoryphus.

—Cyrion —le contestó—. He estado pensando…

—Y es evidente que también me has estado siguiendo.

El rapaz asintió con un gesto de su casco inclinado.

—Cierto. Eso también. Dime, mi pequeño Señor de las Sonrisas, ¿cómo es que bajas tantas veces aquí para esnifar el hedor que excreta el miedo?

—Es nuestro territorio de caza —contestó Cyrion—. Talos también pasa mucho tiempo aquí.

—Quizá sea así. —La cabeza del líder de los Rapaces se sacudió una vez, un gesto que consistió o bien en un fallo de los sistemas de su armadura o bien en un defecto que la disformidad había ocasionado en su genética—. Pero él mata como vía de escape, por placer, para sentir la adrenalina correr por sus venas. Nació siendo un asesino y, por lo tanto, asesina. Tú cazas para saciar otro apetito. Uno que ha florecido en tu interior, no uno con el que naciste. Me resulta interesante. Vaya que sí.

—Por mí puedes pensar lo que quieras.

Las lentes oculares angulosas y almendradas del rapaz mostraron sendos reflejos de Cyrion en miniatura.

—Te hemos observado, Cyrion. Los Ojos Sangrantes todo lo ven. Conocemos tus secretos. Vaya si los conocemos.

—No tengo secretos que ocultar, hermano.

—¿De verdad? —La carcajada de Lucoryphus sonó a medio camino entre una risa entre dientes y un graznido—. Una mentira no se transforma en realidad sólo por decirla en voz alta.

Cyrion se quedó en silencio. Durante un brevísimo instante se planteó llevarse la mano al bólter. Sus dedos debieron de haber sufrido un espasmo reflejo, pues Lucoryphus volvió a reírse.

—Inténtalo, Cyrion. Tú inténtalo.

—Dime el motivo de esta conversación —exigió saber el guerrero.

Lucoryphus se inclinó para mirarlo con maldad.

—¿Por qué ha de haber motivos para que dos hermanos compartan ideas? ¿Das por sentado que todo el mundo es tan traicionero como tú? Los Ojos Sangrantes

siguen a Talos debido al viejo axioma: él trae problemas adondequiera que va. El primarca le prestó atención y ese interés continúa siendo fascinante tantos siglos después. Él tiene un destino, de un modo u otro. Quiero estar presente cuando llegue. Tú, en cambio, tienes el potencial para convertirte en una molestia. ¿Cuánto tiempo hace que te alimentas del miedo de los humanos?

Cyrion respiró con lentitud antes de contestar para suprimir la tentación de dejar que los inyectores de las muñecas y de la columna vertebral le inundasen de estimulantes químicos.

—Mucho tiempo. Décadas. No llevo la cuenta.

—Se trata de un tipo muy débil de vampirismo psíquico. —El guerrero de los Rapaces soltó una voluta de vapor por la rejilla de su vocabulador—. No soy de los que dudan de los dones de la disformidad.

—Entonces, ¿por qué dudas de mí?

Se percató del error que acababa de cometer tan pronto como la pregunta abandonó sus labios. Retrasarse le había costado su única oportunidad. Del corredor por el que había venido apareció otro de los Ojos Sangrantes con su reptar semierecto y le bloqueó la salida.

—Cyrion —consiguió pronunciar tras cierto esfuerzo—. Sí, sí.

—Vorasha —contestó. No le sorprendió ver que otros tres miembros del culto salieron reptando del túnel de más adelante; sus máscaras demoníacas le miraban con un escrutinio impertérrito.

—Dudamos de ti —continuó Lucoryphus con tono áspero—, porque, si bien yo nunca hablaría en contra de los cambios que acarrea la disformidad, no profeso la misma paciencia hacia las actitudes traicioneras tan cercanas al profeta. La estabilidad resulta crucial ahora mismo. El planea algo secreto, algo que ha elegido no compartir. Todos nosotros lo percibimos, como… como una carga estática en el aire. Caminamos bajo la presión de una tormenta aún por llegar.

—Confiamos en él —afirmó otro de los Ojos Sangrantes.

—No confiamos en ti —sentenció un tercero.

La voz de Lucoryphus supuró una sonrisa.

—Estabilidad, Cyrion. Recuerda esa palabra. Y ahora, corre y sé testigo de la resurrección fallida del sabio guerrero. Y recuerda esta charla. Los Ojos Sangrantes todo lo ven.

Los rapaces se dispersaron de regreso a los túneles y se adentraron en las profundidades de la nave como si de lombrices se tratara.

—Esto tiene mala pinta —se dijo Cyrion a sí mismo en la oscuridad silenciosa.

• • • • •

Fue el último en llegar; entró en el Salón de la Reflexión casi treinta minutos después de que lo convocaran. Los sonidos industriales que caracterizaban aquella estancia se habían interrumpido, por lo que ahora se encontraba en una quietud surrealista. Ninguno de los servidores atendía a sus tareas mientras que docenas de adeptos de baja categoría del Mechanicum se limitaban a mirar a los alrededores en relativo silencio. Si se comunicaban entre sí era mediante una vía que los legionarios no alcanzaban a discernir.

Cyrion se acercó a la Primera Garra, que se encontraba al lado de la compuerta blindada de diseño circular que daba a una de las antecámaras.

Dicha barrera se había desplazado hacia uno de los lados, por lo que la entrada en sí estaba abierta y revelaba la cámara estanca de su interior. Cyrion captó un sonido apenas audible, como la amenaza de un trueno en el horizonte. Cambió de una configuración de audiorecepción a otra, pero obtuvo el mismo murmullo de infrasonidos casi inaudibles sin importar la frecuencia que sintonizase.

—¿Lo oyes? —le preguntó a Talos.

El profeta se encontraba de pie al lado de Mercutian y Uzas y no dijo nada. Variel y Deltrian intercambiaban impresiones en voz baja cerca de las mesas de control del adepto.

—¿Qué pasa? —quiso saber Cyrion.

Talos giró su placa facial fúnebre para mirarle.

—Aún no estamos seguros.

—Pero ¿Malcharion está despierto o no?

Talos le llevó hasta el interior de la cámara estanca. Sus botas transmitieron ecos que rebotaron contra las paredes de hierro. El sarcófago de Malcharion seguía en su plinto de mármol, encadenado en su sitio y con cientos de alambres de filamento de cobre, cables de energía y tubos de apoyo vital que ayudaban a conservarlo. El féretro representaba la muerte triunfal de Malcharion con un nivel de detalle exquisito: oro, adamantita y bronce unidos para conformar la visión de un amo de la noche victorioso que le rugía al cielo estrellado. En una mano sujetaba el yelmo coronado con la coleta de un khan de los Cicatrices Blancas; en la otra, el casco de un campeón de los Puños Imperiales. Por último, una de sus botas descansaba en el yelmo orgulloso de un señor capitán de los Ángeles Sangrientos y lo hundía en el suelo terrano.

—El campo de estasis está desconectado —señaló Cyrion.

—Así es —le confirmó Talos mientras cruzaba la sala hasta una de las consolas secundarias que rodeaban el plinto central. Sus dedos pulsaron varias teclas de plástek. Tan pronto como la última de ellas chasqueó, la cámara estalló con un maremoto de chillidos agónicos. Los gritos eran orgánicos, humanos, aunque poseían un matiz enlatado y se oía un fondo de zumbidos crepitantes.

Cyrion torció el gesto al oírlo a causa del tremendo volumen. Su casco tardó un par de segundos en filtrar el sonido hasta niveles tolerables. No le hizo falta preguntar

sobre el origen de aquellos alaridos.

—¿Qué le hemos hecho? —preguntó. Los chillidos murieron en cuanto Talos desconectó el suministro de energía del ataúd que llegaba a los altavoces externos.

—Eso es en lo que trabajan Variel y Deltrian. Parece muy probable que las heridas que Malcharion recibió en Crythe le hayan destrozado la mente más allá de toda recuperación. No hay forma de saber cómo actuaría si se le volviera a conectar al chasis. Por lo que sabemos, bien podría volverse en nuestra contra.

Cyrion escogió sus siguientes palabras con un cuidado excepcional.

—Hermano…

—Habla.

—Yo te he apoyado, ¿no es cierto? Llevas el manto de nuestro comandante, por mucho que te pese.

El profeta afirmó con la cabeza.

—No tengo deseos de liderar nada. Tampoco puede decirse que lo mantenga en secreto. ¿No ves que hago todo lo que está en mi mano para restituir a nuestro verdadero capitán?

—Lo sé, hermano. Eres la viva personificación de alguien que se halla en el lugar equivocado en el momento equivocado. Sin embargo, logras sobreponerte. El ataque contra Tsagualsa supuso un acierto, al igual que cuando hiciste huir a los Salamandras en el enclave Vykon. No me importa lo que estás planeando; los demás, o bien se conforman con confiar en tus decisiones, o bien prefieren abstraerse y saciar sus apetitos mientras tanto. Pero esto…

—Lo sé —aseveró Talos—. Créeme, lo sé.

—Es un héroe de la legión. Vivirás y morirás a imagen de cómo le trates, Talos.

—Eso no se me ha pasado por alto. —El profeta recorrió la superficie labrada del féretro con la mano—. Tras Crythe, les dije que le dejasen morir. Se había ganado el descanso del olvido. No obstante, Malek, maldito sea dondequiera que esté, contravino mi orden. Y cuando Deltrian coló el sarcófago dentro del *Eco*, lo cambió todo. Resultaba que Malcharion no había muerto. Quizá me equivoqué al pensar que era demasiado melancólico como para vivir en este caparazón, ya que había luchado por sobrevivir cuando podía haber muerto con toda tranquilidad. Podría habernos guiado, Cyrion. Debería haberse quedado con nosotros una vez más.

Cyrion agarró a su hermano por la hombrera.

—Anclate con cuidado, Talos. Estamos al borde del abismo. —Contempló el féretro durante varios instantes—. ¿Qué sugieren el Desollador y el tecnoadepto?

—Los dos piensan que ha sufrido daños irreparables. También coinciden en que es probable que siga siendo formidable en batalla, si bien inestable. Variel ha propuesto que controlemos a Malcharion con inyectores de dolor y mortificadores locales. —Talos negó con la cabeza—. Como si fuera un animal con un grillete en torno al cuello y a las órdenes de unos amos crueles que lo entrenan a base de palos.

Cyrion no esperaba menos de ninguno de esos dos.

—¿Y qué vas a hacer?

Talos titubeó.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—¿Sinceramente? Arrojaría los restos orgánicos al vacío sin que lo supiera nadie de la legión e instalaría a uno de los guerreros que se encuentren en estado más deplorable para sustituirlo. Luego haría correr la voz de que Malcharion falleció durante los rituales de resurrección. Entonces no habría nadie a quien culpar.

El profeta se giró para mirarle a la cara.

—Qué noble por tu parte.

—Mira la armadura que llevamos. Fíjate en el manto de piel humana que lleva Uzas, los cráneos que cuelgan de nuestros cintos o en los rostros desollados que reposan en las hombreras de Variel. No existe nada de nobleza en nosotros. Todo lo que nos impulsa es la necesidad.

Talos se le quedó mirando durante lo que pareció una eternidad.

—¿Hay algún motivo para tu afán repentino por ganarte mi simpatía con discursos?

Cyrion se acordó de Lucoryphus y de lo que le habían dicho los Ojos Sangrantes.

—No es más que mi naturaleza desinteresada —sonrió—. Así pues, ¿qué piensas hacer?

—He ordenado a Variel y a Deltrian que comprueben si es posible calmar al sabio guerrero con supresores sinápticos y sustancias químicas. Puede que todavía haya posibilidades de salvarlo.

—¿Y si no da resultado?

—Lidiaré con esa posibilidad cuando pase a ser una realidad irrefutable. Por ahora, ha llegado el momento de jugar por fin nuestras cartas. El momento de Octavia ha llegado.

—¿La navegante? ¿Crees que está lista? —«Sea lo que sea lo que debe hacer», añadió para sí.

—Es irrelevante que lo esté o no —zanjó Talos—, pues no tiene elección.

• • • • •

El *Eco de la Maldición* surcaba las corrientes con la energía que le brindaba la fusión de plasma, con el impulso que le aportaba el corazón vivo localizado en el núcleo de la nave y bajo la guía del tercer ojo de una mujer que había nacido en la cuna ancestral de la humanidad.

Talos se encontraba de pie al lado del trono de la navegante con los ojos cerrados mientras escuchaba los gritos del mar. Las ánimas rompían contra el casco mezcladas con la mismísima vida corpórea de los demonios y sacudían la nave de guerra a la vez

que chocaban entre ellas con oleadas aullantes e interminables. Por primera vez desde hacía décadas, el profeta les prestó atención de verdad y volvió a escuchar, una vez más, la música del salón del trono de su padre.

Una profunda exhalación surgió de sus labios entreabiertos. Atrás habían quedado las dudas. Atrás habían quedado las preocupaciones sobre cómo sería mejor liderar a los pocos guerreros que le quedaban y de cómo debería administrar las vidas de sus esclavos. ¿Por qué nunca había hecho esto antes? ¿Por qué nunca se había dado cuenta de la similitud de ambos sonidos antes de que Octavia se la hubiera señalado? Era consciente de los relatos que advertían sobre atender demasiado a la canción de la disformidad, pero les hacía caso omiso con total tranquilidad.

La navegante sudaba mientras miraba, atenta, al millar de sombras de negro. En un momento dado, las tinieblas le gritaron y expresaron su congoja arrojándole aparecidos que estallaban contra el casco de la nave. Al siguiente, la llamaron: seres innominados le indicaban que se acercara con las mismas garras con las que rastrillaban la piel metálica de la embarcación.

Las mareas se retorcían de dolor con el mismo caos que podía hallarse en un nido de víboras. Destellos de luz enfermiza rutilaban entre la sustancia disforme; se trataba bien del remoto Astronomicón o bien de embustes demoníacos. A Octavia no le importaba. Dirigió la nave hacia cada onda de luz que brillaba por delante de ellos mientras se estrellaba contra las mareas siderales con la fuerza y el peso de una de las naves de guerra más antiguas de la especie humana. Las gélidas olas de irrealidad rompieron contra su proa, retemblaron a su paso y formaron imágenes que los ojos humanos jamás podrían captar.

El *Eco* mismo rondaba por los confines de la consciencia de Octavia. A diferencia del alma contrariada y resentida que había demostrado tener el *Pacto*, el *Eco de la Maldición* poseía un corazón grandioso y predispuesto.

Terra no tenía tiburones, aunque Octavia sabía de su existencia gracias a los archivos del Mundo del Trono. Se trataba de depredadores que moraban en los mares antiguos y que necesitaban avanzar en todo momento ya que, de lo contrario, morían. Eso era el *Eco*, en esencia. No deseaba más que correr a plena potencia, traspasar las barreras de la disformidad y dejar el mundo material atrás.

—*Has prestado demasiada atención a la llamada de la disformidad* —reprendió Octavia a la nave mientras el sudor le corría por las sienes.

—*Quemar, quemar, quemar* —le transmitió la nave—. *Más fuerza a los motores. Más fuego en el núcleo*.

La navegante sintió que el navio aceleraba. La reacción instintiva de Octavia, que destelló a través de los cables neurosensibles que tenía conectados a las sienes y las muñecas, consistió en frenar aquella propulsión repentina por parte del *Eco*. La excitación tan primitiva de la embarcación penetró en su cuerpo de golpe por medio de los mismos puertos de conexión y la indujo a un escalofrío delicioso.

—*Calma* —transmitió Octavia—. *Calma*.

La respuesta de la nave consistió en otro esfuerzo para incrementar la potencia propulsora. La chica casi pudo imaginarse a los esclavos que trabajaban dentro de las cámaras cavernosas de las salas de máquinas sudar, pegar gritos y morir para alimentar los generadores al ritmo que estos exigían. Durante un instante, Octavia pensó que ella y el *Eco* sentían a la tripulación de la misma forma: como un enjambre de seres vivos insignificantes, como pulgas que les producían picor en los huesos.

La navegante se apartó de aquel cúmulo de sensaciones y rechazó las emociones primigenias de la nave con el objeto de reafirmarse en su posición de mando. El suministro de aire frío de su cámara besó el sudor de su piel, lo que causó otro escalofrío involuntario. Sintió lo mismo que si hubiera estado aguantando la respiración bajo agua hirviendo.

—Estribor —le susurró al orbe de voz portátil que flotaba por delante de su rostro mediante unos suspensores minúsculos. El aparato, que consistía en media calavera, transmitió sus palabras a la tripulación y a los servidores que se encontraban en la cubierta de mando de más arriba—. Estribor, tres grados, presuricen la propulsión para compensar la densidad de la disformidad. Los estabilizadores axiales están…

Y murmuró y murmuró sin apartar la vista de las tinieblas al tiempo que compartía el control del navio con la tripulación y el propio corazón colérico de la embarcación.

En el exterior, aquel panteón de inhumanidad etérea acometía con violencia contra el campo Geller de la nave. Quemaba las mareas y las hacía sangrar, por lo que se alejaban de la embarcación vertiginosa con recelo. Octavia apenas se molestó en pensar en las inteligencias frías e insondables que se ocultaban en la vacuidad infinita. Concentrarse en seguir la senda estrecha que abría por el Mar de las Almas requería toda su atención. Podía soportar los gritos, pues había nacido para ver lo invisible; para ella, el immaterium albergaba pocos secretos o sorpresas. Pero el entusiasmo impaciente del *Eco* amenazaba su concentración como nada lo había hecho antes; hasta la resistencia obstinada del *Pacto* había resultado más fácil de superar. Aquello había precisado fuerza. Esto precisaba templanza. Precisaba contarse a sí misma una mentira: que ella no compartía aquella alegría tan salvaje ni sentía la misma necesidad de darle plena potencia a los motores hasta niveles autodestructivos con el propósito de correr a mayor velocidad o de hundirse a mayor profundidad que cualquier otra alma, artificial o no.

El siniestro deleite del *Eco* se filtró otra vez por los alimentadores neuronales, lo que sazonó la sangre de la chica con el frenesí propio de una carga ofensiva. Octavia se apartó del vínculo para obligarse a respirar con mayor lentitud, a la vez que su cuerpo reaccionaba al placer simbiótico de la forma más primitiva.

—*Más despacio* —resolló conforme se lo transmitía al núcleo de la nave a la vez que lo pronunciaba en voz alta—. *La estabilidad del campo Geller flaquea*.

—*Tú flaqueas* —le espetó con una onda la consciencia insípida del Eco—. Eres esclava de la razón.

La nave volvió a propagar un temblor en consonancia con la navegante. Este fue más corto, pues había nacido de los músculos tensos y de los dientes apretados de la chica. Octavia extendió su voluntad sobre el espíritu máquina de la nave con un manto que denotaba control y concentración.

—*Yo soy tu navegante* —susurró en silencio y con actitud impositiva—. *Y, por tanto, yo te guío a ti.*

El *Eco de la Maldición* nunca se comunicaba con un lenguaje que pudiera percibirse; sus ondas de emoción y ansia formaban palabras que Octavia tan sólo comprendía gracias a que su mente humana luchaba por encontrarles significado, aunque la rendición por parte de la nave jamás se había manifestado tampoco como un mensaje. Lo único que notó la navegante fue que el espíritu máquina se encogía ante su acometida de voluntad y que se llevaba consigo la emoción que la chica le había impuesto.

—*Mejor* —sonrió Octavia entre lágrimas de sudor—. *Mejor*.

—*Ya estamos cerca, navegante* —respondió el *Eco*.

—*Lo sé*.

—Faros —murmuró en voz alta—. Faros en la noche. La espada de luz. La Voluntad del Emperador manifiesta. Un trillón de almas que gritan. Todos los hombres, mujeres y niños que se han rendido a los motores de almas del Trono Dorado desde el albor del Imperio Absoluto. Las veo. Las oigo. Veo el sonido. Oigo la luz.

Unas voces sibilantes culebrearon por sus oídos. Se corrió la voz de cubierta a cubierta de un modo de lo más patético al depender de gargantas mortales. A Octavia no le hizo falta mirar los mapas siderales hololíticos. No sintió ningún interés hacia los traqueteos y los repiques de los lectores auspex de espacio profundo.

—Se acabó —susurró con los labios brillantes debido a la saliva que los salpicaba —. Se acabó.

La mano que se posó sobre su hombro pudo haberla tocado un minuto, una hora o un año después. Octavia no estaba segura.

—Octavia —la llamó la voz, muy muy grave.

La chica cerró su ojo secreto y abrió los humanos. El humo vitreo le pegaba los párpados, por lo que le escocieron cuando los obligó a abrirse. Sintió la suave caricia de su cinta cuando se la ató en la frente.

—Agua —exigió con voz extremadamente rasposa. Sus ayudantes cuchicheaban en las cercanías; las manos que le llevaron la cantimplora sucia a los labios estaban acorazadas de azul medianoche. Hasta los movimientos más leves de las articulaciones de los nudillos emitían gruñidos suaves.

La navegante trago, tomó aire, y tragó más. Con manos trémulas, se limpió el sudor que comenzaba a enfriarse en su rostro y luego se quitó de un tirón los alimentadores intravenosos de los brazos. Los cables que tenía alojados en las sienes y la garganta podían seguir en su sitio por ahora.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó ella por fin.

—Dieciséis noches —contestó Talos—. Nos encontramos donde queríamos.

Octavia cerró los ojos mientras se hundía de nuevo en el trono. Ya estaba dormida antes de que Vularai cubriese la temblorosa figura de la navegante con una manta.

—Necesita comer —señaló la ayudante—. Dentro de dos semanas… El bebé…

—Haz lo que quieras —interrumpió Talos a la mortal cubierta de vendajes—. No me importa en absoluto. Despiértala dentro de seis horas y llévala hasta las cámaras de tortura. Todo estará preparado para entonces.

La muchacha se había vuelto a poner el respirador y en aquel instante escuchaba los sonidos de su propio aliento, ahora graves y guturales. La máscara que le tapaba la nariz y la boca anulaba todo sentido del gusto y del olfato, lo que la dejaba con el almizcle rancio de su propio aliento teñido con un matiz a cloro que le irritaba la garganta.

Talos se encontraba de pie detrás de ella; era evidente que iba a supervisar el momento. La muchacha se preguntó si en realidad se había quedado para impedir que echase a correr.

Seis horas de sueño no bastaban, ni mucho menos. Octavia sintió su fatiga como una enfermedad que la dejaba débil y lenta, como si la sangre se contuviera al recorrerle el cuerpo.

—Hazlo —ordenó Talos.

Ella no le obedeció; al menos, no de inmediato. Anduvo entre los cuerpos encadenados, al lado de las mesas quirúrgicas sobre las que yacían, a la vez que esquivaba a los servidores que tenían como única tarea conservar la vida de los cuerpos unos pocos instantes más.

Los restos tendidos sobre cada mesa apenas recordaban ya a seres humanos. Uno constituía una ruina muscular de venas al desnudo que sufría sus últimos estertores. Aquellos a los que habían desollado no estaban mucho mejor que aquel, del mismo modo que ocurría con aquellos a los que habían despojado de sus lenguas, labios, narices y manos. Todos tenían en común la devastación más absoluta: la profanación jamás había visto tamaña variedad. Octavia se abría paso por un monumento viviente al miedo y al dolor: he aquí la imaginación manifiesta de los Amos de la Noche.

Octavia miró a Talos y se alegró de que conservara el casco puesto. De haber visto siquiera una pizca de orgullo en sus ojos jamás habría sido capaz de volver a tolerar su presencia.

—La Galería de los Gritos… —comenzó a decir por encima de los lamentos y de los pitidos intermitentes de los monitores de pulso—. ¿Se parecía a esto?

El amo de la noche asintió.

—En gran medida. Ahora, hazlo —repitió.

Octavia tomó un sorbo de aquel aire envilecido, avanzó hasta la mesa más cercana y se quitó la cinta.

—Voy a ahorrarte más sufrimiento —le susurró a los escombros orgánicos que

antaño habían formado un hombre. Con sus últimas fuerzas, aquello giró sus ojos vidriosos en dirección a la chica, alzó la vista hacia el tercer ojo de la navegante y miró al olvido más absoluto.



UNA CANCIÓN SURCA LA NOCHE

El planeta Artarion III.

En la Torre del Emperador Eterno, Godwyne Trismejion observaba cómo el astrópata se retorcía de dolor y forcejeaba contra las correas de seguridad. No se trataba de algo inusual. Su trabajo consistía en supervisar a los durmientes a su cargo y en llevar un seguimiento a medida que enviaban con somnolencia sus mensajes a otras mentes receptivas situadas en otros mundos. Godwyne encontraba divertido, a pesar de no tener muchas luces y de ser un tanto torpe, que en un imperio compuesto de un millón de mundos la forma más fiable de entregar un mensaje a otro planeta consistiera en llevarlo hasta allí uno mismo.

A pesar de eso, sus protegidos tenían un papel que representar. En Artarion III se utilizaba mucho el contacto astropático, tal y como cabría esperar en un mundo tan dado a los intereses comerciales entre gremios.

El astrópata comenzó a sangrar por la nariz. Eso también se encontraba dentro de los parámetros tolerables. Godwyne apretó un interruptor de acero y enunció el siguiente mensaje por el receptor de voz de la consola:

—Los signos vitales de Unon fluctúan dentro de los niveles… tolerables… —comenzó a perder el hilo a medida que sus ojos observaban atentamente la gráfica llena de picos que figuraba en el listado impreso de la máquina. A cada segundo que pasaba, los picos se volvían más abruptos.

—Infarto súbito y… —Godwyne volvió a mirar al astrópata y vio que comenzaba a convulsionarse con gran intensidad—. Infarto súbito y… Por el Trono del Dios Emperador…

Algo húmedo y rojo estalló y salpicó la ventana del monitor. No pudo discernir nada entre aquel estropicio, pero cuando los equipos purificadores entraron seis

minutos después, llegarían a la conclusión de que se trataba del corazón y del cerebro del astrópata Unon, los cuales habían explotado a raíz de una presión psíquica externa sin precedentes.

Llegado a ese punto, Godwyne estaba al borde de sufrir un ataque de ansiedad mientras trabajaba en la consola, con las manos llenas de imágenes vagas sacadas de las mentes de sus pupilos astropáticos, con la cabeza llena del lamento de las sirenas a medida que más y más de ellos seguían muriendo.

—Pero ¿qué oyen? —gritó ante aquel aluvión caótico de frenesí informativo—. ¿Qué ven?

La Torre del Emperador Eterno, un nodulo psíquico de lo más caro y valioso que contaba con salvaguardas para hacer frente a las intrusiones demoníacas, absorbió toda la muerte y el dolor que acontecía dentro de sus paredes. Ni lo destiló ni lo filtró; se limitó a fusionar los miedos y estertores con la transmisión entrante, que de por sí provocaba espanto, y proyectó toda aquella mezcla abominable de regreso a la disformidad.

Las notas de la canción surcaron la noche, ahora con un nuevo coro.

Todo mundo que oyera la canción pasaría a añadir un nuevo coro a su vez.

• • • • •

El planeta Vol-Heyn.

En el archipiélago situado más al norte de ese planeta agricultor, un supervisor del Administratum miró, consternado, las manchas de sangre que caían sobre su manuscrito. Parpadeó y alzó la vista para mirar a su consejero, Sor Merem, deán local del Adeptus Astra Telepática, que se estremecía y se encogía sobre sí mismo.

El supervisor retrocedió de forma atropellada para alejarse del hombre convulso y activó el comunicador manual:

—Informen a la división médica de que el deán del Telepática ha caído víctima de una especie de apoplejía. —Estuvo a punto de reírse del golpe que el hombre se dio en la cabeza contra el borde de la mesa. La sangre le brotaba a chorros de los labios.

—¿Pero tú te has vuelto loco, o qué? —El supervisor se rio a medias mientras se tragaba su intranquilidad.

Unos gritos provenientes de otra parte del edificio llegaron a sus oídos. ¿Otros astrópatas? ¿Sus guardianes y responsables? Esos pobres infelices «dotados» con el habla sagrada siempre eran inestables y sufrían achaques; todos y cada uno de ellos se quedaban ciegos y débiles debido a la fusión de sus almas con el Trono Dorado. Oír gritos por los pasillos todas las noches a medida que los astrópatas enviaban y recibían sus muchos mensajes era de lo más cotidiano. Todos iban a acabar quemándose en menos de una década. El supervisor no se alegraba de aquel hecho;

así eran las cosas, sencillamente.

El deán se golpeó la nuca contra el suelo de piedra una y otra vez hasta el punto de estar sangrando mientras se mordía la lengua. El supervisor no lo entendía: aquel deán tan sólo llevaba una temporada de servicio. Le quedaban muchos años de uso antes de quemarse.

—¿Merem? —Le preguntó el supervisor al cuerpo presa de espasmos. La única respuesta que obtuvo consistió en la espuma que le salió al deán por la boca. Tenía los ojos abiertos por completo, aterrorizado de algo que sólo él era capaz de ver.

—Supervisor Kalkus —crepitó su comunicador manual.

—Hable —respondió—. Exijo saber qué ocurre.

—Supervisor… el…

—¿El qué? ¿Con quién hablo?

Algo gritó por el enlace de voz. No parecía humano. El supervisor comprobaría cuán cierto iba a ser esto último dentro de un par de minutos, cuando aquello llegase a su puerta.

• • • • •

En Nueva Meseta se conoció aquel fenómeno como «la Noche de la Canción Delirante», pues decenas de miles de ciudadanos de colmena tuvieron los mismos sueños tortuosos.

En Jyre, la fortaleza central del Adeptus Astra Telepática quedó destruida debido a los disturbios que se originaron en su interior y que luego se propagaron por las calles antes de que las fuerzas de defensa planetaria los acallasen tres semanas después.

En Garanel IV, casi la totalidad de los negocios de importaciones extraplanetarias en el seno de Ciudad Capital quedó paralizada a merced de una epidemia consistente en una enfermedad desconocida que afectó al sector de la urbe donde residía el gremio astropático.

La canción continuó sonando toda la noche.

• • • • •

El planeta Orvalas.

Una gran parte del mundo en sí era un yermo. Sus depósitos de mineral hacía tiempo que habían sido explotados hasta agotarse del todo, lo que había dejado la faz tectónica de aquel astro reseco surcada de cañones a modo de cicatrices. Los pocos humanos que quedaban mantenían una estación de retransmisiones astropáticas en la

órbita alta. Su deber sagrado era tan simple como crucial: interpretar los sueños, las imágenes, pesadillas y voces que llegaban de otros mundos por la disformidad, para luego retransmitirlas al conducto del Astra Telepática 001.2.57718.

Dieciséis minutos después de que su contingente de sujetos con dotes psíquicas recibiera el grito de muerte procedente de un buen número de mundos repartidos a lo largo del conducto astropático, la estación de retransmisión de Orvalas quedó del todo a oscuras. A partir de aquel momento, nunca volvería a hacerse referencia a su existencia en los anales imperiales. La totalidad de los quinientos cuarenta habitantes a bordo quedó registrada en las Crónicas de los Perdidos del Adeptus Astra Telepática, en el bastión de su cuartel general del mundo Heras, del subsector Corosia, situado a su vez en el Segmentum Ultima.

Las últimas transmisiones astropáticas provenientes de Orvalas llegaron hasta treinta y cuatro mundos, lo que imprimió más fuerza si cabe a la potente voz de aquella funesta canción.

• • • • •

Tardó cuatro horas.

La chica los mató con su vista secreta uno a uno. Cada uno de ellos la miró a su ojo oculto y, aunque ella nunca vio lo que vieron ellos, supo lo que les iba a pasar. El primero aulló al tiempo que estiraba sus brazos desprovistos de manos hacia ella y la golpeó con los muñones en la cara mientras moría. Todo lo que hizo falta para ello fue un breve vistazo al tercer ojo de la navegante. No existía arma más letal en toda la historia de la humanidad, por extensa y sangrienta que fuera. Cualquier viajero estelar sabía que mirar al ojo disforme de un navegante suponía conocer la muerte. No existía ningún relato sobre lo que los condenados a perecer así habían visto en sus profundidades. Nadie había sobrevivido nunca para contarlo.

Octavia tenía sus propias teorías, eso sí. Sus tutores le habían dado pistas basadas en sus propias indagaciones y en las evidencias que eruditos anteriores habían anotado en los archivos: cada uno de esos restos orgánicos de aspecto lamentable se había asomado a una ventana que mostraba la Encarnación del Caos. Sus mentes se habían abierto al horror que se ocultaba tras el velo y sus formas mortales habían quedado desgarradas, incapaces de contenerlo.

Algunos expiraron sin más y sus espíritus fueron libres, al fin, de abandonar los cascarones torturados que los encerraban. Otros se sacudieron en sus ataduras, poseedores de una vitalidad de la que habían carecido siempre, al tiempo que se retorcían hasta morir debido a lo mucho que agonizaban sus órganos al fallarles. Un buen número de ellos explotó delante de Octavia, a quien empaparon de visceras malolientes. Los bordes de los fragmentos de hueso salidos de las detonaciones la

cortaron y magullaron y el aire no tardó en espesarse debido a la fetidez. Para cuando mató al séptimo, ya tenía sangre en la lengua y mierda en la cara.

Cuando llegó al duodécimo, ya sangraba por el tercer ojo y ella misma babeaba y se estremecía. Al decimoquinto, apenas se tenía en pie. Al decimoctavo, ya no recordaba ni quién era.

Cuando mató al decimonoveno, perdió el conocimiento.

Talos no la dejó caer. La agarró de la nuca con una de sus manos acorazadas y obligó al rostro inconsciente de la chica a mirar a los condenados a morir. Con la yema de un dedo le mantuvo abierto el tercer ojo y mató a todo al que apuntaba con el cuerpo inerte de Octavia.

Al final, la navegante apenas respiraba ya. Sus ayudantes corrieron a socorrerla, pero el amo de la noche les advirtió que no se acercaran con una mirada fulminante.

—Voy a llevarla de regreso a su cámara. —Abrió el enlace de voz mediante un instante de concentración. Una runa cobró vida y destelló en su visualizador retinal —. Variel, atiende a la navegante en su cámara. Sus esfuerzos la han debilitado.

—Como desees —fue la respuesta crepitante por parte del Desollador—. La Primera Garra te espera en el puente de mando, Talos. ¿Vas a contarnos de una vez lo que has estado haciendo ahí durante las últimas cuatro horas?

—Sí —contestó Talos—. Sí, os lo contaré.

• • • • •

La Primera Garra se reunió alrededor del trono de mando. La luz, azul y anémica, que emitía la mesa hololítica proyectó destellos sobre las armaduras de los legionarios mientras observaban una sección transversal de la galaxia cuyos confines se encontraban en proceso de expansión. Primero, la imagen mostró un solo sistema; después, varios cercanos al primero; pronto, la sección transversal representó una franja vasta del Segmentum Ultima, aunque la distorsión del auspex le otorgaba una resolución borrosa y confusa en muchas zonas.

—Aquí. —Talos señaló la zona con la punta de su espada dorada. La Espada de los Ángeles hendió con suavidad la imagen hololítica brumosa con un arco amplio que cubrió cientos y cientos de estrellas así como los mundos esclavizados a ellas.

—¿A qué estoy mirando? —preguntó Cyrion.

Talos se quitó el yelmo y lo dejó sobre el borde de la mesa. Sus ojos, del todo negros, no apartaron la vista de la panorámica tridimensional temblorosa.

—A una danza galáctica —contestó con una sonrisa torcida—. Para ser más concreto, lo que ves es el conducto astrotelepático cero-cero-uno punto dos punto cinco-siete-siete-uno-ocho.

—Vaya —Cyrion asintió, por mucho que siguiera sin entender nada—. Pues claro.

Mira que soy tonto.

Talos apuntó a un planeta tras otro con la espada.

—Cada conducto astropático es tan único como una huella dactilar. Algunos se crean de forma artificial y consciente: se colonizan varios mundos para alinearse cerca de las rutas de tránsito disforme más estables, lo que permite a los durmientes psíquicos de cada planeta comunicarse a distancias indescriptibles. Otros, en cambio, nacen de la oportunidad y del azar, ya que puede ocurrir que lo que los impulsa sea la propia disformidad o un mero giro del destino, de modo que cierto número de mundos separados entre sí quizá cuente con la ocasión de entablar contacto entre ellos a través de los vientos solares.

»El Imperio posee centenares de estos conductos —prosiguió con una sonrisa—. Nacen, se desvanecen, se encumbran y se degradan en flujo constante. Al existir tan pocas alternativas astropáticas que otorguen un mínimo de fiabilidad, tampoco cuentan con muchas opciones más. Y aun con todo, se trata de un arte que se reduce a lanzar piedras rúnicas y escuchar susurros que llegan de ninguna parte, por lo que no se precisa ser un genio para utilizar uno de estos conductos. Pero este… Lo que acabamos de hacer, hermanos…

Mercutian se inclinó hacia delante mientras sacudía la cabeza en un gesto negativo.

—Por la sangre del Falso Emperador —maldijo—. Talos, ¿en esto consistía tu plan?

El profeta le ofreció la sonrisa propia de un sádico.

Cyrion miró con fijeza el arco de estrellas y planetas durante unos breves instantes más antes de dirigir la vista a sus hermanos.

—Espera. —Se dio cuenta por fin de las implicaciones, que le recorrieron la sangre con un escalofrío desagradable—. Espera. ¿Acabas de enviar un centenar de gritos de muerte astropáticos a través de un conducto psíquico consolidado?

—En efecto, eso he hecho.

Mercutian opinó al respecto con un matiz de ansiedad en la voz:

—Los has matado con… con una navegante. Eso es lo que hacías en las cámaras de tortura, ¿no es así?

—Así es.

—Esto nos viene grande, Talos —aseveró Mercutian—. Nos viene muy, pero que muy grande. Admiro que tengas la ambición suficiente como para lancear al puma de los peñascos directamente en el corazón, pero, si esto da resultado, las represalias nos van a borrar de las páginas de la historia.

Talos no varió la expresión de su rostro ni un ápice.

—¿Quieres dejar de sonreír? —le pidió Cyrion—. No estoy acostumbrado. Me pones los pelos como escarpias.

—¿Qué crees que va a pasar? —inquirió Mercutian—. Esto, como mínimo, va a aislar varios mundos durante décadas. En el peor de los casos, los arrasará.

Talos volvió a afirmar con la cabeza.

—Lo sé.

—Pues explícate —insistió Mercutian—. Déjate de sonrisas y explícate de una vez. Es posible que nuestras vidas se midan en horas.

El profeta envainó la espada.

—Esto se me ocurrió cuando Deltrian construyó el Alarido. Fue lo bastante diestro como para transformar el miedo y el dolor en una fuente de energía. Gracias a él, el miedo vuelve a ser una arma. El terror se ha transformado en el medio para alcanzar el fin, más que en el fin mismo. —Talos miró a sus hermanos a los ojos, lo que eliminó toda pretensión de grandeza por su parte—. Lo necesitaba. Necesitaba centrarme en una vida que mereciese la pena vivir.

Cyrion asintió. Mercutian lo miró en silencio. Uzas no apartó su mirada perdida de la imagen hololítica temblorosa; los demás no podían sino conjeturar si atendía o no a las explicaciones del profeta.

Cyrion se giró un poco y se dio cuenta de que la cubierta de mando al completo había quedado en silencio. Talos ya no se dirigía sólo a la Primera Garra; hablaba para los centenares de mortales y servidores a bordo del puente, la mayoría de los cuales miraba en exclusiva al profeta. Cyrion jamás había visto esa faceta de su hermano. Lo que estaba viendo era un atisbo de lo que el futuro podía depararles: un guerrero preparado para asumir el manto del liderazgo, un señor de la guerra listo para estar a la altura de su propia visión con respecto a lo que la Octava Legión había sido y podía volver a ser.

Y daba resultado. Cyrion lo veía en los ojos de la tripulación. La mezcla de confianza dubitativa y fanatismo de Talos tenía a los mortales embelesados.

—Tsagualsa —prosiguió Talos, cuya voz se había tornado más suave—. Nuestro refugio, así como nuestro segundo hogar. Me ha supuesto un mal trago encontrármela llena de vida infecta. Pero ¿por qué castigarlos? ¿Por qué destruir a estos débiles colonos que no pueden regresar a su casa? Su pecado no ha sido otro que vagar por la disformidad e ir a parar a un mundo que les ofreció su frío abrazo. Eso no es un crimen; si acaso, el único que han cometido es el de haber tenido mala suerte. Y aun así, ahí estaban: millones de ellos. Perdidos. Solos. Presas que escarban en la tierra. Qué poético resulta haberlos encontrado aquí, de todos los lugares posibles. En vez de castigarlos sin más, podríamos usarlos. ¿Qué mejor arma que blandir contra el Imperio que las almas de sus hijos extraviados?

Talos hizo un ademán hacia el despliegue de mundos y soles que figuraba en la imagen hololítica.

—Todas las noches mueren humanos. Mueren a millones, a billones, y alimentan la disformidad con los sentimientos que se apoderan de ellos cuando les llega la hora. Los astrópatas no son diferentes, excepto en lo que a la intensidad de sus emociones se refiere. Cada vez que muere uno, su alma de psíquico grita a un volumen mucho mayor hasta que termina de morir del todo. La disformidad bulle alrededor de esas

almas cuando se desligan de sus envolturas mortales.

La imagen hololítica giró para enfocar varios mundos que no se encontraban a demasiada distancia de la localización actual de la nave. Los datos de población y defensa, desfasados casi con toda probabilidad, se derramaron en líneas borrosas debido a la estática.

—Ya sólo con torturar a los astrópatas podríamos haber compuesto una canción de gritos de un volumen tan alto que las almas psíquicas de varios mundos cercanos podrían haberla oído y sentido. Pero con eso no habría bastado. La carnicería de astrópatas no es ninguna novedad. ¿Cuántas partidas de guerra legionarias han hecho eso mismo con el paso de los milenios? No sabría ni cómo empezar a calcularlo. Han usado esta treta desde tiempos inmemoriales para ocultar sus huellas tras los ataques. ¿Qué mejor forma de disimular tu huida que remover el caldero de la disformidad para espesar ese caldo primordial y retrasar a cualquier perseguidor? Suele dar resultados lo bastante buenos como para hacer de las incursiones demoníacas un riesgo que merece la pena correr.

Talos paseó por la cámara mientras miraba a los tripulantes mortales a los ojos.

—Tanto poder y dolor al alcance de las manos… Armas que pueden arrasar ciudades; una nave de guerra capaz de romper bloqueos de flotas enteras… Sin embargo, eso no significa nada en la Larga Guerra. Podemos dejar cicatrices sobre el acero, pero de igual forma puede hacerlo cualquier embarcación pirata de poca monta que disponga de una batería de macrocañones. Somos la Octava Legión. Infligimos heridas sobre la carne, el acero y las almas indistintamente. Nuestros actos han de tener sentido, de lo contrario nos merecemos que la galaxia nos olvide y deje que nos pudramos entre la mitología antigua.

Talos tomó aliento y, cuando siguió hablando, su voz mostró de nuevo aquel matiz suave.

—Así pues, le di voz a la melodía. Esa canción representa algo: una arma más auténtica que cualquier batería láser o cañón que se precie. Pero ¿cuál es la mejor forma de transmutar esta melodía en una espada capaz de derramar la sangre del Imperio?

Cyrion se fijó en los rostros de los tripulantes. Una gran parte de ellos parecía estar interesada en responder, mientras que otros aguardaban la respuesta con chispas de interés en los ojos. Por el Trono en llamas, de verdad que funcionaba. Jamás lo habría creído posible.

El que halló la respuesta fue Uzas. Alzó la vista, como si hubiera estado todo el rato atendiendo.

—Cantándola más alto.

Los labios de Talos se replegaron hasta formar la misma sonrisa enferma de antes. Miró a varios tripulantes como si compartiera una broma con ellos.

—«Cantándola más alto» —sonrió—. Hemos transformado a nuestros cantantes en un coro de gritos. Semanas enteras de dolor y miedo se han condensado para

componer un martirio de una pureza absoluta. A eso hay que añadir la tortura de los demás ciudadanos de Darcharna. La masacre de miles de humanos no es nada: una gota en el océano que representa la disformidad. Pero los astrópatas han bebido de ella. No han tenido otra elección sino escuchar, ver y sentir lo que ocurría. Cuando los psíquicos al fin murieron, expiraron como cadáveres hinchados debido al sufrimiento genocida, ciegos a raíz de los espectros que los rodeaban. Les dimos de comer sufrimiento y miedo noche tras noche. Cuando estos los hicieron gritar, fue en la forma de un dolor psíquico. Proyectaron sus chillidos en el momento de sus muertes, justo ahí, al interior del conducto astropático. Mundos y más mundos lo oyen en estos precisos instantes. Los astrópatas de esos planetas lo magnifican con su propio sufrimiento, por lo que añaden versos y coros a la canción para luego compartirlo con los demás planetas que lo siguen.

Talos dejó de hablar un momento y la sonrisa por fin desapareció de su rostro. Sus ojos recorrieron a los demás congregados y reflejaron el fulgor azul del hololito.

—Todo esto ha sido posible gracias a una argucia final. El método definitivo para imprimirle a la canción el volumen más alto que jamás hayamos podido imaginar.

—La navegante —adivinó Mercutian, sin aliento. Apenas podía concebir la idea.

Talos asintió.

—Octavia.

• • • • •

Se despertó y se encontró con que no estaba sola.

Uno de los amos de la noche se encontraba cerca de ella mientras consultaba un auspex montado en su avambrazo voluminoso.

—Desollador —dijo ella. Su propia voz la horrorizó en cuanto la oyó tan débil y aguda. Las manos se le fueron al estómago por puro instinto.

—Tu prole continúa con vida —la informó Variel con tono distraído—. Lo cual no esperaba de él en absoluto.

Octavia se tragó el nudo que le oprimía la garganta.

—¿«Él»? ¿Es un varón?

—Sí. —Variel no lo comprobaba desde el escáner, pues todavía llevaba a cabo ajustes y manipulaba los diales—. ¿Es que no me he expresado con claridad? Tu vástago posee todos los atributos y distinciones biológicas implícitas en el pronombre «él». Por lo tanto, como tú bien dices, es un varón.

Por fin, la miró.

—Padeces una lista bastante extensa de anomalías biorrítmicas y deficiencias fisiológicas de las que habrá que ocuparse en las próximas semanas si quieres recuperarte del todo. He informado con todo detalle a tus ayudantes de los cuidados

que necesitas y los compuestos químicos que has de ingerir. —Hizo una breve pausa y la miró con sus ojos azul pálido sin pestañear ni una sola vez—. ¿Hablo demasiado rápido para ti?

—No. —Volvió a tragar con pesadez. Lo cierto es que se sentía aturdida y se encontraba bastante segura de que iba a vomitar en un par de minutos.

—A mí me parece que no me sigues —insistió Variel.

—Tú sigue hablando y ya está, hijo de puta —le espetó la chica.

Él no hizo caso del insulto.

—También corres peligro de deshidratarte, de contraer gota, espondilitis o un episodio agudo de escorbuto. Tus aprendices saben tratar los síntomas e impedir que se desarrollen. Les he proporcionado los medicamentos pertinentes.

—¿Y el bebé?

Variel pestañeó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Está… sano? ¿Todas esas medicinas tendrán algún efecto sobre él?

—¿Y qué importancia tiene eso? —Variel pestañeó una segunda vez—. Mis órdenes son asegurar la continuidad de tu servicio como navegante. No siento ningún interés hacia el fruto bastardo de tu útero.

—Entonces, ¿cómo es que no lo has… eliminado?

—Porque si sobrevive a la gestación y la infancia, se le someterá a la implantación de la semilla genética para servir a la legión. Creía que era evidente, Octavia.

El apotecario comprobó por última vez las lecturas de su nartecium y se dirigió hasta la salida de la cámara con los pasos pesados de sus botas.

—Él no va a ser uno de vosotros —le aseguró la chica a sus espaldas, entretanto sentía que la bilis se le iba acumulando en la lengua—. Nunca será vuestro.

—¿En serio? —Variel se giró lo justo como para mirar por detrás del hombro—. Pareces estar muy segura de ello.

Salió de la estancia a la vez que los ayudantes se apartaban de su camino. Octavia se quedó mirando la compuerta blindada mientras se cerraba con un lamento tras él. En cuanto se marchó, la chica vomitó una hilo pegajoso de bilis y se desvaneció otra vez, repantigada en el trono. Fue así como la encontró Septimus casi media hora después.

Cuando entró, Vularai y los demás ayudantes ya habían conectado los alimentadores de nutrientes a las conexiones que Octavia tenía implantadas en las extremidades.

—Apartaos —les dijo el vasallo mientras formaban una barrera para impedirle el paso.

—La señora descansa.

—He dicho que os apartéis.

Varios ayudantes comenzaron a llevarse las manos a las pistolas y escopetas robadas que escondían tras sus túnicas. Septimus desenfundó ambas pistolas con un

movimiento muy diestro y apuntó con ellas a dos asistentes jorobados alejados entre sí.

—No nos dejemos llevar —les sugirió.

Antes de darse cuenta siquiera de que Vularai se encontraba allí, sintió el filo penetrante de su gladio en la nuca.

—La ama necesita descansar —siseó la ayudante. Septimus jamás se había dado cuenta de cuán viperina sonaba su voz. No le habría extrañado que la lengua que había debajo de todos aquellos vendajes fuese bífida—. Además, se supone que no deberías estar aquí.

—Y sin embargo aquí estoy, y no pienso marcharme.

—Septimus —intervino la voz débil de Octavia.

Todos se dieron la vuelta cuando oyeron aquel susurro.

—Ya la has despertado —le acusó Vularai.

Él no se molestó en responder. Septimus se la quitó de encima con una sacudida de hombros y fue a sentarse al lado del trono de Octavia.

Estaba pálida, tan pálida como si hubiera nacido para llevar aquella vida, y su delgadez resultaba casi cadavérica de no ser por la circunferencia considerable de su estómago. La sangre le formaba costras en la frente y nariz tras haber manado de detrás de la cinta y haberse secado. Él no estaba seguro del motivo, pero uno de los ojos de la chica no se abría. Esta se pasó la lengua por los labios resecos y cortados antes de hablar.

Ella debió de notarlo por la forma en que él la miraba.

—¿De verdad estoy tan horrible? —preguntó.

—Has… estado mejor.

La chica fue capaz de darle a Septimus una débil caricia en una de sus mejillas sin afeitar antes de volver a postrarse en el trono.

—De eso estoy segura.

—He oído lo que te han hecho. Lo que te han obligado hacer.

Ella cerró los ojos y asintió. Cuando contestó, tan sólo uno de los lados de su boca se movió.

—Lo cierto es que fue muy inteligente.

—¿Inteligente? —inquirió él, con los dientes apretados—. ¿Te parece inteligente?

—Usar a un navegante —resolló ella—. La visión secreta… para arrancarles las almas de los cuerpos… con la más pura y fuerte… conexión con la disformidad… —Se rio sin aliento, logrando poco más que estremecerse—. Mi precioso ojo. Les vi morir. Les vi desgarrarse. Sus almas arrojadas a la disformidad. Como niebla… que el viento deshizo.

Septimus le apartó los negros cabellos del rostro sudoroso con delicadeza.

—Ya basta —la tranquilizó—. Se acabó.

—Mi padre me contó que no existe peor forma de morir. Que no hay nada más doloroso. Ni más funesto. Un centenar de almas enloquecidas a causa del miedo y la

tortura que han muerto al mirar a la mismísima disformidad. —Soltó otra risa trémula y sin aliento—. No puedo ni imaginar cuánta gente está oyendo esos gritos de muerte ahora mismo. No puedo concebir cuántos estarán muriendo.

—Octavia —la calmó él a la vez que descansaba la mano sobre el vientre de la chica—. Descansa. Recupera las fuerzas. Nos vamos de la nave.

—Nos encontrarán.

Septimus le dio un beso en una de sus sienes perladas de sudor.

—Les animo a que lo intenten.



FALSA PROFECÍA

Talos reflexionaba sentado y a solas, envuelto en el silencio de la cámara de armas de la Primera Garra. Tras la actividad de las últimas semanas, había ansiado esa calma.

El *Eco de la Maldición* permanecía sedado, a la deriva, a la espera de que su navegante se recuperara antes de que se arriesgasen a volar de regreso al Gran Ojo. Resultaba muy probable que hasta un vuelo de corta duración matase a Octavia en su estado actual, por no hablar ya de los viajes que duraban meses o años en los que se surcaba la mayor parte de la galaxia.

Talos era del todo consciente de que ella nunca había navegado por una auténtica tormenta disforme. El Ojo era un refugio en absoluto acogedor, incluso para los hechiceros experimentados. Una navegante novata, en especial una tan fatigada, resultaba ser una traba que el amo de la noche no tenía ganas de poner a prueba a no ser que no tuviera otra elección.

Aún veía a los eldars cuando cerraba los ojos. Sus esbeltas siluetas danzaban en imágenes residuales parpadeantes de sombras contra sombras: en un instante eran negras y silenciosas; al siguiente, plateadas y estridentes.

Los eldars. Ya no necesitaba dormitar para verlos. Eso también suponía un problema. ¿Habría que echarle la culpa a Tsagualsa? Si ese fuera el caso, respirar el aire del Mundo Carroña había tenido justo el efecto contrario al que había pretendido. A pesar de haberle otorgado la inspiración que había buscado, ¿habría acelerado, además, el proceso degenerativo que sufría como si se tratase de una cura para el cáncer que no hiciera más que insuflarle mayor ahínco a la metástasis negra de un tumor?

Talos había discutido con Variel en el apotecarion hacía ya muchas semanas, pero la verdad del asunto era gélida por naturaleza. No necesitaba una lectura de auspex o

un escaneo biorrítmico para saber que su cuerpo se venía abajo. Los sueños ya eran prueba suficiente de ello. Habían empeorado de forma exponencial desde Crythe, pues resultaban más incapacitantes y menos fiables, pero claro, habían seguido siendo manejables. Al menos, durante un tiempo.

No. Los sueños con los eldars eran diferentes, ya que se trataba de algo más que de simples sueños. Ya no necesitaba estar dormido para sentirlos. Los gritos y las espadas de aquellos alienígenas dementes se habían vuelto tan reales como las paredes que lo rodeaban, tan auténticos como las voces de sus hermanos.

Lo que más le reconcomía era el enigma que suponía que los siguiera viendo. Desde el Iris Infernal, cuando los sueños le habían asaltado por primera vez, no había sentido ningún reparo de mostrar a las claras su renuencia con respecto a regresar al Ojo. Ahora, no obstante, aquella profecía parecía no tener fundamento. Xarl no podía morir dos veces. Talos nunca se había sentido más aliviado de haberse equivocado.

No era fácil decidir qué contarles a los demás y qué no. Si contara demasiado jamás le seguirían; si contaba demasiado poco, forcejearían con sus cadenas, reticentes a tenerle como guía.

—Talos —lo llamó una sombra situada en uno de los lindes de su visión. El instinto le obligó a mirar con rapidez a la izquierda. Nada. No había nadie. Ni se oía nada. Cuando suspiró, oyó el estrépito de una hoja contra la ceramita, tan tenue y brumoso como un recuerdo. El ruido podría haber surgido de cualquier otro lado de la nave, o bien podría habérselo imaginado.

La desavenencia de sus hermanos se enroscaba con los pensamientos sobre los eldars. Los demás legionarios querían huir sin darle la más mínima importancia a la posibilidad de matar a la navegante en el proceso. Lucoryphus había sido partidario de presionar a Octavia todo lo posible y luego, una vez la chica hubiera muerto, se limitarían a confiar en las corrientes disformes para llevarlos a casa. Desde otras Garras le habían llegado voces que expresaban deseos similares. El immaterium podía transportarlos a un lugar diferente del que pretendían, pero hasta preferían correr aquel riesgo que enfrentarse a una venganza segura por parte del Imperio.

Él había tranquilizado a aquellas voces al tiempo que se había obligado a sí mismo a no demostrar el asco que le inspiraban. Denotaban cobardía, hecho del que no se daban cuenta o bien al que no daban importancia. El castigo imperial iba a tardar todavía muchos meses en llegar, como mínimo. Iba a ser imposible emprender viajes disformes por las rutas cercanas a los mundos que habían caído víctimas del plan de Talos hasta que hubiera transcurrido un tiempo considerable. Después, los nodulos de mando del subsector serían capaces de discernir un patrón en los planetas que se habían visto afectados, lo que a los Amos de la Noche les iba a brindar meses, años quizá, de poder permanecer donde estaban, intocables e impunes. Incluso una vez reconocido el patrón, el Imperio y su disparidad de mundos iban a tardar siglos en encontrar el origen de la canción en el conducto telepático.

No, aún no había nada que temer. Al menos, no por parte del Imperio.

—Talos —susurró otra voz. Algo negro y grácil revoloteó a lo largo de su visión. El profeta miró en su dirección sólo para verlo desvanecerse.

—Talos —volvió a murmurar el aire.

Agachó la cabeza a la vez que respiraba con lentitud y disfrutaba, de un modo malsano, de los latidos punzantes que le recorrían las venas del cráneo. El dolor suponía un recordatorio de que seguía despierto. Constituía un consuelo más bien ínfimo pero del cual se sentía agradecido.

—Talos. —Se oyó un chasquido seguido del lamento, metálico y suave, de una pistola láser al cargarse.

Con la cabeza aún entre sus manos, sintió la amenaza de una sonrisa que jugueteaba con las comisuras de sus labios. Así que al final iba a ocurrir. Ya llevaba mucho tiempo esperándolo: el séptimo de sus esclavos había cambiado desde que la octava había llegado a bordo, por lo que aquel constituía un enfrentamiento que había aguardado sin demasiado entusiasmo.

—Septimus —suspiró—. Has escogido el peor momento para mover ficha.

—Mírame a la cara, hereje. —La voz no era la de su esclavo. Con lentitud, alzó la cabeza.

—Vaya —dijo Talos—. Saludos, archiregente. ¿Cómo se las ha arreglado para llegar hasta aquí?

Con aire casi distraído, miró al anciano. Las manos que agarraban la pistola robada se estremecían con sus muchas manchas hepáticas. La sangre saturaba las mejillas del hombre de edad avanzada; una sangre que, de haberse tratado de un guerrero de verdad, habría fluido a los músculos para prepararlos para la batalla. No obstante, se trataba de un viejo insensato que pensaba con la cabeza en lugar de luchar con el corazón. Talos dudaba incluso de que se atreviera a disparar.

—Como dato de interés, le diré que me está apuntando demasiado abajo, a juzgar por el ángulo de su arma —comentó el profeta.

El archiregente de Darcharna, aún ataviado con su túnica de hombre de estado, ahora mugrienta, elevó la pistola.

—Mejor —concedió Talos—. Sin embargo, aunque me fuera a disparar desde esa distancia, no es probable que consiguiera matarme. La Humanidad da a luz a sus semidioses a partir de muestras muy recias, por si no lo sabía.

El anciano se mantuvo en silencio. Parecía debatirse entre sucumbir a las ansias de llorar, de apretar el gatillo o de echar a correr de la estancia.

—Me intriga el hecho de que se encuentre aquí —añadió Talos—. Usted debería estar en Tsagualsa, junto a los otros a quienes perdonamos la vida. ¿Es que otra de las Garras le trajo aquí para convertirlo en un esclavo a nuestro servicio?

Siguió sin haber respuesta.

—Su silencio empieza a resultarme inaceptable, viejo, por no mencionar que nuestro diálogo se transforma en monólogo a cada momento que pasa. También me gustaría saber cómo se las ha apañado para sobrevivir varias semanas a bordo sin

encontrar un final desagradable en los pasillos del *Eco*.

—Una… de las otras…

—Claro. Una de las otras Garras le trajo a bordo como juguete. Ya decía yo. Ahora bien, ¿qué le ha motivado para ejecutar este asesinato tan desaconsejable y abocado al fracaso más estrepitoso?

Durante un instante, tan sólo un instante, el rostro del hombre se tensó hasta eliminar sus arrugas y se alargó hasta reconfigurarse en algo de elegancia inhumana que miró a Talos con ojos fríos y rasgados. El profeta tragó con pesadez. El semblante del eldar se desvaneció y lo único que dejó tras de sí fue al anciano.

El archiregente no respondió.

—¿Piensa hablar o ha venido aquí sólo para apuntarme con esa arma inútil?

Talos se puso en pie. El arma lo siguió mientras se sacudía con una intensidad mayor. Sin demostrar prisa ni impaciencia, Talos le quitó al hombre la pistola de las manos. La aplastó dentro de su puño y dejó caer los restos de metal retorcido sobre la cubierta.

—Estoy demasiado cansado como para matarle, anciano. Por favor, váyase de una vez.

—Miles de personas —susurró el archiregente con los labios llenos de saliva—. Miles y miles… Usted…

—Ya —asintió Talos—. Soy un ser terrible que con toda probabilidad va a arder en el fuego eterno de su queridísimo Emperador una vez me haya juzgado. Ni se imagina cuántas veces he oído amenazas similares, siempre a partir de los susurros de los oprimidos, los indefensos y los desesperados. No cambian nada; ni las palabras ni las personas que las lloran. Por lo tanto, ¿ha acabado ya?

—Toda esa gente…

—Ya. Toda esa gente. Están todos muertos y usted ha enloquecido a raíz de lo que ha presenciado. Esa no es excusa para venirme con gimoteos, humano.

Talos agarró al anciano por la garganta y lo arrojó al pasillo al que daba la cámara. Oyó el crujido de ramitas rotas que los huesos frágiles hicieron al quebrarse, pero fue incapaz de darle mayor importancia.

«Maldito viejo insensato…».

—Talos —lo llamó una voz dentro de la habitación. Sus ojos giraron de izquierda a derecha pero no le revelaron nada. Tampoco se extrañó.

Cuando volvió a sentarse y se llevó las manos a la cabeza, que no dejaba de dolerle, oyó una vez más cómo los sonidos oníricos de la lluvia y de una risa femenina se cernían sobre él de forma paulatina.

«No». La intrusión de aquel pensamiento súbito tenía la fuerza de la más fría e innegable de las revelaciones. «El Imperio no va a ser quien responda a esta atrocidad. De eso se va a encargar otro».

—Aquí Talos —transmitió por el enlace—. ¿Cuánto tiempo ha descansado la navegante?

La voz de un servidor le contestó tras una demora de siete segundos:

—Treinta y dos horas, cincu…

—Suficiente. Efectúen los preparativos para abandonar el sistema.

La siguiente voz que se oyó fue la de Cyrion, que aún se encontraba en el puente, donde Talos lo había dejado al mando.

—Hermano, hasta Variel nos aconsejó que no nos arriesgáramos a obligarla a navegar durante una semana o más.

Talos oyó un aullido por detrás de la voz de Cyrion: resultaba brutal y femenino a la vez, por extraño que fuera. Sonó demasiado nítido como para deberse a la distorsión del enlace, pero tampoco era posible que fuera real.

A pesar de ello, el alarido desbloqueó otro recuerdo igual que si le hubiera entregado un regalo no deseado:

«Lluvia». Talos cerró los ojos para concentrarse. «Una asesina en medio del aguacero. En algún lugar… Bajo una tormenta…».

«No, no, no». Todo empezaba a cobrar un sentido de lo más funesto. Él había evitado ir al Ojo al no querer verse obligado a enfrentarse a los eldars de Ulthwé, pues se negaba a postrarse ante la perspectiva de que sus hermanos murieran a manos de los alienígenas. Cuando Xarl cayó en Tsagualsa, él se había atrevido a creer que la profecía se había roto. Seguro que ahora que se había deshecho podría ignorarla como si fuera otro sueño falso más.

«Debe de ser eso —se burlaron de él sus pensamientos—. Seguro que ya estamos a salvo».

—Preparen la nave para navegar por la disformidad —ordenó Talos—. Tenemos que partir de inmediato.

—Vamos a tardar horas enteras sólo para poner a punto los…

Talos no hizo caso de lo que Cyrion decía, fuera lo que fuera. Ya había saltado por encima del cuerpo repantigado del archiregente, fuera de la cámara de armas de la Primera Garra, y había echado a correr por los corredores serpenteantes a toda velocidad en dirección a la proa.

«No, no, no…».

—Me importan un bledo los preparativos —transmitió por el comunicador—. Navegaremos a ciegas si es preciso.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó Cyrion—. ¿En qué piensas?

«Sólo un poco más de tiempo», imploró su mente, presa del frenesí. «Tenemos que salir de aquí».

Se encontraba a mitad de camino hacia las cámaras de Octavia cuando las sirenas comenzaron a emitir su lamento acuciante.

—A todo el personal —resonó la voz de Cyrion por el sistema de transmisión general de la nave—. Acudan a sus puestos de combate. Se acercan naves de guerra eldars.

• • • • •

Un crucero imperial no se limita a deslizarse de vuelta a la realidad tras un tránsito por el empíreo; irrumpe en el universo material a través de una herida en el vacío y deja tras de sí las estelas residuales de las mareas de locura que siguen pegadas a su casco. Su trayecto por el Mar de las Almas es una tormenta de colores, sonidos y gritos espectrales.

Cyrion tenía que admitir que, a pesar de lo violento y traumático que resultaban ese tipo de viajes, al menos le eran familiares.

Las naves de guerra eldars jugaban sus propias cartas con la disformidad. No mostraban trazas de energías etéreas ni precedían sus irrupciones mediante explosiones atroces en el tejido del espacio y el tiempo. En un instante veía estrellas. Al siguiente, las naves eldars rielaban conforme aparecían, como sombras que surgieran de forma fantasmal de otras sombras, y planeaban directas al *Eco de la Maldición*, que zozobraba.

Cyrion apenas conocía nada de la metafísica implicada en el viaje estelar eldar, aunque tampoco se sentía predispuesto a interesarse por él. En una ocasión había oído la palabra «telaraña», sacada a colación de los peregrinajes fantasmagóricos de los alienígenas por las estrellas, aunque aquel concepto no le decía nada. Los encuentros pasados con los eldar habían acabado bien en muy raras ocasiones y, además, los detestaba más que a la mayoría de sus hermanos, lo que lo convertía en un odio de lo más genuino. Sentía repugnancia hacia ellos y no se trataba de una incomodidad que le agradase, ni siquiera de un modo mezquino.

Vio los navios de guerra aparecer en el occulus, como si el espacio mismo los hubiera exhalado, y reaccionó de forma instintiva. Tratándose de Cyrion, lo primero que hizo fue maldecir en voz alta y de manera muy sentida. Lo segundo fue ordenarle a la tripulación que atendiera a sus estaciones de batalla. Lo tercero consistió en volver a maldecir con un largo río de improperios que podrían haber dejado perplejo al mismísimo primarca.

Las naves se aproximaron a ellos trazando arcos amplios; ni una sola navegó en línea recta hacia ellos. Ninguna de ellas dejaba de virar o serpentear por el vacío con aquellos arcos tan teatrales que habrían resultado tan impresionantes como imposibles por parte de una embarcación imperial. Mientras observaba el baile que los navios eldars representaban con aquella gracia tan nauseabunda, sintió que la lengua se le llenaba de un sabor crudo y rancio: hasta las glándulas que liberaban su saliva cáustica reaccionaron de un modo instintivo al asco que sentía, pues la tecnología humana, incluso la que contaba con los favores corruptores del Caos, jamás sería capaz de emular aquella redada alienígena. Le resultaba difícil compaginar lo que sus sentidos atestiguaban con lo que era factible dentro de las profundidades siderales desde el punto de vista de la física.

—Tú, el de ahí —dijo a uno de los tripulantes—. Sí, tú. Prepara la nave para huir por la disformidad.

—En ello estamos, señor, según las órdenes de lord Talos.

—Muy bien —respondió Cyrion, que ya hacía caso omiso del hombre—. Activen los escudos, agoten las armas… Ya saben, la impetuosidad de costumbre, si me hacen el favor.

Se sentó en el trono de mando (el trono de Talos, para ser del todo sincero) y observó el occulus con ojos recelosos.

—¿Nos trabamos en combate, señor? —quiso saber uno de los tripulantes uniformados.

—Tentador. Superamos a esas dos naves en tamaño por un amplio margen. Pero seguro que se trata de una avanzadilla de escoltas… De momento mantenga la distancia y concéntrese en llevar a cabo los preparativos para penetrar en la disformidad una vez que nuestra navegante decida obsequiarnos con su atención.

En el occulus, una imagen remota se resolvió delante de las dos primeras. Era mucho más grande y lucía grandes alas angulosas de hueso y de escamas brillantes. La cristalina piel de serpiente de la nave relucía a medida que reflejaba el sol y ganaba velocidad.

—Otra nave de guerra eldar acaba de aparecer en el rango de los sensores —anunció a voces el maestre de escrutinio—. Es una nave comandante.

—Ya veo. Y a esa no la superamos mucho en tamaño que digamos —admitió Cyrion—. ¿Cuánto tiempo van a tardar en alcanzarnos?

El maestre de auspex jorobado negó con la cabeza, surcada de cicatrices por abrasamiento.

—Es difícil decirlo, señor. El cálculo basado en una propulsión convencional refleja que serían casi treinta minutos. Si siguen bailando así por el vacío podrían ser cinco o podrían ser veinte.

Cyrion se reclinó y apoyó las botas sobre uno de los reposabrazos del trono.

—Pues muy bien, mi querida y leal tripulación. Disponemos de unos breves momentos para disfrutar de nuestra mutua compañía antes de morir. ¿No os parece sublime?

• • • • •

Talos atravesó el mamparo como un borrón de ceramita azul y un rugido de articulaciones de armadura. Los ayudantes de Octavia corrieron despavoridos ante él con la misma prisa que se darían las ratas para huir de un gato. Hasta Vularai retrocedió con un sobresalto sin que la sorprendiera que no atendieran a su pregunta:

—¿Mi señor?

Octavia se giró en redondo tras haberse despertado a causa de las sirenas de emergencia. Pegó un brinco en su asiento cuando Talos detuvo su carrera de forma abrupta con el ruido sordo de sus botas, que propinaron martillazos tan fuertes sobre la cubierta que sacudieron el trono de la navegante.

Estaba tan cansada que casi parecía estar aturdida. A pesar de haber dormido durante varias horas seguidas y de que los alimentadores de nutrientes se afanaban por proveerla de sus necesidades concretas, la experiencia traumática de los asesinatos que se había visto obligada a cometer hacía tan sólo unos pocos días seguía patente en las manchas oscuras que mancillaban sus rasgos, al igual que la larga travesía para alcanzar aquel punto en los confines del Imperio. Sus ojos mostraban cercos de cansancio y su piel, húmeda y pegajosa, relucía a la luz diáfana de la cámara.

Miró a Talos y el bamboleo de la cabeza sobre sus doloridos músculos cervicales delató la migraña que tenía lugar tras su rostro.

—¿Eldars? —preguntó, confusa—. ¿He oído bien?

—Da un salto con la nave —exigió él—. Ahora.

—¿Cómo?

—Escúchame —rugió entre dientes—. Los eldars están aquí. Sintieron el grito psíquico que compusimos o, peor todavía, sus brujas lo predijeron de antemano, por lo que tenían una flota a la espera. Van a llegar más, Octavia. O realizas el salto, o morimos todos.

La chica tragó con pesadez mientras alargaba una mano para alcanzar el primero de los cables que la conectaban al trono. La debilidad hacía que le temblasen las manos, pero habló con voz firme y clara:

—¿Adónde? ¿Adónde vamos? ¿Al Ojo?

—Adonde sea menos aquí o allí, Octavia. Tienes una galaxia entera a tu disposición. Busca un sitio donde escondernos.

CUATRO
ACECHANTE DEL VACÍO



HUIDA

La nave de guerra huyó una y otra y otra vez.

Dos días después de su evasión inicial, regresó al vacío auténtico sólo para encontrarse con un bloqueo de cruceros eldars suspendidos en el espacio, a la espera. El *Eco de la Maldición* las evitó con un viraje desquiciado mientras efectuaba un picado giratorio y se propulsó a toda velocidad por el universo físico para regresar a la seguridad relativa que ofrecía el immaterium.

Tres días después, salió de su travesía interestelar con el objetivo de zozobrar hacia el mundo de Vanahym sólo para encontrarse con cinco cruceros eldars que ya orbitaban aquel planeta. Las naves alienígenas bracearon las velas reflectantes en cuanto se acercó el crucero de los Amos de la Noche a fin de abandonar la órbita e interceptar al navio de la Octava Legión.

Una vez más, el *Eco* huyó.

La tercera vez que abandonó la disformidad, no se detuvo ante el bloqueo de los eldars. El *Eco de la Maldición* invadió las frías mareas del espacio real y sus baterías entonaron, sumidas en la oscuridad, una canción con la que increpó a las naves alienígenas mientras pasaba en medio de ellas. Las naves eldars escoraron y viraron con una elegancia inaudita, incluidas aquellas cuyas velas solares estaban destrozadas tras recibir los impactos de las baterías de armas del buque de guerra de la Octava Legión. El *Eco* sobrepasó un combate que no podía ganar y concentró todo su fuego de castigo en mantener a raya las naves xenos el tiempo suficiente como para regresar a la disformidad.

La cuarta, la quinta, la sexta… En cada ocasión sucesiva en que salían del empíreo se encontraban con resistencias cada vez mayores cuanto más se alejaban de su punto de origen.

—Nos están cercando —comentó Cyrion tras la octava reentrada y el subsiguiente combate.

Talos se había limitado a asentir con la cabeza.

—Lo sé.

—No vamos a llegar hasta el Gran Ojo, hermano. No nos lo permitirán. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Pasó una semana. Luego dos. Después tres.

Tras su decimocuarta salida de la disformidad, el *Eco de la Maldición* quebró la paz de un cielo silencioso. Se abrió camino rasgando el reino material a lomos de una tormenta de rayos violetas y de humo rojo cornalina. Esta vez no hubo ninguna reentrada disruptiva en las profundidades del espacio; no hubo pausa para recabar fuerzas y escanear en busca de enemigos.

En esta ocasión el *Eco* penetró en la realidad y siguió corriendo con el fulgor de los motores a plena potencia. La nave de guerra atravesó los tonos psicóticos de la nebulosa Praxis y se adentró cada vez más en aquella nube de gas inmensa. Talos dejó que los motores rindieran al máximo para propulsarles a velocidades que provocaban que el casco retemblara.

—No hay eldars —observó Cyrion.

—No hay eldars todavía —le corrigió Talos—. Avante a toda máquina. Entierren la nave en la nebulosa, a tanta profundidad como sea posible.

Mientras los servidores comenzaban a comunicarse entre ellos, el maestre de escrutinio informó:

—Lord Talos, la…

—La interferencia del escáner —le interrumpió Talos, con voz tranquila—, es el motivo por el cual estamos aquí. Soy consciente de ella, maestre de escrutinio.

La Primera Garra se reunió en torno al trono central y mantuvo la vigilancia junto a su líder. Uno a uno, el resto de amos de la noche supervivientes entró en la cubierta de mando, alzó la vista al occulus y todos lo observaron a la vez, en silencio.

• • • • •

Las horas pasaron.

De forma ocasional, Talos dejaba que su atención abandonase las estrellas para volver a echarle otro vistazo a la imagen táctica de la mesa hololítica. Al igual que el visor, la proyección hololítica mostraba estrellas, un mundo que giraba en el vacío y nada más.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —quiso saber.

—Cuatro horas —contestó Cyrion. Caminó por la consola de armas de proa a la

vez que miraba por encima de los hombros de los siete oficiales uniformados allí apostados—. Cuatro horas y treinta y siete minutos.

—El período más largo hasta ahora —observó Talos.

—Por mucho.

El profeta se inclinó hacia delante en su trono de mando recargado de ornamentos. La espada dorada de los Ángeles Sangrientos descansaba contra uno de los reposabrazos mientras que el bólter de Malcharion descansaba en el otro. Como un asiento presidencial de bronce requemado con fuego, el trono en sí se alzaba muy por encima del resto de la cubierta de mando sobre su estrado central.

Talos siempre había sido consciente de que en el *Pacto de Sangre* el Elevado había gustado de hallarse en aquella posición, por encima de sus hermanos. El profeta no compartía aquel sentimiento. Si acaso, se sentía desplazado con respecto a sus semejantes, pensamiento que no lo reconfortaba.

—Me parece que los hemos despistado —aventuró a conjeturar Cyrion.

—No digas eso —replicó Talos—. Ni lo pienses siquiera.

Cyrion escuchó los sonidos de la cubierta de mando, que contaba con su propia melodía: los chirridos de las palancas y los murmullos de los servidores, sumados a los pasos de botas sobre el metal. Un sonido tranquilizador.

—Deberías descansar —le aconsejó a Talos—. ¿Cuándo dormiste por última vez?

—Todavía no he dormido.

—Estás de broma.

Talos se giró para mirar a Cyrion a los ojos y le mostró un rostro lívido y demacrado, así como unos ojos nigérrimos carentes de lustre debido a la falta de sueño.

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—No, tienes pinta de haber muerto y de haber olvidado dejar de moverte. Han pasado tres semanas ya. Eres un insensato, Talos. Ve. Descansa.

El profeta se dio la vuelta para devolver la vista al occulus.

—Aún no. No hasta que hayamos escapado.

—¿Y si llamo al Desollador para que te dé el sermón?

—Variel ya ha acudido a aleccionarme al respecto. —Talos exhaló un suspiro pesaroso—. Hasta me mostró gráficas. Me puso al corriente al más mínimo detalle del esfuerzo al que someto a mi mente, y mencionó que el límite operacional del nodo catalepsiano para mantener despierto a un legionario son dos semanas.

—Te ha dado una lección de fisiología. A veces creo que se olvida de que antaño fuiste apotecario.

Talos no respondió. Se limitó a mirar las estrellas en el occulus.

«Tres semanas», pensó el profeta. No había dormido desde que aquella persecución interminable diera comienzo, cuando los eldars salieron del vacío, igual que fantasmas, a las pocas horas de haber matado a los astrópatas. ¿Cuántas veces habían desgarrado una senda de entrada y salida a la disformidad desde entonces?

¿Cuántas veces habían emergido de vuelta al espacio real sólo para encontrarse con que otro escuadrón eldar los estaba esperando?

«Tres semanas».

—No podemos seguir huyendo, Cyrion; mataríamos a Octavia, lo que nos dejaría varados.

Cyrion alzó la vista para mirar los huesos crucificados de Ruven colgados del occulus, en su puesto de honor.

—Casi me apena el hecho de que matases al hechicero. Sus poderes nos podrían haber ido de perlas ahora.

Talos, cuyos ojos demostraban un cansancio extremo, miró a su hermano. Algo parecido a la diversión relució en aquellas negras profundidades.

—Quizá —concedió Talos—. Pero entonces habríamos tenido que soportar su cháchara interminable.

—Muy cierto —contestó Cyrion. Tan pronto como terminó de enunciar la frase, las sirenas comenzaron a lanzar lamentos ululantes por toda la cubierta al unísono.

—Nos han encontrado —Talos se reclinó en el trono; su voz surgió como un susurro exhausto—: Nos han vuelto a encontrar. Octavia, aquí el puente.

La voz de la chica sonó tan cansada como la apariencia de Talos.

—Presente —declaró por los altavoces de la cámara.

—Al igual que los eldars —apostilló Talos—. Prepara la nave para realizar otro salto.

—No puedo seguir así —contravino ella—. No puedo. Lo siento, no puedo.

—Se nos echarán encima en veinte minutos a lo sumo. Sácanos de aquí.

—Os digo que no puedo.

—Dices eso desde hace más de una semana.

—Talos, por favor, escuchadme. Esto va a acabar conmigo… Un salto más. Otros dos más. Da lo mismo. Me estáis matando.

El profeta se levantó del trono y recorrió el pasamanos del estrado mientras se asomaba para observar el caos organizado que se sucedía en el puente de mando. La mesa hololítica parpadeó, llena de amenazas espectrales que navegaban directas hacia ellos: seis naves de guerra eldars cuyas alas similares a velas no figuraban en la imagen debido a la gran distorsión.

—Octavia —la llamó con voz conciliadora—. No pueden perseguirnos siempre. Necesito que te esfuerces un poco más. Por favor.

Se demoró varios segundos pero la nave misma dio la respuesta. Los temblores hicieron presa sobre la cubierta a medida que el motor de disformidad comenzó a reunir la energía necesaria para cruzar de una realidad a la siguiente.

—¿Recordáis la primera vez que tomé los controles del *Pacto*? —la voz de la chica resonó por toda la cubierta de mando. Su tono poseía una curiosa dualidad debido a que se había unido al espíritu máquina de la nave; una unión nociva que le ponía a Talos los pelos de punta.

—Sí, me acuerdo —respondió él por el comunicador—. Dijiste que podrías matarnos a todos, ya que somos herejes.

—Estaba más enfadada por aquel entonces. Y asustada. —Talos oyó a la chica tomar aliento—. Que todo el personal se prepare para la entrada en el Mar de las Almas.

—Gracias, Octavia.

—No deberíais dar las gracias a los esclavos —contestó ella; su voz duplicada resonó por la cámara—: Creerán que se trata de una relación entre iguales. Aparte, esto aún no ha dado resultado. Ahorraos los agradecimientos para cuando estemos seguros de que vamos a sobrevivir. ¿Cuál va a ser el curso de acción? ¿Correr o esconderse?

—Ninguno de los dos.

Todos los ojos del puente se dirigieron a él. Los guerreros de la legión que seguían en la cubierta de mando eran los que demostraban mayor interés.

—No vamos a correr —le aclaró Talos a Octavia por el comunicador, a sabiendas de que todos le observaban—. Vamos a enfrentarnos a ellos.

Talos transmitió unas coordenadas mediante el teclado situado en uno de los reposabrazos del trono.

—Llévanos de vuelta aquí.

—Por el Trono —maldijo Octavia, lo que hizo que la mitad de la tripulación del puente mostrase un gesto de dolor ante aquel improperio imperial—. ¿Estáis seguro?

—No contamos con el combustible necesario para seguir bailando a su son; tampoco podemos romper sus bloqueos. Si nos van a cercar como si fuéramos un rebaño de presas, al menos escogeré el lugar donde plantarles cara.

Cyrion se puso al lado del trono otra vez.

—¿Y si nos esperan allí?

Talos miró a su hermano durante un largo instante.

—¿Qué quieres que te diga, Cyrion? Haremos lo de siempre: los mataremos hasta que nos maten ellos a nosotros.

• • • • •

Mientras la nave surcaba la disformidad, Talos emprendió la marcha que le reuniría, una vez más, con la única alma a la que debía ver por razones de peso, no así por propia predisposición. Espada en ristre, avanzó con paso firme por los corredores sinuosos mientras en su mente se sucedían pensamientos oscuros y opciones más oscuras todavía. Estaba a punto de hacer algo que debía haber llevado a cabo hacía mucho tiempo.

Las puertas descomunales que daban al interior del Salón de la Reflexión se

abrieron con un ruido retumbante en cuanto se plantó delante de ellas. Los adeptos de baja categoría se giraron para recibirle mientras que los servidores continuaban con sus quehaceres.

—Cazador de Almas —lo saludó en actitud deferente uno de los sacerdotes que vestían el hábito monástico del Mechanicum.

—Me llamo Talos —le replicó el profeta mientras dejaba atrás al hombre—. Por favor, diríjase a mí por ese nombre.

Sintió que le agarraban de la hombrera y se dio la vuelta para mirar al rostro de aquel que había osado tocarle. Tamaña falta de decoro no resultaba en absoluto característica de cualquiera de los adeptos.

—Talos —dijo Deltrian, que inclinó el cráneo impasible que le hacía las veces de rostro—. Vuestra presencia, si bien no supone la violación de ningún código de conducta, es inesperada. Nuestra última interacción acabó en el acuerdo de que se os llamaría si acontecían cambios en el sujeto.

«El "sujeto" —pensó Talos—. Qué extraño».

—Soy consciente de nuestro acuerdo, Deltrian.

El cadáver cromado ataviado con túnica soltó la hombrera del guerrero.

—Y pese a ello, acudís armado a esta sala; blandís una espada en este lugar sagrado. Si se procesa vuestra conducta, sólo una conclusión cuenta con probabilidades significativas.

—¿Y cuál es?

—Habéis venido a destruir el sarcófago y a asesinar a Malcharion en su interior.

—Correcto. —Talos le dio la espalda y se dirigió, decidido, a la cámara anexa donde se encontraba el féretro ornamentado del sabio guerrero.

—Esperad.

Talos se detuvo, pero no porque Deltrian se lo hubiera ordenado. La sorpresa lo había clavado en el suelo y ahora sujetaba la espada con muy poca rigidez. Asimiló la escena que se mostraba ante él: el féretro decorado profusamente estaba encadenado en su sitio, cubierto de cables conectados, y lo habían acoplado al chasis de ceramita de un dreadnought acorazado. Las auras azules de los campos de estasis locales de baja intensidad seguían brillando alrededor de las extremidades de la máquina de guerra, lo que indicaba que aún estaba inmovilizada.

—¿Por qué habéis hecho esto? —Talos no apartó la vista de Malcharion—. No os di órdenes de que lo preparaseis como dreadnought.

Deltrian titubeó antes de pronunciarse al respecto:

—Los rituales ulteriores de resurrección requieren que el sujeto sea instalado dentro de la carcasa sagrada.

Talos no estaba seguro de qué decir. Quería rebatir al tecnoadepto, pero sabía que nada le iba hacer entrar en razón. La sorpresa que sentía se redobló al ver que otra persona ya se encontraba dentro de la cámara. Estaba sentada con la espalda contra la pared y apretaba con aire distraído el gatillo de un hacha sierra para escuchar el

lamento de las cuchillas del arma.

—Hermano —lo saludó el otro amo de la noche.

—Uzas. ¿Qué te trae por aquí?

El aludido se encogió de hombros.

—Suelo venir a verle. Debería regresar junto a nosotros. Le necesitamos, pero él no quiere que le necesiten.

Talos respiró con profundidad y de forma pausada antes de dirigirse a Deltrian:

—Activad los altavoces.

—Mi señor, yo…

—Activad los altavoces u os mato.

—Como ordenéis. —Deltrian se puso en marcha hacia la consola de control principal, acompañado de los chasquidos de sus piernas delgadas como palos. Una vez llegó, varias palancas rechinaron con chirridos malsanos.

La cámara se llenó de gritos: gritos sin aliento, animalescos, exhaustos. De algún modo, parecían proferidos por un anciano, con el mismo grado de debilidad arcaica y extenuada.

Talos cerró los ojos durante un momento, aunque su yelmo siguió mirando con fijeza al frente, tan inmisericorde como siempre.

—No lo soporto ni un segundo más —susurró—. Voy a acabar con esto.

—El sujeto está estable desde un punto de vista biológico —vocalizó Deltrian a viva voz, para hacerse oír por encima de los gritos—. También se le ha sumido en un estado de estabilidad mental.

—¿A vos os parece que esto suena a estabilidad mental? —El profeta todavía no se había dado la vuelta para mirarle—. ¿Es que no oís los gritos?

—Yo sí que los oigo —interrumpió Uzas—. Forman una música muy muy amarga.

—De hecho, sí soy consciente de la respuesta vocalizada al dolor —aclaró Deltrian —. Creo que indica que…

—No. —Talos negó con la cabeza—. No. No intentéis eso conmigo, Deltrian. Estoy convencido de que hay algo humano en vuestro interior. Esto no es una «respuesta vocalizada al dolor». Son gritos y lo sabéis. Lucoryphus estaba en lo cierto con respecto a vos: una mente que ha concebido el Alarido no puede ser tan fría como aseguráis. Entendéis el miedo y el dolor. Sé que es así. Sois uno de nosotros, con ceramita o sin ella.

—Los «gritos», entonces —concedió Deltrian. Por primera vez, su tono de voz expresó un matiz: una pizca de disgusto—. Como iba diciendo, hemos sumido al sujeto en un estado de estabilidad mental, relativamente hablando.

—¿Y si desactivarais los grilletes de estasis que apresan el cuerpo máquina?

Deltrian se vio obligado a titubear una vez más.

—Es probable que el sujeto nos mate a todos.

—Dejad de referiros a él como «el sujeto». Se trata de Malcharion, un héroe de

nuestra legión.

—Un héroe al que pretendéis asesinar.

Talos se volvió contra el tecnoadepto; la espada que blandía refulgía de fuego eléctrico.

—Ya ha muerto dos veces. Mi esperanza e ingenuidad os permitió jugar con su cadáver, pero no va a volver con nosotros. Ahora lo veo claro. Hasta intentarlo está mal, pues contraviene su última voluntad. Ya no tenéis permiso para entreteneros con sus restos mortales, encarcelados en una especie de agonía eterna e inerte. Se merece algo mejor.

Deltrian volvió a vacilar mientras procesaba una gama de respuestas potenciales en pos de una que apaciguase al señor de la nave en su exabrupto, letal y por tanto incómodo. Durante las breves pausas, los gritos no flaquearon en su intensidad.

—El sujeto… es decir, Malcharion, puede seguir al servicio de la legión. Si se le administrasen torturas aplicadas y un regulador de dolor correcto, sería una presencia devastadora en el campo de batalla.

—Ya he descartado esa opción. —Talos aún no había desactivado la espada—. No pienso tolerar que se maltrate su cuerpo; además, al estar demente bien podría disparar contra nuestras propias fuerzas.

—Pero puedo…

—¡Basta! Por el Trono en llamas, este es el motivo por el que Vandred perdió el juicio. Las luchas intestinas. Las disputas. Las Garras que acaban las unas con las otras en la oscuridad con puñaladas por la espalda. Puede que no haya pedido este estúpido pedestal en el que mis hermanos me han colocado, pero heme aquí, Deltrian. El *Eco de la Maldición* es mi nave. Tal vez huyamos, tal vez estemos malditos, pero no pienso morir sin luchar, del mismo modo que no pienso enfrentarme a la muerte tolerando esta humillación tan repugnante. ¿Me habéis entendido?

Deltrian no le comprendía, por supuesto. Eran palabras demasiado propias de un mortal para sus receptores auditivos. Toda acción cimentada en emociones o en procesos químicos mortales debía purgarse y obviarse.

—Sí —respondió.

Talos soltó una risotada que resultó ser poco más que un amargo ladrido de diversión y que contrastó con el telón de fondo que constituían los alaridos del dreadnought.

—Mentís de un modo pésimo. Dudo que recordéis siquiera lo que significa depositar un mínimo de confianza en otro ser.

Le dio la espalda al sacerdote y se subió con dificultad por el sarcófago, escalándolo con una sola mano. La espada de energía crepitaba con un zumbido grave siempre que estaba a punto de rozar los campos de estasis.

Talos miró con fijeza la imagen de Malcharion labrada con metales preciosos: su señor, su auténtico señor antes del reinado de Vandred, resplandecía en aquel momento pretérito de posteridad gloriosa.

—Cuán diferente habría sido todo esto… —declaró Talos— si siguierais vivo.

—No lo hagáis —Deltrian vocalizó su objeción, más tajante que nunca—: Este curso de acción viola los principios del juramento que mi círculo mantiene con la Octava Legión.

Talos no le hizo ningún caso.

—Perdonadme, capitán… —le pidió a la imagen grabada mientras alzaba la espada.

—Alto.

Talos se dio la vuelta, pero sólo porque le había sorprendido quién había hablado. El profeta permaneció a medio camino de subir del todo al cuerpo acorazado del dreadnought, listo para cercenar los cables de alimentación que unían la maquinaria de soporte vital al féretro.

—Alto —repitió Uzas. Aún no se había puesto de pie. Daba golpecitos con el filo dentado del hacha sobre la cubierta de forma rítmica, una y otra vez—. Oigo algo. Un patrón. Un patrón en medio del caos.

Talos se giró hacia Deltrian.

—¿Qué quiere decir?

El tecnoadepto estaba tan confundido por aquel diálogo que casi se limitó a encogerse de hombros. En vez de eso, asumió una conducta menos humana y emitió un chorro de código negativo.

—Se precisa clarificación. ¿Me solicitáis que descifre el sentido de las palabras de vuestro propio hermano con la expectativa de que pueda brindaros alguna respuesta?

—Entiendo —cedió Talos. Se soltó del sarcófago y sus botas chocaron contra la cubierta con un estrépito metálico—. Uzas, explícate.

Uzas seguía golpeando el suelo con el hacha con un ritmo metálico y ligero.

—Por debajo de los gritos. Escucha, Talos. Escucha el patrón.

Talos le lanzó una mirada a Deltrian.

—Adepto, ¿no podéis escanear aquello de lo que puede estar hablando? Lo único que oigo son gritos.

—Tengo dieciséis procesos esclavos que producen diagnósticos constantes.

Uzas alzó la cabeza al fin. La palma de la mano sangrienta que le decoraba la placa facial captó la luz tenue de la cámara.

—El patrón sigue ahí, Talos.

—¿Qué patrón?

—El… el patrón —respondió Uzas—. Malcharion vive.

Talos volvió a mirar al sarcófago.

—Honorable adepto, ¿me haríais el favor de explicarme exactamente en qué consiste el ritual de resurrección de vuestra orden?

—Ese conocimiento os está vetado.

—Por supuesto. Mantened los secretos, pues. Me conformo con una explicación… vaga.

—Ese conocimiento os está vetado.

El profeta casi se echó a reír.

—Esto es como intentar hacer sangrar una piedra. Colaborad conmigo, Deltrian. Necesito saber qué le estáis haciendo a mi capitán ahí dentro.

—Una combinación de pulsos de mejora sináptica, alimentadores eléctricos de soporte vital, estimulantes químicos y estabilizadores fisiológicos invasivos.

—Ha pasado mucho tiempo desde que jugaste a los apotecarios por última vez —el tono de Uzas evidenciaba la ancha sonrisa con la que había dicho aquello—. ¿Corro a buscar al Desollador?

A su pesar, Talos casi sonrió al oír una broma por parte de su hermano descarriado.

—A mí me parece lo mismo que muchos de nuestros métodos de tortura, Deltrian.

—Así es. El suj… Malcharion siempre ha sido un proyecto problemático. Despertarle requiere cantidades de esfuerzo y concentración excepcionales.

—Pero ahora está despierto —apostilló Talos—. Está despierto. ¿A qué se debe que el ritual persista?

Deltrian emitió una retahila que denotaba hastío por el vocalizador de garganta.

—¿Podéis decirme qué ha sido eso, en nombre de los muchos infiernos de la disformidad? —quiso saber Talos.

—Una expresión de impaciencia —contestó el adepto.

—Qué mortal por vuestra parte.

Deltrian volvió a ejecutar el sonido, aunque esta vez a mayor volumen.

—Con el debido respeto, habláis desde la ignorancia. Los rituales de resurrección no cesan sólo porque el sujeto se halle despierto desde un punto de vista físico. Su mente no es consciente de su entorno. Hemos despertado sus restos físicos, lo que le permite unirse a la máquina de guerra sagrada. Sin embargo, su mente continúa perdida. El ritual tiene el objetivo de reabastecer y restituir su pneuma.

—Su… ¿qué?

—Su consciencia sobre sí mismo y la capacidad para razonar de acuerdo a los estímulos. Su esencia consciente, la manifestación de su espíritu vivo.

—Su alma, queréis decir. Su mente.

—Si así lo preferís. Hemos recuperado su cuerpo y cerebro, pero no su mente y alma. Son procesos diferentes.

Talos sorbió el aire rancio y reciclado por entre los dientes.

—Yo tenía una perra antes. Xarl solía darle golpes con un palo.

Deltrian se quedó de piedra. A pesar de que sus lentes oculares permanecieron fijas e inmóviles, sus procesadores internos marcharon a toda prisa para tratar de comprender aquello y no perderse en la conversación que mantenían.

—Perro —enunció en voz alta—: Mamífero cuadrúpedo. Familia *Canidae*, género *Canis*. Orden *Carnívora*.

Talos miraba de nuevo el ataúd a la vez que escuchaba los gritos.

—Sí, Deltrian. Un perro. Eso fue antes de que Nostramo ardiera, antes de que Xarl y yo nos uniéramos a la legión. Éramos niños y la mayoría de noches las pasábamos en las calles, poco conscientes de la anarquía que se adueñaba del mundo a las afueras de nuestra ciudad. Creíamos que vivíamos en el corazón de las guerras de bandas. Con el tiempo, esa ingenuidad demostraría ser casi divertida.

El tono de voz de Talos no varió ni un ápice cuando prosiguió:

—Era una perra callejera. La alimenté, y después me siguió a todas partes. Una mala pécora; nunca vacilaba en enseñar los colmillos. Cuando se quedaba dormida, Xarl la atizaba con un palo. Se moría de risa cuando la perra se despertaba, ladraba y abría y cerraba con fuerza las fauces. Una vez, incluso cuando el animal ya se había levantado y le ladraba, él siguió dándole golpes. Tras un par de minutos burlándose de ella, la perra se le tiró a la garganta. Xarl alzó el brazo justo a tiempo, pero ella le mordió con ferocidad la mano y el antebrazo.

—¿Y qué pasó con la perra luego? —preguntó Uzas con un tono de voz lleno de curiosidad que sorprendió a Talos.

—Xarl la mató. Le abrió la cabeza con una llanta a la mañana siguiente, mientras estaba dormida.

—De esa no se despertaría ladrando —observó Uzas en el mismo tono de voz extraño y suave.

Deltrian titubeó antes de contestar:

—La relevancia de este hilo conversacional adyacente se me resiste.

Talos inclinó la cabeza para señalar al féretro.

—Lo que digo es que él ya está despierto, Deltrian. ¿Y cómo habéis actuado desde que se despertó? Me habéis dicho que necesitaba que lo estabilizaran, pero el caso es el mismo: ahora está despierto. Decidme, ¿qué habéis estado haciendo?

—Los rituales de resurrección. Reitero: pulsos de mejora sináptica, alimentadores eléctricos de soporte vital, estimulantes químicos y estabilizadores fisiológicos invasivos.

—Así que habéis filtrado compuestos químicos enloquecedores y estimulantes eléctricos por el cuerpo de un guerrero herido de muerte, que además ya ha demostrado que su simbiosis con el sarcófago no sigue los patrones normales.

—Pero…

—Está despierto, y como ahora también está loco, intenta tirarse a vuestra cara. Le habéis atizado con palos, Deltrian.

Deltrian caviló sobre aquello:

—Procesando… —anunció—. Procesando…

Talos no había dejado de escuchar los gritos.

—Pues procesad más rápido. Los gritos de mi capitán no son música a mis oídos, Deltrian.

—El sujeto en ninguna ocasión ha dado señales de estar en posesión de sus

facultades cognitivas superiores. De haberlo hecho, se pondría fin a los rituales de resurrección de inmediato.

—Pero habéis dicho que los despertares de Malcharion nunca siguieron patrones convencionales.

—Los… —Deltrian, por primera vez desde hacía siglos, comenzó a dudar de sus hallazgos—. Los… Procesando.

—Procesadlo, sí —respondió Talos mientras se alejaba—. A veces, Deltrian, compartir vuestros secretos con aquellos en quienes podéis confiar sale rentable. Y pensar como un mortal no siempre supone una maldición.

—Se percibe la presencia de un fallo potencial —vocalizó Deltrian, que todavía escrutaba resmas y resmas de cálculos conforme le descendían por las retinas—. Vuestra suposición quebranta el ritual establecido y sacrosanto en favor de una conjetura que se fundamenta sobre todo en emociones. De demostrarse incorrecto vuestro razonamiento, el daño que recibiría la fisiología del sujeto podría resultar irreparable.

—¿Os parece que me importa? —Los rayos bailaron por la superficie de la hoja áurea mientras Talos se acercaba a la mesa de control central. El profeta recorrió su superficie con la mirada; un ejército de diales, de pantallas de escaneado, de medidores térmicos, palancas e interruptores. He aquí lo que bombeaba veneno y dolor dentro del cuerpo de su capitán.

—Apagadlo —ordenó.

—Negativo. No puedo permitir que un acontecimiento semejante tenga lugar basado en conceptos tan falibles como son la suposición mortal y una metáfora centrada en las interrupciones del sueño de un mamífero cuadrúpedo. Talos. Talos, ¿me oís? Desactivad vuestra espada, mi señor, os lo ruego.

Talos alzó la espada y Uzas se echó a reír.

—NO —Deltrian vocalizó, a modo de arma, un estallido de sonido desgarrador que habría dejado sordo a cualquier mortal, aparte de dejarlo incapacitado. El casco de Talos lo volvía inmune a tales teatralidades. Él mismo había usado aquella táctica demasiadas veces como para verse afectado por ella ahora—. TALOS, NO.

La hoja cayó y la unión repelente del campo de fuerza y la maquinaria delicada de la consola dio a luz una explosión que arrojó escombros por toda la cámara.

● ● ● ● ●

Talos se puso de pie en medio de la incertidumbre silenciosa que rodeaba al acto que acababa de cometer y su primer pensamiento fue de una naturaleza bien extraña: Uzas ya no apretaba el gatillo del hacha sierra. A través de la escasa densidad del humo pudo ver a su hermano de pie junto a la pared, así como a Deltrian, que había

salido disparado por el suelo de la cámara hasta unos metros más allá.

Los campos de estasis seguían activados, por lo que aprisionaban los miembros del dreadnought y generaban un zumbido ronco lo bastante intenso como para provocarle dentera al profeta. No obstante, los gritos habían cesado… Aquella cámara estéril se encontraba ahora, de algún modo, cargada debido a aquella ausencia; ocurría de forma similar a cómo el ozono satura el aire tras una tormenta.

Talos miró con gran atención aquella máquina de guerra colosal mientras esperaba y escuchaba: sus sentidos buscaban el más mínimo cambio que pudiera darse.

—Talos —lo llamó Uzas.

—¿Sí, hermano?

—¿Cómo se llamaba tu perra?

«Keza», pensó.

—Silencio, Uzas —dijo.

—Mmmm —murmuró el otro amo de la noche.

El dreadnought no se movió. No pronunció ni una sola palabra. Permaneció en silencio, muerto, de una vez por todas y… para siempre.

—Has matado a Malcharion —le reprobó Uzas mientras se le acercaba—. Esa fue siempre tu intención. Todo eso que dijiste… Tú querías ayudarle a morir, por mucho que dijeras.

El sabor de la victoria era de una insipidez aborrecible. Talos se lo tragó antes de responder:

—Si tenía que vivir, que así fuera. Si tenía que morir, la tortura se acabaría y habríamos cumplido su último deseo. Fuera como fuera, pensaba poner fin a esto.

Deltrian rodeó las ruinas que quedaban de la consola de control a la vez que sus brazos auxiliares se desplegaban y recogían fragmentos humeantes.

—No —musitaba para sí—. Inaceptable. Sencillamente inaceptable. No, no, no…

Talos no pudo evitar mostrar una sonrisa amarga e inoportuna.

—Ya está hecho. —El alivio que lo embargaba resultaba palpable.

—Talos —lo llamó una voz de una guturalidad arcaica y provista del volumen suficiente como para que la cubierta retemblase.

En aquel preciso instante, las puertas de la cámara se abrieron con el chirrido hidráulico de sus mecanismos. Cyrion entró mientras lanzaba una calavera al aire y la atrapaba cada vez que caía de regreso a él. Estaba claro que se trataba de uno de los cráneos de su armadura, pues una de sus cadenas estaba rota y repiqueteaba contra su cadera.

Se detuvo y analizó la escena: Talos y Uzas estaban de pie juntos mientras miraban al dreadnought; Deltrian también estaba ahí, con todos los brazos desplegados, y miraba en la misma dirección que los legionarios.

—Talos —repitió aquella voz atronadora, alterada debido al comunicador—. No puedo moverme.

Cyrion se rio en cuanto oyó la voz.

—¿El capitán Malcharion vuelve a estar vivo? ¿Acaso no merecía un mensaje general a toda la nave?

—Cyrion… —consiguió musitar Talos—. Cyrion, espera…

—Cyrion —declamó el dreadnought—. Sigues vivo. Y yo que pensaba que ya no existían los milagros.

—Es muy agradable volveros a ver, mi capitán. —Cyrion se acercó al chasis del dreadnought y alzó la vista al sarcófago encadenado en su carcasa blindada.

Interceptó la calavera en el aire una vez más.

—Bueno —le dijo a la máquina de guerra inmensa—. ¿Por dónde empiezo? He aquí una lista de lo que ha ocurrido mientras dormitabais…



PESO MUERTO

Los últimos guerreros de la Décima y Undécima Compañías se habían reunido en la sala de guerra del *Eco de la Maldición*. Ni uno solo de ellos se movió durante siete horas, pues todos permanecieron al lado del profeta y del sabio guerrero. De vez en cuando, uno de los amos de la noche de las otras Garras añadía sus recuerdos a los que Talos relataba a Malcharion para ponerle al corriente.

Por fin, Talos dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Y entonces, os despertasteis —finalizó.

El dreadnought emitió un chirrido desde lo más profundo de sus entrañas, un sonido similar al cambio de marchas de un tanque. Talos se preguntó si aquello era el equivalente de un gruñido, una maldición o de un mero carraspeo para aclararse una garganta que ya no poseía.

—Has obrado bien.

Talos estuvo a punto de sobresaltarse al oír aquella declaración repentina.

—Conforme —respondió tan sólo por la necesidad de decir algo, lo que fuera.

—Pareces sorprendido. ¿Esperabas que estuviera enojado?

Talos fue del todo consciente de la atención con la que le miraban sus hermanos.

—Esperaba poder mataros en el mejor de los casos, o despertaros en el peor. En ningún momento se me había pasado por la cabeza que pudierais montar en cólera.

Malcharion fue el único habitante de la sala que se quedó del todo quieto. A pesar de que los demás permanecieron en el mismo sitio, cambiaban de postura de vez en cuando, ladeaban la cabeza o compartían murmullos entre sus compañeros de Garra. Malcharion resultaba monumental en su quietud; no respiraba ni se movía en lo más mínimo.

—Debería matar a ese maldito tecnosacerdote —tronó.

Al otro lado de la cámara, Cyrion rio para sí. Convencer a Malcharion de que no aniquilase a Deltrian por la resurrección tan traumática y agónica que había sufrido le había llevado cierto tiempo a los dos hermanos. Deltrian, por su parte, se había sentido mortificado debido al fracaso de sus rituales de resurrección; eso sí, a su modo sutil e inconmovible.

—Pero los eldars… —Talos no estaba seguro de cómo terminar la frase.

—Incluso sin disponer de oficiales, te las has arreglado para mantenernos con vida todo este tiempo, Talos. Recuperar el *Eco* también ha sido un gran detalle. La trampa de los eldars no tiene importancia. La única forma de haberla evitado habría sido permanecer en las fronteras, sin lograr nada ni marcar diferencia alguna en la galaxia. ¿Cuántos mundos pueden haber caído en la oscuridad gracias a tu grito psíquico?

Talos se encogió de hombros, pues no lo sabía a ciencia cierta.

—Docenas. Puede que centenares. No existe forma de saberlo sin acceder a los archivos imperiales una vez que se haya asentado el polvo de cada mundo que se haya visto perjudicado. E incluso así, quizá nunca lo sepamos.

—Has logrado algo más grande que todo lo que Vandred consiguió en su vida, incluso si no ha tenido lugar en el campo de batalla. No te avergüences de luchar con la cabeza en vez de con las garras por una vez. El Imperio sabe que aquí ha sucedido algo. Has plantado las semillas de una leyenda en el subsector: la noche en que un centenar de mundos cayó en la oscuridad. De algunos jamás se volverá a tener noticias, ya que el Imperio sin duda alguna aterrizará en ellos para encontrárselos despojados de toda vida a manos de los demonios que quedaron libres. He de confesarte, Talos, que eres más frío de lo que jamás me imaginé para haber podido idear un destino semejante.

Talos trató de dejar de ser el tema de conversación.

—Decís que el Imperio tendrá constancia de que aquí ha sucedido algo, pero los eldars ya lo saben. Para haber actuado con una celeridad como la que han demostrado, sus brujas debieron de haber escrutado el futuro y percibido algo en sus mareas de augurios alienígenas.

El dreadnought se movió por primera vez: giró sobre el eje de su cintura para mirar a los amos de la noche reunidos.

—¿Y eso os preocupa?

Varios de los presentes asintieron con la cabeza, mientras que otros guerreros le respondieron: «Sí, señor».

—Ya veo lo que estáis pensando.

Los amos de la noche devolvieron la vista a su capitán encarnado en aquella inmensa carcasa; un monumento que se alzaba imponente en honor a una vida devota al deber.

—No queréis morir. Los eldars nos rodean para que no podamos escapar de la batalla final y teméis la llamada de la tumba. Tan sólo pensáis en escapar, en vivir para

luchar otro día, en sobrevivir a costa de todo lo demás.

Lucoryphus emitió un siseo antes de pronunciarse:

—Nos hacéis parecer cobardes.

Malcharion se giró, acompañado del chirrido de sus articulaciones blindadas, para mirar al guerrero de los Rapaces.

—Has cambiado, Luc.

—El tiempo lo cambia todo, Mal. —La cabeza del legionario rapaz se sacudió hacia un lado, espasmo que provocó el lamento de los servos cervicales—. Fuimos los primeros en llegar a los muros del Palacio del Emperador en el Asedio de Terra. Fuimos las cuchillas de la Undécima antes de convertirnos en los Ojos Sangrantes. Y no somos unos cobardes, capitán de la Décima.

—Habéis olvidado la lección de la legión. La muerte no se compara en absoluto a tener la razón.

Lucoryphus croó con sonoridad emulando una carcajada.

—La muerte sigue siendo un final que me gustaría evitar. Impartamos la lección y vivamos para volver a impartirla otro día.

El dreadnought le contestó con un gruñido atronador.

—Si tenéis que impartirla dos veces es que no la habéis aprendido. Deja de quejarte de una vez. Antes de que acabe el día haremos frente a estos alienígenas en vez de preocuparnos de morir.

—Qué agradable es teneros de vuelta, capitán —intervino Cyrion.

—Pues deja de reírte como un niño —le increpó el dreadnought—. Talos, ¿cuál es tu plan? Será mejor que sea grandioso, hermano. No tengo ganas de morir una tercera vez en una operación que no sea, como mínimo, gloriosa.

Buena parte de los legionarios reunidos compartió unas aviesas risas entre dientes.

—No es una broma —refunfuñó Malcharion, con voz rugiente.

—Nos consta que no lo era, capitán —aclaró Mercutian.

El profeta activó el hololito táctico. Un denso campo de asteroides llenó el espacio que se encontraba por encima de la mesa de proyecciones, aunque dicha aglomeración resultaba todavía más multitudinaria en la porción de vacío sideral localizada por encima de un orbe desgajado. En el corazón de aquel racimo, una runa titilante representaba el *Eco de la Maldición*.

—Estamos a salvo de momento dentro del campo de asteroides de Tsagualsa.

Malcharion volvió a proferir el ruido de cambio de marchas.

—¿Cómo es que el campo de asteroides es tan denso en esta región? Por mucho que tenga en cuenta los patrones de deriva astronómica, esta imagen difiere mucho de la que recuerdo.

Lucoryphus le hizo un ademán al hololito.

—Talos destruyó la mitad de la luna.

—Bueno. —Cyrion se aclaró la garganta—. Puede que una quinta parte.

—Veo que has estado ocupado, Cazador de Almas.

—¿Cuántas veces tengo que sacaros a rastras de la tumba y deciros que dejéis de llamarme así? —Talos introdujo otro conjunto de coordenadas. El hololito se encogió, pues la pantalla se había alejado para mostrar el planeta Tsagualsa, y tanto a ese mundo como a su luna maltrecha los rodeó una hueste de runas parpadeantes.

—La flota enemiga se reúne más allá del perímetro del campo de asteroides, pero sus efectivos se niegan a ir en nuestra búsqueda así como a atacar los varios millares de almas que dejamos con vida en el planeta. Por ahora parece que se contentan con esperar, pero eso es todo. Han estrechado el cerco. Cada vez que pretendíamos huir hacia delante, nos obligaban a retroceder. Saben que no tenemos otra opción que no sea luchar. Estamos entre la espada y la pared.

Paseó la vista por la sala de guerra y miró a los ojos de sus últimos hermanos supervivientes: los guerreros de la Décima y Undécima Compañías, agrupados ahora en cuatro garras, por última vez.

—Tienes un plan —tronó Malcharion. No se trataba de una pregunta esta vez.

Talos asintió.

—Han estrechado el cerco para obligarnos a luchar, es cierto. Disponen de la potencia de fuego necesaria como para aniquilar al *Eco de la Maldición*, de eso no hay duda. Además, un número cada vez mayor de naves se reúne con ellos a cada hora que pasa. Pero aún podemos sorprenderlos. El enemigo espera que salgamos de nuestro escondite y nos sumerjamos en una batalla final en el vacío. Sin embargo, yo tengo una idea mejor.

—Tsagualsa —declaró uno de los otros amos de la noche—. No puedes decirlo en serio, hermano. Tenemos más probabilidades de salir victoriosos en el vacío.

—No. —Talos volvió a enfocar el hololito—. Al contrario. Y he aquí el porqué. —La imagen titilante se reconfiguró para mostrar un plano de la región polar de Tsagualsa, así como las ruinas irregulares de una estructura que antaño había agredido al cielo con la altura de sus torres. Varios de los legionarios reunidos compartieron exclamaciones con voz queda o sacudieron la cabeza en actitud incrédula.

—Nuestra fortaleza apenas se tiene ya en pie —prosiguió Talos—. El curso de diez mil años no ha sido amable con los pináculos y las almenas. Sin embargo, debajo de esas ruinas…

—Las catacumbas —rugió Malcharion.

—Exacto, mi capitán. Los barridos de auspex indican que las catacumbas apenas han cambiado. Su extensión sigue siendo de kilómetros en todas direcciones; un laberinto que cuenta con secciones enteras inmunes a los bombardeos orbitales. Impondríamos nuestras condiciones en esta lucha. Si los eldars tienen tantos deseos de llegar hasta nosotros, son libres de descender a la oscuridad. Los cazaremos mientras ellos nos cazan a nosotros.

—¿Cuánto tiempo podremos aguantar ahí abajo? —preguntó Lucoryphus con los

crepitares de su vocabulador.

—Horas. Días. Todo depende de los efectivos que desplieguen para perseguirnos. Si asumimos que van a enviar un destacamento del tamaño de un ejército capaz de llenar los túneles como un torrente, seguiremos siendo capaces de diezmarlos en mucha mayor cantidad que en un combate limpio. Más valen horas y días que un par de minutos, que es lo que duraríamos en el vacío. Creo que la elección está clara.

En aquel momento los guerreros se inclinaron hacia delante con las manos sobre las armas. La atmósfera había dado un vuelco, ya que toda la reticencia se había evaporado. Talos continuó con la exposición y esta vez se dirigió a las Garras:

—Es muy improbable que el *Eco de la Maldición* sobreviva a la huida hacia la atmósfera del planeta por corta que sea. Una vez irrumpamos de la región más densa del campo de asteroides, los eldars se nos van a pegar igual que una segunda piel. Todo aquel que pretenda sobrevivir deberá estar preparado para abandonar la nave.

—¿Y la tripulación? ¿Cuántas almas hay a bordo? —volvió a intervenir Malcharion.

—No estamos seguros. Treinta mil, por lo menos.

—No podemos evacuar a tantos ni podemos permitirnos que los miembros de la tripulación esenciales abandonen sus puestos. ¿Qué piensas decirles?

—Nada. Arderán junto al *Eco* —respondió Talos—. Yo me quedaré en el puente de mando hasta el último momento, de forma que la tripulación de mando no se dé cuenta de que la abandonamos a su suerte.

—Qué frialdad —comentó Malcharion.

—Pragmatismo, más bien. Y todavía hay más: esta es nuestra última batalla, por lo que nos condenaremos a nosotros mismos si flaqueamos en algún momento. La Primera Garra permanecerá junto a mí para prepararles a los eldars una última sorpresa. El resto descenderéis a la superficie del planeta mediante cápsulas de desembarco y Thunderhawks tan pronto como podáis. Perdeos bajo la superficie de Tsagualsa y preparaos para lo que vendrá. Recordad: incluso si sobrevivimos a esto, el Imperio acudirá a este lugar. Encontrarán a los supervivientes que dejamos en Santuario y propagarán el relato de nuestras hazañas. A los eldars no les importa la población en lo más mínimo. Están aquí para matarnos.

Fal Torm, de la recién formada Segunda Garra, soltó una risita demencial:

—Y ahora, de repente, hablas de sobrevivir. ¿Qué probabilidades tenemos, hermano?

La única respuesta de Talos fue una sonrisa particularmente desagradable.

• • • • •

Horas más tarde, el profeta y el Desollador andaban juntos por el apotecarion

personal de Variel. Las instalaciones de aquel lugar estaban más especializadas y disponían de muchos menos ayudantes y servidores que le entorpecieran.

—¿Es que no te das cuenta de cuánto trabajo me pides que desatienda sin más? —preguntó Variel.

«Desatender —pensó Talos—. Y Malcharion dice que yo soy frío».

—Por eso he venido a ti —contestó. Mientras hablaba, recorrió con la mano el brazo mecánico de una máquina quirúrgica a la vez que se la imaginaba en movimiento, cumpliendo con su deber sagrado—. Muéstrame ese trabajo.

Variel condujo a Talos hacia las cámaras de contención de la parte trasera del apotecarion. Ambos guerreros se asomaron y vieron la mercancía del Desollador acurrucada en unas celdas sin comodidades de ningún tipo, encadenada a las paredes con grilletes alrededor de la garganta.

—Parece que tienen frío —comentó Talos.

—Es lo más probable. Los mantengo en celdas de aislamiento asépticas. —Variel señaló con un gesto al primero de los niños. El chico no tenía más de nueve años, aunque su piel mostraba las cicatrices irregulares fruto de intervenciones quirúrgicas invasivas a lo largo del pecho, la espalda y la garganta.

—¿Cuántos tienes?

Variel no necesitó consultar el nartecium para darle la cifra exacta:

—Los que se adaptan de forma favorable a los varios estados de implantación suman sesenta y uno, con edades comprendidas entre los ocho y los quince años. Los que se encuentran en edades aptas para ser cosechados, pero que siguen sin estar maduros para la implantación, suman otro centenar más. Hasta el momento, han muerto poco más de doscientos.

Talos estaba muy familiarizado con esas cantidades:

—Es un promedio de supervivencia muy bueno.

—Me consta. —Variel sonó casi ofendido—. Soy hábil en mi profesión.

—Por eso necesito que sigas ejerciéndola.

Variel entró en una de las celdas, donde uno de los niños yacía boca abajo, inerte. El Desollador le dio la vuelta al chico con la punta de la bota. Unos ojos muertos le devolvieron la mirada.

—Doscientos trece —precisó, tras lo cual le hizo un gesto a un servidor para que se llevara los restos del niño—. Incinéralo —le ordenó.

—A la orden.

Talos no prestó atención al servidor mientras este llevaba a cabo su labor fúnebre.

—Hermano, escúchame un momento.

—Te escucho.

Variel no cesó de introducir notas en el teclado de su avambrazo para registrar más detalles todavía.

—No puedes luchar con nosotros en Tsagualsa.

Aquello provocó que el Desollador se detuviera. Con lentitud, Variel alzó los ojos,

cuyo azul hielo contrastaba con la negrura los de Talos, y le clavó una mirada estéril al profeta.

—Me voy a desternillar como sigas así —dijo el Desollador, sin reírse ni un ápice.

—Lo digo en serio, Variel. Portas la clave que propiciará una gran parte del futuro de la legión. Voy a enviarte lejos antes de la batalla. La nave de Deltrian es capaz de volar por la disformidad, de modo que le acompañarás, al igual que tu equipamiento y tu trabajo.

—No.

—No te lo estoy pidiendo, hermano.

—¡No! —Variel se arrancó la piel desollada de una de sus hombreras, lo que dejó al descubierto el símbolo de la Octava Legión que había debajo y que le clavó la mirada a Talos con sus cuencas oculares vacías—. Porto el Cráneo Alado de Nostramo, igual que tú. Lucharé y moriré junto a ti en ese mundo insignificante.

—No me debes nada, Variel. Ya no.

Por una vez, Variel pareció haberse quedado casi atónito.

—¿Deber? ¿Deber, dices? ¿Es así como ves nuestra hermandad? ¿Cómo una serie de favores que han de devolverse? Yo no te debo nada. Lucharé junto a ti porque ambos pertenecemos a la Octava Legión. Somos hermanos, Talos. Hermanos hasta la muerte.

—Esta vez no.

—No puedes…

—Puedo hacer lo que desee. Malcharion está de acuerdo conmigo. No hay sitio en la nave de Deltrian para más de diez guerreros adicionales, e incluso es mejor que ese espacio se reserve a las reliquias que han de devolverse a la legión. Tú y tu trabajo debéis sobrevivir por encima de todo.

Variel tomó aire.

—¿Te has dado cuenta alguna vez de con cuánta frecuencia interrumpes a aquellos con los que hablas? Resulta casi igual de irritante que el hábito que tiene Uzas de pasarse la lengua por los dientes cada dos por tres.

—Lo tendré en cuenta —respondió Talos—. Trabajaré en ese defecto de personalidad tan alarmante a lo largo de los muchos años de vida que me quedan. Así pues, ¿harás los preparativos? Si te doy doce horas y tantos servidores como necesites, ¿crees que podrás asegurarte de cargar tu equipamiento a bordo de la nave de Deltrian?

Variel descubrió sus dientes con una sonrisa rabiosa nada característica en él:

—Así se hará.

—No te había visto perder los nervios desde Fryga.

—Fryga fue un caso excepcional. Igual que este. —Variel cerró los ojos y se los masajeó con las yemas de los dedos—. Me pides demasiado.

—¿Acaso no lo hago siempre? Y necesito que me hagas otro favor, Variel.

El apotecario volvió a mirar al profeta a los ojos a la vez que percibía un matiz

poco tranquilizador en el tono del otro amo de la noche.

—Dime.

—Una vez que hayas partido, quiero que encuentres a Malek de los Atramentar.

Variel alzó una de sus delgadas cejas:

—No pienso volver jamás al Torbellino, Talos. Hurón me arrancaría la cabeza.

—No creo ni que Malek se haya quedado allí ni que los Atramentar se hayan unido al Cosechador de Sangre por propia voluntad. Si abordaron una nave de los Corsarios Rojos debió de haber otro motivo. No sé de cuál pudo tratarse, pero confío en él a pesar de lo ocurrido. Encuéntrale si puedes y dile que su plan dio resultado: Malcharion sobrevivió.

El sabio guerrero recuperó el mando y lideró a la Décima una vez más en sus últimas noches.

—¿Eso es todo?

—No. Dale las gracias de mi parte.

—Haré lo que me pides, si es lo que deseas. No obstante, la nave de Deltrian no va a ir muy lejos antes de tener que repostar. Es demasiado pequeña como para emprender vuelos muy sostenidos. Ambos lo sabemos.

—No tiene por qué ir demasiado lejos. Al menos, no al principio. Lo único que necesita es escapar de aquí.

Variel soltó un gruñido de desagrado.

—Puede que los eldars nos persigan.

—Sí. Puede. ¿Alguna queja más? Me haces perder el poco tiempo que puedo concederte.

—¿Qué hay de Octavia? ¿Cómo vamos a navegar por el Mar de las Almas sin un navegante?

—No lo haréis —contestó Talos—. Por esa razón irá contigo.

• • • • •

Podía haber deducido que la reacción de la chica iba a ser algo menos educada que la de Variel. De haberse molestado en predecir algo así, habría acertado de pleno.

—Me parece que estoy cansada y harta de cumplir vuestras exigencias.

Talos no la miraba directamente a ella, sino que caminaba alrededor del trono de la navegante a la vez que le lanzaba miradas de soslayo a la piscina llena de fluidos, donde, recordaba él, había morado la ocupante previa de la cámara. Había muerto cubierta de desechos orgánicos bajo los bólters de la Primera Garra. A pesar de que la memoria de Talos rayaba lo eidético, el amo de la noche se dio cuenta de que ya no era capaz de recordar el nombre de aquella criatura. Qué extraño.

—¿Me estáis escuchando? —quiso saber Octavia. Su tono de voz, de una cortesía

de lo más exquisita, volvió a acaparar la atención del profeta.

—Sí.

—Bien.

La muchacha se sentó en el trono mientras se acunaba el estómago, que estaba en proceso de hincharse cada vez más, con una mano. Su estado de delgadez casi demacrada ponía su embarazo de relieve más todavía.

—¿Qué probabilidades existen de que la nave de Deltrian llegue siquiera a un lugar seguro?

Talos no le vio ningún sentido a mentir. Le dedicó una mirada larga y penetrante y dejó que los segundos pasaran al son del ritmo cardíaco de la chica.

—Vuestras posibilidades de sobrevivir son tan reducidas que casi resultan irrisorias. Pero al menos hay posibilidades.

—¿Y Septimus?

—Es nuestro piloto y mi esclavo.

—Es el padre de…

Talos sostuvo una mano en alto, a modo de advertencia.

—Cuidado, Octavia. No me confundas con un ser capaz de conmoverse con súplicas emotivas. He despellejado niños delante de sus padres, por si no lo sabes.

Octavia apretó los dientes.

—Así que se queda. —No estaba segura de cómo llegó a decirlo, no obstante, se dejó llevar—: De algún modo u otro, me seguirá. No podéis retenerle aquí. Le conozco mejor que vos.

—Aún no he decidido su destino —respondió Talos.

—¿Y qué os ocurrirá a vos? ¿Cuál es vuestro «destino»?

—No vuelvas a hablarme con ese tono de voz. Esto no es la Corte Imperial de Terra, princesita. La altanería no me impresiona ni me maravilla, así que ahórratela.

—Lo siento —se disculpó ella—. Es que estoy… enfadada.

—Es comprensible.

—Entonces, ¿qué haréis? ¿Vais a dejar que os maten y ya está?

—Por supuesto que no. Ya viste lo que ocurrió cuando intentamos huir, cómo nos dimos de bruces contra bloqueos y más bloqueos de navios enemigos. No piensan dejarnos huir al Gran Ojo. El cerco se empezó a cerrar en torno a nosotros en el momento en que desencadené el grito psíquico. Vamos a plantarles cara aquí, Octavia. Si seguimos huyendo, perderemos nuestra última oportunidad de escoger dónde librar nuestra última batalla.

—No habéis respondido a mi pregunta.

—Vamos a morir. —Talos le hizo un ademán al banco de monitores de pared, cada uno de los cuales mostraba un ángulo diferente por fuera de la nave; cada uno de los cuales era un ojo que miraba con atención al millón de rocas que vagaba por el vacío—. ¿Cómo podría expresarlo con mayor claridad? ¿Crees que la situación puede ser más evidente? Las naves alienígenas que se encuentran fuera de ese campo de

asteroides aguardan a que movamos ficha. Estamos muertos, Octavia. Es lo que hay. Y ahora, asegúrate de que estás lista para abandonar la nave. Llévate lo que quieras; no me importa lo más mínimo. Dispones de once horas antes de que no te quiera volver a ver nunca más.

Se dio la vuelta y se marchó, empujando a un lado a dos de los ayudantes de la chica que no se quitaron de en medio con la rapidez suficiente. La navegante le observó marcharse al tiempo que degustaba la libertad por primera vez desde que el amo de la noche la hubiera capturado, si bien ya no estaba segura de que ese sabor fuera tan agradable como recordaba.

• • • • •

La puerta se abrió con una tracción suave y descubrió a su amo en el arco de la entrada.

Septimus alzó la vista con el casco de Uzas todavía entre las manos. El artificiero había estado inmerso en las últimas reparaciones de la cuenca ocular izquierda del yelmo.

—¿Mi señor?

Talos entró y llenó la cámara de aspecto modesto con un coro de servojuntas rugientes, aparte del zumbido sempiterno de su armadura encendida.

—Octavia se marcha de la nave en once horas —le informó el amo de la noche—. Vuestro hijo nonato se va con ella.

Septimus asintió. Sus ojos no abandonaron en ningún momento la placa facial de su amo.

—Señor, con el debido respeto, ya lo había supuesto.

Talos se paseó por la estancia y proyectó su atención de aquí a allá, sin centrarse demasiado tiempo en un mismo objeto. Se fijó en las pistolas a medio reparar del banco de trabajo, en los bocetos esquemáticos, en los dibujos al carboncillo de su amante Octavia y en los montones de ropa desordenada. Por encima de todo, aquel espacio reducido rezumaba un aura de vida, de personalidad, de ser el santuario de un alma viva en particular.

«Así que este es el aspecto de la habitación de un humano», pensó Talos a la vez que se acordaba de la austeridad exánime de su propia cámara personal, una cámara personal que era igual a la de cualquier otro legionario, de no ser por las profecías garabateadas en las paredes de hierro. «Qué diferentes son de nosotros, cómo dejan su impronta de un modo tan tenaz en los lugares en que viven».

Se giró para volver a mirar a Septimus, el hombre que le había servido desde hacía casi una década.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Como deseéis, amo —concedió Septimus mientras dejaba el casco a un lado.

—No. Durante los próximos minutos, olvidaremos los roles de los que ordenan y los que obedecen. A partir de ahora, no soy ni tu amo ni tu señor. Soy Talos.

El guerrero se quitó el yelmo, dejó al descubierto unos rasgos lívidos que reflejaban tranquilidad y bajó la vista hacia su vasallo.

Septimus sintió el ansia demencial de coger una arma, ya que aquella confianza tan extraña le resultaba poco tranquilizadora.

—¿Por qué tengo la inquietante sensación de que esto es el preludio a que me rajen la garganta? —preguntó.

El profeta mostró una sonrisa que nunca alcanzó sus ojos negros.

• • • • •

Octavia y Deltrian no congeniaron demasiado bien, hecho que no sorprendió a ninguno de los dos. Ella pensó que él demostraba una impaciencia insoportable para tratarse de un ser poseedor de tantas potenciaciones; él consideró que ella olía de manera desagradable debido a la química biológica y a los fluidos orgánicos involucrados en la reproducción de los mamíferos. La relación de ambos había dado comienzo con aquellas primeras impresiones y había ido cuesta abajo a partir de ahí. Los dos se sintieron aliviados cuando ella se dirigió a sus aposentos para llevar a cabo los preparativos finales para partir.

La navegante se aseguró las correas del trono, bastante incómodo, situado en el vientre de la nave achaparrada e insectoide de Deltrian. La chica contaba con una cámara, si podía llamarse así, equipada con una sola pictopantalla y cuyo espacio apenas resultaba suficiente como para estirar las piernas.

—¿Alguna vez se ha sentado alguien aquí y ha probado este equipo? —preguntó mientras un servidor le deslizaba una aguja neurálgica estilizada dentro de la cavidad de diseño elegante y discreto que tenía alojada en la sien.

—¡Ay! Ten cuidado.

—A la orden —murmuró el cíborg mientras sus ojos muertos la miraban con fijeza. No recibió más respuesta que aquella, lo cual tampoco la sorprendió.

—Tienes que presionar hasta que suene un chasquido —le dijo al esclavo lobotomizado—. No hasta que me salga por la otra oreja, joder.

El servidor babeó un poco.

—A la orden.

—Por el Trono, vete ya.

—A la orden —repitió por tercera vez antes de obedecer con precisión milimétrica.

La chica oyó al servidor chocar contra algo que había en el pasillo al que daba el

cuarto mientras la nave se estremecía en cubierta conforme terminaban de recargar las armas. La caja que Octavia tenía por habitación carecía de ojos de buey, así que la chica cambió de un pictoalimentador externo a otro. Por la pantalla destellaron tomas tras tomas del hangar principal del *Eco*. El personal equipaba las Thunderhawks con toda su carga explosiva y guiaba las cápsulas de desembarco hasta su posición. Octavia observó todo aquello con ojos inexpresivos, sin saber qué sentir. ¿Era aquel su hogar? ¿Lo iba a echar de menos? ¿Adónde irían, si es que lograban escabullirse?

—Uy —musitó, sin apartar los ojos de la pantalla—. Mierda.

Pausó el desplazamiento de la retransmisión y tecleó un código para girar uno de los buscadores de imágenes acoplados al casco de la nave. Los vehículos de carga ligeros y los transportes de tropas iban y venían; un Sentinel de carga, que la legión había robado en un ataque transcurrido largo tiempo atrás, cruzó por delante de la pantalla con el estrépito metálico de sus patas de acero sobre la cubierta.

Septimus, que llevaba al hombro una bolsa de cuero desgastada, hablaba con Deltrian cerca de la rampa de desembarco principal. Sus largos cabellos le cubrían los implantes biónicos del rostro y bajo la pesada chaqueta llevaba puesto un mono provisto de blindaje ligero. En el muslo derecho llevaba envainado un machete y las dos pistolas láser le colgaban un poco por debajo de las caderas.

Octavia no tenía ni idea de lo que Septimus le decía a Deltrian. Los visores externos no reproducían sonido alguno. La navegante vio cómo el artificiero le daba una palmada a Deltrian en el hombro, gesto que aquel cadáver metálico y delgado como un palo pareció no apreciar, a juzgar por cómo retrocedió.

Septimus ascendió por la rampa y desapareció de la vista. La pantalla mostró a Deltrian mientras reanudaba la supervisión de sus servidores de carga, aparte del flujo constante de la maquinaria que introducían a bordo de la nave.

Casi de inmediato, oyó cómo llamaban a su puerta blindada.

—Dime que tienes la cinta puesta —oyó decir a Septimus tras el metal.

Ella sonrió y se llevó una mano a la frente para comprobarlo, por si acaso.

—Estás a salvo.

La puerta se abrió y él dejó caer sus enseres en el momento en que cerró la puerta tras de sí.

—Me han relevado del servicio —anunció—. Igual que a ti.

—¿Quién pilotará la *Negrura* camino de la superficie?

—Nadie. Sólo quedan escuadras suficientes para tres cañoneras. Ya han cargado la *Negrura* en las garras de transporte de esta nave. Talos se la ha legado en herencia a Variel y la han llenado con el equipamiento del apotecarion y las reliquias del Salón de la Reflexión. Ha de ser devuelta junto a la legión en el Ojo, si es que llegamos tan lejos.

Como el sol que se oculta tras el horizonte, la sonrisa de la muchacha se desvaneció:

—No vamos a llegar tan lejos. Lo sabes, ¿verdad?

Él se encogió de hombros con un optimismo evidente.

—Ya veremos.

• • • • •

No cabía duda de que las noticias sobre la batalla que se avecinaba se habían extendido por todo el *Eco*, pero era una ciudad espacial y, por tanto, hacía gala de la ingente población que implicaba una magnitud semejante. En las cubiertas superiores de la tripulación, la batalla inminente era una cuestión de concentración: los oficiales y marineros conocían sus papeles, por lo que se dispusieron a realizar sus tareas con toda la profesionalidad que cabría esperar de sus homónimos a bordo de una nave de guerra de la Armada Imperial.

En las cubiertas inferiores, a medida que uno se aventuraba a mayor profundidad dentro de las entrañas de la nave, la batalla era una cuestión de plegarias, ignorancia y murmullos indefensos. Los miles de esclavos que alimentaban la nave con su sangre y sudor conforme trabajaban hasta la muerte en las cámaras del reactor y en las plataformas de las baterías de armas no gozaban de una comprensión de la situación más allá del hecho de que un combate estaba a punto de tener lugar.

Talos se dirigió a solas hacia el hangar primario. Los supervivientes de la Décima Compañía ya estaban a bordo de sus cápsulas de desembarco, mientras que sus Thunderhawks estaban repletas del equipo de combate que les llegaría a la superficie. Los servidores permanecían de pie aquí y allá, en silencio y a la espera de nuevas órdenes que activasen sus matrices de respuesta de capacidad limitada.

El profeta cruzó el muelle de aterrizaje, sumido en silencio, para acercarse a Deltrian, que descendía por la rampa de desembarco de su nave.

—Todo está dispuesto —vocalizó Deltrian.

Talos le clavó la mirada al adepto con sus impertérritas lentes oculares rojas:

—Juradme que vais a seguir mis órdenes. Esos tres sarcófagos poseen un valor incalculable. Malcharion luchará junto a nosotros, pero las otras tres cabinas funerarias deben llegar a la legión. Son reliquias a las que no se puede poner precio. No pueden morir aquí junto a nosotros.

—Todo está dispuesto —informó Deltrian por segunda vez.

—Los más importante de todo es la semilla genética —insistió Talos—. Los contenedores de reservas genéticas han de llegar al Ojo, cueste lo que cueste. Jurádmelo.

—Todo está dispuesto —repitió Deltrian. No le tenía demasiada estima a ofrecer juramentos. Para él, las promesas eran algo propio de los seres biológicos que pretendían emplear la esperanza en lugar de las probabilidades calculadas. En resumen: un acuerdo que se componía de parámetros falibles.

—Jurádmelo, Deltrian.

El tecnosacerdote emitió un sonido de error que vocalizó con un zumbido vibrante y grave.

—Muy bien. En un esfuerzo por dar por terminado el presente intercambio lingüístico articulado, os doy mi palabra de que el plan seguirá los parámetros precisos conforme al mejor rendimiento de mis habilidades y capacidades para supervisar las labores de otros.

—Eso bastará.

Deltrian no había acabado, ni mucho menos:

—Los cálculos estimados indican que permaneceremos en el campo de asteroides durante varias horas tras vuestra salida antes de que sepamos a ciencia cierta si todas las naves xenos os están persiguiendo. La falta de fiabilidad del auspex es un factor. La intromisión de los astros a la deriva es un factor. La interferencia alienígena es un factor. La logística de…

—Hay muchos factores —interrumpió Talos—. Entendido. Escondeos tanto como necesitéis y huid en cuanto podáis.

—Lo que vos ordenéis, así se hará.

El tecnosacerdote se dio media vuelta y luego titubeó. Talos no se había movido.

—¿Permanecéis aquí con el deseo de que os desee suerte? —Deltrian ladeó el cráneo sonriente que lucía por rostro—. Debéis saber que la idea misma de la fortuna es anatema para mí. La existencia es arbitraria, Talos.

El amo de la noche alargó la mano. Las lentes oculares de Deltrian enfocaron el guantelete durante un instante, hecho que quedó patente en los zumbidos leves que emitió su estructura facial.

—Intrigante… —comentó—. Procesando…

Un momento después, agarró la muñeca del legionario. Talos agarró la del adepto, de modo que le devolvió el apretón de manos característico de la Octava Legión.

—Ha sido todo un privilegio, honorable adepto.

Deltrian buscó una respuesta apropiada. Él no era un guerrero, pero el aforismo tradicional que los legionarios de la Octava Legión compartían en la víspera de las batallas imposibles como aquella le sobrevino con una presteza que le resultó sorprendente:

—Muere igual que has vivido, hijo de la Octava Legión. Revestido de medianoche.

Ambos deshicieron el saludo. Deltrian, tan inmisericorde con la paciencia como lo era con las sutilezas, se dio la vuelta de inmediato y ascendió por la rampa para entrar en la nave.

Talos vaciló al ver a Septimus en lo alto de la rampa. El esclavo alzó su mano biónica para efectuar un gesto de despedida.

Talos resopló al verlo.

«Humanos. Hay que ver lo que las emociones les obligan a hacer».

Le dedicó a su antiguo esclavo un saludo con la cabeza y abandonó el hangar sin mediar palabra.



BLOQUEO

El *Eco* atravesó el campo de asteroides a toda máquina sin reparar en las reservas de munición ni en las cargas de los escudos de vacío. Las rocas de menor tamaño salían disparadas a los lados cuando los escudos crepitantes de la nave impactaban contra ellas como un ariete. En cambio, las rocas más grandes morían tras sufrir detonaciones invisibles a medida que las armas del navio las reducían a escombros.

No viró para evitar los impactos. No deceleró, ni maniobró ni desplegó unidades no tripuladas para que pulverizaran los restos que salían a su paso. El *Eco de la Maldición* estaba harto de huir. Rasgó el espacio para salir de su volátil refugio mientras todo cañón a lo largo de sus costados y espinazo apuntaba al frente, listo para lanzar su grito de rabia por última vez.

En el puente de mando, Talos observaba la escena sentado en su trono. La tripulación, todos ellos mortales, permaneció casi en silencio, sumida en una devoción en la que no había cabida para nada más. Los servidores transmitían informes impresos; varios de ellos expulsaban con lentitud rollos de pergamino por sus mandíbulas augméticas. Los ojos del profeta no se apartaron del occulus en ningún momento. Más allá de las rocas que giraban, incluso más lejos de aquellas que todavía no habían explotado bajo los disparos del *Eco*, la flota alienígena les estaba esperando. Vio cómo se desplazaban por el vacío igual que una ola gigante a la deriva, con una armonía repugnante, mientras sus velas solares titilaban y braceaban para captar la luz lánguida del sol distante.

—Informen —ordenó Talos.

Las respuestas le llegaron desde cada una de las secciones de la cubierta de mando. Como si de versos ensayados se tratara, los gritos de «a la orden» y «listo» llegaron a sus oídos. Tal y como solía decir Deltrian, todo estaba dispuesto. Ya no había más que

pudiera hacer excepto esperar.

—La flota alienígena se mueve para interceptarnos. Sus naves están posicionadas en los claros más amplios de lo que queda del campo de asteroides.

El profeta era capaz de verlo sin ninguna dificultad. Las embarcaciones de menor tamaño, cuyas siluetas las conformaba el hueso contorneado, se mantenían alrededor de sus naves nodrizas igual que los peces que se alimentan de las sobras de los tiburones; sin embargo, los cruceros de mayor envergadura se desplazaban a una velocidad no menos impresionante. Se aproximaban a ellos trazando arcos fluidos, con las velas inclinadas, a fin de decapitar al *Eco de la Maldición* tan pronto como abandonase el sector más denso del campo de asteroides.

A Talos no le agradó la forma en que se movía el enemigo: no sólo por su grotesca agilidad, del todo inalcanzable para cualquier nave humana, sino porque aventajar en velocidad y en potencia de fuego a aquella flota ya era de por sí imposible, pero aun así el enemigo se las ingeniaba para que superarlo en capacidad de maniobra resultase igual de fantasioso.

—Cuarenta y cinco segundos, mi señor.

Talos se recostó en el trono. Era del todo consciente de que existía la posibilidad de que nunca abandonase la cubierta con vida. Parecía ser que la huida hacia el planeta iba a ser la parte más difícil: en comparación, triturar a aquella escoria alienígena esquelética en las catacumbas de Tsagualsa iba a suponer un manjar tan jugoso, que casi le hacía salivar.

—Treinta segundos.

—Todos los objetivos están fijados —anunció a voces el supervisor de armas—. Necesitamos mantener el rumbo durante un minuto para descargar toda la primera andanada.

—Así se hará, maestre de armas —contestó Talos—. ¿A cuántos blancos vamos a impactar con la descarga?

—Si los alienígenas se comportan como suelen hacerlo las flotas eldars en lugar de situarse en paralelo para un intercambio de fuego de baterías laterales…, a quince objetivos, mi señor.

Talos sintió que sus labios se estremecían tras su placa facial, aunque no llegaron a formar una sonrisa. Quince objetivos con una sola salva. Por la sangre de Horus, iba a echar de menos aquel crucero de ataque. Había sido un precioso hermano gemelo del *Pacto*, aunque sería desconsiderado desprestigiar las mejoras que los Corsarios Rojos habían efectuado en el armamento de la nave durante los siglos que la habían tenido en su poder.

—Veinte segundos.

—Abran un enlace de voz dirigido a toda la nave.

—Hecho, señor.

Talos tomó aliento, a sabiendas de que sus palabras llegarían a miles y miles de esclavos, mutantes, herejes y siervos repartidos por la miríada de cubiertas del navio.

—Les habla el capitán —anunció—. Soy Talos, de la estirpe del Octavo Primarca e hijo del Mundo sin Sol. Una tormenta sin parangón se cierne sobre nosotros, presta a romper contra la piel de nuestra nave. Que sobrevivamos depende tanto de vuestra sangre como de vuestro sudor; no importa la cubierta en la que os afanáis hasta la muerte. Durante los siguientes minutos, la vida de cada tripulante será crucial. Que todo el personal y que toda alma se prepare para la batalla.

—Cinco segundos, señor.

—Emitan el Alarido.

—Recibido, señor.

—Descarguen la primera andanada como han planeado y luego disparen a voluntad.

—Recibido, señor.

—Señor, hemos salido de la Densidad Talosiana. La flota enemiga se dispone a traba…

—¡Abran fuego!

• • • • •

El *Eco de la Maldición* corrió con toda su alma y dejó tras de sí llamaradas de plasma, cuyas estelas resultaban casi bellas a pesar de su calor arrasador.

Aquel campo de asteroides de menor densidad había resultado ser una de las muchas características desagradables que habían hecho de Tsagualsa un refugio sumamente seguro durante tantísimos años tras la Herejía. A pesar de que fuera mucho menos peligroso para la navegación que la zona más densa situada alrededor de la luna destrozada, las naves eldars zigzaguearon y trazaron rizos entre los asteroides para evitar que cualquier roca suelta impactase contra ellas.

El *Eco de la Maldición* no demostró el mismo cuidado. Se lanzó hacia delante y confió en sus escudos de vacío y en sus armas frontales para quitar de en medio cualquier amenaza inminente.

Los primeros picados que efectuaron las naves enemigas no demostraron la misma elegancia que la danza estelar que habían representado antes, pues su presa jugaba de un modo diferente. El *Eco* no obedecía a la lógica convencional, dado que no viró para adoptar ángulos más apropiados para sus baterías de armas ni realizó ningún ajuste a sus vectores de vuelo. La nave de guerra no se encontraba donde las embarcaciones alienígenas esperaban hallarla ni tampoco iba hacia la posición que habían previsto. Al limitarse a abrirse camino hacia Tsagualsa por el campo de asteroides como si fuera un cuchillo, el *Eco* sacrificó cantidades inauditas de munición y de energía destinada a los escudos.

Las naves eldars que se habían preparado para interceptarlos, agazapadas y a la

espera a lo largo de las rutas menos densas del campo de escombros, ahora se daban cuenta de que estaban demasiado lejos de su presa mientras esta se daba a la fuga.

—¿Da resultado? —quiso saber Talos. Él veía que funcionaba, lo evidenciaba la forma en que varias naves enemigas comenzaron a acelerar para ajustar sus rumbos de ataque, pero de todas formas quería oír una segunda opinión.

Los oficiales observaron sus consolas con la máxima atención al igual que los que se encontraban apostados junto a los proyectores hololíticos del auspex.

—La flota eldar demuestra tener dificultades para seguir nuestra trayectoria. Varios cruceros han errado ya sus rumbos de intercepción.

—Da resultado. —Talos se quedó sentado en el trono mientras resistía las ansias de pasearse por la cubierta. La nave se estremeció con los disparos de las armas y los martillazos retumbantes de las rocas que se estrellaban contra el casco—. Hemos dejado atrás a casi la mitad de la armada eldar.

Las naves enemigas eran de diseño alargado y contorneado; todo hueso suave y velas brillantes. Talos había sospechado que la lejanía a la que se encontraba el sol aletargaría las naves de guerra eldars por estar privadas del calor que necesitaban para sus velas solares, aunque a decir verdad, el profeta no contaba con demasiada experiencia en el funcionamiento de las embarcaciones de los xenos. Con ellos todo parecía basarse en conjeturas.

—Los navios xenos de vanguardia están entrando en el rango de alcance máximo de nuestras armas.

Talos pensó en sus hermanos dentro de sus cápsulas de desembarco, así como en las cañoneras que esperaban en los muelles de atraque con los motores en caliente. En el occulus, la esfera del tamaño de una moneda que representabaTsagualsa crecía por momentos. Las alarmas de proximidad se lamentaban de todos y cada uno de los asteroides que salían rodando al chocar con el avance inexorable del *Eco*, y los servidores esclavizados a sus estaciones parloteaban sobre la amenaza de unos proyectiles que se aproximaban a ellos.

Por inexplicable que fuera, Talos sintió que se le arrastraba una sonrisa por el rostro. Se trataba de una media sonrisa torcida y sincera, derivada de un disfrute que no resultaba apropiado en aquellas circunstancias.

—Señor —le llamó a viva voz uno de los oficiales asignados al auspex—. Los torpedos alienígenas resisten nuestras interferencias.

—¿Incluso el Alarido? —Él sabía que estaba calibrado para atacar a la tecnología imperial, pero aun así había albergado la esperanza de que también tuviese algún efecto en ese caso.

—Una buena parte ha perdido el rumbo mientras que otras han ido a parar al interior del campo de escombros. Pero más de tres cuartas partes siguen fijadas como objetivos.

—¿Cuánto queda para el impacto?

—El primero llegará a nosotros en menos de veinte segundos.

—No está mal. Que todo el personal se prepare para el impacto.

Casi de inmediato, el traqueteo del casco se transformó en una sacudida y esa sacudida se tornó a su vez en unas convulsiones violentas. Talos sintió por primera vez que una intranquilidad desagradable le recorría la espina dorsal como un centenar de lombrices: ¿cuántas veces había estado a bordo de una nave de combate durante una guerra en el vacío? La pregunta tenía difícil respuesta. Era como preguntarse cuántas veces había respirado a lo largo de los siglos. Pero aquello era diferente. Esta vez, era él quien guiaba la nave. No podía limitarse a dejar el combate en las manos de Vandred para irse y atender a sus propios problemas, de menor índole.

«El que debería estar aquí es Malcharion». Talos aplastó aquel pensamiento traicionero, por cierto que pudiera ser.

—Los escudos aguantan —murmuró un servidor próximo a él—. A dos tercios de capacidad.

Talos observó cómo crecía el mundo gris mientras el *Eco de la Maldición* gritaba a su alrededor.

—Vamos… —susurró—. Vamos…

• • • • •

La nave de guerra de la Octava Legión prosiguió su avance inexorable y se llevó por delante los asteroides que se interponían en su camino.

Los capitanes eldars no eran en absoluto novatos en la guerra espacial, y a nadie que proviniera de su mundo astronave, localizado en los límites del Gran Ojo, podría sorprenderle demasiado las tácticas de una nave del Archienemigo. Las velas solares se alinearon a lo largo de la flota a medida que los cruceros alienígenas surcaban el vacío con sus rumbos de ataque fantasmagóricos, si bien bellísimos. El espacio lleno de escombros se llenó de estelas destellantes de fuego de pulsar.

Cada rayo de púlsar era un finísimo hilo que contrastaba con aquel fondo de negrura infinita, pero al atravesar el vacío en conjunto formaban una telaraña de energía brillante que arremetía como un chaparrón contra los maltrechos escudos del *Eco*.

El *Eco de la Maldición* describió un tirabuzón en carrera para ofrecerle al enemigo las baterías dorsales y laterales. El crucero de la Octava Legión devolvió los disparos, que surgieron como el pus de una herida supurante. Tal era la gracilidad que demostraban los eldars que varias de sus embarcaciones parecieron rielar hasta desvanecerse de la línea de fuego que iba dirigida a ellas. Otras recibieron la arremetida y dejaron que explotase como un conjunto de estrellas contra sus escudos, confiados al saber que el *Eco* se veía obligado a consagrar la mayoría de sus disparos a despejar el camino de rocas a la deriva.

La primera nave alienígena en caer fue una de baja categoría que realizaba la función de escolta y cuyo nombre ningún humano sabría pronunciar de forma correcta. Desde luego, ninguno de los presentes a bordo del *Eco de la Maldición* se molestó en intentarlo, aunque muchos lanzaron vítores y se rieron cuando la nave escolta se hizo añicos ante sus ojos, víctima de una andanada de plasma y proyectiles sólidos provenientes de las baterías dorsales.

Fue un disparo afortunado, y Talos lo sabía. Sin embargo, aquella escena le erizó el vello.

La destrucción de la segunda embarcación xenos se debió tanto a las mareas del destino como a la malicia de los Amos de la Noche. Al no tener tiempo para virar, el *Eco de la Maldición* roció con todo el fuego de sus armas frontales un asteroide inmenso. Las lanzas perforaron la piedra congelada y horadaron fallas abismales sobre su superficie justo a tiempo para que la proa rodeada de escudos de vacío de la nave se estrellase de lleno contra ella. Mientras el asteroide se desgajaba al paso de los escudos crepitantes y quejumbrosos, los fragmentos de roca se dispersaron en todas direcciones dando vueltas. A pesar de la agilidad de sus maniobras, el hostigamiento de aquellas rocas dificultó el tránsito de la flota eldar. Por mucho que se dispersaron para esquivarlas, varias naves sufrieron daños fortuitos debido a la onda expansiva que formaban los cascotes.

Talos mostró una sonrisa torcida al ver que uno de los pedazos más voluminosos se estrellaba contra la silueta esbelta de un navio enemigo que no dejaba de zigzaguear. Los restos de roca hicieron añicos una vela solar, que quedó reducida a nada más que a unos bellos cristales de diamante antes de incrustarse en el cuerpo de hueso sobrenatural de la nave. La nave giró sin parar mientras trataba por todos los medios de recuperar el control antes de chocar de pleno contra otro asteroide más adelante.

—Aunque muramos aquí, eso ha sido digno de ver —dijo el amo de la noche riendo por lo bajo.

—Faltan tres minutos para llegar a Tsagualsa, señor.

—Bien. —Se le borró la sonrisa de los labios en cuanto recordó la traición que estaba por venir. Dada la trayectoria de la nave y las fuerzas abrumadoras a las que se enfrentaban, estaba seguro de que un gran número de aquellas pobres almas se imaginaban ya el único desenlace posible.

—¿Preparamos la nave para efectuar un viaje a la disformidad? —quiso saber uno de los oficiales más cercanos a él. Talos lo captó en la voz del hombre: el oficial había renunciado a toda esperanza y pretendía disimular su intranquilidad. El profeta le admiró por ello. No había lugar alguno para la cobardía en aquel puente de mando.

—No —le respondió Talos—. ¿De verdad cree que podemos ponernos a salvo? —La nave se estremeció alrededor de todos ellos, lo que obligó a varios tripulantes mortales a agarrarse de los pasamanos y las consolas—. Incluso si tenemos éxito en esta huida, ¿cree que vamos a evadirles durante mucho más tiempo?

—No, señor. Por supuesto que no.

—Sabia respuesta —convino Talos—. Concéntrese en su deber, teniente Rawlen. No se preocupe de lo que venga después.

● ● ● ● ●

Septimus y Deltrian se encontraban de pie en la cámara estrecha y modesta que el tecnoadepto había presentado, sin traza alguna de orgullo ni vergüenza, como el puente de mando de la *Epsilon K-41 Sigma Sigma A:2*.

Aparte de eso, el adepto también le había exigido a Septimus que abandonase la cubierta, a lo que el humano había respondido en nostramano para aludir a cierta cuestión sospechosamente biológica sobre la madre de Deltrian.

—Soy piloto —añadió—. Pienso ayudar a pilotar este trasto.

—Tus mejoras augméticas, si bien resultan impresionantes, son demasiado limitadas como para interactuar con el espíritu máquina de mi embarcación.

Septimus le hizo un gesto a las rocas que se estremecían en el hololito poco fidedigno.

—¿Piensas confiar en servidores y en el espíritu máquina para salir de este jaleo?

Deltrian emitió un sonido afirmativo.

—Más que en ningún humano. Qué… qué pregunta más extraña la tuya.

Septimus había cedido, pero permaneció en el puente al lado del trono del servidor piloto.

El esclavo y el adepto, junto a las dos docenas de servidores y de tripulantes ataviados con túnicas, observaron la proyección hololítica que hacía las veces tanto de mapa táctico como de occulus.

A diferencia del sistema generador de holoimágenes del *Eco*, el de Deltrian tenía una apariencia acuosa y rutilaba con fluctuaciones que afectaban al ojo orgánico de Septimus. Si el humano lo miraba con el biónico dejaba de dolerle y, además, ayudaba a eliminar parte de las interferencias parpadeantes. Sólo entonces se dio cuenta de que la proyección estaba diseñada para que la mirasen ojos augméticos.

La *Epsilon* en sí era un escarabajo hinchado y orondo a modo de embarcación que había destinado casi tres cuartas partes de su longitud a los motores propulsores y a los generadores de disformidad. Aquellas áreas de la nave estaban aisladas de las zonas habitables mediante puertas acorazadas, y Septimus había sido testigo de cómo varios adeptos entraban y salían de las salas de máquinas con máscaras respiradoras puestas.

Toda la nave poseía una angostura enfermiza. A fin de hacer espacio para el blindaje y los sistemas de armas y de propulsión de la nave, cada uno de los túneles era un pasadizo estrecho y cada cámara era una caja achaparrada que albergaba los

sistemas básicos con el volumen justo para alojar a un único operador. La cubierta de mando constituía la zona más espaciosa de toda la nave, aunque tampoco concedía margen de movimiento alguno si se encontraban presente ocho personas a la vez.

Septimus miró con atención la runa identificativa de la nave que latía en el hololito, pegada a un asteroide al tiempo que se ocultaba de los escáneres alienígenas. A gran profundidad dentro del campo de rocas deformes, la runa que simbolizaba el *Eco* no era más que una mota en mitad de un nido de señales iracundas.

—El *Eco* ya casi ha llegado —comentó—. Van a conseguirlo.

Septimus volvió la cabeza para mirar en dirección a un sonido que le resultaba familiar. Variel entró acompañado del rumor de las articulaciones de su armadura con cada paso que daba.

—Dime lo que ocurre —exigió saber, tan tranquilo como de costumbre.

—No parece que los xenos sepan que estamos aquí. —Septimus volvió a mirar de soslayo el hololito.

—Me refería al *Eco*, estúpido mortal.

Septimus demostró la elegancia suficiente como para obligarse a sonreír, avergonzado de haber caído en un malentendido tan obvio.

—Lo van a lograr, lord Variel.

El apotecario no mostró emoción alguna al oír que se referían a él por aquel título honorífico, del mismo modo que nunca había demostrado ninguna emoción las muchas veces en que Septimus lo había empleado o dejado de emplear. Para Variel, ese tipo de asuntos resultaban poco menos que irrelevantes.

—¿He de suponer que vamos a partir pronto?

Deltrian se esforzó todo lo posible por emular el gesto humano de asentir con un cuello que no estaba diseñado para flexionarse de un modo tan sutil. Se le bloqueó una pieza localizada en la parte superior de la columna, por lo que tuvo que emplear unos instantes en obligar a los enganches cervicales a aflojarse.

—Afirmativo —vocalizó.

Variel se acercó adonde Septimus se encontraba de pie para ver él mismo el hololito.

—¿Qué es eso? —quiso saber mientras señalaba otra runa identificativa.

—Eso… —Septimus se acercó a la consola del servidor piloto y ajustó la imagen hololítica tras pulsar unas pocas teclas— es el crucero de ataque del Capítulo Génesis que destruimos hace meses.

Variel no sonrió, lo que no sorprendió a Septimus. Sus ojos azul pálido pestañearon una única vez mientras observaba la holoimagen del crucero destruido, cuyo casco había quedado abierto al vacío. Alargó una mano para ampliar la imagen y contemplar la devastación absoluta de la Densidad Talosiana, y ahí, en medio del conjunto más denso de asteroides situado sobre la luna hecha añicos, yacía muerta la nave de guerra.

—Una baja de lo más satisfactoria —apostilló el amo de la noche.

—Así es, señor.

Variel le lanzó una mirada con aquellos ojos suyos tan inquietantes. Tras casi diez años de servicio en la Octava Legión, Septimus habría apostado a que nada sería capaz de intranquilizarle ya. Los ojos de Variel parecían ser una rara excepción.

—¿Qué te pasa? —quiso saber el apotecario—. Tus constantes vitales se han acelerado y hiedes a una especie de entusiasmo sentimental propio de un lerdo.

Septimus inclinó la cabeza para señalar el hololito:

—Me cuesta verles combatir sin nosotros. Servir a la legión es todo lo que he hecho durante la mayor parte de mi vida adulta. Sin eso… ya no estoy siquiera seguro de quién soy.

—Sí, sí. Fascinante. —Se volvió hacia Deltrian—. Tecnosacerdote, he de formularos una pregunta para paliar el aburrimiento que siento. Me gustaría escuchar las comunicaciones de los eldars. ¿Podéis parasitar su señal?

—Por supuesto. —Deltrian desplegó dos de sus miembros secundarios, que se arquearon por encima de sus hombros y se dispusieron a trabajar en otra consola—. Aunque no estoy capacitado para traducir los intercambios lingüísticos articulados de los eldars.

Aquello captó la atención de Variel:

—¿En serio? Es curioso. Creí que vuestra iluminación alcanzaría cotas más altas.

—Un adepto del Mechanicum tiene asuntos más importantes que atender la cháchara de la escoria xenos.

—No hay motivo para enojarse. —Variel le ofreció una sonrisa momentánea, tan zaina como breve—. Yo hablo varios dialectos eldar. Vos limitaos a parasitar la señal, si es que sois capaz.

Deltrian se detuvo antes de empujar la última de las palancas.

—Explicad vuestro dominio de la lengua alienígena.

—No hay nada que explicar, honorable adepto. Aborrezco la ignorancia. Siempre que se me presenta la oportunidad de aprender algo, la aprovecho. —Miró a la figura ataviada con hábito monástico—. ¿Creéis que los Corsarios Rojos únicamente combatían contra el Imperio corrupto? Luchamos contra los eldars en innumerables ocasiones. Y tampoco andamos escasos de cautivos. A ver si adivináis quién los torturaba para sonsacarles información.

—Ya veo. —Deltrian aceptó la respuesta con otro intento de emular un asentimiento con la cabeza. Su columna vertebral, fabricada a partir de varios metales preciosos reforzados con diminutas placas de ceramita, chasqueó y zumbó de forma chirriante al ejecutar el movimiento. En cuanto accionó la palanca, unos susurros sibilinos de origen alienígena, distorsionados con crepitares de estática, inundaron el puente de mando.

Variel se lo agradeció y devolvió su atención a la imagen hololítica. Septimus permaneció de pie junto a él; la atención del humano alternaba entre la batalla en curso y el rostro lívido de Variel.

—Deja de mirarme —le dijo Variel cuando hubo pasado un minuto—. Empieza a resultar molesto.

—¿Qué dicen los eldars? —preguntó Septimus.

Variel escuchó la conversación durante medio minuto más, aunque pareció no prestar demasiada atención:

—Hablan de maniobras en tres dimensiones y comparan los movimientos de sus naves de guerra con fantasmas y bestias marinas. Es todo muy poético, en el sentido más anodino, insulso y alienígena posible. Todavía no hay informes de bajas. No oigo a ningún capitán eldar chillar mientras su alma parte de su cuerpo para vagar a la deriva.

De repente, a Septimus le pareció obvio lo que Variel quería escuchar. La Primera Garra había estado en lo cierto: Variel era, sin duda, miembro de la Octava Legión, a pesar de los orígenes de su semilla genética.

—Yo… —comenzó a decir el apotecario, pero se quedó callado. Las voces de los eldar siguieron susurrando de fondo.

Septimus tomó aliento para preguntar:

—¿Qué están…?

Variel le silenció con una mirada fulminante; tenía los ojos entrecerrados, inmerso una concentración producto del recelo. El esclavo se cruzó de brazos, a la espera, con la esperanza de obtener una explicación, aunque suponía que no se la iban a conceder.

—Un momento —jadeó por fin Variel, que cerró los ojos para concentrarse mejor en aquella lengua alienígena—. Algo anda mal.



UN DESTINO DENEGADO

Había pasado mucho tiempo desde que Octavia se había atrevido a hacer aquello. Estaba utilizando su don por placer, no por obligación o necesidad.

El Mar de las Almas no constituía un lujo del que se pudiera disfrutar con total impunidad; la infancia de la muchacha se había visto repleta de un millar de historias sobre navegantes que habían oteado con demasiada atención las profundidades de la disformidad. Nunca volvían a percibir su entorno de la misma manera. A uno de los vástagos de la mismísima familia Mervallion, su primo Tralen Premar Mervallion, lo habían encerrado en un tanque de aislamiento situado en el subsuelo del pináculo familiar, donde no sería capaz de infligirse más daño a sí mismo. La chica le había visto por última vez atado de pies y manos con correas mientras flotaba en los fluidos turbios de una piscina amniótica en la que había pasado a ser el propietario, risueño y orgulloso, de un agujero irregular en mitad de la frente, antaño hogar de su tercer ojo. La navegante se estremeció al recordar, de forma muy vivida, las burbujas que surgían de la boca de Tralen mientras se reía a carcajadas. Ahora nunca dejaba de reírse. Octavia había albergado la esperanza de que aquello que le producía aquel regocijo enajenado le reportaría también un mínimo de consuelo, aunque no era tan ingenua como para creerlo de veras.

No le gustaba pensar en él. Se decía que los navegantes morían cuando los despojaban de su ojo disforme. Aunque al parecer había excepciones, por raras y poco frecuentes que fueran, a esa vil regla.

Había tardado un buen rato en serenarse antes de arriesgarse a emplear su tercer ojo de un modo tan innecesario, pero al no tener ni la cinta puesta ni los ojos humanos abiertos, no se demoró demasiado en dar el paso siguiente. A decir verdad, llevar a cabo aquel acto causaba miedo ya sólo por lo fácil que resultaba; la sensación

era similar a caerse a mitad de una escalada difícil, sin embargo, ella sabía que poseía la fuerza necesaria como para lograr salir indemne.

Puede que Octavia, antaño Eurydice de la Casa Mervallion, no hubiera nacido en el seno de un linaje agraciado con navegantes fuertes, pero su experiencia a bordo de los navios temperamentales y testarudos de la Octava Legión había afinado sus capacidades. No pudo evitar preguntarse, mientras miraba con atención a la infinidad de mareas atezadas, cómo rendiría ante los tribunales de las pruebas de aptitud de Terra si estuviera allí ahora. ¿Se habría vuelto más fuerte, o no se trataba sino de una mera cuestión de familiaridad y confianza?

Nunca lo sabría. Las probabilidades de volver a pisar el Mundo del Trono se reducían a una entre un millón. Aquel pensamiento ya no le resultaba tan descorazonador como antaño. No estaba segura del motivo.

Ahora bien, lo que la obligó a mirar en la disformidad en aquel instante fue la curiosidad. Una curiosidad menos egoísta, aunque más morbosa, que la de escrutar su propio destino. «Ver» el Mar de las Almas le resultaba tan sencillo como abrir el tercer ojo. No necesitaba encontrarse en la disformidad, aunque sabía que aquel no era el caso de algunos navegantes. Pocos de ellos coincidirían del todo con los demás en la metodología que empleaban para usar su don. La única forma que tenía su padre de ver en la disformidad era abriendo los tres ojos a la vez. Ella nunca había sabido el motivo; cada uno tenía sus propias costumbres.

Cuando Octavia «veía», lo único que hacía era abrir su visión secreta y mirar fijamente el flujo y reflujo umbrío de la vacuidad a medio formar: informe pero tempestuosa, deforme pero serpentina. Los chamanes y brujas de las eras primigenias de la Vieja Tierra habrían considerado aquel acto como algo similar a un ritual que les permitiera contemplar los círculos de su Averno mitológico.

Por otro lado, cuando ella «buscaba», no podía sino contener la respiración hasta que los martillazos de su corazón y el dolor de sus pulmones la obligaban a volver a tomar aliento. Cierta parte lógica de su mente era consciente de que cuando lo hacía proyectaba su vista a través de las mareas impías y que era incluso posible que arrojase un fragmento de su consciencia al éter, pero a Octavia no le interesaba demasiado la metafísica que obraba en aquella acción. Todo lo que importaba era lo que la navegante era capaz de encontrar con su segunda visión.

La locura en la que se habían visto inmersos a causa de los bloqueos eldars les había impulsado a huir una y otra vez mientras surcaban las olas por las sendas que ofrecían menor resistencia. El chillido psíquico de Talos había abusado de la disformidad y había dejado a aquella dimensión en carne viva; con las venas hinchadas, con los ríos embravecidos. Ella había guiado la nave de la mejor forma posible y había cabalgado los vientos en lugar de forcejear demasiado con ellos, ya que habría supuesto arriesgarse a destruir el *Eco*. Mientras tanto, se había visto en medio de dos estados muy dispares: contemplaba la disformidad a la vez que sentía que una de sus manos descansaba sobre su vientre hinchado.

Ahora que se sentía libre de la presión de navegar por la disformidad, era igualmente libre de mirar dentro de ella. Octavia se esforzó por ver más allá de los centenares de tonos de negro a los que no tocaba la luz del Astronomicón con el objetivo de buscar una fuente luminosa entre aquellas nubes que no dejaban de arremolinarse.

Aquella era la primera vez que contemplaba la magnitud de lo que Talos había provocado. Ante sus ojos, el oleaje embravecido de materia demoníaca se desangró por unas grietas atroces. Vio que se desgajaba y reformaba, se mezclaba y desmenuzaba al tiempo que daba a luz rostros aullantes con la misma rapidez con la que los deshacía. Unas manos surgieron del maremoto arrollador y se fundieron envueltas en llamas, a la vez que se aferraban a las garras abiertas de otras almas próximas a ellas.

Octavia se mostró firme y no vaciló en escudriñar a mayor profundidad. La disformidad malherida —«no», constató, «malherida no… enardecida»— se expandió cada vez más y ríos de sangre confluyeron hasta formar un océano. ¿A cuántos mundos asfixiaba aquella tormenta invisible? ¿Cuánto terror sería capaz de extender?

Acertó a oír su nombre en las olas rompientes. Un susurro, un alarido, un grito lastimero…

Octavia se zafó. Cerró el ojo. Abrió los ojos.

Durante un momento, la fascinación que sintió hacia lo que Talos había propagado por docenas de sistemas solares se apoderó de ella con más fuerza que el miedo a tener que volar por él. La disformidad siempre se hallaba en flujo constante, pero horas después de que el primer astrópata hubiera proferido su grito psíquico, aquel reino había bullido, rejuvenecido. Ahora, sin embargo, ella se preparaba para guiar una nave con la que no estaba familiarizada a través de unos mares innavegables.

La navegante se puso de nuevo la cinta, se volvió a atar el cabello con una coleta y se estiró en aquel trono tan incómodo para tratar de liberar la presión que notaba en la espalda. Se permitió un breve pensamiento acerca de sus ayudantes apostados al otro lado de la puerta, sin duda apretujados en aquel claustrofóbico corredor. Echó de menos a Fiera con una intensidad apabullante, lo que en sí mismo resultaba doloroso aceptar. Y más aún —«cómo detesto admitirlo, aunque sea a mí misma»—, deseó que Septimus estuviera a su lado. Él siempre se mostraba incapaz de decir lo correcto, pero aun así… aquella sonrisa tímida, los retazos de gozo en sus miradas esporádicas, la forma que tenía de repantigarse en su trono sin importar lo nefastas que fueran las amenazas que ella le lanzaba…

«Es imposible que haya otro lugar en el que enamorarse sea algo tan rematadamente estúpido —pensó—. Si es que se trata de amor».

En cuanto Octavia se arrellanó en el asiento, un sobresalto repentino le abrió los ojos de par en par. Como si la amedrentara tocar su propia piel, se llevó una de sus reacias manos al vientre, donde sintió por primera vez que una nueva vida se movía

dentro de ella.

• • • • •

Cuando los escudos perecieron, Talos no se movió del asiento. Debido al regreso de unos temblores que se apoderaron de la nave, la tripulación cayó al suelo, o al menos aquellos que estaban de pie. Dos servidores carentes de piernas cayeron de las hornacinas en las que los habían instalado pero no cesaron en el empeño inútil de mover las manos contra el suelo como si las tuvieran sobre las consolas, que ahora se encontraban lejos de su alcance, a la vez que abrían y cerraban la boca.

—Los escudos han caído, señor… —informó uno de los oficiales.

«No me digas», pensó Talos.

—Entendido —contestó con los dientes apretados.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

El profeta había observado cómo el mundo gris crecía hasta transformarse en un orbe orondo que acaparaba todo el occulus con su aspecto deprimente, enfermo de viruela.

«Ya estamos cerca. Muy cerca».

—Informe de daños —ordenó.

Como si las grietas en el casco de la nave no fueran informe suficiente. Como si le hiciera falta que le confirmasen que el fuego de pulsar de los alienígenas los estaba destrozando en tiempo récord. Semejante cantidad de naves eldars con tamaña potencia de fuego… El *Pacto de Sangre* jamás tuvo que soportar tantos daños en su dilatada carrera. El *Eco de la Maldición* lidiaba con ellos por primera y última vez.

El oficial Rawlen no fue capaz de apartar los ojos, abiertos de par en par, de la pantalla de la consola:

—Señor, hay… hay más de lo que podemos…

—¿Estamos a la distancia necesaria como para descender a la superficie con cápsulas de desembarco?

—Pues…

Talos saltó por encima del pasamanos y aterrizó con un estrépito al lado del oficial. Miró la pantalla él mismo y trató de calcular las trayectorias de las runas hasta dar con algo que tuviese un mínimo de sentido. Con un gruñido despectivo, se giró hacia la maestre de comunicaciones.

—Despliegue la legión —ordenó con voz rugiente por encima del caos que se apoderaba de los alrededores.

La mujer, que lucía las marcas a fuego y el uniforme de servicio de los Corsarios Rojos, comenzó a introducir comandos en su consola.

—Despliegue en curso, señor.

—Abra los enlaces de voz —exigió—. De inmediato.

—A la orden.

Las voces ásperas de sus hermanos se hicieron oír en la sala, aunque casi llegaron a perderse en medio de la tormenta de ruidos y fuego que sacudía el puente de mando, que no dejaba de estremecerse.

—¡Aquí Talos a todas las fuerzas de la legión! —vociferó—. ¡Recuento de personal! ¡Confirmen sus despliegues!

Una a una, las escuadras le respondieron a voces. Oyó los gritos exultantes de sus hermanos confinados en las cápsulas de desembarco mientras obedecían la orden de confirmación:

—Segunda Garra, en camino.

—Cuarta Garra, desplegada.

Y, por último:

—Tercera Garra, lanzamiento efectuado.

El occulus se resintonizó para mostrar varias cañoneras Thunderhawk que salían disparadas del hangar por última vez acompañadas del fulgor blanco incandescente de sus motores mientras se lanzaban hacia las estrellas.

El preludio a la partida de Malcharion fue el tronar que el sabio guerrero tenía por voz:

—Te veré en el Mundo Carroña, Cazador de Almas.

A esa la siguieron tres confirmaciones más, cada una de ellas compuesta por los mismos rugidos mecánicos. El occulus destelló para mostrar la escena de una especie de infierno mitológico, pues unas mareas ígneas abrasaban la pantalla como si de fuego líquido se tratara.

—¡Estamos en la atmósfera! —chilló uno de los oficiales—. ¿Ordenes?

—¿Acaso importan? —le contestó otro con un grito.

—¡Haced ascender la nave! —vociferó uno de los timoneles a los demás.

Hasta Talos tuvo que agarrarse con fuerza a un pasamanos cuando el *Eco* aceleró de forma horrenda y emprendió un picado saturado de bandazos. No quiso ni imaginarse lo poco que quedaba de una pieza de la nave: no después de haber copado con aquel bloqueo eldar tan abrumador.

Las puertas occidentales del puente se abrieron con un refunfuño hidráulico y mostraron la silueta de Cyrion recortada contra el fuego que llenaba el pasillo.

—¿Estás tarado o qué? —le transmitió por el comunicador—. Date prisa, maldita sea.

«Ahora o nunca», pensó Talos. Subió a toda prisa hasta su trono de mando y una vez que lo alcanzó tuvo que sujetarse del reposabrazos para permanecer de pie. La imagen vertiginosa del occulus mostró nubes, después estrellas y después el suelo: todo ello en un ciclo aleatorio sin fin.

Con la mano que le quedaba libre, separó su espada de uno de los lados del trono al que había estado fijada y se la llevó a la espalda para envainarla.

—Deberías estar en la cápsula de desembarco —le dijo a Cyrion por el comunicador.

—Ojalá lo estuviera —le contestó su hermano—. La parte trasera de la nave acaba de salir volando.

—Será una broma.

—Nada de bromas ni de motores: estamos en caída libre. —Cyrion agarraba con fuerza el marco de la puerta mientras la tripulación humana pasaba a su lado como una riada en su intento de huir del puente de mando—. ¡Venga! —le apremió.

Talos corrió hacia él manteniendo el equilibrio a pesar de los humanos que se caían al suelo a su paso y al hecho de que la cubierta parecía demostrar un desprecio total por las leyes de la física.

Sus espadas no permanecieron envainadas demasiado rato. A medida que se abrían paso a marchas forzadas por los pasillos, que casi rebosaban de humanos sobrecogidos de pánico, ambas hojas cayeron y sesgaron para talar una senda a través de aquel bosque viviente. Al hedor del sudor y al aroma del miedo se unió el olor de la sangre; todos ellos tan intensos que saturaron los sentidos de Talos. Entre tanto grito, apenas fue consciente de que estaba destripando a sus propios tripulantes, pero ¿qué importaba eso ya? Total, iban a morir en cuestión de minutos.

Cyrion resollaba con fuerza a la vez que propinaba patadas a los humanos con la intención de romperles la espalda y las piernas, técnica que empleaba con la misma frecuencia que cuando arremetía con el gladio.

—Vamos a morir —declaró sin aliento por el comunicador—. Y la culpa es tuya por haber esperado tanto.

Talos hendió la espada en el cuerpo de un mortal desde el cuello hasta la cadera y atravesó con el hombro por delante las dos mitades antes de que hubieran terminado de caer al suelo.

—No estabas obligado a volver sólo para quejarte.

—No lo estaba, no —concedió Cyrion—. Pero nadie debería morir sin que alguien le recordara sus errores.

—¡Por los infiernos infinitos! ¿Se puede saber dónde estáis? —les llegó la voz de Mercutian por el comunicador.

Talos evisceró por la espalda a uno de los tripulantes que corría despavorido y arrojó los restos biológicos resultantes a un lado. Bajo su armadura, el sudor que lo cubría delataba la ardua tarea que suponía abrirse paso a machetazos entre los humanos que taponaban los túneles. Toda una horda de ellos, cientos que pronto se convertirían en miles, intentaba llegar hasta las cápsulas de evacuación. La fatiga no constituía ningún problema para Talos: podía pasarse todo el día y toda la noche mutilando. El único factor importante era el tiempo.

—Lanzad la cápsula de desembarco —transmitió Talos por el comunicador—. Mercutian, Uzas; descended a Tsagualsa.

—¿Es que te has vuelto loco? —le respondió Mercutian con voz crispada.

—Estamos más cerca de las cápsulas de evacuación de la cubierta de mando. Largaos de una vez.

Cyrion tiró del gladio para sacarlo de la espina dorsal de un oficial uniformado e hizo un comentario con una voz que comenzaba a sonar entrecortada:

—Si es que queda alguna cápsula después de que estas alimañas hayan acabado de huir, claro.

—*Ave dominus nox*, Talos. Nos vemos en las catacumbas.

Talos oyó el rechinar ensordecedor que emitieron las garras que sujetaban la cápsula de desembarco al abrirse, así como el aullido lleno de júbilo de Uzas. El descenso de la cápsula por la atmósfera los alejó del alcance de la señal de comunicaciones en cuestión de segundos, lo que silenció las maldiciones de Mercutian y las carcajadas de Uzas a la vez.

Talos y Cyrion continuaron su truculento avance.

• • • • •

Los susurros prosiguieron. Formaban un coro de voces suaves que intercambiaban palabras y risas, cada una de ellas igual a una bruma sedosa para los oídos por muchos siseos que emitiera la señal del comunicador.

Variel los había escuchado durante casi media hora, durante la cual su moderado interés se había tornado en una atención muy intensa que no tardó en evolucionar hacia una concentración del todo absorta. Septimus miraba con mayor frecuencia al apotecario que al hololito. Los labios descoloridos de Variel no dejaban de moverse conforme el amo de la noche recitaba para sí las palabras alienígenas a medida que las traducía en su mente.

—¿Qué están di…? —quiso preguntar Septimus de nuevo, pero lo único que logró como respuesta fue que una mano se alzase para acallarlo. Variel se preparó para soltarle un guantazo de revés si se atrevía a hablar de nuevo.

—Deltrian —lo llamó el apotecario después de que hubieran pasado varios latidos de corazón.

—Desollador —le contestó el adepto.

—La partida ha dado un giro inesperado. Acercad la nave a la superficie de Tsagualsa hasta que estemos dentro del alcance de la señal de comunicaciones.

Las lentes alojadas dentro de las cuencas oculares de Deltrian rotaron a medida que se reenfocaban.

—Os pido que aportéis una razón para emprender un curso de acción diametralmente opuesto a nuestras órdenes y procesos previstos.

Variel seguía distraído con los arrullos sensuales típicos de la lengua eldar. A Septimus le parecían una especie de canción cuyos intérpretes esperan que nadie les

esté oyendo. Era preciosa, aunque eso no impidió que le pusiera la piel de gallina.

—La partida ha dado un giro inesperado —repitió Variel—. ¿Cómo íbamos a saberlo? Era imposible. Jamás lo habríamos adivinado.

Dio vueltas por el puente de mando conforme lo inspeccionaba con sus ojos azul hielo, sin dejar que se posaran sobre nada en especial.

Deltrian ni se inmutó ante los murmullos asépticos de Variel:

—Reitero mi petición, aunque alteraré la sintaxis para convertirla en exigencia: aportad un razonamiento adecuado o dejad de vocalizar órdenes que no tenéis autoridad para impartir.

Al final, Variel fijó la vista sobre algo: Deltrian, para ser exactos, con su hábito de oficio rojo y su cráneo cromado escondido a medias dentro de la capucha.

—Son los eldars —respondió Variel—. Susurran sus propias profecías, que vaticinan cómo la Octava Legión va a derramar su sangre sin piedad a lo largo de las décadas venideras. ¿Lo entendéis? Ellos no están aquí por culpa del grito psíquico de Talos. No se han referido a él ni una sola vez. No hablan de otra cosa sino de nuestra insensatez y de su propia necesidad de cortar de las madejas del destino aquellas hebras que llevan a un futuro indeseado.

Deltrian emitió un sonido de error-cancelación, lo que equivalía a un gruñido displicente.

—Basta —dijo el adepto—. La brujería alienígena es irrelevante. La superstición xenos es irrelevante. Nuestras órdenes son lo único relevante.

—¿Pero qué…? —vaciló uno de los tripulantes, sentado en el trono de contención opuesto.

La puerta se estremeció de un modo que ninguna masa de porrazos y gritos maldicientes había logrado reproducir. La segunda vez fue peor: se zarandeó en sus goznes reforzados. A la tercera se abrió de golpe dejando entrar en la cápsula una masa de aire caliente y nauseabundo y mostrando una escena digna de una fosa común.

En el exterior se hallaban dos de los amos; los muertos les llegaban hasta las rodillas y sus espadas derramaban gotas de sangre. Uno de ellos se encorvó para entrar en los confines de la cápsula. Todos los tronos estaban ocupados, e incluso aunque hubieran estado libres ningún legionario habría podido encajar su voluminoso cuerpo acorazado en un asiento de contención diseñado para humanos.

No hubo debates ni titubeos. El amo de la noche incrustó su espada dorada en el pecho del humano más cercano, lo que acalló toda resistencia, y luego arrancó el cuerpo espasmódico del asiento. Los arneses restallaron al romperse en cuanto el legionario tiró del humano con un único gesto lleno de potencia antes de arrojar el cuerpo al corredor para que yaciera con los muertos.

El segundo amo de la noche entró con el gruñido de sus articulaciones a la vez que imitaba al primer asesino. El segundo hombre en morir se puso en evidencia al llorar y suplicar antes de que lo rajaran. A aquel le siguieron otros dos tronos de contención

más que salieron disparados fuera de la cápsula en cuanto los arrancaron de sus soportes. Los colosales guerreros pretendían vaciar la cápsula a fin de despejarla lo bastante como para poder caber bien en su interior.

Marlonah trataba de desbloquear sus ataduras de forma atropellada cuando los guerreros mataron al tercer hombre y lo lanzaron al exterior.

—¡Ya salgo! —chillaba ella—. ¡Ya me voy, ya me voy! ¡Lo juro!

Alzó la vista en cuanto la sombra encorvada se cernió sobre ella, lo que bloqueó la luminosidad diáfana de color rojo que daba la luz central de emergencia.

—Te conozco —el amo rugió con su voz distorsionada—. Septimus discutió con uno de los cirujanos humanos para que te concedieran esa pierna.

—Sí… Sí… —Ella creyó estar asintiendo. En realidad, no tenía ni idea de si estaba hablando en voz alta o no.

El amo de la noche alargó un brazo para cerrar de un portazo la compuerta blindada, lo que los aisló a los tres del baño de sangre del corredor.

—Vamos —le indicó con voz rugiente a su hermano.

El otro guerrero, que se veía obligado a encorvarse de pie igual que el otro legionario, se acercó a la columna central y empujó las palancas de desbloqueo: un crujido, dos crujidos, tres crujidos.

La cápsula dio una sacudida en su soporte y el lamento de los sistemas propulsores se tornó en un rugido desamparado.

Cuando la cápsula de evacuación cayó, Marlonah sintió que el suelo caía bajo sus pies y que el estómago intentaba mudársele a la garganta. No estaba segura de si gritaba o si reía a carcajadas mientras traqueteaban a toda prisa hacia la seguridad, pero en realidad hacía ambas cosas a la vez.

• • • • •

Deltrian debía admitir que le costaba decidirse. Talos le había exigido llevar a cabo un curso de acción determinado, pero el apotecario, pese a lo grotesco de sus emociones, le había planteado un argumento muy persuasivo.

Aun así, todo se reducía a la estadística y la viabilidad. Deltrian lo sabía mejor que nadie.

—Procesar las probabilidades de que esta embarcación sobreviva a un encuentro directo con la flota enemiga precisa de un cálculo que pocas mentes biológicas serían capaces de abarcar. Para que lo entendáis, baste decir que dichas probabilidades están en nuestra contra.

Era muy posible que, en aquel instante, Deltrian hubiese mostrado una amplia sonrisa de haber sido capaz de realizar aquel gesto de forma sincera y no como el subproducto natural de lucir un cráneo metálico por rostro. Su pericia a la hora de

simplificar los hechos lo henchía de orgullo.

Aquello ni convenció ni divirtió a Variel.

—Poned en orden los engranajes y artilugios que traquetean tras vuestros ojos y escuchad —le replicó—: si los eldars sienten tanta aprensión a que la profecía se cumpla, entonces Talos cuenta con una oportunidad de sobrevivir a la guerra que va a acontecer ahí abajo. Y esa oportunidad somos nosotros. Mi hermano tiene un destino que va más allá de dar con una muerte miserable en el polvo de este mundo marchito y tengo la intención de brindarle la posibilidad de cumplirlo.

La fachada inamovible de Deltrian no se alteró ni un ápice.

—Las órdenes definitivas de Talos son lo único que posee relevancia —declaró—. Esta nave se ha convertido en el repositorio de semilla genética de más de un centenar de guerreros difuntos de la Octava Legión. El material genético tiene que llegar al Gran Ojo. Se lo he prometido a Talos. Bajo juramento. —Esas últimas palabras le incomodaron de forma desmesurada.

—Pues echad a correr, entonces. Yo no pienso hacerlo. —Variel se giró para mirar a Septimus—. Tú. El séptimo.

—¿Mi señor?

—Prepara esa cañonera tuya. Llévame a Tsagualsa.



Catacumbas

Hace diez mil años, la fortaleza se alzaba desafiante como uno de los últimos grandes bastiones que evocaban la invencibilidad de las Legiones Astartes en el universo material. La llegada de los Primogenitores demostró que aquella afirmación era falsa. El paso de los siglos no la había tratado mucho mejor. De aquella tierra sin vida brotaban almenas irregulares y erosionadas debido a explosiones inmemoriales y a los mordiscos de un millón de tormentas de arena.

Poco quedaba ya de las murallas de la fortaleza aparte de colinas de escombros que el terreno gris había devorado a medias. Las almenas que aún seguían en pie no eran sino ruinas desdentadas carentes de grandeza y a las que el paso de los años había acercado de forma inexorable al suelo.

Talos se hallaba de pie en aquellas ruinas grises mientras veía morir al *Eco de la Maldición*. La arenilla que transportaba el viento repiqueteó contra su coraza, allí, en campo abierto, rodeado de murallas desmoronadas y de colmillos ausentes. La nave de guerra se dirigía hacia el horizonte cayendo en picado con agónica lentitud mientras derramaba restos conforme ardía y dejaba tras de sí una columna de humo espeso.

—¿Cuántos quedaban a bordo de la nave? —quiso saber una voz femenina a su lado. Talos no bajó la vista hacia ella; se había olvidado de que Marlonah seguía allí. El hecho de que la humana llegase a plantearse una pregunta semejante suponía la diferencia más clara entre ellos dos en aquel momento.

—No lo sé —respondió. Lo cierto era que tampoco le importaba. Sus señores le habían transformado en una arma. No sentía pesar por haber perdido su humanidad, ni siquiera cuando esta lo cogía por sorpresa en situaciones como aquella.

El *Eco de la Maldición* descendió tras las montañas meridionales. Talos vio el

fogonazo de la baliza del reactor al sufrir fallos críticos, lo que iluminó el cielo con una segunda puesta de sol durante un único y doloroso instante.

—Uno —contó—. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Un trueno rompió sobre sus cabezas con una voz que sonó más tenue que la de una tormenta de verdad, lo que no hacía sino imbuirlo de mayor dulzura.

—El último grito del *Eco* —comentó Cyrion detrás de él.

Talos asintió.

—Vamos. Los eldars se nos van a echar encima de un momento a otro.

Los dos guerreros se alejaron de donde había caído su cápsula de evacuación y anduvieron por los restos desiguales del paisaje que había dejado la erosión a su paso. Marlonah les siguió el ritmo lo mejor que pudo mientras observaba cómo cazaban por los edificios ruinosos y las paredes desmoronadas en busca de algún túnel que no se hubiera derrumbado y que los condujera a mayor profundidad dentro del laberinto.

Tras varios minutos dieron con una cápsula de desembarco de la legión; la pintura se había desconchado durante el descenso y las puertas estaban desplegadas en flor. Había atravesado la sección débil de un techo perteneciente a lo que antaño había sido una amplia cámara rematada en una cúpula. Poco quedaba de ella salvo dos muros y un fragmento diminuto de techo arqueado, lo que evocaba las ruinas detestables que habían descubierto los xenoarqueólogos en algunos mundos, muertos mucho tiempo atrás. Los restos de su grandioso bastión no recordaban más que a los de una civilización perdida, desenterrados tras una extinción en masa.

Marlonah oyó los chasquidos de ambos guerreros mientras conversaban con los comunicadores de sus cascos.

—¿Puedo ir con ustedes? —se decidió a preguntar tras reunir el valor necesario.

—No sería demasiado inteligente —contestó Cyrion—. Si quieres vivir, lo mejor que puedes hacer es emprender el viaje de tres semanas hacia el sur, directa a la ciudad que dejamos con vida. Si el grito fue lo bastante alto, el Imperio vendrá aquí una noche y salvará a sus habitantes.

Ella no entendió nada de lo que dijo. Lo único que sabía era que no había forma posible de que sobreviviera al trayecto a pie durante tres semanas sin comida ni agua, por no mencionar las tormentas de arena.

—Cy —intervino el otro amo de la noche—. ¿Qué más da que nos acompañe?

—Como quieras, entonces.

—Desciende a las catacumbas si así lo deseas, humana —accedió Talos—. Tan sólo recuerda que nuestras propias vidas se miden en simples horas. La muerte nos sobrevendrá con mayor prontitud que en el desierto de polvo, y tampoco podemos permitirnos quedarnos junto a ti. Tenemos una batalla que librar.

Marlonah inspeccionó su rodilla dolorida. La prótesis biónica le daba punzadas allí donde se unía con la pierna.

—No puedo quedarme aquí arriba. ¿En las catacumbas habrá lugares donde

esconderse?

—Por supuesto —respondió Talos—. Pero estarás ciega. No hay luz allí adonde vamos.

• • • • •

Septimus oyó el gemido de los motores al despertar. En ningún otro lugar se encontraba tan cómodo como en el asiento que ocupaba en aquel instante; el trono de pilotaje de la cañonera Thunderhawk *Negrura*.

Variel se encontraba sentado en el trono del copiloto y miraba sin pestañear a un punto indefinido situado a media distancia. De vez en cuando se pasaba un pulgar por los labios con un gesto ausente, perdido en sus pensamientos.

—Septimus —dijo, mientras los motores se revolucionaban al encenderse.

—¿Sí, señor?

—¿Qué posibilidades tenemos de llegar a Tsagualsa sin que nos detecten?

El vasallo no supo ni por dónde empezar a discurrir sobre ello.

—No… no sé nada acerca de los eldars ni de su tecnología de escaneo, mi señor.

Resultó obvio que Variel seguía distraído.

—La *Negrura* es una nave de pequeño tamaño y el vacío es casi infinito tanto a lo ancho como a lo largo. Así pues, juega con esas ventajas; permanece cerca de los asteroides.

Septimus comprobó las compuertas del muelle situadas frente a ellos. Tras la cañonera y varias pilas de lo que, según Deltrian, era equipo esencial, quedaba un espacio reducido a más no poder en el único muelle de aterrizaje de la *Epsilon k-4l Sigma Sigma A:2*. De hecho, hasta la Thunderhawk estaba cargada con suministros vitales y maquinaria antiquísima sacada del Salón de la Reflexión, lo que descartaba que quedase espacio para más tripulantes. Deltrian vio partir la nave con poco o ningún entusiasmo.

Septimus no tuvo tiempo de hablar con Octavia. El único medio por el que había sido capaz de comunicarse con ella consistió en un mensaje de voz de corta duración dirigido a su camarote y, de todos modos, apenas había sabido qué decir. Después de todo, ¿cuál era la mejor manera de decirle que era probable que estuviera a punto de morir allí abajo? ¿Qué le garantizaba a ella que Deltrian la protegería una vez que llegasen al Gran Ojo?

Al final, se conformó con farfullar una mezcla chapucera de gótico y nostramano con su torpeza de costumbre. Trató de decirle que la amaba, pero ni siquiera para eso le llegó la inspiración. No resultó una demostración emotiva muy elegante.

Ella no le había contestado. Septimus seguía sin saber siquiera si Octavia había recibido el mensaje o no. Quizá era mejor así.

Septimus comenzó el ciclo de lanzamiento y cerró la rampa de desembarco delantera, que se bloqueó bajo la cabina con un estruendo mecánico.

—Estamos aislados y listos —anunció.

Variel parecía seguir sin prestar demasiada atención.

—Vamos.

Septimus agarró las palancas de control y, una vez que los motores le respondieron bramando a mayor volumen, sintió que se le erizaba el vello. Contuvo el aliento y guio la nave por la salida del hangar y de regreso al espacio.

—¿Os habéis planteado la posibilidad de que os estéis equivocando? —le preguntó al Desollador—. En lo que a la supervivencia de Talos se refiere, quiero decir.

El apotecario asintió.

—Sí que se me ha pasado por la cabeza, esclavo. Se trata de una posibilidad que también me interesa.

• • • • •

El tiempo transcurría a oscuras, no así en silencio.

Talos observaba aquel mundo subterráneo a través de un velo rojo; sus lentes oculares penetraban los corredores enlutados sin esfuerzo. Los datos tácticos figuraban en runas blancas diminutas que descendían en un flujo infinito por los lindes de su visión. No prestó atención a nada de eso, aparte de las señales vitales vigorosas de sus hermanos.

Tsagualsa nunca había sido su hogar. No el auténtico. Andar de nuevo por aquellos pasillos olvidados le inspiró cierta intranquilidad melancólica, pero nada de tristeza ni de rabia.

La sierva humana no se había quedado con ellos durante demasiado rato. Los dos amos de la noche se habían desmarcado de Marlonah y su cojera en cuestión de minutos a medida que avanzaban por los corredores, igual que fantasmas, y rastreaban las señales que emitían los comunicadores de sus hermanos. Durante cierto rato, Talos oyó cómo la mortal los llamaba a voces y sollozaba en las tinieblas, muy rezagada con respecto a ellos. Vio que Cyrion se estremecía, sin duda alguna en respuesta al miedo que sentía la humana, lo que provocó que el profeta notara el sabor ácido de la saliva corrosiva en la lengua. No le agradaba que le recordaran la corrupción de su hermano, incluso si era a través de una forma tan sutil y discreta como aquella.

—Habría hecho mejor quedándose en las llanuras —transmitió Cyrion.

Talos no respondió. Lideró la marcha por los túneles a la vez que escuchaba la red de comunicaciones, a rebosar de voces. Sus hermanos de las demás Garras se reían, se preparaban y juraban a viva voz que rajarían en canal a los eldars antes de caer ellos

mismos.

El profeta sonrió tras su placa facial debido a la gracia que le hacía lo que oía: los resquicios de la Décima y la Undécima Compañías se hallaban al borde de la muerte, acorralados como alimañas, pero aun así nunca los había visto tan pletóricos.

Malcharion informó de que se encontraba solo y que recorría los túneles más próximos a la superficie. Cuando las Garras protestaron y adujeron que deberían luchara a su lado, él los increpó por ineptos y cortó la transmisión.

Se encontraron con Mercutian y Uzas antes de que la primera hora hubiera transcurrido del todo. El primero saludó a Talos del modo tradicional: muñeca contra muñeca. El segundo permaneció callado sin prestar atención mientras respiraba con pesadez por el comunicador. Todos oyeron a Uzas pasarse la lengua por los dientes.

—Las demás Garras se preparan para defender sus posiciones en cámaras similares a esta. —Mercutian señaló a las entradas septentrional y meridional, abiertas ahora que las puertas en sí hacía tiempo que se habían podrido y pasado a ser un recuerdo. Talos captó lo que su hermano quería decir con eso: la estancia resultaba fácil de defender comparada con otras de tamaño similar gracias a aquellas dos entradas, y además, les daba margen de movimiento. Siguió el segundo ademán que Mercutian empleó para señalar un túnel de servicio en lo alto de la pared occidental que antaño había servido de acceso a los conductos de mantenimiento—. Cuando se batan en retirada, emplearán estos túneles de servicio.

—¿Crees que cabremos? —Cyrion comprobaba el bólter con minuciosidad—. Se construyeron para servidores. Cuando abandonamos la fortaleza, la mitad de los conductos eran demasiado reducidos para nosotros.

—He explorado los más cercanos —respondió Mercutian—. Existen varios callejones sin salida que no podremos atravesar, pero siempre quedan rutas alternativas. La única opción que nos queda es cavar para atravesar los incontables túneles derruidos.

Talos examinó toda la cámara. La sala había pertenecido antaño a otra compañía que la había usado como sala de entrenamiento. Ya no quedaba nada de la antigua decoración. Al verla tras el tinte rojo de sus lentes oculares, Talos no vio más que piedra lóbrega, desnuda. El resto de las catacumbas no mostraba un aspecto muy diferente. El laberinto al completo lo formaba la misma ruina desnuda y hueca.

—¿Qué hay de nuestra munición?

Mercutian volvió a asentir.

—Ya está dispuesta. Los servidores que descendieron junto a las demás cápsulas aterrizaron cerca de las Garras. En cuanto a las cañoneras, resulta menos evidente cuáles llegaron a aterrizar. Nuestros transportistas están aquí abajo, en un lugar seguro. Os llevaré hasta ellos; se hallan ociosos en una cámara a medio kilómetro en dirección oeste. Al haber tantos túneles derrumbados en medio, lo más rápido es transitar los conductos de mantenimiento.

—Lo lograron, entonces —terció Cyrion—. Por fin tenemos un golpe de suerte.

—Pero no ha sido el caso para muchos otros, si las comunicaciones están en lo cierto —lo corrigió Talos—. No obstante, nos hemos traído la munición suficiente como para inspirar a los eldars a entonar un millar de cantos fúnebres.

—¿Y nuestra carga principal? ¿Llegó intacta? —quiso saber Cyrion.

Por una vez, el que contestó fue Uzas:

—Ya lo creo. Tengo ganas de que llegue esa parte.

A medida que la Primera Garra andaba por los túneles de servicio en una formación irregular y encorvada, Talos oyó la primera noticia de combates por el comunicador.

—Aquí la Tercera Garra —dijo la voz, que todavía parecía reír—. Hermanos, los alienígenas nos han encontrado.

• • • • •

Septimus intentaba dar con la intensidad adecuada. La velocidad resultaba esencial, pero tenía que volar cerca de cada asteroide como si lo abrazara y quedarse en su sombra siempre que le fuera posible antes de correr hasta el siguiente. Aparte de eso, que de por sí ya era algo de lo que preocuparse, debía tener cuidado de no acelerar los motores demasiado, no fuera que las embarcaciones eldars que se encontraban estacionadas en órbita alta por encima de la fortaleza contasen con la capacidad de detectar su presencia mediante su rastro calorífico.

Habían volado durante tan sólo diez minutos cuando Variel cerró los ojos y negó lentamente con la cabeza en actitud resignada.

—Nos han abordado —dijo para sí el Desollador con voz queda. Unos pasos de botas que provenían de detrás de ellos obligaron a Septimus a mirar por detrás de su hombro con cierta dificultad. La cañonera perdió velocidad en respuesta a la falta de atención que depositaba sobre los controles.

Tres de los ayudantes de Octavia permanecían de pie en la entrada que daba a la cabina. Reconoció a Vularai en seguida y era probable que los otros dos fueran Herac y Mentecato, aunque las túnicas raídas y las manos recubiertas de vendas que mostraban hacían posible que se tratara de cualquiera.

Septimus devolvió la vista al parabrisas y escoró la nave con lentitud alrededor de otro cascote de tamaño reducido. Las partículas de polvo de menor tamaño repiquetearon de un modo incesante contra el fuselaje.

—¿Os metisteis de polizones antes de que partiéramos? —quiso saber.

—Sí —afirmó uno de los varones.

—¿Os envió ella? —preguntó Septimus.

—Obedecemos a nuestra señora —respondió el que tenía muchas probabilidades de ser Herac. La verdad era que todos tenían voces parecidas y no siempre servían

para distinguir a unos de otros.

Variel clavó sus ojos inquietantes sobre Vularai. La ayudante estaba envuelta en un manto muy espeso y, a pesar de que llevaba puestas las gafas antibrillo, las vendas que le rodeaban el rostro y los brazos estaban sueltas y colgaban en algunas partes, de modo que dejaban al descubierto atisbos de piel pálida.

—Es posible que un subterfugio semejante pueda despistar a un siervo menor del Mechanicum despistado, pero intentar lo mismo conmigo es casi penosamente cómico —declaró Variel.

Vularai comenzó a desenrollarse las vendas, lo que dejó sus manos al descubierto. Septimus se arriesgó a mirar otra vez por detrás del hombro.

—Pilota. —La mirada que Variel le lanzó a Septimus fue amenaza suficiente—. Céntrate en tu cometido.

Por fin, Vularai dejó caer los apósitos y tiró a un lado el manto pesado. Se llevó las manos al rostro, se quitó las gafas antibrillo y comprobó si la cinta seguía en su sitio.

—No pienso permitir que me abandonéis en el puñetero trasto que esa abominación mecánica tiene por nave —Octavia se mostró tajante—. Yo me voy con vosotros.

• • • • •

Deltrian se dirigió hacia el camarote de Octavia, situado en el vientre bulboso de la nave, mientras intentaba evitar que la más mínima traza de irritación se manifestase en sus movimientos o vocalizaciones.

Cuando había dado órdenes a sus servidores pilotos para que atravesaran el campo de asteroides, todo había ido bien.

Cuando había calculado la localización más propicia para arriesgarse a entrar en la disformidad sin atraer la atención de los eldars, pero sin exponerse tampoco a colisionar contra las rocas durante la aceleración y subsiguiente fuga de la realidad, todo había seguido yendo bien.

Cuando había ordenado que los motores de disformidad comenzasen a abrir un desgarrón en el tejido material del vacío, todo había seguido yendo bien.

Cuando le había ordenado a Octavia que se preparase y no obtuvo respuesta… se topó con el primer defecto de un proceso que, de otro modo, habría sido perfecto.

Los intentos reiterados de contactar con ella obtuvieron el mismo resultado.

Inaceptable.

Auténtica y absolutamente inaceptable.

Entonces ordenó que la nave volviera a esconderse y emprendió su andadura apresurada hacia los aposentos de la navegante en persona.

Un puñado de los ayudantes de Octavia correteó para apartarse de su camino en

el pasillo que conducía al camarote. Aquello en sí mismo habría intrigado a cualquiera que hubiera tratado más con la navegante, pero Deltrian no se contaba entre ellos.

Sus dedos finos anularon el cierre de la compuerta blindada, dio un paso dentro de la cámara de reducido tamaño y quedó justo delante del trono lleno de cables.

—Tú —dijo, dispuesto a dar comienzo a una diatriba extensa a la par que acusatoria, centrada en temas como la obediencia y el deber que también incluiría menciones subsidiarias al instinto de supervivencia con el propósito de aludir al miedo de origen biológico que la navegante seguramente sentiría hacia la defunción corpórea.

Vularai se encontraba sentada en el trono de Octavia con las botas apoyadas sobre uno de los reposabrazos. Sin sus vendas, dejaba al descubierto al ser abyecto que era: su carne anémica mostraba las venas que yacían bajo su superficie, hinchadas y negras como telas de araña bajo la piel más fina imaginable. Tenía los ojos llorosos, medio ciegos a raíz de las cataratas y rodeados de cercos oscuros.

Durante varios segundos, Deltrian catalogó una lista de mutaciones visibles en la mujer que tenía ante él. Los cambios que la disformidad le había ocasionado parecían sutiles según la norma general, pero el efecto que causaba la suma de todos ellos resultaba fascinante: bajo su fina piel se podían ver las sombras de los huesos, las venas, los grupos musculares y hasta la silueta pulsante de su corazón, que bombeaba a un ritmo desacompasado con respecto a sus pulmones, en constante contracción y dilatación.

—Tú no eres Octavia —vocalizó.

Vularai le mostró una sonrisa amplia, lo que descubrió sus encías costrosas pobladas de dientes de hierro barato.

—Vaya, ¿cómo te has dado cuenta?

• • • • •

Talos fue el último que entró en la cámara. El profeta recorrió el salón vacío con la vista para acabar posándola en los otros seres vivos que había en la estancia. Quince servidores permanecían boquiabiertos, sus mentes demasiado muertas como para creer de verdad que poseían auténtica paciencia. Los brazos de casi todos ellos habían sido reemplazados con garras elevadoras o tornos.

La Primera Garra se acercó a los contenedores que los esclavos lobotomizados habían cargado hasta allí a oscuras.

El primero en sacar algo de los recipientes fue Talos. Sus guanteletes sujetaron un cañón descomunal: una arma alargada y de múltiples cañones que la Octava Legión rara vez usaba.

A la vez que le lanzaba una mirada rápida a uno de los servidores más cercanos, tiró el cañón de vuelta a su contenedor. Este cayó sobre una placa pectoral de ceramita densa que lucía, orgullosa, un aquila que alguien había destrozado con la deferencia de un ritual.

—No disponemos de mucho tiempo —declaró—. Comencemos de una vez.



SOMBRAS

Se desplazaron por el pasillo como espectros más lóbregos que las sombras que los ocultaban. Se acercaron a él con una sincronía sinuosa y fantasmagórica que sólo podría calificarse como alienígena; lo vio a pesar de que sus ojos ya no rendían como antaño, pues se basaban en la captación de movimientos tanto como en la de siluetas. «Alienígenas». A pesar de que el término era preciso, sintió que el vocablo carecía de lirismo conforme aquellas criaturas se abalanzaban sobre él.

No conocía demasiado bien a aquella especie xenos. Explotaban igual que cualquier humano bajo la lluvia de fuego triturador de su cañón automático, lo que era tranquilizador aunque en absoluto sorprendente. Verlos reventar y desmoronarse como poco más que chaparrones rojos no le reveló nada que no supiera ya.

De haber sido capaz, se habría inclinado sobre uno de los cadáveres, le habría arrancado la armadura destrozada y habría aprendido todo lo necesario tras darse un festín con su carne. Con el sabor de la sangre en los labios, su fisiología mejorada le habría insuflado conocimientos instintivos acerca de su presa. Al verse encerrado en una existencia que apenas llegaba a entender todavía, el gozo de saborear la vida de sus adversarios caídos constituía uno de los placeres que más añoranza le suscitaba.

«Eldars». Los admiraba por su silencio disciplinado al tiempo que le repugnaba su gracilidad de contorsionistas. Uno de ellos, cuyas placas entrelazadas habían demostrado muy a las claras ser demasiado frágiles como para protegerlo, reventó y roció la pared izquierda con el restallido húmedo de sus restos sanguinolentos y el repiqueteo de su armadura.

No iba a poder matarlos a todos con el cañón voluminoso que tenía por brazo. Varios alienígenas se agacharon y zigzaguearon bajo la descarga ígnea que proyectaba a la vez que hacían aparecer espadas sierra en sus manos de finos dedos.

El amo de la noche soltó una risotada. Al menos, lo intentó. Se atragantó con los tubos y cables que le empalaban la boca y la garganta mientras el sonido emergía como un chirrido parecido a un cambio de marchas.

Aunque no albergaba esperanza alguna de correr más rápido que ellos, tuvo que retroceder para prepararse ante su embestida. La sensación que le transmitieron al hender y roer sus articulaciones vulnerables resultó ser bastante inusual: sin dolor, sin piel, todo se reducía a una serie de raspones amortiguados que casi le hicieron gracia. Dejó de distinguir las siluetas individuales cuando se le acercaron tanto, pero el corredor relampagueaba con las chispas que soltaban las cuchillas al masticar sus junturas.

—Ya he tenido suficiente —refunfuñó, y acometió con el otro puño. Los servos y los cables musculares de su nuevo cuerpo le otorgaban una fuerza y una velocidad que sobrepasaban todo lo que había visto en vida. El puño machacó el suelo de piedra como un martillo, lo que sacudió todo el corredor y provocó que una lluvia de polvo se precipitara desde el techo. El desdichado alienígena al que aplastó con el golpe descendente quedó convertido en una papilla informe restregada por el suelo.

Malcharion giró sobre el eje de su cintura y volvió a arremeter con el puño a la vez que el lanzallamas acoplado escupía fuego líquido. Los alienígenas retrocedieron como si de una ola se tratase, aunque no fueron lo bastante rápidos. Dos murieron a causa de aquel puño vapuleador y otro se retorció de dolor mientras se disolvía bajo el torrente de llamas corrosivo.

El dreadnought tomó aliento e inhaló el aroma del corredor, ahora vacío. En vez de sentir que el aire gélido le llenaba los pulmones con el hedor de la muerte, notó que el fluido rico en oxígeno de su féretro burbujeaba al compás de su respiración; tampoco olió nada aparte del regusto químico y nauseabundo de la sustancia tibia en la que estaba confinado.

Cuando se estremecía, el gesto se traducía en que su cuerpo blindado retemblaba y recargaba el cañón automático acompañado de un golpe metálico y un chasquido. Cuando suspiraba, el sonido abandonaba su sarcófago como el gruñido de una máquina.

Estuvo a punto de sucumbir a la tentación de abrir de nuevo la red de comunicaciones, pero el servilismo que le profesaban aquellos a los que había liderado antaño era un tedio con el que no tenía ganas de lidiar. En su lugar, se dedicó a cazar a solas mientras se deleitaba, como buenamente podía, con cómo había cambiado todo.

Malcharion anduvo entre los cadáveres estilizados de los eldars; su marcha oscilante sacudía el túnel a cada paso que daba. Perdida toda esperanza de ser sigiloso, se dispuso a jugar sus cartas de otra forma:

—Eldars… —rugió—. Voy a por vosotros.

• • • • •

Lucoryphus se encontraba acuclillado en lo alto de las almenas derruidas mientras miraba al cielo. A sus espaldas oía a sus hermanos comerse a los eldars, pero él no había participado en el banquete, pues ya había probado antes su carne y no sentía ningún impulso de repetir la experiencia: su sangre era poco densa, agria y su piel carecía del sabor salado característico de un bocado de carne humana.

El líder de los Ojos Sangrantes no estaba seguro de dónde aparecían los eldars. A pesar de estar vigilando el cielo y de negarse a descender a las catacumbas, no había captado ni rastro de aterrizajes alienígenas. Y aun así seguían apareciendo, por aquí y por allá, tras muros en ruinas o en lo alto de pináculos derruidos.

Los restos de la fortaleza se extendían a lo largo de kilómetros en todas direcciones. Sabía que sus Rapaces no serían capaces de cubrir aquella distancia por sí solos, aunque él se había decidido a intentarlo, por lo que los dirigía a través de las ruinas lo más de prisa que podía. Lo que más lo confundía era que los alienígenas no parecían presentarse en las cantidades que habría cabido esperar, dado que contaban con suficientes naves en el vacío como para desplegar un ejército. En vez de eso, lo único que veía eran escuadras de reducido tamaño y partidas de exploradores que descendían al laberinto, por lo que él y sus Ojos Sangrantes destripaban a los pocos que se quedaban en la superficie.

Sus propulsores dorsales emitieron un lamento en consonancia con sus cavilaciones.

—Naves fantasma —dijo en alto.

Tan sólo uno de los Ojos Sangrantes se molestó en alzar la cabeza de su comida.

—¿Dices algo? —siseó Vorasha.

Lucoryphus señaló hacia arriba con una de sus cuchillas relámpago desactivadas.

—Naves fantasma. Embarcaciones de hueso y almas en el vacío. Nada de tripulantes, tan sólo fantasmas de eldars muertos.

—Ulthwé —dijo Vorasha, como si eso fuera suficiente para mostrarse de acuerdo.

—Naves silenciosas que los huesos pilotan y los recuerdos capitanean. Una armada invencible en los cielos, pero ¿y en el suelo? —Su cabeza se sacudió con un espasmo muscular—. No son tan fuertes. No son tan numerosos. Ahora ya sabemos por qué dominaban los cielos pero temían la tierra.

El rapaz respiró con lentitud e inhaló el aire pernicioso del planeta a través de su rejilla bucal. Un vaho acompañaba a cada exhalación.

—Veo algo —anunció.

—¿Más eldars? —quiso saber otro miembro de la jauría.

—Una sombra dentro de otra sombra. Allí. —Señaló al saliente que formaba un edificio de piedra estropeada—. Y allí. Y allí. Muchos algos, al parecer.

Cuando el grito de desafío llegó a sus oídos, lo hizo en una lengua que no

comprendía y por medio de una garganta que ansió rajar. El guerrero eldar se hallaba acuclillado en lo alto de un muro a doscientos metros de distancia, con un sable curvo en una mano y unas grandes alas de águila que formaban sendos arcos por encima de sus hombros.

Tan pronto como el grito reverberó por el aire, otras cuatro siluetas aladas se mostraron a la vista, cada una de ellas agazapada sobre una torre caída o sobre un muro derruido.

—Ojos Sangrantes —susurró Lucoryphus a sus semejantes—. Por fin nos hemos topado con una presa a la que merece la pena cazar.

• • • • •

Uzas y Mercutian fueron los primeros. Al no tener que recurrir a las bendiciones y oraciones del Mechanicum, tardaron mucho menos en prepararse. Mientras esperaban, Talos y Cyrion montaron guardia en los túneles septentrional y meridional a la vez que atendían a los sonidos de la batalla que les llegaban por la red de comunicaciones.

—Armadura lista —le transmitió Mercutian a Talos—. Uzas también está preparado.

—Os ha llevado casi media hora —comentó Cyrion—. Sigue sin ser un proceso rápido, incluso si prescindimos de las diatribas del Culto a la Máquina.

—Ha transcurrido con la celeridad suficiente —respondió Talos—. Mercutian, Uzas; cubridnos.

Talos esperó hasta que unos chirridos graves e industriales reverberaron por el túnel. Cada paso retumbaba como un trueno.

—Os toca —concedió Uzas con la voz gutural que le confería el comunicador. Su nuevo casco era una testa provista de morro y colmillos que lucía unas lentes de color rubí así como una calavera demoníaca pintada. La armadura en sí emitía un zumbido gutural y constante y la anchura de sus hombros era tal que por sí misma acaparaba la mitad del corredor.

—¿Qué se siente? —le preguntó Talos a su hermano.

Uzas adoptó una pose más erguida, lo que contravenía la postura encorvada natural de la coraza de batalla, y los generadores de energía zumbaron a mayor volumen. En una mano sujetaba un bólter de asalto último modelo, cuya simbología del aquila imperial había quedado profanada tras haberla lijado y derretido por completo. El otro brazo acababa en un puño de energía cuyos gruesos dedos se cerraban con una potencia aplastante, igual que si florecieran a la inversa.

En uno de los hombros, el símbolo draconiano del Capítulo de los Salamandras se encontraba estropeado y sepultado bajo el icono de bronce de la Octava Legión, que

habían clavado sobre ella por medio de gruesos remaches de acero.

—Poder —contestó Uzas—. Daos prisa de una vez. Quiero cazar.

• • • • •

Ella le respondió, chillido contra chillido, espada contra espada. Los Ojos Sangrantes remontaron el vuelo con el aullido de sus propulsores y saturaron el aire con la contaminación que emanaba de sus toberas a medida que perseguían a sus presas. Los eldars, protegidos mediante una coraza contorneada de un azul que transmitía inocencia, contestaron a los deleznables gritos estridentes de los rapaces con sus propios desafíos, cada uno un alarido agudo y desdeñoso.

El combate fue bastante desagradable; Lucoryphus sabía cómo iba a transcurrir en el momento en que se enzarzaron por vez primera. Los eldars huían y los Ojos Sangrantes les daban caza. La mayoría de las doncellas celestes alienígenas estaban armadas con rifles láser de diseño elegante y de morro ahusado que escupían haces de energía crepitante. Sin embargo, necesitaban encontrarse a distancia para usarlos, mientras que los amos de la noche llenaban las alturas con el tableteo de sus pistolas bólter de corto alcance así como con el lamento desesperado de los filos de sierra que se quedaban con hambre al comer sólo aire.

El primero en caer de los cielos fue su hermano Tzek. Lucoryphus oyó su estertor de muerte por el comunicador: se trataba de una gárgara sin aliento que salió de sus pulmones encharcados de sangre y de su garganta destrozada por completo; un sonido al que siguió el aullido desconsolado de las toberas al dar vueltas en espiral mientras trataban de encenderse sin éxito. El líder de los Rapaces viró sobre sí mismo en el aire y mantuvo a raya a su adversaria con una acometida de sus pies rematados en garras justo a tiempo para ver cómo el cuerpo de Tzek se estrellaba contra el terreno irregular.

Ser testigo de aquella escena le provocó escozor en la lengua al llenársele la boca de un icor sibilante. Tzek había luchado a su lado durante los muchos años de transfiguraciones que siguieron a la primera noche del Asedio Definitivo. Ver que un alma de nobleza semejante caía a manos de la escoria alienígena le enojó lo suficiente como para escupir.

La eldar se inclinó hacia atrás con el campanilleo melódico de sus alas falcónidas mientras revoloteaba en el aire y se abatía con tanta elegancia como un ave de presa. El legionario erró por completo el escupitajo de cieno corrosivo.

Lucoryphus la siguió y sus motores rugieron y expelieron bocanadas de humo en contraste con el vuelo grácil y musical de la eldar. Cada zarpazo que propinó no rasgó sino el aire, pues aquella zorra alienígena respondía danzando, apartándose a un lado con picados o trazando arcos mientras parecía ayudarse de las corrientes de aire

caliente.

El guerrero de los Rapaces prorrumpió en un grito lleno de frustración que no pudo seguir reprimiendo. O bien el viento lo privó de casi toda su potencia o el yelmo inclinado y con cresta que llevaba puesto la eldar impedía que le explotasen los tímpanos, pues no hizo ningún caso de aquel chillido.

La alienígena ascendió por el cielo dando vueltas y su espada despidió una estela de fuego eléctrico tras ella. Lucoryphus de los Ojos Sangrantes la persiguió; su boca llena de colmillos gritó al mismo volumen que el lamento de sus propulsores.

A la doncella sólo le servía su elegancia cuando danzaba por las alturas; en una persecución directa y sin trampas de ningún tipo, el rapaz la mataría. Ambos se dieron cuenta en el mismo momento. Lucoryphus la atacó por la espalda y desgarró las alas forjadas con sus garras bañadas en relámpagos, cortando así el material alienígena e incapacitándola en mitad del aire.

Con otro grito de guerra, la eldar dio vueltas en el aire y blandió la espada a medida que empezaba a caerse. El líder de los Rapaces se cubrió y dejó que la hoja se deslizase con un chirrido por sus garras cargadas de energía. Con la mano que le quedaba libre, la agarró por la garganta y la sostuvo en brazos, de forma que quedó suspendida en el aire durante un precioso instante más.

—Buenas noches, encanto —exhaló en la placa facial de la guerrera. Lucoryphus la soltó para que se precipitara por el cielo en barrena, a imagen y semejanza de la bochornosa muerte de Tzek.

Sus carcajadas murieron tan pronto como habían nacido. La alienígena no había caído más de tres segundos cuando uno de sus compañeros la interceptó con un descenso en picado para llevarla hasta el suelo.

—Ni lo sueñes —siseó el líder de los Rapaces, que se inclinó hacia abajo para efectuar su propio picado. Oía las voces de ambos a través del viento, pues los dos alzaban la voz para comunicarse en su lengua de murmullos. Se vio obligado a escorarse con rapidez para evitar que ella le acertase con las luces irregulares que escupía su pistola mientras descendían, pero debido a que su venerable salvador eldar cargaba con su peso, ninguno tenía la más mínima posibilidad de superar la velocidad del guerrero de los Ojos Sangrantes cuando les acometiera por segunda vez. Lucoryphus cayó sobre ellos como un rayo, hincó las garras en los torsos de ambos y los despedazó.

El legionario gritó a causa del esfuerzo con un chillido propio de un ave de presa que reverberó por las alturas. La doncella sin alas cayó hacia un lado dando vueltas por el aire hasta estrellarse y quedar hecha un amasijo destrozado una vez que reventó contra el suelo. El otro eldar cayó de un modo parecido al tiempo que las heridas de su placa pectoral derramaban una lluvia de sangre. Sus alas se estremecieron al intentar volar por última vez, pero la sangre que se secaba en las garras de Lucoryphus ya había puesto punto final a aquella historia en particular. El líder de los Rapaces sonrió con desprecio al ver que el eldar impactaba contra la tierra y daba volteretas

sobre las rocas mientras se desgajaba.

Todavía se estaba riendo cuando se giró justo a tiempo para ver que el siguiente en morir era Vorasha. Su hermano cayó de un forcejeo en mitad del aire y su cuerpo derramó carne y restos de armadura mientras se precipitaba hacia el suelo. El eldar que había disparado a Vorasha a bocajarro se giró y apuntó con su rifle a Lucoryphus.

El líder de los Rapaces se inclinó hacia delante, se propulsó a toda velocidad y sus labios llenos de cicatrices profirieron otro grito estridente.

• • • • •

Talos dirigió a la Primera Garra por los corredores mientras emprendían una nueva clase de caza. Al no precisar ninguna precaución, los cuatro exterminadores se abrieron paso con el estrépito de sus botas mientras marchaban en formación dispersa, con sus armas preparadas para disparar por poco que estuvieran familiarizados con ellas.

—Me va a costar un poco acostumbrarme a esto —transmitió Cyrion, al que todavía le hacía gracia que el borde de su visualizador retinal mostrase el aquila imperial. Resultaba obvio que Deltrian, que había llevado a cabo un buen número de modificaciones y reconfiguraciones, no había sido capaz de borrar aquel detalle de los sistemas internos de la armadura.

La red de comunicaciones distraía a Talos; los informes de las Garras Segunda y Tercera indicaban que se habían enzarzado con el enemigo en los niveles superiores de las catacumbas y los Ojos Sangrantes soltaban maldiciones feroces mientras combatían en la superficie. Intentó no pensar en la situación de Malcharion: el capitán había decidido morir solo, voluntad a la que el profeta no veía pega alguna. Muy pronto, la Primera Garra tendría que dispersarse. En cuanto resultase imposible resistir en grupo a la masa de enemigos, todo se reduciría a asesinar en las tinieblas, cada cual en solitario.

Nunca antes se había puesto una armadura táctica dreadnought y la sensación al hacerlo le resultó sorprendente. Su servoarmadura le era tan conocida como una segunda piel y transmitía la misma comodidad que llevar ropa puesta una vez que la unión entre la armadura y su portador se completaba con el paso del tiempo. Sin embargo, la armadura de exterminador era algo muy distinto, desde su casco provisto de colmillos hasta sus botas repletas de pinchos. Notaba que todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se habían revigorizado y que la fuerza que contenían le escocía. Había supuesto que se sentiría torpe, pero el rango y la velocidad de movimientos no diferían demasiado de cuando entrenaba sin la armadura puesta. El único elemento que lo desconcertaba era que debía permanecer encorvado hacia delante, lo que siempre le hacía estar a punto de emprender una carrera.

Talos había intentado correr. Aquello obtuvo como resultado un ritmo más rápido y vigoroso, parecido a una mezcla entre trastabillar y correr a toda velocidad. Los servos de compensación y los estabilizadores impedían que se tropezara y cayera, aunque el cambio en su centro de gravedad seguía resultándole extraño después de tantos siglos de cruzadas con su armadura modelo Mark V.

Una de sus manos era un guantelete blindado del tamaño del torso de un legionario: un puño de combate activo que brillaba con un campo de energía latente. La otra agarraba con fuerza un cañón pesado rotatorio sobre cuyo gatillo descansaba uno de sus dedos. No habían conseguido demasiada munición para el cañón de asalto. Cuando la Primera Garra rapiñó las armaduras tácticas de los Salamandras no tardaron en descubrir que los imperiales ya habían gastado casi todas las reservas de munición. No obstante, llevaba su bólter de dos cañones fijado al muslo, listo para utilizarlo en cuanto descartara el cañón descargado.

Mercutian se llevó el puño de combate sobredimensionado a su yelmo taurino para darse unos golpecitos en los colmillos ornamentados que Deltrian le había acoplado en el morro.

—Una vez vi a Malek de los Atramentar cornear a alguien con los colmillos —comentó—. A ver si yo también lo pruebo.

Talos alzó un puño para que guardaran silencio, o lo más parecido al silencio de lo que fueran capaces teniendo en cuenta que llevaban puestas unas armaduras que rugían como los motores de cuatro tanques de batalla.

Una lluvia de discos afilados como navajas surcó el corredor que se extendía por delante de ellos y un grupo de guerreros eldar la siguió. Cuando los xenos vieron lo que avanzaba hacia ellos, vacilaron. Varios se dispersaron mientras que otros se batieron en retirada a la vez que seguían disparando. Talos oyó el repiqueteo de los proyectiles shuriken contra su coraza, que recordaba al mismo tintineo de los fragmentos de cristal al caer contra el suelo.

En respuesta apretó el gatillo, lo que llenó el túnel con el rugido destellante que caracterizaba a un cañón de asalto imperial. Los suspensores alojados en el codo, la muñeca y el mango del arma contrarrestaron el retroceso, lo que le ahorró tener que preocuparse de ese tipo de cuestiones, aunque su imagen retinal tuvo que oscurecerse para compensar el fogonazo del arma.

Diez segundos después, la Primera Garra se quedó atónita. Talos giró el cañón a fin de tener una mejor vista de los tubos al tiempo que despedían humo y se enrojecían.

—¡Eso sí que es un cañón! —exclamó Cyrion mientras los cuatro al completo vadeaban los restos biológicos que habían quedado en el corredor—. ¿Me lo prestas un rato?

• • • • •

Marlonah ya no estaba segura de lo que oía. A veces los corredores de piedra transmitían el eco de lo que sonaba como un tiroteo distante, otras veces no parecía tratarse de otra cosa que del viento que serpenteaba a su lado tras surgir de la penumbra que la rodeaba.

Portaba una lámpara de mano, pues ningún miembro que se precie de una nave de la Octava Legión caminaría por sus pasillos sin una, y sabía que la célula de energía duraría unas pocas horas más por lo menos. Lo que no sabía era ni qué hacer ni adonde ir.

«¿Acaso hay diferencia? ¿Qué más da si muero aquí o en las llanuras?».

Aún llevaba su arma automática por si acaso; a decir verdad, se trataba de una arma insignificante y primitiva si se la comparaba con el bólter de las Legiones Astartes. Podría serle útil para dispararse en la cabeza antes de morir de sed, pero no iba a servirle de gran ayuda si se veía involucrada en un combate. A los esclavos no se les permitía llevar armas en el *Eco de la Maldición*, pero de eso se había encargado el siempre socorrido mercado negro, toda una constante en cada una de las facetas de la vida. De todos modos, la legión nunca había aplicado la ley a rajatabla, ya que no temían ningún levantamiento de la casta esclava. Además, ella sospechaba que aquella chispa de desafío les hacía disfrutar más cuando cazaban por deporte.

Marlonah no estaba segura de cuánto tiempo había pasado sola cuando comenzó a oír unos mazazos. Recorría a marchas forzadas las catacumbas desiertas con el haz de luz de su linterna por delante para que cortase la oscuridad cuanto pudiera. Hacía mucho que su sentido de la orientación la había abandonado por completo. En aquel lugar el sonido reverberaba de un modo extraño hasta el punto en que ya ni siquiera tenía la certeza de si se dirigía hacia aquel ruido intermitente o si lo evitaba por completo. No pareció perder ni ganar intensidad en ningún momento.

Nunca acertó a ver qué le hizo soltar la linterna de golpe: un aliento la había rozado en la nuca y, al segundo siguiente, un impacto poco delicado contra su mano lanzó la linterna al suelo, sobre el que repiqueteó. Durante una fracción de segundo, mientras el objeto giraba, el foco de luz proyectó sombras demenciales contra las paredes; unas siluetas delgadas como brujas que portaban yelmos alargados e inhumanos.

Marlonah se llevó la mano al arma antes de que la linterna quedara inmóvil. Ese otro utensilio también le abandonó los dedos con lo que, según sintió ella, fue una patada dirigida a su mano.

La segunda vez que sintió aquel aliento fue cuando la rozó en la cara. La voz que emergió de las tinieblas era de una dulzura tan incómoda como el terciopelo sobre una herida abierta.

—¿Dónde está el Profeta de la Octava Legión?

Lanzó un puñetazo directo hacia la voz en la oscuridad, pero no impactó sino contra el aire. El segundo, el tercero y el cuarto obtuvieron el mismo resultado. Pudo oír los movimientos y la respiración sutiles de algo que esquivaba sus golpes en aquella tenebrosidad, aunque era el roce suave de las placas de armadura lo que delataba cada movimiento.

Una mano se tiró a su garganta y la rodeó con sus delgados dedos envainados en frío hierro. Marlonah consiguió golpear una única vez aquel brazo inamovible antes de que la empujaran con violencia contra la pared. Sus botas arañaron la piedra, incapaces de llegar hasta el suelo. La prótesis tosca que sustituía una de sus piernas emitía chasquidos y zumbidos agudos mientras luchaba por dar con el suelo.

—¿Dónde está el Profeta de la Octava Legión?

—He vivido siempre en la oscuridad —le respondió a la voz invisible—. ¿De verdad crees que esto me asusta?

El collar de dedos apretó lo bastante como para privarla de aliento. Marlonah no estaba segura de si los mazazos se acercaban o si los confundía con los latidos de su propio corazón, cada vez más frecuentes.

—Repugnante, ciego, ponzoñoso y cancerígeno animal mon-keigh… ¿Dónde está el Profeta de la Octava Legión? Miles de almas penden de un hilo mientras respire.

Marlonah forcejeó contra la mano que la agarraba, a pesar de que su fuerza era superior a la de ella, y aporreó el brazo acorazado.

—Terca criatura. Has de saber lo siguiente, humana: la tormenta silenciosa se aproxima. La Acechante del Vacío ya está aquí.

La presa sobre su garganta se desvaneció tan pronto como había aparecido y la mujer cayó al suelo. Lo primero que pensó mientras tomaba bocanadas apresuradas de aquel aire estancado fue que su corazón no la había engañado. Aquella sucesión de estruendos la envolvía por completo con los martillazos aplastantes del acero sobre la piedra. Propagaron temblores por el suelo y por la pared que se alzaba a su espalda.

Marlonah buscó a tientas el mango de la linterna a toda prisa y, cuando la cogió, dirigió su fino haz de luz alrededor de la cámara. Vio piedra, y piedra, más piedra y… algo inmenso y oscuro que bajó la vista hacia ella con el tronar de sus articulaciones.

—¿Qué haces aquí?

● ● ● ● ●

Aterrizó con demasiada fuerza y en mal ángulo y dio tumbos por el suelo polvoriento. Le llevó un momento levantarse y volver a adoptar su pose cuadrúpeda, así como otros dos intentos de pasar a una postura bípeda. Los dedos metálicos de las garras de sus pies se separaron del todo para mantener el equilibrio y se hundieron en la tierra blanda.

El dolor era… considerable. Con cada respiración notaba el regusto de la sangre y la agonía de sus músculos le recordó bastante a las tres noches que pasó en el potro de tortura de lord Jiruvius, de los Hijos del Emperador.

No había disfrutado de aquella guerra. Perderla le había dejado un sabor de boca incluso peor.

Lucoryphus no había aterrizado lejos de la última eldar. Se acercó a su cuerpo tendido a la vez que reparaba en los regueros de fluido sanguinolento que surgían de varias de las articulaciones de su propia armadura. La coraza del legionario conformaba un despliegue cartográfico de naturaleza bélica muy interesante, pues estaba marcada con quemaduras de láser y con las perforaciones que los alienígenas le habían practicado con sus dagas de hueso.

El guerrero de los Rapaces le dio la vuelta al cadáver de la doncella celestial con una de sus garras traseras. Los ojos rasgados de la alienígena, tan desprovistos de vida como un par de zafiros y muy similares en color a estos, miraron sin pestañear a los cielos grises. En su pecho tenía alojada una piedra preciosa lisa de color rojo, lo que sus semejantes llamaban «joya espiritual». Lucoryphus la arrancó de la armadura y se la tragó entera. Deseó que el alma inmortal que moraba en su interior disfrutase del destino que le aguardaba, alojada por siempre jamás dentro de sus entrañas.

—Cazador de Almas —transmitió por fin.

La voz del profeta sonó defectuosa debido a lo que la distorsionaba la distancia y al crepitar de los disparos:

—Te recibo, Lucoryphus.

—Los Ojos Sangrantes han muerto. Soy el último que queda.

Oyó que Talos dejaba escapar un gruñido de esfuerzo.

—Lo lamento, hermano. ¿Piensas unirte a nosotros aquí abajo?

El guerrero rapaz contempló las murallas derruidas; restos de unas almenas antaño grandiosas. Unas nubes de tormenta se arremolinaban por encima de sus cabezas, lo cual era una anomalía en aquel mundo sin clima.

—Todavía no. Se acerca algo, Talos. Id con cuidado.



TORMENTA

La tormenta dio comienzo en el preciso instante en que sus botas tocaron la tierra de Tsagualsa.

Lucoryphus la observó desde su precario puesto de observación, acuclillado sobre lo que quedaba de una larga extensión de muralla almenada. Cinco joyas espirituales eldar rodaban, frías, dentro de sus tripas. Cuando cerraba los ojos, incluso si sólo pestañeaba, oía con toda claridad cinco voces que entonaban a gritos una elegía llena de pesar.

«Qué curioso», pensó mientras la veía manifestarse. La vio salir de una emanación calorífica que apareció en mitad del aire mismo, para caer una docena de metros hasta aterrizar de puntillas con los brazos en cruz. Su armadura la conformaban placas argénteas con forma de músculos estilizados dispuestas sobre un mono de color negro que destellaba como las escamas de un pez. En una de sus manos empuñaba una vara cuyos extremos acababan en sendas cimitarras y que mostraba un aspecto húmedo debido a los relámpagos líquidos que ondulaban con lentitud a lo largo de su superficie. En la otra mano aferraba una estrella arrojadiza del tamaño de un escudo, rematada en tres cuchillas curvas similares a dagas. El fuego que danzaba por el acero alienígena era negro, fraguado mediante unas artes que Lucoryphus no estaba seguro de querer comprender.

Se protegía el rostro con una máscara mortuoria de plata, esculpida a imagen y semejanza de la faz gélida de una diosa a la que caracterizaban sus gritos. Una cresta alta y alargada de cabellos negros caía en cascada por sus hombros y espalda, de algún modo inmune al viento, que invocaba espectros de polvo para que acecharan las ruinas.

Todo en ella irradiaba abominación, incluso para una criatura a la que la

disformidad había tocado tanto como a él. Durante un largo instante, la bruma calorífica permaneció a su alrededor como si la criatura corriera el riesgo de que la realidad misma la rechazara.

«Esta no es una doncella eldar —supo el guerrero del Culto Rapaz—. Quizá lo fuera antaño. Ahora… su grandeza es mucho mayor».

Las garras de Lucoryphus se tensaron sobre la piedra mientras la diosa guerrera eldar volaba a la carrera por encima del suelo como un borrón cuyos pies apenas honraban la tierra con sus pisadas. En un instante era una estela plateada entre las ruinas; al siguiente, había desaparecido de modo que parecía que se había desvanecido o bien había descendido bajo tierra; Lucoryphus no lo tenía claro.

—Talos. —Volvió a abrir el enlace de voz—. Ya he visto lo que se dispone a cazarnos.

• • • • •

La Segunda Garra había sobrevivido más de tres horas a lo largo de una serie de tiroteos a la carrera y había repelido oleada tras oleada de atacantes alienígenas. Las únicas luces que destellaban por los túneles e iluminaban las cámaras provenían de los fogonazos en *staccato* de los disparos, así como del mucho menos frecuente entrechocar de las espadas de energía cuando sus campos de disrupción colisionaban.

Yuris cojeaba debido al corte que le habían practicado en uno de los muslos. Era consciente de que sus hermanos pronto le dejarían atrás. No se trataba de que hiciera falta decirles que lo abandonasen ni de un acto tan noble como sacrificarse a uno mismo. Le dejarían atrás porque se había vuelto más lento, así como más débil. Su vida se había convertido en un lastre para el resto.

El amo de la noche recuperó el aliento con la espalda apoyada contra la pared. Se fijó el bólter a la musiera durante un instante y lo recargó con un golpe seco, con una sola mano.

—El último que me queda —transmitió a los otros dos supervivientes—. Me he quedado sin munición.

—Nos vamos a retirar hacia los contenedores de reservas —contestó Fal Torm.

La verdad quedaba implícita en las palabras de aquel guerrero: iban a retroceder hasta las reservas de munición, pero era casi seguro que le iban a dejar tirado. Si la muerte de Yuris les regalaba unos pocos segundos más, mucho mejor.

—Tus heridas son más graves de lo que pretendes hacernos creer —afirmó Xan Kurus. Hacía horas que una espada alienígena le había hecho añicos las alas del yelmo, que antes se curvaban hacia atrás—. Puedo oler tu esencia vital y oír la fatiga de tus corazones.

Yuris no fue capaz de recuperar el aliento. Le costaba inhalar, obligar al aire a

introducirse en una garganta que notaba demasiado tirante.

«¿Es esto lo que se siente al morir?».

—Aún me tengo en pie —respondió por el enlace—. Venga, prosigamos.

Los tres supervivientes de la Segunda Garra se batieron en retirada adentrándose más en las tinieblas y echaron a correr de forma desordenada. Hacía tan sólo unas horas, Yuris había liderado a otros nueve guerreros. Ahora, en cambio, se alzaba como el orgulloso señor de un par más que dispuestos a abandonarle en cuanto se presentara la ocasión.

Al igual que ocurría con los humanos, no todos los eldars eran iguales. Yuris lo había averiguado a costa de un precio desorbitado. Los que disparaban rifles de baja potencia y llevaban una armadura ligera color negro sobre unas mallas entretejidas morían igual que niños y, aparte, demostraban la puntería que cabría esperarse de cualquier espécimen humano sacado de una subcolmena zarrapastrosa. Pero los otros… las brujas gritonas y los asesinos de las espadas…

Seis guerreros muertos en tres horas. Las doncellas alienígenas se disolvían en la negrura, zigzagueaban entre los proyectiles y trababan sus espadas con los amos de la noche con una tormenta de cuchilladas. El hecho de matar o de no matar no parecía cambiar un ápice su conducta: tan pronto como intercambiaban los primeros golpes se zafaban del combate y se retiraban a los túneles.

Los aullidos constituían la peor parte de cada carga: las alienígenas proferían una elegía tan prolongada y de tanto volumen que bastaría para despertar a los muertos olvidados de aquel mundo maldito. Cada alarido lo apuñalaba con una esquirla de hielo directa a la nuca, lo que le alteraba el cerebro y ralentizaba la capacidad de reacción el tiempo suficiente como para que protegerse de cada golpe le resultase muy complicado.

Ah, pero la Segunda Garra no había caído fácilmente. Después de todo, ellos eran los cazadores. El mismo Yuris había rajado las pálidas gargantas de tres de las doncellas agarrándolas por la espalda y degollándolas con una caricia rápida y cortante de su gladio.

Y así fue una y otra vez: cargar, defender, cazar, rebanar, retroceder…

El amo de la noche trastabilló y apoyó la mano en la pared para mantener el equilibrio. Había estado corriendo por delante de sus hermanos, pero pronto renqueaba a su lado y, al final, renqueaba y quedaba rezagado.

—Hasta la vista, Yuris —le transmitió Xan Kurus desde más adelante. Fal Torm ni siquiera se paró; mantuvo la carrera a toda velocidad.

—Espera —le pidió Yuris a Xan Kurus—. Espérame, hermano.

—¿Por qué? —Xan Kurus ya había vuelto a echar a correr—. Que tengas una buena muerte.

Yuris oyó cómo los pasos de sus compañeros perdían intensidad hasta desvanecerse. Su propia carrera a trompicones involucionó hacia una marcha tambaleante que terminó cuando se estrelló contra la pared y se deslizó contra ella

hasta caer de rodillas.

«No quiero morir en Tsagualsa». Aquel pensamiento le sobrevino de forma espontánea y sin motivo. ¿De verdad era Tsagualsa un lugar peor para morir que cualquier otro?

«Sí —pensó—. El Mundo Carroña está maldito. Nunca debimos haber vuelto aquí».

Aquella antigua superstición le provocó una dolorosa sonrisa en sus labios ensangrentados. ¿Y qué importaba? Había servido a la legión, ¿verdad? Había demostrado su lealtad a medida que pasaban los siglos y cosechado placer de una galaxia que nunca había sido capaz de resistírsele.

«Hasta ahora…».

Yuris trató de volver a sonreír, pero la sangre cayó de sus labios rajados como una cascada negra.

«Da igual… Da igual. Ha estado bien estar vivo y ser fuerte».

La cabeza, protegida con el yelmo, se le inclinó hacia delante mientras sus fuerzas terminaban de abandonarle al resbalar junto a su sangre.

—Yuris —crepitó el comunicador.

«Déjame en paz, Fal Torm. Echa a correr si quieres. Dejadme morir a solas y en paz, cabrones».

—Yuris —repitió la voz.

Abrió los ojos sin darse cuenta de que los había tenido cerrados. Recuperó su vista teñida de rojo, que le mostró las grietas del peto y el muñón donde hacía menos de una hora tenía la mano izquierda.

«¿Qué?», preguntó, aunque tuvo que llevar a cabo un segundo intento para decirlo en voz alta.

—¿Qué? —transmitió.

Sus datos retínales eran borrones blancos de galimatías descendentes. Pestañeó dos veces y la resolución mejoró.

Los signos vitales de Xan Kurus figuraban como un electroencefalograma plano. Lo mismo que los de Fal Torm.

«No puede ser».

Yuris se obligó a sí mismo a ponerse de pie a la vez que se tragaba el gruñido agónico que causaron su rodilla rota y su mano cercenada. Los daños que había sufrido su servoarmadura impedían que esta le administrase inhibidores del dolor en el torrente sanguíneo, lo cual agravaba el tormento.

Encontró a sus dos últimos hermanos en los pasillos de más adelante y se estremeció al reprimir una carcajada. Ambos cuerpos yacían repantigados en el suelo de piedra y ponían de manifiesto una aniquilación completa y precisa. Tanto Xan Kurus como Fal Torm se hallaban partidos por la mitad a la altura de la cintura; los torsos estaban separados de sus piernas. La sangre decoraba el suelo con salpicaduras caóticas.

Ninguno de los dos conservaba la cabeza; los cascos habían rodado lejos de ambos cuellos cercenados una vez que los cuerpos habían caído al suelo.

Yuris no pudo contener la risa por más tiempo. A pesar de haberle dejado tirado habían muerto antes que él. Incluso con todo el dolor que sentía, aquel pensamiento apeló a su sentido de la justicia poética.

La hoja que acabó con Yuris le alcanzó primero en la espalda, le atravesó las vértebras lumbares y emergió al otro lado del blindaje dispuesto en capas que le cubría el estómago. Las brillantes y repulsivas sogas que formaban sus tripas siguieron al filo del arma; las entrañas cayeron entre sus botas y formaron un montículo repugnante.

Yuris consiguió permanecer de pie durante un par de instantes más antes de que la hoja le volviera a impactar. Esta vez acertó a verla: una centella giratoria de plata y de negro abrasador que desgarró el aire en menos tiempo del que se tarda en pestañear. Le perforó el estómago, ya destrozado de por sí, y le volvió a traspasar las vértebras lumbares, por lo que esta vez Yuris cayó al suelo con un grito y un estrépito.

Durante un instante de lo más grotesco, se dio cuenta de que estaba tumbado boca arriba y que intentaba arrastrarse de regreso a sus piernas con la única mano que le quedaba.

Fue entonces cuando se cernió sobre él. La criatura de la que Lucoryphus les había advertido. La mente frenética del guerrero, desesperada y moribunda, le gritaba para que actuase. Tenía que comunicarse con los demás. Tenía que avisarles de que ya estaba allí abajo.

Sin embargo, no lo hizo. No dijo nada. No avisó a nadie. Yuris abrió la boca tan sólo para atragantarse con el torrente cálido de bilis y sangre que le brotó de la garganta.

Aquella silenciosa reina de las brujas enarboló la lanza que sujetaba en la otra mano, a gran altura por encima de su cabeza. Pronunció una única palabra en gótico, aunque con un acento tosco que la aderezó de ininteligibilidad:

—Duerme.

Para Yuris, el ocaso de una hoja alienígena dio paso, por fin, al amanecer de un bálsamo de negrura.

• • • • •

Los primeros aullidos lo habían tomado por sorpresa. No pensaba volver a cometer ese error.

Cuando la Primera Garra se unió a la Tercera de Faroven, ambas escuadras se dispusieron a defender una red extensa de cámaras repletas de salas anexas, túneles de evasión y cruces defensivos durante todo el tiempo que fueran capaces.

—¿Habéis visto a Malcharion? —fue lo primero que preguntó Faroven.

—Sigue de caza él solo —había contestado Talos.

Las doncellas gritonas aparecieron nada más haber pronunciado aquellas palabras. Tras haber luchado contra los guerreros debiluchos durante las últimas horas, aquel asalto estentóreo había supuesto un cambio desagradable tanto en ritmo como en tácticas. A pesar de ello, al menos había causado el efecto de que Cyrion dejase de incordiarle para que le prestara el cañón de asalto.

Los primeros aullidos los habían cogido por sorpresa. Antes de lanzarse al ataque, las brujas guerreras profirieron sus lamentos estridentes para esgrimir aquella canción como si fuera una arma. La inmunidad al miedo no tuvo efecto alguno a la sombra de aquel canto: Talos sintió que se le helaba la sangre, que se le aletargaban los músculos y que se le inundaban las sienes de sudor mientras su cuerpo reaccionaba del mismo modo que el de cualquier mortal aterrorizado.

Esa sensación le había resultado… increíble, casi embriagadora debido a la fuerza antinatural con la que lo había acometido. No se asemejaba a nada que hubiera experimentado en todos sus largos siglos de vida. Ningún alma bendecida con la semilla genética era capaz de sentir terror y, aunque la inseguridad incapacitante que solía acompañar a dicho sentimiento nunca llegó ni a rozarle la mente, la percepción física de sentir miedo le sonsacó una carcajada de la garganta. ¡Y pensar que esto era una mera sombra de lo que le infligía a sus víctimas! ¡Y pensar que ahora lo sentía de primera mano!

«Muy instructivo», pensó con su habitual sonrisa retorcida. Debía admitir, sin embargo, que la gracia que le causaba aquello quedaba un poco ahogada debido al letargo que le atenazaba las extremidades, aparte de que fue tan breve que pereció abrasada por la cólera que lo embargó un segundo después.

Pero los xenos ya se encontraban entre ellos por aquel entonces. Asestaron mandobles y estocadas con sus espadas idénticas, lo que diezmó las filas de las últimas dos Garras que quedaban en pie. Las alienígenas danzaban a medida que liquidaban, como si representasen una suerte de baile inhumano al son de una música que tan sólo ellas eran capaces de oír. Sus yelmos estaban esculpidos con el objeto de encarnar una máscara mortuoria por cuya boca abierta proyectaban sus alaridos amplificados psíquicamente.

«Una artimaña encantadora», pensó a la vez que se odiaba a sí mismo por admirar la creación de una raza alienígena.

A la vez que el profeta desviaba un tajo descendente con el dorso de su guantelete acorazado, se imaginó, en medio del fragor del combate, que captaba los matices de la canción. El estrépito de las cuchillas contra la ceramita conformaba su rápido tamborileo mientras que los gruñidos y los gritos de sus hermanos se transformaron en el ritmo de fondo.

—Silencio —gruñó lleno de desdén al tiempo que le propinaba a la doncella un revés con el puño de combate. El ulular estridente de la eldar terminó a la vez que su

propia vida, con un crujido húmedo contra la pared de piedra que tenía detrás.

Los eldars huyeron por los túneles tan rápido como habían llegado.

—Ahora no chillan —se rio Cyrion.

Talos no se reía. Tres miembros de la Tercera Garra yacían muertos, despedazados bajo las espadas de los espectros aullantes. Tan sólo había caído una eldar; la que Talos había aplastado contra el muro con el puño.

El profeta se desplazó por la cámara con pasos pesados y cuidadosos. A medida que se acercaba a ella, los dedos de la xenos sufrieron un espasmo.

—Todavía está viva —le advirtió Faroven.

—Lo sé.

Talos le prensó la mano a la eldar con la bota y los servos de sus rodillas chirriaron en consonancia. Llevar puesta la armadura de exterminador hacía que convertirle el apéndice en una papilla sanguinolenta resultase tan sencillo como respirar.

Aquello la despertó, y despertó gritando. Él le quitó el casco, lo que acabó con el aullido psíquico y lo sustituyó con un quejido que sonó casi humano.

Talos dejó descansar el cañón de asalto sobre el pecho de la doncella.

—Te conozco —afirmó ella con un gótico torpe, como si el sabor de las palabras le repugnase. Sus ojos rasgados estaban entrecerrados y mostraban el verde exuberante de unos bosques largo tiempo perdidos.

—Me llamo Taisha, hija de Morai-Heg, y sé quién eres, Cazador de Almas.

—Sea lo que sea que te ha revelado tu hechicería alienígena, da lo mismo, pues te encuentras al borde de la muerte y voy a ser yo quien te arroje a ella de una patada. —Su voz era un gruñido despectivo que sonó distorsionado por los altavoces del casco.

A pesar de que Talos le destrozaba el brazo que tenía atrapado bajo la bota, ella fue capaz de intercalar una sonrisa entre sus jadeos agónicos.

—Cruzarás tu espada con la Acechante del Vacío —afirmó con una sonrisa que dejó al descubierto sus encías ensangrentadas—. Y morirás en este mundo.

—¿Y quién es la Acechante del Vacío?

Ella le respondió propinándole una patada. Él ya había torturado eldars miles de veces antes: nunca sucumbían ni susurraban una sola palabra en contra de su voluntad.

Talos alzó la bota y se alejó.

—Acabad con ella —transmitió por el enlace sin importarle quién lo hiciera.

• • • • •

Lucoryphus no se avergonzaba del banquete. Del mismo modo que la Octava Legión saqueaba equipo de los muertos, lo que rapiñaban los Ojos Sangrantes era su carne.

Era consciente de que, si Talos o cualquier otro le viera desmembrar los cuerpos de sus hermanos para devorarlos, no era nada probable que compartiera una perspectiva tan generosa, pero a la vista de cómo transcurrían los hechos tampoco es que importase demasiado.

Después siguió devorando a los muertos bajo la lluvia.

De vez en cuando alzaba la cabeza para comprobar si se acercaban eldars. La desconocida sensación del viento en su rostro desnudo le hacía cosquillas. Los pocos resquicios de transmisiones que captó por el comunicador sonaban como si las cacerías subterráneas ya no tuvieran interés alguno. Todos estaban ya prácticamente muertos.

Ya ni siquiera estaba seguro de por qué cosechaba la semilla genética de los Ojos Sangrantes. Algunas tradiciones resultaban tenaces, por mucho que la muerte se cerniera sobre ellos.

Cuando oyó los motores de la cañonera, su reacción instintiva consistió en tensar los músculos y en activar las garras a la vez que se giraba hacia el sonido, cuyo volumen aumentaba por momentos. Al no disponer de los modos de visión de su yelmo, su capacidad visual se resintió debido a la distancia. Necesitaba la presencia de movimientos para seguirlos, para rastrearlos; de otro modo, pasados cien metros se volvía casi ciego.

Lucoryphus ya alargaba un brazo para volver a ponerse el casco cuando la cañonera llegó hasta él y quedó suspendida por encima de su cabeza exhalando las emanaciones de sus toberas, que azotaban las ruinas con el polvo que dispersaban.

Observó, sin expresión alguna, cómo se abría la rampa de desembarco y no sintió ni un mínimo de sorpresa al ver la figura que cayó del cielo.

El amo de la noche aterrizó con elegancia y un golpe seco, tras lo cual se comunicó con la cañonera por el enlace de voz:

—Estoy abajo. Aterriza en las almenas de esa zona. Mantente alejado de cualquier destacamento terrestre eldar que veas. Si te atacan desde el aire, huye. No quiero que hagas nada más. ¿Entendido?

La cañonera obedeció y se escoró acompañada del fulgor de sus propulsores sin que el piloto respondiera de ningún otro modo.

—Lucoryphus de los Ojos Sangrantes —lo saludó Variel.

—Variel el Desollador.

—Nunca te había visto sin el casco puesto.

Lucoryphus se volvió a poner el yelmo y su faz demoníaca volvió a quedar fijada sobre su rostro.

—Pareces un cadáver ahogado —comentó Variel.

—Ya sé lo que parezco. ¿Por qué has venido?

Variel paseó la vista por las ruinas.

—Delirios de esperanza. ¿Dónde está Talos?

Lucoryphus señaló al bastión con una garra llena de cuchillas curvas.

—Ahí debajo.

—No puedo ponerme en contacto con él.

—Los comunicadores sufren interferencias. Él y los demás se encuentran a gran profundidad. Están luchando.

—¿Dónde se encuentra la entrada más cercana a las catacumbas?

Lucoryphus volvió a indicarle con un gesto. El apotecario echó a caminar por la tierra polvorienta dando golpes sordos y metálicos contra el suelo. Los pistones de su rodilla cibernética sisearon.

Lucoryphus se puso a cuatro patas para seguirle con su forma de andar predatoria, que nunca dejaba de sorprender a Variel debido a lo inesperado de su elegancia.

—¿Cómo atravesasteis el bloqueo? —quiso saber el guerrero de los Rapaces.

—No existe tal bloqueo. Dos docenas de naves aguardan en órbita alta, sin demasiadas naves de desembarco. Tampoco detectamos ni un solo barrido de sensores. Hemos tardado horas en llegar hasta aquí, pero una veintena de naves no pueden posar la vista sobre todo un planeta; es como pedirle a un ciego que cuente todas las piedras que conforman una montaña.

Lucoryphus no dijo nada mientras pasaban al lado del cuerpo mutilado y a medio devorar de Vorasha. Variel no guardó tanto silencio.

—En una época que ahora se considera mitológica, se veía el canibalismo como algo beneficioso para el cuerpo y el alma. —Miró al último de los rapaces durante un instante—. Si sobrevivimos, me gustaría sacarte una muestra de sangre.

—Ni aunque me lo ruegues.

Variel asintió. Era la respuesta que esperaba.

—¿Te das cuenta, Lucoryphus, de que el grado de livor mortis y de descomposición bacteriana que muestras en la garganta y el rostro no son en absoluto típicos de un ser vivo? Tu organismo se encuentra en estado de autolisis: tus células se devoran a sí mismas. ¿Acaso cebarte con la carne de tus hermanos regenera el proceso?

Lucoryphus no le respondió. Lo que no impidió que Variel prosiguiera:

—¿De qué otra forma puedes seguir vivo? ¿Es que estás muerto y aun así sigues con vida? ¿O es que la disformidad y tú jugáis a algo más complicado?

—Ya no sé lo que soy. Hace siglos que lo ignoro. Ahora, dime por qué has venido.

Por encima de la fortaleza abandonada, la tormenta acabó por demostrar su acerbo. Los relámpagos iluminaron el cielo gris mientras un chaparrón les fustigaba las armaduras. El rostro desollado de la hombrera de Variel, perteneciente a un hermano al que había asesinado hacía tiempo, pareció estar llorando.

• • • • •

—Talos.

No contestó. Con los dientes apretados, siguió pulsando con fuerza el gatillo del arma, que iluminó el túnel lóbrego en el que se encontraban con su fuego trazador. En contraste con los tubos del cañón, que comenzaban a emitir un brillo rojo debido al sobrecalentamiento, las runas numéricas de su visualizador retinal descendieron y menguaron por momentos.

—Talos —volvió a crepitar la voz—. No te adelantes demasiado.

El cañón de asalto dejó de disparar con un gemido descendente. El profeta contuvo un exabrupto a sabiendas de que no serviría de nada. Cyrion tenía razón pero, a pesar de ello, la frustración persistió. El ritmo de la caza había vuelto a cambiar. Cuando los eldars dejaron de ir a por ellos, ellos fueron a por los eldars.

Talos se detuvo y dejó que los estabilizadores y servos de las musleras acorazadas se distendieran. El cañón siseó en aquel aire gélido mientras los alienígenas muertos yacían desparramados a sus pies.

Cyrion y Mercutian se acercaron a él y llenaron el túnel con el tronar de sus pasos y el zumbido agudo de sus articulaciones. Ambos bólters de asalto mostraban aquilas imperiales profanadas. Ambas armas, además, soltaban humo por la boca.

—Casi me he quedado sin munición —transmitió Mercutian—. Es hora de volver a ponernos las servoarmaduras y dispersarnos. Me lo he pasado bien con tanta carnicería, pero los xenos nos evitan porque vamos juntos.

Talos asintió.

—Echaré de menos este armamento.

—Yo también —contestó Mercutian—. He perdido la cuenta de a cuántos de estos desgraciados hemos matado ya. Dejé de contar cuando llegamos a setenta en el último cruce. Este grupo suma un total de… —Mercutian recorrió con el extremo del bólter los cuerpos destrozados y sanguinolentos—. Noventa y cuatro.

—Esto no son sino las sobras. —Cyrion miró con su casco provisto de colmillos a Mercutian—. Pero ¿y las doncellas que gritan? Aún no he logrado acertarle a una sola de ellas.

—Ni yo —intervino Talos—. Aparte de la primera. Los más débiles mueren como alimañas. Los que aúllan son otra historia.

El último en llegar fue Uzas, cuya armadura estaba empapada de sangre. En lugar de colmillos, su casco lucía un cuerno brutal que surgía del puente de la nariz.

—Son sacerdotisas guerreras de la hija de su dios de la guerra. —La Primera Garra se dio la vuelta para mirarle; ninguno se pronunció durante unos instantes—. ¿Qué pasa? —gruñó Uzas—. He torturado a prisioneros eldar en el pasado, al igual que vosotros.

—Sean lo que sean, deberíamos volver junto a la Tercera Garra.

—Talos.

El profeta vaciló. En su visualizador retinal no destelló ninguna runa.

—¿Variel?

—Hermano, me encuentro en las ruinas exteriores, junto a Lucoryphus. Tenemos que hablar.

—No… Por favor, dime que sólo es una broma de mal gusto. Si te ordené que te alejaras fue por algo, imbécil.

Talos atendió a la explicación de su hermano, a pesar de lo atropellada y fragmentada que resultó ser. Se tomó varios segundos antes de contestar.

—Nos volvemos con la Tercera Garra —les ordenó a los demás—. Variel, ni se te ocurra descender hasta aquí. Los túneles están infestados de eldars.

—¿Vas a regresar a la superficie?

Ni siquiera Talos lo sabía con seguridad.

—Tú escóndete.

• • • • •

Las doncellas aullantes volvieron a aparecer tan pronto como la Primera Garra se reunió de nuevo con Faroven y la Tercera. A Faroven sólo le quedaban cuatro guerreros; él y sus subalternos habían abandonado a sus hermanos asesinados en los corredores, mientras que ellos se desplazaban juntos como una jauría.

Esta vez, los amos de la noche estaban preparados. Perseguir a su presa por los corredores durante aquel último par de horas les había enardecido de un modo que formar líneas defensivas jamás podría emular.

Las alienígenas se entremezclaron con las filas de la Octava Legión con las espadas rápidas como centellas y las crestas de pelo a merced del viento. Talos captó un «nos superan en número» por parte de uno de sus hermanos, pero la masa de cuerpos y filos hacía imposible obtener más detalles.

Las dos doncellas que tenía delante le chillaron a la vez mientras alzaban sus hojas. Volvió a sentir que por sus músculos trepaba una masa de hielo que lo rezagó y ralentizó.

—¡Yo también… sé jugar… a ese juego!

El amo de la noche descargó su propio grito: un rugido que se originó a partir de tres pulmones y de un sistema respiratorio mejorado, con un volumen que se elevó a la décima potencia gracias a los altavoces de su yelmo de expresión desdeñosa. Los amos de la noche supervivientes lo oyeron y se sumaron a él un segundo después.

Talos había empleado su grito para hacer añicos ventanas y ensordecer a los humanos con el fin de ablandarlos antes de proceder a matarlos; ahora lo usaba para contrarrestar a aquellos que intentaban vencerle con sus propias armas.

Tres de las espadas de las doncellas se hicieron pedazos de repente. Las lentes oculares de una buena parte de las guerreras alienígenas se resquebrajaron cuando el bramido armónico alcanzó su punto álgido. Justo en el momento en que el rugido de

los amos de la noche alcanzó el cénit de su *crescendo*, el ulular eldar sufrió una muerte súbita.

Talos mató a la primera guerrera que se encontraba delante de él tras rodearle la cabeza con el puño para pulverizarle el cráneo y los huesos de los hombros antes de arrojarla a un lado. La segunda murió mientras se tambaleaba hacia atrás una vez que la última ráfaga de su cañón de asalto la desmembró. El profeta tiró el arma descargada y se llevó la mano a la reliquia que tenía por bólter conforme tomaba aliento para bramar por segunda vez.

Un nuevo sonido invadió los sentidos de los guerreros ahora que la balanza se había inclinado a su favor y las doncellas trastabillaban al tiempo que pagaban por la masacre que habían infligido a los legionarios.

Uzas incrustó el puño en el estómago de una de las alienígenas, lo que le rompió las costillas y la columna vertebral de un solo golpe. A la alienígena le fallaron las piernas y cayó de bruces hacia Uzas, quien bajó la cabeza y la embistió con el cuerno justo en el torso.

—¿Lo oís? —transmitían los demás por el comunicador.

—Pasos.

—No pueden ser pasos; son demasiado rápidos.

Uzas no pudo oír absolutamente nada aparte del latido de sus corazones y la sangre que le goteaba por el casco y los hombros. Tuvo que sacudir la cabeza dos veces para quitarse de encima el cuerpo convulso que tenía empalado en el cuerno. El cuello le crujió con sonoridad en cuanto se volvió a poner derecho.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando lo oyó. Y Talos tenía razón. Eran pasos.

—Sé lo que es —afirmó.

Los pasos poseían el ritmo de un corazón a la carrera: eran suaves contra la piedra por mucho que reverberasen por los pasillos con una resonancia digna de los vientos de la disformidad.

Talos se encontraba de pie por encima de los cadáveres de dos de las doncellas a la vez que sus dedos semiflexionados goteaban sangre. Lo único que se oía eran las pisadas ahora que los chillidos se habían extinguido.

—¿Qué es? —preguntó.

—La encarnación de una tormenta cuya lluvia son cuchillas. La Que Caza en el Vacío. —Uzas se pasó la lengua por los dientes y saboreó el ácido que reposaba en sus encías—. La Tormenta Silenciosa.



Acechante del vacío

Surgió de la oscuridad como sus hermanas habían hecho antes que ella. Varthon fue el primero en verla y avisó a los demás en voz alta. Su grito pereció en el interior de su garganta tan pronto como había comenzado, ya que la lanza que le atravesó la placa pectoral le reventó ambos corazones y puso fin a su advertencia. En menos de un segundo, el arma negra brotó con violencia de su espina dorsal y sobresalió un metro hasta que comenzó a retraerse deslizándose de su carne con una paciencia despiadada.

La dueña del arma se les quedó mirando mientras dejaba caer el cuerpo y, al mismo tiempo, la melodía de un pitido sostenido sonó dentro de los cascos de los amos de la noche.

Todos se movieron a la vez. Los legionarios alzaron los bólters y abrieron fuego; cada uno de ellos desencadenó un torrente de proyectiles explosivos y ninguno estuvo en absoluto cerca de acertarle a aquel objetivo.

A medida que disparaba contra aquella silueta danzarina y parpadeante, se sucedió una serie de pitidos agudos que se lamentaron en los oídos de Talos. Los siglos de entrenamiento y combate se alinearon con los procesadores de adquisición de blancos tanto de su armadura de exterminador como de su visualizador retinal, lo que guio su brazo con la misma presteza que su instinto. El bólter de asalto que asía se sacudió y dio culatazos al tiempo que escupía una marea de proyectiles que tan sólo disminuyó cuando se vio obligado a recargar.

Entonces, retrocedió unos pasos e introdujo otro cargador con un golpe seco. Todos estaban recargando de forma desorganizada, lo que delataba que toda noción de cohesión táctica se había deshecho en un único instante. Un escaneo borroso de la cámara hizo que Talos reparara en cómo los disparos de todos ellos habían carcomido

cada uno de los muros sin haber herido a su presa ni una sola vez.

El siguiente en morir fue Jekrish Ojos Blancos, a quien le seccionaron la cabeza limpiamente de los hombros. El cuerpo comenzó a caer derribado y Talos alzó el puño para cubrirse y evitar que el yelmo de su hermano le golpeara tras surcar el aire dando vueltas hacia él. El casco rebotó hacia un lado con un repique metálico y cayó al suelo. Por aquel entonces, el profeta ya disparaba contra el borrón negro tras apuntar a los lugares en los que su instinto y su retícula de adquisición de blancos le indicaban que estaría. Los cráteres de las detonaciones y los fragmentos de roca ocasionaron la muerte de más mampostería.

Ella no se detenía ni para matar. La lanza segó a Gol Tatha justo por la cintura y lo separó de sus piernas. En aquel mismo segundo, Faroven murió en otro punto situado a media distancia dentro de la sala cuando una estrella arrojadiza con tres cuchillas de hierro alienígena y fuego negro se le incrustó en mitad de la cabeza. Ambos cuerpos cayeron y se estrellaron al unísono contra la piedra.

Mercutian arqueó la espalda de su voluminosa coraza mientras bramaba una maldición. Talos logró captar un destello de movimiento en el visualizador cuando la lanza retrocedió de la espalda de su hermano de un tirón. Mercutian trastabilló hacia delante y lo único que evitó que cayera de bruces fueron los férreos músculos artificiales alojados en las articulaciones de su armadura. Su bólter de asalto tronó una vez más antes de caérsele de la mano.

Cuando el trío de cuchillas arrojadizas impactó contra Uzas, le acertó en su yelmo provisto de cornamenta y envió trozos de ceramita que rebotaron contra las paredes. Él no trastabilló como Mercutian sino que dio un paso y cayó de pies y manos de una manera tan pesada que transmitió temblores por el suelo. Talos vio la sangre derramarse sobre la superficie de piedra negra a medida que formaba un charco entre las manos trémulas de Uzas.

—Talos… —crepitó el comunicador.

—Ahora no.

—Hermano —dijo Variel—, ¿cuándo piensas volver a la superfi…?

—¡He dicho que ahora no!

Siguió al borrón con el bólter de asalto justo cuando danzaba para situarse detrás de Korosa, el último que quedaba en pie de toda la Tercera Garra. Korosa se dio la vuelta tan rápido como le fue posible a su cuerpo genéticamente mejorado al tiempo que arremetía con su espada sierra aullante. En el mismo segundo que tardó Talos en apuntar, Korosa se tambaleó hacia atrás mientras la sangre manaba a borbotones de su brazo cercenado. Dio dos pasos antes de que el golpe de revés lo destripara y derramara sus entrañas con un chapoteo justo enfrente de sus botas.

Talos disparó por encima del hombro de Korosa. El único crujido resultante y la detonación gutural que lo siguió fueron los sonidos más melodiosos que jamás había oído. Vio que el borrón ganó resolución de repente y se convirtió en una figura humana de una altura semejante a la de ellos con su armadura de exterminador y que

trastabillaba hacia atrás con la cabeza virada hacia un lado tras haber recibido el impacto.

Mercutian se esforzaba por alcanzar el bólter que se le había caído al suelo y Uzas continuaba tendido boca abajo, pero Cyrion apuntó en el mismo segundo en que Talos volvió a disparar. Una medialuna argéntea centelleó justo delante de ella y detonó proyectil tras proyectil antes de que llegasen a tocarla. Los ojos del profeta tardaron un par de valiosísimos segundos en ajustarse a aquella velocidad antes de darse cuenta de que la bruja estaba empleando la hoja de la lanza para detener sus disparos.

No pudo interceptarlos todos. Una lluvia arrasadora de proyectiles se estrelló contra su armadura color marfil y negro, lo que la hizo tambalearse otra vez.

Talos paró para recargar. Cyrion lo imitó un segundo después. Ambos se quedaron del todo quietos con los bólters vacíos mientras miraban con fijeza la pared destrozada ante la que había estado su objetivo un momento antes.

Korosa se derrumbó contra el suelo y rompió aquel silencio repentino.

Durante un instante prolongado, Cyrion dio vueltas sobre sí mismo resistiéndose a creer que su enemigo se había ido. Otros sonidos menos intrusivos ganaron en presencia: los jadeos ahogados de Mercutian, los gruñidos de dolor de Uzas y el siseo de las bocas de los bólters al enfriarse.

—No la veo —transmitió Cyrion por el canal interno de la escuadra—. Y me he quedado sin munición.

—Al igual que yo.

Talos resistió las ganas de comprobar el estado de Uzas y Mercutian y no apartó en ningún momento la mirada de las paredes mientras se giraba hasta dar con Cyrion, espalda contra espalda.

—Todavía está aquí —aseveró Cyrion—. Tiene que estarlo.

—No. —Talos hizo un ademán con su puño de combate. Un rastro de manchas de sangre salía de la cámara, de regreso a los túneles—. Ha echado a correr.

Cyrion tiró a un lado el bólter de asalto vacío sin ningún tipo de cuidado.

—Pues deberíamos seguir su ejemplo.

• • • • •

Los servidores les esperaban, silenciosos en su ensoñación lobotomizada. El primero en entrar en la cámara fue Talos, quien hizo un ademán a los esclavos potenciados para que lo atendieran:

—Quitadme la armadura.

—A la orden —murmuraron doce voces a la vez.

—Y a mí —añadió Mercutian, que ya no llevaba el casco puesto y escupió sangre

sobre el suelo. El líquido comenzó a carcomer el suelo sin demora.

—A la orden —le contestaron los demás servidores.

—Daos prisa —transmitió Cyrion, que montaba guardia junto a Uzas en el arco de entrada. Mercutian le lanzó el bólter de asalto mientras los servidores lo cercaban. Cyrion comprobó las reservas de munición en su visualizador retinal y preparó el arma. A pesar de su herida, Uzas permanecía bien erguido y en silencio; el único sonido que podía percibirse por su parte lo formaba el rumor tempestuoso de su lenta respiración. Su casco había quedado transformado en un estropicio de grietas que dejaba al descubierto la mayor parte de su rostro ensangrentado. La mirada se le perdía en el túnel y lo mismo podía decirse de los dos cañones de su bólter de asalto.

—Voy a echar de menos esta armadura —afirmó Cyrion—. Si Uzas y Mercutian están vivos ha sido sólo gracias a estas corazas. Esa lanza cortaba el blindaje de las servoarmaduras con la misma facilidad con la que un cuchillo atraviesa la carne.

Mercutian se mostró de acuerdo con un murmullo reticente. Le costaba tenerse en pie y cada vez que se movía sentía un nuevo calambre muscular acompañado de una corriente de dolor que le subía, sinuosa, por la espina dorsal.

—No voy a llegar mucho más lejos —manifestó, aunque se vio obligado a escupir otra vez la sangre que le llenaba la boca.

Los servidores se pusieron manos a la obra con sus tornos, que taladraron, desatornillaron y apalancaron las placas de blindaje. Talos sintió que respiraba con mayor facilidad con cada plancha que le quitaban de encima.

—Ni ninguno de nosotros —le contestó a Mercutian—. No hemos venido aquí para ganar.

Uzas se rio para sí al oírlo, pero no se pronunció al respecto.

—¿Hermano? —le transmitió Talos—. ¿Uzas?

El otro amo de la noche miró a Talos con su yelmo roto, que dejaba a la vista sus rasgos sanguinolentos.

—Dime, ¿qué pasa?

Los servidores le retiraron las hombreras de la armadura de exterminador con una serie de crujidos y chasquidos. Talos miró a Uzas a los ojos, negro contra negro, y percibió que algo había cambiado en el rostro de su hermano, aunque no sabía decir qué era.

—¿Te encuentras bien?

—Así es, hermano —Uzas volvió a darle la espalda para atender a su tarea de vigilancia—. Como nunca.

—Eso me parece a mí. Hablas con más… claridad.

—Supongo que sí. —La armadura de Uzas emitió un gruñido suave mientras miraba a Cyrion de soslayo—. Me noto la mente más clara.

Los servidores estaban quitándole el puño de combate a Mercutian cuando a este le fallaron las piernas. Trastabilló y necesitó apoyarse en la pared para permanecer de pie. La sangre manaba de una de sus comisuras.

—Marchaos sin mí —les dijo—. Tengo la columna destrozada y ya afecta a mis piernas. Soy incapaz de correr así.

El que le contestó fue Cyrion:

—La verdad es que tiene razón. Es hora de separarse, Talos. Si la cazamos todos juntos nos atravesará como el viento invernal.

Uzas volvió a soltar una risita gutural.

—Tú lo único que quieres es esconderte.

—Ahórrame tus opiniones, baboso.

Mercutian se tragó un gruñido desde el fondo de la garganta.

—Ni se os ocurra dispersaros. Marchaos sin mí y llevad al profeta de regreso a la superficie. Si Variel ha venido ha sido por algo, inútiles. Talos no puede morir aquí.

—Callaos todos de una vez. —Talos respiró con profundidad una vez le quitaron el yelmo por encima de la cabeza—. Uzas, Cyrion, guardad silencio y vigilad los túneles.

• • • • •

Malcharion cazaba de un modo más lento, aunque no menos decidido. Se abría paso por los túneles y volvía atrás cuando se topaba con un pasaje derrumbado o demasiado estrecho y bajo como para caber por él.

—Antaño, esto fue un laborium. Los tecnomarines de la legión trabajaban aquí. No todos ellos, claro. Pero muchos sí.

Marlonah cojeaba al lado de la máquina de guerra colosal. Su linterna de mano titiló y murió una vez más y, en esta ocasión, no resucitó al golpearla contra su muslo. Durante varios segundos se quedó de pie en la oscuridad, a la escucha de los fantasmas polvorientos que recorrían aquella fortaleza perdida.

—Nuestros tecnomarines y siervos entrenados construían hordas incesantes de servidores. La componían cautivos y aspirantes fracasados…, humanos cosechados de un centenar de mundos, traídos aquí para servir. ¿Eres capaz de imaginar algo así? ¿Puedes vislumbrar las líneas de producción que llenaban esta sala vacía?

—Es que… no vislumbro nada, señor.

—Ah.

La luz retornó con un chasquido ruidoso. Una lanza de luz salió, cegadora, de uno de los hombros del dreadnought.

—¿Mejor así?

—Sí, señor.

—Deja de llamarme así. No soy el señor de nadie.

Marlonah tragó con pesadez y siguió el rastro del rayo de luz.

—Como gustéis, señor.

Malcharion anduvo por la cámara de gran tamaño con sus pasos lentos y aplastantes.

—Todo es tan distinto ahora… Esta ya no es mi casa, ni esta es mi guerra. Pero queda una última caza. A pesar de tanto dolor, ha merecido la pena cazar por última vez.

—Sí, señor. Como vos digáis, señor.

El dreadnought viró con un zumbido agudo sobre el eje de su cintura para cambiar de rumbo y proseguir con sus pisadas demoledoras una vez que sus piernas se realineasen en la nueva dirección. Unas chispas iluminaron durante breves instantes su blindaje deslustrado. Sus últimos encuentros con los alienígenas enmascarados habían dejado su impronta en el cuerpo metálico de la máquina de guerra. Aun así, los había masacrado a todos antes de que se acercaran un metro a Marlonah.

—¿Vos estáis vivo, señor? Quiero decir… Como habláis tanto de muertes y resurrecciones… ¿Qué sois, exactamente?

El dreadnought profirió un ruido que trasladó su incomodidad y que sonó como un cambio de marchas.

—Yo era el capitán Malcharion de la Décima Compañía, a quien el primarca llamaba «sabio guerrero», ya que mis extensos tratados acerca del arte de la guerra le parecían vanos, si bien entretenidos. Me sermoneó en más de una ocasión al respecto, ¿sabes? Me aconsejó que sirviera en la Decimotercera, donde apreciarían más mi elocuencia.

Ella asintió con lentitud a medida que observaba cómo su aliento formaba vaho en el aire.

—¿Qué es un primarca?

Malcharion volvió a emitir el mismo ruido de antes.

—Nada más que un mito —tronaron los altavoces de su chasis—. Olvida lo que he dicho.

Después de aquello permanecieron en silencio durante un rato. Malcharion volvió a conectar el comunicador y escuchó con un silencio contemplativo las palabras de Variel, Talos, Lucoryphus y de los últimos miembros supervivientes de su compañía. La llegada del Desollador le resultó sorprendente, al igual que el hecho de que la cañonera que lo trajo se encontrase presente también. Aparte de eso, parecía que todos estaban muriendo justo como habían deseado: tras haber cosechado incontables vidas enemigas y haber regado las piedras de su antiguo bastión con la sangre de sus enemigos por última vez.

Quizá no fuera glorioso, pero era justo. Ellos no eran los Puños Imperiales; no se engalanaban con oro bajo el sol abrasador ni clamaban los nombres de sus héroes al cielo, que no podía sino mostrar indiferencia. En cambio, la Octava Legión luchaba de otra forma, que era además la forma en que todos los hijos del Mundo sin Sol deberían morir: expresando su odio a gritos, a solas, en las tinieblas más profundas.

Se detuvo a pensar un momento en la mentira que le había dicho a la humana que tenía al lado y que atañía a la fruición con que emprendía esta última caza. Se sentía agradecido de un modo morboso por gozar de la oportunidad de presenciar cómo sus antiguos hermanos le plantaban cara a la muerte como auténticos hijos de la Octava, pero derramar la sangre maldita de aquellos alienígenas paganos e insensatos no le importaba lo más mínimo. ¿Acaso le habían agraviado de algún modo? No. En absoluto. El único placer que le reportaba acabar con ellos consistía en mostrarles cómo luchaba la Octava Legión y lo errónea que era su arrogancia inhumana.

Le pareció muy poco probable que pudieran matarle con aquellas escuadras dispersas y enclenques. Puede que veinte o treinta de ellos, equipados con espadas mejores, fueran capaces de abrumarle, pero incluso así…

No.

Él iba a encontrarse con su destino en aquella tumba gélida, ya enterrado en su ataúd, cayendo por fin en silencio cuando el armazón del dreadnought se quedase sin energía. Aquello podría tardar diez años o podría tardar diez mil. No tenía forma de saberlo.

Malcharion cortó el comunicador y volvió a reparar en la humana que tenía al lado. ¿Cómo se llamaba, a todo esto? ¿Se había molestado él en preguntárselo? ¿Acaso importaba?

—¿Quieres morir aquí, humana?

Ella se abrazó a sí misma para hacer frente al frío.

—Lo cierto es que no me apetece morir.

—Yo no soy un dios que pueda obrar milagros a partir de la nada. Todo muere.

—Sí, señor. —Y otra vez, silencio—. Oigo más susurros —informó—. Los alienígenas vuelven una vez más.

El cañón inmenso que el dreadnought tenía por brazo derecho se elevó y emitió los ruidos sordos y metálicos que indicaban que recargaba munición, unos martillazos a los que ella ya empezaba a acostumbrase. Los susurros ganaron volumen. Ella casi podía sentir el roce del aliento acariciarle la nuca.

—Mi crónica ya concluye de un modo glorioso: el capitán Malcharion, renacido en hierro inquebrantable; aquel que mató por segunda vez a Raguel el Impasible, de la Novena Legión, antes de volver a yacer por fin en su sueño eterno. Una leyenda digna, ¿no te parece?

A pesar de no comprender lo que quería decir, Marlonah captó su trascendencia.

—Sí, señor.

—¿Quién arruinaría su leyenda con un último relato intrascendente? ¿Quién le daría la espalda a destrozar a un héroe imperial por salvar a una simple humana de su muerte en la oscuridad insondable?

Malcharion no llegó a darle tiempo para contestar. Sus armas se alzaron al tiempo que pivotaba y llenó la cámara con el fuego de sus disparos reverberantes y ensordecedores.

• • • • •

La Primera Garra estaba lista, rodeada de servidores inactivos y armaduras dreadnought preciadas, valiosísimas, que jamás volverían a ver la luz del sol.

Talos se envainó el gladio en la greba, se fijó el bólter vacío a la musiera y desenvainó la Espada de los Ángeles. Su placa facial con semblante de cráneo, cuya frente estaba marcada con la runa que representaba el título que tanto detestaba, les devolvió la mirada a sus hermanos.

Los jadeos de Mercutian eran gruñidos irregulares desde el fondo de la garganta que producían un sonido húmedo a través del comunicador, pero aquello no impidió que se mantuviera erguido lo suficiente para sujetar su bólter pesado. Miró a los demás con un yelmo adusto del que despuntaban dos cuernos curvos.

Uzas llevaba puesto su casco de diseño antiguo con la palma de la mano sangrienta impresa sobre él, el hacha sierra en una mano y el gladio en la otra. Su manto de piel desollada se encontraba tendido sobre uno de sus hombros, lo que aportaba un contraste aristocrático en contraste con los cráneos que le colgaban de la hombrera.

Cyrion preparó la espada sierra y el bólter. Los rayos que tenía pintados en la placa facial parecían regueros de lágrimas irregulares.

—Acabemos con esto —dijo—. De todos modos ya me he aburrido de vivir.

Talos sonrió a pesar de que nunca se había sentido menos alegre. Uzas no dijo nada. Mercutian asintió y dijo tras soltar un gruñido:

—Te llevaremos a la superficie, hermano. Luego, cuando Variel nos haya aburrido lo suficiente con sus parloteos, regresaremos para despellejar a esa arpía alienígena.

—Los planes sencillos son los que mejor funcionan —comentó Cyrion.

Talos los dirigió fuera de la cámara y dejaron atrás las reliquias abandonadas y a los esclavos lobotomizados ahí tirados, en la oscuridad.



UNA VERDAD JAMÁS CONTADA

Tras la primera hora se había convertido en un estorbo. Tras la segunda, en un problema. Tras la tercera apenas podían continuar la marcha.

—Abandonadme de una vez —los exhortó Mercutian, apoyado sobre el hombro de Talos. Los estaba retrasando y ralentizaba su avance. Talos lo sabía, Cyrion y Uzas lo sabían y Mercutian lo sabía mejor que cualquiera de ellos.

—Dejadme atrás —insistió.

—Suelta el cañón —respondió Talos—. No ayuda demasiado.

Mercutian agarró el bólter pesado con más fuerza.

—Marchaos sin mí y ya está. Liquidaré a cualquier alienígena malnacido que me salga al paso. Si nos siguen, os haré ganar algo de tiempo.

Cyrion avanzó hasta situarse al lado de Talos y del guerrero renqueante. A través de un canal privado, tomó aire en actitud solemne:

—Deberíamos abandonarlo, hermano.

Talos ni siquiera se molestó en mirar hacia él.

—Deberías mantener la boca cerrada.

—Vamos a morir, Talos. Por eso estamos aquí. Mercutian ya está en ello y la herida que ha sufrido Uzas en la cabeza no tiene pinta de haberlo dejado de una pieza precisamente: la tiene abierta hasta el hueso, por no mencionar que nos hemos dejado uno de sus ojos en la cámara en la que pereció la Tercera Garra.

Talos no rebatió aquellos argumentos:

—Uzas me tiene tan preocupado como Mercutian. Parece… frío, distante.

—Cuanto menos. Venga, ¿acaso importa que Variel haya oído por casualidad los susurros de la hechicería eldar? Estamos muertos. Si no morimos aquí, será en la órbita.

Talos tardó un momento en contestar.

—Si la cañonera se infiltró para llegar hasta aquí, también puede infiltrarse para salir. Ya has oído lo que Variel dijo acerca de las naves espectrales. La partida ha dado un giro inesperado.

—¿Y tú le crees? ¿Crees que estás destinado a sobrevivir y a volver a unir a la legión?

—No sé lo que creo.

—Pues perfecto. Si se supone que no vas a morir aquí, ¿qué visiones has tenido más allá de esta noche?

—Ninguna.

—Ahí tienes la respuesta. Morirás aquí. Igual que todos nosotros. No permitas que nuestra última caza sea un fracaso porque haber tenido que huir renqueando cual perros heridos. Deberíamos dar con ella ahora que está herida, no permitir que nos vuelva a emboscar. Nosotros no luchamos así.

Talos negó con la cabeza al tiempo que ajustaba el peso de Mercutian en el hombro.

—Ya basta, Cy. No pienso abandonarlo. Además, tengo que llegar hasta Variel.

—La confianza que depositas en el Desollador es un defecto que deberías corregir. No nos arrastres a nosotros con él si quieres que sigamos vivos. Si de verdad vas a darle la espalda a nuestra última caza, entonces Mercutian tiene más razón todavía: quieres llegar hasta la superficie y él nos retrasa.

Talos entrecerró los ojos mientras proseguía la marcha.

—A veces, Cy, no me extraña que Xarl te odiara tanto.

—¿De verdad? —bufó Cyrion—. No te escondas tras su fantasma como si fuera a sonreír, asentir y celebrar tu comentario. Xarl habría sido el primero en dejarlo atrás. Lo sabes tan bien como yo. Habría sido una de las pocas veces en que él y yo habríamos estado de acuerdo en algo.

Talos no supo responderle.

—Hermanos —les llamó Uzas, con voz del todo serena—. La oigo. Se nos aproxima en la oscuridad, a toda prisa.

La Primera Garra redobló sus esfuerzos. Cyrion se llevó al hombro el otro brazo de Mercutian para ayudar al herido con la cojera.

—Talos —gruñó Mercutian.

—Cállate y sigue andando.

—¡Talos! —le dijo con un exabrupto—. Ha llegado la hora. Por el Trono en llamas, Cazador de Almas… Ha llegado la hora. Marchaos sin mí. ¡Corred!

● ● ● ● ●

Volvió a surgir de las tinieblas blandiendo armas ultraterrenales en sus puños acorazados de hueso. La disformidad avivaba las llamas negras que brotaban de la estrella arrojadiza; la lanza siseaba como el hierro recién forjado al sumergirlo en el barreño de una fragua, candente al tacto.

En el pasillo que se extendía por delante de ella se hallaba una figura. Olió el hedor químico del aceite para armas y la sangre sucia que manaba de sus heridas. Ella ya le había dejado su impronta. Reconoció el aroma de su vida.

Se trataba de un mon-keigh perteneciente a su inmunda casta guerrera, a solas, cuyos semejantes lo habían abandonado para que derramara sus últimas gotas de vida sin nadie que lo acompañara. Cuán poco conocían estas criaturas la lealtad o la nobleza.

Mientras se acercaba a él, lo vio levantar el arma con un esfuerzo tremendo y oyó, en una de las lenguas repugnantes de la especie humana, una única palabra.

—*Juthai'lab* —dijo el moribundo de la casta guerrera.

Mercutian aspiró una bocanada de aire gélido por la rejilla bucal. Las retículas de objetivo de su visualizador retinal se esforzaron cuanto pudieron por enfocar a la reina bruja que se le aproximaba, como si la realidad misma se resistiera a su presencia.

Pestañeó para aclararse la visión, se preparó para levantar el peso de su cañón bólter y elevó la boca del arma para apuntar pasillo abajo.

Ella avanzó hasta él caminando, pero a pesar de ello no podía fijarla como objetivo. A los infiernos con la adquisición de blancos augmética, pues. Habría que volver a la pureza más simple.

Mercutian jadeó las palabras en voz alta en aquel corredor sin importarle si ella conocía o no lo que significaban:

—Visión rapaz.

Un segundo después, el bólter reculó en sus puños como un martillo iracundo y llenó el túnel estrecho con proyectiles explosivos.

• • • • •

Los supervivientes corrieron.

Sus botas se estrellaron contra la piedra a medida que avanzaban a toda prisa sin mirar atrás ni una sola vez. Sus músculos mejorados genéticamente se contrajeron y flexionaron entre el cableado de haces de fibras que incrementaban su vigor mientras tres pulmones y dos corazones se esforzaban al máximo de su capacidad dentro de sus torsos, que se expandían y contraían de forma acusada.

Talos saltó por encima de un cúmulo de rocas, sus botas impactaron con sonoridad en el otro lado y continuó sin perder el ritmo. Sus lentes oculares

destellaban iconos rúnicos que oscilaban entre los ochenta y cuatro y los ochenta y siete kilómetros por hora. Dichas cifras descendían cada vez que se veía obligado a deslizarse y derrapar para girar una esquina o para brincar y rebotar de una patada en un muro adyacente a fin de mantener un mínimo de velocidad.

Habían corrido durante siete minutos antes de que Talos maldijera sin aliento. En uno de los bordes de su visualizador retinal, los tres signos vitales pasaron a ser dos y un pitido agudo se lamentó por el comunicador.

Mercutian tembló al morir a sus manos. A pesar de que al guerrero se le nublaba la vista, reparó en los daños que había infligido en el yelmo y en el peto de su adversaria: la coraza estaba agrietada y derramaba un poco de aquella hedionda y maloliente sangre alienígena. El legionario tan sólo había sido capaz de acertar un par de veces tras haberle disparado más de cuarenta proyectiles con el bólter pesado, pero las detonaciones la abrasaron y la hirieron pese a que el amo de la noche había esperado poder dejarla lisiada.

—Duerme —lo acarició con su voz, en cierto modo burlona a pesar de su cortesía.

Mercutian aferró la lanza que le empalaba el pecho y tiró. Se deslizó medio metro hacia ella sintiendo el chirrido horrendo y quejumbroso que hacía la barra de metal al rozarle la caja torácica destrozada y la carne achicharrada de alrededor.

—Duerme —reiteró, esta vez con una risa a pleno pulmón muy melodiosa, que sirvió para que a Mercutian le rechinaran los dientes con más fuerza todavía. Volvió a asir la vara y tiró una segunda vez. Apenas se movió. Las fuerzas lo abandonaban junto a su sangre.

Ella retiró la lanza de un tirón seco y el dolor que provocó al salir fue mucho más intenso que cuando lo ensartó con un crujido. Al no disponer de nada a lo que agarrarse y con las piernas insensibles, Mercutian se derrumbó y cayó al suelo con un estrépito de su armadura que reverberó por el túnel.

Se quedó tendido en posición fetal durante unos instantes a la vez que intentaba aspirar un aire que no llegaría. Se ahogaba sin estar bajo el agua y los confines de su visión ya comenzaban a agrisarse.

Ella lo pasó de largo. La imagen de sus botas y el rumor que emitieron al rozarse fueron el catalizador que le hizo recobrar de forma repentina unos sentidos cada vez más debilitados. A los ojos de su visión rapaz ella no era más que un borrón térmico, pero el entrenamiento que había recibido le permitió distinguir los detalles que necesitaba.

Con un rugido de esfuerzo y dolor mezclados en una canción vociferante, Mercutian se movió tan rápido como cuando estaba vivo y más rápido de lo que volvería a moverse jamás. El gladio que portaba en la mano atravesó la pantorrilla de la doncella, brotó de forma súbita por la espinilla y se quedó allí alojada. La eldar gritó de dolor en respuesta y pivotó para empalarle el pecho con la lanza por segunda vez.

Mercutian le dedicó una amplia sonrisa desde el suelo mientras su último hálito de vida lo abandonaba. Lo empleó en dar voz a una última frase al tiempo que miraba

a la reina bruja a los ojos.

—A ver cómo corres ahora.

• • • • •

Lucoryphus aterrizó y propagó una nube de polvo. Variel hizo caso omiso de ella y respiró el aire reciclado de su traje presurizado mientras llovía sobre sus cabezas.

—Los veo —anunció el guerrero del Culto Rapaz—. Han salido por el oeste, en lo alto de las almenas.

Variel echó a correr de inmediato. Oyó una carcajada por parte de Lucoryphus y el rugido de sus motores al empezar a acumular energía. El apotecario dispuso de un par de segundos antes de que el guerrero de los Rapaces arremetiera contra él por la espalda, lo agarrara por las hombreras y lo elevara del suelo.

Variel, a quien volar no le entusiasmaba y cuyo afecto por los Ojos Sangrantes era aún menor, surcó los aires por encima de las ruinas en ultrajado silencio.

• • • • •

En realidad, las primeras señales que tuvo de la llegada de Variel no se produjeron cuando Lucoryphus dejó caer al apotecario sin delicadeza alguna sobre las almenas, sino cuando su visualizador reconoció la proximidad de su hermano badabiano y sumó un tercer gráfico de signos vitales al de Uzas y Cyrion. Las runas de Xarl y Mercutian no emitían sonido alguno y mostraban un aspecto más apagado.

Lucoryphus tocó el suelo con una elegancia mucho más ostensible y sus garras se aferraron al adarve de la muralla almenada, inclinada y torcida.

Talos se aproximó al apotecario mientras este se levantaba del suelo.

—Quiero respuestas, Variel, y las quiero ahora mismo.

—Quizá tarde un poco en explicártelo todo. Puedo solicitar a la cañonera que venga aquí.

—¿De verdad Septimus y Octavia están aquí, en este mundo?

—Eso también voy a tardar en explicártelo.

—Andamos escasos de varios bienes, hermano mío: municiones, esperanza, guerreros… y el tiempo es otro elemento a añadir a la lista. ¿Dónde se encuentra la *Negrura*?

—En las almenas situadas al norte de aquí. Puede que a cuatro minutos de vuelo.

Talos resintonizó el comunicador en el canal habitual que jamás había creído que volvería a emplear.

—Septimus.

—¿Amo? Me alegro de oír vuestra…

—Despega con la cañonera y sobrevuela las ruinas centrales. Nos dirigimos allí ahora mismo. No aterrices hasta que te lo ordenemos; quedarse en el suelo más de lo necesario es demasiado peligroso para vosotros. ¿Me has entendido?

—Afirmativo, señor.

—Y si por algún casual tus armas se topan con una doncella eldar que viste una armadura de hueso, te agradecería que la cosieras a tiros hasta dejar una neblina roja.

—Esto… como vos digáis, amo.

Talos cortó el enlace y volvió a mirar a los demás.

—Dispersaos por las ruinas hasta que venga la cañonera. No dejéis que la alienígena os encuentre. Y ahora, en marcha. Variel, tú te vienes conmigo. Ve explicándome qué ocurre.

• • • • •

Cyrion atravesó la lluvia a toda velocidad. La erosión había dejado aquella sección de almenas derruidas a sólo siete metros del suelo, distancia que cubrió de un salto con toda naturalidad. Sus botas se estrellaron contra la tierra rocosa con un crujido y retomó la carrera.

Encontrar un escondite en las ruinas de aquella fortaleza gigantesca no era demasiado difícil; incluso en la superficie, las inclemencias del tiempo habían dejado tras de sí una ciudad abandonada de escombros y paredes inclinadas en mitad de aquellos yermos grises. Corrió durante varios minutos y se paró por fin cuando alcanzó una ladera de cascotes que antaño habían formado los muros de un barracón situado al lado de las almenas.

El amo de la noche empezó a escalar, excavando asideros a base de puñetazos en los lugares donde la lluvia hacía imposible agarrarse.

—Cyrion —dijo una voz. No a través del comunicador, sino de la lluvia. Estaba muy cerca.

Cyrion alzó la vista. Uzas estaba acuclillado en lo alto de aquel amplio muro y le estaba mirando. La palma de la mano impresa le manchaba la placa facial de diseño antiguo, indemne a pesar de aquel aguacero gélido.

—Hermano —respondió Cyrion. Una pausa impregnada de significado se asentó entre ambos. Cyrion escaló hasta la cima. Uzas se puso de pie y retrocedió unos pasos. Sus manos aún blandían el gladio y el hacha sierra.

—Hablemos —propuso Uzas. La tormenta redobló sus esfuerzos y los rayos rasgaron el cielo por encima de las cabezas de ambos.

—Talos nos ha dicho que nos dispersemos.

Uzas no le quitó de encima las lentes rojas.

—Talos. Sí, hablemos de Talos. —Su voz nunca había sido tan clara. Al menos, no en todos los siglos posteriores a la Gran Herejía. Cyrion no pudo evitar preguntarse qué efecto habría tenido la herida que había sufrido su hermano en la cabeza.

—¿Qué pasa con Talos? —quiso saber.

Uzas accionó el gatillo del hacha sierra durante un instante. Los dientes chirriantes pulverizaron las gotas de lluvia que cayeron sobre ellos.

—Talos ha perdido la paciencia conmigo muchas veces a lo largo de las décadas que siguieron a nuestra huida de Tsagualsa. A pesar de ello, siempre me ha tratado de forma justa. Siempre me ha defendido. Siempre ha recordado que soy su hermano y que él también es el mío.

Cyrion descansó una mano sobre el pomo de su espada sierra envainada.

—Cierto. Así es.

Uzas inclinó la cabeza hacia un lado.

—Pero de ti no puedo decir lo mismo.

Cyrion soltó una risa forzada. Sonó tan falsa como era.

—Cyrion, Cyrion, Cyrion… He estado pensando mientras me miraba estas manos rojas mías. Porto las manos rojas de los pecadores a raíz de mis muchas, muchísimas masacres contra la tripulación mortal del *Pacto*. El último ha sido el padre de la Nacida en el Vacío, ¿no es así? Aquel viejo tonto y temeroso que no hacía sino sudar y sollozar cada vez que rondábamos cerca de él.

Uzas se acercó un paso a Cyrion.

—¿Qué tal te supo su miedo, Cyrion? ¿A qué sabía cuando lo mataste? ¿Conservabas el regusto en la lengua cuando estabas al lado de los demás y les permitiste acusarme?

Cyrion desenvainó las dos hojas en cuanto Uzas se acercó un paso más.

—Así que Lucoryphus te lo ha dicho.

—Lucoryphus no me ha dicho nada. He estado recapitulando el pasado durante las últimas horas y la conclusión a la que he llegado era evidente. A nadie más le habría parecido un blanco tentador aquel vejestorio inútil. Ninguno de los otros habría sido capaz de saborear su cobardía tanto como tú. Además, cualquiera de ellos le habría confesado a Talos que había sido él. Pero tú no, claro. El perfecto Cyrion no.

Cyrion echó un vistazo breve por detrás del hombro. Se encontraba cada vez más cerca del borde de la muralla y de la larga caída contra los escombros a la que conducía.

—Uzas…

—¿Qué ciego he estado, verdad? A ver cómo respondes a esto, Cyrion: ¿cuántas veces has matado para sorber el miedo de la tripulación y te has quedado callado cuando los demás me echaban la culpa a mí? A medida que ato cabos, recuerdo las cacerías que sí efectué, así como las varias ocasiones en las que perdí el control. Aun con todo, no se compara a la cantidad de víctimas de la que se me acusa.

—A mí no me eches la culpa de…

—¡Contesta! —Uzas se quitó el casco, lo arrojó a un lado y miró a Cyrion a cabeza descubierta. El odio contorsionaba sus rasgos de ángel resquebrajado, poblados de cicatrices y remiendos. Uno de los lados de su cabeza estaba pintado de sangre y una de las cuencas oculares permanecía vacía, aún abierta—. ¿Cuántos pecados tuyos me han condenado?

Cyrion sonrió ante la pérdida de control de su hermano.

—¿En el transcurso de los siglos? Docenas. Centenares. Los que tú quieras, tarado. ¿Qué importancia tienen unas pocas almas más en la cosecha que has segado tú solo?

—¡Importa porque me han castigado por tus pecados! —A Uzas se le escapaban gotas de saliva de los labios mientras gritaba—. ¡Los demás me despreciaban! ¿Cuánta de esa culpa es por obra tuya?

—Los demás están muertos, Uzas. —Cyrion conservó su tono de voz sereno, gélido—. Lo que hayan creído ya no importa en absoluto. A sus ojos, te condenaste tú solo al clamar siempre a ese Dios de la Sangre tuyo cada vez que blandías una arma.

—¡Yo… nunca… adoré… a nadie! —Uzas apuntó a su hermano a la cabeza con el hacha sierra—. Nunca lo has comprendido. La legión ensalza los Poderes cuando le conviene. Las guerras deben ganarse cueste lo que cueste. Yo no soy distinto. ¡No soy distinto!

—Lo que tú digas, Uzas.

—¿Sabes cuántas veces he gozado de momentos de lucidez, sólo para que uno de mis hermanos me echase en cara que había matado a un miembro crucial de la tripulación? —Uzas escupió a un lado; su rostro resultaba incluso más espantoso ahora que la lluvia le había limpiado la sangre de la cara. Le habían arrancado la piel del costado izquierdo de la cabeza, lo que dejaba la mitad del cráneo al descubierto—. ¡Maté a docenas y me cargaron la culpa de cientos! —Alzó las armas que empuñaba y mostró sus guanteletes rojos—. Estas marcas de vergüenza son las tuyas, Cyrion. Las llevo en tu lugar porque eres demasiado débil como para cargar tú con ellas.

La furia desapareció de una forma tan abrupta como había surgido.

—Se… se lo contaré a Talos. Y tú confesarás lo que has hecho. Ha de conocer las profundidades de tu… apetito. Así como los actos que te ha obligado a cometer.

—Como quieras —repitió Cyrion—, hermano.

—Disculpa mi enfado. Hay noches en las que cuesta tragarse la rabia. Conozco la caricia de la disformidad, igual que tú. Comparto tu dolor, hermano. De verdad que sí. Nos parecemos más de lo que hemos admitido nunca.

Uzas suspiró y cerró los ojos. Una sonrisa, la primera realmente sincera desde hacía siglos, se extendió a través de su semblante estropeado.

Cyrion se lanzó a por Uzas en el mismo instante en que este cerró los ojos. Arremetió con ambos filos a la vez contra la garganta pálida de Uzas. El otro amo de la noche se sobresaltó, bloqueó por poco el ataque con sus propias armas y le propinó a su hermano una patada que repicó contra su placa pectoral como las campanadas

estentóreas de un templo. Cyrion trastabilló, las botas se le separaron del borde de las almenas y desapareció de la vista precipitándose sin emitir sonido alguno.

Uzas aulló a pleno pulmón hacia el cielo embravecido; la lucidez que había mostrado antes se había hecho añicos y la visión se le había teñido de rojo. El tronar de los cielos se fusionó con sus pulsaciones frenéticas y la lluvia que le cayó en los ojos le escoció como si se tratara de su propia saliva ácida. Emprendió una carrera a grandes zancadas conforme su hacha sierra gruñía con desprecio y se lanzó por el borde del parapeto tras su hermano traicionero.

• • • • •

Pudo oír el aullido, pero no vio de dónde provenía.

Los relámpagos volvieron a hender los cielos como un tridente, un destello de claridad diurna que bañó las ruinas durante un único segundo. Por un momento, las paredes derrumbadas y los pináculos le recordaron a una ciudad muerta, así como a las piernas de los Titanes.

Talos dejó de correr. Ralentizó su avance hasta detenerse y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, haciendo caso omiso de los datos inútiles que descendían por sus lentes oculares.

—No —dijo en voz alta para sí mismo—. Esto ya lo he visto antes.

Los relámpagos volvieron a destellar y empaparon las ruinas con una luz cuya vida quedó truncada al segundo siguiente. De nuevo, gracias a aquellos fogonazos reveladores, vio que los muros inclinados formaban Titanes y que los tanques no resultaban ser otra cosa sino rocas sin vida una vez que el fulgor cegador se desvanecía.

Se apoyó contra…

¡Zas!

… el casco de un Land Raider…

… el muro de piedra de un edificio derruido, y busca a sus hermanos. Ve a Cyrion, medio enterrado entre peñascos, a casi mil metros de distancia según el testimonio de los datos tácticos que descienden por sus retinas.

Ve que otra figura intenta subir por el montón de escombros y la retina de adquisición de blancos del profeta se centra sobre Uzas, quien se acerca al cuerpo tendido de Cyrion hasta quedar detrás de él.

Y, por fin, Talos sabe dónde ha visto esto antes.

«No tenía que suceder en Crythe. Interpreté mal mi propia visión. Uzas… Él va a matarlo aquí. Es aquí donde va a acabar con Cyrion».

Echó a correr mientras el campo de energía de la espada comenzaba a refulgir al activarse.

• • • • •

Cyrion torció el gesto por el dolor que sentía en el muslo. Estaba bastante seguro de que la caída de veinte metros le había roto la pierna. El visualizador de su yelmo era una bruma de estática que lo despojaba de toda oportunidad para leer sus propias biolecturas, pero había perdido un brazo en combate y la sensación que experimentaba ahora le resultaba sospechosamente familiar. La suposición le pareció razonable.

Intentó liberarse de los cascotes. Tenía que alejarse de…

—Cyrionnnnn. —El gruñido ronco se recreó en la última sílaba, perdido en su confusión llena de babeos. Oyó que Uzas se abría paso a trompicones por las rocas que tenía detrás y se revolvió entre los escombros hasta que pudo salir a medias. Acertó a oír pasos, pesados y apresurados, pero no podía darse la vuelta para mirar.

La sombra que se cernía sobre él se extendió por las rocas y Uzas enarboló el hacha. Cyrion todavía trataba de alcanzar la espada que yacía en el suelo cuando el arma descendió sobre él.

• • • • •

Uzas se quedó rígido. El hacha se le cayó de los dedos, ahora débiles, y repicó contra los escombros. Bajó la vista y ya no vio a Cyrion a su merced; era incapaz de apartar los ojos de la espada dorada que le atravesaba el pecho.

«Conozco esa espada», pensó, y se echó a reír. Pero no podía reír sin aliento, por lo que no hizo más que resollar con los labios manchados de sangre. La hoja dorada ya estaba limpia de su sangre; la lluvia se la había llevado. Aun así, las gotas frías enfurecían al campo de fuerza, que despedía un aura zumbante aderezada de chispas y rielaba alrededor del acero.

Suspiró, casi aliviado, cuando la espada se deslizó al salir. Se sorprendió al no sentir nada semejante al dolor, aunque la presión que notaba en el pecho aumentaba hasta el punto en que temió que los corazones le iban a reventar.

Se dio la vuelta para mirar a su asesino a la cara. Talos estaba de pie en medio de la lluvia y sus lentes oculares rojas no le ofrecieron piedad alguna.

«Talos —intentó decir—. Hermano».

—Tú… —El profeta se dispuso a blandir de nuevo la espada, que agarró con las dos manos—. Yo confiaba en ti. Discutí una y otra y otra vez para que te perdonasen la vida. Les juré a los demás que, de algún modo, seguías ahí dentro. Que aún conservabas vestigios de nobleza a la espera de renacer. Fragmentos de valía que merecían esperanza.

«Talos —trató de decir de nuevo—. Gracias».

—Eres el ser más vil, abyecto y traicionero que jamás haya portado el Cráneo Alado de Nostramo. Comparado a ti, Ruven era un cúmulo de virtudes. Al menos sabía controlarse a sí mismo.

«Talos… —A Uzas se le enturbió la vista. Pestañeó y al volver a abrir los ojos se encontró con que su hermano se alzaba por encima de él. ¿Había caído de rodillas?—. Yo… Yo…».

—Espera… —logró decir Uzas. El susurro propio de un debilucho en el que se le había transformado la voz lo consternó y divirtió a partes iguales—. Talos.

El profeta le propinó una patada en el pecho y lo derribó de espaldas. Se abrió la cabeza contra unas rocas irregulares, aunque no sintió más dolor aparte de la presión de la piedra fría.

Ya no volvería a articular palabra. Cada aliento iba acompañado de la sangre negra que se le derramaba por la barbilla con exquisita calidez.

Vio que Talos se alzaba por encima de él conforme que la hoja dorada escupía chispas debido a la tormenta:

—Debí matarte hace años.

Uzas sonrió, al igual que lo había hecho Mercutian, mientras la muerte se cernía sobre él.

«Es probable que así sea, hermano».

Vio que Talos le daba la espalda y que desaparecía de su vista. Variel lo sustituyó y sus ojos, gélidos como la escarcha, lo miraron desde arriba con civilizado desinterés. Del guantelete nartecium se desplegaron taladros y sierras.

—¿Y su semilla genética? —quiso saber Variel.

La voz de Talos sonó desde algún punto cercano:

—Si se la extraes, serás el siguiente en morir.

Variel se irguió mientras le lanzaba una última mirada desapasionada a Uzas y también se alejó. Las últimas palabras que oyó Uzas vinieron por parte de los gruñidos que soltó Cyrion cuando lo sacaban de los escombros:

—Me sorprendió por la espalda berreando sus plegarias interminables al Dios de la Sangre. Te doy las gracias, Talos.



XXIX

FINALES

La cañonera se acercó a poca distancia de las almenas mientras sus propulsores rugían y la mantenían suspendida en el aire. La emanación calorífica de los chorros verticales enturbió tanto el aire que tenían debajo que parecía agua. De su blindaje surgía vapor; la lluvia se evaporaba antes de tocarlo.

Cyrion cojeaba, aunque era capaz de permanecer de pie sin ayuda. Variel y Lucoryphus no estaban heridos, pero Talos no había dicho ni una palabra desde que había ejecutado a su hermano. Era una presencia silenciosa en el centro del grupo. No miró a nadie a los ojos mientras escalaban las almenas y luego siguió evitando todo contacto visual.

Cyrion retrocedió unos pasos y alzó la vista al cielo que se extendía más allá de los focos de búsqueda de la Thunderhawk, que se cruzaban entre sí como tijeras abiertas, y dejó que la lluvia corriera por su placa facial pintada con rayos.

—¿Os habéis percatado de que siempre llueve cuando perdemos una guerra? Los dioses tienen un curioso sentido del humor.

Ninguno de ellos le respondió. Talos habló, pero sólo a Septimus:

—Desciende. Prepárate para ascender de inmediato cuando hayamos subido.

—Sí, señor.

La cañonera besó la tierra baldía de Tsagualsa. Muy muy lentamente, la rampa de desembarco comenzó a descender.

—Este mundo es una tumba —afirmó Talos—. Tanto para la legión como para los centenares de eldars que han muerto esta noche en sus profundidades.

—Pues marchémonos —Cyrion no parecía demasiado conmovido—, y muramos en órbita para echar por tierra las estúpidas supersticiones del Desollador.

—A todas las Garras y almas de la Octava Legión, os habla Talos. Responded si

seguís respirando.

La única respuesta que obtuvo del comunicador fue un silencio espeso y gélido. Tal y como acababa de decir, sentía como si estuviera gritando en un cementerio.

«Hasta Malcharion está muerto». El pensamiento lo estremeció.

—Variel —dijo mientras la rampa descendía del todo—. No soy yo.

El apotecario titubeó.

—No te entiendo.

Durante un instante, Talos se limitó a mirar su propio visualizador retinal. Xarl. Mercutian. Uzas. Todos desvanecidos. Todos silenciosos. Todos ausentes.

—No soy yo. Dudo de que cualquier profeta vaya a aparecer para unir a la Octava Legión, pero, si lo hace, no seré yo. No fui capaz ni de unir a una sola Garra.

—Bueno —interrumpió Cyrion—, éramos un grupo difícil incluso cuando estábamos a buenas.

—Hablo en serio, Variel. No soy yo. Nunca he sido yo. Mírame, hermano, y dime que crees eso de que pueda unir a decenas de miles de asesinos, violadores, traidores, ladrones y sicarios. Yo no pienso como ellos. Ni siquiera quiero seguir siendo uno de ellos. Se condenan a sí mismos. El defecto de la legión siempre ha radicado ahí. Nos condenamos a nosotros mismos.

—La lealtad que sientes hacia tus hermanos dice mucho de ti, pero hablas desde el pesar.

—No. —Talos negó con la cabeza a la vez que retrocedía un paso—. Te digo la verdad. Uno de los muchos, muchísimos escritos que conservamos de la era posterior a la Herejía habla de cierto «profeta»; la llamamos «la Premonición del Crisol», aunque nunca se extendió más allá de unos pocos capitanes. Y, se trate o no de un destino manifiesto, yo no soy ese profeta.

Variel asintió. Talos interpretó la expresión que transmitieron los ojos desvaídos de su hermano y sonrió.

—Te has planteado la alternativa —añadió, y no se trataba de una pregunta—. Me he dado cuenta.

—Le he estado dando vueltas a esa idea desde que llevé a cabo tus pruebas fisiológicas. —Variel inclinó la cabeza para señalar la cañonera—. Un niño que crezca con tu semilla genética implantada en su cuerpo contará con todas las señas de identidad de un vidente poderoso.

—Eso no son sino suposiciones tuyas.

—Así es. Pero seguro que no voy desencaminado.

Cyrion les llamó la atención desde lo alto de la rampa:

—¿Podemos irnos ya, si es que nos vamos?

Lucoryphus subió reptando, pero Talos y Variel permanecieron donde estaban.

—Mi padre me dijo algo una vez, en las horas previas a su muerte. Fueron palabras que me dedicó a mí solo, palabras que nunca he compartido hasta esta noche. Me dijo: «Muchos reivindicarán el liderazgo de nuestra legión durante los

años posteriores a mi muerte. Muchos proclamarán que ellos, y sólo ellos, son mis dignos sucesores. Odio esta legión, Talos. He destruido su mundo para cortar el veneno de raíz. Pronto se me dará la razón, y así será como se imparta la lección más absoluta a los Amos de la Noche. ¿De verdad creéis que a mí me importa lo que le pase a cualquiera de vosotros tras mi muerte?».

El apotecario permaneció inmóvil mientras Talos tomaba aliento para seguir hablando:

—A veces, casi comprendo cómo se sentía, Variel. La guerra se ha prolongado una eternidad y la victoria llega con agónica lentitud. Mientras tanto, aguantamos traiciones, nos escondemos, huimos, atacamos, emboscamos, despellejamos, matamos, saqueamos a nuestros propios muertos, nos bebemos la sangre de nuestros enemigos y sufrimos una oleada sin fin de fratricidios. Maté a mi propia madre sin siquiera reconocer su rostro. He matado a diecinueve de mis hermanos sólo en el lapso de este último siglo, casi siempre debido a disputas estúpidas para arrebatarme esta espada o por cuestiones de orgullos heridos. No quiero unir la legión. No por lo que es, sino por aquello en lo que me ha convertido.

Variel siguió sin pronunciarse. O bien no sabía qué decir, o sencillamente parecía del todo reacio a aportar opinión alguna.

—Hay algo que quiero —prosiguió Talos—: quiero la cabeza de esa bruja alienígena. Quiero clavarla en su propia lanza en el corazón de estas ruinas. —Talos le dio la espalda a la cañonera y se alejó—. Y pienso arrancársela. Permanece en el aire, Variel. Aterrizad una vez haya acabado. Viva o muera esta noche, eres libre de extraerme la semilla genética cuando despunte el alba.

Cyrion bajó de la rampa y siguió a Talos.

—Voy contigo.

La cabeza de Lucoryphus se sacudió debido a un espasmo muscular de su cuello. Se irguió durante un breve instante sobre sus garras traseras y siguió a los otros con paso decidido.

—Me uno a vosotros. Otro cadáver eldar hará que los Ojos Sangrantes empaten a dos. Me gusta cómo suena ese número.

Variel permaneció al lado de la cañonera a la vez que contenía las ansias de seguirles.

—Talos —dijo.

El profeta miró por detrás del hombro a tiempo de ver cómo una explosión de sangre surgía del cuerpo de Variel. El apotecario profirió un alarido a un volumen que Talos no le había oído producir jamás y se llevó las manos a su sanguinolenta boca, como si pudiera contener el chorro de fluido vital que salía por ella a borbotones.

La lanza negra retrocedió de su espalda de un tirón, lo que lo hizo trastabillar, y el posterior golpe de revés le cercenó ambas piernas. La pierna biónica soltó chispas crepitantes en señal de protesta mientras lo que quedaba de sus sistemas intentaba restaurar el equilibrio. Su pierna humana sangró, sangró y sangró.

Los tres amos de la noche ya corrían hacia ella, armas en ristre, bullentes de vida.

—¡Despegad! —gritó Talos por el comunicador—. Considéralo tu última orden.

Al instante, la cañonera se elevó con la inestabilidad de sus propulsores gimoteantes.

—Me relevaste del servicio a bordo del *Eco*, Talos. No tengo por qué seguir tus órdenes, ¿no es así? Ven con nosotros.

—No mueras con nosotros, Septimus. Corre. Adonde sea.

Talos fue el primero en alcanzar a la doncella alienígena mientras esta entonaba las primeras notas de su chillido paralizante. El profeta cargó enarbolando la espada, lo que telegrafió su intención de ejecutar un mandoble a dos manos. En el último segundo, justo cuando ella giró la lanza hacia arriba para bloquear el golpe de forma impecable, Talos brincó y le propinó una patada demoledora justo en la placa facial. El rostro de la doncella se sacudió con fuerza hacia atrás, el alarido acabó debido a las grietas de su yelmo y recuperó el equilibrio mientras retrocedía con una grácil voltereta con las manos para evitar caerse al suelo.

Talos aterrizó con pesadez y rodó hacia atrás para volver a ponerse de pie y en guardia con su espada dorada. Ver que una falla tectónica brutal dividía en dos la máscara mortuoria de la eldar le hizo mostrar una ancha sonrisa.

—No tienes ni idea de lo satisfactorio que ha sido eso —le hizo saber.

—Tú —dijo ella en un gótico paupérrimo. La rejilla vocalizadora de su yelmo estaba dañada, lo que deformaba su manera de hablar—. Cazador de Almas.

El profeta volvió a lanzarse contra ella, espada contra espada, y, como si fueran campos magnéticos opuestos, las armas de energía se repelieron la una a la otra.

—Estoy harto de ese título —resolló Talos, quien le propinó un cabezazo, de forma que volvió a agrietarle la máscara una segunda vez. Vio su ojo alienígena, rasgado y desagradable, por la hendidura que ocasionó.

Cyrion y Lucoryphus se lanzaron contra ella desde lados opuestos. El primero de ellos asestó un tajo con la espada sierra que la eldar detuvo con la estrella arrojadiza de tres filos; el segundo erró los zarpazos que le propinó a la doncella con sus cuchillas relámpago mientras su adversaria danzaba con volteretas y brincos laterales para salir fuera del triángulo que formaban los guerreros.

La alienígena trastabilló cuando aterrizó, lo que constituía el primer indicio de tosquedad en sus movimientos, y todos pudieron oír el siseo áspero de dolor que profirió. La sangre se le extendía por la pantorrilla como una sábana. Fuera lo que fuera lo que la había herido, había realizado un trabajo maravilloso en lo que a dejarla coja respectaba. Ahora que estaba herida, apenas era más rápida que ellos.

Lucoryphus no era miembro de la Primera Garra, por lo que carecía de la cohesión táctica que los otros dos hermanos demostraban de forma tan clara. Saltó por delante de ellos con un rugido que no habría avergonzado a un león nostramano, con los dedos rematados en garras curvas directos al corazón de la reina bruja.

La lanza lo interceptó en el pecho, le aniquiló la placa pectoral y lo proyectó al

suelo. La doncella incrustó el arma en el estómago del guerrero de los Rapaces con una sola mano al mismo tiempo que lanzaba la estrella arrojadiza.

La capacidad de reacción mejorada de Cyrion se había agudizado tras siglos de batallas, sin contar con los años de entrenamiento que los precedieron. A lo largo de su vida, había bloqueado balas con su avambrazo y zigzagueado para esquivar disparos de láser sin percibir siquiera su calor. Sus reflejos, como los de todos los guerreros pertenecientes a las Legiones Astartes, superaban tantísimo a los de un humano que rozaban lo sobrenatural. Antes de que el trío de cuchillas se separase de los dedos de la eldar, él ya había empezado a lanzarse a un lado para salir de la trayectoria del arma.

No fue suficiente, ni mucho menos. Los cuchillos giratorios le acertaron de lleno en el pecho, donde se clavaron con un crujido, y un fuego negro deflagró por toda su armadura.

La reina bruja tendió la mano para hacer regresar la estrella arrojadiza. Mientras surcaba el aire como una centella, Talos la partió en dos con un mandoble de su espada de energía. La doncella intentó desatascar la lanza del estómago de Lucoryphus, pero el legionario de los Rapaces asía con fuerza el mango con sus garras de metal para conservarla dentro de su cuerpo y en el adarve de piedra que tenía debajo.

Un instante después, el profeta ya se le había echado encima a la eldar. La guerrera culebreó hacia un lado, brincó hacia atrás y se apartó para esquivar el primer tajo, el segundo y el tercero, todos ellos lentos y pesados. A pesar de que Talos se movía más rápido de lo que el ojo humano podría percibir, no había forma de que sus espadazos impactasen.

Ella dio otra voltereta y la pierna herida volvió a resentirse. Mientras se tambaleaba para recuperar el equilibrio, Talos efectuó un golpe de barrido con la suya y, por fin, *Aurum* cortó. La espada dorada le cercenó el brazo a la bruja cerca del codo.

Entonces, chilló: un chillido de dolor y frustración sin amplificar que pareció casi mortal. La sucia sangre alienígena siseó y chisporroteó mientras se freía en la hoja del amo de la noche.

Ella le respondió propinándole una estocada con sus firmes dedos directa a la armadura blanda que le cubría la garganta, lo que aplastó los cables ahí alojados e impactó contra su laringe con la potencia suficiente como para matar a un humano en el acto. Bastó para hacerle retroceder y alzar la espada en actitud defensiva mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

Talos sintió que la cabeza se le giraba de forma súbita hacia un lado debido a un golpe que nunca vio venir, lo que le ofreció un breve vistazo del cuerpo de Lucoryphus, que yacía de espaldas como si se tratase de un reptil testudíneo que estuviera panza arriba sobre su caparazón, indefenso.

La espada saltó de su agarre debido a la patada que le propinaron en la mano con

una bota empapada de sangre. Otra patada se estrelló contra el aquila rajada que le decoraba la placa pectoral, lo que le hizo perder el equilibrio casi por completo mientras retrocedía varios pasos hacia atrás. Las drogas de combate que le inundaban los músculos no servían para nada: no era capaz de parar sus golpes, no era capaz de esquivarla… Apenas era capaz de verla siquiera.

—Visión ra…

Su propia espada le interrumpió al estrellarse contra su yelmo. El dolor destelló en un rojo candente que se propagó como una tela de araña por su sien en el mismo segundo en que su campo de visión quedó dividido en dos. Antes incluso de que pudiese procesar la noción de que le acababan de dejar ciego de un ojo, la hoja volvió a estrellarse como un martillo contra él. Se le deslizó dentro del pecho con una apasionada falta de premura que impidió todo aliento, toda energía, todo pensamiento, aparte de una única certeza:

«Me ha matado con mi propia espada».

Se rio sin emitir ningún sonido y salpicó el interior de su yelmo de sangre. Cuando la eldar tiró de la hoja para liberarla, Talos pensó que la arrojaría a un lado pero en vez de eso la rompió con un rodillazo.

El dolor que le hurgaba dentro del pecho terminó por abrazarle la columna vertebral, a la que se agarró con fervor. Fue entonces cuando se cayó, aunque sólo de rodillas. De algún modo, aquello era peor.

—Y así cae el Cazador de Almas —declaró ella, quien se quitó el casco para bajar la vista hacia él con sus ojos rasgados y de color gris lechoso. Habría sido preciosa de no adolecer de una inhumanidad tan repugnante. Una de sus orejas se estremeció bajo la lluvia, como si percibiera algo que sólo ella era capaz de oír.

Él volvió a ponerse de pie, se quitó el yelmo y vio que otra visión terminaba por hacerse realidad.

Los detalles se parecían bastante. No eran exactos, pero estaban bien cerca de serlo. Su mente febril había coloreado aquellos lugares con recuerdos antiquísimos. La fortaleza había aparecido intacta en toda su gloria deshabitada en lugar de ser la ruina penosa que veía ahora.

Pero lo demás resultaba tan nítido que no tuvo más remedio que sonreír. Talos avanzó un paso hacia ella y se agachó para recoger la espada rota a pesar del fogonazo de agonía que le invadía el pecho.

—En mis sueños —dijo sin aliento—, aún tenías el casco puesto.

Ella asintió con lentitud y solemnidad.

—En los sueños de los videntes de Ulthwé ocurría lo mismo. El destino fluye, Cazador de Almas. Hay futuros que es preciso evitar a toda costa. No habrá ningún Profeta de la Octava Legión. No habrá ninguna Noche de Sangre en la que tus sedientos hermanos se beban las Lágrimas de Isha. Morirás aquí. Todo está en orden.

El amo de la noche se llevó una mano a su pecho hendido y captó el latido fatigado de, al menos, un corazón. Apenas podía respirar, pero sus órganos

redundantes habían cobrado vida para preservarlo más allá de lo que habría supuesto la muerte para cualquier mortal.

La doncella se acercó a Lucoryphus para arrancarle la lanza del pecho. El líder de los Ojos Sangrantes no efectuó más movimiento que una leve convulsión.

Mientras la reina bruja regresaba hacia Talos blandiendo la lanza negra con la mano que le quedaba, el sueño y la realidad se fusionaron y se hicieron uno al fin, después de tanto tiempo.



XXX

LECCIONES

El profeta y la asesina se encontraban en las almenas de la ciudadela muerta, armas en ristre. La lluvia, tan copiosa que dificultaba la visión, era un diluvio desdichado que desgarraba el aire, siseaba contra la piedra y corría por las fauces de unas pérfidas gárgolas hasta precipitarse por los lados del castillo. Aparte del aguacero, lo único que se oía eran los sonidos que producían ambas figuras: una de ellas humana, ataviada con una armadura rota que retumbaba con crepitares de estática; la otra, una doncella alienígena con blindaje de combate antigua y moldeada, desgastada a causa de una eternidad de cicatrices.

—Aquí es donde murió tu legión, ¿no es así? Nosotros llamamos a este mundo *Shithr Vejruhk*. ¿Cómo lo llamáis vosotros en vuestra lengua de sierpe? *Tsagualsa*, ¿cierto? Contéstame a lo siguiente, profeta: ¿cómo es que habéis regresado a este lugar?

Talos no respondió. Escupió sangre ácida sobre el suelo de piedra negra y volvió a tomar aire con un sonido áspero. La espada que tenía en las manos era un estropicio resquebrajado, pues la hoja había quedado partida en dos a mitad de tramo. No sabía adonde había ido a parar su bólter y por sus labios rajados se arrastró una sonrisa en cuanto sintió una punzada de culpabilidad.

«Malcharion no se sentiría orgulloso de esto», pensó.

—Talos —la doncella sonreía mientras hablaba; la diversión que sentía la alienígena era digna de mención aunque fuera tan sólo por la ausencia de mofa o maldad—. Que no te dé vergüenza, humano. Todo el mundo muere.

Él no se podía mantener en pie. Ni siquiera el orgullo puede impeler para siempre a un cuerpo, pues también tiene sus límites. El profeta hincó la rodilla y la sangre manó de las grietas de su armadura. Su tentativa a hablar le abandonó los labios

transformada en un gruñido de dolor. Lo único que era capaz de oler era el hedor a cobre de sus propias heridas.

La doncella se acercó a él; incluso se atrevió a descansar la punta con forma de guadaña de su lanza en la hombrera del maltrecho guerrero.

—No digo sino la verdad, profeta. No hay vergüenza alguna en esta situación. Que hayas llegado hasta aquí ya es todo un logro.

Talos volvió a escupir sangre y siseó dos palabras:

—Valas Morovai.

La asesina, quien le miraba desde arriba, inclinó la cabeza hacia un lado. La cresta de pelo negro y rojo de su yelmo había quedado apelmazada y pegada a la máscara a causa de la lluvia. Parecía una mujer que se hundía en el agua mientras chillaba en silencio al ahogarse.

—Gran parte de esos amargos susurros tuyos me sigue resultando indescifrable —declaró ella—. Has dicho… «Primera Garra», ¿cierto? —A su acento artificial se le resistían aquellas palabras—. ¿No eran tus hermanos? ¿Acaso llamas a los muertos con la esperanza de que todavía puedan salvarte?

La espada cayó de sus manos, demasiado pesada como para sostenerla durante más tiempo. Talos se la quedó mirando mientras el arma descansaba sobre la piedra negra, bañada en aquel aguacero conforme emitía destellos de plata y oro tan puros como el día en que la había robado.

Con lentitud, alzó la vista para mirar a su verdugo a la cara. La lluvia le lavó la sangre del rostro, salada en los labios y punzante en los ojos. Ya no necesitaba preguntarse si ella seguiría sonriendo tras la máscara: se lo vio en el rostro y aborreció la bondad de aquel gesto. ¿Es que se trataba de simpatía? ¿En serio?

De rodillas y en lo alto de las almenas de la fortaleza desierta de su legión, el amo de la noche se empezó a reír.

Ni sus carcajadas ni la tormenta que bramaba tuvieron el volumen suficiente como para tragarse el sonido ronco de unas toberas al quemar combustible. Una cañonera, de fuselaje azul y de oscura lobreguez, bramó a la vez que se descubría. Mientras ascendía por encima de las almenas, la lluvia enjuagaba su aviario armazón en regueros de plata. Las torretas de los bólters pesados se alinearon con un coro de zumbidos mecánicos; la música más dulce que jamás hubiera agraciado los oídos del profeta. Talos aún se reía cuando la Thunderhawk se deslizó hasta ellos a medida que cabalgaba su propia emanación calorífica y conforme la tenue luz de la cabina delataba a dos personas en su interior.

—Yo vi esto —le dijo a la asesina—, ¿acaso tú no?

La doncella alienígena ya se había puesto en marcha. Se convirtió en un borrón negro que danzaba a medida que atravesaba la lluvia con una rapidez aterciopelada. En cuanto la cañonera abrió fuego, las detonaciones que surgían del huracán de proyectiles explosivos le pisaron los talones a medida que arrancaban pedazos de roca.

En un instante había huido de los parapetos y, al siguiente, no había sino dejado de existir tras fundirse con las sombras.

Talos no se puso en pie, pues no estaba seguro de ser capaz de hacerlo si lo intentaba. Cerró el único ojo que le quedaba. El otro era un orbe ciego de dolor sanguinolento que le hostigaba con puñaladas tediosas al interior del cráneo cada vez que latían sus dos corazones. Se llevó la mano biónica, cuyas articulaciones sufrían espasmos debido a que la entrada neurálgica se encontraba defectuosa y estropeada, al comunicador de la gorguera.

—La próxima vez te haré caso.

Haciéndose oír por encima del lamento avasallador de las toberas de suspensión, una voz surgió como un zumbido de los comunicadores externos de la cañonera. La distorsión despojaba a dicha voz de todo rastro de tono y matices:

—No habrá próxima vez si no lo dejamos ahora.

—Te dije que te fueras. Te lo ordené.

—Amo —respondieron, crepitantes, los comunicadores externos—. Yo…

—Que te vayas, maldita sea. —Cuando volvió a mirar la cañonera pudo ver mejor a las dos personas que estaban sentadas una al lado de la otra en los tronos de pilotaje —. Quedáis oficialmente relevados del servicio —transmitió, arrastrando las palabras, y comenzó a reírse otra vez. Por segunda vez.

La cañonera siguió suspendida en el aire al tiempo que los motores emitían sus horrendos lamentos y rociaban las almenas con aire caliente. La lluvia se evaporaba contra la armadura del profeta.

La voz áspera que surgió esta vez de los altavoces era femenina:

—Talos…

—Corred. Corred lejos de aquí y de toda la muerte que ofrece este mundo. Huid hasta la última ciudad y embarcad en la siguiente nave que salga del planeta. El Imperio viene hacia aquí. Será vuestra salvación. Pero recordad lo que os he dicho: todos somos esclavos de la fatalidad. Si Variel escapa con vida de esta locura, una noche irá a por el niño, sin importar adonde huyáis.

—Puede que nunca nos encuentre.

La risa de Talos se desvaneció al fin, aunque seguía sonriendo.

—Rezad por que no lo haga.

Tomó una bocanada de aire que le atravesó como una cuchillada al tiempo que caía de espaldas sobre las almenas, y los cortes de sus pulmones destrozados, sumados a sus costillas quebradas, le hicieron gruñir. En los lindes de su visión se iba abriendo paso el color gris y ya no sentía sus dedos. Una de las manos descansaba sobre su placa pectoral, sobre el aquila que había roto de forma ritual y al que la lluvia había limpiado. La otra descansaba a su lado, sobre su bólter, el arma de Malcharion, que estaba allí donde lo había dejado caer en la batalla que había transcurrido antes. Con manos dormidas, el profeta se lo magnetoancló a la musiera y tomó con lentitud otra bocanada de aire frío destinada a unos pulmones que ya no querían seguir respirando.

La sangre de sus encías le confería a sus dientes una tonalidad rosácea.

—Voy tras ella.

—No seas necio.

Talos dejó que la lluvia le empapara el rostro mientras miraba al cielo. Era extraño cómo un instante de piedad les había llevado a pensar que podían hablarle a él de aquella forma. Con gran esfuerzo, se puso en pie y echó a caminar sobre las almenas erosionadas y hundidas con la espada rota en mano.

—Ha matado a mis hermanos —dijo—. Voy tras ella.

• • • • •

Se acercó hasta donde yacía Cyrion. La estrella arrojadiza no había dejado casi nada del pecho de su hermano, pues el fuego negro había devorado gran parte del hueso y de la carne que le cubría el esternón así como los órganos que había debajo. Retiró el yelmo de Cyrion con una delicadeza que era fruto tanto de sus propias heridas como del respeto hacia los muertos.

Talos parpadeó cuando la mano de Cyrion lo agarró por la muñeca. Los negros ojos de su hermano giraban en sus cuencas, ciegos, a la vez que soltaban regueros de lágrimas a imagen y semejanza de los rayos pintados de su placa facial.

—Uzas —dijo Cyrion. Uno de sus pulmones se estremeció dentro del cráter expuesto que le quedaba por pecho. Uno de los corazones aún latía, débil.

—Soy Talos. Uzas está muerto.

—Uzas —repitió Cyrion—. Te odio. Siempre te odié. Pero lo siento.

—Hermano. —Talos movió la mano justo delante de los ojos de Cyrion, aunque su hermano no reaccionó. La ceguera era absoluta.

—¿Talos?

Cyrion le tendió la mano y él le agarró el brazo para que sus muñecas se tocaran.

—Estoy aquí, Cy.

—Bien. Bien. No quería morir solo. —Se apoyó otra vez contra la piedra, se encorvó y se relajó—. No te lleves mi semilla genética. —Se llevó una mano a los ojos para tocárselos—. Creo… Creo que me he quedado ciego. Esta no es la oscuridad de siempre. —Cyrion se limpió un hilillo de saliva de los labios—. No irás a extraerme la semilla genética, ¿verdad?

—No.

—Tampoco permitas que Variel se la lleve. No dejes que me toque.

—No lo haré.

—Bien. Aquello que dijiste… sobre la guerra. Me gustó. No legues mi semilla genética. Yo… estoy harto de la guerra… también.

—Así se hará.

Cyrion tuvo que tragar tres veces antes de poder volver a hablar:

—Siento como si me ahogara en saliva.

No se trataba de eso: era sangre. Talos no le dijo nada al respecto de todos modos.

—Septimus y Octavia han escapado.

—Muy bien. Muy bien. —Cyrion babeó sangre por su leve sonrisa mientras su cuerpo comenzaba a estremecerse ante la llegada de las convulsiones.

Talos lo sujetó sin decir nada mientras los temblores se apoderaban de él. Cyrion rompió el silencio, como siempre había hecho:

—Me muero —afirmó—. Todos los demás han muerto. Los esclavos han escapado. Así que, bueno… —jadeó con lentitud— ¿cómo estás tú?

Talos esperó a que los labios de su hermano liberasen su último hálito de vida antes de cerrarle los ojos con suavidad.

Se llevó tres objetos del cuerpo; ni más, ni menos.

• • • • •

Lucoryphus era un cascarón inerte. Talos rodeó el cadáver en un amplio margen mientras se dirigía hacia Variel.

El apotecario no estaba muerto, ni mucho menos. El profeta lo alcanzó mientras el otro se arrastraba por la piedra trabajosamente y sin piernas. Que se las cercenaran a la altura de la rodilla no había contribuido a mejorar su humor.

—No me toques —le dijo a Talos, que no le hizo ningún caso. El profeta lo arrastró por el adarve hasta las almenas para parapetarlo un poco más de la lluvia.

Varios compartimentos del nartecium de Variel estaban abiertos y sus contenidos ya se habían dispensado, la mayoría de ellos en el riego sanguíneo del apotecario.

—No voy a morir —le aseguró a Talos—. He detenido la hemorragia, eliminado el riesgo de septicemia y otras infecciones, aplicado piel sintética y un agente sellador de armaduras y además he…

—Cállate, Variel.

—Perdona. Los estimulantes que me recorren el sistema son volátiles y vigorosos, en virtud de su cometido para casos de emergencia. No estoy acostumbrado a…

—Que te calles, Variel. —Talos chocó su muñeca contra la de su hermano—. Voy tras ella.

—Por favor, no pongas en peligro tu semilla genética.

—A decir verdad, vas a tener suerte si sobrevive intacta.

—Me apena profundamente oír eso.

—Y si alguna vez escapas de este mundo maldito, no toques la semilla genética de Cyrion. Permítele descansar en paz.

Variel ladeó la cabeza mientras el chaparrón caía sobre ellos.

—Como gustes. ¿Dónde está la cañonera? ¿Va a regresar?

—Adiós, Variel. Serás un orgullo para la Octava Legión. No necesito ser profeta para saberlo. —Señaló con un gesto el cinturón de Variel, los compartimentos, la bandolera y las correas para almacenar la munición—. Me voy a llevar eso, si no te importa.

Variel accedió.

—¿Cómo voy a abandonar Tsagualsa si la cañonera no me lleva de vuelta a la nave de Deltrian?

—Tengo el presentimiento de que la legión vendrá una noche para ver por sí misma lo que ha ocurrido aquí.

—¿Es eso una suposición tuya? —Variel comenzó a pulsar teclas en su avambrazo.

—Pero seguro que no voy desencaminado —respondió Talos—. Adiós, hermano.

—Que tengas una buena muerte, Talos. Gracias por lo de Fryga.

El profeta asintió y abandonó bajo la lluvia al último hermano que le quedaba con vida.

● ● ● ● ●

Ella fue a por él cuando dejó de oír como la fría y férrea embarcación cazadora surcaba el aire; cuando la distancia se había tragado, por fin, el rugido de sus motores. Entonces salió de las sombras y se lanzó a la carrera por las almenas mientras la mano que le quedaba sujetaba la lanza con suavidad y perfecto equilibrio.

Sus cabellos sedosos dejaban tras ella una estela que era como el velo de una espadachina bailarina y que los apartaba de sus ojos mientras corría. El templo de los espectros aullantes de Ulthwé le había pedido ayuda y al templo de los espectros aullantes de Ulthwé había acudido ella. Sin embargo, la división existente entre los videntes de los mundos astronave era desafortunada, al igual que la separación de fuerzas subsiguiente.

Pocos miembros de los demás templos de la Senda la seguirían, a pesar del respeto que le profesaban a la armadura que llevaba y a las armas que portaba. No dejarían Ulthwé tan indefenso, por lo que la flota de combate había sido una empresa desleída y vacua y repleta de espectros, pocos de los cuales estaban dispuestos a arriesgarse a poner el pie sobre aquel mundo impío.

Las pérdidas que habían sufrido esa noche habían sido, no obstante, catastróficas. Ulthwé apenas podía permitirse haber perdido a tantos bajo el filo de las hojas de los blasfemos, pero el Cazador de Almas estaba destinado a caer antes de convertirse en la Perdición de Isha en vísperas del Rhana Dandra.

Así estaba escrito. Así se haría.

En todos los años pasados tras su renacimiento más reciente, pocos

acontecimientos habían mostrado una alineación de portentos tan feroz como los que se sucedían esta misma noche. La virtud de sus actos y la gravedad de su causa brindaron celeridad y brío a sus miembros doloridos.

Esta vez era él quien la cazaba a ella, a su manera lenta y renqueante. La espada que sostenía en las manos timbró con un eco pretérito; los metales toscos que se habían empleado en su proceso de forjado databan del período de la Arrogancia Humana, cuando el orgullo desmedido de los eldars reventó el tejido del espacio y abrió la Puerta de Sha'eil como un gran ojo en los cielos. Ella no la temía. Ella no le temía a nada. Incluso sus pertrechos estropeados volverían a manifestarse del todo renovados una vez se alinearan los destinos.

Corrió más rápido con la lluvia fría sobre la piel y la espada en alto en la mano.

• • • • •

Talos no se resistió.

La lanza negra lo atravesó y dio por terminado el trabajo que su propia espada había comenzado en manos de la doncella. Él ni sonrió ni maldijo, ni tampoco susurró última voluntad alguna. Ella lo mantuvo a raya mientras la lanza que lo empalaba lo empujaba hacia atrás.

Mientras la espada se le caía de la mano, Talos abrió la otra. La granada que tenía en ella se activó en el preciso instante en que se le resbaló el pulgar del botón de activación. Cuando estalló, detonó también las tres granadas que le había quitado a Cyrion y las dos que le había cogido a Variel, así como el generador dorsal de la armadura del profeta.

A excepción del fuego que incineró la mitad de la forma física de una alienígena inmortal, Talos Valcoran de Nostramo murió de un modo muy similar a como había nacido: con sus negros ojos abiertos, atentos al mundo que lo rodeaba, y con el silencio en los labios.

• • • • •

Marlonah cojeaba bajo la tormenta con los ojos cerrados a la vez que dejaba que el agua fría enjuagase las horas de sudor de su cuerpo. Sintió ganas de llorar. Pasarse las manos por el cabello empapado constituía un placer que no podía describir con palabras.

El dreadnought iba por delante de ella, aunque en absoluto compartía una alegría semejante. La máquina de guerra arrastraba uno de los pies con aspereza, por lo que

cada paso dejaba tras de sí chispas y un surco irregular en el suelo de piedra. Su blindaje mostraba un aspecto renegrido en algunas zonas; en otras se había derretido y vuelto a enfriar, o bien se hallaba repleto de discos shuriken como un pez con las escamas mal dispuestas. Sus articulaciones ya no emitían los zumbidos agudos propios de sus mecanismos pesados y eficientes: restallaban, chisporroteaban y chasqueaban al tiempo que los dientes sueltos de los servos y engranajes resbalaban entre sí para encajar tan sólo de forma esporádica.

El bípode prosiguió la marcha hacia las almenas con los dos brazos bajados y laxos. Docenas de cables que se unían al sarcófago estaban cercenados y expelían vapor, derramaban fluidos o sencillamente estaban del todo secos.

La humana no sabía a cuántos había matado Malcharion durante su viaje y posterior ascenso. Le habían atacado con espadas sierra, cuchillos, pistolas, rifles, armas láser, lanzaproyectiles, garras, lanzas y hasta con piedras e insultos. El dreadnought lucía el impacto de cada uno de ellos en su fuselaje estropeado de adamantita.

—Oigo una cañonera —informó el dreadnought con voz rugiente—. Voy… Voy a contactar con ella. Son los esclavos humanos de Talos. Vendrán a por ti. Luego… luego me dormiré.

En las almenas que se extendían delante de ellos, Marlonah vio el cuerpo devastado de un legionario recostado contra un muro cuya armadura había ardido hasta tiznarse y cuyas articulaciones se habían derretido y fusionado. Del cadáver surgía un humo que se entrelazaba con el chaparrón.

Más cerca de donde se encontraban, una de las doncellas alienígenas todavía gemía y se arrastraba por la piedra. Tenía un solo brazo, habiendo perdido el otro debido a unas horrendas quemaduras, así como una pierna que acababa por debajo del muslo. De la otra no había ni rastro. Todo el pelo de su cuerpo se había abrasado, al igual que la mayor parte de la carne. Se retorcía, se lamentaba y sangraba al tiempo que se estremecía y convulsionaba bajo la lluvia.

—*Jain Zar* —pronunció con un susurro parecido a un croar, dado que le costaba hablar con la lengua tan achicharrada—. *Jain Zar*.

Por imposible que fuera, la única parte que le había quedado indemne del cuerpo era el ojo izquierdo, con el cual miraba con fijeza a Marlonah con un rencor amargo y vivido.

—*Jain Zar* —repitió otra vez la alienígena, con voz áspera. Malcharion aplastó al despojo viviente bajo su pie blindado y lo restregó por el suelo de las almenas. Entonces elevó uno de los brazos, que protestó acompañado del quejido de sus articulaciones, a fin de señalar el cadáver del legionario:

—Ese muchacho… siempre… me lo deja todo a medias.

EPÍLOGO PRIMOS
NOMBRES

Los esclavos se apiñaban en la oscuridad, la mujer en brazos del hombre. Ya no tardaría mucho más. Sus confines se estremecieron mientras la lanzadera se afanaba por ascender de regreso a la atmósfera.

La evacuación había dado comienzo cinco días antes, cuando el primer enviado de la Armada Imperial aterrizó sobre la faz del planeta. Un centenar de otros refugiados se encontraba sentado en las proximidades sumidas en tinieblas; algunos hablaban entre ellos en voz baja y varios lloraban de alivio, mientras que otros de miedo. La gente de Darcharna nunca había abandonado su mundo. Incluso aquellos a quienes habían educado para adorar a un Imperio distante como su salvador no tuvieron más remedio que asustarse ahora que se encontraban bajo sus atenciones, en absoluto cariñosas.

Los esclavos habían pasado dos largos meses en la Última Ciudad. Dos meses de mentiras con el fin de mezclarse con los demás supervivientes; dos meses de esconder el tercer ojo de las miradas ajenas; dos meses de temor a que Variel apareciera en la entrada de su chabola. Ella soñaba con aquella confrontación con demasiada asiduidad, y en ella se imaginaba sus lentes oculares rojas y oía el gruñido despectivo de las articulaciones de su armadura. Siempre se despertaba justo en el momento en que sus guanteletes de fría ceramita le acariciaban en el vientre.

Sin embargo, nunca vino.

En los momentos de calma, aún recordaba lo que Talos les había dicho: «Si Variel escapa con vida de esta locura, una noche irá a por el niño, sin importar adonde huyáis».

Pero ¿dónde estaba él? ¿Había huido de Tsagualsa junto a Deltrian, después de todo? Ella no se atrevía a pensar que se encontraban a salvo del instrumental de Variel, pero comenzaba a albergar esa esperanza.

Octavia dejó descansar las manos encima del estómago. El bebé pronto estaría con ellos, en un mes o dos a lo sumo. Se preguntó qué habría sucedido si su retoño hubiera nacido en el vacío, como aquella pobre chica a bordo del *Pacto*, aparte de si llegaría a respirar el aire de cualquier mundo al que llamaran hogar una vez se infiltraran de regreso al Imperio por medio de embustes.

Él se había mostrado de acuerdo con el plan de representar el papel de artesano

proveniente de una de las ciudades meridionales de menor tamaño. Ella pensaba afirmar que descendía de uno de los navegantes originales del planeta que había llegado en la flota de colonos hacía cuatrocientos años. En sus momentos de mayor calma aún le hacía gracia pensar que, debido a la biología de los navegantes, su historia era técnicamente la más probable de las dos. Dudaba que fuera a tener ningún tipo de dificultad cuando las autoridades, dudosamente competentes, acudieran por fin a Darcharna para procesar a los supervivientes. Como navegante que era, y en virtud de lo valiosa que resultaba, era probable que la enviaran a un baluarte de la Navis Nobilite localizado en un sector vecino, pero los peregrinos y los refugiados eran una de las muchas esencias vitales del Imperio: perderse entre las masas bullentes de billones de personas no supondría ningún problema.

Ella sabía que estarían bien siempre y cuando la Inquisición no se involucrara.

Octavia saludó con un gesto de la cabeza a Marlonah, que se hallaba al otro lado de la bodega de carga. Ella le devolvió el saludo y le dedicó una sonrisa nerviosa. Tenerla cerca durante los últimos meses había sido agradable y, al igual que a Octavia, le divertía el hecho de que los tres estaban vivos sólo gracias a que la legión les había salvado la vida en varias ocasiones. Una conducta de lo más extravagante, al provenir de asesinos declarados en cuerpo y alma. Incluso tras más de un año en compañía de ellos, nunca los había entendido.

Bueno. Puede que a Talos.

Por primera vez desde hacía más tiempo del que se molestaba en recordar, dejó que sus pensamientos divagasen hacia el futuro.

—Se me acaba de pasar algo por la cabeza —comentó con un tono de voz extraño.

Septimus la besó en su frente sudorosa.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Me refiero a tu nombre real, antes de ser el séptimo.

—Ah. —Septimus sonrió y, a pesar de que ella no tenía esperanza alguna de verlo con toda aquella oscuridad, captó la sonrisa en el susurro con el que le respondió—: Coreth. Me llamaba Coreth.

Eurydice, antaño Octavia, saboreó la palabra y luego pasó a saborear los labios de él.

—Coreth —repitió, con la boca pegada a la suya—. Encantada de conocerte.

EPILOGO SECUNDUS
LOS MESES DE LA LOCURA

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… del navio de comercio libre *Quietud*, que asegura que los eldars del Segmentum Obscura denominan a esa fecha específica como «la Noche del Sacro Pesar», sin registros de…

[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… informar en persona de que se ha perdido el contacto con las competencias del gremio del subsector en treinta y siete mundos, nueve de los cuales permanecen a oscuras. Quedamos a la espera de las naves exploradoras y de las fuerzas de la Armada Imperial de la zona, pero…

[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… no se comercie allí nunca más. Existen rumores de ciclogénesis disformes y de corrientes muy temperamentales. No merece la pena gastarse el dinero reparándola. El navegante del *Iago* se quedó ciego…

[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… si no tenemos confirmación de esta «extensa flota del Archienemigo» en la Franja Este, sería una cruzada digna de un tonto solicitar…

[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… Golar, el segundo mundo situado en el sistema del mismo nombre, ya no es habitable de ningún modo. El último censo del que se tiene constancia de la ciudad capital suma cuatro millones. La gran actividad tectónica a escala planetaria ha dejado la ciudad…

[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]

… motivo por el cual, si atendéis a los datos que hemos archivado, veréis las fluctuaciones en la calidad del contacto astropático junto a graves… [FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]
… da igual. Dile al representante del Mechanicus que hemos escrutado la región dos veces ya, a costa de una cantidad de combustible y tripulantes que me cuesta cuantificar sin un cogitador…
[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]
… en la región de uno de los mundos muertos, pero ninguna lengua imperial reconocida…
[FIN DEL EXTRACTO]

[COMIENZO DEL EXTRACTO]
… Viris colratha dath sethicara tesh dasovallian. Solruthis veh zajass…
[FIN DEL EXTRACTO]

EPÍLOGO TERTIÜS
PROFETA DE LA OCTAVA LEGIÓN

1

El profeta alzó la vista mientras la compuerta blindada se abría con el chirrido de sus goznes. No se sorprendió al ver quién estaba de pie en la entrada.

—Apotecario —dijo sin sonreír—. Saludos.

El apotecario evitó todo contacto visual.

—Ha llegado la hora —anunció.

El profeta se puso de pie y oyó el rechinar vigoroso que emitieron las articulaciones de su armadura.

—¿He de asumir que los demás nos esperan?

El apotecario asintió.

—Se unirán a nosotros durante el camino. ¿Estás listo?

—Por supuesto.

—Vamos, entonces. El cónclave ya ha dado comienzo.

Mientras recorrían los pasillos sinuosos y enrevesados del corazón del *Azote del Sol*, los gritos y los gemidos se hicieron oír en la distancia, a varias cubiertas por debajo de ellos. El profeta pasó una de sus manos blindadas por las paredes de metal ornamentado.

—Una noche tomaré para mí una nave como esta —aseveró.

—¿Eso es una profecía —replicó el apotecario—, o una esperanza?

—Una esperanza —confesó el profeta—. Pero, si todo va bien esta noche, me parece probable que suceda.

Los dos prosiguieron la marcha acompañados del ruido sordo de sus botas contra la cubierta. Muy poco después, se les unió un tercero. El recién llegado estaba protegido con la misma ceramita azul medianoche, aunque su yelmo tenía la apariencia de una máscara demoníaca inclinada y de expresión desdeñosa. Su placa facial estaba agraciada con la presencia de sendos regueros de lágrimas pintados de escarlata y plata. A la figura le faltaba poco para tocar el suelo con el pecho mientras

reptaba sobre sus cuatro extremidades, encorvada mientras trotaba tras ellos como un mastín leal.

—Variel —saludó al apotecario por el comunicador, lo que sonó como un estallido crepitante—. Salve, profeta.

Variel no se pronunció, aunque el profeta inclinó la cabeza en señal de cortesía.

—Lucoryphus —dijo—. ¿Has hablado ya con los demás Ojos Sangrantes?

—Sí. Más de trescientos miembros del culto han asistido a la reunión. He hablado con varios de los líderes de los Ojos Sangrantes que se encuentran bajo el servicio de las demás partidas de guerra. Una docena de otros cultos también ha dado señales. Todo va bien. Rara vez se ha visto un cónclave de tanta trascendencia, a mi parecer.

—Lo cierto es que sí.

Siguieron su camino y se adentraron en las profundidades de la nave. De vez en cuando, Variel comprobaba las lecturas de su guantelete narthecium y ajustaba diales, aunque parecía hacerlo por capricho. El profeta no se molestó en preguntarle al apotecario qué pensamientos ocupaban su mente. Variel siempre se reservaba sus ideas para sí; no se trataba de un hombre al que le gustara intercambiar opiniones.

El trío de amos de la noche no tardó en unirse a otros dos legionarios: ambos llevaban puestas sus voluminosas armaduras de exterminador e inclinaron sus yelmos astados y con colmillos en señal de respeto. El Cráneo Alado de los Amos de la Noche se mostraba, orgulloso, en sus hombreras curvas.

—Malek. Garadon —los saludó el profeta—. Me alegro de volver a veros.

—No es nada —respondió Garadon. Una inmensa maza de guerra descansaba sobre uno de sus hombros.

—¿En qué otro sitio íbamos a estar? —añadió Malek, cuyos guanteletes descomunales albergaban las cuchillas similares a guadañas retraídas en el interior de sus cavidades blindadas.

—¿No os habéis reunido con los demás Atramentar? —quiso saber el líder rapaz, que ahora reptaba por encima de sus cabezas, colgado del techo.

—Podemos hacerlo después de esto —contestó Malek—. Los supervivientes de la antigua Primera Compañía apenas tienen nada que decirse los unos a los otros estas noches. Las reuniones siempre degeneran en duelos debido a discusiones sobre la fuerza de sus respectivos señores de la guerra.

—Con los cultos sucede lo mismo. Al igual que con las legiones. —Parecía que la idea hacía gracia a Lucoryphus—. Si os creéis que algo de eso ha cambiado es que no habéis aprovechado vuestras décadas en el Torbellino.

—El Torbellino, dice —Garadon se rio entre dientes—. Qué suposición más curiosa. Mira que sabes poco, pajarraco.

Malek se limitó a soltar un bufido, lo cual no aclaraba si estaba de acuerdo o no, y lo dejó estar.

Malek y Garadon se unieron al profeta y lo flanquearon para marchar en columna de a tres por el laberinto de corredores. Variel les cedió el puesto y se contentó con

rezagarse un poco. La entrada del profeta debería verse acompañada de dos de los guerreros Atramentar más respetados de toda la legión. No tenía ganas de debatir el asunto.

Llegaron, por fin, al salón de reuniones situado en el mismísimo corazón de la nave. El escándalo de voces y maldiciones era audible incluso a través de la puerta acorazada.

—¿Están gritando o es que se ríen? —quiso saber Lucoryphus, con voz áspera.

—Ambas —respondió Malek mientras arrastraba la puerta para abrirla.

El grupo entró con paso firme en la cámara y se unió a uno de los concilios de altos mandos de la Octava Legión más concurridos desde hacía diez mil años.

2

Durante casi tres horas, el profeta se conformó con escuchar en silencio. Su atención vagó de asistente en asistente alrededor de la mesa central mientras captaba todos los detalles de sus corazas, sus símbolos de terror, sus pinturas de guerra y las historias que les arañaban la ceramita con quemaduras, cicatrices y muescas.

Las opiniones de los señores y hechiceros reunidos de los Amos de la Noche estaban tan divididas como siempre. Muchos clamaban a favor de aliarse con la inminente cruzada de Abaddon sin importar lo breve que fuera tal asociación. Esta sería la decimotercera y la primera en tener como objetivo infligir daños irreparables al mundo fortaleza de Cadia. Otros se manifestaban a favor de la paciencia y la discreción de modo que los Amos de la Noche dejaran que la Legión Negra sufriera la peor parte de las incursiones iniciales mientras la Octava se dedicaba a efectuar ataques lejos de la vanguardia.

Un número incluso mayor de ellos no quería saber nada de aquella operación, por lo que se negaban a unirse a la Cruzada Negra sin que importasen ni el precio ni la amenaza de posibles castigos. Se trataba de almas que habían dejado de lado la Larga Guerra y que vivían sólo para sí mismos y para la gloria que podrían arrancar de su existencia como incursores.

El profeta no juzgó ni a uno solo de ellos sin importar sus posturas, ya fueran valientes o cobardes, sabias o insensatas; todos eran sus hermanos, para bien o para mal.

La discusión derivó a los asaltos individuales. Qué flotas podrían atacar en tal o cual sitio. Qué retazos de información táctica había revelado el Saqueador hasta aquel momento. Cuál era la mejor forma de sacarle partido para derrotar al Imperio o para

traicionar a la Legión Negra y cosechar, como caníbales, falsas alianzas en nombre del saqueo.

Cuando el profeta se decidió a pronunciarse, lo hizo con una única palabra:

—No.

3

Los Amos de la Noche no se callaron de inmediato. Un gran número de las disputas eran demasiado candentes, demasiado tensas, como para quedar silenciadas de repente. En su lugar, los que se encontraban más cerca del profeta se giraron hacia él con ojos cautelosos. Los señores y sus respectivas guardias de honor, algunas compuestas de guerreros, otras de exterminadores y otras de rapaces, lo miraron con un interés súbito cuando aquel líder desconocido habló por fin. Hasta el momento ni siquiera se había presentado, aunque muchos de los asistentes reconocieron a los guerreros que lo acompañaban.

—¿Qué es lo que has dicho? —quiso saber el líder más cercano, cuya diatriba había interrumpido el profeta.

Este dio un paso al frente y ocupó un sitio al lado de la mesa.

—He dicho «no». Has dado por sentado que vas a salir victorioso de la batalla inminente en la Bifurcación Alsir. Eso no va a suceder. Vas a morir a bordo de tu nave de mando, mutilado y profiriendo gritos de rabia. Tus últimos pensamientos son acerca de adonde han ido a parar tus piernas y tu brazo derecho.

El líder siseó por el vocalizador de su yelmo en actitud vil:

—¿Me estás amenazando?

—No, Zar Tavik. No es una amenaza. Sin embargo, he visto tu muerte. No tengo razón alguna para mentirte.

Zar Tavik ladró una carcajada.

—¿Que no tienes razones, dices? A lo mejor pretendes asegurarte la victoria allí si me mantienes alejado.

El profeta asintió para concederle aquel argumento.

—No ardo en deseos de discutir. Me da igual dónde mueras.

En aquel momento se propagó el silencio alrededor de la mesa, tan contagioso como un olor nauseabundo. Otro comandante, un guerrero de los Rapaces ataviado con una coraza plateada, miró al profeta con su máscara demoníaca.

—¿Y cómo muero yo, vidente?

El profeta ni siquiera se molestó en mirar al líder de los Rapaces.

—Tú mueres aquí mismo, capitán Kalex. Esta misma noche. La última sensación que sientes es la incredulidad.

Hubo un momento de duda. Kalex cerró sus garras alrededor de los pomos de las espadas sierra que tenía envainadas.

—¿Y cómo es posible que sepas tal co…?

El rapaz se estrelló de espaldas contra la mesa y su sangre salpicó a los que tenía más cerca. Malek de los Atramentar bajó el bólter de dos cañones, de cuyas bocas de bronce surgían columnas de humo.

—Lo que yo decía —sonrió el profeta.

En aquel momento, los comandantes que se hallaban próximos a él se le apartaron, unos con cautela y otros preparando sus armas. Kalex era uno de los pocos que carecía de guardia de honor. No hubo guerrero alguno que desenvainara su acero para vengarle. En vez de eso, un silencio tenso, cuya fuente eran el profeta y sus hermanos, se cernió sobre la cámara.

—Muchos de nosotros caeremos en la cruzada que se avecina, ya sea tras jurar alianza o tras abstenernos por completo.

—Atesorad estos momentos… —aconsejó Lucoryphus por el comunicador.

El profeta señaló a un líder tras otro, uno a uno.

—Darjyr, los Portadores de la Palabra te traicionarán en el Enclave Corsh, cuando te dejen solo ante un bloqueo imperial. Yem Kereel, tú caerás en la última carga en la Brecha Greson, contra los Subyugadores. Tu lugarteniente, Skallika, recogerá tu testigo, aunque morirá tres noches después, cuando un Titán vuelque su Land Raider y lo arrase una sección de la Guardia Imperial. En cuanto a ti, Toriel Manoblanca, la legión considerará que has desaparecido en la disformidad en cuanto abandones este lugar tras haber jurado que nunca lucharás bajo lo que tú llamas «la marca de esclavo de Abaddon». Lo cierto es que eso no distará mucho de la realidad, ya que uno de tus propios líderes de Garra te atacará cuando os encontréis en el empíreo y, una vez que pierdas de vista la senda que recorre tu nave, el Mar de las Almas la inundará con vosotros dentro.

El profeta siguió hablando y hablando hasta que hizo saber a todo un tercio de los guerreros congregados que estaban condenados a morir en la próxima Cruzada Negra o bien mientras la abandonaban.

—Esta guerra nos va a salir cara. La pagaremos con sangre y almas, noche tras noche. Pero el precio será la victoria. Las defensas del Imperio quedarán destruidas y nunca tendremos que volver a luchar a hurtadillas para salir del Ojo. La garganta del Imperio quedará por siempre descubierta a los filos de nuestros cuchillos. He ahí lo que Abaddon nos ofrece.

—Ya nos ha ofrecido lo mismo antes —vociferó uno de los líderes.

—No, no lo ha hecho —siseó Lucoryphus—. Las otras cruzadas no eran sino eso, cruzadas. El Saqueador abandonó el Ojo para conseguir los objetivos que se había impuesto la Legión Negra, por delirantes que fueran. Esta vez es diferente. Será una

guerra. Destrozaremos Cadia y, por siempre jamás, seremos libres de atacar el Imperio a voluntad.

El profeta se mostró de acuerdo con aquellas palabras con un gesto de la cabeza:

—Algunos hemos sido hermanos legionarios desde hace siglos. Otros se han desvinculado de la legión en todo menos en el nombre, mientras que otros de los presentes han abandonado nuestros colores por completo. Veo a varias partidas de guerra que ahora llevan los colores y marcas de honor de sus propias facciones, pues han sido lo bastante fuertes como para salirse de las filas y tomar las riendas de sus propios destinos. Por contra, el hecho de que esta cruzada, el Décimo Tercer Levantamiento, sea la guerra que hemos estado esperando nos vincula a todos. Cuanta más sangre aportemos a las mareas que se derramarán, mayor será nuestro triunfo.

—Pero con todas esas muertes… —Otro de los comandantes casi escupió aquellas palabras—. El precio es alto, incluso si dices la verdad.

—Veo estas muertes en sueños viscosos y viles cada vez que cierro los ojos —confesó el profeta—. No sueño sino con eso. Veo la muerte de todo guerrero que porte la sangre de la Octava Legión en sus venas. Al igual que nuestro primarca sabía que estaba destinado a caer; al igual que nuestros hechiceros sufren visiones de sus propias muertes y las de aquellos próximos a ellos. Pero mi visión espectral va… más allá. Vuestros mundos natales no significan nada para mí. Si estamos conectados a través de la semilla genética, entonces he sido testigo de vuestros últimos hálitos de vida. Si la sangre de la Octava Legión os corre por las venas, entonces os he visto perecer. La mayoría de esos finales son vagos y poco nítidos, conque es muy probable que se vean sujetos a cambios por un giro del destino. Puede que unos pocos sean sólidos como el hierro, ya que suceden de igual forma en un centenar de visiones; la única opción en ese caso es vender caras vuestras vidas. No obstante, son los menos frecuentes. El destino no está tallado en piedra, hermanos.

El silencio imperó en aquel momento, tan ominoso que resultaba casi regio. Variel y Lucoryphus se acercaron y se situaron al lado de Malek y Garadon conforme el profeta tomaba aliento para proseguir.

—¿Sabéis qué representa una de las amenazas más grandes para la victoria en la Guerra Final de Abaddon? —preguntó a los líderes reunidos.

—Nosotros mismos —bromearon varios de ellos a la vez. El profeta esperó a que las carcajadas muriesen del todo.

—Por una vez, no. El Imperio obtendrá un aliado de fuerza desmedida, uno que no podemos permitirnos tener en los talones. ¿Qué antiguo detrito se encuentra bajo la presa eterna del Gran Ojo? ¿Qué refugio de escoria alienígena mantiene a raya las fuerzas de las Legiones Iluminadas?

—Ulthwé —respondió uno de los comandantes.

—Los Eldars Negros —añadió otro.

En aquel instante dieron comienzo los refunfuños, justo como había vaticinado el

profeta. La Octava Legión, como muchas otras fuerzas ubicadas en el Ojo, había perdido cantidades ingentes de guerreros y naves de batalla con el transcurso de los milenios debido a las intromisiones de los malditos eldars de Ulthwé.

El profeta volvió a asentir.

—El Mundo Astronave Ulthwé. Una vez, hace décadas ya, fueron a por la Décima Compañía y la hostigaron por las estrellas, desesperados de un modo febril por acabar con una única vida antes de que se cumpliera su profecía. Fracasaron en su cometido, aunque ellos nunca lo supieron. Sus brujas y hechiceros vislumbraron un futuro que no podían permitir que llegara a producirse: uno donde el Profeta de la Octava Legión aunaba a sus hermanos para instaurar el miedo y las llamas sobre su valiosísimo mundo astronave con una tormenta imparable. Estas criaturas, con su especie tan cerca de la extinción, temen las maldiciones por encima de todo lo demás. Ahí es donde la Octava Legión atacará primero. Ahí es donde concentraremos nuestro ataque inicial, en el que descargaremos una lluvia de sangre y terror sobre los eldars hasta que su mundo astronave moribundo se ahogue en las lágrimas de las víctimas.

—¿Y por qué deberíamos seguirte? —intervino, en voz alta, lord Hemek del Ala Nocturna—. ¿Por qué deberíamos derramar la sangre de los eldars cuando disponemos de huestes de guardias imperiales para saciar nuestros apetitos?

—Por venganza —contestó otro—. Para castigarlos.

—No necesito vengarme de los eldars —rebatió Hemek, que lucía un yelmo decorado a la usanza de la legión, resplandeciente con sus alas de cobalto surcadas de vetas negras—. Todos tenemos nuestras cuentas pendientes, y las mías no tienen nada que ver con Ulthwé.

El profeta dejó que las disputas bullesen durante unos pocos minutos.

—Esto se nos va de las manos —le transmitió Variel en privado por el comunicador.

—Yo me encargo —le respondió el profeta, que alzó una mano para acallar a la sala. La paz tardó en asentarse, pero los presentes quedaron al fin en silencio.

—Os he visto fallecer —declaró—. A todos vosotros. A todos vuestros guerreros. Tal vez estos porvenires los prometa el destino, pero hasta al destino se le puede burlar. No podemos permitir que los eldars se sumen a esta guerra con las fuerzas intactas. Ninguno podéis imaginar cuántos moriremos. Son pérdidas que puedo ahorrarle a la Octava Legión si escucháis mis palabras.

—Mis hechiceros me han transmitido esos mismos presagios tan aciagos —anunció uno de los otros comandantes—. Las aflicciones que se apoderan de ellos debido a su visión disforme no son, ni de lejos, tan fiables como lo fueron las de Talos en su tiempo, pero me han servido de ayuda en varias ocasiones.

Varias voces más se hicieron oír para mostrar su conformidad. Estaba claro que aquella era una idea que compartían muchas partidas de guerra en sus propios círculos internos.

—¿Y tú eres…? —preguntó el profeta con tono cortés.

—Kar Zoruul, de la que antaño fue la Cuadragésima Compañía. De acuerdo a los auspicios de mis hechiceros, yo ya planeaba atacar a los eldars, al igual que un gran número de nuestras partidas de guerra hermanas.

Aquello no convencía a Hemek:

—Así pues, ¿has venido para advertirnos sobre los eldars?

«Ahora o nunca», pensó el profeta.

—Los eldars se han convertido en un peligro que se ha de tener en cuenta, pero no son el verdadero motivo por el que me hallo aquí presente —afirmó—. Lo que importa es lo que vendrá después. Algunos de vosotros ya habéis tenido audiencias con Abaddon, mientras que otros os reuniréis con él durante los próximos meses, a medida que su cruzada gana en potencia. Para sobrevivir, para quebrarle la espalda al Imperio y dar paso a las últimas noches del Emperador, debemos unirnos a esta guerra sin importar las reservas que tengamos. El futuro nos depara grandes oportunidades, hermanos. La Última Era del Emperador está a punto de concluir a medida que el Milenio Siniestro toca a su fin. Ha llegado el momento, señores. Dado que las legiones y sus fuerzas ya no están confinadas en el interior del Ojo, nos hallamos al borde del triunfo definitivo.

Durante un rato, volvió a hacerse el silencio. El profeta sonreía tras su placa facial; aquello había bastado para hacerles meditar el asunto. No era una guerra que esperara ganar en una sola noche. Muy poco a poco, se los ganaría para su causa mediante consejos y advertencias para ayudarles a sortear los amargos destinos que les aguardaban.

—A mis oídos han llegado rumores de que Talos sobrevivió al Mundo Carroña —intervino, con voz queda, Toriel Manoblanca—. Se decía que Malek y Garadon habían regresado a su lado y ahora vemos a nuestros dos honorables Atramentar entre nosotros. ¿Qué hay de cierto en todo esto, Variel?

El apotecario no contestó. Se conformó con mirar al profeta.

—¿Acaso importa? —bufó lord Darjyr—. ¿Por qué deberíamos creer a este malnacido sangrefloja? Huelo los cambios que tienen lugar en tu interior, jovenzuelo. Tu semilla genética es vieja, pero apenas ha madurado. No eres más que un niño a la sombra de los dioses.

—No estás obligado a creerme. —El profeta sonreía tras la placa facial—. Ni a mí ni a mis hermanos nos importa en absoluto.

—Entonces ¿no eres Talos? ¿No se trata de un truco?

—No —respondió el profeta—. Ni soy Talos ni esto es un truco.

—Dinos cómo te llamas —exigió otro, uno a quien no le habían presagiado su defunción en los próximos meses.

El profeta se inclinó sobre la mesa central y sus lentes oculares rojas recorrieron a todos los presentes. Su armadura la componía una matriz de piezas saqueadas cuyos modelos chocaban entre sí; todas ellas mostraban runas nostramanas talladas en la ceramita que las recubría. Su placa pectoral lucía la imagen de un aquila cuyas alas

extendidas habían roto con martillazos rituales. Por encima de un hombro descansaba un manto de piel pálida apergaminada que habían remendado con puntos de sutura negros. De las cadenas de sus hombreras y cinturón colgaban cráneos y cascos pertenecientes a marines espaciales imperiales mientras que en sus caderas reposaban dos armas: la primera era un bólter de dos cañones ornamentado con escrituras pretéritas y con el nombre «Malcharion» inscrito en él; la segunda era una reliquia en la guisa de una espada que le había sido robada al Capítulo de los Ángeles Sangrientos hacía un número ya olvidado de siglos. Su tramo, antaño dorado, ahora mostraba un aspecto argénteo descolorido, lo que hacía evidente que la habían reforjado recientemente.

El yelmo del profeta era un objeto brutal y claveteado, con un cráneo pintado sobre la placa facial y rematado en unas alas curvas que ascendían para formar una cresta elegante en conmemoración a la legión. Los ojos de la calavera lloraban rayos negros, como si el hueso se hubiera agrietado. En el centro de la frente, una runa nostramana de color negro destacaba sobre el tono óseo del blanco.

Con lentitud, se quitó el casco sin movimientos bruscos y miró a todos los presentes con un rostro joven, inmaculado de cicatrices. Sus ojos, del todo negros, relucieron bajo la luz diáfana de la cámara mientras se posaban de un guerrero al siguiente.

—Me llamo Decimus —respondió el amo de la noche—. El Profeta de la Octava Legión.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, le doy las gracias a mi editor, Nick Kyme, por su paciencia, que esta vez ha ido mucho más allá de la llamada del deber. También le doy las gracias a Laurie Goulding, a Rachel Docherty y a Nikki Loftus por su vista de lince y sus sabios consejos.



AARON DEMBSKI-BOWDEN, autor británico, es un fan acérrimo de Warhammer 40 000 desde que destrozó su ejemplar de Space Crusade, cuando pintaba las miniaturas con la destreza de un niño de nueve años sobreexcitado. Tenía 19 años cuando se dio cuenta de que quería ser escritor después de descubrir que «era demasiado vago para ser paramédico».

Comenzó su carrera profesional en las industrias de los videojuegos y del rol. Para Black Library ha escrito Cadian Blood y Soul Hunter.